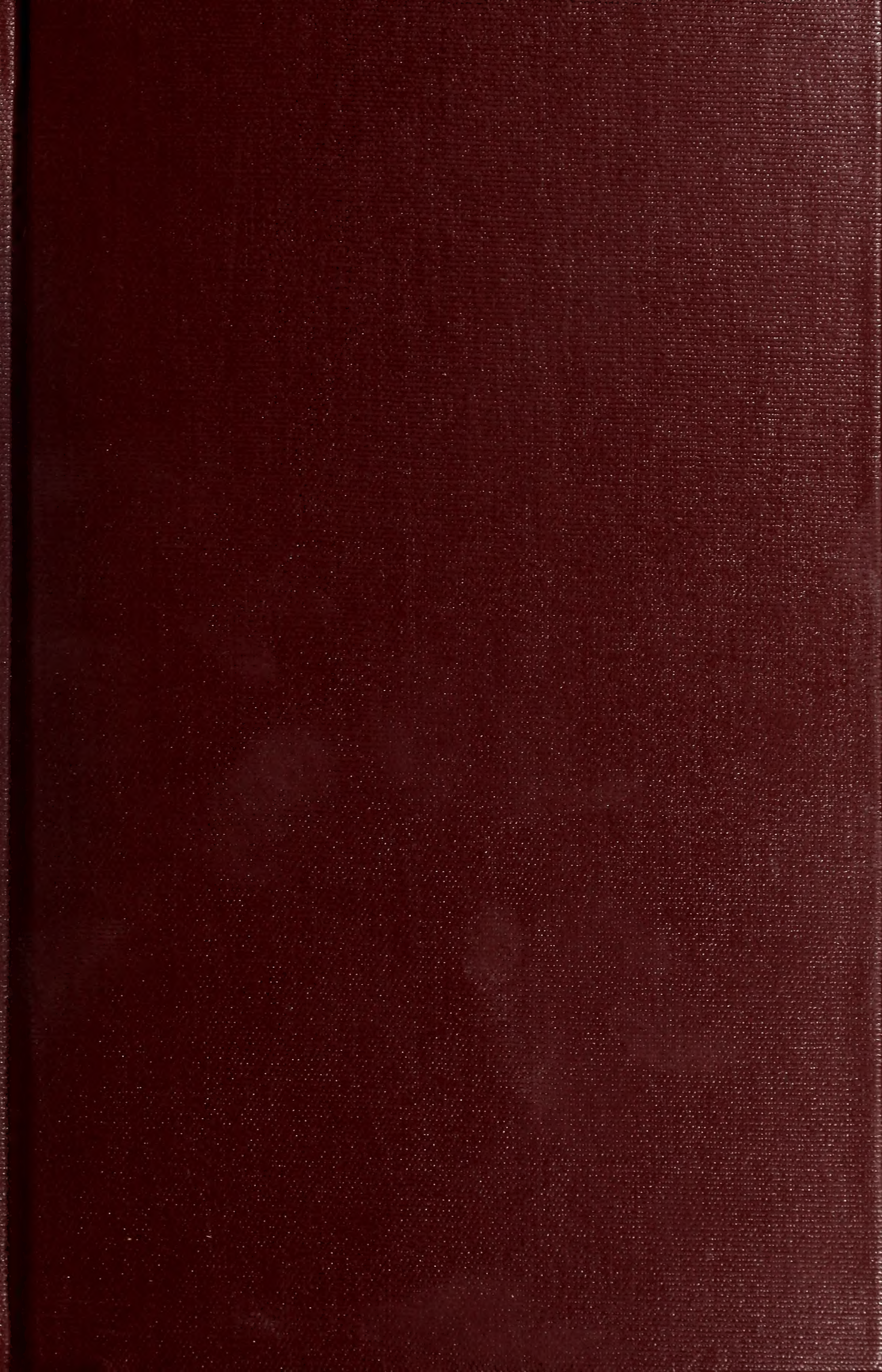



THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

Cervantes Saavedra, Miguel.

OBRAS

DE

CERVANTES

NOVISIMA EDICION

ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

Y LAMINAS SUELTAS.

CONTIENE:

LA GALATEA,

LA GITANILLA,
EL AMANTE LIBERAL,
RINCONETE Y CORTADILLO,
LA ESPAÑOLA INGLESA,
EL LICENCIADO VIDRIERA,
LA FUERZA DE LA SANGRE,
EL CELOSO ESTREMEÑO,
LA ILUSTRE FREGONA,
LAS DOS DONCELLAS,
LA SEÑORA CORNELIA,
EL CASAMIENTO ENGAÑOSO,
COLOQUIO DE LOS PERROS,

LA TIA FINGIDA,

TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

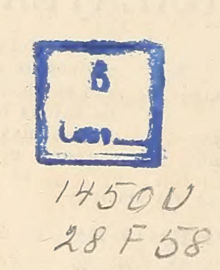
VIAJE DEL PARNASO,

POESÍAS SUELTAS



MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe, núm. 4.

1866.



LOS EDITORES.

Entusiastas por la gloria literaria de nuestra patria, quisimos contribuir á ella publicando una edicion de sus obras maestras al alcance de todas las fortunas. Asi lo hicimos dando á luz, con una baratura increible, la inmortal fábula del *Quijote* con las notas de sus comentaristas, multitud de grabados y láminas sueltas: su éxito nos puso en corazon acometer la empresa de publicar las restantes producciones de Cervantes.

Hijas de la misma festiva y pintoresca pluma, menos conocidas sin embargo y no ilustradas anteriormente, las presentamos con numerosos grabados y con láminas hechas exprofeso para esta edicion, sin que el precio esceda de los medios de las clases menos acomodadas.

De este modo los que tomaron el *Quijote* tendrán ocasion de reunir con este tomo las obras completas del manco de Lepanto; los que no, la de saborear producciones, algunas quizá nuevas para ellos, y nosotros la satisfaccion de haber contribuido en cuanto de nosotros depende á popularizar las producciones inmortales del príncipe de los ingenios españoles.

LOS SEIS LIBROS
DE LA GALATEA.

DEDICATORIA

AL ILMO. SEÑOR ASCANIO COLONNA, ABAD DE SANTA SOFÍA.

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio: Mas considerando que el extremado de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de poesía se ejercitan), no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágale V. S. I. bueno á mi deseo, el cual envio delante para dar algun ser á este mi pequeño servicio; y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo menos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dina della, que fue el excelentísimo padre de V. S. I., juntando á esto el efeto de reverencia que hacian en mi ánimo las cosas, que como en profecía oí muchas veces decir de V. S. I. al cardenal de Aquaviva siendo yo su camarero en Roma; las cuales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. I., con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do desciende: la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heróicas obras con la mesma virtud y mas encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la Real casa Colonna, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan. Aunque, si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer, ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde la ilustrísima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

La ocupacion de escribir églogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfaccion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan de ella se mueven á publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores de ellas. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demás de que no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas mas altas y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto, fácil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra; de lo cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabria determinarme destos dos inconvenientes cuál sea el mayor: ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recibido, temprano se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamás acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que asi como la osadía y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede, asimismo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante sus ejerci-

cios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado antes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse esceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina fue calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado mas que en las otras; y asi no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace), que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el hábito, queda llana esta objecion. Las demás que en la intencion y en la disposicion se pudieren poner, discúlpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto y de mayor artificio.

AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

Mientras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fe amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozóse el cielo; mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí; y desamparada
De nuestras musas la real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo;
Gózase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE DON LUIS VARGAS MANRIQUE.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes, los dioses soberanos,
Y cual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza,
De palabras que mueven pedernales,
Diana en esceder á los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Vénus todos sus amores,
Apolo las canciones concertadas,
Su ciencia las Hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO.

Salen del mar y vuelven á sus senos
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della largo tiempo agenos.
Con su partida no la hacen menos,
Ni con su vuelta mas soberbia y fiera,
Porque tiene quedándose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, oh Galatea estremada,
Los rios, los loores premio y fruto
Con que alcanzais la mas ilustre vida.
Por mas que deis, jamás sereis menguada,
Y menos cuando os den todos tributo:
Con él vendreis á veros mas crecida.



LA GALATEA.

LIBRO PRIMERO.



MIENTRAS que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio
Demos al sordo y presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.
  Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espinas que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y asi un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.
  Creí que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que los dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que asi ofendiera como á mí me ofende,
Al sugeto sin par que me sujeta;
Mas contra una alma que es de mármol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo y flecha.
  Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soy llegado á tal extremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio, pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo, consumidor y renovador de las humanas obras, le trujeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se habia visto, y en los que su deseo le habia puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fue de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la córte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, asi en la discrecion como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea habia adornado. Fue querida y con entrañable ahinco amada de muchos pastores y ganaderos, que por las riberas del Tajo su ganado apacentaban: entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni menos que le amase; porque á veces, casi como convencida y obligada á

los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo; y otras veces sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio; por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar á Galatea. Parecíale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que pues Galatea no desdeñaba sus servicios,



que tendrian buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma traia; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se trasformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y asi un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al son del cual sus querellas al cielo cantando comunicaba), con voz en estremo buena cantó los versos siguientes:

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvío,
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfía,)
No huyas el alegría,
Ni menos cierres la puerta
Al llanto que amor envia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera
Sino muerte en la caida:
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.

Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y págalo él,
Huyes dél, y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso y tu reposo.

Dirás que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
De tal juzgado á locura
El brio de que se arrea;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Cuanto mas si le conviene
Al alma y al corazon.

Yo lo tengo asi entendido;
Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor menos parte
Que el humilde y encogido:

Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor:
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
Un sugeto levantado,
Contemplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira:
Cuanto mas que el amor nace
Junto con la confianza;
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante
El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante:
Pero no te se dé nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria extremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hácia el lugar donde estaba se venia. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciéndole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus querellas, cuando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba, parecia que el mismo amor se las mostraba, y por su lengua las proferia; pero con todo eso (puesto que de Galatea eran escuchadas), eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea que á



cosas mas altas la inclinaba, antes tenia lástima y envidia á Erastro; lástima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos: envidia, por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venia Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condicion y ánimo merecia: á quién llamaba Leon, á quién Gavilan, á quién Robusto, á quién Manchado; y ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro adonde de Elicio fue agradablemente recebido y aun rogado, que si en otra parte no habia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarlo en su compañía. Con nadie, respondió Erastro, la podria yo tener mejor que contigo, Elicio, si ya no fuese con aquella que está tan enrobrecida á mis demandas, cuan hecha encina á tus continuos quejidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocia esta verdad, en medio de sus pláticas entre otras razones le dijo las siguientes:

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido debes perdonarme, porque jamás imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consuma ó acabe mis retozadores chivatos y mis ternezuelos corderillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me die-

sen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia: los otros dicen que me encomiende á Dios, que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permíteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y extremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento: que puesto que no me la dieses, tan imposible seria dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase. No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedia; y asi le respondió: No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea: pésame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras; déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto merece la sinceridad de tus pensamientos; y de aquí adelante no dejes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mi me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan: antes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad, pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado: anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados: tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare, yo al de mi rabel, en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos árboles, y el sol hácia el Occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro; antes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que sigue:

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sujetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol oscurecia:
Tu sosiego cruel, cual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atónito quedé y embelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Cuando de Galatea el estremado
Donaire vi, la gracia y hermosura:
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (¡ay muerte dura!)
Haciéndome una puerta por do entrase
Galatea, y el alma me robase.

ELICIO.

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue,
Y de la llaga interna que le has hecho
Crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efectos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Cuantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno
La voz cual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que vi quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos mejillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus maravillas,
Dos rayos, dos hileras estremadas
De perlas entre grana, si hay decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoy lejos y cerca de mí mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Súbome al cielo, bájome al abismo,
Quiero lo que aborrezco: blando y fiero
Me pone el amaros parasismo:
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo cuanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado:
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado;
Pero como ella debe de ser diosa,
El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererle derribar por fuerza ó arte,
Oh diligencia humana, es desatino:
Debes de su ventura contentarte;
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hay vida en el mundo mas dichosa
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron, por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido, y levantándose los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiéndole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traia se le escondió dos veces en el cuer-

po, diciendo: Recibe, oh mal lograda Leónida, la vida deste traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico. Y esto fue con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: Dejárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitárasme la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta de estas carnes se aparta; y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa habia el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dejando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo: Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho presencia lo que habeis en vuestra visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenia concebida no me dió lugar á mas moderados discursos: lo que os aviso es, que sino quereis enojar á la deidad que en el alto cielo mora, no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aquese cuerpo que delante teneis, ni á él deis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traidores; y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese; y asi se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente habia acabado el curso de sus cortos dias.



Erastro fué á su cabaña, que no lejos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiéndolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á mas andar por las puertas del Occidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar adonde en el silencio de la noche con mas quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despertadora de memorias tristes ó alegres. Y asi, yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro que en el rostro le heria, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oir lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas dél estaban, la entristecida voz salia; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba: Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de tí mismo: ¿de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado, porque no hay cosa mas fuera de remedio que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo que se la quitase por la traicion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leónida, si en la celeste parte donde mora puede haber deseo de venganza alguna. ¡Ah, Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oidas, que no admitan la dis-

culpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leónida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo; pues seria poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo éste miserable cuerpo quedará un dia consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien ansí como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme, oh alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenian; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber dél lo que deseaba: y queriendo llegar mas cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero si al son dél alguna cosa diria, y no tardó mucho que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba:

LISANDRO.

¡Oh alma venturosa,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste,
Dejando en tenebrosa
Cárcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste!
Sin ti, escura dejaste
La luz clara del dia,
Por tierra derribada
La esperanza fundada
En el mas firme asiento de alegría:
En fin, con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.
Envuelto en tus despojos,
La muerte se ha llevado
El mas subido estremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenian encerrada su riqueza:
Con presta lijereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.
¿Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda,
Y del intento cruel, facineroso
Del vengativo hermano,
Dejar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
¿Por qué turbó el reposo
De nuestros corazones?
Que si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
¡Ay, fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva!
En llanto sempiterno
Mi ánima mezquina
Los años pasará, meses y dias:
La tuya en gozo eterno,
Y edad firme y contina.
No temerá del tiempo las porfías:
Con dulces alegrías
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida:
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tanto te amó debes tenerla.
Mas ¡oh cuán simple he sido,
Alma bendita y bella!
De pedir que te acuerdes ni aun burlando
De mí que te he querido,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando:
Mejor es, que pensando
Que soy de tí olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado,
Con tan estraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.
Goza en el santo coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien eterno,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero
Allí gozar espero,
Si por tus pasos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto ni desvío;
A esto me encamina,
Pues será hazañas de tus obras dina.
Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado habia, y lo uno y lo otro fue parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quién era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vió un pastor que con estremado brío estaba con el pie derecho delante y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas habia hecho, pensando ser alguna fiera (de la cual convenia defenderse el pastor del bosque), se habia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, antes que le efectuase, le dijo: Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no menos blandura le respondió, diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oido, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no menos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos,

que con declararme tus contentos: y asi la fortuna te lo dé en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no me lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contares: esto te digo, porque sé que no hay cosa mas escusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, asi porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oido, como porque conozcas que aun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haber pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podia, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir desta manera.

En las riberas de Bétis, caudalosísimo rio que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que éste es el nombre desdichado mio), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios que en mas baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamás levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra, segun yo imagino, pudiera hallarse: de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas deferencias del gobierno del pueblo, vino á poner entre ellos cizaña y mortalísima discordia: de manera, que el pueblo fue dividido en dos parcialidades: la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario: fue mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas vencido y sujeto. Poníaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leónida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Habiendo, pues, por muchos dias combatido conmigo mesmo, por ver si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con cuál podria dar á entender á Leónida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosísimos, hasta que el mesmo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y asi se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande extremo amiga de Leónida, y muchas veces la una á la otra en compañía de sus padres en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leónida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habian dado renombre de cruel, y asi de todos los que le conocian el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del cual y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo menos de parte de Silvia fue mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumento mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla; y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí á muchos dias; y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia ofreciéndoseme comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no lo sentia yo tanto, solo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole ansimismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leónida: y que pues era causa tan justa y buena, no se habia de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella vencida de ellas, y mas por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leónida lo que yo por ella sentia, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza é

industria alcanzase, puesto que se le hacia dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leónida conmigo se casase. Movida pues con esta buena intencion y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento; y discurriendo consigo qué entrada tendria para con Leónida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecia á darla cuanto tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le envié una que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leónida. No dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leónida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella



sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues ahora en no decírmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leónida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decia desta manera:

LISANDRO Á LEÓNIDA.

«Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, oh hermosa Leónida, me abrasa, jamás he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en tí conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los cuales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que ésta te dará; y pues ella se ha atrevido, con ser quien es, á llevártela, entiende que son tan justos, cuanto á tu merecimiento se deben.»

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual prosiguiendo la historia de sus amores, dijo: No pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leónida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leónida habia recibido, como fue decirle cuánto bien se seguiria, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que al fin de tan buena intencion la habia de mover á no desechar mis deseos; cuanto mas que no se debia compadecer con su hermosura, dejar morir sin mas respeto á á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leónida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta que ahora te diré:

LEÓNIDA Á LISANDRO.

«Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento habia nacido de mi poca honestidad, en mi mesma ejecutara la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que mas ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia para creellos, de la cual tengo mas queja por haberme forzado á responderte, que de ti que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra que con tus vanidades.»

Esta fue la respuesta de Leónida, la cual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella



parecia algo áspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamás pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo cual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores habia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no menos lo tenia contra otro hermano mio, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mesmo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenia por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese. Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leónida venia á casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leónida trataba, que en aquella sazon andaban ya tan vivos y venturosos, por

la buena intercesion de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los cuales sabidos de Carino, me tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole á entender que tenia en mas su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa porque Silvia no le amaba ni favorecia, era por estar de mí enamorada, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasion amorosa, en mil señales lo hubiera ya reconocido; y que para certificarse mas de la verdad que le decia, que de allí adelante mirase en ello, porque veria claramente cómo sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traia espías, por ver lo que yo con Silvia pasaba; y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los mios convenia, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo nó pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser el hermano de Leónida, tenia yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrian fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ajeno; antes se pensaba que por serle yo enemigo habia procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese; y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenia tan poco, que poco era menester para acabárselo; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la habia querido, solo porque á mí me favorecia no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y asi en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dándole títulos ó renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras. En este medio habia concertado Silvia con Leónida, que los dos nos desposásemos, y que para que mas á nuestro salvo se hiciese, seria bien que un dia que con Carino Leónida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con mas quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leónida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente seria mas fácil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestra de grandísimo ánimo, que llevaria á Leónida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le dí, me parece que bastaran á deshacer en un corazon de acero cualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traicion que ahora oirás: Informado Carino de la voluntad de Leónida, y viendo ser conforme á la que Silvia le habia dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del dia entendiesen que habia de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leónida, ofreciéndose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oido, se fué á Crisalvo, segun despues acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traia, que en una cierta noche habia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos: en Silvia, por la poca cuenta que de sus servicios habia hecho; en mí, por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le habia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazon no tan cruel como el suyo moviera á cualquier mal pensamiento. Llegado pues ya el dia que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que habia de hacer, me fuí á la otra aldea á dar órden cómo recibir á Leónida. Y fue el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gabilan que la despedace. ¡Ay, amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé cómo tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto mas lengua para decirlo! ¡Ay, mal aconsejado Lisandro! ¿cómo, y no sabias tú las condiciones dobladas de Carino? Mas ¿quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay, mal lograda Leónida! ¡cuán mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino habia de traer consigo á Leónida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leónida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que habia de ser la última despedida. Debia de considerar entonces la sin ventura la traicion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y cuán mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenia.

Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡Cuántas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el dia que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que saliendo de la aldea un poco antes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pie de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leónida habia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo me quedé dormido; y apenas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raices de la tierra, sobre mi cuerpo se caia, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y otra parte me revolvia; y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella movida de compasion hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiéndola entre sus agudas uñas, se metió con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me habia escapado del grave peso, la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes: de lo cual tanto dolor sentia, que el alma se me arrancaba solo por la compasion que ella habia mostrado de mi trabajo; y ansí comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron, y hallando las mejillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que habia soñado; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leónida, no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me habia de suceder. A la sazon que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenia para cometer con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Asi como Carino salió de casa de Silvia con Leónida, se la entregó á Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leónida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio, y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco, en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple, en fin, como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenia, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el cual con otros cuatro parientes suyos, en el mismo camino por donde habian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban: y



díjoles cómo Silvia venia, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponia en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habíamos hecho, y que él

sería el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venian; los cuales llegados á do la celada estaba, al instante fueron con ellos los pérfidos homicidas, y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leónida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió cuán bien habia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traidores contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que habia hecho, por acrecentarles el pesar y sentimiento, diciéndoles que fuesen á darle sepultura á su hija Silvia, á quien él habia quitado la vida, por haber hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia, que sintió lo que Crisalvo decia, dándole el alma lo que habia sido, le dijo cómo ella estaba viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese mas su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo, que su hermana Leónida se habia partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado.

Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusion y furia volvió él solo á ver quién era la que habia muerto, pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia extraña esperando á Carino y Leónida; y pareciéndome que ya tardaban mas de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se habian detenido, y no anduve mucho por el camino, cuando oí una lastimera voz que decia: ¡Oh soberano Hacedor del cielo! encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia, para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay, Lisandro, Lisandro, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por tí perdido! ¡Ay, cruel hermano! ¿Es posible que sin oir mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leónida la que las decia, y présago de mi desventura, con el sentido turbado fuí á tiento á dar adonde Leónida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije: ¿Qué desdicha es ésta, bien mio? Anima mia, ¿cuál fue la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fuí conocido de Leónida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas éstas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que á mí me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Píramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas despues que volví en mí, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, sentí que hácia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacia escura, los ojos del alma me dieron á conocer que el que allí venia era Crisalvo, como era la verdad; él tornaba á certificarse si por ventura era su hermana Leónida la que habia muerto: y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y dándole dos heridas, dí con él en tierra; y antes de espirar le llevé arrastrando adonde Leónida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leónida el puñal que su hermano traia, que era el mismo con que ella habia muerto, ayudándole yo á ello, tres veces se le hinqué por el corazon; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leónida, llevéle á la aldea donde mis parientes vivian. Y contándoles el caso les rogué le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo; el cual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy que le hallé á la salida de este bosque, despues de haber seis meses que ando en su demanda; él ha hecho ya el fin que su traicion merecia, y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, si no es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo.

Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dejo que lo considere. Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio habian desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él habia visto; y entre otras cosas que le dijo, y la que á Lisandro mas le cuadró, fue decirle: Que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno, y que pues de la honestidad y noble condicion de Leónida se podria creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba, antes debia alegrarse del bien que ella habia ganado, que no entristecerse por el que él habia perdido. A lo cual respondió

Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leónida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la cual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fue posible, y auque no queria acetar el venir con Elicio, todavía lo hubo de hacer forzado de su importunacion: y asi los dos se levantaron y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del celoso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantándose Erastro comenzó de poner en órden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado.

Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y asi viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fue conocido, que era Galatea quien la sonaba: y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron



á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que seria mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecia tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia en su compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demás, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegándose á do la pastora estaba, le dijo: Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que mas te agradare, que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas; pues yo, que nací para servirte, tendré mas cuenta de ellas que de las mias propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que segun el viaje que traias, á la fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino: y si esto es asi como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamás el mio. Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar hoy la siesta en el arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha. ¡Ay, Galatea! replicó Elicio, ¡y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tú quieres! Ora vayas al arroyo de las Palmas, al soto del Concejo, ó á la fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siem-

pre mi alma te acompaña, y si tú no la ves es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y asi no tengo culpa, si no he remediado ninguna. No sé cómo puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mujeres no son concedidas, haya herido á nadie. ¡Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llegado, y no con otras armas que con las de tu hermosura! Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazon llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba y los dejaba, le dijo: ¿Adónde vas ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas ¿quién esperará de tí compañía? ¡Ay, enemiga, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mias. ¿Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las Palmas, y abajando desde lejos la cabeza en señal de despedirse, los dejó: y como se vió sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó estaria, con la extremada voz que el cielo plugo darle, fue cantando este soneto:

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfria y hiere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda de tal ñudo satisfecha.
Consuma, ciña, hiele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad cuanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en un calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
El ñudo romperé por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente celo,
La flecha embotará mi pensamiento:
Y asi no temeré en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo y música de Anfion los muros de Troya y Tébas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea y llegar adonde Florisa estaba fue todo á un tiempo, de la cual fue con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dejaron ir á su albedrío sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas, que en las grandes ciudades se tienen por mas hermosas); tan hermosas quedaron despues de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mejillas encendidas y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcanas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venia poco á poco hácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venia tan embebida y trasportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas íntimo de sus entrañas parecian arrancados: torcia asimesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traia el alma ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacia: la cual llegándose al márgen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corria, y dejándose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmedos ojos, con voz baja y debilitada dijo: ¡Ay, claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar Océano, el remedio que hé menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que mas su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdicion, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caida! ¡Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda hermana! ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Artidoro? ¿Qué palabras te pudo decir él para que le dieses tan aceda y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si asi fue-



GALATEA, FLORISA Y LA PASTORA.

ra, á fe que tú te mostraras tan humilde cuanto él á tí sujeto. Todo esto que la pastora decia, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazon que escuchándola no se enterneciera; y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa.

Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela:
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor,
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor,
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor:
Las dos hicieron manida
En mi pecho y no las veo;
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Cuando la esperanza mengua,
Al contrario en mí parece,
Pues cuanto ella mas desmengua,
Tanto mas él se engrandece:
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan;
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan,
Y un solo bien me consuela.

Apenas hubo llegado
El bien á mi pensamiento,
Cuando el cielo, suerte y hado,
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado:
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
Y al bien pasa mas ligero
Que el tiempo que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo,
Pues en ellas se ve en suma
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa nueva andanza,
En ella este bien se anida:
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que le solemnizaba; de las cuales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciéndole entre otras razones: Asi los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura ó qué destino te ha traido por esta tierra, que segun la plática que nosotras tenemos della, jamás por estas riberas te habemos visto. Y por haber oido lo que poco há cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que há de menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuera posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, si no es con callar, y agradecellos y estimallos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes, puesto que me seria mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues hubieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco han hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe si quisiéredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las mas breves razones que pudiere, cómo del mucho entendimiento que juzgais que tengo ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás mas nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos pues, dijo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de habéroslo prometido, porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabian, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno, podian todas tres estar sentadas, y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera.

En las riberas del famoso Henares, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fuí yo nacida, y criada no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me habia puesto, que ninguna cosa me daba mas gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenia ni podia tener mas cuidados que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedia la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay cuántas veces, solo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogia mis cabellos, y despues mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna

fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! Y ¡cuántas hice burla de algunas zagalas que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentian, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrian! Acuérdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mi un dia una zagala amiga mia, y echándome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dijo: ¡Ay, hermana Teolinda! que este es el nombre de esta desdichada, y ¡cómo creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian! Yo entonces, admirada de los extremos que la veia hacer, creyendo que algun gran mal le habia sucedido de pérdida de ganado ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba. Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dijo: ¿Qué mayor mal quieres, oh Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo habia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traidor con ella trataba? Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme y decirle: Mia fe, Lidia, que asi se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venias herida, segun te quejabas. Pero ahora conozco cuán fuera de sentido andais vosotras las que presumís de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas, segun veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego. Cuando Lidia oyó de mí tan contraria respuesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mia; y con esto se fué y yo me quedé riendo de sus desvaríos. Mas ¡ay, desdichada! y ¡cómo á cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido! A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que asi como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hacen esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro; mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabia qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenia, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado ni satisfecho. Acaeció pues que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traido tal descuento á mis alegrías), viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos y á coger juncia y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solemní-



sima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales como nos vieron, al punto fuímos de ellos conocidas, por ser todos cuál primo, y cuál hermano, y cuál pariente nuestro; y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasásemos, porque algunos de ellos traerian los ramos y flores porque íbamos: y asi

vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, y luego seis de los mozos, apercibidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos.

Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demás pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fue conocido, el cual era de tan gentil donaire y brío, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que asi como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazon y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendia, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sir ser en los casos de amor experimentada,



vine á conocer que era amor el que salteado me habia; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasion me dieran lugar á ello. En fin, yo quedé cual ahora estoy vencida y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. ¡Ay cuántas veces en aquella sazon me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba y decirle: perdóname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro dia, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que te quejabas, que tú mesma! Una cosa me tiene maravillada, de cómo cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una cancion que habia comenzado antes que nosotras llegásemos; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oirla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí mas voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida; y puesto que yo estaba mas suspensa que todos escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atencion á lo que en sus versos cantaba, porque me tenia ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenia ocupados sus pen-

samientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los mios en lo que deseaban; mas lo que entonces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian, fue todo á un tiempo: los cuales, á quien de lejos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movia, segun venian pomposos y enramados; y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico.

Con este contento y alegría llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentia de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traia cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: Bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiadas llevais de lo que á buscar veníades; pero ha de ser con condicion que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta; y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba y que allí deudo alguno no tenia, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije: Esta te doy, buen zagal, por dos cosas: la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia pero ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió viéndome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto, fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasion á los muchos ojos que allí habia, me dijo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado; prenda llevas contigo, que si la sabes estimar conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazon del con que habia salido, que yo misma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me trasformé en otro ser del que tenia; porque yo ya no vivia en mí, sino en Artidoro, que ansí se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvia los ojos me parecia ver su figura, cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oidos su suave música y armonía: á ninguna parte movia los pies que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenian, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda que en mí habia nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel dia y la noche antes de la solemne fiesta, la cual venida, fue con grandísimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada. Y despues de acabadas en el templo las sacras oblaciones y cumplidas las debidas ceremonias en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles ejercicios.

Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intricadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era,

pastoras, su destreza y gallardía; las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecia y un desusado contento en el pecho me retozaba solo en considerar cuán bien habia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se habia de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida seria la mia en su ausencia, ó como podria yo olvidar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenia de quién sino de mí mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que habia de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedia. Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias há falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quede yo considerando que en aquellos ocho dias no podia dejar de ofrecérseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia.

Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habíamos visto hacer á los pastores aquel dia, diciendo: Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabia mas mudanzas que el tal: Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió mas que Mingo; y al fin, fin, todas concluian que Artidoro, el pastor forastero, habia llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias: las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras, de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no lejos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura, que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado hallásemos todos los pastores del lugar y con ellos á Artidoro, los cuales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compás y baile nos salieron á recibir mezclándonos unos con otros confusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos de baile, de manera que fue menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mia á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, si no es deciros que me turbé de manera que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenia á Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltándome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dije: ¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que asi la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oida: ¿Mas qué te ha hecho á tí mi alma, que asi la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya ni la veo ni podrá verse. Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer mal y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me habia dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él mas que otro alguno lo debia hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que sería ingrato si encubrirla quisiese. Artidoro, agradeciendo las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que, por haberme puesto en mi sospecha aquellas palabras que antes me habia dicho, los tomé tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los cuales, aunque os de pesadumbre de oirlos, solo porque hacen al caso para que estendais punto por punto por los que me ha traido el amor á la ocasion en que me hallo, os los habré de decir, que son éstos.

En áspera, cerrada, escura noche
Sin ver jamás el esperado dia,
Y en contino crecido amargo llanto,
Ageno de placer, contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.
¿Qué puede ser la mas alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas cuantas horas tiene el dia,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?
Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,
Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado dia,
Y es vivir sin él amarga muerte.
Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador; antes con risa
Desea la ocasion y espera el dia
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar título de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida
Y solo festejar su alegre dia.
¡Oh venturoso para mí este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien dármela puede, ó darme muerte!
¿Mas qué puede esperarse, sino es risa
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche?
Vuelto há mi escura noche en claro dia
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no menos satisfaccion de los que le escuchaban aquel dia cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que antes me habia dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro habia causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernos al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fue causa para que dejasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y asi vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba atravesaba una multitud de perros los cuales venian siguiendo una emerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venia á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mesmo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea, y allí vencida del cansancio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della habia querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venian; entre los cuales venia el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda le salieron á recibir con la debida cortesía. Él y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les habia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun dia en esta ribera: y asi por esto, como por no dejar imperfeto mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandais. Galatea y Florisa la abrazaron y le ofrecieron de nuevo su amistad y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen.



En este entre tanto, habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el márgen del claro arroyo tendido sus gabanes y sacado de sus zurrones algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habian topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y de esto vivia él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal del amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban; y por esta tan estraña condicion que tenia, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venian se pararon á escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre tenia, alguna cosa cantaba, y luego vieron que, dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue:

LENIO.

Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un no sé qué, que la memoria cria
Sin sér, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegría,
Una noche confusa do no hay dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raices propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.
Y el alma que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantaba lo que habeis oido, habian ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro, y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á mas de lo que era razon se estendia, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mismo concepto de los versos que él habia cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa y Teolinda y los demás pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzó á cantar desta manera:

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.
Amor, que es virtud entera,
Con otras muchas que alcanza,

De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:
Y merece el que su celo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.
Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.
Amor tomado en sí solo,
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo
Y que le trague la tierra.
Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y así el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo,
Ni sustentarte en la tierra.
El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Mátele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinion, antes queria de nuevo volver á cantar, y á mostrar en lo que cantase, de cuán poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dijo: No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes, que el camino de aquí á la aldea es breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las Pizarras ó arroyo de las Palmas, donde con mas comodidad y sosiego podais argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio; que la mia no es sino ciencia averiguada, la cual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligo á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, mas aparejado para este efeto. Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor, de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeitadas y sofísticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudase. Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, cuando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la esperiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera cuanto la tuya falsa. Si se castigasen los herejes de amor, dijo á esta sazon Erastro, desde ahora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor hereje y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. Pues ¿parécete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el mas mínimo traspie da de ojos, y el que tiene poco discurso, poco há menester para que le pierda del todo; y los que siguen la bandera de este vuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo. Grande fue el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y asi le respondió: Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras; mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarian de darme temor tus amenazas; mas como sé que te quedas atrás en lo uno, como vas adelante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos; porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podia usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y mas de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fue menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestion fue acabada, todos con regocijo se encaminaron á la aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea, cantó este soneto:

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuelas mias
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estio é invierno helado
Abunde en yerbas verdes y aguas frias.
Pase en sueños las noches y los dias
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianos niñerías.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica dél vanos cuidados,
Yo no sé si los dos andan perdidos,
Ni sabré al vencedor dar la corona:
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fueron, y los demás pastores cada cual adonde tenia

su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamás pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos dias se quedase; y asi el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese; y habiéndole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y asi se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.



LIBRO SEGUNDO.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oir lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y asi se fueron á un pequeño jardin, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intricadamente por unas redes de palo se entretejia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes habia dicho, prosiguió diciendo: Despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solenidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgásemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos de manera que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mesmo y al otro debia. En fin, yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: Años se te harán, Artidoro, los dias que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocara, respondió Artidoro, porque fueran no años, sino siglos los dias que aquí tengo de estar; pues en acabándose, no espero tener otros que mas contento me hagan. ¿Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aquí sobran: de manera que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, oh Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la mesma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesara á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues ¿qué perdieras tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso. Bien sabes hacer el enamorado, dije yo, oh Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, oh Teolinda, respondió él. Á esto le dije: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer esperiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la mesma, repliqué yo, por parecerme que no seria bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazon, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra

venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron á mí la mano para que comenzase, y asi sirviéndome de la ocasion y aprovechándome de lo que con Artidoro habia pasado, dí principio al villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfecto,
Sino el honesto y secreto.
Para llegar al süave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta
Y la honestidad la llave;
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.
Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.
Es ya caso averiguado,
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:
Y el que fuere enamorado
Jamás se verá en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.
Cuanto una parlera lengua
Y unos atrevidos hojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua,
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oido; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fue con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron ni vieron que decir cosa á que nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro habia prometido de estar en nuestra aldea, se habia de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazon con lástima de haber callado lo que despues fuera escusado decirse estando Artidoro ausente. Y asi, despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos habian bien claramente manifestado. En fin, sabreis, amigas mias, que un dia hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le dí respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos dias con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fue tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre seria contento de recebirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamás tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos dias habia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque considereis, señoras, cuán estraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion estraña; y es que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces habia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brío, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana mas áspera de lo que mi contento habia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fué al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fue el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: No sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad ni menos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere.

Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamás le he visto en estos nuestros contornos; y con una estraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentando del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciéndome: ¿Qué silencio es

este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora? Y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros que parecia que los traia estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha que si vos hermana, jamás le hubiérades visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo cual tomé tanto enojo, que apenas podia formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecia, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas: y es lo bueno que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que asi creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. En fin, él se fué llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber es, quién es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discrecion dejo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin disimulando lo mejor que pude, le dije: La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que asi se llamaba la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices: el cual es un forastero que habrá ocho dias que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto, dándose á entender que tiene granjeada mi voluntad; y aunque yo le he desengañado, quizá con mas ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito: y á fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo dia para ir á decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin della que mis palabras siempre le han significado. Y asi era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba cuanto pedírseme pudiera, solo por ir á ver á mi Artidoro y desengañarle del error en que habia caido, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le habia dado, él no se desdeñase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso diciembre no dieron mas pesadumbre al amante que del venidero dia algun contento esperase, cuanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba ver la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veian. Y asi, antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando mas priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solia hallar á Artidoro; el cual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi adivinó el mal que le estaba guardado. ¡Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: ¡ven, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que á sí te quiere y ama! sino que el temor que de otro que de él fuesen mis palabras oidas, me hizo tener mas silencio del que quisiera; y asi despues que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté cansada al pie de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra estendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscado. Mas apenas habia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, cuando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco, que delante de mí estaba, en el cual y en otros muchos ví escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro, allí fijadas; y levantándome con prisa á ver lo que decian, ví hermosas pastoras, que era esto:



Pastora en quien la belleza
En tanto estremo se halla
Que no hay á quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza;
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.
Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que ví,
Tras un dulce alegre sí
Tan amargo y triste no;
Mas yo no fuera engañado,
Si pusiera en mi ventura
Asi como en tu hermosura,
Los ojos que te han mirado.
Pues cuanto tu gracia estraña
Promete, alegra y concierta

Tanto turba y desconcierta
Mi desdicha, y enmaraña:
Unos ojos me engañaron,
Al parecer piadosos
¡Ay, ojos falsos, hermosos!
Los que os ven ¿en qué pecaron?
Dime, pastora cruel:
¿A quién no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar
Y tus palabras de miel?
De mi ya está conocido,
Que con menos que hicieras,
Dias há que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.
Las letras que fijaré
En esta áspera corteza,
Crecerán con mas firmeza
Que no ha crecido tu fe;
La cual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos,
No firme al mar y á los vientos
Como bien fundada roca.
Tan terrible y rigurosa
Como víbora pisada
Tan cruel como agraciada,
Tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad
Cumpliré sin mas rodeo,
Pues nunca fue mi deseo
Contrario á tu voluntad.
Yo moriré desterrado,
Porque tú vivas contenta;
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado;
Porque en amorosa danza,
Aunque amor ponga estrecheza,
Sobre el compás de firmeza,
No se sufre hacer mudanza.
Asi como en la belleza
Pasas cualquiera mujer,
Crei yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza;
Mas ya sé por mi pasion,
Que quiso pintar natura
Un angel en tu figura,
Y el tiempo en tu condicion.
Si quieres saber do voy
Y el fin de mi triste vida,
La sangre por mi vertida
Te llevará donde estoy;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y último vale.
Que bien serás rigurosa,
Y mas que un diamante dura,
Si el cuerpo y la sepultura
No te vuelven piadosa:
Y en caso tan desdichado
Tendré por dulce partido,
Si fui vivo aborrecido,
Ser muerto y por tí llorado.

¿Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el estremo de dolor que ocupó mi corazon, cuando claramente entendí que los versos que habia leido eran de mi querido Artidoro?



Mas no hay para qué encarecéroslе, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la cual desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria ni me podria venir mayor gusto que perderla. Los suspiros que entonces dí, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice, fueron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. En fin, yo quedé tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debia, propuse de desamparar la cara patria, amados padres y que-

ridos hermanos, y dejar con la guardia de sí mesmo al simple ganado mio; y sin entretenerme en otras cuentas, mas que en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias, aquella mesma mañana, abrazando mil veces la corteza donde las manos de mi Artidoro habian llegado, me partí de aquel lugar con intencion de venir á estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion, por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en ejecucion lo que en los últimos versos dejó escrito: que si asi fuese, desde aquí os prometo, amigas mias, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas ¡ay de mí! ¡y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera! pues há ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo; y quiera Dios que cuando las sepa, no sean las últimas que sospecho.

Veis aquí, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quién soy y lo que busco, si algunas sabeis de mi contento, asi la fortuna os conceda el mayor que deseais, que no me lo negueis. Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decia, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni menos dejaron con las mas blandas y eficaces razones que pudieron de consolarla, dándole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañía, quizá haria la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiria el cielo que por tan estraño engaño acabase un pastor, tan discreto como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podria ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacian y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazon la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo dia se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardin á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro sol habia con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla que en las frescas mañanas por el aire suele estenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado ejercicio de apacentar su ganado se volvieron con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podria en algo divertirla, le roguó que, puesta aparte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda: Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por esperiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo soleniza, haré lo que quieres, pues en ello, sin ir contra mi deseo, satisfaré el tuyo. Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este soneto.

TEOLINDA.

Sabido he por mi mal adónde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño,
Y cómo amor procura con mi daño
Darme la vida, que el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,
Siguiendo aquella que por hado estraño
La tiene puesta en pena, en mal tamaño
Que el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
Que aunque es pequeña y débil, se sustenta,
Siendo á la fuerza de mi amor asida.
¡Oh firme comenzar, frágil mudanza,
Amarga suma de una dulce cuenta,
Cómo acabais por términos la vida!

No habia bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habeis oido cuando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con mas atencion gozar de la suave armonía. Y de allí á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando que pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocian, si Elicio no, era en la música tan diestro. A esta sazon dijo Teolinda: Si los oidos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que teneis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fue nacido; y Damon, su íntimo y perfeto amigo, si no estoy mal informada, de las montañas de Leon trae su orígen, y en la nombrada Mantua Carpentánea fue criado: tan aventajados los dos en todo género de discrecion, ciencia y loables ejercicios, que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados: y no penseis, pastoras, que el ingenio destos dos pastores solo se extiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar que causa les habrá movido á dejar Tirsi su dulce y querida Fili, y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó rio, que de sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia.

Deja por ahora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz que en la música de los instrumentos. Pues ¿qué direis, replicó Teolinda, cuando veais que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de divino, y al otro de mas que humano? Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle por donde ellas mesmas iban se descubrian dos pastores de gallarda disposicion y extremado brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que mas parecian en su talle y apostura bizarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traia cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonardo y pardo, colores á quien sus pastoras eran mas aficionadas; pendian de sus hombros sendos zurrones, no menos vistosos y adornados que los pellicos; venian de verde laurel y fresca hiedra coronados, con los retorcidos callados debajo del brazo puestos; no traian compañía alguna, y tan embebecidos en su música venian, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los cuales con concertadas voces, comenzando el uno y replicando el otro, esto que se sigue cantaban.

DAMON.—TIRSI.

D. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
Con atrevido paso, aunque forzoso,
De aquella luz con quien el alma dejas:
¿Cómo en son no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?
T. Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dejando de ella la mas alta parte,
¿De qué virtud ó sér será movida
Mi lengua, que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida?
Y aunque muestro que veo, oigo y siento,
Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.
D. ¡Oh Tirsi venturoso, y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de l. s de amor mas estremada!
A tí sola la ausencia te disgusta,
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ¡ay de mí, que adonde voy me alcanza
La fria mano del temor esquiva,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, pastor; que es cual la vela,
Que cuando muere, mas su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero vuela,
Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela
T. El firme y puro amor jamás descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Así que en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio, el amador perfeto,
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objeto
Que amor puso en el alma, representa
La amada imágen viva al intelto.
Y allí en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, segun la mira
Amorosa, ó de amor libre y exenta.
Y si ves que mi alma no suspira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira.
D. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili cuando te partiste
Del bien que así te tiene satisfecho,
Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo.
Que ví al contrario de lo que tú viste.
T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el estremo del mal de ausencia templo,
Y alegre voy, si voy, si quedo ó vengo,
Que aquella que nació por vivo ejemplo,
De la inmortal belleza acá en el suelo
Digna de mármol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto celo
Así los ojos codiciosos ciega,
Que de ningun contrario me recelo.
La estrecha sujecion que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que solo en la adorar para y sosiega,
El tener deste amor conocimiento,
Fili, y corresponder á fe tan pura
Destierran el dolor, traen el contento.
D. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
De la cual goces siglos prolongados
En amoroso gusto, en paz segura:
Yo, á quien los cortos implacables hados
Trujeron á un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados,
Bien es que muera; pues, estando muerto,
No temeré á Amarili rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
¡Oh mas que el cielo, oh mas que el sol hermosa,
Y para mí mas dura que un diamante,
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa!
¿Cuál ábrego, cual cierzo, cual levante,
Te sopló de aspereza que así ordenas,
Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las agenas
Tierras, pues tú lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.
T. Pues con tantas ventajas te he dotado,
Damon amigo, el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado;
Templa con él el llanto, templa el duelo,
Considerando bien, que no contino
Nos quema el sol, ni nos enfria el hielo.
Quiero decir que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.
Que alguna vez por trances no pensados,
Lejos al parecer de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo, la memoria
Por los honestos gustos que algun tiempo
Amor te dio por prendas de victoria.
Y si es posible, busca un pasatiempo
Que al alma engañe, en tanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.
D. Al hielo que por término me abrasa,
Y al fuego que sin término me hiela,
¿Quién le pondrá, pastor, término ó tasa?
En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores, pero no en el gusto que las pastoras habian recibido en escucharle; antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazon los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea que Tirsi á Damon decia: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos dias que no se en qué terminos le trae su suerte; pero segun he oido decir de la recatada

condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina debe de estar quejoso que satisfecho. No me maravillaria yo desto, respondió Damon, porque con cuantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo mujer, en cuyo frágil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura es la vida. Lo que yo he oido decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del término que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y asi debe de andar el desdichado sujeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los cuales está mas cierto el acortarla que el entretenerla. Hasta aquí pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debia; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagorosos pasos poco á poco hácia el aldea se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fue una de las causas por que ellos habian dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venian; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordaba y suavemente sonaba, y parándose Damon trabó á Tirsi del brazo, diciéndole: Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oidos no me mienten, el son que á ellos llega es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas y conocerás si le tratas. No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que dias ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas de modo que sin ser vistos dél de mas cerca le escuchemos. Hiciéronlo asi y pusiéronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser dellos oida y aun notada. Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los mas ratos del dia en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto, tocando su rabel Elicio y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

ELICIO.

Rendido á un amoroso pensamiento
Con mi dolor contento,
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque con tino en ella se presenta
De los brazos de amor libre y exenta.
Con los ojos del alma aun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de cuanto el cielo cria,
Y los del cuerpo quedan solo en vella
Ciegos, por haber visto el sol en ella.
¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!
¡Oh mano poderosa
De amor, que asi pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
De hacerme, cuando libre me burlaba
De tí, del arco tuyo y de tu aljaba!
¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
Me mostraste tirano!
¡Cuánto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedaras vencido en la pelea,
Si no hubiera en el mundo Galatea.
Ella fue sola la que sola pudo
Rendir el golpe crudo
De corazon exento
Y avasallar el libre pensamiento,
El cual, si á su querer no se rindiera,
Por de mármol ó acero le tuviera.
¿Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y mas que el sol hermoso
De la que turba y causa mi reposo?
¡Ay rostro, que en el suelo
Descubres cuanto bien encierra el cielo!
¿Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condicion tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.
Este tan fácil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien anida,
Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi y Damon, antes haciendo gallarda é improvisa muestra, hacia donde estaba Elicio se fueron, el cual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increible alegría le salió á recebir, diciéndole: ¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la dés tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traido á verte, oh Elicio, cosa que yo estimo en tanto cuanto es el deseo que de ello tenia, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo. Cuando Elicio oyó decir que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibiéndole con mucha cortesía, le dijo: Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y asi, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy mas tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaria la fama lo que la aficion que me tienes te hace decir que de mi pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser excusadas, cesen las nuestras en este caso, y dén las obras testimonio de nuestras voluntades

La mia será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, oh Tirsi, si el tiempo ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello; porque el que agora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me deja con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dijo Damon, por locura tendria procurar bajarle á cosa que menos fuese; y asi, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo,



que cuando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas envidia que lástima. Bien parece, Damon, dijo Elicio, que ha muchos dias que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarias en lástima la envidia que de mí tendrias. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oirás en otras como andan en igual balanza su crueldad y gentileza: extremos que acaban la vida al que su desventura trujo á términos de adorarla. En las riberas de nuestro Henáres, dijo á esta sazon Tirsi, mas fama tenia Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrias en lo que has dicho, oh Tirsi, replicó Elicio, cuando mis deseos se desviaran del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como á su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desden, tan amargas y desabridas respuestas, y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? ¡Ay, Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, ¡y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos! No séyo como biene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias cuando cantabas:

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo
Al deseo mas pobre y encogido!

con lo demás que á esto añadiste. Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenia. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se habian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dijo: Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condicion de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y asi tú, famoso Tirsi, no tienes

de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas, ni menos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

La amarillez y la flaqueza mia,

donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseias, porque de allí á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban:

Sale el aurora, y de su fértil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llore el que hoy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, oh pastor, reopondió Damon, renombre mas que de desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, asi ella te la conceda: ¿es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no da lugar á que de ella otra cosa se desee ni se espere, y aun esta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza y á mí se enfria, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recebir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quédense ellas aquí, y recojámonos al aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustáredes, entendereis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de ocomodarse á la voluntad de Elicio, el cual y Erastro recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hacia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, asi por esto como por el deseo que tenia de saber si los dos nuevos pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio, que su rabel tocase, al son del cual asi comenzó á cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma asi se enciende, que recelo
Que presto tendrás, muerte, sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.
¡Oh clara luz, oh rayos del sol claro,
Antes el mismo sol! de vos espero
Solo que consintais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero,
Haced, oh rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy extremadas, no dejaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la cual este soneto dijo.

ELICIO.

¡Ay, que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradicen el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra y la enemiga mia!
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa y sano intento;
Mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere, amor porfía?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra y mi enemiga bella,
Cada cual con fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
Deshaga mi esperanza; que aun sin ella
Imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon al son de la mesma zampoña de Erastro, desta manera comenzó á cantar.

DAMON.

Mas blando fui que no la blanda cera,
Cuando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarili, esquiva y dura,
Cual duro mármol ó silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
Mas alta de su bien y su ventura
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera
Arrimóse el amor á la esperanza,
Cual vid al olmo, y fue subiendo apriesa,
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos, que por larga usanza
Fortuna sabe bien, que jamás cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon; y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto.

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,
Que no envidio el mas alto y rico estado
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nació de solo verte,
Hermosa Fili, oh Fili, á quien el hado
Dotó de un sér tan raro y estremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho;
Asi ante tu hermosisima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que cau-

saba grande contento á quien la oia, y mas ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habian caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dejase de oirse el son de una arpa que dentro al parecer tañian, el cual oido por Erastro, dijo: Deteneos, pastores, que segun pienso, hoy oiremos todos lo que há dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, ya algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar un arpa y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado á punto que él le ponia en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quien es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad y estrecheza. Lo que Erastro decia del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y asi acordaron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba antes que llegasen á hablarle; y haciéndolo asi, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oyeron que al son de la arpa el que estaba dentro semejantes versos decia.



Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mi ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
En vano al aire envio mis gemidos:
En vano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
¡Oh riguroso hado!
¡Por cuán estrañas desusadas vias
Mis dulces alegrias
Han venido á parar en tal estremo
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!
Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira,
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las últimas reliquias del aliento;
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mi vivir es fuerza.
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.
Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mio,
Y la empresa difícil tomé á cargo.
¡Oh discreto fingir de desvarío,
Oh nunca visto hecho,
Oh caso gustosísimo y amargo!
¡Cuán dadivoso y largo
Amor se me mostró por bien ajeno,
Y cuan avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á mas nos obliga un firme amigo.
Injustas pagas, voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquiva,
Y de tí, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrasadora y viva
Llama se encienda en tus ligeras alas,
Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra tí se vuelvan.
¿Por qué camino, con qué fraude y maña,
Por qué estraño rodeo
Entera posesion de mí tomaste?
Y ¿cómo en mi piadoso alto deseo,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
¿Juicio habrá que baste
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que entré libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello sienta tus cadenas?
Mas no de tí, sino de mi seria
Razon que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia.
Yo me entregué, yo hice que soplase
El viento que dormia
De la ocasion con furia y violencia:
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera,
Aunque solo se espera
De mi infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.
¡Oh amigo dulce, oh dulce mi enemiga,
Timbrio, y Nísida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
¿Cuál dura, inicua, inexorable estrella
De mi daño enemiga;
Cuál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene asi apartados?
¡Oh miserable, humana, frágil suerte!
¡Cuán presto se convierte
En súbito pesar una alegría,
Y sigue escura noche al claro dia!
De la instabilidad de la mudanza
De las humanas cosas
¿Cuál será el atrevido que se fie?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie;
Y ya que el cielo envie
Su favor, solo sirve al que con celo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha,
Y al que no mas le daña que aprovecha.
Yo como puedo, buen Señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los pies dezcalzos y

una áspera soga ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazon caia, y el otro brazo á la otra parte flojamante derribado, y por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducia. Llegóse á él, Erastro, y trabándole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor, no pequeño le causaron á los que lo veian, y luego Erastro le dijo: ¿Qué es esto, señor, que es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejeis de



decirlo, que presentes teneis quien no rehusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traido la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él á pesar nuestro echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demás pastores le rogaron que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos; y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y asi les dijo: Puesto que á mí me fuera mejor, oh agradable compañía, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavía por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traido al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, seria posible que antes de contároslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenia determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveido de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudiéremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decia, y poniéndole en medio dellos, con vagorosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea, y luego el afligido ermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondria. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude serle particular amigo, y fuéme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conocian el nombre de Timbrio y el de Silerio, que es el mio, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increible gusto y contento los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte entreteniéndonos, hasta que un dia (de los

muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la cuestion, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fue forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo dándole aviso que le hallaria en Italia en la ciudad de Milan ó en Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla se avisase á Timbrio. Ordenó mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaria, dejándome con mas pena que yo sabre agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el deseo que de verte tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venia, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partian, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio: y no creo que debia de ser la media noche cuando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fue como digo con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fuí á tiempo, y asi me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado; porque quedaba mal acomodado de todas las cosas que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello. Amanecióme en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efeto aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: Llegáos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabreis lo que deseais. Hícelo asi, y lo primero en que puse los ojos fue en un alto crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia, todo lo que me certificó la voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el cual venia á pie con unas esposas á las manos y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clérigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos te-



nia, que nunca, en todo el discurso de su vida, habia cometido cosa por donde públicamente mereciese recebir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algun término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban.

Considérese aquí, si tanto la consideracion pudo levantarse, cuál quedaria yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecia: no sé qué os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ageno de todos mis sentidos, que una estatua de mármol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertando en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habian desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: ¿Adónde está, oh Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿Qué esperas ó qué aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasion presente? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que, segun creo, aquí te es hecha.

Estas palabras mias y el conocerme Timbrio, fue parte para que, olvidado todo temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco si los sacerdotes, de compasion movidos, no ayudaran su deseo; los cuales, tomándole en peso, á pesar de lo que estorbarlo querian, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, dejándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fue poderosa la sola mia de resistirlas; y con mas ofensa que á mi parecer mi pecado merecia, á la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron: el atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrio aumentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la ejecucion.

Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba, y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le habia dado la de su muerte; y por librarme della, de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servia de poco aquello, antes era añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no seria parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él habia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fuí avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el cual le envié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso, antes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe tambien la causa por qué á mi amigo Timbrio llevaba el amargo suplicio, segun me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fue que viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero catalan, que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa agena de toda cristiandad, y digna de toda lástima. Sucedió pues que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazon el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; antes pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil corteses ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedia, obligado de las buenas obras dél recebidas: fuéronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recebidos fueron.

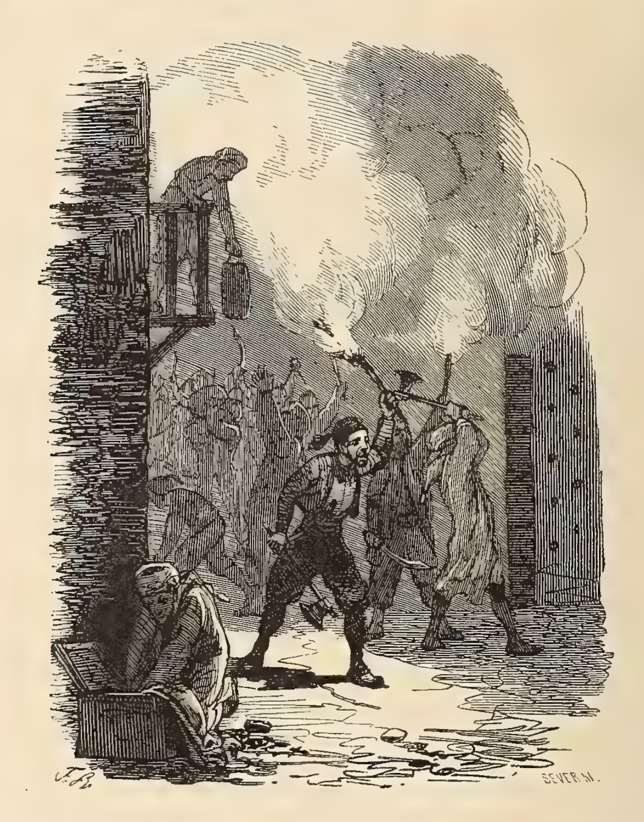
Mas la fortuna que hasta entonces con Timbrio se habia burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, solo para este efeto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fue Timbrio, á quien tuvieron por un salteador que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demás presos que aquel que no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron á muerte, la cual fuera puesta en efecto, si el cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estábase Timbrio en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y

yo que esperando estaba en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mis bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco mas de media noche seria, hora acomodada á facinerosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: Al arma, al arma, que turcos hay en la tierra. Los ecos destas tristes voces ¿quién duda que no causaron espanto en los mujeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mesmas piedras, con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salian cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada vírgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreidos perros; los cuales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las vírgenes, muerto los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimento alguno se volvieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo habia, dejándole desolado y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra á la montaña se habia recogido.

¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos y enjutos los ojos? Mas ¡ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y éstos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mesmos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no habia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que habia visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí á un hombre que me dijo, que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas seria curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen: seguíle en fin, como os he dicho, con deseo de saber qué habria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como despues supe, con algunas heridas se habia escapado y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio; y que en fin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles.

Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester habia, y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme revés alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fue tal el contento que en vernos los dos recebimos, que no me siento con fuerzas para encarecérosle por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos habia sucedido; pero todo este placer mio se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo y de una enfermedad tan extraña, que si yo á aquella sazon no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrías de su vista. Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo: ¡Ay, amigo Silerio! ¡y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros! Palabras fueron éstas de Timbrio que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí y lo que él mas replicó, solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles habia nacido: su nombre era Nísida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas bajo de la tierra abatia. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre todo falto de salud, y en términos de acabar

la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que habia cobrado á la hermosa Nísida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nísida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si mas tuviera y pudiera, y asi usé de un artificio el mas extraño que hasta hoy se habrá oido ni leido; y fue que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome comencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reia de verme tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondia al hábito, me dijo que haciendo cuenta que él era un gran príncipe y que yo de nuevo venia á visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores,



no os cansais de escucharme, direos lo que entonces le canté, con ser la primera vez. Todos dijeron que ninguna cosa les daria mas contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que así le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dejase de contarles. Pues esa licencia me dais, dijo el ermitaño, no quiero dejaros de decir cómo comencé á dar muestras de mi locura, que fue con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decia.

SILERIO.

De príncipe que en el suelo
Va por tan justo nivel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

No se ve en la edad presente
Ni se vió en la edad pasada
República gobernada
De príncipe tan prudente:
Y del que mide su celo
Por tan cristiano nivel,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Del que trae por bien ageno,
Sin codiciar mas despojo,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno:
Del que lo mas deste suelo
Es lo menos que hay en él,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

La liberal fama vuestra,
Que hasta el cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muestra
Del que no discrepa un pelo
De ser al cielo fiel,
¿Qué se puede esperar dél?
Que no sean obras del cielo?

Del que con cristiano pecho
Siempre en el rigor se farda,
Y á la justicia le guarda
Con clemencia su derecho;
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á él,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Estas y otras cosas de mas risa y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brío y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado truhan; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fuí conocido de toda la mas gente principal de la ciudad, y la fama del truhan español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver, el cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin, no me pude excusar que un dia de un banquete allá no fuese, donde ví mas cerca la justa causa que Timbrio

tenia de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Vi á Nísida, á Nísida vi para no ver mas, ni hay mas que ver despues de haberla visto. ¡ Oh fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! Y ¿es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos ellos por tierra? ¡Ay, que si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nísida, y el afrentoso hábito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí habia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atrás en los enamorados principios! En fin, vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla siempre procuré granjear el amistad de sus padres y de todos los de su casa; y esto con hacer de gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mi posible. Y rogándome un caballero que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nísida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos que muchos dias antes para otra ocasion casi semejante yo habia hecho, y sirviéndome para la presente, los dije, que eran éstos.



SILERIO.

Nísida, con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros á vos dió al suelo
Una imágen y traslado
De cuanto encubre su velo:
Si él no tuvo mas que os dar,
Ni vos mas que desear,
Con facilidad se entiende
Que lo imposible pretende
Quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina
La perfeccion soberana
Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina,
Y diga, bien se conviene,
Que al alma que en si contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el velo hermoso
Mas que el mundo tuvo ó tiene.

Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella mas luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo mas perfecto dellas
A sus mejillas se debe.

De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y armonía celestial:
De duro mármol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Cuanto el cielo satisfecho.

Con estas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningun dia dejase de visitarlos: y asi sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primer designio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombra al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nísida tenia, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Mas ¡ay de mí! que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la agena; porque el donaire, belleza, discrecion y gravedad de Nísida habian hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en menos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio.

A vuestra consideracion discreta dejo el imaginar lo que podia sentir un corazon á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido, porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud agena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban eran los padres de Nísida; y aun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. ¡Ay (decia yo entre mí cuando Nísida tales ofrecimientos me hacia), ay, con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! Pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible é incierto, imposible seria que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nísida cosa alguna, de lo cual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discrecion y hermosura que Nísida), estaban maravilladas; y con mas deseo de saber el orígen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese.

Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria habia fabricado, una vez que acaso la bella Nísida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije: No penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con el venir á términos de conoceros, y como criado serviros, solo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de da-

ros lástima, viendo cuán lejos está el remedio della, pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el mas liberal, discreto y gentil hombre que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas cuestiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la agena no le faltaran amigos; mas hale salido tan al revés su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber cómo aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades; y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderé si le pierdo), doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y aun son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que deseareis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo, pero tambien sé que en diciéndoosle, no os maravillareis sino de cómo no lo tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero enemigo tomó posesion en sus entrañas. En entrado en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura; mas tan principal y honesta, que jamás el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, cuando Nísida me dijo: Por cierto, Astor, que entonces era este el nombre mio, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recien nacido, entregándose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco destos amorosos efetos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él que mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no seria bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo, dime: ¿llamarias tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cirto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediala. Asi que Astor, perdóname, que las obras deste tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das.

Cuando yo oí á Nísida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar mas sola y mejor conyuntura, y asi le respondí: Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no menos de risa que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio ser, que la memoria solo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupan: y asi los ojos ven como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza cuando son favorecidos, ora el temor cuando desechados: y asi sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que paraciéndoles á los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: ¿quién sabe? ¿podria ser? y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiria el amor. Y de aquí nace andar entre el temer y osar el corazon del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la viese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria: encargóme asimismo que buscase órden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo menos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Veámosla, dijo Nísida, porque deseo ver cómo escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos dias antes estaba escrita, esperando ocasion de que Nísida la viese, y ofreciéndome la ventura ésta, se la mostré; la cual por haberla yo leido muchas veces se me quedó en la memoria, cuyas razones eran éstas.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

«Determinado habia, hermosa señora, que el fin desastrado mio os diese noticia de quién yo era pareciéndome ser mejor que alabáredes mi silencio en la muerte, que no que vituperárades mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que á poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor extremado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.»

Con mucha atencion estuvo Nísida escuchando esta carta, y en acabándola de oir, dijo: no tiene de qué agraviarse lo dama á quien esta carta se envia, si ya de puro grave no da en ser melindrosa enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas de esta ciudad; pero con todo eso no dejes, Astor, de dársela, pues como ya te he dicho que no se puede esperar mas mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para mas animarte te quiero asegurar, que no hay mujer tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida; porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene, lo cual sería al revés, si viese que de nadie era solicitada. Bien sé, señora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor, que el atreverme á darla, por lo menos me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio.

No quieras, Astor, replicó Nísida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla éste á que te aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nísida, respondí yo, que en ese término me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: y en este entre tanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envia, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio para que con este engaño, él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nísida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ageno alguna blanda ó esquiva respuesta, ¿no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfecho? Cuanto mas, que por no haber dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querria comenzar á darlas mentirosas y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quién es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo y cosa tal que él quede contento por ahora; y puesto que despues las cosas sucedan al revés de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, oh Nísida, respondí yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre, como me pondria el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de mí, dijo Nísida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisonjear es su propio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conocido della, que cuando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama, puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere; pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora.

Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y asi besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere, habia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nísida me habia sucedido, que fue parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entonces le tenian ofuscado; y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los mios no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaria el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros; que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamás la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mias: y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale, y con todo esto no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nísida, principio y fin de toda mi desdicha; pero ¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero y querré bien á Nísida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamás la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la agena. Sucedió pues que como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo ó apartado alguna vez me hallaba con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre; y asi una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, solo de un laud acompañado, canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravísima, os los habré de decir, que eran éstos.

SILERIO.

¿Qué laberinto es éste, do se encierra
Mi loca levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trujo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?
¿O quién reducirá mi pensamiento
Al término que pide un sano intento?
Si por romper este mi frágil pecho,
Y despojarme de la dulce vida,
Quedase el suelo y cielo satisfecho
De que á Timbrio guardé la fe debida
Sin que me acordara el crudo hecho,
Yo fuera de mi mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.
Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas
Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.
Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamás espera,
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua
La honra y la salud, será cual era
Mi limpia fe, mas firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.
Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muéstrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ageno, y á sí mismo ofende.
Socorre, oh blando amor, levanta y guia
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envia
Al alma y á la lengua temerosa,
La cual podrá, si lleva su osadía,
Facilitar la mas difícil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fue ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba



era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual así como los oyó, le vino al pensamiento que el mio no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nísida, segun se podia colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse adonde de ninguno fuese hallado, solo por dejarme comodidad de que solo á Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado, y me dijo: Acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dejar, y partirse esta noche, y no me ha dicho dónde, sino que le apareje no sé qué dineros y que á nadie diga que se parte; principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé qué versos que poco há contábades, y segun los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado propósito. Con extraño sobresalto escuché lo que el paje me decia, y fuí luego á ver á Timbrio en su aposento; y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones me pareció que éstas decia: Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por

lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della ¡oh Nísida, Nísida, y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto; mas pues mi ventura así lo



ha querido, sepa el cielo que no soy menos amigo de Silerio, que él lo es mio; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantó del lecho y abrió la puerta, y hallándome allí, me dijo: ¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera menos no me pesara. En fin, por no cansaros mas, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y dí á entender ser su imaginacion falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era Nísida, sino de su hermana Blanca; y súpelo decir esto de manera que el lo tuvo por verdadero; y porque mas crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias antes yo mesmo habia hecho á otra dama del mismo nombre, y díjele que para la hermana de Nísida las habia compuesto, las cuales vinieron tan á próposito, que aunque sea fuera dél decirlas agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron éstas.

SILERIO.

¡Oh Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condicion mas que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermo ura.
Blanca gentil en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mio en lágrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mio encierra;
Que esta será tan caudalosa paga.
Que á cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finísimo ducado,
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, oh Blanca mia,
Dejad ese desden de enamorado,
Y haced, oh Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.
Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuérades vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo hubiera:
Y si mi ser en aquel ser tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,
A vos, oh Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oia; y volviendo la cabeza, vieron venir hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venia un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traia un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movia, y los demás pastores con el mesmo aplauso y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traian, y los demás ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta de desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hácia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde seria servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazon llegó el monton de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la música, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea llegó á sus oidos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la extremada condicion suya; y asi como Lenio los vió y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando hácia ellos se vino.



LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría
Será por mí juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siente de amor la tiranía.
  Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
De esta furia cruel, de este tormento.
  Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.
  Deste tal las corderas
Antes que venga la sazon madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasion mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.
  Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.
  Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pio y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo:
  ¡Oh cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.
  No lleve este tirano
Los despojos á tí solo debidos,
Antes con larga mano
Y premios merecidos
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los pastores cortesanamente recibido; el cual, como oyese nombrar á Damon y á Tirsi, á quien él solo por fama conocia, quedó admirado en ver su extremada presencia, y asi les dijo: ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las véras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estais éticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discrecion que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradijeran, y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la tuya, oh Elicio, sino, dígalo el aire, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la yerba destos prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro dia cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas y en mí vituperas. No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pastores con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro

disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocase, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin en ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere;
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.
Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los ví,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les dí.

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dé,
Si por premio de mi fé
No se admite el desear:
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos do el bien sobra
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intencion.
Aunque durase este dia
Mil siglos como deseo,
A mí que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo ligero
Curso en alternar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

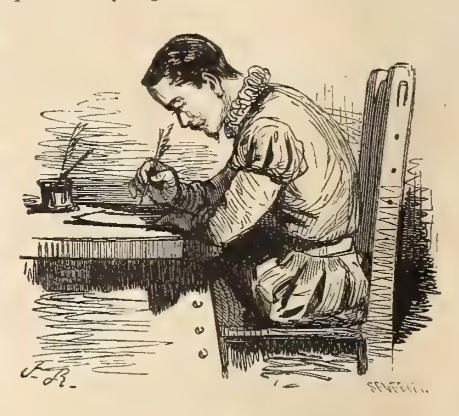
En esta vista reposa
Mi alma, y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fénix la renueva.
Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Allí está, y allí se encierra
No en mandos, no en poderíos,
No en pompas, no en señoríos,
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabo su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar á la aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia como se verá en el siguiente libro.

LIBRO TERCERO.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dejasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia; el cual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije quedó él satisfecho de que mi pena procedia, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion que de mí habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y asi yo olvidado del mio no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia de ellos. A lo que yo le dije, que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentia el dolor que yo dél publicaba ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fue parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el cual era tan fuerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decia, añadiendo á estas otras razones que á Nísida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entonces por palabras lo que despues con obras no pudo tener cubierto, antes con gravedad y honestidad extraña reprendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo mas temia; solo concluyó con decirme que de allí adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado y procurase que el artificio de mi mentiroso hábito no se descubriese: conclusion fue esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nísida daria oidos á las quejas de Timbrio. ¿En qué pecho pudo caber ni puede el extremo de dolor que entonces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio habia dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nísida en poder ageno, el propio mio se acababa. ¡Oh fuerza poderosa de verdadera amistad, á cuánto te estiendes, y á cuánto me obligaste! pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que habia de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado habia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni menos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que, habiendo llegado á noticia de Timbrio, cómo su enemigo Pransiles (aquel caballero que él habia agraviado en Jerez), deseoso de sa-

tisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del Estado del duque de Gravina, dándole término de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla; el cuidado deste aviso no fue parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia; antes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nísida de manera que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro cuanto á su valor era obligada. Acercándose ya el término del desafío, y viendo Timbrio serle inescusable aquella jornada, determinó de partirse, y antes que lo hiciese escribió á Nísida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atrás y en muchas palabras no habia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir, que asi decia.



TIMBRIO Á NÍSIDA.

Salud te envia aquel que no la tiene,
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.
El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones,
Escritos con mi sangre de uno en uno.
Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.
Entre un ardiente osar y un frio miedo
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,
Mientras esta recibes triste quedo:
Por ver que en escribirte me destruyo,
Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo
Si no te adoro desde el mismo punto
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.
El verte y adorarte llegó junto,
Porque ¿quién fuera aquel que no adorara
De un ángel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza al mundo rara
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraiso
Fue descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
¡Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no menos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra!
En deuda soy á mi fatal estrella
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
Pero en fe de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.
Dicen que no hay amor sin esperanza:
Pienso que es opinion; que yo no espero,
Y del amor la fuerza mas me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido tambien de tu belleza,
Que fue la red que amor tendió primero,
Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso ñudo y su estrecheza.
Sustenta amor su mando y tiranía
Con cualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía,
Que mira, no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira satisfecho,
Nien el pecho, á quien llama alabastrino
Quien del pecho no pasa mas adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma al escondido centro
Mira, y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,
Si de la luz perfeta no anda á escuras.
Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,
Y á los torpes sentidos tiene en calma.
Y en esta sujecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
Aro en el mar, y siembro en el arena,
Cuando la fuerza estraña del deseo
A mas que á contemplarte me condena.
Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,
Y en estremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.
Ofrécense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, cuantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo,
Llevado del amor que me entretiene.
Mas ya, Nísida bella, al paso vengo
De mi con mortal ansia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De tí sin causa alguna desechada.
Otro mas duro trance, otra agonía,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbara mi triste fantasía.
Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Asi como al contrario puedo verte.
La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Cual de mi desventura ha sido hecha.
Por esta corre airada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
Por aquella mi bien va de vencida,
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
A términos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,
Solo por ver que el fuego en que me quemo
Es hielo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso estremo.
Que si tú no te muestras de mi parte,
¿A quién no temerá mi flaca mano,
Aunque mas la acompañe esfuerzo y arte?
Pero si me ayudaras, ¿qué romano
O griego capitan me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?
Por el mayor peligro me arrojara,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatara.
Tú sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro, do no hay bien con que se acierte.
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna,
En la difícil cumbre sustentarla,
Subida sobre el cielo de la luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan estraños términos me hace,
Solo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nísida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.

Con mas facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza,
Sin haberte ofendido, me condena.
No midas tu valor con mi bajeza;
Que al respeto de tu ser famoso
Por tierra quedará cualquier alteza.
Así cual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al mas subido término amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, antes me parece
Que deberia ser remunerado.
Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
Quisiérate pedir, Nísida, cuenta
De un alma que te dí: ¿dónde la echaste?
¿O cómo estando ausente me sustenta?
¿Ser señora de un alma no acetaste?
Pues ¿qué te puede dar quien mas te quiera?
¡Cuán bien tu presuncion aquí mostraste!
Sin alma estoy desde la vez primera
Que te ví por mi mal y por bien mio;
Que todo fuera mal si no te viera.
Allí el freno te dí de mi albedrío;
Tú me gobiernas, por tí sola avivo,
Y aun puede mucho mas tu poderío.
En el fuego de amor puro me vivo
Y me deshago, pues cual fénix luego
De la muerte de amor vida recibo.
En fe desta mi fe te pido y ruego
Solo que creas, Nísida, que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida, y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.
Que está para conmigo en ti tan junto
El querer y el poder, que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto.
Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones desta carta, ó las muchas que yo antes á Nísida habia dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio le tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que así lo tenian ordenado, movieron las entrañas de Nísida para que en el punto que la acabó de leer me llamase, y con lágrimas en los ojos me dijese: ¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que á costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo! Hagan los hados, que á este punto me han traido, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas ¡ay, cuán liviano descargo es éste para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nísida, y mas el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se estiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, si no de verme á mí imposibilitado de tener jamás contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nísida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en agenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fue parte para que no llegase á un mesmo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nísida.

Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no habia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenia dejar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio buscase algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiéndole yo ser eso imposible sin quedar deshonrado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres habian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estar mal dispuesta, con la cual ocasion se quedaria en una casa de placer donde sus padres habian de posar, que media legua estaba de la villa donde se habia de hacer el combate, y que allí esperaria su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio: mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y asi ella sabria por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento ó el fin de su vida. Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca me despedí della con la mayor tristeza y el mayor contento que jamás tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría.



El supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciéndole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podria. Paso agora en silencio

los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debia, porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado, pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un caballero español y otro napolitano. Y á la fama de este particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo tambien allá los padres de Nísida, llevando con ellos á ella y á su hermana Blanca; y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho, y asi las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nísida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordándome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamas sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nísida me habia dicho, cuanto vió que convenia para quitarme la vida, ó á lo menos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atencion estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, cuando interrumpió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó á los demás pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habria de acabarlo. Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: Poco se perderá pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traido la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria mas habia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: cuanto mas, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y asi rogó Silerio que mas no se hablase, y todos con atento oido se pararon á escucharle; el cual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se habia salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pie de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

MIRENO.

¡Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces!
Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago,
Y sabes cuanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo;
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima afuera.
Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en agena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido,
Que sembró mi amoroso pensamiento,
Y regaron mis lágrimas cansadas,
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo difícil y asegura.
Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien cualquier camino
¿Por qué no acaba la enojosa vida?
¿Por qué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte:
Y asi, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.
Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ageno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida, á mi pesar, á la memoria.
Mas ¡qué! si por la historia
De mis pasados bienes la paseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.
¡Ay, bien único y solo al alma mia,
Sol que mi tempestad aserenaste,
Término del valor que se desea!
¿Será posible que se llega el dia
Donde he de conocer que me olvidaste?
¿Y que permita amor que yo lo vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de agenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir, de tu cabello
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.
Nadie por fe te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo
Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo que por mi mal solo poseo
La voluntad de hacellas,
¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?
En tí pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantaras
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimaras:
Pensé que no trocaras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena;
Entregástete al oro

Por entregarme á mí contínuo al lloro.
Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma,
Aquel te loa que jamás te mira:
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y así por no encontrarte, el pie retira,
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tú derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mujeriles pechos codiciosos;
Tú jamás perficionas
Con amor el valor de las personas.
Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por mas duro que sea,
Pues se le da con él lo que desea.
De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfecciones
Con una avara muestra has afeado:
Tanto del oro te mostraste amiga,
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
En fin, ¡que te has casado!
¡Casádote has, pastora! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrías,
Y de las penas mias
Injustas, no recibas justa paga.
Mas ¡ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocian y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la estraña condicion de las mujéres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se habia entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedirselo, él comenzó á seguir, diciendo. Llegando, pues, el dia del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua antes de la villa en unos jardines como conmigo habia concertado, con escusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó no, ella entendiese el bueno ó el mal suceso de Timbrio. Tornéselo á prometer agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo mas cierto, que á Timbrio favorecia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su sontrario de suerte, que teniéndole á sus pies herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas fácil á él y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni menos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él: lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo habia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apenas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increible y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nísida. Pero ¡ay de mí! que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡Oh memoria, memoria mia! ¿por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví á ver á Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida, que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algun siniestro revés á Timbrio habia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan estraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: cuando ya yo llegué, hallé toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil estremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la ví en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo hubiesen sido mas otros que la triste nueva á los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto, que de un agudo parasismo habia quedado muerta. Debió de oir esto Timbrio; y debió quedar cual yo quedé, sino quedó peor: solo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro y por la posta se habia partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y púseme luego en camino para seguirlo: y antes que á Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nísida no era muerta, sino que le habia dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales habia vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros.

Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con mas contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fue asi, porque el caballero con quien él habia venido me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte: solo imaginaba que

segun le vió triste y melancólico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron éstas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó que al cabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nísida, sin ella y sin su hermana, las cuales, segun supe y segun era pública voz, entrambas á dos se habian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabia qué hacerme ni decirme: y estando puesto en esta confusion tan estraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba se habia embarcado, y pensando que podria ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado sin hallar dél rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viéndome, pues, yo ausente de Timbrio, ageno de Nísida, y considerando que ya que los hallase,



ha de ser para gusto suyo y perdicion mia; cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y asi he escogido este hábito que veis, y la ermita que habeis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atrás la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas; y cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejeis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á términos que ninguna cosa me da mas gusto que la soledad; y de aquí entendereis la vida que paso, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lágrimas con que muchas veces le habia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabria imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo, del cual se debia esperar que no consentiria que la falsa nueva de la muerte de Nísida, á noticia de Timbrio con mas verdadera relacion no viniese antes que la desesperacion le acabase; y que de Nísida se podia creer y congeturar, que por ver á Timbrio ausente se habria partido en su busca; y que si entonces la fortuna por tan

estraños accidentes los habia apartado, agora por otros no menos estraños sabria juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron le consolaron algo, pero no de manera que despertasen la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que habia escogido era la que mas le convenia. Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el cual se habian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apenas habia dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del ce-



loso marido, cuando dejaron los suyos todos los mas pastores del aldea, y cada cual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cuál con su tamborino y flauta les daba la madrugada; acullá se oia la regocijada gaita, acá sonaba el acordado rabel, allí el antiguo salterio, aquí los cursados albogues; quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quién pulia y repulia sus rústicos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabia á contento, placer y fiesta. Solo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el cual habiéndose salido del aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba; y allí sentándose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y cuán sin poderlo estorbar, ante sus ojos habia de ver coger el fruto de sus deseos; y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara.

A esta sazon, Damon y Tirsi, Elicio y Erastro, se levantaron, y asomándose á una ventana que al campo salia, lo primero en quien pusieron los ojos fue en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecia; y movidos á compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dejaran ir solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él, mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor trasportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto por Elicio, hizo señal á los demás pastores que viniesen; los cuales temiendo algun estraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno que una estátua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su estraño embelesamiento, sino fue, que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó á decir: ¿Tú eres, Silveria, Silveria? si tú lo eres, yo no soy Mireno, y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues ¿quién soy yo, desdichado? ó ¿quien eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria, á lo menos la Silveria que ser debias y yo pensaba que fueras.

A esta sazon alzó los ojos, y como vió alrededor de sí los cuatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole. ¡Ay verdadero amigo mio! y cómo agora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veias favorecido: pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, oh Mireno, respondió Elicio de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido. Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dejar de cumplir con lo que el amor debia; de do vengo á considerar, oh Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fue fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme, y ofrecerme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, sino es con dejar en sus manos la vida. No está en término la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entonces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que á de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta mesma razon que has dicho te condena, respondió Elicio, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado. Si no ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba: y solo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, antes temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mias, y que nunca á la suya habia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, sin conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes: y debajo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿que razon hay que tal consienta, ó que corazon que tal sufra? Aquí tornó Mireno á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venian, porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesábales á los pastores de dejar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dijo á Elicio que se queria ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y le encargó que do quiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel, le rogó que en hallando comodidad se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestra de mucho dolor y tristeza: el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venía, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO Á SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo mas de cuanto tenia,
Pastora, agora te envia
Lo menos que le ha quedado,
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.
Pero poco acaso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dejas;
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.
Tiempo fue ya que escucharas
El cuento de mis enojos,
Y aun si lloraran mis ojos,
Las lágrimas enjugaras:
Entonces era Mireno
El que era de tí mirado.
Mas ¡ay, cómo te has trocado,
Tiempo bueno, tiempo bueno!
Si durara aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño;
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mal andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.
Tus palabras lisonjeras
Y mis crédulos oidos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de veras:
Los bienes con su apariencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.
Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria,
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea
Y un olvido en un momento

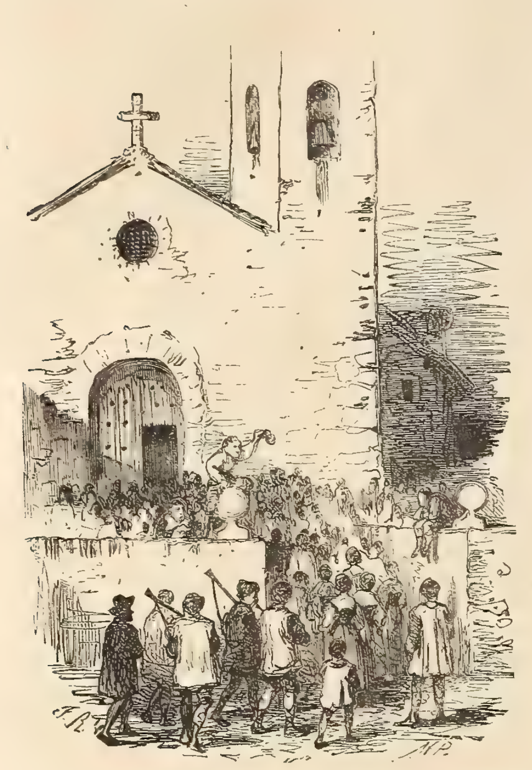
Desde la gloria al tormento,
Al que en amar no se emplea.
Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento estraño,
Que estoy ya dentro del daño
Y no salgo del provecho.
Porque imagino que ayer
Era cuando me querias,
O á lo menos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.
Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas
Y razones amorosas
Aun me suena en el oido.
Estas memorias süaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.
¿Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias,
Si á Mireno no querias
Sobre todo cuanto amabas?
Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mí tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?
¡Oh, qué títulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.
Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto;
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.
Y aun dirás, y esto me daña,
Que es el haberte casado,
Y el haberme así olvidado,
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.
Mas en fin tu gusto fue
Gusto, pero no fue justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fé:
La cual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.
Quien esto vendrá á entender
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, mujer,
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.
Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desechallo.
Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable ser,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana:
Y así por estraña cosa
Dirá aquel que de tí hable:
Hermosa, pero mudable;
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habian hecho, considerando con cuánta presteza la mudanza de Silveria le habia traido á punto de desamparar al amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se habia visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda ó la mas pastoría de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras; y entre los que á los demás en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo y el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora á quien él por único bien suyo tenia; y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba; antes en dolorosa competencia muchas veces se habian juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor á cualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado; y tenian todos tal ingenio. ó por mejor decir, tal dolor padecian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en toda la ribera del Tajo, y habian puesto deseo á Tirsi y a Damon de conocerlos; y viéndolos allí juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon, hasta allí dellos solamente por fama conocidos.

A esta sazon salió el rico pastor Daranio á la serrana vestido, traia camisa alta de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparras azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuarteada caperuza.

No menos salió bien aderezada su esposa Silveria porque venia con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería, invencion de Galatea y Florisa que la vistieron, garbin turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habian venido, entre las cuales tambien iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos hácia el templo se encaminaron: en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises; y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio le dijo: ¿Qué miras, pastor, si á Golatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho? Todo eso he podido ver, oh Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dijo Erastro; pero todavía no me podrás negar, que á no ser

Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamente te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que á Galatea querias; porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que esta trae consigo el hacer desear: asi que á este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el cielo, le tuviéramos merecido; mas ya ves, Erastro, ser esto tan al revés, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último bien suyo; sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la há de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva; y éste se puede llamar aun en las cosas de acá perfecto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado, como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas aquellos que sin moverles otro interés alguno de temor, de pena ó de esperanza de gloria, le quieren, le aman y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado; y esta es la última y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, cuando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y asi amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, oh Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender cómo no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y asi puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fué cantando.



LENIO.

Desconocido, ingrato Amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras,
Pones al alma libre mil prisiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere al nuevo nudo su deseo.
En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza;
Descoge en este campo tu bandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza:
¡Que bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!
Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres tálamos y lechos
Do el yugo conyugal á dos anida:
Enciérrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Y vayan á gozar, como se espera,
De la agradable eterna primavera.
Deja las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y ejercicio:
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Si no las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento.
Aqui puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder maravilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia celosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.
Mas si, pérfido Amor, nunca escuchadas
Fueron de tí plegarias de tu amigo,
Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo:
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuánta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa; cosa que jamás le ha-

bian oido decir: mas habiendo oido los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y asi llegados al templo y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente. Vueltos pues los desposados del templo con la misma compañía que habian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen menos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que mas autorizó la fiesta, fue ver que en alzándose las mesas, en el mesmo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los cuatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, que por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una égloga, que ellos mesmos de la ocasion de sus mesmos dolores habian compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro, fue el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un callado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte: venia con hojas de funesto ciprés coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmatura muerte de su querida Listea: y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado:
El aire os impide, que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, y siquiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.
Poco perdereis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sugeto,
Por quien en estilo grave y perfecto
Hablábades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuísteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Sereis de la tierra y del cielo tenidas.
Pero aunque salgais, palabras, temblando,
¿Con cuáles podreis decir lo que siento,
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse cual es al vivo pintando?
Mas ¡ay, que me falta el cómo y el cuándo
De significar mi pena y mi mengua!
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.
¡Oh muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,
Y haces iguales á Henares y al Nilo!
¿Por qué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? ¿Por qué á mi despecho
Probaste en el blanco y mas lindo pecho,
De tu fiero alfanje la furia y el filo?
¿En qué te ofendian, oh falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
¿Por qué en el suyo creciste mis daños?
¡Oh mi enemiga y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que mas teme tus males tamaños.
En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir há poco que gusta:
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Ni mando ni ruego jamás la doblega,
Asi con rigor la flor tierna siega
Como la caña ñudosa y robusta.
Cuando á Listea del suelo quitaste,
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brio,
Tu ira, tu mando y tu señorio
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.
Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga,
Que es insufrible á mis hombros su carga,
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quién espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.
¡Oh, vos que sentís qué cosa es dolores!
Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus bríos,
Vereis que los vuestros son mucho menores:
¿Dó estais agora, gallardos pastores?
¿Crisio, Marsilio y Orfenio, qué haceis?
¿Por qué no venís? ¿por qué no teneis,
Por mas que los vuestros, mis daños mayores?
Mas ¿quién es aquel que asoma y que quiebra
Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra;
A este le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aun no es cual la mia su suerte tan negra.
El piensa que el arma, que el alma le aqueja,
Es mas que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se queja.
Mas ¡ay! que á la pena que nunca me deja,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza,
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra ligereza.
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está cual ser solia;
Huigamos, si es posible,
Del áspero rigor suyo terrible,
¿A qué apartado clima,
A que region incierta

Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco scita,
Un solo punto mi dolor alivia;
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.
Aquí y allí me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor ni esperanza
Un término dichoso
Me pueda prometer en tal porfía
Belisa, luz del dia,
Gloria de la edad nuestra,
Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor airado de tu diestra,
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.
Mas sorda á mi lamento,
Mas implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Mármol, diamante, acero,
Alpestre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca,
Todo es blando y süave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.
Mi duro amargo hado,
Mi inexorable estrella,
Mi voluntad que todo lo consiente,
Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño,
En tanto que en el suelo
La cubriere mortal corpóreo velo.
¿Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y allí se enciende
Con el helado frio:
Mirad qué desvarío,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.
¿Mas quién es el que mueve
Las ramas intrincadas
Deste acopado mirto y verde asiento?
Or. Un pastor que se atreve,
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tú lo estimes,
Levantes y sublimes.
Mars. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ansias mias,
Si de mi mal insano,
La mas mínima parte conocieras,
Cesaran tus porfías,
Orompo, viendo llano,
Que tú penas de burla, y yo de veras.
Or. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor estraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba:
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierto
Que el tuyo es sombra de mi mal, que es cierto:
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchémosle ahora,
Que su cansada pena
No menos que la tuya se engrandece.
Mars. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura,
Donde pueda mostraros
A entrambos, y enteraros
De que sola la mia es desventura.
Or. Atiende ahora, Marsilio,
La voz de Crisio y lamentable estilo.

CRISIO.

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¡Cuán fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte!
Que cuando con mayor rigor sentencia,
¿Qué puede mas su limitada suerte
Que deshacer el ñudo y recia liga,
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?
Tu duro alfanje á mayor mal se estiende,
Pues un espíritu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor que nadie entiende,
Ni se alcanza por ciencia ni por arte,
Que deje su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Mas frágil, con la cual mas mal me siente,
Que estar mil veces de la vida ausente!
Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de allí no pasó la fantasía;
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasía:
Yo los vi, desdichado, y no los veo,
Y mátame de verlos el deseo.
Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el término á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con ligereza presta y vuelo estraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.
Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y siente:
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme, levantado, ardiente,
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.
Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable:
Muerte, desvíos, celos, inclemencia,
De airado pecho condicion mudable,
No atormentan asi, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre pone espanto.
Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causara,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara;
Mas cese aquí mi canto lastimero,
Que á compañía tan discreta y rara
Como es la que allí veo, será justo
Que muestre al verla mas sabroso gusto.
Or. Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,
Y mas viniendo á tiempo que podremos
Acabar nuestra antigua diferencia.
Cris. Orompo, si es tu gusto, comencemos,
Pues que júez de la contienda nuestra
Tan recto aquí, en Marsilio le tendremos.
Mars. Indicio dais y conocida muestra
Del error en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues quereis que á los mios preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, mas que conocidos.
Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Cuánto vuestro dolor es menos grave
Que las ansias que el alma me rodean,
La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Asi como mi ingenio torpe sabe.
Y dejaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia:
O el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.
Or. Deso yo soy, Marsilio, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte
El triunfo le asegura á mi tormento.
Cris. Aunque de exagerar me falta el arte,
Vereis cuando yo os muestre mi tristeza
Cómo quedan las vuestras á una parte.
Mars. ¿Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora, que es con ser tan dura,

Señora universal de la belleza?
Or. ¡Oh, á qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! ¿Veisle asomado? Estad atentos,
Oiréisle ponderar su desventura.
Celos en la ocasion de sus tormentos,
Celos, cuchillo y ciertos turbadores
De las paces de amor y los contentos.
Cris. Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

¡Oh sombra escura, que contino sigues
A mi confusa triste fantasía,
Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues!
¿Cuándo será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel y rigorosa arpía?
¿Qué ganas en turbarme el alegria?
O ¿qué bien en quitármela consigues?
Mas si la condicion de que te arreas
Se estiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya y te ha engendrado,
No me debe admirar que de mí seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.
Or. Si el prado deleitoso,
Orfenio te es alegre cual solia
En tiempo mas dichoso,
Ven, pasarás el dia
En nuestra lastimada compañía.
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda fácilmente
Ven, que aquí se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente:
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilio,
Que cada cual pretende
Mostrar que solo es mal el que le ofende.
Yo solo en este caso
Contrario habré de ser á ti y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podré encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte de ellos.
Orf. No al gusto le es sabrosa
Así á la corderuela deshambrida
La yerba, ni gustosa
Sa ud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida,
Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisio su dolencia
Marsilio esté callado:
Muerte, desden ni ausencia,
No tengan con los celos competencia.
Pero si el cielo quiere
Que hoy salga al campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua ó diestra.
Que no está en la elegancia,
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.
Cris. Siento pastor que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Dará mil muestras de tu desvarío.
Orf. Templa ese brio, ó muéstralo á su tiempo,
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja;
Que alma que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.
Cris. Es mi tormento tan estraño y fiero,
Que presto espero que tu mesmo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.
Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.
Or. Aun engendrado pienso que no estaba,
Cuando sobraba en mí la desventura.
Orf. En mí se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio.
Mars. Opuesto al brio de mi mal estraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.
Or. Esta maraña quedará muy clara,
Cuando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte alguna,
Dulce fruto prometieron,
Y cuando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena:
Vi su flor maravillosa
En mil muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómela de envidiosa.
Yo quedé cual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:
Y aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.
Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya dessesperado,
De que yo soy mas penado,
Es cosa cierta y notoria:
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene:
Mas ¡ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura!

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar donde han nacido
Cien mil espinas y abrojos,
Que el corazon me han herido
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedara al fin satisfecho:
Porque viera que valia
Mi enamorada porfía
Con quien es tan desabrida,
Que á mi hielo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.
Pues si es el trabajo vano
De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
¿A mi dolor inhumano
Cuál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas entereza
Cuando mas me desconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazon
El fruto que se debia
A mi continua pasion,
Una súbita ocasion
De gozarla me desvía;
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dejado.
Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo,
En alivio se convierte,
Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:
Mas en ausencia se siente
Con un estraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Celos, muertes y desden;
Que esto y mas teme el ausente.

Cuando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ansias desiguales
El remedio de los males
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia mas mortales.

ORFENIO.

El fruto que fue sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazon llegado
Fue con próspero destino
En mi poder entregado:
Y apenas pude llegar
A términos tan sin par,
Cuando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.
Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga
La roe un fiero gusano:
Aborrezco lo que quiero,
Y por lo que vivo muero,
Y yo me fabrico y pinto
Un revuelto laberinto,
De do salir nunca espero.
Busco la muerte en mi daño,
Que ella es vida á mi dolencia
Con la verdad mas me engaño,
Y en ausencia y en presencia
Va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por estar ni alejarme
Es imposible apartarme
Desta triste viva muerte.

OROMPO.

¿No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace
Por ser tan estendido,
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?
Si de la gloria muerta
No se quedara viva la memoria

Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella.
Pero si está presente la memoria,
La memoria del bien ya fenecido
Mas viva y mas ardiente
Que cuando poseido,
¿Quién duda que esta pena
No está mas que otras de miserias llena?

MARSILIO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por estraña via
Huirsele delante
Al fenecer el dia
El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,
Quedaria sin duda
Confuso del temor que allí le ofrece
La escura noche y muda,
Y mas si no amanece;
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.
Yo soy el que camino
Para llegar á albergue venturoso,
Y cuando mas vecino
Pienso estar del reposo,
Cual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Cual raudo y hondo rio
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frio
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante;
Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediara mis enojos.
Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Cuanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
Un rico albergue de mil bienes lleno,
Triunfé de su conquista,
Y cuando mas sereno
Se me mostraba el hado,
Vilo en escuridad negra cambiado.
Allí donde consiste
El bien de los amantes bien queridos
Allí mi mal asiste,
Allí se ven unidos
Los males y desdenes,
Donde suelen estar todos los bienes.
Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan estraño muro,
Que pienso que le abaten
Cuantos le quieren, miran y combaten.

OROMPO.—CRISIO.—MARSILIO.

Or. Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo
Despues de haber tocado en cada sino,
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente,
Por mas que el bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,
Muere: yo, que estoy muerto, pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente.
Y tú, Marsilio, afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza,
Pues un fiero desden es tu homicida.
Tú repites, Orfenio, que la lanza
Aguda de los celos te traspasa,
No solo el pecho, que hasta el alma alcanza
Y como el uno lo que el otro pasa
No siente, su dolor solo exagera,
Y piensa que al dolor del otro pasa.
Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto
A mayor sentimiento nos condena.
Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
Pueden pensar los tristes pensamientos
Es ocasion de renovar el llanto.
Cesen pues los agudos argumentos,
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
¡ Desdichado del triste sin ventura
Que padece de celos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura:
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia:
Y no menos aquel que en sus porfías
Siente, cuando mas arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frias!
Cris. Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora:
Y en tanto que el albergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado,
Con voz amarga y lamentable queja,
Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.
Mars. Comienza pues, oh Crisio, y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura
Llevado mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.
En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado
Temor de ser olvidado,
Celos de agena presencia.
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni menos bien que esperar.

MARSILIO.

En mi terrible pesar
Ya faltan por mas enojos.
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.
La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la muerte
Por mas vida y por mas bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:
El mal viene, el bien se aleja
Con tan ligera corrida
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

ORFENIO.

Celos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran celos amor,
Y que el amor celos fuera.
Deste trueco granjeara
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la vitoria
De enamorado llevara:
Y aun fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que á ser los celos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta ultima cancion del celoso Orfenio dieron fin á su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discrecion á todos los que escuchado los habian: especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, pareciéndoles que de mas de pastoril ingenio parecian las razones y argumentos que para salir con su próposito los cuatro pastores habian propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro habia alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciéndoles: Que él para sí tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos, y que no se podian igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: La causa es, dijo, que no cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la vuluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto mas el deseo le sobrase, tanto mas el entendimiento le faltaria: y por esta mesma razon digo, que la pena que Orompo padece, no es sino una lástima y compasion del bien perdido; y por haberle perdido de manera que no es posible tornarle á cobrar, esta impo-



sibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre en la razon, que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efeto ha de dar muestra de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras, so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto que por hombre racioual seria tenido: en fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al revés en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parécele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada que se hace notorio agravio á su gusto, que cosas que son tan menos como un poco de agua ó tierra le impidan su felicidad y gloria. Júntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es extraño el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algun alivio su tormento; y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me habia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dejara de decir lo que la razon me muestra, an-

tes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veríamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, antes en ellos mas se confirma y fortalece: asi que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso te ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante; que si esto asi fuese, mil enamorados importunos habria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halla en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas que la muevan é inclinen á quererme: y asi no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y asi debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoy para afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare grangear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuélese Marsilio, y tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor parte que en las de amor imaginar se puede. ¡Oh celos turbadores de la sosegada paz amorosa! ¡celos, cuchillo de las mas firmes esperanzas! no sé yo qué pudo saber de linages el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mesmo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara, ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procurais usurparle el mando y señorío que tiene: y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais á conocer que no sois el mesmo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los raviosos celos, en siendo el amante celoso, conviene, con paz sea dicho de los celosos enamorados, conviene, digo, que sea como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado; y á tanto se extiende la celosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere es á quien mas mal desea.

Querria el amante celoso que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oidos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado desta pasion diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe, todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos: al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, y mas; cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demás debe anteponerse. Y asi es mi parecer, que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y asi el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar á la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio, y demasiadamente confiado; porque, como dice un comun proverbio nuestro, quien bien ama, teme; y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la mirare: y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no

se acabe el dichoso estado que goza; y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efetos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los celos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habian, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática; los cuales, cansados de la recitada égloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los cuales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron dellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon, y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: La fama de vuestra sabiduría, que cerca y lejos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándose pues al oido, le dijo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito, diciendo:

Tenella con el deseo.

Fue celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que mas la solemnizó fue el pastor Lauso, y no menos le pareció bien á Francenio; y asi cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y despues de haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnaldas para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fue agradecerle la buena opinion que dellos tenia, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era esta.

Huyendo va la esperanza:
Tenella con el deseo.

GLOSA.

Cuando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer
Y las sobras del pesar:
Muérese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.

Huye, y llévase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dejando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo;
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible
Y en su ligereza veo
Que ni puedo, ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que asi decia.

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os ví,
Luego temí y esperé;
Pero en fin tanto temí,
Que con el temor quedé.
De veros esto se alcanza:
Una flaca confianza
Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.

Y aunque me deja y se va
Con tan estraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo;
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querria, aunque pudiese
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: solo resta agora que vosotros deis la guirnal-

da á quien viéredes que con mas justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conocian, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solia, y andaba entre sí imaginando quién podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quién imaginaba que la discreta Belisa, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas



para sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso; y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mesmo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrerra hácia el ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia pometido, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fue cantando.

ARSINDO.

Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso dia:
Celébrese en todo el suelo
Este alegre casamiento
Con general alegría:
Cámbiese de hoy mas el llanto
En süave y dulce canto,
Y en lugar de los pesares
Vengan gustos á millares
Que destierren el quebranto.
Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nacidos:
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos:
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les den los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen mas sus apriscos.
Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras,
Con que doblen su ganancia
Las solícitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia:
Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazon;
No entre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.
Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor
Cuanto pueden desear:
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno dotor,
Y otro cura del lugar:
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;
Que sí serán, y aun señores,
Si no salen fiadores
De agudos alcabaleros.

Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al dotor:
Y ningun pesar reciban
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador:

Y cuando los dos estén
Viejos cual Matusalen,
Mueran sin temor de daño,
Y háganles su cabo de año
Por siempre jamás amen.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales mas se alargara, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio, el cual convidando á todos los que con él venian, se quedó en ella; si no fue que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fue posible que lo consintiese, y asi se hububieron de quedar con sus amigos; y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel dia, y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero, dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

LIBRO CUARTO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones le persuadieron que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian; antes despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas habia recibido, y abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen.

Viendo, pues, Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recebirian. Teolinda se ofreció ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirla, y asi seria excusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satisfaccieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y asi tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveido el zurron de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol mas derechos y con mas fuerza comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de á caballo y al-



gunos de á pie, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los alcones y perros que llevaban: y estándolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brío: traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales asi lo hicieron, y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos perecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oir palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabó á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba: y asi acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo asi, como pensado lo habian, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo mas espeso del bosque, y luego por sus mesmas pisadas les fueron siguiendo, hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veian todo lo que el caballero y las pastoras hacian y decian; las cuales, habiendo mirado á una y otra parte por ver si podrian ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fue conocida; y llegándose al oido de Galatea, le dijo con la mas baja voz que pudo: Extrañísima aventura es esta, porque sino es que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje, y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ¡ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida. Quietóse con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacia, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada y airado semblante le comenzó á decir: En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa seria al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado e traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabia mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía. Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no há mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ó ¿por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecian cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir á estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dejo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento seria justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y pónlos en éstos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quién engañas, á quién dejas, y á quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dejas á quien ha dejado á su honra y á sí mesma por seguirte; olvidas á la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen; mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpétua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare: y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo lo que

en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas la has movido para ofenderme.

Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondia, el cual levantando el rostro, que hasta allí inclinado habia tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habian causado, con sosegada voz le respondió desta manera: Si yo quisiese negar, oh Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaria asimesmo que la luz del sol es clara, y aun diria que el fuego es frio y el aire duro. Asi que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desden imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te habia dado; y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que á tal ejecucion se llegase: antes de dia en dia me ibas entreteniendo y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos y honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á tí para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenia y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un dia que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que mas no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia ó con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que yo te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; antes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daria gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo menos desposaréme mañana, que asi está concertado entre sus parientes y los mios; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra.

En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dijo: Como no puede caber en tus verdes años tener, oh Grisaldo, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mias, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia, pero yo te certifico que antes que á ella lleves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y la rebozada pastora, su compañera, no aguijara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la cual á Grisaldo decia: Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes á la palabra que por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo: sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mio no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento.

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole de las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que habia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero mas lo fue Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: ¡ Oh cielos, y qué es lo que veo! ¿no es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? ella es sin duda alguna. Y sin mas detenerse salió de donde estaba, y con ella Galatea y Flo-

risa; y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar, y en tal sazon y coyuntura. Viendo pues Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que habian sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulacion y comedimiento recibieron á las pastoras, que luego de Grisaldo fuéron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores habian recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dijo: No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se



nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traido á término tan dichoso, en satisfaccion dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligacion á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, despues de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas á todos los que allí estaban, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas: y entonces vieron con cuánta razon Artidoro se habia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese.

Mas viendo Florisa que el sol estaba hácia la mitad del cielo, y que seria bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo ménos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debian estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: Tiempo habrá, pastoras, donde con mas comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á dó pasar el rigor de la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atras dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago solo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo. Ese no faltará en mí mientras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo: solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamas de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo: y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo: A términos me habia

traido el amor, Grisaldo, señor mio, que con menos que por mí hicieras te quedara perpetuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder antes á ser quien eres, que no á mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y despues el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga. No mas, dijo á esta sazon Galatea, no mas, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz goceis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos. De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no sé con qué lo encarezca mas, que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dijo Florisa, que el aldea es lejos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y á estas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro dia enviaria Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que habia de hacer: y que enviando aquel pastor, sin ser notado podria hablar á Galatea ó á Florisa, y dar la órden que mas conviniese.

A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura asimesmo fue contando á Galatea y á Florisa la ocasion que la habia movido á tomar el hábito de pastora, y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo: No os causará admiracion, hermosas pastoras, el verme á mí en este traje, si supiérades hasta do se extiende la poderosa fuerza de amor, la cual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de la manera que mas es de su gusto; y hubiera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion deste traje no me hubiera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo con intencion de estarse allí algunos dias, ocupado en el sabroso ejercicio de la caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hízolo asi: y la venida de Grisaldo á mi casa fue para sacarme á mí della; porque en efecto, aunque sea á costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber cómo, á pocos dias que él allí estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fue tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, y viendo cuán bien me estaba tener á Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á poner en efecto los mios: y asi, con la intercesion de una doncella mia en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin



que nuestra estada solos á mas se extendiese que á vernos, y á darme él la palabra que hoy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar. Ordenó pues mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragonés, que Artandro se decia, el cual vencido, á lo que él mostró, de mi hermosura, si alguna

tengo, con grandísima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Habia en este medio procurado Grisaldo traer á efecto su propósito, y mostrándome yo algo mas dura de lo que fuese menester, le iba entreteniendo con palabras con intencion que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no queria él hacer esto, porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé ocasion de pedirle celos, aunque fingidos, solo por hacer prueba de la entereza de su fe; y fuí tan descuidada, ó por mejor decir tan simple, que pensando que granjeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artandro, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me significó la pena que recibia de lo que yo con Artandro pasaba, y aun me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me habia dado, que no podia dejar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura habia echado al alma de Grisaldo, no podrian tan fácilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra cualquiera belleza. Mas salióme tan al revés mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el cual cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien de dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo él partido de mi aldea, y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que habia caido, y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que la ausencia dél me acababa, y los celos della me consumian. Considerando pues que si mi remedio se dilataba, habia de dejar en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar á perder lo menos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y asi con excusa que dí á mi padre de ir á ver una tia mia, señora de otra aldea á la nuestra cercana, salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito, y viniese á hablar á Grisaldo, certificándole que si yo misma no venia, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió con condicion que trujese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba: y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodándome destos vestidos, y advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habíamos de hacer, nos despedimos della habrá ocho dias; y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamás hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venia á caza, y le aguardé en el mesmo lugar donde él se despidió: y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto: del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mio, que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y vereis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas.

Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia: y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, despues de haber dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura habia contado á Galatea y á Florisa, le dijo: Sabrás, hermana, que asi como tú faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te habia llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera: confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro habia pasado en la floresta: con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, la cual le preguntaron si te conocia, ó adónde te habia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te habia visto, ni sabia qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confesion, tornó á jurar que no te conocia, y que en toda su vida habia estado mas de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen (y esto otras veces lo habia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto extremo como descubriria la verdad cuando les mostrase que se habian engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efeto, tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian que tal maravilla como la de parecernos yo á ti, y Galercio á Artidoro, no se habia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fue la vista de suerte que quedé sin ella, á lo menos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo

tuve lugar de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mí por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recebí sumo contento por saber que veníamos á la aldea de Galercio, y que allí le podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que há cuatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del cual podria saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demás que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la aldea. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabia dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; y asi determinó de ir otro dia á buscar á Galercio do quiera que estuviese, y habiéndole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le habia sucedido despues que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le habia dicho, con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo creo, á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta, que si á la nuestra no excede, á lo menos en ninguna cosa se quedará atrás. Quisiera el cielo, dijo Florisa, que asi como los cuatro os semejais unos á otros, asi os acomodeis y parezcais en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicara á estas razones Teolinda, si no lo estorbara la voz que oyeron que dentre los árboles salia, y parándose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaria lo que el pastor cantase; y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba.

LAUSO.

Si yo dijere el bien del pensamiento,
En mal se vuelva cuanto bien poseo,
Que no es para decirse el bien que siento.
De mí mesmo se encubra mi deseo,
Enmudezca la lengua en esta parte,
Y en el silencio ponga su trofeo.
Pare aquí el artificio, cese el arte
De exagerar el gusto, que en una alma
Con mano liberal amor reparte.
Baste decir que en sosegada calma
Paso el mar amoroso, confiado
De honesto triunfo y vencedora palma.
Sin saberse la causa, lo causado
Se sepa; que es un bien tan sin medida,
Que solo para el alma es reservado.
Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
De ilustre y clara fama conocida.
Que el limpio intento, el amoroso celo
Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al mas subido cielo.
En tí, Silena, espero, en tí confio,
Silena, gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi albedrío.
Espero que el sin par entendimiento
Tuyo levantes á entender que valgo
Por fe lo que no está en merecimiento.
Confío que tendrás, pastora, en algo
(Despues de hacerte cierta la esperiencia)
La sana libertad de un pecho hidalgo.
¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra, y quién sin ella
Sufrirá un punto la terrible ausencia?
¡Oh mas que la belleza misma bella,
Mas que la propia discrecion discreta,
Sol á mis ojos y á mi mar estrella!
No la que fue de la nombrada Creta,
Robada por el falso hermoso toro,
Igualó á tu hermosura tan perfeta.
Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintió llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro.
Ni aquella que con brazo airado y crudo
En la sangre castísima del pecho
Tiñó el puñal de su limpieza agudo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni por lo que cantado habia pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fue la pastora conocida: y así imaginaron que como Lauso habia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera seria la que habia rendido la libre voluntad suya; mas volviendo á considerar que le habia visto pocos dias atrás triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora, á quien habia hecho señora de sus pensamientos: y asi sin satisfacerse en su sospecha se fueron hácia la aldea, dejando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir desde lejos algunos pastores que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los mas principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salian á tener la siesta á la fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las entricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y antes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo corteses recibimientos á las pastoras, convidándolas á que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas

Galatea se escusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venian, tenian necesidad de ir á la aldea: con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de cuantos allí estaban. Ellas se fueron á la aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su ermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel dia con ellos se quedase, jamas lo pudieron acabar con él, ántes abrazándolos á todos se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su ermita, dejando á los pastores no sin dolor de ver la estrecheza de vida que en tan verdes años habia escogido; pero mas se sentia entre aquellos que le conocian y sabian la calidad y valor de su persona.

Llegados los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres caballeros y á dos hermosas damas que de camino venian, y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos al-



gunos criados, de manera que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, asi como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal parecia, viendo que los pastores de comedidos se querian ir á otra parte, les dijo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposicion y manera; y siendo el lugar, como lo es tan acomodado para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí y á estas damas, sino venis en lo que yo en su nombre y el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se extendia á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos solo por hacer lo que pedís. Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad, y para mas certificarme y obligarme con ella, sentáos, pastores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron asi, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto habian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que despues de la de Galatea no podia haber en la tierra otra que se igualase.

Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de mas edad parecia á la mas pequeña en cierto donaire y brio se aventajaba. Sentados pues y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entonces ninguna cosa habia hablado, dijo: Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima á mí mesmo, y á vosotros honesta envidia. ¿Por qué dices eso, amigo Darinto? dijo el otro caballero. Dígolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y cuán poco viene á lucirnos, pues los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados: la púrpura, el oro, el brocado, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos á los ojos de quien nos mira: todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podria ser, y aun es asi, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparras de cualquier color que sean; y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer mas hermosos que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diria pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaria la mia con ella. En deuda te estamos todos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dejar de venir en lo que dices, replicó Darinto, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin, en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estar mas libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu. Cuán bien se conforma con tu opinion, Darinto, dijo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama, el cual, despues de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros, en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y antes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una cancion que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la córte tiene larga y ejercitada experiencia, y por haberme á mi parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dijera, si imaginara que á ella me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla. Ninguna otra cosa nos dará mas gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darinto, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabía por haberle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y asi yo de mi parte te ruego nos digas la cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena. Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que habia dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo excusar al decirla. Y asi, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera.

DAMOM.

En vano imaginar de nuestra gente,
De mil contrarios vientos arrojada
Acá y allá con curso presuroso:
La humana condicion flaca, doliente
En caducos placeres ocupada,
Do busca sin hallarle algun reposo
El mundo mentiroso,
Falso prometedor de alegres gustos:
La voz de sus sirenas
Mal escuchada apenas,
Cuando cambia su gusto en mil disgustos:
La babilonia, el caos que miro y leo
En todo cuantó veo:
El cauteloso trato cortesano
Junto con mi deseo,
Puesto han la pluma en la cansada mano.
Quisiera yo, señor, que allí llegara
Do llega mi deseo, el corto vuelo
De mi grosera mal cortada pluma,
Solo para que luego se ocupara
En levantar al mas subido cielo
Vuestra rara bondad y virtud suma;
Mas ¿quién hay que presuma
Echar sobre sus hombros tanta carga,
Si no es un nuevo Atlante
En fuerzas tan bastante,
Que poco el cielo le fatiga y carga?
Y aun le será forzoso que se ayude,
Y el grave peso mude
Sobre los brazos de otro Alcídes nuevo,
Y aunque se encorve y sude,
Yo tal fatiga por descanso apruebo.
Ya que á mis fuerzas esto es imposible,
Y el inútil deseo doy por muestra
De lo que encierra el justo pensamiento,
Veamos si quizá será posible
Mover la flaca mal contenta diestra
A mostrar por enigma algun contento
Mas tan sin fuerzas siento
Mi fuerza en esto, que será forzoso
Que apliqueis los oidos
A los tristes gemidos
De un desdeñado pecho congojoso,
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
Hacen contino guerra,
Todos en su desdicha conjurados,
Que se remata y cierra
Con la corta ventura de sus hados.
Si esto no fuera, fácil cosa fuera
Tender por la region del gusto el paso
Y reducir cien mil á la memoria
Pintando el monte, el rio y la ribera.
No amor, el hado, la fortuna y caso
Rindieron á un pastor toda su gloria:
Mas desta dulce historia
El tiempo triunfa, y solo queda della
Una pequeña sombra,
Que ahora espanta, asombra
Al pensamiento que mas piensa en ella:
Condicion propia de la humana suerte
Que el gusto nos convierte
En pocas horas en mortal disgusto,
Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.
Vuelva y revuelva en alto, suba ó baje
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tilo á Batro,
Que él dirá cuanto mas sude y trabaje,
Y del término salga de sí mismo
Puesto en la esfera, ó en el cruel baratro
¡Oh una, y tres, y cuatro,
Cinco, y seis, y mas veces venturoso

El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con mas contento y mas reposo
Que el rico Craso, ó el avariento Mida!
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla y sana,
De todo punto olvida
Esta mísera, falsa cortesana.
En el rigor del erizado invierno
Al tronco entero de robusta encina
De Vulcano abrasada se calienta,
Y allí en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al cielo no entricada cuenta.
Y cuando ya se ahuyenta
El encogido, estéril, yerto frio,
Y el gran señor de Delo
Abrasa el aire, el suelo,
En el márgen sentado de algun rio
De verdes sauces y álamos cubierto,
Con rústico concierto
Suelta la voz, ó toca el caramillo,
Y á veces se ve cierto
Las aguas detenerse por oillo.
Poco allí le fatiga el rostro grave
Del privado, que muestra en apariencia
Mandar allí do no es obedecido;
Ni el alto exagerar con voz süave
Del falso adulador, que en poca ausencia
Muda opinion, señor, bando y partido;
Ni el desden sacudido
Del sutil secretario le fatiga,
Ni la altivez honrada
De la llave dorada,
Ni de los varios príncipes la liga,
Ni del manto ganado un punto parte,
Porque el furor de Marte
A una y otra parte suene airado,
Regido por tal arte,
Que apenas su secuaz se ve medrado.
Reduce á pocos pasos sus pisadas
Del alto monte al apacible llano,
Desde la fresca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas
Las movibles campañas del Océano
Are con loco, antiguo desvarío:
No le levanta el brio
Saber que el gran monarca invicto vive
Bien cerca de su aldea,
Y aunque su bien desea,
Poco disgusto en no verle recibe,
No como el ambicioso entremetido,
Que con seso perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca haber teñido
En turca ó mora sangre, espada ó lanza.
No su semblante ó su color se muda
Porque mude color, mude semblante
El señor á quien sirve; pues no tiene
Señor que fuerce á que con lengua muda
Siga cual Clicie á su dorado amante
El dulce ó amargo gusto que le viene:
No le vereis que pene
De temor que un descuido, una nonada
En el ingrato pecho
Del señor el derecho
Borre de sus servicios, y sea dada
De breve despedida la sentencia:
No muestra en apariencia
Otro de lo que encierra el pecho sano;
Que la rústica ciencia
No alcanza el falso trato cortesano.
¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
¿Quién no dirá que aquella sola es vida
Que al sosiego del alma se encamina?
Él no tenerla el cortesano en precio,
Hace que su bondad sea conocida
De quien aspira al bien y al mal declina.
¡Oh vida do se afina
En soledad el gusto acompañado!
¡Oh pastoral bajeza,
Mas alta que la alteza
Del cetro mas subido y levantado!
¡Oh flores olorosas, oh sombríos
Bosques, oh claros rios!
¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo
Sin que los males mios
Turbasen tan honesto pasatiempo!
Cancion, á parte vas do serán luego
Conocidas tus faltas y tus sobras:
Mas di, si aliento cobras,
Con rostro humilde enderezado á ruego:
Señor, perdon, porque el que acá me envia,
En vos y en su deseo se confia.

Esta es, señores, la cancion de Lauso, dijo Damon en acabándola: la cual fue tan celebrada de Larsileo, cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, respondió Darinto, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas. Estas canciones son las de mi gusto, dijo á este punto el desamorado Lenio; y no aquellas que á cada paso llegan á mis oidos, llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos é intricados, que osaré jurar que hay algunas, que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío; y lo que mas me cansa á mí de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién, que ellos llaman Cupido, que la mesma significacion del nombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio.

Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal del amor; pero como todos los mas de los que allí estaban conocian su condicion, no repararon mucho en sus razones, si no fue Erastro, que le dijo: ¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones, ni responder á tus argumentos? Pues quiérote advertir que te será sano callar por ahora, ó á lo menos tratar de otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discrecion y ciencia de Tirsi y de Damon te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden y lo que tú debes entender del amor y de sus cosas. ¿Qué me podrán ellos decir que yo no sepa? dijo Lenio; ó ¿qué les podré yo replicar que ellos no ignoren? Soberbia es esa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges mas por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que debias regirte, que es el de la verdad y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como muestro y mostraré mientras la vida me durare. ¿En qué fundas tu razon? dijo Tirsi. ¿En qué, pastor? respondió Lenio: en que por los efetos que hacen, conozco cuán mala es la causa que los produce. ¿Cuáles son los efetos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los diré, si con atencion me escuchas, dijo Lenio; pero no querria que mi plática enfadase los oidos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ninguna cosa habrá que sea mas del nuestro, dijo Darinto, que oir tratas desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion; y asi por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática. Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella cuánta razon me fuerza á seguir la opinion que sigo, y á vituperar cualquiera otra que á la mia se opusiere. Comienza pues, oh Lenio,

dijo Damon, que no estarás mas en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazon, ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimismo venian Galatea y Florisa, con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las cuales, habiándolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serian de alguno conocidas. Levantáronse todos á recibir á Aurelio y á las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demás pastores. Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fue menos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta, y oir aquella disputa; y mas entonces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y asi sin mas esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, desta manera comenzó á decir.



LENIO.

Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, cómo ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y menos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como ésta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado; y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me excusara de hacerlo: cuanto mas, que no será pequeña la gloria que de aquí he de grangear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y asi con este presupuesto, sin querer ser favorecido sino es de la razon que tengo, á ella solo invoco y ruego de tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como publico.

Es, pues, amor, segun he oido decir á mis mayores, un deseo de belleza: y esta difinicion le dan entre otras muchas los que en esta cuestion han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corpórea é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y éste es el amor de que yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, tambien puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfecto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estátuas, edificios; la cual belleza puede amarse, sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide tambien en dos partes: en las virtudes y ciencias del ánima; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni mas ni menos el que se tiene á las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales, en comparacion de los incorpóreos, turbios y ciegos; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea que glorifica, síguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolacion de ciudades, ruina de Estados, destruicion de imperios y muertes de amigos: y cuando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos mas graves, qué incendio, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el

miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consistia en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él les suspiros, los lágrimas, las quejas y desabrimientos.

Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfeta y enteramente, está manifiesto y claro; porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las extrañas, conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrio, y así se concluye que donde hay amor hay dolor: y quien esto negase, negaria asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las pre-



sentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánima perturban, con mas propio vocablo perturbaciones son llamadas: y destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo: y asi es el deseo principio y orígen de todas nuestras pasiones, de do proceden como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrasta del alnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija: este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razon, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél: y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, antes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen, asi del primer deseo que nacen en nosotros, otros mil se derivan, y estos son en los enamorados no menos diversos que infinitos, y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea.

Hay algunos que, por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus pies, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que

den alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya están fuera de la posesion de sus bienes, procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece: y asi engañados y traidos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrojánse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oidos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lágrimas, con los suspiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo, y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nacen los odios, las iras, las muertes, asi de amigos como de enemigos. Por esta causa se ha visto y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por éstas se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas.

Mas porque claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto ímpetu al objeto propuesto nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene que ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapasionado? Y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguen, se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el alegría de los amantes, que los saca fuera de sí mesmos, tornándolos descuidados y locos; porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, asi de hacienda como de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mesmos esclavos de mil congojas, y enemigos de sí propios. Pues ¿qué, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los celos? Allí se les escurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entónces de quién esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: allí acude el temor contino, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil extraños y terribles accidentes que le consumen y atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada le fatigan, si mira, si rie, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mesmas que atormentan al amante celoso. Y ¿quién no sabe que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de lágrimas derrama? Qué de suspiros esparce? ¿Cuántas cartas escribe? Cuántas noches no duerme? Cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten? Cuántos recelos le fatigan, y cuántos temores le sobresaltan? ¿Hay por ventura Tántalo que mas fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cantares de las hijas de Dánao, tan sin provecho derramados, que jamas llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que asi destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los celos las del amante celoso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor contíno los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los tenerosos amantes? Hay Mínos ni Radamanto que asi castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que asi maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos: los cuáles por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, ó á lo menos dijeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar mas que á su propia vida la ajena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que

así, forzados de su deidad, no podian dejar de seguir y caminar tras lo que él quería. Moviólesá decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo, el ver los efetos sobrenaturales que hacen en los enamorados.

Sin duda parece que es sobre natural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder lejos de su amada, helarse cuando mas cerca della: mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamás promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medecina de los amantes no sanos! ¡Oh triste alegría, oh flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efectos deste dios imaginado; estas son sus hazañas y maravillosas obras: y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á este su vano dios, cuán vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efetos hacia, porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba, y la de oro crecido amor en los que heria, por solo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en balde cantan los poetas á Atalanta vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Dánae preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Eneas descender al infierno con el ramo de oro en la mano: en fin, el oro y la dádiva es una de las mas fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta; bien al revés de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual antes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo de estar mal con este perdido amor, de quien trato hoy, observad en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efetos suyos, y vereis, como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Vemos pues ¿quién, sino este amor, es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dádila, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: este fue el que movió la lengua de Herodes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de la vida: este hace que se dude de la salvacion del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombres: este redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo huso, y ejercitarse en mujeriles ejercicios: este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: este cortó la lengua á Progne, Aragne y á Hipólito, infamó á Pasifae, dertruyó á Troya y mató á Egisto: este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada: este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso de mortífero veneno, que la acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reino á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga. Este en fin entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oir una cancion, que algunos dias há tengo hecha en vituperío deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera:



Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,
El arco y flechas del amor tirano,
En su deshonra he de mover mi lengua:
Que ¿quién ha de temer á un niño ciego
De vario antojo y de juicio insano,
Aunque mas amenace daño y mengua?
Mi gusto crece, mi valor desmengua
Cuando la voz levanto
Al verdadero canto,
Que en vituperio del amor se forma
Con tal verdad, con tal manera y forma,
Que á todo el mundo su maldad descubre,
Y claramente informa,
Del cierto daño que el amor encubre.
Amor es fuego que consume el alma,
Hielo que hiela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado:
Turbado mar do no se ha visto calma,
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado,
Dador de escaso bien y mal colmado:
Afable, lisonjero,
Tirano, crudo y fiero,
Y Circe engañadora que nos muda
En varios mostruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado ser nuestro volvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razon á socorrernos:
Yugo que humilla al mas erguido cuello,
Blanco á do se encaminan los deseos
Del ocio blando sin razon nacidos:
Red engañosa de su sutil cabello,
Que cubre y prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en mas tenidos;

Sabroso mal de todos los sentidos,
Ponzoña disfrazada
Cual píldora dorada:
Rayo que adonde toca, abrasa y hiende:
Airado brazo que á traicion ofende,
Verdugo del cautivo pensamiento,
Y del que se defiende
Del dulce halago de su falso intento:
Daño que aplace en los principios, cuando
Se regala la vista en el sugeto
Que cual el cielo bello le parece;
Mas tanto cuanto mas pasa mirando,
Tanto mas pena en público y secreto
El corazon que todo lo padece:
Mudo hablador, parlero que enmudece,
Cuerdo que desatina,
Pura total ruina
De la mas concertada alegre vida:
Sombra de bien en males convertida,
Vuelo que nos levanta hasta la esfera,
Para que en la caida
Quede vivo el pesar y el gusto muera:
Invisible ladron que nos destruye
Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
Llevándonos el alma á cada paso:
Ligereza que alcanza al que mas huye,
Enigma que ninguno hay que la entienda,
Vida que de contino está en traspaso,
Guerra elegida, y que nace acaso:
Tregua que poco dura,
Amada desventura,
Preñez, que por jamás á sazon llega:
Enfermedad que al ánima se pega:
Cobarde que se arroja al mal y atreve,
Deudor que siempre niega
La deuda averiguada que nos debe:
Cercado laberinto, do se anida
Una fiera crüel que se sustenta
De rendidos humanos corazones:
Lazo donde se enlaza nuestra vida,
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras, palabras é intenciones:
Codicia de mil várias pretensiones,
Gusano que fabrica
Estancia pobre ó rica
Do poco espacio habita, y al fin muere:
Querer que nunca sabe lo que quiere,
Nube que los sentidos escurece,
Cuchillo que nos hiere;
Este es amor: seguidle, si os parece.

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles lo que Lenio habia dicho, de mas caudal que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haria ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad y en la esperiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la dama que con Darinto y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fue cuando llegó á tratar de lágrimas y suspiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la habia tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y asi estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efetos de amor que oian viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir.

TIRSI.

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla, antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á tí pertinaz y vanaglorioso: y asi ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender cuán otras son sus obras y efetos, de los que tú dél has publicado, hablando solo del amor que tú entiendes; el cual tú difiniste; diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimismo qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efetos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la difinicion que del amor hiciste sea la mas general que se suele dar, todavía no lo es tanto que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes: que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razon está clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir que se desean, sino que se aman: como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama; y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean se puede decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea y no se ama. Y asi que por esta razon el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dan, esta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí y nos deleita y aplace; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien: y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello; pero para mas clara difinicion y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad; porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vi-

vas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fue, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que solo en Dios para y sosiega. El amor provechoso, por ser como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleitable, por ser mas natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la miseria en que habia caido, y la pobreza en que estaba: y asi tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó rompiendo la tierra para sustentarse y vivir con la menos incomodidad que pudiese; y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello que en otra cosa) procuró tener hijos y perpetuar y deleitar en ellos la generacion humana; y asi como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes, asi heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su mesma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, tambien nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra; y de aquí nace el amor que tenemos á las cosas útiles á la vida humana; y tanto cuanto mas alcanzamos dellas, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consigniente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dichoso fin conduce.

Asi que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno antes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su misma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algun caudaloso rio, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan.

Asi que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisieres, no puede nacer sino de buen principio; y aun dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fue parte para que los antiguos filósofos (ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase) llevados de la razon natural, y traidos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas hasta llegar á la primer causa de las causas, y conocieron que habia un solo principio sin principio de todas las cosas; pero lo que mas los admiró y levantó la consideracion, fue ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfeta y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado: y asi es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor ni que mas descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte: y de aquí nace que esta belleza conocida se ama, y como toda ella mas se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue, que como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros mas queridas, servidas y solicitadas, como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor y criador nuestro, que es propia naturaleza del ánima nuestra estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguian; la cual fue la razon que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos: y viendo asimesmo que la belleza humana habia de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varon y á la hembra los mas de los gustos y contentos amorosos naturales le son lícitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasía que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos.

En este mesmo amor de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza; que el amante conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya templa; es fortaleza, porque el enamorado cualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzándole la mesma razon á ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, oh Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruicion de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes; digo que te demando que me digas, ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condénese la filosofía, porque muchas veces nuestros defetos descubre, y muchos filósofos han

sido malos; abrásense las obras de los heróicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan, ni se fabriquen casas, porque pueden caer sobre sus habitadores; prohíbase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdéñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condénense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efetos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dejan.

Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tebas, y la docta Atenas, y la ciudad de Dios, Jerusalen, que fueron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fue causa de su destruicion y ruina. Asi que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mismos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inícuo. Del antiguo Cremo trágico fue opinion, que como el vino mezclado con el agua es bueno, asi el amor templado es provechoso, lo que es al revés en el inmoderado: la generacion de los animales racionales y brutos seria ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y extraños efetos que el amor en los enamorados pechos hace, teniéndolos siempre en contínuas lágrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamás una hora de reposo; veamos por ventura, qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo, y tanto cuanto es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo, sino con ello mesmo, se padezca, se llore, se tema y se espere?

El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfacion sino el mismo amor, y él propio es su propia y verdadera paga: y por esta razon es imposible que el amante esté contento hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben, y asi estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y asi todas las veces que ven señales en contrario destas, ésle fuerza al amante lamentarse y affigirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede; y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad agena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble ñudo y estrecheza, que de las dos sean unos los pensamientos, y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados; porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habria de considerar primero adonde levantaron la fantasía; y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que cual nuevos Icaros caigan abrasados en el rio de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa el amor, sino su locura.

Con todo eso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y de salud al enfermo. Junto con esto confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamás de serlo se arrepienten; antes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: y por esto, oh amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofreceros y dedicaros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejeis ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas bajas habeis levantado, que amor iguala lo

pequeño á lo sublime, y lo menos á lo mas: y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros, porque la gloria sea tanta que quite el sentimiento de todo dolor; y como á los antiguos capitanes y emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran, segun la grandeza de sus vitorias, aparejados triunfos, asi á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos: y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, asi al amante, de la amada amado, los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias en suma tranquilidad y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efetos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes absolver.

Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella como casi en las demás cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego á todo cualquier otro objeto que se le ofreciere, si no es aquel á quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza, para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar; píntanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino á la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfeto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consumió á los troyanos, engrandeció á los griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el reino á Tarquino, redujo á libertad la república; y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que truje de los efetos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios: solo quiero rogarte te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oir una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, ó en otro cualquiera que tú escogieres y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los mios decir quisieres; y por agora estáme atento y escucha.

Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora, y en süave acento
Cante de amor las altas maravillas,
De modo que contento y satisfecho
Quede el mas libre y suelto pensamiento,
Sin que las sienta con no mas de oillas.
Tú, dulce amor, que puedes referillas
Por mi lengua, si quieres,
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quién eres;
Que si me ayudas, como yo confio,
Verás en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.
Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza y se granjea
El mas dichoso fin que se pretende:
De todas ciencias sin igual maestro,
Fuego, que aunque de hielo un pecho sea,
En claras llamas de virtud le enciende:
Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende
Raiz de donde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto, que al alma satisface,
De bondad, de valor, de honesto celo,
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo y enamora al cielo:
Cortesano, galan, sabio, discreto,
Gallardo, liberal, manso, esforzado,
De aguda vista, aunque de ciegos ojos:
Guardador verdadero del respeto,
Capitan que en la guerra do ha triunfado
Sola la honra quiere por despojos:
Flor que crece entre espinas y entre abrojos
Que á vida y alma adorna:
Del temor enemigo,
De la esperanza amigo:
Huésped que mas alegra cuando torna,
Instrumento de honrosos ricos bienes,
Por quien se mira y medra
De honrosa hiedra en las honradas sienes:
Instinto natural, que nos conmueve
A levantar los pensamientos, tanto
Que apenas llega allí la vista humana:
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo:
Sierra, en su cumbre deleitosa y llana
Facilidad que lo intrincado allana:
Norte por quien se guia
En este mar insano
El pensamiento sano:
Alivio de la triste fantasía,
Padrino que no quiere nuestra afrenta:
Farol que no se encubre,
Mas nos descubre el puerto en la tormenta:
Pintor, que en nuestras ánimas retrata
Con apacibles sombras y colores
Ora mortal, ora inmortal belleza:
Sol que todo nublado desbarata,
Gusto á quien son sabrosos los dolores:
Espejo en quien se ve naturaleza:
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio:
Espíritu de fuego
Que alumbra al que es mas ciego:
Del odio y del temor solo remedio:
Argos que nunca puede estar dormido,
Por mas que á sus orejas
Lleguen consejas de algun dios fingido:
Ejército de armada infantería
Que atropella con cien mil dificultades,
Y siempre queda con victoria y palma,
Morada adonde asiste el alegría,
Rostro que nunca encubre las verdades,
Mostrando claro lo que está en el alma:
Por donde la tormenta es dulce calma,
Con solo que se espere
Tenerla en tiempo alguno:
Refrigerio oportuno
Que cura el desdeñado cuando muere:
En fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
Alma, feliz sosiego:
Seguidle luego, que el seguirle es justo.

El fin del razonamiento y cancion de Tirsi fue principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, si no fue en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta, que le satisfaciese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran,

porque tomando la mano el amigo de Darinto, dijo: En este punto acabo de conocer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende, y que donde mas se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto desto, si fuese de aquella opinion del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabian, presuponiendo que todas se crian enseñadas: mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas universidades: si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende, y á todos se comunica; al caido levanta, al simple avisa y al avisado perfeciona.

Si conocieras, señor, respondió á esta sazon Elicio, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales córtes y conocidas escuelas, no te maravillaras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir: y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso te aseguro que los mas floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes en loables estudios y discretas conversaciones. Asi que, si la plática que los dos han tenido, de mas que de pastores te parece, contémplalos como fueron, y no como agora son: cuanto mas, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarán menos admiracion si los oyes, que los que ahora has oido; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados; y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discrecion y sabiduría. Responder queria el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venian dijo á la otra: Paréceme, señora Nísida, que pues el sol va ya declinando, que seria bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre.

No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les habia pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero ansi como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dió en el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas habia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon y á Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dijo: Pocos dias há, señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos oimos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho, pero de mas lágrimas acompañado y con mas sobresaltos referido. ¿Por ventura, respondió Darinto, hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nísida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fue criada. ¿Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dímela, dijo el caballero, que podria ser te satisfaciese. A esto replicó Elicio: A dicha, señor, ¿tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazon mas oportuna; mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que asi me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Segun eso, tampoco me negarás, respondió Elicio, que esta dama que contigo traes se llama Nísida, y aun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido á preguntármelo. Ella es tan buena y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás antes de muchas horas.

Todos los que no sabian lo que el ermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro habia contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dijo Damon volviéndose á Elicio: No entretengas, oh Elicio, las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio; y aun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir á dársela al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio. ¡Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio; ¿y qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, asi crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Erastro dice es el mesmo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Nápoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á términos, que en una pequeña ermita que poco menos de una legua está de aquí distante, pasa la mas estrecha vida que imaginarse puede, con determinacion de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mesmo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan

extraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan extraña soledad que te causará admiracion cuando le veas. Véale yo, y llegue luego el último remate de mis dias, dijo Timbrio; y asi os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio con decirme adonde está esa ermita adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dijo Erastro; pero de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que antes que el sol se ponga te pondré con Silerio: mas ha de ser con condicion que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Nápoles te partiste, que de todo lo demás hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes.

Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres y mas; y volviéndose á las damas que con él venian, les dijo: Pues con tan buena ocasion, querida y señora Nísida, se ha rompido el presupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos. Excusado es, señor Timbrio, respondió Nísida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena, que ya cada momento que tarda de verle se me hará un siglo. Lo mesmo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio habia dicho, y la que mas muestra dió de contento. Solo Darinto con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un extraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trujese el caballo en que allí habia venido: sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darinto hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió donde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando á disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos.

En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarea y Florisa á las hermosas Nísida y Blanca se llegaron; y la discreta Nísida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio habia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio; sino que á la mesma sazon llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurron al hombro y cayado en la mano, la cual como vió tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos les dijo: Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efetos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las mas amorosas lágrimas y profundos suspiros que jamás de ojos y pechos enamorados salieron: acudid, pues, pastores, á lo que os digo, vereis cómo con la experiencia de lo que os muestro hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron.



Viendo, pues, la pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo: Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que allí parece es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su crueldad. Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendia, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda; el pastor estaba ante ella de rodillas con un cordel echado á la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de un blanco cendal que encima de los vestidos traia.

Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar desgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, le estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél, á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto, que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la pastora hablaba. ¡Oh ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, endurecida, los ojos á mirar al que por mirarte está en el estremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admites á quien te sirve, y por qué aborreces al que te adora? ¡Oh sin razon enemiga mia, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis suspiros no te apiaden y que mis

servicios no te muevan? Sí que será posible, pues asi lo quiere mi corta y desdichada suerte; y aun será tambien posible que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora: vuelve, pastora, vuelve y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho.

Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movian á compasion á todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; y fue de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora: y ansi él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarle tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su propósito, antes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que á ello la movian, y aun dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana: añadiendo á estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual como vió que la pastora era tan enemiga del amor, como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era, y de seguir su compañía por algunos dias, y asi le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados te-



nian, rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no seria mas de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era.

Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos, y les dijese la causa que le habia movido á irse con aquella pastora: y sin esperar mas, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora habia pasado, halló que todos aquellos pastores habian llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenia. La que con Galatea estaba, era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales asi como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el cora-

zon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato, volviendo en sí Leonarda, á Rosaura dijo: ¡Ay señora mia, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna; pues la voluntad de Galercio está tan agena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia! porque te hago saber, señora que aquel es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin á mis dias. Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia: y mas lo fue cuando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. ¡Ay, traidora Leonarda! respondió Teolinda, y ¿no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? pues desengáñate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en este mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio; que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra: y aun si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza; y asi te hago saber que en tanto que la esperiencia no me haga mas cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar ó temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegaos, pastoras, dijo entonces Rosaura, que yo os sacaré presto desa duda en que estais; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la estraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba.

A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto, que apenas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo diferia. Preguntóle tambien qué se habia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí



apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca habia querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas del Henares habia venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda habia dicho y aquella pastora decia, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas.

En las pláticas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí

mi venida y la de mi hermano. ¿En qué manera? dijo Rosaura. Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartándose con ella la pastora, le dijo: Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Así debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fue avisarles como de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podia apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazon ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y excusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ella se venian, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo cómo Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diria adonde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocàse viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que antes Galatea á Teolinda habia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornóselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban.

Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedídose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria: con este prosupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse menos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron; y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del Occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la aldea antes que las sombras de la noche. Viéndose, pues, Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

El. El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura
La blanca castidad y el limpio celo,
Todo lo que es valor, ser y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesía,
Venga á mirar á la pastora mia.
Er. Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia,
Mas claro, que el que sale del Oriente:
Podrá decir cómo su fuego enfria,
Y abrasa al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que ver despues de vellos.
El. Y que no hay mas que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasion principal de mis enojos:
Vílos, y vi que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama,
Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.
Er. Que me abrasa y me hiela, arroja y llama,
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre ser puede la fama
Hacer estraña y verdadera historia:
Solo sus ojos, do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza mas notoria,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del mas bajo humilde vuelo.
El. La pluma del mas bajo humilde vuelo,
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesía y justo celo
Desta fénix sin par, sola y primera:
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,
Cordura sin igual, rara belleza
Donde mas se estremó naturaleza.
Er. Donde mas se estremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sugetos se reparte:
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su albergue y nido,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.
El. La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento:
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que estiendo el pie y el cuello á las cadenas,
Llamando dulce tan amargas penas.
Er. Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida,
Del alma triste sustentada apenas,
Y aunque apenas del cuerpo sostenida:

Ofrecióle fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida;
¿Qué gusto pues, qué gloria ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece?
El. Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,
Que solo confiado en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que alma satisfaga limpiamente.
Er. El mísero doliente, á quien sujeta
La enfermedad y aprieta, se contenta
Cuando mas le atormenta el dolor fiero,
Con cualquiera ligero breve alivio;
Mas cuando ya mas tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera;
Así desta manera el tierno pecho
Del amador, deshecho en llanto triste,
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida,
Le mire con fingida ó cierta muestra;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.
El. Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.
Er. Y el aldea está cerca, y yo cansado.
El. Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que mas el camino se alargara, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demás pastores estaban, que asi quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche; y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

LIBRO QUINTO.

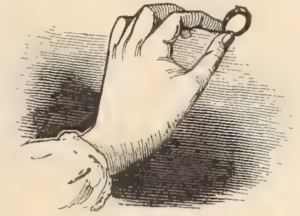
Era tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nísida y Blanca llevaban de llegar á la ermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que habia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavía, llevados del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oidos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fue de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad habia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto:

LAUSO.

¿Quien mi libre pensamiento
Me le vino á sujetar?
¿Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
¿Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
¿Quién abrió y rompió mi pecho,
Y robó mi voluntad?
¿Dónde está la fantasía
De mi esquiva condicion?
¿Dó el alma que ya fue mia,
Y dónde mi corazon
Que no está donde solia?
Mas yo todo ¿dónde estoy?
¿Dónde vengo? ¿adónde voy?
¿A dicha sé yo de mí?
¿Soy por ventura el que fuí,
O nunca he sido el què soy?
Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mi se halla
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme
Ni me valgo por valerme;
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion
Y no pienso de perderme.
La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Véome en este morir,
Y en el pasado vivir;
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte
Que ya no puede venir.
En tan estraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfía,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria:
Que sino es la de mis ojos
Que el fuego aumenta y despojos
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.
Todo mi bien comenzara,
Todo mi mal fenecíera,
Si mi ventura ordenara
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara:
Suspiros, aseguraldа,
Ojos mios, enteralda
Llorando en esta verdad:
Pluma, lengua, voluntad,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y asi todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita habia, razonando en diversos acaescimientos que á los dos habian sucedido despues que dejaron de verse, que fue desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano habia dejado los cisalpinos pastos, por ir á reducir aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religion se habian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damon que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le habia rendido; y cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes veras que á lo menos le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban celos. A todo lo cual satisfizo

bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habian sucedido: y entre otras le dijo, cómo hallándose un dia celoso y desfavorecido, habia llegado á términos de desesperarse ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase; pero que todo se remedió con haberla hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenia. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solenizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fue por bueno estimado. Pidió entonces Damon á Lauso que le dijese; y asi sin poder escusarse le hubo de decír, que era éste:



LAUSO.

Rica y dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la nieve pura;
Prenda que de la muerte y sombra escura
A nueva luz y vida me tornaste:
El claro cielo de tu bien trocaste
Con el infierno de mi desventura,
Porque viviese en dulce paz segura
La esperanza que en mí resucitaste.
¿Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda?
El alma, y aun no quedo satisfecho,
Pues menos doy de aquello que recibo.
Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sé tú mi alma, enciérrate en mi pecho,
Verán cómo por tí sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar que si otra alguna cosa á su pastora habia escrito se la dijese, pues sabia de cuánto gusto le era á él oir sus versos, A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oirlos: pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere, te ha de ser negada: y asi te digo, que en estos mesmos dias, cuando andaba celoso y mal seguro, envié estos versos á mi pastora.

LAUSO Á SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza:
El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.
El me fuerza, y ella mueve
A que te adore y escriba,
Y como en los dos estriba
Mi fe, la mano se atreve:
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fe, tu hermosura, amor,
Darán del yerro disculpa.
Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me dén)
Bien podré decir el bien
Que ha nacido de mi mal:
El cual bien, segun yo siento,
No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un estraño sufrimiento
Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo hubiera sido,
Ya el mal me tuviera loco:
Mas mis setidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que ya que haya de morir,
Que muera sufrido y cuerdo.
Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un celoso desamado;
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo á los ojos.
Goces, pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Granjeado con tus daños:
Sigue tu gusto, señora,
Pues te parece tan bueno;
Que yo por el bien ageno
No pienso llorar agora.
Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria y palma
El no tener libertad:
Mas ¡ay! que fortuna quiere,
Y el amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.
Conozco claro que voy
Tras quien ha de condenarme,
Y cuando pienso apartarme,
Mas quedo y mas firme estoy.
¿Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos,
Que cuanto mas huyo dellos,
Mas me enlazan y detienen?
¡Ay, ojos de quien recelo
Que si soy de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,
Y por menguarme el consuelo!
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.
¡Qué recelos, qué temores
Persiguen mi pensamiento,
Y qué de contrarios siento
En mis secretos amores!
Déjame, aguda memoria,
Olvídate, no te acuerdes
Del bien ageno, pues pierdes
En ello tu propia gloria.
Con tantas firmas afirmas
El amor que está en tu pecho,
Silena, que á mi despecho
Siempre mis males confirmas;
¡Oh pérfido amor crüel!
¿Cuál ley tuya me condena
Que dé yo el alma á Silena,
Y que me niegue un papel?
No mas, Silena, que toco
En puntos de tal porfía,
Que el menor dellos podria
Dejarme sin vida, ó loco:
No pase de aquí mi pluma,
Pues tú la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discrecion, donaire, honestidad y valor de su pastora, á él y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querian entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque habiéndose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacia, hallaron la ermita abierta y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber dónde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oidos el son de su arpa, por do entendieron que él no debia de estar lejos; y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave armonía no quisieron los pastores llegar á hablarle, y mas cuando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó á cantar:

SILERIO.

Ligeras horas del ligero tiempo,
Para mí perezosas y cansadas,
Si no estais en mi daño conjuradas,
Parézcaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, haréislo á tiempo
Que están mis desventuras mas colmadas:
Mirad que menguarán si sois pesadas;
Que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengais dulces, sabrosas,
Pues no hallareis camino, senda ó paso
De reducirme al ser que ya he perdido,
Horas, á cualquier otro venturosas,
Aquella dulce del mortal traspaso,
Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los pastores escucharon lo que Silerio cantado habia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demás que allí venian con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oireis. Que fue, que habiéndole dicho de la manera que habian hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco hácia él, ora los viese ó no, porque aunque la noche hacia clara, no por eso seria alguno conocido, y que hiciese ansimismo que Nísida ó él algo cantasen; y todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida habia de recibir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciéndoselo á Nísida, vino en su mesmo parecer, y asi cuando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrian ser oidos, hizo á la bella Nísida que comenzase; la cual al son del rabel del celoso Orfenio, desta manera comenzó á cantar:

NÍSIDA.

Aunque es el bien que poseo
Tal, que al alma satisface,
Le turba en parte y deshace
Otro bien que ví y no veo:
Que amor y fortuna escasa,
Enemigos de medida,
Me dan el bien por mi vida,
Y el mal sin término ó tasa.
En el amoroso estado,
Aunque sobre el merecer
Tan solo viene el placer
Cuanto el mal acompañado;
Andan los males unidos
Sin un momento apartarse,
Los bienes por acabarse,
En mil partes divididos.
Lo que cuesta, si se alcanza,
Del amor algun contento,
Declárelo el sufrimiento,
El amor y la esperanza:
Mil penas cuesta una gloria,
Un contento mil enojos,
Sábenlo bien estos ojos,
Y mi cansada memoria:
La cual se acuerda contino
De quien pudo mejoralla,
Y para hallarle, no halla
Alguna senda ó camino.
¡Ay dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan suyo,
Cuanto él se tuvo por tuyo,
Y cuanto yo lo soy dél!
Mejora con tu presencia
Nuestra no pensada dicha,
Y no la vuelva en desdicha
Tu tan larga esquiva ausencia:
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda,
Que fuiste loco, y yo cuerda,
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.
Aquel que por buena suerte
Tú mesmo quisiste darme,
No ganó tanto en ganarme
Cuanto ha perdido en perderte:
Mitad de su alma fuiste,
Y medio por quien la mia
Pudo alcanzar la alegría
Que tu ausencia tiene triste.

Si la extremada gracia con que la hermosa Nísida cantaba causó admiracion á los que con ella iban, ¿qué causaria en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? Y como tenia tan en el alma la voz de Nísida, apenas comenzó á resonar en sus oidos el acento suyo, cuando él se llegó á alborotar, y á suspender y enagenar de sí mesmo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nísida aquella, tenia tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludándole Tirsi, le dijo: Tan aficionado nos dejaste, amigo Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que atraidos Damon y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama della, dejando el camino que llevábamos, te hemos venido á buscar á tu ermita, donde no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu arpa y de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallárades, pues en mí no hallareis sino ocasiones que á tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada dia de renovarla, no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temores ciertos.

Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocian, principalmente en Timbrio, Nísida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele á conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les habia rogado: el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando, pues, desta suerte, y despues que Damon á Silerio habia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mesmo Damon cantó este soneto.

DAMON.

Si el áspero furor del mal airado
Por largo tiempo en su rigor durase,
Mal se podria hallar quien entregase
Su flaca nave al piélago alterado.
No permanece siempre en un estado
El bien ni el mal, que el uno y otro váse;
Por que si huyese el bien, y el mal quedase,
Ya seria el mundo á confusion tornado.
La noche al dia, y el calor al frio,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.
La sujecion se cambia en señorío,
En el placer el pesar, la gloria en viento,
Che per tal variar natura é bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el cual al son de la arpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores habia hecho, el cual de Silerio era tan sabido, como del mesmo Timbrio.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento;
Tal fe, tal suerte y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oir Silerio su voz, y el conocerle todo fue uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fué á abrazar del cuello de

Timbrio con muestras de tan extraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se traspuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas extremos de dolor hacia, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nísida y su hermana á remediar el desmayo de Silerio, el cual á cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo: ¡Oh poderoso cielo! ¿es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿Es Timbrio el que oigo? ¿Es Timbrio el que veo? Sí es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamás, si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamándome el mas dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traido tal descuento, que goza mi ánima de la posesion de Nísida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio que la que cantado habia, y la que allí estaba era Nísida: pero certificóse mas en ello, cuando ella mesma le dijo: ¿Qué es esto, Silerio mio? ¿Qué soledad y qué hábito es éste, que tantas muestras dan de tu descontento? ¿Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nísida, respondió Silerio; mas por haber traido tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare.

Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas, que de la alegría y lástima de su corazon daban manifiesto indicio. Largo seria de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenian los ojos bañados en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasion que le habia movido á retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no habia podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fue ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio el amor y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y asi como acabó de contar Silerio lo que despues que partió de Nápoles le habia sucedido, rogó á Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en extremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos ó los mas sabian ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos.

Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los pastores, que asimesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo habia contado, todos sabian los amores de Timbrio y Nísida, y todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio habia oido. Sentados, pues, todos, como ya he dicho, en la verde yerba, con maravillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diria, el cual dijo: Despues que la fortuna me fue tan favorable y tan adversa, que me dejó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mesmo instante me partí para Nápoles, y confirmándose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la habia visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solia ver no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y á cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya queria desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo: mas apenas los diligentes marineros zarparon los ferros y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfaga de viento embistió las velas del navío con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandísima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecia, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fue volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplaba, y con tan grande violencia, que fue forzoso poner la vela del trinquete al árbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese; y asi comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que duró el maestral, discurrimos por todas las islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berbería, que los recien derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban.

No fue pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un mediodía tan reforzado, y que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mesmo puerto de Gaeta, donde habíamos partido: con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habian hecho: estuvo allí la nave otros cuatro dias reparándose de algunas cosas que le faltaban, al cabo de los cuales tornó á seguir su viaje con mas sosegado mar y próspero viento, llevando á vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbran-

tes chapiteles, que heridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse.

Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban, si no á mí que me era ocasion de mas pesadumbre: solo el descanso que tenia era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas, ó por mejor decir, llorándolas al



son de un laud de uno de aquellos marineros: y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó á amanecer mi dia, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los árboles, y los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navío tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que habia, y por la que el cielo aseguraba; en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos que habré de repetir agora; porque se advierta de qué extremo de tristeza, y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera: era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba, esto:

TIMBRIO.

Agora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento;
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma y el corazon
De vivas ánsias mortales.
Llevóme el amor en vuelo
Por uno y otro dolor
Hasta ponerme en el cielo,
Y agora muerte y amor
Me han derribado en el suelo:
Amor y muerte ordenaron
Una muerte y amor tal,
Cual en Nísida causaron,
Y de mi bien y su mal
Eterna fama ganaron.
Con nueva voz y terrible
De hoy mas, y en son espantoso
Hará la fama creible
Que el amor es poderoso,
Y la muerte es invencible:
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazañas los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Qué tal tiene amor mi pecho.
Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido;
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.
Mi vitoria tan subida
Fue con muerte celebrada
De la mas ilustre vida
Que en la presente ó pasada
Edad fue, ni es conocida:
Della llevé por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lágrimas en los ojos,
En el alma confusion,
Y en el firme pecho enojos.
¡Oh fiera mano enemiga!
¡Cómo si allí me acabaras,
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorbaras
Las ánsias de mi fatiga!
¡Oh cuán amargo descuento
Trujo la vitoria mia,
Pues pagaré, segun siento,
El gusto solo de un dia
Con mil siglos de tormento!
Tú, mar, que escuchas mi llanto
Tú, cielo, que lo ordenaste,
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte, que mi bien llevaste,
Acabad ya mi quebranto;
Tú, mar, mi cuerpo recibe,
Tú, cielo, acoge mi alma,
Tú, amor, con la fama escribe
Que muerte llevó la palma
Desta vida que no vive.
No os descuideis de ayudarme,
Mar, cielo, amor y la muerte,
Acabad ya de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero y podreis darme;
Pues si no me anega el mar,
Y no me recoge el cielo,
Y el amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué habré de parar.

Acuérdome que llegaba á estos últimos versos que he dicho, cuando sin poder pasar adelante, interrompido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedia, aquejado de la

memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de peregrina, y á mi lado estaba otra con el mesmo traje adornada, la cual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban.

Cuando yo me ví de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veia, porque nunca tales mujeres habia visto jamás en la nave despues que en ella andaba. Pero desta confusion me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome: ¡Ay Timbrio, verdadero señor y amigo mio! ¡qué falsas imaginaciones, ó que desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estais, y para que yo y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debíamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nuestros amados padres, y nuestros usados trajes con intencion de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra! Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenia, y que la continua imaginacion que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisfacieron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca.

Mas cuando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fue de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado habia hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste, oh Silerio, en hacer la señal de la toca, fue la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creiste: díjome tambien cómo despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en extremo de hacer verdaderas las de su muerte; pero ya que al último término no la llevaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venia, que vistiéndose en hábitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Nápoles se volvian; y fue á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse, y diciendo al capitan que querian pasar en España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él, y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Jerez, do pensaban hallarme, ó saber de mí nueva alguna: y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que serian cuatro dias, no habian salido de un aposento que el capitan en la popa les habia dado, hasta que oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conociéndome en la voz, y en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solemnizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado, estábamos mirándonos los unos á los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrecentara mas, y llegara al término y punto que agora llega, si de tí, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna: pero como no hay placer que venga



tan entero, que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que entonces teníamos no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas próspera y blandamente), el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido á mejor término. Sucedió, pues, que á la sazon que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron mas todas las velas, y con general ale-

gría de todos seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno de ellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió con claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hácia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren.

Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban; mas el capitan della (que en semejantes ocasiones algunas veces se habia visto) viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podria entrarse entre ellos, y jugar de todas bandas la artillería.

Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazon tenia, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas cuando ví que Nísida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba, y viéndome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fue éste, que desmaya la imaginacion, cuando dél se acuerda la memoria: sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mias, me tenian de tal manera, que casi me olvidara de lo que debia hacer, de quién era, y á lo que el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrándolas por defuera, acudí á ver lo que el capitan ordenaba, el cual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo; y dando cargo á Darinto, que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendándome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurria. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdicion nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el dia para embestirnos.

Hiciéronlo asi, y el dia venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenian, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitan ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harian, los cuales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitan que se rindiese, pues veia ser imposible defenderse de tantos bajeles, y mas que eran todos los mejores de Argel; amenazándole de parte de Arnaut Mami, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le habia de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo á estas otras amenazas, el renegado le persuadia que se rindiese: mas no queriéndolo hacer el capitan, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaria á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mesmo tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatian echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro.

Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de habernos combatido diez y seis horas, y despues de haber muerto nuestro capitan y toda la mas gente del navío, á cabo de nueve asaltos que nos diéron, al último entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, cuando ví que las amadas prendas mias, que agora tengo delante, habian de ser entonces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y asi llevado de la ira que este temor y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que ver á mis ojos lo que esperaba; pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo, forcejeando con ellos, de tropel venimos á dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asió á Nísida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me ví libre, al otro que me tenia, hice dejar la vida á mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo. Lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo con lamentables voces pedia á los dos turcos la acabasen.

En este instante, atraido de las voces y lamentos de Blanca y Nísida, acudió á aquella estancia Arnaut, el general de los bajeles, é informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nísida y á Blanca á su galera, y á ruego de Nísida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera

capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nísida habia dicho al capitan, que yo era hombre principal y de gran rescate, con intencion que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrian haber, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió, pues, que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fue ver en la popa de la galera á Nísida y á Blanca sentadas á los pies del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecian.

No el temor de la afrentosa muerte que esperaba, cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verdadera creida: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra cualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causó, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nísida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreido, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando á todos que ya yo desta vida habia pasado.

Oidas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe que levantándose las dos de do estaban, tirándose de sus rubios cabellos, y arañándose sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que los mesmos pechos de los crueles bárbaros enternecieron. Con las lágrimas de Nísida, que en el rostro me caian, ó por las ya frias y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos; ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitan habia pasado: el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniese á condescender con la desordenada voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquiva como honrada, y tan honrada como esquiva, pudo todo aquel dia y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario.

Mas como la continua presencia de Nísida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temia, que dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar; pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la instabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas del mar airado: el cual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazon que llevábamos el derecho viaje de Berbería), movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol, y á dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció y apartó á diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitan; antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa y mesana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos mas que en otros algunos el medroso temor acrecienta: y vino con tanta escuridad y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio.

No querais mas saber, señores, sino que los mesmos turcos rogaban á los cristianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus santos y á su Cristo, para que de tal desventura los librase; y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que movido el alto cielo dellas dejase sosegar el viento, antes le creció con tanto ímpetu y furia, que al amanecer del dia, que solo pudo conocerse por las horas del reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poder apartarse della, que fue forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecia; que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los turcos la esclavitud que esperaban.

Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió á entender ser catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. ¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio veian libres y desembarazos sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco antes libres, hacian á sus mesmos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen; los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mesmos turcos les habian hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenian, porque entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena es-

taba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos.

Finalmente, los turcos que quedaron, y cristianos cautivos que allí veníamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traia no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dejaran. Darinto, que tambien allí venia, acudió luego á mirar por Nísida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra, donde fuese curado. Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba, y consideré el peligro en que en él me habia visto, no dejó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debia; y asi rogué á Darinto que sin poner dilacion alguna procurase que á Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movia á ello; pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un cirujano visitado. En este entre tanto fue Darinto á Barcelona, donde proveyéndose de lo que menester habíamos dió la vuelta, y hallándome mejor y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida, que si sabian de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdon de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos sucesos, lo ha acrecentado ó disminuido la ausencia tuya, Silerio.

Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegría presente, y procures darla á quien há muchos dias que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando mas á solas y contigo las comunique. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinacion; pero dejarlas he por agora, por no dar con la proligidad dellas disgusto á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el mas lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven. Con estas últimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos habian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede, el cual, tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo del que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que mas que á sí la amaba, desde el mismo dia y punto que ella supo quien él era, y el valor de su persona; y que jamás, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, habia querido descubrir este pensamiento sino á su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Díjole asimismo Timbrio, cómo aquel caballero Darinto, que con él venia, y de quien él habia hecho mencion en la plática pasada, conociendo quién era Blanca, y llevado de su hermosura, se habia enamorado della con tantas veras, que la pidió por su esposa á su hermana Nísida, la cual le desengañó que Blanca no le haria en manera alguna; y que agraviado desto Darinto, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nísida cómo Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio: mas que no por esto Darinto habia desmayado, ni dejado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no se sabia nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarian de su intencion primera; y con este presupuesto jamás nos quiso dejar, hasta que ayer, oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conocieodo el contento que con ellas Blanca habia recibido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio pudiese Darinto alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se habia con muestras de grandísimo dolor apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio á su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y acetándola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor y honestidad, encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrian viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabia que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase.

A esta sazon comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oidos de todos la voz del enamorado Lauso, el cual como su amigo Damon habia sabido que aquella noche la habian de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él y con los demás pastores: y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando:

LAUSO.

Alzo la vista á la mas noble parte
Que puede imaginar el pensamiento,
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento:
Mas si quereis saber quién fue la parte
Que puso fiero yugo al cuello exento,
Quién me entregó, quién lleva mis despojos
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de cualquiera escuridad agena,
Segura muestra de la luz divina:
Por ella el fuego, el yugo y la cadena,
Que me consume, carga y desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
Término y fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio dia,
Ojos por quien yo veo, si algo veo;
En vuestra luz mi pena y mi alegría
Ha puesto amor; en vos contemplo y leo
La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.
En ciega escuridad andaba, cuando
Vuestra luz me faltaba, oh bellos ojos,
Acá y allá, sin ver el cielo, errando
Entre agudas espinas y entre abrojos;
Mas luego en el momento que tocando
Fueron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, ví á la clara
La senda de mi bien abierta y clara.
Vi que sois y sereis, ojos serenos,
Quien me levanta y puede levantarme
A que entre corto número de buenos
Venga como mejor á señalarme:
Esto podreis hacer no siendo agenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme;
Que el gusto del mas bien enamorado
Consiste en el mirar y ser mirado.
Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido
Es, ni será, que con firmeza pura,
Cual yo, te quiera, ni te habrá querido,
Por mas que amor le ayude y la ventura?
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fe; mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello,
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fue amorosamente recibido, acrecentando con su presencia el alegría que todos tenian, por el buen suceso que los trabajos de Silerio habian tenido: y estándoselos Damon contando asomó por junto á la ermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores traia algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que allí estaban, como lo habia prometido el dia antes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damon de verle venir sin Elicio y Erastro, y mas lo fueron cuando vinieron á entender la causa del haberse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de todos, si no dijera, encaminando su razon á Timbrio: Si te precias, como es razon que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darinto, que no lejos de aquí queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le dí, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Erastro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos y dolorosos suspiros, y de cuando en cuando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban. Al son lastimero de las cuales llegamos á él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fue de nosotros conocido, é importunado que la causa de su mal nos dijese: dijonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y pues á tí te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos; mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enséñame Aurelio, á qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darinto, dejando á Silerio con Nísida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra.

En el camino que habia desde allí á donde Aurelio á Darinto habia dejado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darinto, y el poco remedio que della se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciéndoles asimismo, que habia de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intencion, porque en dejando á Darinto, queria que todos á Silerio rogasen diese el sí de recibir á Blanca por su legítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas pláticas llegaron á donde creyó Aurelio que Elicio Darinto y Erastro estarian; pero no hallaron á alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion y deseo de saber quién le habia dado! mas sacóles presto de esta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado, y acudiendo todos á aquella parte donde el suspiro venia, vieron estar no lejos dellos al pie de un crecido nogal dos pastores, el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y asi por esto como



por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quién era; mas cuando mas cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro, Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion y trirteza causó en todos los que allí venian la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenia; pero el que mas se maravilló fue Aurelio, por ver que tan poco antes los habia dejado en compañía de Darinto, con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha.

Viendo pues Erastro que los pastores á él se llegaban, estremeció á Elicio, diciéndole: Vuelve en tí, lastimado pastor, levántate, y busca lugar donde puedas á solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantándose Erastro, volvia las espaldas para irse, si Tirsi y Damon, y los demás pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomándole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y porque conoció á todos los que allí estaban, tuvo cuenta con que su lengua, movida y forzada del dolor, no dijese algo que la causa dél manifestase; y aunque esta le fue preguntada por todos los pastores, jamas respondió sino que no sabia otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le habia tomado un recio desmayo: lo propio decia Erastro, y á esta causa los pastores dejaron de preguntarle mas la causa de su pasion; antes le rogaron que con ellos á la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarian á la aldea ó á su cabaña; mas no fue posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver á la aldea.

Viendo pues que esta era su voluntad, no quisieron contradecírsela, antes se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara, si la porfía de su amigo Damon no le venciera; y asi se hubo de partir con él, dejando concertado Damon con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea ó cabaña de Elicio, para dar órden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darinto, el cual les respondió que asi como Aurelio se habia apartado dellos, le tomó el desmayo á Elicio, y que entre tanto que él le socorria, Darinto se habia partido con toda priesa, y que nunca mas le habian visto.

Viendo pues Timbrio, y los que con él venian, que á Darinto no hallaban, determinaron de volver á la ermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y asi despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio habia ido, el cual habiéndose un rato apartado con su amigo Damon de la demás compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza asi le comenzó á decir: Bien sé, discreto Damon, que tienes de los efetos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo y tengo por de los mas desastrados que en el amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le seria á él nueva, como tocase á los males que el amor suele hacer. Y asi Elicio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenia, prosiguió diciendo: Ya sabes, amigo Damon, como la buena suerte mia, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido; digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor cual á su merecimiento se debe; juntamente confieso, amigo, que en todo el tiempo que há que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y asi há algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso pastor que jamas apacentó ganado, contentándome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me queria, no me aborrecia, y que otro ningun pastor no se podia alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfaccion de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmándome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencía, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la ermita de Silerio, en el camino me dijo como tenia concertado de casar á Galatea con un pastor lusitano, que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apacienta: pidióme que le dijese que me parecia, porque de la amistad que me tenia y de mi entendimiento esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fue que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrándola á tan apartadas tierras; y que si lo hacia llevado y cebado de las riquezas del extranjero pastor, que considerase que no carecia él tanto dellas, que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas de Tajo dejaria de tenerse por venturoso cuando alcanzase á Galatea por esposa.

No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió, diciendo

que el rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo habia concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle con qué semblante Galatea habia recibido las nuevas de su destierro. Díjome que se habia conformado con su voluntad, y que disponia la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de ver á Galatea en poder ajeno, y ajena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias.

Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia, que enternecido el pecho de su amigo Damon no pudo dejar de acompañarle en ellas; mas á cabo de poco espacio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Elicio; pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consentia en el casamiento que su padre le trataba, y que cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaria ayuda.

Parecióle bien á Elicio lo que Damon decia, y determinó de ir á buscar á Galatea para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba: y asi trocando el camino que de su cabaña llevaban, hacia el aldea se encaminaron, y llegando á una encrucijada que junto á ella cuatro caminos dividia, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que á caballo venia sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demás á pie, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos.

Damon y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales pasando junto á ellos, bajando las cabezas cortesmente les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la extrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguian; pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente que no lejos del estaba, solia estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que seria bien ver si la dicha se la ofrecia tan buena que allí la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y asi le dijo que guiase por do quisiese; y sucedióle la suerte como él mismo se habia imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó á sus oidos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los pastores fue oida, quedaron enajenados de sí mesmos. Entonces acabó de conocer Damon cuánta verdad decian todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recien casada Silveria, con otras dos pastoras de la mesma aldea. Y puesto que Galatea vió venir á los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto, antes pareció dar muestras de que recebia contento en que los pastores la escuchasen, los cuales ansi lo hicieron con toda la atencion posible: y lo que alcanzaron á oir de lo que la pastora cantaba, fue lo siguiente.

GALATEA.

¿A quién volveré los ojos
En el mal que se apareja,
Si cuanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra:
Que si me acaba en mi tierra,
¿Qué bien me hará en el agena?
¡Oh justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia!
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimara
Que la vida me faltara,
O por lo menos la lengua.
Breves horas y cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas y pesadas:
Gocé de mi libertad
En la temprana sazon,
Pero ya mi sujecion
Anda tras mi voluntad.
Ved si es el combate fiero
Que dan á mi fantasía;
Si al cabo de su porfía
He de querer, y no quiero.
¡Oh fastidioso gobierno!
¡Qué á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno!
¡Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
¡Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
¡Que estos árboles sombríos
Y estos anchos verdes prados
No serán ya mas mirados
De los tristes ojos mios!
Severo padre ¿qué haces?
Mira que es cosa sabida
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces:
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.
Ya triste se me figura
El punto de mi partida,
La dulce gloria perdida,
Y la amarga sepultura:
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo,
El camino trabajoso,
La antigua enfadosa suegra.
Y otros mil inconvenientes
Todos para mí contrarios,
Los gustos estraordinarios
Del esposo y sus parientes:
Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte,
Se acabarán con la muerte,
Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento á todos los que escuchado la habian, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor, y cuán contra su voluntad se hacia.

Pero á quien mas sus lágrimas y suspiros lastimaron, fue á Elicio, que diera él por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pero aprovechándose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentia, él y Damon se llegaron adonde las pastoras estaban, á las cuales cortesmente saludaron, y con no menos cortesía fueron dellas recebidos. Preguntó luego Galatea á Damon por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba en compañía de Timbrio y Nísida, y de todos los otros pastores que á Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio, y de los amores de Darinto y Blanca, la hermana de Nísida, con todas las particularidades que Timbrio habia contado de lo que en el discurso de sus amores le habia sucedido, á lo cual Galatea dijo: ¡Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondreis en olvido los pasados desas-

tres! Antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas ¡ay del alma desdichada, que se ve puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio, ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando! pues tanto mas fatigan los dolores, cuanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dijo Damon, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pero con todo eso digo, Galatea, que no da el cielo tan apurados los males, que quite de todo en todo el remedio dellos, principalmente cuando no los deja ver primero; porque parece que entonces quiere dar lugar al discurso de nuestra razon, para que se ejercite y ocupe en templar ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros ánimos con algun especioso temor, sin que se venga á la ejecucion del mal que se teme; y cuando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningun mal que padezca debe desesperar del remedio. No dudo yo deso, replicó Galatea, si fuesen tan lijeros los males que se temen ó se padecen, que dejasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es añublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo nuestra virtud de manera que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, cómo en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos que tu mucha discrecion se extiende á hablar por ciencia de las cosas que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas: quedar en la buena opinion que de mi tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella.



Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas ver á Galatea dar muestras del amargo dolor que padecia, le dijo: Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mesmo, que solo me atreva á cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco; que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura, y asi la habré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Ansi que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el cual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo;

mas estorbólo la repentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio habian visto pasar poco antes hácia el aldea.

Llegaron todos donde las pastoras estaban, y sin hablar palabra los seis dellos con increible celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entre tanto, los otros dos (que era el uno el que á caballo venian) se fueron adonde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venia, el cual quitándose el rebozo se volvió á los pastores y pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud desta dama han sido causa della: ruégoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, diréisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragon es mi patria y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y los demás pastores no querian dejar á Elicio ni á Damon hasta que Artandro mandó que los dejasen; los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veian cuán poco podian ganar en la empresa que tomaban. Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haber cometido tal traicion. No la llames traicion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de mujer, la ha negado, y entregádose á Grisaldo; que es agravio tan manifiesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegáos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aquí, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa: y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de la que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse ni qué hacerse.

Pero los extremos que Galatea y Florisa hacian por ver llevar de aquella manera á Rosaura eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifiesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mesmo, á todo correr fué siguiendo á Artandro, y desde lejos con mucho ánimo y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y toresnar á poner en defensa; pero con todo esto no dejara de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si



Artandro no mandara á los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacian poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto los siguieran, sino vieran que Galatea y Florisa, y las otras dos pastoras á mas andar hácia donde ellos estaban se venian, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendian; y adelantándose á recebir á Galatea, ella les dijo: Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos no pueden igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dijo Elicio, creí yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo. El amoroso que Artan-

dro tiene, dijo Galatea, fue el que le movió á tal descomedimiento, y asi conmigo en parte queda disculpado: y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y cómo estaba esperando á Grisaldo para recebirle por esposo, lo cual podria haber llegado á noticia de Artandro, y que la celosa rabia le hubiese movido á hacer lo que habian visto. Si asi pasa, como dices, discreta Galatea, dijo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon, que es su patria, quedarse há Grisaldo con solo el deseo de vengarse. ¿No hay quien le pueda avisar deste agravio? dijo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche llegue, él tenga dél noticia. Si eso asi fuese, respondió Damon, podria ser cobrar su prenda antes que á Aragon llegasen; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dijo Florisa; y porque no le falte tiempo y ocasion para mostrarlo, suplícote, Galatea, que á la aldea nos volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hágase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fue conocida, al cual venia en seguimiento su amigo Elicio. Paráronse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando:

ERASTRO.

Por ásperos caminos voy siguiendo
El fin dudoso de mi fantasía,
Siempre en cerrada noche, escura y fria,
Las fuerzas de la vida consumiendo.
Y aunque morir me veo, no pretendo
Salir un paso de la estrecha via,
Que en fe de la alta fé sin igual mia
Mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fe es la luz que me señala el puerto
Seguro á mi tormenta, y sola es ella
Quien promete buen fin á mi viaje,
Por mas que el medio se me muestre incierto,
Por mas que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, y el cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oia, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fue parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, haciéndome el mal que me amenazas; que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna: mira, señor, cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus mandamientos, y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya; págame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponia y la daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores destos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien, que si desta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes; pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado á razon, que irias de todo en todo fuera della, si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del cielo á nuestra patria concedido, agora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á extraños reinos á ser poseido y tratado de ajenas y no conocidas manos? No quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡Oh verdes prados, que con su vista os alegrábades! ¡Oh flores olorosas, que de sus pies tocadas, de mayor fragancia érades llenas! ¡Oh plantas, oh árboles desta deleitosa selva! haced todos en la mejor forma que pudiéredes, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun género de sentimiento que mueva al cielo á concederme lo que le suplico.

Decia esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recebieron con agradable comedimiento; el cual, como vió á Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del cual dijo: Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de quien yo entendia que por particular privilegio habias de estar exenta dellos, veo que con particular ímpetu te acometen y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza que no se ha de extender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento.

Antes por esa mesma razon, respondió Galatea, estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuve en lo que desease; mas porque no está bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra cuán por los cabellos me lleva tras sí la obediencia que á mis padres debo, rué-

gote, Erastro, que no me dés ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa que antes de tiempo despierte en mí la memoria del disgusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, pastores, me dejeis adelantar á la aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debia ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se habia puesto. Querian ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazon no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas que la noche antes en la ermita de Silerio se quedaron; los cuales en señal de grandísimo contento á la aldea se venian, y trayendo consigo á Silerio con diferente trage y gusto de lo que hasta allí habia tenido, porque ya habia dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como yo lo era de la hermosa Blanca con igual contento y satisfaccion de entrambos, y de sus buenos amigos Timbrio y Nísida, que se lo persuadieron, dando con aquel casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo á los pensamientos que por Nísida le fatigaban: y asi con el regocijo que tal suceso les causaba, venian todos dando muestras dél, con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron á Galatea y á los demás que con ella estaban, recibiéndose unos á otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea á Silerio el parabien de su suceso, y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores Damon, Elicio y Erastro, que en extremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea; y para entretenerle, rogó Tirsi á Timbrio que acabase el soneto que habia comenzado á decir, cuando de Silerio fue conocido. Y no excusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfenio, con extremada y suave voz le cantó y acabó, que era este.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento:
Tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.
Tan lejos voy de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Cuan cerca de acabar en mi tormento
Antes la vida, que la confianza.
Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mesmo amor la dulce paz tranquila:
Por esto el mio, que su fe engrandece,
Rabie Caribdis ó amenace Cila,
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pastores, y no menos la gracia con que cantado le habia, y fue de manera que le rogaron que alguna otra cosa dijese; mas excusóse con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo habia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba; y asi, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfenio cantó lo que sigue:

SILERIO.

Gracias al cielo doy, pues he escapado
De los peligros deste mar incierto,
Y al recogido favorable puerto
Tan sin saber por dónde he ya llegado.
Recójanse las velas del cuidado,
Repárese el navío pobre abierto,
Cumpla los votos quien con rostro muerto
Hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra, reverencio al cielo,
Mi suerte abrazo mejorada y buena,
Llamo dichoso á mi fatal destino.
Y á la nueva sin par blanda cadena
Con nuevo intento y amoroso celo
El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nísida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto; la cual mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dándosela él ansimesmo con la vista, ella sin mas esperar, con donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto:

NÍSIDA.

Voy contra la opinion de aquel que jura,
Que jamás del amor llegó el contento
A do llega el rigor de su tormento,
Por mas que el bien ayude la ventura.
Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
Y sé de sus efetos claro, y siento
Que cuanto mas destruye el pensamiento
El mal de amor, el bien mas lo asegura.
No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida triste nueva,
Ni á los cosarios bárbaros rendida,
Fue dura pena, fue dolor tan fuerte,
Que agora no conozca y haga prueba
Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la extremada voz de la hermosa Nísida, la cual por parecerle que por entonces en cantar Timbrio y los de su parte habian tomado la mano, no quiso que su hermana quedara sin hacerlo: y asi sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nísida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera:

BLANCA.

Cual si estuviera en la arenosa Libia,
O en la apartada Citia siempre helada,
Tal vez del frio temor me ví asaltada,
Y tal del fuego que jamás se entibia;
Mas la esperanza que el dolor alivia
En uno y otro estremo disfrazada,
Tuvo la vida en su poder guardada,
Cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,
Y aunque el fuego de amor quedó en su punto,
Llegó la deseada primavera,
Donde en un solo venturoso punto
Gozo del dulce fruto deseado
Con largas pruebas de una fe sincera.

No menos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demás que habian

oido. Y ya que ellos querian dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto casi movidos de un mesmo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fue de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche antes se habia despedido dél, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar y comenzar su gusto; y que sin decirle mas, con otro pastor su amigo se habia partido, y que no sabia qué podia haberle sucedido agora que con tanta prisa caminaba.

Lo que Tirsi dijo movió á querer llamar á Lauso, y asi le dió voces que viniese; mas viendo que no las oia, y que ya á mas andar iba trasponiendo un recuesto, con toda lijereza se adentó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las cuales oidas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dejar de volver, y en llegando á Damon le abrazó con señales de extraño contento, tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba, y asi le dijo: ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hante desde ayer acá correspondido á ellos de manera, que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mí me ha servido de esperanza y vida, y esta ha sido de un desden y desengaño acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi ser primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traian, ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes yerbas y olorosas flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos; porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado. Sí es, Lauso, respondió Damon; pero temo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Asi que, amigo Lauso, plegue al cielo que sea mas firme tu contento de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas; que no solo me holgaria por lo que debo á nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea, Damon, respondió Lauso, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad; y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba de ello: ¿quieres que me ausente? ¿quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? cualquiera cosa haré por satisfacerte. La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás cuando de aquí á seis dias te vea en ese mesmo propósito: y por agora no quiero otra cosa de tí, sino que dejes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes, la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos.

Fue contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y asi volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon, que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dijo: No vengo, señores, para menos que para fiestas y contentos: por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oir lo que jamás pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les seria de gran gusto el oirle. Y luego Marsilio con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó á cantar desta manera:

LAUSO.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
Las manos en humilde modo puestas,
Y el corazon de un justo celo lleno,
Te adoro, desden santo, en quien cifradas
Están las causas de las dulces fiestas
Que gozo en tiempo sosegado y bueno:
Tú del rigor del áspero veneno,
Que el mal de amor encierra,
Fuiste la cierta y presta medicina;
Tú mi total ruina
Volviste en bien, en sana paz mi guerra;
Y asi como á mi rico almo tesoro
No una vez sola, mas cien mil te adoro.
Por tí la luz de mis cansados ojos,
Tanto tiempo turbada y aun perdida,
Al sér primer ha vuelto que tenia:
Por tí torno á gozar de los despojos,
Que de mi voluntad y de mi vida
Llevó de amor la antigua tiranía:
Por tí la noche de mi error en dia
De sereno discurso
Se ha vuelto, y la razon que antes estaba
En posesion de esclava,
Con sosegado y advertido curso,
Siendo agora señora, me conduce
Do el bien eterno mas se muestra y luce.

Mostrásteme, desden, cuán engañosas,
Cuán falsas y fingidas habian sido
Las señales de amor que me mostraban,
Y que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalaban el oido,
Y el alma de sí mesma enagenaban,
En falsedad y burla se forjaban,
Y el regalado y tierno
Mirar de aquellos ojos solo era
Porque mi primavera
Se convirtiese en desabrido invierno
Cuando llegase el claro desengaño;
Mas tú, dulce desden, curaste el daño.
Desden, que suele ser espuela aguda
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empresa,
En mí tu efeto y condicion se muda,
Que yo por tí me aparto del intento
Tras quien corria con no vista priesa:
Y aunque contino el fiero amor no cesa
Mal de mi satisfecho
Tender de nuevo el lazo por cogerme,
Y por mas ofenderme
Encarar mil saetas á mi pecho:
Tú, desden, solo, solo tú, bien puedes
Romper sus flechas, y rasgar sus redes.
No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desden echarle á tierra:

Cien mil han sido menester primero;
Que fue cual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino, que le atierra
En virtud de otros golpes el postrero:
Grave desden, dé parecer severo
En desamor fundado
Y en poca estimacion de agena suerte,
Dulce me ha sido el verte,
El oirte y tocarte, y que gustado
Hayas sido del alma, en coyuntura
Que derribas y acabas mi locura.
Derribas mi locura, y das la mano
Al ingenio, desden, que se levante,
Y sacuda de sí el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante
De otros, si le halla agradecido dueño:
Tú has quitado las fuerzas al beleño
Con que el amor ingrato
Adormecia á mi virtud doliente,
Y con la tuya ardiente
Soy reducido á nueva vida y trato;
Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado habia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabian que el dia antes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, maravillábales verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solia.

Y considerado bien esto, su amigo Tirsi le dijo: No sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan firme y seguro como tú imaginas; pero todavía me huelgo de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podria ser que conociendo agora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo á las rotas cadenas y lazos, hicieses mas fuerza para romperlos, atraido de la dulzura y regalo que goza un libre entendimiento y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo, que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al cielo porque á la perdida luz me tornase; y pues en ella veo agora cuán poco antes veia, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dijo Tirsi, como no volver á mirar lo que atrás dejas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás cual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpétuo llanto; y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los desdenes y arrogancias excusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos; y háceme creer mas esta verdad saber yo quién es Silena, aunque tú jamás no me lo has dicho, y saber ansimesmo la mudable condicion suya, sus acelerados ímpetus, y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos: cosas que, á no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirsi, respondió Lauso, porque sin duda alguna la singular belleza suya, y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no solo sea querida, sino adorada de todos cuantos la miraren; y asi no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes y poderosos contrarios: solo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar dellos, que puesto que salgo de sus manos tan mal tratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria, todavía me parece que puedo triunfar de la batalla.

No pasaron mas adelante en su plática los dos pastores, porque á este punto vieron que por el mesmo camino que ellos iban, venia una hermosa pastora, y poco desviado della un pastor, que luego fue conocido, que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa. La cual como fue conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantándose las dos á recebirla, Maurisa llegó á abrazar á Galatea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el cual estaba con gran deseo de saber lo que Arsindo habia hecho despues que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se habia partido. Y viéndole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que allí venian no supieran tan de experiencia adónde y á cuánto la fuerza del amor se extendia, y asi en los mesmos que le culpaban halló la disculpa de su yerro.



Y parece que adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfacion y disculpa de su cuidado, les dijo: Oid, pastores, uno de los mas extraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las agenas se habrá visto. Bien creo que conoceis, y conocemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no há muchos dias que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamás supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel que con tantas veras reprendia á los que de la amorosa dolencia veia lastimados. Este, pues, tan declarado enemigo del amor, ha venido á término que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas veras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien mas persi-

ga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados dias. Digo en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de sospiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiéndole á la mas dura y esquiva pastora que se ha visto; y conociéndolo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor; y por los mismos términos que antes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no há muchas horas que viniendo yo en compañía desta pastora, le hallamos en la fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de sudor frio, y anhelando el pecho con una extraña priesa: lleguéme á él, y conocíle, y con el agua de la fuente le rocié el rostro, con que cobró los perdidos espíritus; y juntándome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta pastora, en quien creo que jamás cupo señal de compasion alguna: encarecióme la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenia, y la sospecha que en él reinaba de que el amor le habia traido á tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le habia hecho.

Consoléle yo lo mejor que supe, y dejándole libre del pasado parasismo, vengo acompañando á esta pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues há ya diez dias que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que mas por cumplimiento que por otra cosa me convidas á que á nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las agenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos dias, lo ha mostrado. Pero dejando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon y coyuntura, tórname á decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si es asi podré yo afirmar que ha hecho amor en estos dias dos de los mayores milagros, que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir y avasallar el duro corazon de Lenio, y poner en libertad el tan sujeto mio. Mira lo que dices, dijo entonces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sujeto, como hasta aquí has significado, ¿cómo el mesmo amor agora te ha puesto en libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me contradigo, porque digo, ó quiero decir, que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella á quien yo tan en extremo queria, como se encamina á diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efeto que en mí ha hecho, es ponerme en libertad, y á Lenio en servidumbre; y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros: y diciendo esto, volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo, y con ellos dijo lo que con la lengua callaba; porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar, fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa.

La cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa, diciéndoles cómo otro dia seria Grisaldo en el aldea en hábito de pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podia, á causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenia concertado de casarle, habian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder antes á lo que á Rosaura debia, que no á la obligacion en que á su padre estaba. Todo esto que os he dicho, pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese, lo cual á vosotras con este recaudo venia; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fue la causa que él no pudiese venir á deciros lo que he dicho, pues por seguir á ella, dejó de seguir el camino que traia, fiándose de mí, como de hermana. Ya habeis entendido, pastoras, á lo que vengo: ¿dónde está Rosaura para decírselo? ó decidselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aquí me detenga.

En tanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que habian de llegar á los oidos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no excusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura habia sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sotil engaño que jamás se ha visto, y Teolinda la otra está en término de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa que es á Galercio tan pesada y enojosa, cuanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque si no há mas que esta

mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los pies como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y asi no quiso mas detenerla: solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura.

Pero quien mas sintió su partida fue el anciano Arsindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron



tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habian oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenian un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba, donde subidos de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Telesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo, pues, Aurelio, y casi los mas pastores que allí venian, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recebir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fue de todos recebido. Y llegán-

dose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destos prados. ¿Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿Quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere.

Págueos el cielo, pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroos traer á la memoria la que debeis tener perpétuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo menos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la recuerdo, y os advierto que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso: por lo que á la bondad suya debeis, y por lo que á la intencion que tengo de serviros estais obligados, os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos aligerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado.

Y diciendo esto con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes, los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no seria bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino del aldea. Mas no se habian apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan trasportado en sus imaginaciones venia, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, antes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pie de un verde sauce, y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el collar del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurron del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le habian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fue éste:

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfías,
Ya de hoy mas confieso y siento
Que fue sobre burlerías
Levantado su cimiento:
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor extendido.
Sé que puedes cuanto quieres
Y que quieres lo imposible,
Sé que muestras bien quién eres
En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres:
Y sé en fin que yo soy quien
Tuvo siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.
Estas cosas bien sabidas
Han agora descubierto
En mis entrañas rendidas
Que tú solo eres el puerto
Do descansan nuestras vidas:
Tú la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta
Vuelves en serena calma:
Tú eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.
Pues esto juzgo y confieso,
Aunque tarde venga en ello,
Templa tu rigor y esceso,
Amor, y del flaco cuello
Aligera un poco el peso:
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo
Como aquel que se defiende,
Cuanto mas que aquí se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.
Salgo de la pertinacia,
Do me tuvo mi malicia
Y el estar en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia:
Que si á mi poco valor
No le quilata el favor
De tu gracia conocida,
Presto dejaré la vida
En las manos del dolor.
Las de Gelasia me han puesto
En tan estraña agonía,
Que si mas porfía en esto,
Mi dolor y su porfía,
Sé que acabarán bien presto.
¡ Oh dura Gelasia, esquiva,
Zahareña, dura, altiva!
¿Por qué gustas, di pastora,
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fue tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fué á arrojar á sus pies, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora digo que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener el amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Habia ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en

hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando mas rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que mas gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demás pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado.



Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquiva y desamorada condicion suya, y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecia, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le habia puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre Aurelio, quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les habia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

LIBRO SEXTO.

Apenas habian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oidos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió á los que le escucharon á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarian. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recien desposada Silveria, la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Habia venido Belisa á visitar á Silveria y darle el parabien del nuevo recebido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serian las que tantos y tan famosos pastores celebraban.

Salieron, pues, todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos

pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habian sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas reposados se hiciesen aquel dia los solenes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mesmo hiciesen: de que los menos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya habia visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales viéndole tal se llegaron á él, y Orompo le dijo: Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no dés ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho: ¿qué sabes si el cielo, movido á compasion de tu pena, ha traido á tal tiempo á estas riberas á la pastora Belisa para que la remedie? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razon que mi sentimiento: y con esto volvió algo mas en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los Cipreses, llevando todos un maravilloso silencio, hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venia, le dijo: No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas, y no sin razon; porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tiber, y las amenas del Pó, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas.

No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas deste rio hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazon que dél está mas ageno: y si ello es verdad, que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las deste rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la mesma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado rio, como en cambio en los brazos della dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Vénus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores: y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza encorporada con el arte, es hecha artífice y connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcinoo pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arrollos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo rio, y humedecen abundosamente las eras, que por largo espacio están apartadas? Añádase á todo esto criarse en estas riberas las mas hermosas y discretas pastoras que en la redondez del suelo pueden hallarse: para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, há que estás en ellas y has visto, bastará traer por ejemplo á aquella pastora que allí ves, oh Timbrio; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea, y sin decir mas, dejó admirado á Timbrio de ver la discrecion y palabras con que habia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea.

Y respondiéndole que no se le podia contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenian la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los Cipreses, vieron que dél salian casi otros tantos pastores y pastoras, como los que con ellos iban. Juntáronse todos y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que aun á los mesmos que muchas veces le habian visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo en cuatro diferentes y contrapuestas partes cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mesmos collados estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de to-

dos lados altos é infinitos cipreses, puestos por tal órden y concierto, que hasta las mesmas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto mas de la otra.

Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jaz-



mines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambroneras. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mesmos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente, de blanco y precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la antigua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza, y lo que mas hace á este agradeble sitio digno de estimacion y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que habia dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe, y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados.

Pero la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual, apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mesmo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo: Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras: veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad pues á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto, se llegó á un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo dellas una fu-

nesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demás que lo mesmo hiciesen.

De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tres ramas; y guiados de Telesio llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fue inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mesmo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban.

Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento alrededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de ciprés se quemaban; y el venerable Telesio con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcia alguna breve y devota oracion á rogar pòr el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondian, amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplaba, hacian y formaban un sordo y tristísimo susurro casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio.

Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetian. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir queria: y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo: Si á do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra le viérades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligacion, á quien en particular mas obliga es á los famosos Tirsi y Damon, como á tan conocidos, amigos y familiares suyos; y asi les ruego cuan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz, lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia.

No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mesmo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque reglaba los oidos, movia los corazones á dar señales de tristeza, con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonia de los pintados pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacian, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordándose el son de la triste música, y el de la triste armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que encarecerlo pueda.

De allí á poco espacio, cesando los demás instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damon, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales llegándose al sepulcro de Meliso, á los cuatros lados del sepulcro se pusieron: señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querian; y asi les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonora voz, ayudándole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar.

T. Tal cual es la ocasion de nuestro llanto,
No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.
D. El aire rompan, lleguen hasta el cielo
Los suspiros dolientes, fabricados
Entre justa piedad y justo duelo.
E. Serán de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.
L. Meliso, digno de inmortal historia,
Digno que goces en el cielo santo
De alegre vida y de perpétua gloria.
T. Mientras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.
D. Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lágrimas vertidas,
Con ruegos píos, y sagrado incienso.
E. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y á tierno sentimiento reducidas.
L. Aquellos claros, venturosos dias
Donde el mundo gozó de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables, frias.
T. ¡Oh muerte, que con presta violencia
Tal vida en poca tierra reduciste!
¿A quién no alcanzará tu diligencia?
D. Despues, oh muerte, que aquel golpe diste,

Que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
De yerba el prado, ni de flor se viste.
E. Con la memoria deste mal reprimo
El bien, si alguno llega á mi sentido,
Y con nueva aspereza me lastimo.
L. ¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
¿Cuándo el mal sin buscarlo no se halla?
¿Cuándo hay quietud en el mortal ruido?
T. ¿Cuándo de la mortal fiera batalla
Triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo
Se opuso ó fuerte arnés, ó dura malla?
D. Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece
Cuando mas firme pareció en su tiempo.
E. Dia que al medio curso se escurece,
Y le sucede noche tenebrosa,
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.
L. Mas tú, pastor famoso, en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.
T. Despues que en el aprisco veneciano
Las causas y demandas decidiste
Del gran pastor del ancho suelo hispano...
D. Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado
Que á Italia hizo, y aun á España triste...
E. Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente
Tanto tiempo estuviste retirado...
L. Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la francesa furia inquietase
Tu levantada y sosegada mente...
T. Entonces quiso el cielo que llegase
La fria mano de la muerte airada,
Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.
D. Quedó tu suerte entonces mejorada,
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro
Perpétua, eternamente condenada.
E. Vióse el sacro virgíneo hermoso coro
De aquellas moradoras del Parnaso,
Romper llorando sus cabellos de oro.
L. A lágrimas movió el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entonces de dar luz se mostró escaso.
T. No entre las armas y el ardiente fuego
Los tristes teucros tanto se afligieron
Con el engaño del astuto griego,
Como lloraron, como repitieron
El nombre de Meliso los pastores
Cuando informados de su muerte fueron.
D. No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave algun cantar de amores.
De funesto ciprés se coronaron,
Y en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.
E. Y así, pues hoy el áspero quebranto,
Y la memoria amarga se renueva,
Pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que á doler nos lleva,
Es tal, que será pecho de diamante
El que á llorar en él no se conmueva.
L. El firme pecho, el ánimo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este pastor, por mil lenguas se cante.
Como al desden que de contínuo hubo
En el pecho de Filis indignado
Cual firme roca contra el mar estuvo.
T. Repítanse los versos que ha cantado,
Queden en la memoria de las gentes
Por muestras de su gente levantado.
D. Por tierras de las nuestras diferentes
Lleve su nombre la parlera fama
Con pasos prestos y alas diligentes.
E. Y de su casta y amorosa llama
Ejemplo tome el mas lascivo pecho,
Y el que en ardor menos cabal se inflama.
L. ¡Venturoso Meliso, que á despecho
De mil contrastes fieros de fortuna
Vives ahora alegre y satisfecho!
T. Poco te cansa, poco te importuna
Esta mortal bajeza que dejaste,
Llena de mas mudanza que la luna.
D. Por firme alteza la humildad trocaste,
Por bien el mal, la muerte por la vida:
Tan seguro temiste y esperaste.
E. Desta mortal al parecer caida
Quien bien vive al cabo se levanta,
Cual tú, Meliso, á la region florida.
Donde por mas de una inmortal garganta
Se despide la voz que gloria suena,
Gloria repite, dulce gloria canta.
Donde la hermosa clara faz serena
Se ve, en cuya vision se goza y mira
La suma gloria mas perfecta y buena.
Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
Y tanto cuanto mas crece el deseo,
Tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo ahora, y veo
Con el entendimiento levantado
Del sacro tuyo sobrehumano arreo.
Tiene mi entendimiento acobardado,
Y solo paro en levantar las cejas,
Y en recoger los labios de admirado.
L. Con tu partida en triste llanto dejas
Cuantos con tu presencia se alegraban,
Y el mal se acerca, porque tú te alejas.
T. En tu sabiduría se enseñaban
Los rústicos pastores, y en un punto
Con nuevo ingenio y discrecion quedaban.
Pero llegóse aquel forzoso punto
Donde tú te partiste, y do quedamos
Con poco ingenio y corazon difunto.
Esta amarga memoria celebramos
Los que en la vida te quisimos tanto,
Cuanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto al son de tan confuso llanto,
Cobrando de contínuo nuevo aliento,
Pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento
Las lágrimas vertidas y sospiros,
Con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pediros:
Mas habeis de sentir que cuanto ahora
Puede mi atada lengua referiros.
Mas pues Febo se ausenta, y descolora
La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esperada aurora,
Pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado habia la triste y dolorosa elegía, fue el que le puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio á las lágrimas todos los que el lamentable canto escuchado habian. Mas á esta sazon el venerable Telesio les dijo: Pues habemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligacion que al venturoso Meliso tenemos, poned por agora silencio á vuestras tiernas lágrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes sospiros, pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavía es menester templar la demasía de sus accidentes con la razon que al discreto acompaña; y aunque las lágrimas y sospiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman, con los píos sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar Océano por los ojos de todo el mundo hecho lágrimas se destilase. Y por esta razon y por la que tenemos de dar algun alivio á nuestros cansados cuerpos, será bien que dejando lo que nos resta de hacer para el venidero dia, por agora visiteis vuestros zurrones, y cumplais con lo que naturaleza os obliga: y en diciendo esto, dió órden como todas las pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los mas ancianos pastores que allí habia, y los demás poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrones traian, y con el agua de la clara fuente satisfacieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que ya la noche vestia de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, cuando mas el rubio hermano sus rayos le comunica.

Pero de allí á poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra: señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algun venidero turbion y borrasca esperaban; mas todo paró en no mas de quedar la noche parda y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que alrededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban.



Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo habia con el bañado ramo tocado las sienes y párpados de todos los presentes, á tiempo que á la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad, como si el mesmo sol le alumbrara: por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto á la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo deslumbrados y ciegos, con la luz del trasparente fuego, el cual hizo contrario efeto en los demás que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y asi cuál en pie, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba.

Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lauso y de otros animosos pastores, poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos lícitos y acomodados exorcismos procurar deshacer ó entender de do procedia la extraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sotil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos ó calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores: sobre la tela de plata traia otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y otra parte por un vientecillo que mansamente soplaba, extremadamente parecia: por las espaldas traia esparcidos los mas luengos y rubios cabellos que jamás ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda solo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupada con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva

Con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban tenia colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con seguros pasos alrededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa vision ningun daño podia sucederles.

Y estando como se ha dicho todos trasportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos á una y á otra parte, y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen y dividiesen para dar lugar á que mejor pudiese ser mirada; y luego levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extraña, á semejantes razones dió principio: Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podeis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mia que aquí se os representa; porque una de las razones por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los efetos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alborozo que á poco rato le sosiega y satisface, al revés de lo que causa la vision perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamás asegura: esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcais, y yo os diga quién soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros: y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quién yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada: mi nombre es Calíope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada ciencia de la poesía: yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa: la que hará vivir el mantuano Títiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe, y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar á los escuros infiernos y subir á los claros cielos al famoso Dante: soy la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso, la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscan y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha: yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamás el lado de don Fernando de Acuña, y la que me precio de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotras celebradas no solo han alegrado su espíritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradeceros tan loable y piadosa costumbre, como es la que entre vosotros se usa: asi os prometo con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que á las cenizas de mi querido y amado Meliso habeis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten pastores que en la alegre ciencia de la poesía á todos los de la otra ribera se aventajen: favoreceré ansimesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera que nunca deis torcido voto; cuando decreteis quién es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien que honra tan particular y señalada, y que solo es merecida de los blancos y canoros cisnes, la vengan á gozar los negros y roncos cuervos; y asi me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ellas sujetas, los cuales, si todos ó alguno dellos su buena ventura le trujere á acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombrare son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar órden alguna; que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dejar esta declaracion en duda; porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en que ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras; irélos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro, porque, como digo, á vosotros, discretos pastores, dejo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe; y para que con menos pesadumbre y trabajo á mi larga relacion esteis atentos, haréla de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad della.

Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto á sí tenia, que hasta entonces de ninguno habia sido vista, y en comenzándola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el cielo, y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra; los árboles á despecho de un blando céfiro que soplaba tuvieron quedas las ramas, y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevian á bajar los párpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oir solamente: con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la arpa la bella musa. La cual despues de haber tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dió principio:

CANTO DE CALÍOPE.

Al dulce son de mi templada lira
Prestad, pastores, el oido atento,
Oireis cómo en mi voz y en él respira
De mis hermanas el sagrado aliento,
Vereis cómo os suspende y os admira
Y colma vuestras almas de contento,
Cuando os dé relacion aquí en el suelo
Do los ingenios que ya son del cielo.
Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la parca el hilo aun no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado;
Donde á pesar del tiempo diligente,
Por el laudable oficio acostumbrado
Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
Sus claras obras, sus famosos nombres.
Y el que con justo título merece
Gozar de alta y honrosa preeminencia,
Un Don Alonso es, en quien florece,
Del sacro Apolo la divina ciencia;
Y en quien con alta lumbre resplandece
De Marte el brio y sin igual potencia:
De Leiva tiene el sobrenombre ilustre,
Que á Italia ha dado, y aun á España lustre.
Otro del mesmo nombre, que de Arauco
Cantó las guerras, y el valor de España,
El cual los reinos donde habita Glauco
Pasó, y sintió la embravecida saña:
No fue su voz, no fue su acento rauco;
Que uno y otro fue de gracia estraña,
Y tal que Ercilla en este hermoso asiento
Merece eterno y sacro monumento.
Del famoso Don Juan de Silva os digo
Que toda gloria y todo honor merece,
Así por serle Febo tan amigo,
Como por el valor que en él florece:
Serán desto sus obras buen testigo,
En las cuales su ingenio resplandece,
Con claridad que al ignorante alumbra,
Y al sabio agudo á veces le deslumbra.
Crezca el número rico desta cuenta
Aquel con quien la tiene tal el cielo,
Que con febeo aliento le sustenta,
Y con valor de Marte acá en el suelo:
A Homero iguala, si escribir intenta,
Y á tanto llega de su pluma el vuelo,
Cuanto es verdad que á todos es notorio
El alto ingenio de Don Diego Osorio.
Por cuantas vias la parlera fama
Puede loar un caballero ilustre,
Por tantas su valor claro derrama
Dando sus hechos á su nombre lustre:
Su vivo ingenio, su virtud inflama
Mas de una lengua á que de lustre en lustre
Sin que cursos de tiempos las espanten;
De Don Francisco de Mendoza canten.
Feliz Don Diego de Sarmiento ilustre,
Y Carvajal famoso, producido
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
Mozo en la edad, anciano en el sentido:
De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
(A pesar de las aguas del olvido)
Tu nombre, con tus obras escelente,
De lengua en lengua, y de gente en gente.
Quiéroos mostrar por cosa soberana
En tierna edad maduro entendimiento,
Destreza y gallardía sobrehumana,
Cortesía, valor, comedimiento:
Y quien puede mostrar en la toscana
Como en su propia lengua, aquel talento
Que mostró el que cantó la casa de Este:
Un Don Gutierre Carvajal es este.
Tú, Don Luis de Vargas, en quien veo
Maduro ingenio en verdes pocos dias,
Procura de alcanzar aquel trofeo
Que te prometen las hermanas mias:
Mas tan cerca estás dél, que á lo que creo
Ya triunfas, pues procuras por mil vias
Virtüosas y sabias, que tu fama
Resplandezca con viva y clara llama.
Del claro Tajo la ribera hermosa
Adornan mil espíritus divinos,
Que hacen nuestra edad mas venturosa
Que aquella de los griegos y latinos.
Dellos pienso decir sola una cosa,
Que son de vuestro valle y honra dinos,
Tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
Que al camino del cielo nos adiestran.
Dos famosos dotores, presidentes
En las ciencias de Apolo se me ofrecen,
Que no mas que en la edad son diferentes,
Y el trato é ingenio se parecen:
Admiran los ausentes y presentes,
Y entre unos y otros tanto resplandecen
Con su saber altísimo y profundo,
Que presto han de admirar á todo el mundo.
Y el nombre que me viene mas á mano
Destos dos que á loar aquí me atrevo,
Es del Dotor famoso Campuzano,
A quien podeis llamar segundo Febo:
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
Discurso nos descubre un mundo nuevo
De tan mejores Indias y escelencias,
Cuanto mejor que el oro son las ciencias.
Es el Dotor Suarez, que de Sosa
El sobrenombre tiene, el que se sigue,
Que de una y otra lengua artificiosa
Lo mas cendrado, y lo mejor consigue:
Cualquiera que en la fuente milagrosa
Cual él la mitigó, la sed mitigue,
No tendrá que envidiar al docto griego,
Ni á aquel que nos cantó el troyano fuego.
Del Dotor Baza, si decir pudiera
Lo que yo siento dél, sin duda creo
Que cuantos aquí estais os suspendiera;
Tal es su ciencia, su virtud y arreo:
Yo he sido en ensalzarle la primera
Del sacro coro, y soy la que deseo
Eternizar su nombre en cuanto al suelo
Diere su luz el gran señor de Delo.
Si la fama os trajere á los oidos
De algun famoso ingenio maravillas,
Concetos bien dispuestos y subidos,
Y ciencias que os asombren en oillas,
Cosas que paran solo en los sentidos,
Y la lengua no puede referillas,
El dar salida á todo dubio y traza
Sabed que es el Licenciado Daza.
Del Maestro Garay las dulces obras
Me incitan sobre todos á alabarle:
Tú, fama, que al ligero tiempo sobras,
Ten por heróica empresa el celebrarle:
Verás cómo en él mas fama cobras,
Fama, que está la tuya en ensalzarle;
Que hablando desta fama, en verdadera
Has de trocar la fama de parlera.
Aquel ingenio, que al mayor humano
Se deja atrás, y aspira al que es divino,
Y dejando á una parte el castellano,
Sigue el heróico verso del latino:
El nuevo Homero, el nuevo mantüano
Es el Maestro Córdoba, que es dino
De celebrarse en la dichosa España,
Y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.
De tí, el Dotor Francisco Diaz, puedo
Asegurar á estos mis pastores,
Que con seguro corazon y ledo
Pueden aventajarse en tus loores:
Y si en ellos yo agora corta quedo,
Debiéndose á tu ingenio los mayores,
Es porque el tiempo es breve, y no me atrevo
A poderte pagar lo que te debo.
Lujan, que con la toga merecida
Honras el propio y el ageno suelo,
Y con tu dulce musa conocida
Subes tu fama hasta el mas alto cielo,
Yo te daré despues de muerto vida,
Haciendo que en ligero y presto vuelo
La fama de tu ingenio, único, solo,
Vaya del nuestro hasta el contrario polo.
El alto ingenio y su valor, declara
Un licenciado tan amigo vuestro,
Cuanto ya sabeis que es Juan de Vergara,
Honra del siglo venturoso nuestro:
Por la senda que él sigue abierta y clara,
Yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
Y adonde él llega de llegar me pago,
Y en su ingenio y virtud me satisfago.
Otro os quiero nombrar, porque se estime
Y tenga en precio mi atrevido canto,
El cual hará que ahora mas le anime,
Y llegue allí donde el deseo levanto:
Y es este que me fuerza y que me oprime
A decir solo dél y cantar cuanto
Cantó de los ingenios mas cabales
El Licenciado Alonso de Morales.
Por la difícil cumbre va subiendo
Al templo de la fama, y se adelanta
Un generoso mozo, el cual rompiendo
Por la dificultad que mas espanta,
Tan presto ha de llegar allá, que entiendo
Que en profecía ya la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al Licenciado Hernando Maldonado.
La sabia frente de laurel honroso
Adornada vereis de aquel que ha sido
En todas ciencias y artes tan famoso,
Que es ya por todo el orbe conocido:
¡Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido!
¿Cuál siglo, cuál edad ahora te llega,
Si en tí está Marco Antonio de la Vega?

Un Diego se me viene á la memoria,
Que de Mendoza es cierto que se llama,
Digno que solo dél se hiciera historia,
Tal, que llegara allí donde su fama:
Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
Que ya por todo el orbe se derrama,
Admira los ausentes y presentes,
De las remotas y cercanas gentes.
Un conocido el alto Febo tiene,
¿Qué digo un conocido? un verdadero
Amigo, con quien solo se entretiene,
Que es de toda ciencia tesorero:
Y es este que de industria se detiene
A no comunicar su bien entero,
Diego Duran, en quien de contino dura
Y durará el valor, ser y cordura.
¿Quién pensais que es aquel, que en voz sonora
Sus ansias canta regaladamente;
Aquel, en cuyo pecho Febo mora,
El docto Orfeo, y Arïon prudente;
Aquel que de los reinos del aurora
Hasta los apartados de Occidente
Es conocido, amado y estimado
Por el famoso Lope Maldonado?
¡Quién pudiera loaros, mis pastores
Un pastor vuestro, amado y conocido,
Pastor mejor de cuantos son mejores,
Que de Filida tiene el apellido!
La habilidad, la ciencia, los primores,
El raro ingenio y el valor subido
De Luis de Montalvo le aseguran
Gloria y honor mientras los cielos duran.
El sacro ibero de dorado acanto,
De siempre verde hiedra y blanca oliva
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva:
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De Pedro de Liñan la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.
De Alonso de Valdés me está incitando
El raro y alto ingenio á que dél cante,
Y que os vaya, pastores, declarando
Que á los mas raros pasa, y va adelante:
Halo mostrado ya, y lo va mostrando
En el fácil estilo y elegante
Con que descubre el lastimado pecho,
Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.
Admireos un ingenio, en quien se encierra
Todo cuanto pedir puede el deseo,
Ingenio que aunque viva acá en la tierra,
Del alto cielo es su caudal y arreo:
Ora trate de paz, ora de guerra,
Todo cuanto yo miro, escucho y leo
Del celebrado Pedro de Padilla,
Me causa nuevo gusto y maravilla.
Tú, famoso Gaspar Alfonso, ordenas,
Segun aspiras á inmortal subida,
Que yo no pueda celebrarte apenas,
Si te he de dar loor á tu medida:
Las plantas fertilísimas, amenas,
Que nuestro celebrado monte anida,
Todas ofrecen ricas laureolas
Para ceñir y honrar tus sienes solas.
De Cristóbal de Mesa os digo cierto
Que puede honrar vuestro sagrado valle,
No solo en vida, mas despues de muerto
Podeis con justo título alaballe:
De sus heróicos versos el concierto,
Su grave y alto estilo pueden dalle
Alto y honroso nombre, aunque callara
La fama dél, y yo no me acordara.
Pues sabeis cuanto adorna y enriquece
Vuestras riberas, Pedro de Ribera,
Dadle el honor, pastores, que merece,
Que yo seré en honrarle la primera:
Su dulce musa, su virtud ofrece
Un sugeto cabal, donde pudiera
La fama y cien mil famas ocuparse,
En solo sus loores estremarse.
Tú, que del uso el singular tesoro
Trujiste en nueva forma á la ribera
Del fértil rio, á quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera;
Con el debido aplauso y el decoro
Debido a ti, Benito de Caldera,
Y á tu ingenio sin par, prometo honrarte,
Y de lauro y de hiedra coronarte.
De aquel que la cristiana poesía
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria:
De donde nace adonde muere el dia
La ciencia sea y la bondad notoria
Del gran Francisco de Guzman, que el arte
De Febo sabe así como el de Marte.
Del capitan Salcedo está bien claro
Que llega su divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo y raro,
Que puede imaginar el pensamiento:
Si le comparo, á él mesmo le comparo,
Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor; que la medida
Ha de mostrar ser falta ó ser torcida.
Por la curiosidad y entendimiento
De Tomás de Gracian, dadme licencia
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud, valor y ciencia:
El cual si llega á su merecimiento,
Será de tanto grado y preeminencia,
Que á lo que creo pocos se le igualen;
Tanto su ingenio y sus virtudes valen.
Agora, hermanas bellas, de improviso
Baptista de Vivar quiere alabaros
Con tanta discrecion, gala y aviso,
Que podais, siendo musas, admiraros:
No cantará desdenes, no, Narciso,
Que á Eco solitaria cuestan caros,
Sino cuidados suyos, que han nacido
Entre alegre esperanza y triste olvido.
Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo
Me acude y sobresalta en este punto,
Solo por ver que quiero y que no puedo
Subir de honor al mas subido punto
Al grave Baltasar, que de Toledo
El sobrenombre tiene, aunque barrunto
Que de su docta pluma el alto vuelo
Le ha de subir hasta el impíreo cielo.
Muestra en un ingenio la experiencia
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitacion ansi la ciencia,
Como en la edad madura, antigua y cana:
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y mas si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, Lope de Vega.
De pacífica oliva coronado
Ante mi entendimiento se presenta
Agora el sacro Bétis indignado,
Y de mi inadvertencia se lamenta:
Pide que en el discurso comenzado
De los raros ingenios, os dé cuenta,
Que en sus riberas moran, y yo ahora
Harélo con la voz muy mas sonora.
Mas ¿qué haré, que en los primeros pasos
Que doy, descubro mil extrañas cosas,
Otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
Otros coros de hermanas mas hermosas,
Con que mis altos bríos quedan lasos,
Y mas cuando por causas milagrosas
Oigo cualquier sonido servir de eco,
Cuando se nombra el nombre de Pacheco?
Pacheco es éste con quien tiene Febo
Y las hermanas tan discretas mias
Nueva amistad, discreto trato y nuevo
Desde sus tiernos y pequeños dias:
Yo desde entonces hasta agora llevo
Por tan extrañas desusadas vias
Su ingenio y sus escritos, que han llegado
Al título de honor mas encumbrado.
En punto estoy, donde por mas que diga
En alabanza del divino Herrera,
Será de poco fruto mi fatiga,
Aunque le suba hasta la quinta esfera:
Mas si soy sospechosa por amiga,
Sus obras y su fama verdadera
Dirán que en ciencias es Hernando solo
Del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.
De otro Fernando quiero daros cuenta
Que Decangas se nombra, en quien se admira
El suelo, y por quien vive y se sustenta
La ciencia en quien al sacro lauro aspira:
Si al alto cielo algun ingenio intenta
De levantar y de poner la mira,
Póngala en este solo, y dará al punto
En el mas ingenioso y alto punto.
De Don Cristóbal, cuyo sobrenombre
Es de Villarroel, tened creido
Que bien merece que jamás se nombre
Toque las aguas negras del olvido:
Su ingenio admire, su valor asombre,
Y el ingenio y valor sea conocido
Por el mayor estremo que descubre
En cuanto mira el sol, ó el suelo encubre.
Los rios de elocuencia, que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al pueblo de Atenas satisfecho
Tuvieron, y á Demóstenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humíllense á la ciencia alta y divina
Del Maestro Francisco de Medina.
Puedes, famoso Bétis, dignamente
Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,

Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
Tal gloria, tal honor, tal fama darte,
Cual te la adquiere á tus riberas bellas
Baltasar del Alcázar, que está en ellas.
Otro vereis, en quien vereis cifrada
Del sacro Apolo la mas rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave apariencia:
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de escelencia,
Que bien puede Mosquera el Licenciado
Ser como el mesmo Apolo celebrado.
No se desdeña aquel varon prudente
Que de ciencias adorna y enriquece
Su limpio pecho, de mirar la fuente
Que en nuestro monte en sabias aguas crece:
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga, que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran Dotor Domingo de Becerra.
Del famoso Espinel cosas diria
Que esceden al humano entendimiento,
De aquellas ciencias que en su pecho cria
El divino de Febo sacro aliento;
Mas pues no puede ya la lengua mia
Decir lo menos de lo mas que siento,
No digo mas, sino que al cielo aspira,
Ora tome la pluma, ora la lira.
Si quereis ver en una igual balanza
Al rubio Febo y colorado Marte,
Procurad de mirar al gran Carranza,
De quien el uno y otro no se parte:
En él vereis amigas pluma y lanza
Con tanta discrecion, destreza y arte,
Que la destreza en partes dividida,
La tiene á ciencia y arte reducida.
De Lázaro Luis Iranzo, lira
Templada habia de ser mas que la mia,
A cuyo son cantase el bien que inspira
En él el cielo y el valor que cria:
Por las sendas de Marte y Febo aspira
A subir, do la humana fantasía
Apenas llega, y él sin duda alguna
Llegará contra el hado y la fortuna.
Baltasar de Escobar, que agora adorna
Del Tiber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Bétis espaciosas,
Fértil ingenio, si por dicha torna
Al patrio amado suelo, á sus honrosas
Y juveniles sienes les ofrezco
El lauro y el honor que yo merezco.
¿Qué título, qué honor, qué palma ó lauro
Se le debe á Juan Sanz que de Zumeta
Se nombra, si del indio al rojo mauro
Cual su musa no hay otra tan perfeta?
Su fama aquí de nuevo le restauro
Con deciros, pastores, cuán aceta
Será de Apolo cualquier honra y lustre
Que á Zumeta hagais que mas le lustre.
Dad á Juan de las Cuevas el debido
Lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
Pastores, pues lo tiene merecido
Su dulce musa y raro entendimiento:
Sé que sus obras del eterno olvido
(A despecho y pesar del violento
Curso del tiempo) librarán su nombre,
Quedando con un claro alto renombre.
Pastores, si le viéredes, honraldo
Al famoso varon que os diré ahora,
Y en graves dulces versos celebraldo
Como á quien tanto en ellos se mejora:
El sobrenombre tiene de Bibaldo,
De Adan el nombre, el cual ilustra y dora
Con su florido ingenio y escelente
La venturosa nuestra edad presente.
Cual suele estar de variadas flores
Ornado y rico el mas florido mayo,
Tal de mil varias ciencias y primores
Está el ingenio de Don Juan Aguayo:
Y aunque mas me detenga en sus loores,
Solo sabré deciros que me ensayo
Agora, y que otra vez os diré cosas
Tales, que las tengais por milagrosas.
De Juan Gutierrez Rufo el claro nombre
Quiero que viva en la inmortal memoria,
Y que al sabio y al simple admire, asombre
La heróica que compuso ilustre historia:
Déle el sagrado Bétis el renombre,
Que su estilo merece, dénle gloria
Los que pueden y saben, déle el cielo
Igual la fama á su encumbrado vuelo.
En Don Luis de Góngora os ofrezco
Un vivo raro ingenio sin segundo:
Con sus obras me alegro y enriquezco
No solo yo, mas todo el ancho mundo:
Y si por lo que os quiero algo merezco,
Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo y muerte esquiva.
Ciña el verde laurel, la verde hiedra,
Y aun la robusta encina aquella frente
De Gonzalo Cervantes Saavedra,
Pues la deben ceñir tan justamente:
Por él la ciencia mas de Apolo medra,
En él Marte nos muestra el brio ardiente
De su furor, con tal razon medido,
Que por él es amado y es temido.
Tú, que de Celidon con dulce pletro
Hiciste resonar el nombre y fama,
Cuyo admirable y bien limado metro
A lauro y triunfo te convida y llama;
Recibe el mando, la corona y cetro,
Gonzalo Gomez, desta que te ama,
En señal que merece tu persona
El justo señorío de Helicona.
Tú, Darro, de oro conocido rio,
Cuán bien agora puedes señalarte,
Y con nueva corriente y nuevo brío
Al apartado Hidaspe aventajarte,
Pues Gonzalo Mateo de Berrío
Tanto procura con su ingenio honrarte,
Que ya tu nombre la parlera fama
Por él por todo el mundo le derrama.
Tejed de verde lauro una corona,
Pastores, para honrar la dina frente
Del Licenciado Soto Barahona,
Varon insigne, sabio y elocuente:
En el santo licor de Helicona,
Si se perdiera en la sagrada fuente,
Se pudiera hallar ¡oh estraño caso!
Como en las altas cumbres de Parnaso.
De la region antártica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
Tambien entendimientos sobrehumanos:
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos;
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
Francisco el uno de Terrazas tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que éste es Diego Martinez de Ribera.
Aquí debajo de felice estrella
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella
Nombre de Oriente al Occidente ha dado:
Cuando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor, nació Alonso Picado,
Nació mi hermano, y el de Palas junto,
Que ambas vimos en él vivo trasunto.
Pues si he de dar gloria á tí debida,
Gran Alonso de Estrada, hoy eres dino
Que no se cante así tan de corrida
Tu ser y entendimiento peregrino:
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Bétis mil tesoros de contino,
Y aun no da el cambio igual, que no hay tal paga
Que á tan dichosa deuda satisfaga.
Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro Don Juan, te nos ha dado el cielo,
De Abalos gloria, y de Ribera lustre,
Honra del propio y del ageno suelo:
Dichosa España, do por mas de un lustre
Muestra serán tus obras, y modelo
De cuanto puede dar naturaleza
De ingenio claro y singular nobleza.
El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando;
Venga, y vereis por suma deste cuento
Su heróico brío y discrecion mirando,
Que es Sancho de Ribera, en toda parte
Febo primero, y sin segundo Marte.
Este mesmo famoso insigne valle
Un tiempo al Bétis usurpar solia
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardía:
Las Gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envia:
Este ya en vuestro Tajo conocido,
Pedro de Montesdoca es su apellido.
En todo cuanto pedirá el deseo
Un Diego ilustre de Aguilar admira
Un águila real, que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira:

Su pluma entre cien mil gana trofeo
Que ante ella la mas alta se retira:
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.
Un GONZALO FERNANDEZ se me ofrece
Gran capitan del escuadron de Apolo,
Que hoy de SOTOMAYOR se ensoberbece
El nombre con su nombre heróico y solo:
En verso admira, y en saber florece
En cuanto mira el uno y otro polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.
De un ENRIQUE GARCES, que al pirüano
Reino enriquece, pues con dulce rima,
Con sutil, ingeniosa y fácil mano
A la mas árdua empresa en él dió cima;
Pues en dulce español al gran toscano
Nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,
¿Quién será tal que la mayor le quite,
Aunque el mesmo Petrarca resucite?
Un RODRIGO FERNANDEZ DE PINEDA,
Cuya vena inmortal, cuya escelente
Y rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la equina fuente;
Pues cuanto quiere dél no se le veda,
Pues de tal gloria goza en Occidente,
Tenga tambien aquí tan larga parte
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.
Y tú, que al pátrio Bétis has tenido
Lleno de envidia, y con razon quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso,
Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, JUAN DE MESTANZA generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el cuarto cielo.
Toda la suavidad que en dulce vena
Se puede ver, vereis en uno solo
Que al son sabroso de su musa enfrena
La furia al mar, el curso al dios Eolo:
El nombre deste es BALTASAR DE ORENA,
Cuya fama del uno al otro polo
Corre ligera, y del Oriente á ocaso
Por honra verdadera de Parnaso.
Pues de una fértil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado,
Que en toda la Tesalia se levanta,
Planta que ya dichoso fruto ha dado,
¿Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre DON PEDRO DE ALVARADO,
Ilustre, pero ya no menos claro
Por su divino ingenio al mundo raro?
Tú que con nueva musa extraordinaria,
CAIRASCO, cantas del amor el ánimo,
Y aquella condicion del vulgo varia
Donde se opone al fuerte al pusilánimo:
Si á este sitio de la gran Canaria
Vinieres con ardor vivo y magnánimo,
Mis pastores ofrecen á tus méritos
Mil lauros, mil loores beneméritos.
¿Quién es, oh anciano Tormes, el que niega
Que no puedes al Nilo aventajarte?
Si puede solo el LICENCIADO VEGA
Mas que Títiro al Mincio celebrarte:
Bien sé, DAMIAN, que vuestro ingenio llega
Do alcanza deste honor la mayor parte,
Pues sé por muchos años de experiencia
Vuestra tan singular virtud y ciencia.
Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
FRANCISCO SANCHEZ, se me concediera,
Por torpe me juzgara y poco diestra,
Si á querer alabaros me pusiera:
Lengua del cielo única, y maestra
Tiene de ser la que por la carrera
De vuestras alabanzas se dilate;
Que hacerlo humana lengua es disparate.
Las raras cosas y en estilo nuevas,
Que un espíritu muestran levantado
En cien mil ingeniosas árduas pruebas
Por sabio conocido y estimado,
Hacen que DON FRANCISCO DE LAS CUEVAS
Por mí sea dignamente celebrado,
En tanto que la fama pregonera
No detuviere su veloz carrera.
Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazon, pastores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto,
Y que pudiera en éxtasis robaros:
En él cifro y recojo todo cuanto
He mostrado hasta aquí y he de mostraros,
FRAY LUIS DE LEON es el que digo,
A quien yo reverencio, adoro y sigo.
¿Qué modos, qué caminos ó qué vias
De alabar buscaré para que el nombre
Viva mil siglos de aquel gran MATÍAS
Que DE ZÚÑIGA tiene el sobrenombre?
A él se dén las alabanzas mias,
Que aunque yo soy divina y él es hombre,
Por ser su ingenio como lo es divino,
De mayor honra y alabanza es dino.
Volved el presuroso pensamiento
A las riberas de Pisuerga bellas,
Vereis que aumentan este rico cuento
Claros ingenios con quien se honran ellas:
Ellas no solo, sino el firmamento
Do lucen las clarificas estrellas,
Honrarse puede bien cuando consigo
Tenga allá los varones que aquí digo.
Vos, DAMASIO DE FRIAS, podeis solo
Loaros á vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede:
Vos sois el cierto y el seguro polo,
Por quien se guia aquel que le sucede
En el mar de las ciencias buen pasaje,
Propicio viento y puerto en su viaje.
ANDRÉS SANZ DE PORTILLO, tú me envía
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma y alta fantasía,
Porque te dé el loor que se te debe;
Que no podrá la ruda lengua mia,
Por mas caminos que aquí tiente y pruebe
Hallar alguno asi, cual le deseo,
Para loar lo que en tí siento y veo.
Felicísimo ingenio, que te encumbras,
Sobre el que mas Apolo ha levantado,
Y con tus claros rayos nos alumbras,
Y sacas del camino mas errado:
Y aunque ahora con ella me deslumbras,
Y tienes á mi ingenio alborotado,
Yo te doy sobre muchos palma y gloria,
Pues á mí me la has dado, DOTOR SORIA.
Si vuestras obras son tan estimadas,
Famoso CANTORAL, en toda parte,
Serán mis alabanzas escusadas,
Si en nuevo modo no os alabo y arte:
Con las palabras mas calificadas,
Con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,
Os admiro y alabo aquí callando,
Y llego do llegar no puedo hablando.
Tú, JERÓNIMO VACA Y DE QUIÑONES,
Si tanto me he tardado en celebrarte,
Mi pasado descuido me perdones
Con la enmienda que ofrezco de mi parte:
De hoy mas en claras voces y pregones,
En la cubierta y descubierta parte
Del ancho mundo, haré con clara llama
Lucir tu nombre y extender tu fama.
Tu verde y rico márgen, no de nebro
Ni de ciprés funesto enriquecido,
Claro, abundoso y conocido Ebro,
Sino de lauro y mirto florecido:
Ahora como puedo te celebro,
Celebrando aquel bien que ha concedido
El cielo á tus riberas, pues en ellas
Moran ingenios claros mas que estrellas.
Serán testigo desto dos hermanos,
Dos luceros, dos soles de poesía,
A quien el cielo con abiertas manos
Dió cuanto ingenio y arte dar podia:
Edad temprana, pensamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasía
Labran eterna y dina laureola
A LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.
Con santa envidia y competencia santa
Parece que el menor hermano aspira
A igualar al mayor, pues se adelanta,
Y sube do no llega humana mira:
Por esto escribe, y mil sucesos canta
Con tan süave y acordada lira,
Que este BARTOLOMÉ menor merece,
Lo que al mayor LUPERCIO se le ofrece.
Si el buen principio y medio da esperanza
Que el fin ha de ser raro y escelente
En cualquier caso, ya mi ingenio alcanza
Que el tuyo has de encumbrar, COSME PARIENTE.
Y así puedes con cierta confianza
Prometer á tu sábia honrosa frente
La corona que tiene merecida
Tu claro ingenio, tu inculpable vida.
En soledad del cielo acompañado
Vives, oh gran MORILLO, y allí muestras
Que nunca dejan tu cristiano lado
Otras musas mas santas y mas diestras:
De mis hermanas fuiste alimentado,
Y ahora en pago dello nos adiestras
Y enseñas á cantar divinas cosas,
Gratas al cielo, al suelo provechosas.
Turia, tú que otra vez con voz sonora
Cantaste de tus hijos la excelencia,
Si gustas de escuchar la mia ahora
Formada, no en envidia ó competencia,
Oirás cuánto tu fama se mejora
Con los que yo diré, cuya presencia,

Valor, virtud, ingenio, te engrandecen,
Y sobre el Gindo ó Gange te enriquecen.
Oh tú, Don Juan Coloma, en cuyo seno
Tanta gracia del cielo se ha encerrado,
Que á la envidia pusiste en duro freno,
Y en la fama mil lenguas has criado,
Con que del gentil Tajo al fértil Reno
Tu nombre y tu valor va levantado:
Tú, Conde de Elda, en todo tan dichoso,
Haces el Turia mas que el Po famoso.
Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
Siempre una fuente que es por él divina,
Y á quien el coro de sus lumbres mueve,
Como á señor con gran razon se inclina,
A quien único nombre se le debe
De la etíope hasta la gente austrina,
Don Luis Garceran es sin segundo,
Maestre de Montesa y bien del mundo.
Merece bien en este insigne valle
Lugar ilustre, asiento conocido,
Aquel á quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido:
Tenga cuidado el cielo de loalle,
Pues es del cielo su valor crecido;
El cielo alabe lo que yo no puedo,
Del sábio Don Alonso Rebolledo.
Alzas, Dotor Falcon, tan alto vuelo,
Que al águila caudal atrás te dejas,
Pues te remontas con tu ingenio al cielo,
Y deste valle mísero te alejas:
Por esto temo y con razon recelo
Que aunque te alabe, formarás mil quejas
De mí, porque en tu loa noche y dia
No se ocupa la voz y lengua mia.
Si tuviera, cual tiene la fortuna,
La dulce poesía varia rueda,
Ligera y mas movible que la luna,
Que ni estuvo, ni está, ni estará queda;
En ella sin hacer mudanza alguna
Pusiera solo á Micer Rey de Artieda,
Y el mas alto lugar siempre ocupara,
Por ciencias, por ingenio y virtud rara.
Todas cuantas bien dadas alabanzas
Diste á raros ingenios, oh Gil Polo,
Tú las mereces solo y las alcanzas,
Tú las alcanzas y mereces solo:
Ten ciertas y seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo mauseolo
Te harán estos pastores, do guardadas
Tus cenizas serán y celebradas.
Cristóbal de Virues, pues se adelanta
Tu ciencia y valor tanto á tus años,
Tú mesmo aquel ingenio y virtud canta
Con que huyes del mundo los engaños:
Tierra dichosa, y bien nacida planta,
Yo haré que en propios reinos y en extraños
El fruto de tu ingenio levantado
Se conozca, se admire y sea estimado.
Si conforme al ingenio que nos muestra
Silvestre de Espinosa, así se hubiera
De loar, otra voz mas viva y diestra,
Mas tiempo y mas caudal menester fuera:
Mas pues la mia á su intencion adiestra,
Yo te daré por paga verdadera
Con el bien que del dios de Delo tiene
El mayor de las aguas de Hipocrene.
Entre estos como Apolo venir veo
Hermoseando al mundo con su vista
Al discreto galan García Romero,
Dignísimo de estar en esta lista:
Si la hija del húmido Peneo,
De quien ha sido Ovidio coronista,
En campos de Tesalia le hallara,
En él y no laurel se transformara.
Rompe el silencio y santo encerramiento,
Traspasa el aire, al cielo se levanta
De Fray Pedro de Huete aquel acento
De su divina musa, heróica y santa.
Del alto suyo raro entendimiento
Cantó la fama, ha de cantar y canta,
Llevando para dar al mundo espanto
Sus obras por testigo de su canto.
Tiempo es ya de llegar el fin postrero,
Dando principio á la mayor hazaña
Que jamás emprendí, la cual espero
Que ha de mover al blando Apolo á saña:
Pues con ingenio rústico y grosero
A dos soles que alumbran nuestra España,
No solo á España, mas al mundo todo,
Pienso loar, aunque me falte el modo.
De Febo la sagrada honrosa ciencia,
La cortesana discrecion madura,
Los bien gastados años, la experiencia
Que mil sanos consejos asegura,
La agudeza de ingenio, el advertencia
En apuntar y en descubrir la escura
Dificultad y duda que se ofrece,
En estos soles dos solo florece.
En ellos un epílogo, pastores,
Del largo canto mio ahora hago,
Y á ellos enderezo los loores,
Cuantos habeis oido, y no los pago:
Que todos los ingenios son deudores
A estos, de quien yo me satisfago;
Satisfácese dellos todo el suelo,
Y aun los admira, porque son del cielo.
Estos quiero que den fin á mi canto,
Y á una nueva admiracion comienzo,
Y si pensais que en esto me adelanto,
Cuando os diga quién son, vereis que venzo
Por ellos hasta el cielo me levanto,
Y sin ellos me corro y me avergüenzo,
Tal es Lainez, tal es Figueroa,
Dignos de eterna y de incesable loa.

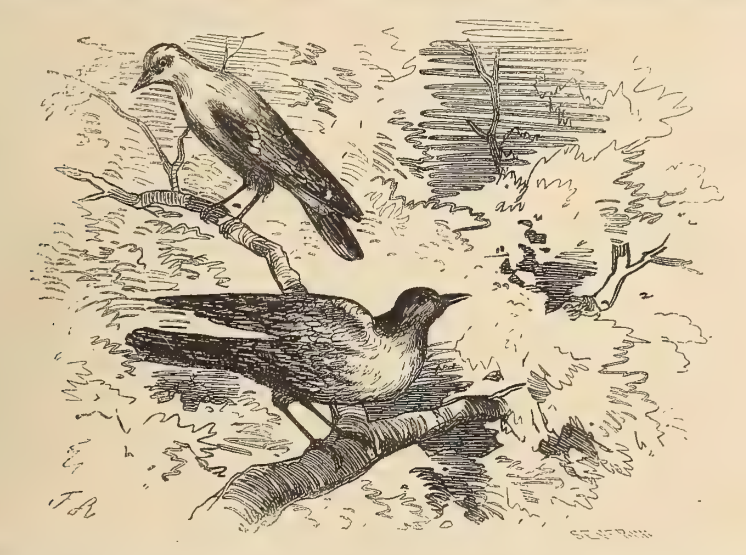
No habia aun bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando tornándose á juntar las llamas que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco á poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego, y la discreta musa delante de los ojos de todos, á tiempo que ya la clara aurora comenzaba á descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero dia. Y luego el venerable Telesio, poniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba, prestándole todos una agradable atencion y extraño silencio, desta manera comenzó á decirles: Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos habeis visto, discretos y gallardos pastores, y hermosas pastoras, os habrá dado á entender cuán acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos añales sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Dígoos esto, amigos mios, porque de aquí adelante con mas fervor y diligencia acudais á poner en efeto tan santa y famosa obra, pues ya veis de cuán raros y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Calíope, que todos son dinos no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas: y no penseis que es pequeño el gusto que he recebido en saber por tan verdadera relacion cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven; porque siempre ha estado y está en opinion de todas las naciones extranjeras que no son muchos, sino pocos los espíritus que en la ciencia de la poesía, en ella muestran que le tienen levantado; siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al mas agudo extranjero se aventaja, y darian claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima; y así por esta causa los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que dellos los príncipes y el vulgo hacen, con solo sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo; y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos: mas porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noche, y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que ha-

ciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva á su cabaña ó al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado: y en diciendo esto se abajó de la sepultura, y tornándose á coronar de nuevas y funestas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiéndole todos, y acompañándole en él algunas devotas oraciones que decia.

Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro á una y otra parte, bajando la cabeza, y mostrando agradecido semblante y amorosos ojos, se despidió de toda la compañía, la cual yéndose, quién por una y quién por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenia, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilio moria.

Juntos, pues, todos éstos, el venerable Aurelio les dijo que seria bien partirse luego de aquel lugar para llegar á tiempo de pasar la siesta en el arroyo de las Palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decia, y luego con reposados pasos hácia donde él dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa no dejase reposar los espíritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera y le fuera lícito, llegarse á ella, y decirle la sinrazon que con él usaba: mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debia, estábase el triste mas mudo de lo que habia menester su deseo.

Los mismos efetos y accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por sí quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabia. A esta sazon dijo Aurelio: No me parece bien, pastores, que os mostreis tan avaros, que no querais corresponder y pagar lo que debeis á las calandrias y ruiseñores, y á los otros pintados pajarillos, que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entreteniendo y regocijando: tocad vuestros instrumentos, y levantad vuestras sonoras voces, y mostraldes que el arte y destreza vuestra en la música, á la natural suya se aventaja; y con tal entretenimiento sentiremos menos la pesadumbre del camino y los rayos del sol, que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra.



Poco fue menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocó su zampoña, y Arsindo su rabel, al son de los cuales instrumentos, dando todos la mano á Elicio, él comenzó á cantar desta manera:

ELICIO.

Por lo imposible peleo,
Y si quiero retirarme,
Ni paso ni senda veo;
Que hasta vencer ó acabarme
Tras sí me lleva el deseo:
Y aunque sé que aquí es forzoso
Antes morir que vencer,
Cuando estoy mas peligroso
Entonces vengo á tener
Mayor fe en lo mas dudoso.
El cielo que me condena
A no esperar buena andanza,
Me da siempre á mano llena
Sin las obras de esperanza
Mil certidumbres de pena:
Mas mi pecho valeroso
Que se abrasa y se resuelve
En vivo fuego amoroso,
En contracambio le vuelve
Mayor fe en lo mas dudoso.
Inconstancia firme, duda,
Falsa fe, cierto temor,
Voluntad de amor desnuda,
Nunca turban el amor
Que de firme no se muda:
Vuele el tiempo presuroso,
Suceda ausencia ó desden,
Crezca el mal, mengüe el reposo;
Que yo tendré por mi bien
Mayor fe en lo mas dudoso.
¿No es conocida locura,
Y notable desvarío,
Querer yo lo que ventura
Me niega y el hado mio,
Y la suerte no asegura?
De todo estoy temeroso,
No hay gusto que me entretenga,
Y en trance tan peligroso,
Me hace el amor que tenga
Mayor fe en lo mas dudoso.
Alcanzo de mi dolor
Que está en tal término puesto,
Que llega donde el amor;
Y el imaginar en esto
Templa en parte su rigor:
De pobre y menesteroso
Doy á la imaginacion
Alivio tan congojoso,
Porque tenga el corazon
Mayor fe en lo mas dudoso.
Y mas agora que vienen
De golpe todos los males,

Y para que mas me penen,
Aunque todos son mortales,
En la vida me entretienen:
Mas en fin, un fin hermoso
Nuestra vida en honra sube,
El mio me hará famoso,
Porque en muerte y vida tuve
Mayor fe en lo mas dudoso.

Parecióle á Marsilio que lo que Elicio habia cantado, tan á su propósito hacia, que quiso seguirle en el mesmo concepto, y asi sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mesmos instrumentos desta manera comenzó á cantar:

MARSILIO.

¡Cuán fácil cosa es llevarse
El viento las esperanzas,
Que pudieron fabricarse
De las vanas confianzas
Que suelen imaginarse!
Todo concluye y fenece:
Las esperanzas de amor,
Los medios que el tiempo ofrece,
Mas en el buen amador
Sola la fe permanece.
Ella en mí tal fuerza alcanza,
Que á pesar de aquel desden,
Lleno de desconfianza,
Siempre me asegura un bien
Que sustenta la esperanza:
Y aunque el amor desfallece
En el blanco airado pecho
Que tanto mis males crece,
En el mio á su despecho
Sola la fe permanece.
Sabes, amor, tú que cobras
Tributo de mi fe cierta,
Y tanto en cobrar le sobras,
Que mi fe nunca fue muerta,
Pues se aviva con mis obras:
Y sabes bien que descrece
Toda mi gloria y contento
Cuanto mas tu furia crece,
Y que en mi alma de asiento
Sola la fe permanece.
Pero si es cosa notoria,
Y no hay poner duda en ella,
Que la fe no entra en la gloria,
Yo que no estaré sin ella,
¿Qué triunfo espero ó vitoria?
Mi sentido desvanece
Con el mal que se figura,
Todo el bien desaparece,
Y entre tanta desventura
Sola la fe permanece.

Con un profundo sospiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro dando su zampoña, sin mas detenerse, desta manera comenzó á cantar:

ERASTRO.

En el mal que me lastima,
Y en el bien de mi dolor
Es mi fe de tanta estima,
Que ni huye del temor,
Ni á la esperanza se arrima;
No la turba ó desconcierta
Ver que está mi pena cierta
En su difícil subida,
Ni que consumen la vida
Fe viva, esperanza muerta.
Milagro es este en mi mal,
Mas esto, porque mi bien,
Si viene, venga á ser tal,
Que entre mil bienes le den
La palma por principal:
La fama con lengua experta
Dé al mundo noticia cierta,
Que el firme amor se mantiene
En mi pecho, adonde tiene
Fe viva, esperanza muerta.
Vuestro desden riguroso
Y mi humilde merecer
Me tienen tan temeroso,
Que ya que os supe querer,
Ni puedo hablaros, ni oso:
Veo de contino abierta
A mi desdicha la puerta,
Y que acabo poco á poco;
Porque con vos valen poco
Fe viva, esperanza muerta.
No llega á mi fantasía
Un tan loco devaneo,
Como es pensar que podria
El menor bien que deseo
Alcanzar por la fe mia:
Podeis, pastora, estar cierta
Que el alma rendida acierta
A amaros cual mereceis;
Pues siempre en ella hallareis
Fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro, y luego el ausente Crisio, al son de los mesmos instrumentos, desta suerte comenzó á cantar:

CRISIO.

Si á las veces desespera
Del bien la firme aficion,
Quien desmaya en la carrera
De la amorosa pasion,
¿Qué fruto ó que premio espera?
Yo no sé quien se asegura
Gloria, gustos y ventura
Por un ímpetu amoroso,
Si en él y en el mas dichoso
No es fe la fe que no dura.
En mil trances ya sabidos
Se han visto, y en los amores
Los soberbios y atrevidos,
Al principio vencedores,
Y á la fin quedar vencidos:
Sabe el que tiene cordura,
Que en la firmeza se apura
El triunfo de la batalla,
Y sabe que aunque se halla,
No es fe la fe que no dura.
En el que quisiere amar
No mas de por su contento,
Es imposible durar
En su vano pensamiento
La fe que se ha de guardar;
Si en la mayor desventura
Mi fe tan firme y segura,
Como en el bien no estuviera,
Yo mismo della dijera,
No es fe la fe que no dura.
El ímpetu y ligereza
De un nuevo amador insano,
Los llantos y la tristeza,
Son nubes que en el verano
Se deshacen con presteza:
No es amor el que le apura,
Sino apetito y locura,
Pues cuando quiere, no quiere;
No es amante el que no muere,
No es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la órden que los pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendian á que Tirsi ó Damon comenzasen; mas presto se lo cumplió Damon, pues en acabando Crisio, al son de su mesmo rabel cantó desta manera:

DAMON.

Amarili ingrata y bella,
¿Quién os podrá enternecer,
Si os vienen á endurecer
Las ansias de mi querella,
Y la fe de mi querer?
Bien sabeis, pastora, vos,
Que en el amor que mantengo,
A tan alto extremo vengo,
Que despues de la de Dios,
Sola es fe la fe que os tengo.
Y puesto que subo tanto
En amar cosa mortal,
Tal bien encierra mi mal,
Que al alma por él levanto
A su patria natural:
Por esto conozco y sé
Que tal es mi amor tan luengo,
Como muero y me entretengo,
Y que si en amor hay fe,
Sola es fe la fe que os tengo.
Los muchos años gastados
En amorosos servicios,
Del alma los sacrificios,
De mi fe y de mis cuidados
Dan manifiestos indicios:
Por esto no os pediré
Remedio al mal que sostengo,
Y si á pedíroste vengo,
Es, Amarili, porqué
Sola es fe la fe que os tengo.
En el mar de mi tormenta
Jamás he visto bonanza,
Y aquella alegre esperanza
Con quien la fe se sustenta
De la mia no se alcanza:
Del amor y de fortuna
Me quejo, mas no me vengo,
Pues por ellas á tal vengo,
Que sin esperanza alguna
Sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio y en Silerio la buena opinion que del raro ingenio de los pastores que allí estaban habian concebido, y mas cuando á persuasion de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desdeñoso Lauso al son de la flauta de Arsindo soltó la voz en semejantes versos:

LAUSO.

Rompió el desden tus cadenas,
Falso amor, y en mi memoria
El mesmo ha vuelto la gloria
De la ausencia de tus penas:
Llame mi fe quien quisiere
Antojadiza y no firme,
Y en su opinion me confirme
Como mas le pareciere.
Diga que presto olvidé,
Y que de un sotil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada estaba mi fe;
Diga que fueron fingidos
Mis llantos y mis sospiros,
Y que del amor los tiros
No pasaron mis vestidos.
Que no el ser llamado vano
Y mudable me atormenta,
A trueco de ver exenta
Mi cerviz del yugo insano:
Sé yo bien quien es Silena
Y su condicion extraña,

Y que asegura y engaña
Su apacible faz serena.
A su extraña gravedad
Y á sus bajos bellos ojos
No es mucho dar los despojos
De cualquiera voluntad:
Esto en la vista primera;
Mas despues de conocida,
Por no verla, dar la vida,
Y mas, si mas se pudiera.
Silena del cielo y mia
Muchas veces la llamaba,
Porque tan hermosa estaba
Que del cielo parecia:
Mas ahora sin recelo,
Mejor la podré llamar
Serena falsa del mar,
Que no Silena del cielo.
Con los ojos, con la pluma,
Con las veras y los juegos
De amantes vanos y ciegos
Prende innumerable suma:
Siempre es primero el postrero;
Mas el mas enamorado
Al cabo es tan maltratado,
Cuanto querido primero.
¡Oh cuánto mas se estimara
De Silena la hermosura,
Si el proceder y cordura
A su belleza igualara!
No le falta discrecion;
Mas empléala tan mal,
Que le sirve de dogal
Que ahoga su presuncion.
Y no hablo de corrido,
Pues seria apasionado;
Pero hablo de engañado
Y sin razon ofendido:
Ni me ciega la pasion,
Ni el deseo de su mengua;
Que siempre siguió mi lengua
Los términos de razon.
Sus muchos antojos varios,
Su mudable pensamiento
Le vuelven cada momento
Los amigos en contrario;
Y pues hay por tantos modos
Enemigos de Silena,
O ella no es toda buena,
O son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto, y aunque él creyó que ninguno le entendia por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de los que allí iban la conocieron, y aun se maravillaron que la modestia de Lauso á ofender alguno se extendiese, principalmente á la disfrazada pastora de quien tan enamorado le habian visto. Pero en la opinion de Damon su amigo quedó bien disculpado, porque conocia el término de Silena, y sabia él que con Lauso habia usado, y de lo que no dijo se maravillaba. Acabó, como se ha dicho, Lauso; y como Galatea estaba informada del extremo de la voz de Nísida, quiso por obligarla cantar ella primero; y por esto antes que otro pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo que en tañer su flauta procediese, al son della con su extremada voz cantó desta manera:

GALATEA.

Tanto cuanto el amor convida y llama
Al alma con sus gustos de aparencia,
Tanto mas huye su mortal dolencia
Quien sabe el nombre que le da la fama.
Y el pecho opuesto á su amorosa llama
Armado de una honesta resistencia,
Poco puede empecerle su inclemencia,
Poco su fuego y su rigor le inflama.
Segura está quien nunca fue querida
Ni supo querer bien, de aquella lengua
Que en su deshonra se adelgaza y lima.
Mas si el querer y el no querer da mengua,
¿En qué ejercicios pasará la vida
La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que no alcanzando lo que quieren, convierten el amor, que en un tiempo mostraron, en un odio malicioso y detestable, como en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Sirena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con cortéses palabras rogó á Nísida que lo mismo hiciese. La cual como era tan comedida como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa cantó desta suerte.

NÍSIDA.

Bien puse yo valor á la defensa
Del duro encuentro y amoroso asalto,
Bien levanté mi presuncion en alto
Contra el rigor de la notoria ofensa.
Mas fue tan reforzada y tan intensa
La bateria, y mi poder tan falto,
Que sin cogerme amor de sobresalto
Me dió á entender su potestad inmensa.
Valor, honestidad, recogimiento,
Recato, ocupacion, esquivo pecho,
Amor con poco premio lo conquista.
Ansi que para huir el vencimiento
Consejos jamás fueron de provecho:
Desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nísida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la habian, estaban ya bien cerca del lugar adonde tenian determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fue que algo cantase; la cual, acompañándola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que sigue.

BELISA.

Libre voluntad exenta,
Atended á la razon
Que nuestro crédito aumenta,
Dejad la vana aficion
Engendradora de afrenta:
Que cuando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es cualquier cosa
Composicion venenosa
Con jugo de adelfa amarga.
Por la mayor cantidad
De la riqueza subida
En valor y en calidad,
No es bien dada ni vendida
La preciosa libertad:
Pues ¿quién se pondrá á perdella
Por una simple querella
De un amador porfiado,
Si cuanto bien hay criado
No se compara con ella?
Si es insufrible dolor
Tener en prision esquiva
El cuerpo libre de amor,
¿Tener el alma captiva
No será pena mayor?
Si será, y aun de tal suerte,
Que remedio á mal tan fuerte
No se halla en la paciencia,
En años, valor y ciencia,
Porque solo está en la muerte.
Vaya pues mi sano intento
Lejos deste desvarío,
Huiga tan falso contento,
Rija mi libre albedrío
A su modo el pensamiento:
Mi tierna cerviz exenta
No permita ni consienta
Sobre sí el yugo amoroso,
Por quien se turba el reposo,
Y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometian de ser mejoradas sus obras; pero como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron, las notorias muestras de libertad que habia oido, hacer que él no quedase tan sin ella, como hasta entonces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al arroyo de las Palmas, y aunque no llevaran intencion de pasar allí la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no pasar adelante les forzara.

Llegados pues á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y es-

pejado arroyo, que por entre la menuda yerba corria, cuyo nacimiento era al pie de una altísima y antigua palma (que por no haber en todas las riberas del Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las Palmas era llamado), y despues de sentados, con mas voluntad y llaneza, que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecia; y en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron á buscar algun apartado y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y solo se quedaron solos los de



la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, Tirsi y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada pues y casi conocida esta su intencion, Aurelio les dijo: Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dejemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea; y la que á mí me parece que no podrá dejar de dárnosle, es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este ejercicio se granjearán dos cosas: la una pasar con menos enfado las horas que aquí estuviéremos, la otra no cansar tanto nuestros oidos con oir siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas. Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar fue el mesmo Aurelio, diciendo desta manera.

AURELIO.

¿Cuál es aquel poderoso
Que desde Oriente á Ocidente
Es conocido y famoso?
A veces fuerte y valiente,
Otras flaco y temeroso:
Quita y pone la salud,
Muestra y cubre la virtud
En muchos mas de una vez,
Es mas fuerte en la vejez
Que en la alegre juventud.

Múdase en quien no se muda
Por extraña preeminencia:
Hace temblar al que suda,
Y á la mas rara elocuencia
Suele tornar torpe y muda:
Con diferentes medidas
Mide su ser y su nombre,
Y suele tomar renombre
De mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado,
Y es forzoso que le venza,
Y aquel que mas le ha tratado
Mostrando tener vergüenza,
Es el mas desvergonzado:
Y es cosa de maravilla,
Que en el campo y en la villa
A capitan de tal prueba
Cualquier hombre se le atreva
Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y habiendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dijo: Paréceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda pastora que se nos pueda ofrecer; porque si no me engaño, el poderoso y conocido que dices, es el vino; y en él cuadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió Aurelio, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas dí tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dijo Arsindo: luego propuso lo siguiente.

ARSINDO.

¿Quién es quien pierde el color
Donde se suele avivar,
Y luego torna á cobrar
Otro mas vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
Y despues negro atezado,
Y al cabo tan colorado
Que su vista da contento:

No guarda fueros ni leyes,
Tiene amistad con las llamas,
Visita á tiempos las camas
De señores y de reyes:
Muerto se llama varon,
Y vivo hembra se nombra,
Tiene el aspecto de sombra,
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba; el cual, apenas habia acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo: Paréceme, Arsindo, que no es tan escura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demás partes le convienen en todo como ésta; y si quedas con la misma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella; pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales, y luego dijo la suya.

DAMON.

¿Cuál es la dama polida,
Aseada y bien compuesta,
Temerosa y atrevida,
Vergonzosa y deshonesta,
Y gustosa y desabrida?

Si son muchas, porque asombre,
Mudan de mujer el nombre
En varon, y es cierta ley,
Que vá con ellas el rey,
Y las lleva cualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dijo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfía, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen; porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta, es la carta y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dijo. Y luego Tirsi propuso desta manera.

TIRSI.

¿Quién es la que es toda ojos
De la cabeza á los pies,
Y á veces sin su interés
Causa amorosos enojos?
Tambien suele aplacar riñas,
Y no le va ni le viene;

Y aunque tantos ojos tiene
Descubre muy pocas niñas:
Tiene nombre de un dolor
Que se tiene por mortal,
Hace bien y hace mal,
Enciende y templa el amor.

En confusion puso á Elicio la pregunta de Tirsi, porque á él tocaba responder á ella, y casi estuvo para darse, como dicen, por vencido; pero á cabo de poco vino á decir, que era la celosía; y concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente.

ELICIO.

Es muy escura y es clara,
Tiene mil contrariedades,
Encúbrenos las verdades,
Y al cabo nos las declara:
Nace á veces de donaire,
Otras de altas fantasías,
Y suele engendrar porfías,
Aunque trate cosas de aire.

Sabe su nombre cualquiera,
Hasta los niños pequeños;
Son muchas y tienen dueños
De diferente manera:
No hay vieja que no se abrace
Con una de estas señoras:
Son de gusto algunas horas,
Cuál cansa, cuál satisface.

Sabios hay que se desvelan
Por sacarles los sentidos,
Y algunos quedan corridos,
Cuanto mas sobre ello velan:
Cuál es necia, cuál curiosa,
Cuál fácil, cuál intricada,
Pero sea ó no sea nada,
Decidme, qué es cosa y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó á correrse de ver que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta; mas ni aun por eso venia en el sentido della; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba despues de Nísida, dijo: Si vale á romper la órden que está dada, y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia. Por cierto, hermosa Galatea, respondió Timbrio, que conozco yo que asi como á mí falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si desta vez no la acertare, confirmarse há con mas veras la opinion que de mi ingenio y del vuestro tengo. Tornó Elicio á decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo: Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurecia, con eso mesmo me parece que se declara, pues el último verso dice: te digan qué es cosa y cosa. Y asi yo te respondo á lo que me dices, y digo que tu pregunta es, el que es cosa y cosa; y no te maravilles haberme tardado en la respuesta, porque mas me maravillara yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el cual mostrará quién es en el poco artificio de mi pregunta, que es ésta.

TIMBRIO.

¿Quién es el que á su pesar
Mete sus pies por los ojos,
Y sin causarles enojos
Les hace luego cantar?

El sacarlos es do gusto,
Aunque á veces quien los saca
No solo su mal no aplaca,
Mas cobra mayor disgusto.

A Nísida tocaba responder á la pregunta de Timbrio; mas no fue posible que la adivinasen ni ella ni Galatea, que se le seguian. Y viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo: No os canseis, señoras, ni fatigueis vuestros entendimientos en la declaracion desta enigma; porque podria ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura que la pregunta encubre, y asi no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estábamos de vuestros entendimientos, que en menos espacio otras mas dificultosas hubiérades declarado; y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder á Timbrio, y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los pies de aquellos ojos que él dice, ó es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porque veais, pastoras, si tenia yo razon de imaginar que quizá ninguna de vosotras habia visto en toda su vida cárceles ni prisiones. Yo por mi sé decir, dijo Galatea, que jamás he visto aprisionado alguno. Lo mesmo dijeron Nísida y Blanca, y luego Nísida propuso su pregunta en esta forma.

NÍSIDA.

Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se ve acuchillado:
Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nísida, porque luego le dijo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida, si digo que á ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma que á las tijeras de despabilar, y á la vela ó cirio que despabilan, y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha agora la mia, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dijo que fue ésta.

GALATEA.

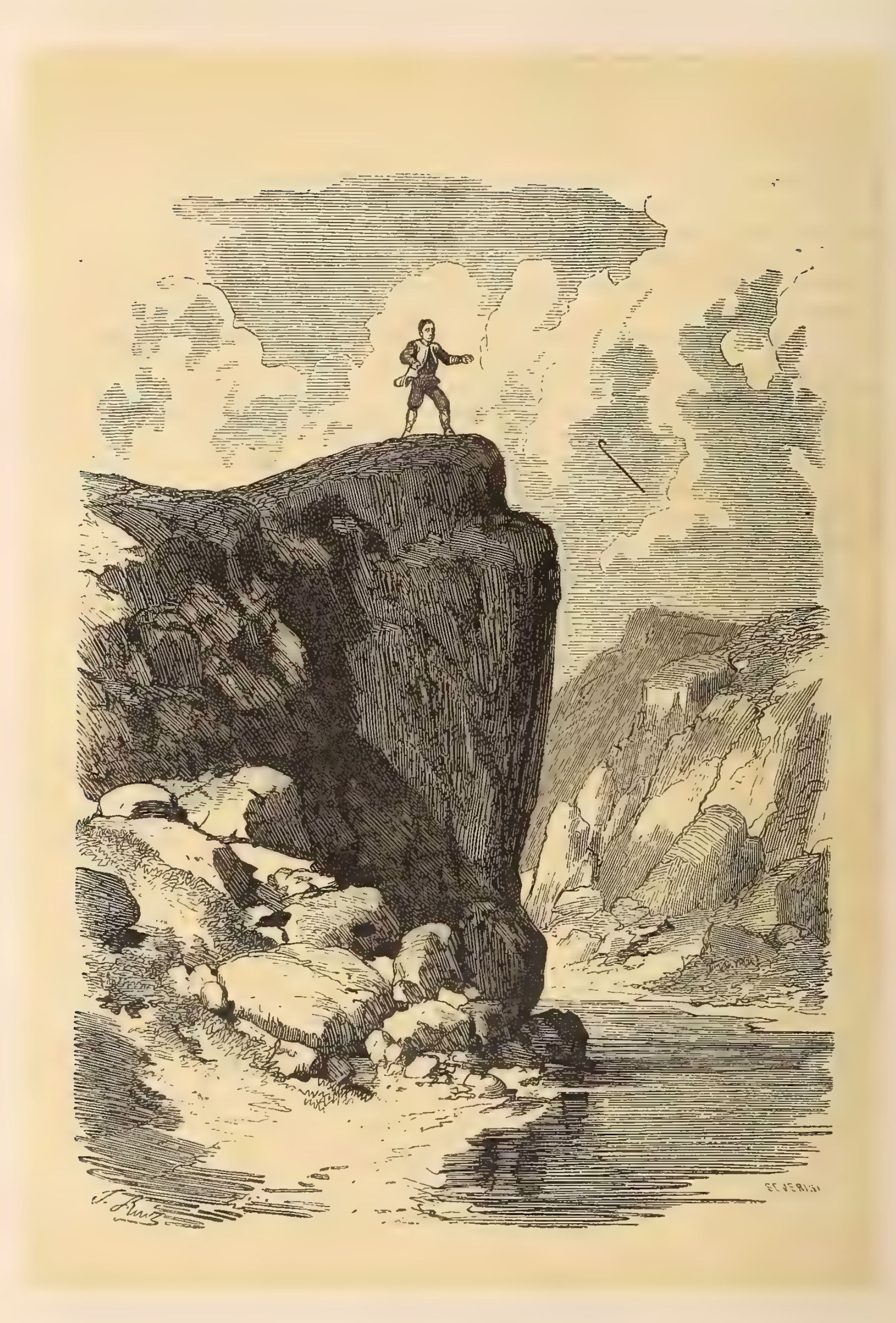
Tres hijos que de una madre
Nacieron con ser perfeto,
Y de un hermano era nieto
El uno, y el otro padre;
Y estos tres tan sin clemencia
A su madre maltrataban,
Que mil puñadas le daban
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrian que alguna cosa de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta ligereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedian; y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban; y á pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por allí cerca mansamente corria; y apenas vieron el rio, cuando se les ofreció á la vista la mas extraña cosa que imaginar pudieran, porque vieron dos pastoras al parecer de gentil donaire, que tenian á un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza á ellas posible, porque el triste no se ahogase, porque tenia ya el medio cuerpo en el rio, y la cabeza debajo del agua, forcejando con los pies por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban; las cuales ya casi querian soltarle, no pudiendo vencer al teson de su porfía con las débiles fuerzas suyas.

Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo habian venido, y asiendo al desesperado, le sacaron del agua á tiempo que ya todos los demás llegaban, espantándose del extraño espectáculo; y mas lo fueron cuando conocieron que el pastor que queria ahogarse era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa su hermana y la hermosa Teolinda, las cuales como vieron á Galatea y á Florisa, con lágrimas en los ojos corrió Teolinda á abrazar á Galatea, diciendo: ¡Ay, Galatea, amiga dulce y señora mia! ¡cómo ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver á verte y á decirte las nuevas de su contento! De que le tengas, Teolinda, respondió Galatea, holgaré yo tanto, cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas paréceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo que imagine buen suceso de tus deseos.

En tanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio y Artidoro con los otros pastores habian desnudado á Galercio, y al desceñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsi, y abriéndole, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol para que se enjugase. Pusieron á Galercio un gaban de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que á tan extraño término le habia conducido. Mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo: Alzad los ojos, pastores, y vereir quién es la ocasion que al desgraciado de mi hermano en tan extraños y desesperados puntos ha puesto.

Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca, que sobre el rio caia, una gallarda y dispuesta pastora, sentada sobre la mesma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacian. La cual fue luego de todos conocida por la cruel Gelasia. Aquella desamorada, aquella desconocida, siguió Maurisa, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mio, el cual, como ya todas estas riberas saben, y vosotros no ignorais, la ama, la quiere y la adora; y en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana con el mas esquivo y desamorado desden que jamás en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese, y que agora ni nunca jamás á ella tornase; y quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por escusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento; y si por dicha estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dijo á todos los que la escucharon, y mas admirados quedaron, cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañía que los ojos en ella tenia puestos, con un extraño donaire y desdeñoso brío sacó un pequeño rabel de su zurron, y parándosele á templar muy despacio, á cabo de poco rato, y con voz en extremo buena, comenzó á cantar de esta manera.



LENIO, ARROJA LEJOS DE SÍ EL CAYADO.

GELASIA.

¿Quién dejará del verde prado umbroso
Las frescas yerbas y las frescas fuentes?
¿Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre ó jabalí cerdoso?
¿Quién con el son amigo y sonoroso
No detendrá las aves inocentes?
¿Quién en las horas de la siesta ardientes
No buscará en las selvas el reposo?
Por seguir los incendios, los temores,
Los celos, iras, rabias, muertes, penas
Del falso amor que tanto aflige al mundo?
Del campo son y han sido mis amores,
Rosas son y jazmines mis cadenas,
Libre nací, y en mi libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademan de su rostro la desamorada condicion suya descubria; mas apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una extraña ligereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, asi comenzó á correr por la peña abajo, dejando á los pastores admirados de su condicion, y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la mesma peña subia con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle, por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su propósito.

Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pie della; y viendo que no detenia el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendia, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mesmo lugar donde Gelasia habia estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia; y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decia, tornaba á bendecir sus ojos y á tener por buena la ocasion que en tales términos le ponia; y luego incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y desnudándose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corria. Lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y asi Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que no hiciese algun otro desatino que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fue sacar de su zurron su rabel, y con un nuevo y extraño reposo se tornó á sentar, y vuelto el rostro hácia donde su pastora oia, con voz suave y de lágrimas acompañada, comenzó á cantar desta suerte.

LENIO.

¿Quién te impele, cruel, quién te desvía?
¿Quién te retira del amado intento?
¿Quién en tus piés veloces alas cria,
Con que corres ligera mas que el viento?
¿Por qué tienes en poco la fe mia,
Y desprecias el alto pensamiento?
¿Por qué huyes de mí, por qué me dejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

¿Soy por ventura de tan bajo estado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
¿Soy pobre, soy avaro? ¿Hasme hallado
En falsedad desde que supe vellos?
¿La condicion primera no he mudado?
¿No pende del menor de tus cabellos
Mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

Tome escarmiento tu altivez sobrada
De ver mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada
Y en amoroso intento convertida;
Mira que contra amor no puede nada
La mas exenta descuidada vida;
Deten el paso ya; ¿por qué le aquejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

Víme cual tú te ves, y agora veo
Que como fuí, jamás espero verme:
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se extrema en no quererme.
Tú has ganado la palma, tú el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme;
Tú me rendiste, ¿y tú de mí te alejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demás pastores reprendiendo á Galercio su mal propósito, afeando el dañado intento que habia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dejándole solo habia de poner en ejecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura habia sabido ya de su Artidoro. A lo cual ella respondió llorando: No sé qué os diga, amigas y señoras mias, sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro para que enteramente le perdiese; porque habreis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mia, que fue el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remate de mi contento; porque sabiendo ella, asi como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no lejos de allí con su ganado, sin decirme nada se partió á buscarle: hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciésemos), con poca dificultad le dió á entender que la pastora que en nuestra aldea le habia desdeñado, era una su hermana, que en extremo le parecia; en fin, le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado y los extremos de dolor que he padecido; y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto menos que la traidora le dijera, fuera de él creida, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dió la mano á Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y sospiros; veis aquí ya arrancada de raiz toda mi esperanza; y lo que mas siento, es que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría: súpose tambien el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por

la pastora Gelasia se perdia, y que asi le pareció mas fácil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo en cuanto á la apariencia y gentileza, que ella se tenia por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria; y asi yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debia, dejo el aldea y la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginarse pueden, venia á daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que ansimesmo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura; y esta mañana al salir del sol topamos con Galercio, el cual con tiernas y enamoradas razones estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese; mas ella con el mas extraño desden y esquiveza que decirse puede, le mandó que se le quitase delante, y que no fuese osado de jamás hablarla: y el desdichado pastor apretado de tan recio mandamiento y de tan extraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habeis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo mas que llorar que antes, y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo.

No dijo mas Teolinda, porque la infinidad de lágrimas que le vinieron á los ojos, y los sospiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á la lengua; y aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fue de poco efeto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi á Galercio del seno sacado habia, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que desta manera decia.

GALERCIO Á GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de dama,
Fria y encendida llama
Donde mi alma se apura:
Escucha las sinrazones
De tu desamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes renglones.
No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza extraña
No valen ruegos ni maña,
Ni servicios tienen parte:
Escríbote, porque veas
La sinrazon que me haces,
Y cuán mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.
Que alabes la libertad
Es muy justo, y razon tienes;
Mas mira que la mantienes
Solo con la crueldad:
Y no es justo lo que ordenas,
Querer, sin ser ofendida,
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes agenas.
No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desden
Depositada tu honra:
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.
Tu crueldad me da á entender
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable ser:
Que en ellos es tu recreo,
Y en los páramos y valles,
Do no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.
En una fresca espesura
Una vez te ví sentada,
Y dije: estátua es formada
Aquella de piedra dura:
Y aunque el moverte despues
Contradijo á mi opinion,
En fin en la condicion,
Dije, mas que estatua es.
¡Y ojalá que estátua fueras
De piedra! que yo esperara
Que el cielo por mi cambiara
Tu sér, y en mujer volvieras:
Que Pigmaleon no fué
Tanto á la suya rendido,
Como yo te soy y he sido,
Pastora, y siempre seré.
Con razon y de derecho
Del mal y bien me das pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas
Tal verdad es conocida;
Con la vista me das vida,
Con la condicion me matas.
Dese pecho, que se atreve
A esquivar de amor los tiros,
El fuego de mis sospiros
Deshaga un poco la nieve:
Concédase al llanto mio
Y al nunca admitir descanso,
Que vuelva agradable y manso
Un solo punto tu brio.
Bien sé que habrás de decir
Que me alargo, y yo lo creo,
Pero acorta tú el deseo,
Y acortaré yo el pedir:
Mas segun lo que me das
En cuantas demandas toco,
A tí te importa muy poco,
Que pida menos ó mas.
Si de tu extraña dureza
Pudiera reprehenderte,
Y aquella señal ponerte,
Que muestra nuestra flaqueza,
Dijera viendo tu ser,
Y no asi como se enseña:
Acuérdate que eres peña,
Y en peña te has de volver.
Mas seas peña ó acero,
Duro mármol ó diamante,
De un acero soy amante,
O una peña adoro y quiero:
Si eres ángel disfrazado,
O furia, que todo es cierto,
Por tal ángel vivo muerto,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia; y queriéndolos mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imágen de muerto parecia. Llegóse á él, y cuando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fue menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban, cómo los dos pastores, que á Galercio socorrieron, eran amigos del pastor lusitano, con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea, los cuales venian á decirle cómo de allí á tres dias el venturoso pastor vendria á su aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi que estas nuevas mas nuevos y extraños accidentes de los causados habian de causar en el alma de Elicio; pero con todo esto se llegó á él, y le dijó: Agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfarás la tuya, aprovechándote de las nuestras y aun de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste rio y en las del manso Henares; el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo.

Suspenso quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle: El cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas

en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante: y tornándole á abrazar tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fue oir la embajada de los pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fue gustosa la nueva á ninguno de cuantos allí estaban.

A esta sazon ya el sol declinaba su acostumbrada carrera: y asi por esto, como por ver que el enamorado Lenio habia seguido á Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hácia el aldea, y al llegar junto á ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo y Orfenio se quedaron con otros algunos pastores: y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, diciéndoles que otro dia se pensaban partir á la ciudad de Toledo, donde habia de ser el fin de su viaje; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda, y Maurisa, y la triste Galatea tan congojada y pensativa, que con toda su discrecion no podia dejar de dar muestras de extraño descontento. Con Daranio se fueron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle á Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto: y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huéspedes que tenia aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala que desesperara de ver el dia. La mesma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con mas alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecia su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio.

Estando en esto, ya que los pastores habian satisfecho á la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traia, entendiese que era de importancia lo que en él debia de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrándose en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que asi decia:

GALATEA Á ELICIO.

«En la apresurada determinacion de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mí mesma me he hecho hasta llegar á este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y asi no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que á tu crédito debes y á mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.»

En extraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, ansi el escribirle, pues hasta entonces jamás lo habia hecho, como el mandarle buscar remedio á la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar cómo cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la cual desta manera decia:

ELICIO Á GALATEA.

«Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que sea, vos vereis agora, si la sinrazon pasa adelante, cómo yo no me quedo atrás en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí teneis conocida, y haced buen rostro á la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera; que el cielo que os ha movido á acordaros de mí y á escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habeis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efeto lo que á vuestro gusto conviene, y al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de haber sabreis de Maurisa, á quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazon de nuestra ventura, la cual os dé el cielo como puede y como vuestro valor merece.»

Dada esta carta á Maurisa, como está dicho, le dijo ansimesmo cómo él pensaba juntar todos los mas pastores que pudiese, y que todos juntos irian á hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor, que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado: y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno,

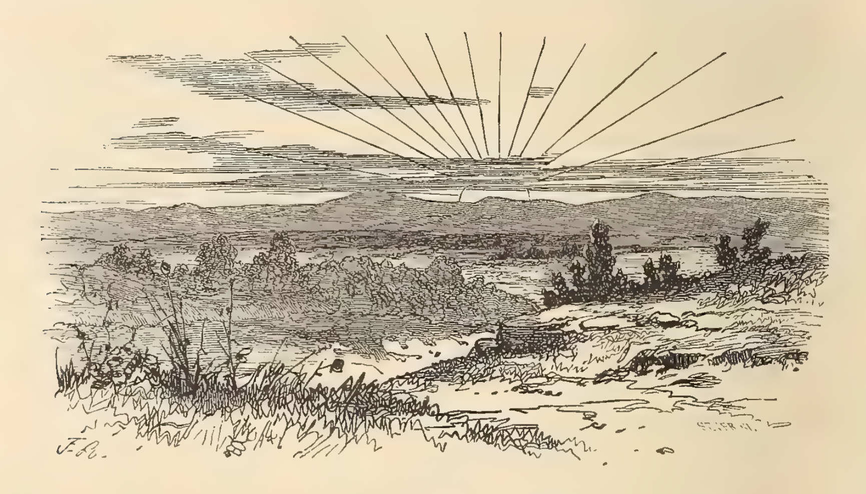
determinaba usar la fuerza, y con ella ponerla en libertad, y esto con el miramiento de su crédito que se podia esperar de quien tanto amaba.

Con esta resolucion se fué Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio á quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor y consejo en tan árduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el dia siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenia, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron á cumplir lo que prometido habian, si no fueron Tirsi y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo dia tornó á venir Maurisa á decir á Elicio, cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas, y con alegre semblante y extraño alborozo estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena ó mala salida que la fortuna daba á su hecho.

Llegó en esto la noche, y recogiéndose con Damon y Tirsi á su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podrian suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar á los pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y allí con el aparejo de la soledad revolvia en su memoria todo lo que por Galatea habia padecido, y lo que temia padecer si el cielo á sus intentos no favorecia; y sin salir desta imaginacion, al son de un blando céfiro, que mansamente soplaba, con voz suave y baja comenzó á cantar desta manera:

ELICIO.

Si deste herviente mar y golfo insano,
Donde tanto amenaza la tormenta,
Libro la vida de tan dura afrenta,
Y toco el suelo venturoso y sano;
Al aire alzadas una y otra mano
Con alma humilde y voluntad contenta,
Haré que amor conozca, el cielo sienta,
Que el bien les agradezco soberano.
Llamaré venturosos mis suspiros,
Mis lágrimas tendré por agradables,
Por refrigerio el fuego en que me quemo.
Diré que son de amor los recios tiros,
Dulces al alma, al cuerpo saludables,
Y que en su bien no hay medio, sino extremo.



Cuando Elicio acabó su canto, comenzaba á descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora, con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas y pintando los prados; cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantinelas.

Levantóse en esto Elicio, y tendiendo los ojos por la espaciosa campaña, descubrió no lejos dos escuadras de pastores, las cuales segun le pareció hácia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo y Lauso, con otros que consigo traian. Y los otros Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conocidos, pues, de Elicio, bajó de la cuesta para ir á recebirlos: y cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damon, que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos á otros se recebieron. Y luego Lauso, volviéndose á Elicio, le dijo: En la compañía que traemos, amigo Elicio, puedes ver si comenzamos á dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos: todos los que aquí ves, vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tú no la hagas en lo que mas conviniere. Elicio, con las mejores razones que supo, agradeció á Lauso y á los demás la merced que le hacian: y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse para salir bien con aquella empresa.

Pareciéles bien á los pastores lo que Elicio decia; y asi, sin mas detenerse hácia el aldea se encaminaron, yendo delante de Tirsi y Damon, siguiéndoles todos los demás, que hasta veinte pastores serian, los mas gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movian á que Aurelio la hiciese en lo que le pedian, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase: de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en solo su contento de redundar hubiera, porque á trueco de no ver á Galatea ausente y descontenta, tenia por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le habia de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas á los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte desta historia se prometen. La cual, si con apacibles voluntades esta primera viere recebida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad á ser vista y juzgada de los ojos y entendimientos de las gentes.



FIN DE LA GALATEA.

NOVELAS EJEMPLARES.

DEDICATORIA

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS, DE ANDRADE Y DE VILLALVA, ETC.

En los errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algun príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle á la memoria, no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su proteccion y amparo, porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo, pues, huyendo destos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, asi naturales como adquiridas, dejándolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen mármoles y bronces adonde grabarlas y esculpirlas, para que sean émulas á la duracion de los tiempos. Tampoco suplico á vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo, y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zóilos, los Zínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Solo suplico que advierta vuestra Excelencia que le envio, como quien no dice nada, doce cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados. Tales cuales son, alla van, y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á vuestra Excelencia, como á mi verdadero señor y bienhechor mio. Guarde nuestro Señor, etc. De Madrid á 13 de julio de 1613.

Criado de vuestra Excelencia,
Miguel de Cervantes Saavedra.

PROLOGO.

Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo) excusarme de escribir este prólogo, porque no me fue tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*, que quedase con gana de segundar con éste. De esto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado antes con mi condicion que con mi ingenio: el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja de este libro, pues le diera mi retrato el famoso don Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos que querrian saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debajo el retrato: Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: este digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V, de felice memoria; y cuando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasion se

pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. Y asi te digo (otra vez lector amable) que destas novelas que te ofrezco, en ningun modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen pies ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere. Héles dado el nombre de *Ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso; y sino fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podria sacar, asi de todas juntas, como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin daño de barras: digo sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan. Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean: horas hay de recreacion, donde el afligido espíritu descanse: para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré á decirte: que si por algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve mas, y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinacion, y mas que me doy á entender (y es asi) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son mias propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Pérsiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de *Don Quijote* y donaires de Sancho Panza; y luego las *Semanas del Jardin*. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias; pero ¿quién pondrá rienda á los deseos? Solo esto quiero que consideres: que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, algun misterio tienen escondido, que las levanta. No mas, sino que Dios te guarde, y á mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí mas de cuatro sotiles y almidonados. Vale.

AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

DEL MARQUES DE ALCAÑICES.

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,
Cervantes, de la diestra grave lira,
En docta frasis el concepto mira
El lector retratado un paraiso;

Mira mejor, que con el arte quiso
Vuestro ingenio sacar de la mentira
La verdad, cuya llama solo aspira
A lo que es voluntario hacer preciso.

Al asunto ofrecidas las memorias
Dedica el tiempo, que en tan breve suma
Caben todos sucintos los extremos.

Y es noble calidad de vuestras glorias,
Que el uno se le deba á vuestra pluma,
Y el otro á las grandezas del de Lemos.

DE DON FERNANDO DE LODEÑA.

Dejad, nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma ligera mal techadas,
Si bien guarnidas de coral precioso:

Salid del sitio ameno y deleitoso,
Dríades de las selvas no tocadas:
Y vosotras, oh musas celebradas,
Dejad las fuentes del licor copioso:

Todas juntas traed un ramo solo
Del árbol en quien Dafne convertida
Al rubio Dios mostró tanta dureza;

Que cuando no lo fuera para Apolo,
Hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
A Miguel de Cervantes la cabeza.

DE FERNANDO BERMUDEZ CARVAJAL.

Hizo la memoria clara
De aquel Dédalo ingenioso
El laberinto famoso,
Obra peregrina y rara:
Mas si tu nombre alcanzara
Creta en su mónstruo crüel,
Le diera al bronce y pincel,
Cuando en términos distintos
Viera en doce laberintos
Mayor ingenio que en él.
Y si la naturaleza
En la mucha variedad
Enseña mayor beldad,
Mas artificio y belleza:
Celebre con mas presteza
Cervantes raro y sutil,
Aqueste florido abril,
Cuya variedad admira
La fama veloz, que mira
En él variedades mil.

A LOS LECTORES.

POR JUAN DE SOLIS MEJIA,

GENTIL HOMBRE CORTESANO.

¡Oh tú, que aquestas fábulas leiste!
Si lo secreto dellas contemplaste,
Verás que son de la verdad engaste
Que por tu gusto tal disfraz se viste.

Bien, Cervantes insigne, conociste
La humana inclinacion, cuando mezclaste
Lo dulce con lo honesto, y lo templaste
Tan bien, que plato al cuerpo y alma hiciste.

Rica y pomposa vas, filosofía:
Ya dotrina moral, con este trage
No habrá quien de ti se burle ó te desprecie.

Si agora te faltare compañía,
Jamás esperes del mortal linage
Que tu virtud y tus grandezas precie.



LA GITANILLA.

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una pues de esta nacion, gitana vieja, que podia ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la mas hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien mas que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos; y lo que es mas, que la crianza tosca en que se criaba, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada: y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas: y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y asi determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y ansi se los procuró y buscó por todas las vias que pudo; y no faltó poeta que se los diese; que tambien hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros, y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la córte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la córte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fue un dia de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarin, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fue enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecia la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrian los muchachos á verla, y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fue ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imágen de la gloriosa Santa Ana, despues de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente.

Arbol preciosísimo,
Que tardó en dar fruto
Años que pudieron
Cubrirle de luto,
Y hacer los deseos
Del consorte puros,
Contra su esperanza
No muy bien seguros:
De cuyo tardarse
Nació aquel disgusto,
Que lanzó del templo
Al varon mas justo:
Santa tierra estéril,
Que al cabo produjo
Toda la abundancia
Que sustenta el mundo:
Casa de moneda
Do se forjó el cuño
Que dió á Dios la forma,
Que como hombre tuvo:
Madre de una hija,
En quien quiso y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso:
Por vos y por ella
Sois, Ana, el refugio,
Do van por remedio
Nuestros infortunios.
En cierta manera
Teneis, no lo dudo,
Sobre el nieto imperio
Piadoso y justo.
A ser comunera
Del alcázar sumo,
Fueran mil parientes
Con vos de consuno.
¡Qué hija, qué nieto!
Y ¡qué yerno! Al punto,
A ser causa justa,
Cantárades triunfos.
Pero vos humilde
Fuísteis el estudio
Donde vuestra Hija
Hizo humildes cursos.
Y ahora á su lado
A Dios el mas junto
Gozais del alteza
Que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fue para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decian: Dios te bendiga,

la muchacha. Otros: Lástima es que esta mozuela sea gitana; en verdad, en verdad que merecia ser hija de un gran señor. Otros habia mas groseros que decian: Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fe que se va añudando en ella gentil barredera para pescar corazones. Otro mas humano, mas basto y mas modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: A ello, hija, á ello, andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito. Y ella respondió sin dejar el baile: Y



pisárelo yo á tan menudo. Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba de ella en toda la córte.

De allí á quince dias volvió á Madrid, como tenia de costumbre, con otras muchachas con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentia Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenia por abuela. Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venian siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedia limosna á los circunstantes, y llovian en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado; que tambien la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el baile, dijo Preciosa: Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina nuestra señora doña Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente: dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitan del batallon. Apenas hubo dicho esto cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces: Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos; y asi granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogerlos. Hecho, pues, su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance.

Salió á misa de parida
La mayor reina de Europa,
En el valor y en el nombre
Rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
Se lleva las almas todas
De cuantos miran y admiran
Su devocion y su pompa.
Y para mostrar que es parte
Del cielo en la tierra toda,
A un lado lleva el sol de Austria,
Al otro la tierna aurora.

A sus espaldas la sigue
Un lucero que á deshora
Salió la noche del dia
Que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
Que lucientes carros forman,
En otros carros su cielo
Vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
La barba pule y remoza,
Y aunque tardo, vá ligero;
Que el placer cura la gota.

El dios partero vá en lenguas
Lisonjeras y amorosas,
Y Cupido en cifras varias,
Que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
En la persona curiosa
De mas de un gallardo jóven
Que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del sol
Vá Júpiter; que no hay cosa
Difícil á la privanza
Fundada en prudentes obras.

Vá la luna en las mejillas
De una y otra humana diosa,
Venus casta en la belleza
De las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimédes
Cruzan, van, vuelven y tornan
Por el cinto tachonado
Desta esfera milagrosa.
Y para que todo admire
Y todo asombre, no hay cosa
Que de liberal no pase
Hasta el extremo de pródiga.
Milan con sus ricas telas
Allí vá en vista curiosa,
Las Indias con sus diamantes,
Y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
Vá la envidia mordedora,
Y la bondad en los pechos
De la lealtad española.
La alegría universal
Huyendo de la congoja,
Calles y plazas discurre,
Descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
Abre el silencio la boca,
Y repiten los muchachos
Lo que los hombres entonan.
Cuál dice:—Fecunda vid,
Crece, sube, abraza y toca
El olmo felice tuyo,
Que mil siglos te haga sombra,
Para gloria de tí misma,
Para bien de España y honra,
Para arrimo de la Iglesia,
Para asombro de Mahoma —
Otra lengua clama y dice:
—Vivas, oh blanca paloma,
Que nos has dado por crias
Águilas de dos coronas,
Para ahuyentar de los aires
Las de rapiña furiosas,
Para cubrir con sus alas
A las virtudes medrosas.—
Otra mas discreta y grave,
Mas aguda y mas curiosa
Dice, vertiendo alegría
Por los ojos y la boca:
—Esta perla que nos diste,
Nácar de Austria, única y sola,
¡Qué de máquinas que rompe!
¡Qué de designios que corta!
¡Qué de esperanzas que infunde!
¡Qué de deseos malogra!
¡Qué de temores aumenta!
¡Qué de preñados aborta!—
En esto se llegó al templo
Del fénix santo que en Roma
Fue abrasado, y quedó vivo
En la fama y en la gloria.
A la imágen de la vida,
A la del cielo Señora,
A la que por ser humilde,
Las estrellas pisa ahora:
A la Madre y Vírgen junto,
A la Hija y á la Esposa
De Dios, hincada de hinojos
Margarita así razona:
—Lo que me has dado te doy,
Mano siempre dadivosa;
Que á do falta el amor tuyo
Siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
Te ofrezco, Vírgen hermosa:
Tales cuales son las mira,
Recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo;
Que humano Atlante se encorva
Al peso de tantos reinos
Y de climas tan remotas.
Sé que el corazon del Rey
En las manos de Dios mora,
Y sé que puedes con Dios
Cuanto pidieres piadosa.—
Acabada esta oracion,
Otra semejante entonan
Himnos y voces que muestran
Que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios,
Con reales ceremonias
Volvió á su punto este cielo
Y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oia, de muchas se formó una voz sola que dijo: Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán cuartos como tierra. Mas de doscientas personas estaban mirando el baile, y escuchando el canto de las gitanas, y en la mayor fuga dél acertó á pasar por allí uno de los tenientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era: y fuéle respondido que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el teniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin: y habiéndole parecido por extremo bien la Gitanilla, mandó á un paje suyo dijese á la gitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las gitanillas, que queria que las oyese doña Clara su mujer. Hízolo asi el paje, y la vieja dijo que sí iria. Acabaron el



baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo: Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo. Eso aprenderé yo de muy buena, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera que me dé la señora Preciosica, dijo el paje, estaré contento: y mas, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mia queda el escogerlos, respondió Preciosa: y con esto se fueron la calle adelante,

y desde una reja llamaron unos caballeros á las gitanas. Asomó Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose, y otros jugando á diversos juegos, se entretenian. ¿Quiérenme dar barato, zeñores? dijo Preciosa, que como gitana hablába ceceoso, y esto es artificio en ellas que no naturaleza. A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes: y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenian noticia della, y dijeron: Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato. Caro seria ella, respondió Preciosa, si nos pellizcasen. No, á fe de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava. Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres gitanillas que iban con ella, entra enhorabuena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres. Mira, Cristina, respondió Preciosa: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas. Entremos, Preciosa, dijo Cristina, que tú sabes mas que un sabio. Animólas la gitana vieja, y entraron: y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traia en el seno, y llegándose á ella, se le tomó, y dijo Preciosa: Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aun no le he leido. Y ¿sabes tú leer, hija? dijo uno. Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado. Abrió el caballero el papel, y vió que venia dentro dél un escudo de oro, y dijo: En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el romance viene. Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es mas milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recebirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el Romancero general, y enviémelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recebillos. Admirados quedaron los que oian á la gitanica, así de su discrecion como del donaire con que hablaba. Lea, señor, dijo ella, y lea alto, veremos si es tan discreto ese poeta, como es liberal. Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa
Te pueden dar parabienes,
Por lo que de piedra tienes
Te llama el mundo Preciosa.
De esta verdad me asegura
Esto, como en tí verás;
Que no se aparta jamás
La esquivez y la hermosura.
Si como en valor subido,
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido.
Que un basilisco se cria
En tí que mata mirando,
Y un imperio, que aunque blando,
Nos parezca tiranía.
Entre pobres y aduares
¿Cómo nació tal belleza?
¿O cómo crió tal pieza
El humilde Manzanares?
Por esto será famoso
A par del Tajo dorado,
Y por Preciosa preciado
Mas que el Gánges caudaloso.
Dices la buena ventura,
Y dasla mala contino;
Que no van por un camino
Tu intencion y tu hermosura.
Porque en el peligro fuerte
De mirarte ó contemplarte,
Tu intencion va á desculparte,
Y tu hermosura á dar muerte.
Dicen que son hechiceras
Todas las de tu nacion;
Pero tus hechizos son
De mas fuerzas y mas veras;
Pues por llevar los despojos
De todos cuantos te ven,
Haces, oh niña, que estén
Los hechizos en tus ojos.
En sus fuerzas te adelantas,
Pues bailando nos admiras,
Y nos matas, si nos miras,
Y nos encantas, si cantas.
De cien mil modos hechizas;
Hables, calles, cantes, mires,
O te acerques ó retires,
El fuego de amor atizas.
Sobre el mas exento pecho
Tienes mando y señorío;
De lo que es testigo el mio,
De tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escribe
El que por tí muere vive
Pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazon Preciosa, mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios á mi parecer la pobreza es muy enemiga del amor. ¿Quién te enseña eso, rapaza? dijo uno. ¿Quién me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿no tengo ya quince años? No soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demás gentes; siempre se adelantan á sus años, no hay gitano necio, ni gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenlas las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habian de aprender en un año. Con esto que la Gitanilla decia, tenia suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y mas rica y mas alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor tiniente, quedando que otro dia volveria con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenia aviso la señora doña Clara, mujer del señor tiniente, cómo habian de ir á su casa las gitanillas, y estábalas esperando como agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, estas la bendecian, aquellas la alababan. Doña Clara decia: Este sí que se puede decir cabello de oro, estos sí que son ojos de esmeraldas. La señora, su vecina, la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria de todos sus

miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenia en la barba, dijo: ¡Ay qué hoyo! en este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren. Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo: ¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mia? pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos: por Dios tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podria ser mejor. ¿Sabes decir la buenaventura, niña? De tres ó cuatro maneras, respondió Preciosa. Y ¿eso mas? dija doña Clara, por vida del tiniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo mas que puedo decir. Dénle, dénle la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz, dijo la vieja, y verán qué de cosas les dice; que sabe mas que un dotor de melecina.

Echó mano á la faltriquera la señora tinienta, y halló que no tenia blanca: pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual, visto por Preciosa dijo: Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, por lo menos la mia: y asi tengo aficion á hacer la cruz primera con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó á lo menos de á cuatro; que soy como los sacristanes que cuando hay buena ofrenda se regocijan. Donaire tienes, niña, por tu vida, dijo la señora vecina, y volviéndose al escudero le dijo: Vos, señor Contreras, ¿tendreis á mano algun real de á cuatro? dádmele, que en viniendo el dotor mi marido os lo volveré. Sí tengo, respondió Contreras, pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís que cené anoche: dénmelos, que yo iré por él en volandas. No tenemos entre todas un cuarto, dijo doña Clara, ¿y pedís veinte y dos maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuísteis impertinente. Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa: Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata? Antes, respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos. Uno tengo yo, replicó la doncella; si este basta, héle aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura. ¡Por un dedal tantas buenasventuras, dijo la gitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche. Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora tinienta, y dijo:

Hermosita, hermosita,
La de las manos de plata,
Mas te quiere tu marido
Que al rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres brava
Como leona de Oran,
O como tigre de Ocaña.
Pero en un tras, en un tris,
El enojo se te pasa,
Y quedas como alfeñique,
O como cordera mansa.
Riñes mucho, y comes poco;
Algo celosita andas;
Que es jugueton el tiniente,
Y quiere arrimar la vara.
Cuando doncella te quiso
Uno de una buena cara;
Que mal hayan los terceros
Que los gustos desbaratan.
Si á dicha tú fueras monja,
Hoy tu convento mandaras,
Porque tienes de abadesa
Mas de cuatrocientas rayas.
No te lo quiero decir,
Pero poco importa, vaya
Enviudarás otra vez,
Y otras dos serás casada.
No llores, señora mia,
Que no siempre las gitanas
Decimos el Evangelio;
No llores, señora, acaba.
Como te mueras primero
Que el señor tiniente, basta
Para remediar el daño
De la viudez que amenaza.
Has de heredar y muy presto
Hacienda en mucha abundancia:
Tendrás un hijo canónigo,
La iglesia no se señala,
De Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
Tendrás, que si es religiosa,
Tambien vendrá á ser prelada.
Si tu esposo no se muere
Dentro de cuatro semanas,
Veráste corregidor
De Búrgos ó Salamanca.
Un lunar tienes: ¡qué lindo!
¡Ay Jesus, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en los antípodas
Escuros valles aclara!
Mas de dos ciegos por verle
Dieran mas de cuatro blancas:
Agora sí es la risica;
¡Ay, que bien haya esa gracia!
Guárdate de las caidas,
Principalmente de espaldas;
Que suelen ser peligrosas
En las principales damas.
Cosas hay mas que decirte:
Si para el viernes me aguardas,
Las oirás, que son de gusto,
Y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer saber la suya, y asi se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndoles que tendrian reales de plata para hacer las cruces.

En esto vino el señor tiniente, á quien contaron maravillas de la Gitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habian dado: y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo: Por Dios que no tengo blanca, dadle vos, doña Clara, un real á Preciosica, que os le daré despues. Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, y ¿quiere que tengamos un real? Pues dadle alguna valoncica vuestra, ó alguna cosa, que otro dia nos volverá á ver Preciosa, y la regalaremos mejor. A lo cual dijo doña Clara: Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa. Antes si no me dan nada, dijo Preciosa, nunca mas volveré acá: mas, sí, volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor; por ahí he oido decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condiciones de las residencias, y para pretender otros cargos. Asi lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el tiniente; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenacion alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro. Habla vuesa merced muy á lo

santo, señor tiniente, respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias. Mucho sabes, Preciosa, dijo el tiniente: calla, que yo daré traza que sus magestades te vean, porque eres pieza de reyes. Querránme para truhana, respondió Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido; si me quisiesen para discreta, aun llevarmeian; pero en algunos palacios mas medran los truhanes que los discretos: yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiese. Ea, niña, dijo la gitana vieja, no hables mas, que has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado; no te asotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caida. El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo, dijo á esta sazon el tiniente.

Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo la doncella del dedal: Preciosa, díme la buenaventura, ó vuélveme mi dedal, que no me queda con qué hacer labor. Señora doncella, respondió Preciosa, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el viernes, que yo volveré, y le diré mas venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías. Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid, para volverse á sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las gitanas, y volvian seguras; porque la gitana vieja vivia en continuo temor no le salteasen á su Preciosa.



Sucedió, pues, que la mañana de un dia que volvian á Madrid á coger la garrama con las demás gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue á la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino: la espada y daga que traia eran, como decir se suele, un ascua de oro: sombrero con rico cintillo, y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusiéronsele á mirar muy despacio, admiradas de que á tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á pie y solo. El se llegó á ellas, y hablando con la gitanilla mayor, le dijo: Por vida vuestra, amiga, qúe me hagais placer que vos y Preciosa me oyais aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho. Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora, respondió la vieja; y llamando á Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y asi en pie como estaban, el mancebo les dijo: Yo vengo de manera rendido á la discrecion y belleza de Preciosa, que despues de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado mas rendido, y mas imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mias (que siempre os he dar este nombre, si el cielo mi pretension favorece), soy caballero, como lo puede mostrar el hábito; y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los mas calificados que hay en España: soy hijo de fulano (que por buenos respetos aquí no se declara su nombre), estoy debajo de su tutela y amparo: soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo: mi padre está aquí en la córte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso quisiera ser un gran señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora: yo no la pretendo para burlalla, y en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguna: solo quiero servirla del modo que ella mas gustare: su voluntad es la mia; pero con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á la duracion de los tiempos: si creeis esta verdad, no admitirá ningun desmayo mi esperanza; pero si no me creeis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda: mi nombre es éste, y díjoselo: el de mi padre ya os le he dicho: la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas: vecinos tiene de quien podreis informa-

tos, y aun de los que no son vecinos tambien; que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre, y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la córte: cien escudos traigo aquí en oro para daros en arras y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero esto decia, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose á la vieja, le dijo: Perdóneme, abuela, de que me tome licencia para responder á éste tan enamorado señor. Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja, que yo sé que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dijo: Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva: á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas: y aunque de quince años (que segun la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré), soy ya vieja de los pensamientos, y alcanzo mas de aquello que mi edad promete, mas por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los cien enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la cual atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres: si alcanza lo que desea, mengua el deseo de la posesion de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba: este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo: una sola joya tengo, que la estimo en mas que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni dádivas, porque en fin será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecos, antes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen: flor es la de la virginidad que á ser posible aun con la imaginacion no habia de dejar ofenderse: cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace: si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habeis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen; si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero: primero tengo de saber si sois el que decís: luego, hallando esta verdad, habeis de dejar la casa de vuestros padres y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el trage de gitano, habeis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo del cual, si vos os contentades de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra esclava en serviros: y habeis de considerar que en el tiempo de este noviciado podria ser que cobrásedes la vista, que agora debeis de tener perdida, ó por lo menos turbada, y viésedes que os convenia huir de lo que agora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa: si con estas condiciones quereis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habeis de tocar un dedo de la mia.

Pasmóse el mozo á las razones de la Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que de responder debia. Viendo lo cual Preciosa tornó á decirle: No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volveos, señor á la villa, y considerad despacio la que viéredes que mas os convenga, y en este mismo lugar me podeis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir ó venir de Madrid. A lo cual respondió el gentil hombre: Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determiné de hacer por tí cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habias de pedir lo que me pides; pero pues es tu gusto que el mio al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que mas quisieres, que siempre me has de hallar el mismo que ahora te sinifico: mira cuándo quieres que mude el traje, que yo queria que fuese luego, que con ocasion de ir á Flandes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos dias, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida: á los que fueren conmigo, yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinacion; lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas mas á Madrid, porque no querria que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta. Eso no, señor galan, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada que no se eche de ver desde bien lejos, que llega mi honestidad á mi desenvoltura; y el primero cargo en que quiero enteraros, es en el de la confianza que habeis de hacer de mí: y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, ó son simples ó confiados. Satanás tienes en tu pecho, muchacha, dijo á esta sazon la gitana vieja: mira que dices cosas, que no las dirá un colegial de Salamanca: tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo

es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latin sin saberlo. Calle, abuela, respondió Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oye son monadas, y son de burlas para las muchas que de mas veras me quedan en el pecho. Todo cuanto Preciosa decia, y toda la discrecion que mostraba, era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí á ocho dias se verian en aquel mismo lugar. donde él vendria á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrian tenido tiempo de informarse de la verdad que les habia dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no queria preciosa que los tomase en ninguna manera, á quien la gitana dijo: Calla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquier ocasion que sea, siempre fue indicio de generoso pecho; y acuérdate de aquel refran que dice: al cielo rogando, y con el mazo dando; y mas, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas: ¿cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las yerbas de Extremadura? Si alguno de nuestros hijos, nietos ó parientes cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue á la oreja del juez y del escribano, como estos escudos si llegan á sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada; y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho, que habia trocado por cuartos, dando veinte reales mas por el cambio: mira, niña, que andamos en un oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que mas presto nos amparen y socorran, como las armas invencibles del gran Filipo: no hay pasar adelante de su *plus ultra*: por un doblon de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras las pobres gitanas, y mas precian pelarnos y desollarnos a nosotras, que á un salteador de caminos: jamás por mas rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte, rotos y grasientos, y llenos de doblones. Por vida suya, abuela, que no diga mas, que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y plega á Dios que los entierre en sepultura donde jamás tornen á ver la claridad del sol, ni haya necesidad que le vean: á estas nuestras compañeras será forzoso darles algo, que ha mucho que nos esperan, y ya deben estar enfadadas. Asi verán ellas, replicó la vieja, monedas destas, como ven al turco agora: ese buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata ó cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas. Sí traigo, dijo el galan, y sacó de la faldriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron mas alegres y mas satisfechas, que suele quedar un autor de comedias cuando en competencia de otro le suelen retular por las esquinas, *victor victor*. En resolucion concertaron, como se ha dicho, la venida de allí á ocho dias, y que se habia de llamar cuando fuese gitano Andrés Caballero, porque tambien habia gitanos entre ellos deste apellido. No tuvo atrevimiento Andrés, que asi le llamaremos de aquí adelante, de abrazar á Preciosa, antes enviándole con la vista el alma, sin ella, si asi decirse puede, las dejó, y se entró en Madrid, y ellas contentísimas hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, mas con benevolencia que con amor, de la gallarda disposicion de Andrés, ya deseaba informarse si era el que habia dicho: entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontro con el paje poeta de las coplas y el escudo: y cuando él la vió se llegó á ella diciendo: Vengas en buen hora, Preciosa; ¿leiste por ventura las coplas que te dí el otro dia? á lo que Preciosa respondió: Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que mas quiere. Conjuro es ese, respondió el paje, que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera. Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es, si por ventura es poeta. A serlo, replicó el paje, forzosamente habia de ser por ventura; pero has de saber Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y asi yo no lo soy, sino aficionado á la poesía: y para lo que he menester, no voy á pedir ni buscar versos agenos: los que te dí son mios, y estos que te doy agora tambien, mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera. ¿Tan malo es ser poeta? replicó Preciosa. No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno: háse de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razon que la muestre: la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discrecion mas alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican. Con todo eso, respondió Preciosa, he oido decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga. Antes es al revés, dijo el paje, porque no hay poeta que no sea rico, pues



odos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos. Pero ¿qué te ha movido, Preciosa, á hacer esta pregunta? Háme movido, respondió Preciosa, porque como yo tengo á todos, ó los mas poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro, que me distes entre vuestros versos envuelto: mas agora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podria ser que fuésedes rico, aunque lo dudo, á causa de que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, segun dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene. Pues yo no soy desos, replicó el paje; versos hago, y no soy rico, ni pobre: y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los ginoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos á quien yo quisiere: tomad, Preciosa perla, este segundo papel, y este escudo segundo que va en él, sin que os pongais á pensar si soy poeta ó no: solo quiero que penseis y creais que quien os da esto, quisiera tener para daros las riquezas de Mídas: y en esto le dió un papel, y tentándole Preciosa halló que dentro venia el escudo, y dijo: Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo; una la del escudo, y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas y de corazones; pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra: por poeta le quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos amistad que dure; pues mas aina puede faltar un escudo por fuerte que sea, que la hechura de un romance. Pues asi es, replicó el paje, que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma que en ese papel te envio, y vuélveme el escudo, que como le toques con la mano, le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el papel, y no le quiso leer en la calle. El paje se despidió y se fué contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le habia hablado. Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés, sin querer detenerse á bailar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabia: y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados, que le habian dado por señas, y vió en ella á un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el cual apenas tambien hubo visto la Gitanilla, cuando dijo: Subid, niñas, que aquí os darán limosna. A esta voz acudieron al balcon otros tres caballeros, y entre ellos vino el enamorado Andrés, que cuando vió á Preciosa perdió la color, y estuvo á punto de perder los sentidos: tanto fue el sobresalto que recibió con su vista. Subieron las gitanillas todas, sino la grande que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andrés.

Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano á los demás: Está debe de ser sin duda la Gitanilla hermosa, que dicen que anda por Madrid. Ella es, replicó Andrés, y sin duda es la mas hermosa criatura que se ha visto. Asi lo dicen, dijo Preciosa (que lo oyó todo en entrando); pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio: bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso. Por vida de don Juanico, mi hijo, dijo el anciano, que aun sois mas hermosa de lo que dicen, linda gitana. Y ¿quién es don Juanico su hijo? preguntó Preciosa. Ese galan que está á vuestro lado, respondió el caballero. En verdad que pensé, dijo Preciosa, que juraba vuesa merced por algun niño de dos años: mirad qué don Juanico, y qué brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que segun tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde, ó se le trueca. Basta, dijo uno de los presentes: ¿Qué sabe la Gitanilla de rayas? En esto las gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arrimaron á un rincon de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oidas. Dijo la Cristina: Muchachas, este es el caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho. Asi es la verdad, respondieron ellas; pero no se lo mentemos, ni le digamos nada si él no nos lo mienta: ¿qué sabemos si quiere encubrirse?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas: Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adevino: yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plegue á Dios que no sea mentirosito, que seria lo peor de todo: un viaje ha de hacer agora muy lejos de aquí, y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone: quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gamboa. A esto respondió don Juan: En verdad, gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio decirla en todo acontecimiento: en lo del viaje largo has acertado, pues sin duda siendo Dios servido, dentro de cuatro ó cinco dias me partiré á Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino y no querria que en él me sucediese algun desman que lo estorbase. Calle, señorito, respondió Preciosa, y encomiéndese á Dios, que todo se hará bien; y sepa que yo no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuviese con tus padres para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya: déjate crecer un poco para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto mas que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho: sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que te haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios, y por quien tú eres; que en verdad que creo

que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho. Otra vez te he dicho, niña, respondió el don Juan, que habia de ser Andrés Caballero, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes, que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad, y adonde quiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso: mi padre te dará limosna por Dios y por mí, que en verdad que esta mañana dí cuanto tenia á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la ganancia. Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo á las demás gitanas: ¡ Ay, niñas! que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana. No es asi, respondió una de las dos, porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos: y siendo él tan verdadero como dice, no habia de mentir en esto. No es mentira de tanta consideracion, respondió Cristina, la que se dice sin perjuicio de nadie y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo no nos da nada, ni nos manda bailar.

Subió en esto la gitana vieja, y dijo: Nieta, acaba, que es tarde, y hay mucho que hacer y mas que decir. Y ¿qué hay, abuela, preguntó Preciosa, hay hijo ó hija? Hijo, y muy lindo, respondió la vieja: ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas. Plega á Dios que no muera de sobreparto, dijo Preciosa. Todo se mirará muy bien, replicó la vieja cuanto mas que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro, ¿Ha parido alguna señora? preguntó el padre de Andrés Caballero: Sí, señor, respondió la gitana; pero ha sido el parto tan secreto, que le sabe sino Preciosa, y yo, y otra persona; y asi no podemos decir quién es. Ni aquí lo queremos saber, dijo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto y en vuestra ayuda pone su honra. No todas somos malas, respondió Preciosa: quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta, y de verdadera, tanto cuanto el hombre mas estirado que hay en esta sala: y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas, ni rogamos á nadie. No os enojeis, Preciosa, dijo el padre, que á lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que baileis un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblon de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuesta, aunque son de dos reyes. Apenas hubo oido esto la vieja, cuando dijo: Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores. Tomó las sonajas preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andrés, que asi se iban entre los pies de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbósela la suerte de manera que se la volvió en infierno; y fue el caso que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que le habia dado el paje, y apenas hubo caido cuando le alzó el que no tenia buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto dijo: Bueno, sonetico tenemos, cese el baile, y escúchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio.

Pesóle á Preciosa, por no saber lo que en él venia, y rogó que no leyesen y que se le volviesen, y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que apremiaban el deseo de Andrés para oirle. Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era este.

Cuando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce son los aires vanos,
Perlas son que derrama con las manos,
Flores son que despide de la boca:
Suspensa el alma, y la cordura loca
Queda á los dulces actos sobrehumanos,
Que de limpios, de honestos y de sanos
Su fama al cielo levantado toca.
Colgadas del menor de sus cabellos
Mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha:
Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
Su imperio amor por ellos le mantiene,
Y aun mas grandezas de su ser sospecha.

Por Dios, dijo el que leyó el soneto, que tiene donaire el poeta que le escribió. No es poeta, señor, sino un paje muy galan y muy hombre de bien, dijo Preciosa. Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazon de Andrés que las escucha: ¿quereislo ver, niña? pues volved los ojos y veréislo desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte; no penseis, doncella, que os ama tan de burlas Andrés, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos: llegáos á él enhorabuena, y decilde algunas palabras al oido que vayan derechas al corazon, y le vuelvan de su desmayo: no, sino andaos á traer sonetos cada dia en vuestra alabanza, y vereis cuál os le ponen. Todo esto pasó así como se ha dicho, que Andrés en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron; no se desmayó, pero perdió la color de manera que viéndole su padre, le dijo: ¿Qué tienes, don Juan, que parece que te vas á desmayar, segun se te ha mudado el color? Espérense, dijo á esta sazon Preciosa, déjenme decir unas ciertas palabras al oido, y verán cómo no se desmaya: y llegándose á él le dijo casi sin mover los labios: ¡Gentil ánimo para gitano! ¿cómo podreis, Andrés, sufrir el tormento de toca, pues no podeis llevar el de un papel? y haciéndole media docena de cruces sobre el corazon, se apartó dél; y entonces Andrés respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado. Finalmente, el doblon de dos caras se le dieron á Preciosa; y ella dijo á sus compañeras que le trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andrés le dijo que le dejase por escrito las palabras que habia dicho á don Juan, que las queria saber en todo caso. Ella dijo que las diria de muy buena gana, y que entendiesen que aunque parecian cosa de burla,

tenian gracia especial para preservar del mal el corazon y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
Tente en ti, no te resbales,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita
Confiancita,
No te inclines
A pensamientos ruines,
Verás cosas
Que toquen en milagrosas,
Dios delante
Y San Cristóbal gigante.

Con la mitad destas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazon á la persona que tuviere vaguidos de cabeza, dijo Preciosa, quedará como una manzana. Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada, y mas lo quedó Andrés que vió que todo era invencion de su agudo ingenio.

Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago á Andrés que ya sabia ella sin ser enseñada lo que era dar sustos, martelos y sobresaltos celosos á los rendidos amantes. Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo Preciosa á don Juan: Mire, señor, cualquiera dia de esta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo mas presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella. No es tan libre la del soldado, á mi parecer, respondió don Juan, que no tenga mas de sujecion que de libertad; pero con todo esto, haré como viere. Mas vereis de lo que pensais, respondió Preciosa, y Dios os lleve y traiga con bien como vuestra buena presencia merece. Con estas últimas palabras quedó contento Andrés, y las gitanas se fueron contentísimas: trocaron el doblon, repartiéronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, asi por la mayoridad, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires, y aun de sus embustes.

Llegóse en fin el dia que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él á Preciosa y á su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. El les dijo que le guiasen al rancho antes que entrase el dia, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen: ellas, que como advertidas vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí á poco rato llegaron á sus barracas: entró Andrés en una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron á verle diez ó doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja habia dado cuenta del nuevo compañero que les habia de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista: echaron luego ojo á la mula, y dijo uno dellos: Esta se podrá vender el jueves en Toledo. Eso no, dijo Andrés, porque no hay una mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que traginan por España. Par Dios, señor Andrés, dijo uno de los gitanos, que aunque la mula tuviera mas señales que las que han de preceder al dia tremendo, aquí la transformaremos de manera que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado. Con todo eso, respondió Andrés, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mio: á esta mula se le ha de dar muerte, y á de ser enterrada donde aun los



huesos no parezcan. Pecado grande, dijo otro gitano: ¿á una inocente se ha de quitar la vida? no diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa: mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar á mí, y si de aquí á dos horas la conociere, que me lardeen como á negro fugitivo. En ninguna manera consentiré, dijo Andrés, que la mula no muera, aunque mas me aseguren su transformacion; yo temo ser descubierto, si á ella no la cubre la tierra: y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofradía que no pueda pagar de entrada mas de lo que valen cuatro mulas. Pues asi lo quiere el señor Andrés Caballero; dijo otro gitano, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa asi por su mocedad, pues aun no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas, ni llagas de la espuela. Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel dia se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés

á ser gitano, que fueron: desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andrés sobre un medio alcornoque, pusiéronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos gitanos tañian, le hicieron dar dos cabriolas: luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente.

A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposicion de Andrés que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos. Hechas pues las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andrés, dijo: Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere mas de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias: mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que mas te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter ni con las casadas ni con las doncellas: nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas: con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros: pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros asi hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dejar la mujer vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años: con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los rios: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza, sombras las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas: para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos y hachas los relámpagos: para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: á nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros: del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos mas de mártires que de confesores: para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las ciudades: no hay águila, ni ninguna otra ave de rapiña que mas presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interés nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos, y de noche hurtamos, y por mejor decir avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda: no nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion del acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores: por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y paises de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que á cada paso á los ojos se nos muestran: somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia y las que son de la noche: vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego tras ella el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) *y rizando montes*: ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusion, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refran: iglesia, ó mar, ó casa real, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos: todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoreis la vida á que habeis venido, y el trato que habeis de profesar, el cual os he pintado aquí en borron; que otras muchas é infinitas cosas ireis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideracion, que las que habeis oido.

Calló en diciendo esto el elocuente viejo gitano, y el novicio dijo, que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesion en aquella órden tan puesta en razon y en políticos fundamentos, y que solo le pesaba no haber venido mas presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesion de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponia todo debajo del yugo, ó por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivian, pues con tan alta recompensa le satisfacian el deseo de servirlos, entregándole á la divina

Preciosa, por quien él dejaria coronas é imperios, y solo los desearia para servirla. A lo cual respondió Preciosa : Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la mas fuerte de todas, que no quiero serlo sino es con las condiciones que antes que aquí vinieses entre los dos concertamos: dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mia goces, porque tú no te arrepientas por ligero ni yo quede engañada por presurosa: condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes, si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mio; y donde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite: la ausencia que has hecho no ha sido aun de un dia, que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que mas te conviene: estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y nació, libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere: si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos, porque á mi parecer los ímpetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razon ó con el desengaño: y no querria yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la deja por correr tras otra que le huye: ojos hay engañados que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro, pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso: esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas, ó qué será justo que deseches: que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bien es que haya tiempo y mucho para miralla, y miralla, y ver en ella las faltas ó las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara é insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres, ó castigarlas cuando se les antoja: y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

Tienes razon, oh Preciosa, dijo á este punto Andrés; y asi si quieres que asegure tus temores, y menoscabe tus sospechas jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte; que á todo me hallarás dispuesto. Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella, dijo Preciosa; y asi son segun pienso los del amante, que por conseguir su deseo prometerá las alas de Mercurio, y los rayos de Júpiter, como me prometió á mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia: no quiero juramentos, señor Andrés, ni quiero promesas; solo quiero remitirlo todo á la experiencia deste noviciado, y á mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos le tuviéredes de ofenderme. Sea asi, respondió Andrés: sola una cosa pido á estos señores y compañeros mios, y es que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladron, si antes no preceden muchas liciones. Calla, hijo, dijo el gitano viejo, que aquí te industriaremos de manera que salgas un águila en el oficio, y cuando le sepas has de gustar dél, de modo que te comas las manos tras él: ¿ya es cosa de burla salir de vacío por la mañana, y volver cargado á la noche al rancho? De azotes he visto yo volver algunos desos vacíos, dijo Andrés. No se toman truchas, etc., replicó el viejo: todas las cosas desta vida están sujetas á diversos peligros; y las acciones del ladron al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta ó se anegue, han de dejar los otros de navegar: bueno seria que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados: cuanto mas, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le trujese en los pechos, y de los buenos: el toque está no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud, y á los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas, que á su tiempo os sacaremos á volar, y en parte donde no volvais sin presa: y lo dicho dicho, que os habeis de lamer los dedos tras cada hurto. Pues para recompensar, dijo Andrés, lo que yo podia hurtar en este tiempo que se me da de vénia, quiero repartir doscientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apenas hubo dicho esto, cuando arremetieron á él muchos gitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el victor, victor, el grande Andrés, añadiendo: Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya. Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras gitanillas que se hallaron presentes; que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de los pastores, como en palacios de príncipes; y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene mas merecimiento que yo, fatiga. Hecho esto, comieron lautamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renováronse las alabanzas de Andrés, y subieron al cielo la hermosura de Preciosa.

Llegó la noche, acocotaron la mula, y enterráronla de modo que quedó seguro Andrés de ser por ella descubierto: y tambien enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, freno y cinchas, á uso de los indios que sepultan con ellos sus mas ricas preseas. De todo lo que habia visto y oido, y de los ingenios de los gitanos quedó admirado Andrés, y con propósito de seguir y conseguir su empresa, sin entremeterse nada en sus costumbres, ó á lo menos excusarlo por todas las vias que pudiese, pensando exentarse de la jurisdiccion de obedecerlos en las cosas injustas que le

mandasen, á costa de su dinero. Otro dia les rogó Andrés que mudasen de sitio, y se alejasen de Madrid, porque temia ser conocido si allí estaba: ellos dijeron que ya tenian determinado irse á los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina. Levantaron



pues el rancho, y diéronle á Andrés una pollina en que fuese, pero él no la quiso, sino irse á pie, sirviendo de lacayo á Preciosa que sobre otra iba: ella contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero, y él ni mas ni menos de ver junto á sí á la que habia hecho señora de su albedrío. ¡Oh poderosa fuerza deste que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro), y con qué veras nos avasalla! ¡y cuán sin respeto nos tratas! Caballero es Andrés, y mozo, y de muy buen entendimiento, criado casi toda su vida en la córte, y con el regalo de sus ricos padres: y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados y sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenian, dejó el camino de Flandes donde habia de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje, y se vino á postrar á los pies de una muchacha y á ser su lacayo, que puesto que hermosísima, en fin era gitana: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena á sus pies á la voluntad mas exenta.

De allí á cuatro dias llegaron á una aldea dos leguas de Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarian ninguna cosa. Hecho esto, todas las gitanas viejas, algunas mozas, y los gitanos se esparcieron por todos los lugares, ó á lo menos apartados por cuatro ó cinco leguas de aquel donde habian asentado su real. Fué con ellos Andrés á tomar la primera licion de ladron; pero aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó, antes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacian se le arrancaba el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habian hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños: de lo cual los gitanos se desesperaban, diciendo que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibian la entrada á la caridad en sus pechos, la cual en teniéndola, habian de dejar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera. Viendo, pues, esto Andrés, dijo que él queria hurtar por sí solo, sin ir en compañía de nadie; porque para huir del peligro tenia ligereza, y para acometelle no le faltaba el ánimo: asi que el premio ó el castigo de lo que hurtase, queria que fuese sólo suyo. Procuraron los gitanos disuadirle deste propósito, diciéndole que le podrian suceder ocasiones, donde fuese necesaria la compañía, asi para acometer como para defenderse; y que una persona sola no podia hacer grandes presas. Pero por mas que dijeron, Andrés quiso ser ladron solo y señero, con intencion de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la habia hurtado, y deste modo cargar lo menos que pudiese sobre su conciencia. Usando, pues, de esta industria, en menos de un mes trujo mas provecho á la compañía que trujeron cuatro de los mas estirados ladrones della, de que no poco se holgaba Preciosa viendo á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladron; pero con todo eso estaba temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andrés le hacia.

Poco mas de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de setiembre, y desde allí se entraron en Estremadura por ser tierra rica y caliente. Pasaba Andrés con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios, y ella poco á poco se iba enamorando de la discrecion y buen trato de su amante, y él del mismo modo; si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discrecion y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno: jugaba á los bolos y á la pelota extremadamente, tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza: finalmente, en poco tiempo voló su fama por toda Estremadura, y no habia lugar donde no se hablase de la gallarda disposicion del gitano Andrés Caballero, y de sus gracias y habilidades, y al par desta fama corria la de la hermosura de la Gitanilla, y no habia villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos: desta manera iba el aduar rico, próspero y contento, y los amantes gozosos con solo mirarse.

Sucedió, pues, que teniendo el aduar entre unas encinas algo apartado del camino real, oyeron una noche casi á la mitad della ladrar sus perros con mucho ahinco y mas de lo que acostumbraban:

salieron algunos gitanos, y con ellos Andrés á ver á quién ladraban, y vieron que se defendia dellos un hombre vestido de blanco, á quien tenian dos perros asido de una pierna: llegaron, y quitáronle, y uno de los gitanos le dijo: ¿Quién diablos os trujo por aquí, hombre, á tales horas y tan fuera de camino? ¿venís á hurtar por ventura? porque en verdad que habeis llegado á buen puerto. No vengo á hurtar, respondió el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado: pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho? No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros, respondió Andrés; mas para curar vuestras heridas y alojaros esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos; venios con nosotros, que aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad. Dios la use con vosotros, respondió el hombre, y llevadme donde quisiéredes, que el dolor desta pierna me fatiga mucho. Llegóse á él Andrés y otro gitano caritativo (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno), y entre los dos le llevaron.

Hacia la noche clara con luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle: venia vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo. Llegaron á la barraca ó toldo de Andrés, y con presteza encendieron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habian dado cuenta; tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceite y lavando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas, y encima un poco de romero verde mascado: lióselo muy bien con paños limpios, y santiguóle las heridas, y díjole: Dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada. En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacia él á ella, de modo que Andrés echó de ver en la atencion con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolucion, despues de curado el mozo, le dejaron solo sobre un lecho hecho de heno seco, y por entonces no quisieron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apenas se apartaron dél, cuando Preciosa llamó á Andrés aparte, y le dijo: ¿Acuérdaste, Andrés, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que segun creo te dió un mal rato? Sí acuerdo, respondió Andrés, y era un soneto en tu alabanza, y no malo. Pues has de saber, Andrés, replicó Preciosa, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un romance muy bueno: allí andaba á mi parecer como paje, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun príncipe: y en verdad te digo, Andrés, que el mozo es discreto y bien razonado, y sobremanera honesto, y no sé qué pueda imaginar desta su venida y en tal traje. ¿Qué puedes imaginar, Preciosa? respondió Andrés; ninguna otra cosa, sino que la misma fuerza que á mí me ha hecho gitano, le ha hecho á él parecer molinero, y venir á buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener mas de un rendido! y si esto es asi, acábame á mí primero, y luego matarás á ese otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza. ¡Válame Dios! respondió Preciosa, Andrés, y ¡cuán delicado andas, y cuán de un sotil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos. Dime, Andrés, si en esto hubiera artificio ó engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿Soy tan necia por ventura que te habia habia de dar ocasion de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andrés, por tu vida, y mañana procura sacar del pecho deste tu asombro, á dónde vá, ó á lo que viene; podria ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho: y para mas satisfaccion tuya, pues ya he llegado á términos de satisfacerte, de cualquiera manera y con cualquiera intencion que ese mozo venga, despídele luego, y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu volnntad le quiera dar acogida en su rancho; y cuando esto asi no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mio, ni dejarme ver de sus ojos, ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean; y prosiguiendo adelante dijo: Mira, Andrés, no me pesa á mí de verte celoso, pero pesarme há mucho si te veo indiscreto. Como no me veas loco, Preciosa, respondió Andrés, cualquiera otra demostracion será poca ó ninguna para dar á entender á dónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presuncion de los celos; pero con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré, si es que es posible, qué es lo que este señor paje poeta quiere, dónde vá, ó qué es lo que busca; que podria ser que por algun hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme. Nunca los celos, á lo que imagino, dijo Preciosa, dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son: siempre miran los celosos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades: por vida tuya y por la mia, Andrés, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si asi lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo extremo. Con esto se despidió de Andrés, y él se quedó esperando el dia para tomar la confesion al herido, llena de turbacion el alma y de mil contrarias imaginaciones: no podia creer sino que aquel paje habia venido allí atraido de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladron que todos son de su condicion: por otra parte la satisfaccion que

Preciosa le habia dado, le parecia ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro y á dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegóse el dia (que á él le pareció haberse tardado mas que otras veces), visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, y á dónde iba, y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentia sin dolor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo, que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podria ponerse en camino: á lo de decir su nombre, y á dónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á Nuestra Señora de la Peña de Francia á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada habia perdido el camino, y acaso habia dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habian puesto del modo que habia visto.

No le pareció á Andrés legítima esta declaracion, sino muy bastarda, y de nuevo volvieron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y asi le dijo: Hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caido debajo de mi jurisdiccion por algun delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habeis dado obligara á que os apretara los cordeles: yo no quiero saber quién sois, cómo os llamais, á dónde vais; pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintais con mas apariencia de verdad: decís que vais á la Peña de Francia, y dejaisla á la mano derecha, mas atrás deste lugar donde estamos bien treinta leguas: caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apenas, cuanto mas caminos: amigo, levantaos y aprended á mentir, y andad enhorabuena; pero por este buen aviso que os doy, ¿no me direis una verdad? que sí direis pues tan mal sabeis mentir: decidme, ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la córte entre paje y caballero, que tenia fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto á una Gitanilla que los dias pasados andaba por Madrid, que era tenida por singular en la belleza? decídmelo, que yo os prometo por la fe de caballero gitano de guardaros todo el secreto que vos viéredes que os conviene: mirad que el negarme la verdad de que no sois el que yo digo, no llevaria camino, porque este rostro que yo veo aquí es el propio que vide en Madrid: sin duda alguna, que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne: y asi se me quedó tan estampada en la memoria vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente traje en que estais agora del en que yo os ví entonces: no os turbeis, animaos, y no penseis que habeis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo: mirad, yo imagino una cosa, y si es asi como lo imagino, vos habeis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es que enamorado de Preciosa (aquella hermosa gitanica á quien hicísteis los versos) habeis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en menos, sino en mucho mas; que aunque gitano, la experiencia me ha mostrado á dónde

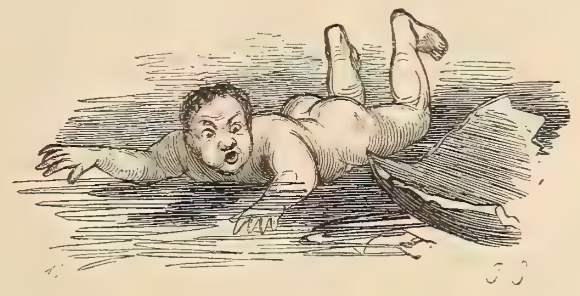


se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer á los que coge debajo de su jurisdiccion y mando: si esto es asi, como creo que sin duda lo es, aquí está la gitanica. Sí, aquí está que yo la ví anoche, dijo el mordido: razon con que Andrés quedó como difunto, pareciéndole que habia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas: Anoche la vi, tornó á referir el mozo; pero no me atrevia á decirle quién era, porque no me convenia. Desta manera, dijo Andrés,

¿vos sois el poeta que yo he dicho? Sí soy, replicó el mancebo, que no lo puedo ni lo quiero negar: quizá podria ser que donde he pensado perderme, hubiese venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes. Háyle sin duda, respondió Andrés, y entre nosotros los gitanos el mayor secreto del mundo: con esta confianza podeis, señor, descubrirme vuestro pecho, porque hallareis en el mio lo que vereis sin doblez alguna: la Gitanilla es parienta mia y está sujeta á lo que yo quisiere hacer della: si la quisiéredes por esposa, yo y todos sus parientes gustaremos dello, y lo tendremos por bien: y si por amiga, no usaremos de ningun melindre con tal que tengais dineros, porque la codicia por jamás sale de nuestros ranchos. Dineros traigo, respondió el mozo; en estas mangas de camisa, que traigo ceñida por el cuerpo, vienen cuatrocientos escudos de oro. Este fue otro susto mortal que recibió Andrés, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda; y con lengua ya turbada dijo: Buena cantidad es esa, no hay sino descubriros, y manos á la labor, que la muchacha que no es nada boba, verá cuán bien le está ser vuestra. ¡Ay, amigo! dijo á esta sazon el mozo: quiero que sepais que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor que vos decís, ni de desear á Preciosa; que hermosas tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las mas hermosas gitanas; puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja: quien me tiene en este traje, á pie y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mia.

Con estas razones que el mozo iba diciendo, iba Andrés cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaban á otro paradero del que se imaginaba, y deseoso de salir de aquella confusion, volvió á reforzarle la seguridad con que podia descubrirse, y asi él prosiguió diciendo: Yo estaba en Madrid en casa de un título á quien servia, no como á señor, sino como á pariente; éste tenia un hijo único heredero suyo, el cual asi por el parentesco, como por ser ambos de una edad y de una condicion misma, me trataba con familiaridad y amistad grande: sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal, á quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo á la de sus padres, que aspiran á casarle mas altamente; pero con todo eso la servia á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos; solos los mios eran testigos de sus intentos: y una noche que debia de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle desta señora, vimos arrimados á ella dos hombres al parecer de buen talle: quiso reconocerlos mi pariente, y apenas se encaminó hácia ellos, cuando echaron con mucha ligereza mano á las espadas y á dos broqueles, y se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos: duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacia, las perdieron (caso extraño, y pocas veces visto): triunfando pues de lo que aquí no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que podimos, nos fuimos á San Gerónimo, esperando el dia que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenian de los matadores: supimos que de nosotros no habia indicio alguno, y aconsejáronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros: y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de córte habian preso en su casa á los padres de la doncella y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesion, una criada de la señora dijo cómo mi pariente paseaba á su señora de noche y de dia, y que con este indicio habian acudido á buscarnos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la córte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros (que lo eran, y muy principales). Finalmente, con parecer del conde mi pariente, y del de los religiosos, despues de quince dias que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada en hábito de fraile con otro fraile se fué la vuelta de Aragon, con intencion de pasarse á Italia, y desde allí á Flandes, hasta ver en qué paraba el caso: yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota: seguí otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de fraile, á pie salí con un religioso que me dejó en Talavera; desde allí á aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habeis visto: y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fue por responder algo á lo que se me preguntaba, que en verdad que no sé dónde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está mas arriba de Salamanca. Asi es verdad, respondió Andrés, y ya la dejais á mano derecha casi veinte leguas de aquí, porque veais cuán derecho camino llevábades, si allá fuérades. El que yo pensaba llevar, replicó el mozo, no es sino á Sevilla, que allí tengo un caballero ginovés, grande amigo del conde mi pariente, que suele enviar á Génova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar como uno dellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí á Italia, porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia; mirad si puedo decir que nace mas de desgracia pura, que de amores aguados; pero si estos señores gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaria muy bien, que me doy á entender que en su compañía iria mas seguro, y no con el temor que llevo. Sí llevarán respondió Andrés; y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta ahora no sé si va al Andalucía, ireis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos ó tres dias, y con darles algo de lo que llevais, facilitareis con ellos otros imposibles mayores.

Dejóle Andrés, y vino á dar cuenta á los demás gitanos de lo que el mozo le habia contado y de lo que pretendia, con el ofrecimiento que hacia de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar; solo Preciosa tuvo el contrario: y la abuela dijo que ella no podia ir á Sevilla ni á sus contornos, á causa que los años pasados habia hecho una burla eñ Sevilla á un gorrero llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le habia hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de ciprés esperando el filo de la media noche, para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro que ella le habia hecho creer que estaba en cierta parte de su casa: dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines, por no perder la coyuntura se dió tanta priesa á salir de la tinaja, que dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramándose el agua, y él quedó nadando



en ella y dando voces, que se anegaba: acudieron al momento su mujer y sus vecinos con luces, y halláronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces: Socorro, señores, que me ahogo; tal le tenia el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba: abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana, y con todo eso cavó en la parte señalada mas de un estado en hondo, á pesar de todos cuantos le decian que era embuste mio; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera: súpose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo, y contaban su credulidad y mi embuste: esto contó la gitana vieja, y esto dió por excusa para no ir á Sevilla.

Los gitanos, que ya sabian de Andrés Caballero que el mozo traia dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañía y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese, y determinaron de torcer el camino á mano izquierda, y entrarse en la Mancha, y en el reino de Murcia: llamaron al mozo y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él; él se lo agradeció, y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedaron mas blandos que unas martas: solo á Preciosa no contentó mucho la quedada de don Sancho (que asi dijo el mozo que se llamaba), pero los gitanos se lo mudaron en el de Clemente, y asi le llamaron desde allí adelante: quedó un poco torcido Andrés, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento habia dejado sus primeros designios; mas Clemente como si le leyera la intencion, entre otras cosas le dijo se holgaba de ir al reino de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen galeras, como él pensaba que habian de venir pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente, por traerle mas ante los ojos, y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamientos, quiso Andrés que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacia: andaban siempre juntos, gastaban largo, llovian escudos, corrian, saltaban. bailaban y tiraban la barra mejor que ninguno de los gitanos, y eran de las gitanas mas que medianamente queridos, y de los gitanos en todo extremo respetados.

Dejaron pues á Estremadura, y entráronse en la Mancha, y poco á poco fueron caminando al reino de Murcia: en todas las aldeas y lugares que pasaban habia desafíos de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros ejercicios de fuerza, maña y ligereza, y de todos salian vencedores Andrés y Clemente, como de solo Andrés queda dicho; y en todo este tiempo, que fue mas de mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasion, ni él la procuró, de hablar á Preciosa hasta que un dia estando juntos Andrés y ella, llegó él á la conversacion porque le llamaron, y Preciosa le dijo: Desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con qué intencion venias á nuestras estancias, y cuando supe tu desgracia me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho que estaba sobresaltado, pensando que como habia don Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, así podia haber don Sanchos que se mudasen en otros nombres: háblote desta manera, porque Andrés me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intencion con que se ha vuelto gitano (y asi era la verdad, que Andrés le habia hecho sabidor de toda su historia por poder comunicar con él sus pensamientos): y no pienses que te fue de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto y por lo que yo de tí dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte: este buen deseo quiero

que me pagues en que no afees á Andrés la bajeza de su intento, ni le pintes cuán mal le está perseverar en este estado: que puesto que yo imagino que debajo de los condados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaria de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algun arrepentimiento. A esto respondió Clemente: No pienses, Preciosa única, que don Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era: primero le conocí yo, y primero me descubrieron sus ojos sus intentos: primemero le dije yo quién era, y primero le adiviné la prision de su voluntad que tú señalas, y él dándome el crédito que era razon que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinacion y escogido empleo; que no soy, oh Preciosa, de tan corto ingenio que no alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura; y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas: agradézcote, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andrés, y Andrés de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta venimos en el mundo los mas bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza: esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andrés, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos. Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andrés si las habia dicho como enamorado ó como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el amante y se desespera; pero con todo esto no tuvo celos confirmados, mas fiado de la bondad de Preciosa, que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andrés y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intencion de Clemente, y el recato y prudencia de Preciosa, que jamás dió ocasion á que Andrés tuviese della celos.

Tenia Clemente sus puntas de poeta, como lo mostró en los versos que dió á Preciosa, y Andrés se picaba un poco, y entrambos eran aficionados á la música. Sucedió pues que estando el aduar



alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche por entretenerse, sentados los dos, Andrés al pie de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andrés y respondiendo Clemente, cantaron estos versos.

A. Mira, Clemente, el estrellado velo
Con que esta noche fria
Compite con el dia,
De luces bellas adornado el cielo:
Y en esta semejanza,
Si tanto tu divino ingenio alcanza,
Aquel rostro figura
Donde asiste el extremo de hermosura.
C. Donde asiste el extremo de hermosura,
Y adonde la preciosa
Honestidad hermosa
Con todo extremo de bondad se apura:
En un sugeto cabe,
Que no hay humano ingénio que le alabe,
Si no toca en divino,
En alto, en raro, en grave y peregrino.
A. En alto, en raro, en grave y peregrino
Estilo nunca usado,
Al cielo levantado,
Por dulce al mundo y sin igual camino.
Tu nombre, ¡oh Gitanilla!
Causando asombro, espanto y maravilla,
La fama yo quisiera
Que le llevara hasta la octava esfera.
C. Que le llevara hasta la octava esfera
Fuera decente y justo,
Dando á los cielos gusto
Cuando el son de su nombre allá se oyera;
Y en la tierra causara
Por donde el dulce nombre resonara
Música en los oidos,
Paz en las almas, gloria en los sentidos.
A. Paz en las almas, gloria en los sentidos
Se siente cuando canta
La sirena que encanta,
Y adormece á los mas apercebidos:
Y tal es mi Preciosa,
Que es lo menos que tiene ser hermosa:
Dulce regalo mio,
Corona del donaire, honor del brio.

C. Corona del donaire, honor del brío
Eres, bella Gitana,
Frescor de la mañana,
Céfiro blando en el ardiente estío:
Rayo con que amor ciego
Convierte el pecho mas de nieve en fuego:
Fuerza que ansi la hace
Que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, si no sonara á sus espaldas la voz de Preciosa que las suyas habia escuchado: suspendiólos el oirla, y sin moverse, prestándola maravillosa atencion, la escucharan: ella (no sé si de improviso, ó si en algun tiempo los versos que cantaba le compusieron) con estremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
Donde el amor entretengo,
Por mayor ventura tengo
Ser honesta que hermosa.
La que es mas humilde planta,
Si la subida endereza
Por gracia ó naturaleza,
A los cielos se levanta.
En este mi bajo cobre
Siendo honestidad su esmalte,
No hay buen deseo que falte,
Ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena
No quererme ó no estimarme;
Que yo pienso fabricarme
Mi suerte y ventura buena.
Haga yo lo que en mí es
Que á ser buena me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza,
Tiene tal prerogativa,
Que me encumbre tan arriba
Que aspire á mayor alteza.
Si las almas son iguales,
Podrá la de un labrador
Igualarse por valor
Con las que son imperiales.
De la mia lo que siento
Me sube al grado mayor,
Porque magestad y amor
No tienen un mismo asiento.

Aquí dió fin Preciosa á su canto, y Andrés y Clemente se levantaron á recebilla: pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su discrecion, su honestidad y su agudeza, de tal manera que en Clemente halló disculpa la intencion de Andrés, que aun hasta entonces no la habia hallado, juzgando mas á mocedad que á cordura su arrojada determinacion.

Aquella mañana se levantó el aduar, y se fueron á alojar en un lugar de la jurisdiccion de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió á Andrés una desgracia que le puso en punto de perder la vida; y fue que despues de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas de plata en fianzas como tenian de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos gitanillas, y los dos, Clemente y Andrés, se alojaron en un meson de una viuda rica, la cual tenia una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo mas desenvuelta que hermosa, y por mas señas se llamaba Juana Carducha: ésta habiendo visto bailar á las gitanas y gitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andrés tan fuertemente que propuso de decírselo y tomarle por marido, si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y asi buscó coyuntura para decírselo, y hallóla en un corral donde Andrés habia entrado á requerir dos pollinos: llegóse á él, y con priesa por no ser vista, le dijo: Andrés (que ya sabia su nombre), yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino á mí, y este meson es suyo, y amen desto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas; hasme parecido bien; si me quieres por esposa, á tí te está bien, respóndeme presto, y si eres discreto quédate, y verás qué vida nos damos. Admirado quedó Andrés de la resolucion de la Carducha, y con la presteza que ella pedia, le respondió: Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los gitanos no nos casemos sino con gitanas: guárdela Dios por la merced que me queria hacer, de que yo no soy digno. No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andrés, á quien replicara, si no viera que entraban en el corral otras gitanas: salióse corrida y asendereada, y de buena gana se vengara si pudiera.

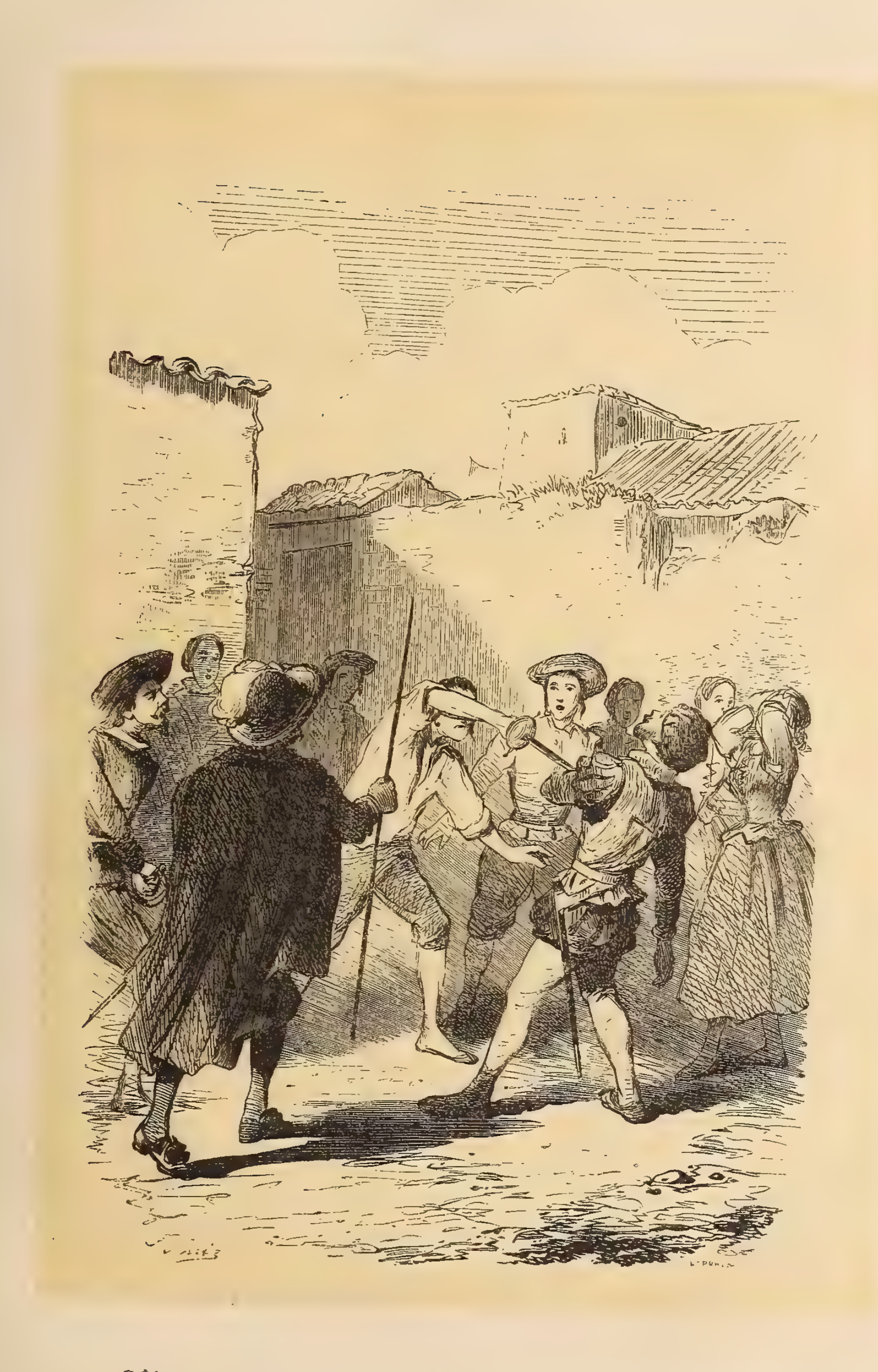
Andrés como discreto determinó de poner tierra en medio, y desviarse de aquella ocasion que el diablo le ofrecia, que bien leyó en los ojos de la Carducha que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pie á pie en aquella estacada; y asi pidió á todos los gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecian, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron. La Carducha, que vió qne en irse Andrés se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar á Andrés por fuerza, ya que de grado no podia: y asi con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andrés, que ella conoció por suyas, unos ricos corales, y dos patenas de plata con otros brincos suyos; y apenas habian salido del meson, cuando dió voces diciendo que aquellos gitanos le llevaban robadas sus joyas, á cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo.

Los gitanos hicieron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada, y que ellos harian patentes todos los sacos y repuestos de su aduar: desto se congojó mucho la gitana vieja, temiendo en aquel escrutinio no se manifestasen los dijes de la Preciosa y los vestidos de Andrés, que ella con gran cuidado guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron, dijo que preguntasen cuál era el de aquel gitano gran bailador que ella habia visto entrar en su aposento dos veces, y que podria ser que aquel las llevase. Entendió Andrés que por él lo decia, y riéndose, dijo: Señora doncella, ésta es mi recámara, y éste es mi pollino; si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da á los ladrones. Acudieron luego los ministros de la justicia á desbalijar el pollino, y á pocas vueltas dieron con el hurto, de que quedó tan espantado Andrés y tan absorto, que no pareció sino estátua sin voz, de piedra dura. ¿No sospeché yo bien? dijo á esta sazon la Carducha: mirad con qué buena cara se encubre un ladron tan grande. El alcalde, que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andrés y á todos los gitanos, llamándolos de públi-

cos ladrones y salteadores de camino. A todo callaba Andrés, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traicion de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del alcalde, diciendo: ¿No veis cuál se ha quedado el gitanico podrido de hurtar? apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto con habérsele cogido en las manos: que bien haya quien no os echa en galeras á todos; mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á su magestad, que no andarse bailando de lugar en lugar, y hurtando de venta en monte: á fe de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis pies; y diciendo esto, sin mas ni mas alzó la mano, y le dió un bofeton tal que le hizo volver de su embelesamiento, y le hizo acordar que no era Andrés Caballero, sino don Juan y caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y mas cólera le arrancó su misma espada de la vaina, y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra. Aquí fue el gritar del pueblo: aquí el amohinarse el tio alcalde: aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andrés de verla desmayada: aquí el acudir todos á las armas, y dar tras el homicida; creció la confusion, creció la grita, y por acudir Andrés al desmayo de Preciosa, dejó de acudir á su defensa; y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes habia ya salido del pueblo: finalmente, tantos cargaron sobre Andrés, que le prendieron y le aherrojaron con dos muy gruesas cadenas: bien quisiera el alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia, por ser de su jurisdiccion: no le llamaron hasta otro dia, y en el que allí estuvo pasó Andrés muchos martirios y vituperios, que el indignado alcalde y sus ministros, y todos los del lugar le hicieron.

Prendió el alcalde todos los mas gitanos y gitanas que pudo, porque los mas huyeron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto. Finalmente, con la sumaria del caso, y con una gran cáfila de gitanos entraron el alcalde y sus ministros, con otra mucha gente armada, en Murcia, entre los cuales iba Preciosa, y el pobre Andrés ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y piedeamigo. Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenia noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel dia fue tanta, que ninguno la miraba que no la bendecia, y llegó la nueva de su belleza á los ojos de la señora corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el corregidor, su marido, mandase que aquella gitanica no entrase en la cárcel, y todos los demás sí, y á Andrés le pusieron en un estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron á Preciosa con su abuela á que la corregidora la viese, y asi como la vió, dijo: Con razon la alaban de hermosa; y llegándola á sí la abrazó tiernamente, y no se hartaba de mirarla; y preguntó á su abuela que qué edad tendria aquella niña. Quince años, respondió la gitana, dos meses mas ó menos. Esos tuviera agora la desdichada de mi Constanza: ¡ay, amigas! que esta niña me ha renovado mi desventura, dijo la corregidora. Tomó en esto Preciosa las manos de la corregidora, y besándoselas muchas veces se las bañaba con lágrimas, y le decia: Señora mia, el gitano que está preso no tiene culpa, porque fue provocado: llamáronle ladron, y no lo es: diéronle un bofeton en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su ánimo: por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagais guardar su justicia, y que el señor corregidor no se dé priesa á ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan: y si algun agrado os ha dado mi hermosura, entretenelda con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mia: él ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que aun hasta ahora no nos habemos dado las manos: si dineros fueren menester para alcanzar perdon de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aun mas de lo que pidieren: señora mia, si sabeis qué es amor, y algun tiempo le tuvísteis, y ahora le teneis á vuestro esposo, doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mio. En todo el tiempo que esto decia, nunca la dejó las manos ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia: asimismo la corregidora la tenia á ella asida de las suyas, mirándola ni mas ni menos con no menor ahinco, y con no mas pocas lágrimas. Estando en esto entró el coregidor, y hallando á su mujer y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso asi de su llanto como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fue soltar las manos de la corregidora, y asirse de los pies del corregidor, diciéndole: Señor, misericordia, misericordia: si mi esposo muere, yo soy muerta: él no tiene culpa, pero si la tiene, déseme á mí la pena: y si esto no puede ser, á lo menos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su libertad, que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.

Con nueva suspension quedó el corregidor de oir las discretas razones de la gitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspension é imaginacion, dijo: Espérenme vuesas mercedes, señores mios, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida; y asi con ligero paso se salió de donde estaba, dejando á los presentes confusos con lo que dicho habia. En tanto, pues, que ella volvia, nunca dejó Preciosa las lágrimas y los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento, que tenia grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor, creyendo que algunos hurtos de los



DON JUAN ÇABALLERO, ARREMETIENDO AL SOLDADO

gitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento re retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo: Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdon de un gran pecado mio, aquí estoy para recebir el castigo que quisiéredes darme; pero antes que le confiese, quiero que me digais, señores, primero, si conoceis estas joyas; y descubriendo un cofrecito donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor, y en abriéndole vió aquellos dijes pueriles; pero no cayó en lo que podian significar: mirólos tambien la corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; solo dijo: Estos son adornos de alguna pequeña criatura. Asi es la verdad, dijo la gitana, y de qué criatura sean lo dice ese escrito que está en ese papel doblado. Abrióle con priesa el corregidor, y leyó que decia: *Llamábase la niña doña Constanza de Acevedo y de Meneses, su madre doña Guiomar de Meneses, y su padre don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava: desparecióla dia de la Ascension del Señor, á las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco: traia la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.*

Apenas hubo oido la corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso á la boca, y dándoles infinitos besos, se cayó desmayada; acudió el corregidor á ella antes que á preguntar á la gitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo: Mujer buena, antes ángel que gitana, ¿á dónde está el dueño, digo, la criatura, cuyos eran estos dijes? ¿A dónde, señora? respondió la gitana: en vuestra casa la teneis, aquella gitanica que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el dia y hora que ese papel dice. Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala, adonde habia dejado á la Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando; arremetió á ella, y sin decirle nada, con gran priesa le desabrochó el pecho, y miró si tenia debajo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar blanco con que habia nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se habia dilatado: luego con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pie de nieve y marfil hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pie derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la cual cuando niña nunca se la habian querido cortar por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el dia señalado del hurto, la confesion de la gitana, y el sobresalto y alegría que habian recebido sus padres cuando la vieron, con toda la verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija; y asi cogiéndola en sus brazos se volvió con ella adonde el corregidor y la gitana estaban. Iba Preciosa confusa, que no sabia á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias, y mas viéndose llevar en brazos de la corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento.

Llegó al fin con la preciosa carga doña Guiomar á la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos á los del corregidor, le dijo: Recebid, señor, á vuestra hija Constanza, que ésta es sin duda; no lo dudeis, señor, en ningun modo, que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto; y mas que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron. No lo dudo, respondió el corregidor teniendo en sus brazos á Preciosa, que los mismos efectos han pasado por la mia que por la vuestra; y mas que tantas particularidades juntas ¿cómo podian suceder si no fuera por milagro? Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos á otros qué seria aquello, y todos daban bien lejos del blanco; que ¿quién habia de imaginar que la Gitanilla era hija de sus señores? El corregidor dijo á su mujer, y á su hija, y á la gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese: y asimismo dijo á la vieja que él la perdonaba el agravio que le habia hecho en hurtarle la mitad de su alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias merecia; y que solo le pesaba que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un gitano, y mas con un ladron y homicida. ¡Ay! dijo á esto Preciosa, señor mio, que ni es gitano ni ladron, puesto que es matador; pero fue del que le quitó la honra, y no pudo hacer menos de mostrar quién era, y matarle. ¿Cómo? ¿qué, no es gitano, hija mia? dijo doña Guiomar. Entonces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andrés Caballero, y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba don Juan de Cárcamo, asimismo del mismo hábito, cuyos vestidos ella tenia cuando los mudó en los de gitano. Contó tambien el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobacion para desposarse ó no: puso en su punto la honestidad de entrambos, y la agradable condicion de don Juan. Tanto se admiraron desto como del hallazgo de su hija, y mandó el corregidor á la gitana que fuese por los vestidos de don Juan: ella lo hizo ansi, y volvió con otro gitano que los trujo.

En tanto que iba y volvia, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á que respondió con tanta discrecion y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara: preguntáronla si tenia alguna aficion á don Juan: respondió que no mas de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se habia querido humillar á ser gitano por ella; pero que ya no se extenderia á mas el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen. Calla, hija Preciosa, dijo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres. Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre como era discreta entendió que suspiraba de enamorada de don Juan, y dijo á su marido: Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo como lo es, y

queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal dársela por esposa; y él respondió: Aun apenas hoy la habemos hallado, ¿y ya quereis que la perdamos? Gocémosla algun tiempo, que en casándola no será nuestra, sino de su marido. Razon teneis, señor, respondió ella; pero dad órden de sacar á don Juan, que debe de estar en algun calabozo metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, las humedades y sabandijas inmundas, que inquietan á los pobres pacientes, que están esperando salga el dia para gozarle, y verse libres de tanta opresion y mala vecindad como padecen. Sí estará, dijo Preciosa, que á un ladron matador, y sobre todo gitano, no le habrán dado mejor estancia. Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar confesion, respondió el corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera: y abrazando á Preciosa, fué luego á la cárcel y entró en el calabozo donde don Juan estaba, y no quiso que nadie entrase con él: hallóle con entrambos pies en un cepo, y con las esposas



á las manos, y que aun no le habian quitado un piedeamigo: era la estancia escura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa; y asi como le vió, le dijo: ¿Cómo está la buena pieza? que asi tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España para acabar con ellos en un dia, como Neron quisiera en otro con Roma, sin dar mas de un golpe: sabed, ladron puntoso, que yo soy el corregidor desta ciudad, y vengo á saber de mí á vos, si es verdad que es vuestra esposa una Gitanilla que viene con vosotros. Oyendo esto Andrés imaginó que el corregidor se debia haber enamorodo de Preciosa; que los celos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos; pero con todo esto respondió: Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad: y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad, porque no es posible que Preciosa diga mentira. ¿Tan verdadera es? respondió el corregidor; no es poco serlo para ser gitana: ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es vuestra esposa, pero que nunca os ha dado la mano; ha sabido que segun es vuestra culpa habeis de morir por ella, y hame pedido que antes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan gran ladron como vos. Pues hágalo vuesa merced, señor corregidor, como ella lo suplica, que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida como parta desta con nombre de ser suyo. Mucho la debeis de querer, dijo el corregidor. Tanto, respondió el preso, que á poderlo decir no fuera nada: en efecto, señor corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso quitar la honra: yo adoro á esa gitana, moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos. Pues esta noche enviaré por vos, dijo el corregidor, y en mi casa os desposareis con Preciosica, y mañana á medio dia estareis en la horca, con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.

Agradecióselo Andrés; y el corregidor volvió á su casa y dió cuenta á su mujer de lo que con don Juan habia pasado, y de otras cosas que pensaba hacer. En el tiempo que él faltó de su casa, dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida, y de cómo siempre habia creido ser gitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se habia estimado en mucho mas de lo que de ser gitana se esperaba. Preguntóle su madre que le dijese la verdad, si queria bien á don Juan de Cárcamo. Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado gitana, y que mejoraba su suerte con un caballero de hábito y tan principal como don Juan de Cárcamo, y

por haber visto por experiencia su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionados; pero que en resolucion ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche, y siendo casi las diez sacaron á Andrés de la cárcel sin las esposas y el piedeamigo, pero no sin una gran cadena que desde los pies todo el cuerpo le ceñia. Llegó deste modo sin ser visto de nadie sino de los que le traian en casa del corregidor, y con silencio y recato le entraron en un aposento donde le dejaron solo: de allí á un rato entró un clérigo, y le dijo que se confesase, porque habia de morir otro dia. A lo cual respondió Andrés: De muy buena gana me confesaré; pero ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera. Doña Guiomar, que todo esto sabia, dijo á su marido que eran demasiados los sustos que á don Juan daba, que los moderase, porque podria ser perdiese la vida con ellos. Parecióle buen consejo al corregidor, y asi entró á llamar al que le confesaba, y díjole que primero habian de desposar al gitano con Preciosa la gitana, y que despues se confesaria, y que se encomendase á Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están mas secas las esperanzas. En efecto, Andrés salió á una sala donde estaban solamente doña Guiomar, el corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando Preciosa vió á don Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazon, y se arrimó al brazo de su madre que junto á ella estaba, la cual abrazándola consigo, le dijo: Vuelve en tí, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho. Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabia cómo consolarse, y la gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El corregidor dijo: Señor tiniente-cura, este gitano y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar. Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren: ¿dónde se han hecho las amonestaciones? ¿á dónde está la licencia de mi superior para que con ellas se haga el desposorio? Inadvertencia ha sido mia, respondió el corregidor; pero yo haré que el vicario la dé. Pues hasta que la vea, respondió el tiniente-cura, estos señores perdonen; y sin replicar mas palabra, porque no sucediese algun escándalo, se salió de casa, y los dejó á todos confusos.

El padre ha hecho muy bien, dijo á esta sazon el corregidor, y podria ser fuese providencia del cielo ésta para que el suplicio de Andrés se dilate, porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades: y con todo esto querria saber de Andrés, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendria por dichoso ya siendo Andrés Caballero, ó ya don Juan de Cárcamo? Asi como oyó Andrés nombrarse por su nombre, dijo: Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio, y á descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo. Pues por ese buen ánimo que habeis mostrado, señor don Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y agora os la doy y entrego en esperanza por la mas rica joya de mi casa, y de mi vida, y de mi alma, y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy á doña Constanza de Acevedo y Meneses, mi única hija, la cual si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje. Atónito quedó Andrés viendo el amor que le mostraban, y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo con las certísimas señas que la gitana vieja habia dado de su hurto, con que acabó don Juan de quedar atónito y suspenso, pero alegre sobre todo encarecimiento abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, besó las manos á Preciosa, que con lágrimas le pedia las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habian estado presentes: el cual sabido por el alcalde, tio del muerto, vió tomados los caminos de su venganza, pues no habia de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del corregidor. Vistióse don Juan los vestidos de camino que allí habia traido la gitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro: la tristeza de los gitanos presos en alegría, pues otro dia los dieron en fiado: recibió el tio del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron porque bajase de la querella y perdonase á don Juan, el cual no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél hasta que desde allí á cuatro dias tuvo nuevas ciertas que se habia embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habian partido. Dijo el corregidor á don Juan que tenia por nueva cierta que su padre don Francisco de Cárcamo estaba proveido por corregidor de aquella ciudad, y que seria bien esperalle para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. Don Juan dijo que no saldria de lo que é ordenase; pero que ante todas cosas se habia de desposar con Preciosa. Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bien quisto el corregidor, con luminarias, toros y cañas el dia del desposorio: quedóse la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa: llegaron las nuevas á la córte del caso y casamiento de la Gitanilla: supo don Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano, y ser la Preciosa la Gitanilla que él habia visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber que no habia ido á Flandes; y mas porque

vió cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era don Fernando de Acevedo: dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte dias ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla: y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren. Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andrés el gitano, y confesó su amor y su culpa, á quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.

FIN DE LA GITANILLA.



EL AMANTE LIBERAL.

¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuviérades ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviaria nuestro tormento: esta esperanza os puede haber quedado, mal der-



ribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como la en que os derribaron, os podeis ver levantados; mas yo desdichado ¿qué bien podré esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba antes deste en que me veo? tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.

Estas razones decia un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y asi hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle (propia condicion de afligidos, que llevados de sus imaginaciones hacen y dicen cosas agenas de toda razon y buen discurso). En esto salió de un pabellon ó tienda, de cuatro que estaban en aquella campaña puestas, un turco mancebo de muy buena disposicion y gallardía, y llegándose al cristiano le dijo: Apostaria yo, Ricardo amigo, que te traen por estos lugares tus continuos pensamientos. Sí traen, respondió Ricardo (que éste era el nombre del cautivo); mas ¿qué aprovecha si en ninguna parte do voy hallo tregua ni descanso en ellos, antes me los han acrecentado estas ruinas que desde aquí se descubren? Por las de Nicosia dirás, dijo el turco. Pues ¿por cuáles quieres que lo diga, repitió Ricardo, si no hay otras que á los ojos por aquí se ofrezcan? Bien tendrás que llorar, replicó el turco, si en estas contemplaciones entras; porque los que vieron habrá dos años á esta nombrada y rica isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres, y ahora los ven, ó contemplan ó desterrados della, ó en ella cautivos y miserables, ¿cómo podrán dejar de no dolerse de su calamidad y desventura? Pero dejemos estas cosas, pues no llevan remedio, y vengamos á las tuyas, que quiero ver si le tienen; y asi te ruego por lo que debes á la buena voluntad que te he mostrado y por lo que te obliga el ser entrambos de una misma patria, y habernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas ¿qué es la causa que te trae tan demasiadamente triste? que puesto caso que sola la del cautiverio es bastante para entristecer el corazon mas alegre del mundo, todavía imagino que de mas atrás traen la corriente tus desgracias; porque los generosos ánimos como el tuyo no suelen rendirse á las comunes desdichas tanto que den muestras de estraordinarios sentimientos: y háceme creer esto, el saber yo que no eres tan pobre que te falte para dar cuanto pidieren para tu rescate, ni estás en las torres del mar Negro, como cautivo de consideracion que tarde ó nunca alcanza la deseada libertad: asi

que no habiéndote quitado la mala suerte las esperanzas de verte libre, y con todo esto verte rendido á dar miserables muestras de tu desventura, no es mucho que imagine que tu pena procede de otra causa que de la libertad que perdiste, la cual causa te suplico me digas, ofreciéndote cuanto puedo y valgo; quizá para que yo te sirva ha traido la fortuna este rodeo de haberme hecho vestir deste hábito, que aborrezco.

Ya sabes, Ricardo, que es mi amo el cadí desta ciudad (que es lo mismo que ser su obispo); sabes tambien lo mucho que vale y lo mucho que con él puedo: juntamente con esto no ignoras el deseo encendido que tengo de no morir en este estado que parece que profeso, pues cuando mas no pueda tengo de confesar y publicar á voces la fe de Jesucristo, de quien me apartó mi poca edad y menos entendimiento, puesto que sé que tal confesion me ha de costar la vida, que á trueco de no perder la del alma, daré por bien empleado perder la del cuerpo: de todo lo dicho quiero que infieras y que consideres que te puede ser de algun provecho mi amistad, y que para saber qué remedios ó alivios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes como há menester el médico la relacion del enfermo, asegurándote que la depositaré en lo mas escondido del silencio. A todas estas razones estuvo callando Ricardo, y viéndose obligado dellas y de la necesidad le respondió con éstas: Si asi como has acertado, oh amigo Mahamut (que asi se llamaba el turco), en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuviera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera; mas yo sé que ella es tal que todo el mundo podrá saber bien la causa de donde procede, mas no habrá en él persona que se atreva no solo á hallarle remedio, pero ni aun alivio: y para que quedes satisfecho desta verdad, te la contaré en las menos razones que pudiere; pero antes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas ¿qué es la causa que Hazan bajá mi amo ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas y pabellones antes de entrar en Nicosia, adonde viene proveido por virey, ó por bajá como los turcos llaman á los vireyes? Yo te satisfaré brevemente, respondió Mahamut; y asi has de saber que es costumbre entre los turcos, que los que van por vireyes de alguna provincia no entran en la ciudad donde su antecesor habita hasta que él salga della y deje hacer libremente al que viene la residencia; y en tanto que el bajá nuevo la hace, el antiguo se está en la campaña esperando lo que resulta de sus cargos, los cuales se le hacen sin que él pueda intervenir á valerse de sobornos y amistades, si ya primero no lo ha hecho: hecha pues la residencia se la dan al que deja el cargo de un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la Puerta del Gran Señor, que es como decir en la córte ante el gran consejo del turco: la cual vista por el visir bajá, y por los otros cuatro bajáes menores (como si dijésemos ante el presidente del real consejo y oidores), ó le premian ó le castigan segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo; si no viene culpado y no le premian, como sucede de ordinario, con dádivas y presentes alcanza el cargo que mas se le antoja, porque no se dan allí los cargos y oficios por merecimientos, sino por dineros: todo se vende y todo se compra: los proveedores de los cargos roban á los proveidos en ellos y los desuellan: deste oficio comprado sale la sustancia para comprar otro que mas ganancia promete: todo va como digo, todo este imperio es violento, señal que prometia no ser durable; pero á lo que yo creo, y asi debe ser la verdad, le tienen sobre sus hombros nuestros pecados: quiero decir, los de aquellos que descaradamente y á rienda suelta ofenden á Dios como yo hago: él se acuerde de mí por quien es él. Por la causa que he dicho pues, tu amo Hazan bajá ha estado en esta campaña cuatro dias, y si el de Nicosia no ha salido como debia, ha sido por haber estado muy malo; pero ya está mejor y saldrá hoy ó mañana sin duda alguna, y se ha de alojar en unas tiendas que están detrás deste recuesto que tú no has visto, y tu amo entrará luego en la ciudad: y esto es lo que hay que saber de lo que me preguntaste.

Escucha, pues, dijo Ricardo; mas no sé si podré cumplir lo que antes dije, que en breves razones te contaria mi desventura, por ser ella tan larga y desmedida, que no se puede medir con razon alguna; con todo eso haré lo que pudiere y lo que el tiempo diere lugar: y asi te pregunto primero, si conoces en nuestro lugar de Trápana una doncella á quien la fama daba nombre de la mas hermosa mujer que habia en toda Sicilia: una doncella, digo, por quien decian todas las curiosas lenguas y afirmaban los mas raros entendimientos, que era la de mas perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir: una por quien los poetas cantaban que tenia los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro: y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes hacian una maravillosa y concertada armonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamás pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha. Qué ¿es posible, Mahamut, que ya no me has dicho quién es y cómo se llama? sin duda creo, ó que no me oyes, ó que cuando en Trápana estabas carecias de sentido. En verdad, Ricardo, respondió Mahamut, que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura no es Leonisa, la hija de Rodolfo Florencio, no sé quién sea, que ésta sola tenia la fama que dices. Esa es, oh Mahamut, respondió Ricardo, esa es, amigo, la causa principal de todo mi bien y de toda mi desventura: esa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman y derramarán lágrimas sin cuento, y la por quien mis suspiros encienden el aire cerca y lejos, y la por quien mis razones cansan al cielo que las escucha, y

á los oidos que las oyen: esa es por quien tú me has juzgado por loco, ó por lo menos por de poco valor y menos ánimo: esta Leonisa, para mí leona, y mansa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado, porque has de saber que desde mis tiernos años, ó á lo menos desde que tuve uso de razon no solo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud como si no tuviera en la tierra ni en el cielo otra deidad á quien sirviese ni adorase: sabian sus deudos y sus padres mis deseos, y jamás dieron muestras de que les pesase, considerando que iban encaminados á fin honesto y virtuoso; y asi muchas veces sé yo que se lo dijeron á Leonisa, para disponerle la voluntad á que por su esposo me recebiese, conociendo mi calidad y nobleza; mas ella, que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rótulo, que tú bien conoces (mancebo galan, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz melíflua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados), no quiso ponerlos en mi rostro no tan delicado como el de Cornelio, ni quiso agradecer siquiera mis muchos y continuos servicios, pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme; y á tanto llegó el extremo de amarla, que tomara por partido dichoso que me acabara á pura fuerza de desdenes y desagradecimientos, con que no diera descubiertos aunque honestos favores á Cornelio: mira, pues, si llegándose á la angustia del desden y aborrecimiento la mayor y mas cruel rabia de los celos, cuál estaria mi alma de dos tan mortales pestes combatida: disimulaban los padres de Leonisa los favores que á Cornelio hacia, creyendo, como estaba en razon que creyesen, que atraido el mozo de su incomparable y bellísima hermosura, la escogeria por su esposa, y en ello granjearian yerno mas rico que conmigo: y bien pudiera ser, si asi fuera; pero no le alcanzarán, sin arrogancia sea dicho, de mejor condicion que la mia, ni de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor que el mio.

Sucedió pues que en el discurso de mi pretension alcancé á saber que un dia del mes pasado de mayo, que éste de hoy hace un año, tres dias, y cinco horas, Leonisa y sus padres, y Cornelio y los suyos se iban á solazar con toda su parentela y criados al jardin de Ascanio, que está cercano á la marina en el camino de las salinas. Bien lo sé, dijo Mahamut, pasa adelante, Ricardo, que mas de cuatro dias tuve en él, cuando Dios quiso, mas de cuatro buenos ratos. Súpelo, replicó Ricardo, y al mismo instante que lo supe me ocupó el alma una furia, una rabia y un infierno de celos con tanta vehemencia y rigor, que me sacó de mis sentidos, como lo verás por lo que luego hice, que fue irme al jardin donde me dijeron que estaban, y hallé á la mas de la gente solazándose, y



debajo de un nogal sentados á Cornelio y á Leonisa, aunque desviados un poco: cual ellos quedaron de mi vista no lo sé; de mí sé decir que quedé tal con la suya que perdí la de mis ojos, y me quedé como estátua sin voz ni movimiento alguno; pero no tardó mucho en despertar el enojo á la cólera, y la cólera á la sangre del corazon, y la sangre á la ira, y la ira á las manos y la lengua: puesto que las manos se ataron con el respeto á mi parecer debido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompió el silencio con estas razones: Contenta estarás, oh enemiga mortal de mi descanso, en tener con tanto sosiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios vivan en perpetuo y doloroso llanto: llégate, llégate, cruel, un poco mas, y enrede tu hiedra á ese inútil tronco que te busca: peina ó ensortija aquesos cabellos de ese tu nuevo Ganimedes, que tibiamente te solicita:

acaba ya de entregarte á los banderizos años dese mozo en quien contemplas; porque perdiendo yo la esperanza de alcanzarte, acabe con ella la vida que aborrezco: ¿piensas por ventura, soberbia y mal considerada doncella, que contigo sola se han de romper y faltar las leyes y fueros que en semejantes casos en el mundo se usan? ¿Piensas, quiero decir, que ese mozo altivo por su riqueza, arrogante por su gallardía, inexperto por su edad poca, confiado por su linaje, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados años? No lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engañe nadie sino por su propia ignorancia: en los pocos años está la inconstancia mucha, en los ricos la soberbia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen la necedad, que es madre de todo mal suceso: y tú, oh mozo, que tan á salvo piensas llevar el premio mas debido á mis buenos deseos que á los ociosos tuyos, ¿por qué no te levantas dese estrado de flores donde yaces, y vienes á sacarme el alma que tanto la tuya aborrece? y no porque me ofendas en lo que haces, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede: y vese claro que le tienes en poco, en que no quieres moverte á defenderle por no ponerte á riesgo de descomponer la afeitada compostura de tu galan vestido: si esa tu reposada condicion tuviera Aquiles, bien seguro estuviera Ulíses de no salir con su empresa, aunque mas le mostrara resplandecientes armas y acerados alfanjes: véte, véte, y recréate entre las doncellas de tu madre, y allí ten cuidado de tus cabellos y de tus manos, mas dispuestas á devanar blando sirgo, que á empuñar la dura espada.

A todas estas razones jamás se levantó Cornelio del lugar donde le hallé sentado; antes se estuvo quedo, mirándome como embelesado sin moverse: y á las levantadas voces con que le dije lo que has oido, se fué llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusieron á escuchar otros mas improperios que á Cornelio le dije, el cual tomando ánimo con la gente que acudió, porque todos ó los mas eran sus parientes, criados ó allegados, dió muestras de levantarse, mas antes que se pusiese en pie puse mano á mi espada y acometíle no solo á él, sino á todos cuantos allí estaban; pero apenas vió Leonisa relucir mi espada cuando le tomó un recio desmayo, cosa que me puso en mayor coraje y mayor despecho; y no te sabré decir, si los muchos que me acometieron atendian no mas de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fue mi buena suerte y diligencia, ó el cielo que para mayores males queria aguardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé mas á mano: á Cornelio le valió su buena diligencia, pues fue tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapó de mis manos: estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un remedio, que fuera mejor haber dejado allí la vida, que no restaurándola por tan no pensado camino venir á perderla cada hora mil y mil veces: y fue que de improviso dieron en el jardin mucha cantidad de turcos de dos galeotas de cosarios de Viserta, que en una cala que allí cerca estaba habian desembarcado sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores ó atajadores de la costa: cuando mis contrarios los vieron, dejándome solo, con presta celeridad se pusieron en cobro: de cuantos en el jardin estaban, no pudieron los turcos cautivar mas de á tres personas, y á Leonisa que aun se estaba desmayada: á mí me cogieron con cuatro disformes heridas, vengadas antes por mi mano con cuatro turcos que de otras cuatro dejé sin vida tendidos en el suelo: este asalto hicieron los turcos con su acostumbrada diligencia, y no muy contentos del suceso se fueron á embarcar, y luego se hicieron á la mar, y á vela y remo en breve espacio se pusieron en la Fabiana; hicieron reseña por ver qué gente les faltaba, y viendo que los muertos eran cuatro soldados de aquellos que ellos llaman levantes, y de los mejores y mas estimados que traian, quisieron tomar en mí la venganza, y asi mandó el arraez de la capitana bajar la entena para ahorcarme. Todo esto estaba mirando Leonisa, que ya habia vuelto en sí, y viéndose en poder de los corsarios derramaba abundancia de hermosas lágrimas, y torciendo sus manos delicadas, sin hablar palabra estaba atenta á ver si entendia lo que los turcos decian: mas uno de los cristianos del remo le dijo en italiano cómo el arraez mandaba ahorcar aquel cristiano, señalándome á mí, porque habia muerto en su defensa á cuatro de los mejores soldados de las galeotas: lo cual oido y entendido por Leonisa, la vez primera que se mostró para mí piadosa, dijo al cautivo que dijese á los turcos que no me ahorcasen, porque perderian un gran rescate, y que les rogaba volviesen á Trápana, que luego me rescatarian: ésta, digo, fue la primera, y aun será la última caridad que uso conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio.

Oyendo pues los turcos las razones que el cautivo italiano les decia, le creyeron fácilmente, y mudóles el interés la cólera. Otro dia por la mañana, alzando bandera de paz volvieron á Trápana: aquella noche la pasé con el dolor que imaginarse puede, no tanto por el que mis heridas me causaban, cuanto por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos bárbaros estaba. Llegados pues como digo á la ciudad, entró en el puerto la una galeota, y la otra se quedó fuera: coronóse luego todo el puerto y la ribera toda de cristianos, y el lindo de Cornelio desde lejos estaba mirando lo que en la galeota pasaba: acudió luego un mayordomo mio á tratar de mi rescate, al cual dije que en ninguna manera tratase de mi libertad sino de la de Leonisa, y que diese por ella todo cuanto valia mi hacienda, y mas le ordené que volviese á tierra, y dijese á los padres de Leonisa, que le dejasen á él tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiesen en trabajo por ella. Hecho esto,

el arraez principal, que era un renegado griego llamado Yzuf, pidió por Leonisa seis mil escudos, y por mí cuatro mil, añadiendo que no daria el uno sin el otro: pidió esta gran suma, segun despues supe, porque estaba enamorado de Leonisa, y no quisiera él rescatarla sino darla al arraez de la otra galeota, con quien habia de partir las presas que se hiciesen por mitad, á mí en precio de cuatro mil escudos, y mil en dinero que hacian cinco mil, y quedarse con Leonisa por otros cinco mil: y esta fue la causa por qué nos apreció á los dos en diez mil escudos. Los padres de Leonisa no ofrecieron de su parte nada, atenidos á la promesa que de mi parte mi mayordomo les habia hecho: ni Cornelio movió los labios en su provecho; y asi despues de muchas demandas y respuestas, concluyó mi mayordomo en dar por Leonisa cinco mil, y por mí tres mil escudos. Aceptó Yzuf este partido forzado de las persuasiones de sus compañero y de lo que todos sus soldados le decian; mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros, pidió tres dias de término para juntarlos, con intencion de malbaratar mi hacienda hasta cumplir el rescate. Holgóse desto Yzuf, pensando hallar en este tiempo ocasion para que el concierto no pasase adelante, y volviéndose á la isla de la Fabiana, dijo que llegado el término de los tres dias volveria por el dinero. Pero la ingrata fortuna, no cansada de maltratarme, ordenó que estando desde lo mas alto de la isla puesta á la guarda una centinela de los turcos, bien dentro á la mar descubrió seis velas latinas, y entendió, como fue verdad, que debian ser ó la escuadra de Malta, ó algunas de las de Sicilia: bajó corriendo á dar la nueva, y en un pensamiento se embarcaron los turcos que estaban en tierra, cuál guisando de comer, cuál lavando su ropa; y zarpando con no vista presteza dieron al agua los remos y al viento las velas, y puestas la proas en Berbería, en menos de dos horas perdieron de vista las galeras; y asi cubiertos con la isla y con la noche que venia cerca, se aseguraron del miedo que habian cobrado.

A tu buena consideracion dejo, oh Mahamut amigo, que consideres cuál iria mi ánimo en aquel viaje tan contrario del que yo esperaba; y mas cuando otro dia habiendo llegado las dos galeotas á la isla de la Pantanalea por la parte del Mediodia, los turcos saltaron en tierra á hacer leña y carne, como ellos dicen, y mas cuando vi que los arraeces saltaron en tierra, y se pusieron á hacer las partes de todas las presas que habian hecho; cada accion destas fue para mí una dilatada muerte: viniendo pues á la particion mia y de Leonisa, Yzuf dió á Fetala (que asi se llamaba el arraez de la otra galeota) seis cristianos, los cuatro para el remo, y dos muchachos hermosísimos, de nacion corsos, y á mí con ellos, por quedarse con Leonisa, de lo cual se contentó Fetala; y aunque estuve presente á todo esto, nunca pude entender lo que decian, aunque sabia lo que hacian, ni entendiera por entonces el modo de la particion, si Fetala no se llegara á mí y me dijera en italiano: Cristiano, ya eres mio, en dos mil escudos de oro te me han dado; si quieres libertad, has de dar cuatro mil, si no acá morir. Preguntéle, si era tambien suya la cristiana: díjome que no, sino que Yzuf se quedaba con ella con intencion de volverla mora y casarse con ella: y asi era la verdad, porque me lo dijo uno de los cautivos del remo que entendia bien el turquesco, y se lo habia oido tratar á Yzuf y á Fetala. Díjele á mi amo que hiciese de modo como se quedase con la cristiana, y que le daria por su rescate solo diez mil escudos de oro en oro. Respondióme no ser posible; pero que haria que Yzuf supiese la gran suma que le ofrecia por la cristiana, que quizá llevado del interese, mudaria de intencion y la rescataria. Hizolo asi, y mandó que todos los de su galeota se embarcasen luego, porque se queria ir á Tripol de Berbería, de donde él era. Yzuf asimismo determinó irse á Viserta: y asi se embarcaron con la misma priesa que suelen cuando descubren ó galeras de quien temer, ó bajeles á quien robar: movióles á darse priesa, por parecerles que el tiempo mudaba con muestras de borrasca.

Estaba Leonisa en tierra, pero no en parte que yo la pudiese ver, sino fue que al tiempo del embarcarnos llegamos juntos á la marina: llevábala de la mano su nuevo amo y su mas nuevo amante, y al entrar por la escala que estaba puesta desde tierra á la galeota, volvió los ojos á mirarme, y los mios, que no se quitaban della, la miraron con tan tierno sentimiento y dolor, que sin saber cómo, se me puso una nube ante ellos que me quitó la vista, y sin ella y sin sentido alguno dí conmigo en el suelo: lo mismo me dijeron despues que habia sucedido á Leonisa, porque la vieron caer de la escala á la mar, y que Yzuf se habia echado tras ella y la sacó en brazos: esto me contaron dentro de la galeota de mi amo, donde me habian puesto sin que yo lo sintiese; mas cuando volví de mi desmayo, y me vi solo en la galeota, y que la otra tomando otra derrota, se apartaba de nosotros, llevándose consigo la mitad de mi alma, ó por mejor decir toda ella, cubrióseme el corazon de nuevo y maldije mi ventura, y llamé á la muerte á voces; y eran tales los sentimientos que hacia, que mi amo enfadado de oirme, con un grueso palo me amenazó que si no callaba me maltrataria: reprimí las lágrimas, recogí los suspiros, creyendo que con la fuerza que les hacia reventarian por parte que abriesen puerta al alma, que tanto deseaba desamparar este miserable cuerpo; mas la suerte, aun no contenta de haberme puesto en tan encogido estrecho, ordenó de acabar con todo quitándome las esperanzas de todo mi remedio, y fue que en un instante se declaró la borrasca que ya se temia, y el viento que de la parte de Mediodía soplaba y nos embestia por la proa comenzó á reforzar con tanto brío, que fue forzoso volverle la popa y dejar correr el bajel por donde el viento queria llevarle, con harto riesgo de los que en él llevaban puesta la confianza de sus vidas.

Llevaba designio el arraez de despuntar la isla, y tomar abrigo en ella por la banda del Norte:

mas sucedióle al revés su pensamiento, porque el viento cargó con tanta furia, que todo lo que habíamos navegado en dos dias, en poco mas de catorce horas nos vimos á seis millas ó siete de la propia isla de donde habíamos partido, y sin remedio alguno íbamos á embestir en ella, y no en alguna playa, sino en unas muy levantadas peñas que á la vista se nos ofrecian, amenazando de inevitable muerte nuestras vidas: vimos á nuestro lado la galeota de nuestra conserva, donde estaba Leonisa, y todos sus turcos y cautivos remeros haciendo fuerza con los remos para entretenerse y no dar en las peñas: lo mismo hicieron los de la nuestra con mas ventaja y esfuerzo á lo que pareció, que los de la otra, los cuales cansados del trabajo, y vencidos del teson del viento y de la tormenta, soltando los remos se abandonaron y se dejaron ir á vista de nuestros ojos á embestir en las peñas, donde dió la galeota tan grande golpe, que toda se hizo pedazos: comenzaba á cerrar la no-



che, y fue tamaña la grita de los que se perdian y el sobresalto de los que en nuestro bajel temian perderse, que ninguna cosa de las que nuestro arraez mandaba se entendia ni se hacia; solo se atendia á no dejar los remos de las manos, tomando por remedio volver la proa al viento y echar dos áncoras á la mar para entretener con esto algun tiempo la muerte que por cierta tenian: y aunque el miedo de morir era general en todos, en mí era muy al contrario, porque con la esperanza engañosa de ver en el otro mundo á la que habia tan poco que deste se habia apartado, cada punto que la galeota tardaba en anegarse ó en embestir en las peñas, era para mí un siglo de mas penosa muerte: las levantadas olas que por encima del bajel y de mi cabeza pasaban, me hacian estar atento á ver si en ellas venia el cuerpo de la desdichada Leonisa: no quiero detenerme ahora, oh Mahamut, en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ansias, los pensamientos que en aquella luenga y amarga noche tuve y pasé, por no ir contra lo que primero propuse de contarte brevemente mi desventura; basta decirte que fueron tantos y tales que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuviera bien poco que hacer en quitarme la vida: vino el dia con muestras de mayor tormenta que la pasada, y hallamos que el bajel habia virado un gran trecho, habiéndose desviado de las peñas un buen espacio, y llegádose á una punta de la isla; viéndose tan á pique de doblarla turcos y cristianos con nueva esperanza y fuerzas nuevas, al cabo de seis horas doblamos la punta, y hallamos mas blando el mar y mas sosegado, de modo que mas fácilmente nos aprovechamos de los remos, y abrigados con la isla tuvieron lugar los turcos de saltar en tierra para ir á ver si habia quedado alguna reliquia de la galeota que la noche antes dió en las peñas; mas aun no quiso el cielo concederme el alivio que esperaba tener de ver en mis brazos el cuerpo de Leonisa, que aunque muerto y despedazado holgara de verle, por romper aquel imposible que mi estrella me puso de juntarme con él como mis buenos deseos merecian; y asi rogué á un renegado que queria desembarcarse, que le buscase y viese si la mar lo habia arrojado á la orilla; pero, como ya he dicho, todo esto me negó el cielo, pues al instante tornó á embravecerse el viento de manera que el amparo de la isla no fue de algun provecho: viendo esto Fetala, no quiso contrastar contra la fortuna que tanto le perseguia; y asi mandó poner el trinquete al árbol y hacer un poco de vela, volvió la proa á la mar y la popa al viento; y tomando él mismo el cargo del timon, se dejó correr por el ancho mar, seguro que ningun impedimento le estorbaria su camino: iban los remos igualados en la crujía, y toda la gente sentada por los bancos y ballesteras, sin que en toda la galeota se descubriese otra persona que la del cómitre, que por mas seguridad suya se hizo atar fuertemente al estanterol: vo-

laba el bajel con tanta ligereza que en tres dias y tres noches, pasando á la vista de Trápana, de Melazo y de Palermo, embocó por el Faro de Mesina, con maravilloso espanto de los que iban dentro y de aquellos que desde la tierra los miraban.

En fin, por no ser tan prolijo en contar la tormenta como ella lo fue en su porfía, digo que cansados, hambrientos y fatigados con tan largo rodeo, como fue bojar casi toda la isla de Sicilia, llegamos á Tripol de Berbería, donde á mi amo (antes de haber hecho con sus levantes la cuenta del despojo, y dádoles lo que les tocaba, y su quinto al rey, como es costumbre), le dió un dolor de costado tal, que dentro de tres dias dió con él en el infierno: púsose luego el rey de Tripol en toda su hacienda, y el alcaide de los muertos que allí tiene el Gran Turco (que como sabes es heredero de los que no le dejan en su muerte), estos dos tomaron toda la hacienda de Fetala mi amo, y yo cupe á éste que entonces era virey de Tripol; y de allí á quince dias le vino la patente de virey de Chipre, con el cual he venido hasta aquí sin intento de rescatarme, porque aunque él me ha dicho muchas veces que me rescate, pues soy hombre principal, como se lo dijeron los soldados de Fetala, jamás he acudido á ello, antes le he dicho que le engañaron los que le dijeron grandezas de mi posibilidad: y si quieres, Mahamut, que te diga todo mi pensamiento, has de saber que no quiero volver á parte donde por alguna via pueda tener cosa que me consuele, y quiero que juntándose á la vida del cautiverio los pensamientos y memorias que jamás me dejan de la muerte de Leonisa, vengan á ser parte para que yo no la tenga jamás de gusto alguno: y si es verdad que los continuos dolores forzosamente se han de acabar ó acabar á quien los padece, los mios no podrán dejar de hacerlo, porque pienso darles rienda de manera que á pocos dias den alcance á la miserable vida que tan contra mi voluntad sostengo.

Este es, oh Mahamut hermano, el triste suceso mio: esta es la causa de mis suspiros y de mis lágrimas, mira tú ahora y considera si es bastante para sacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos en la sequedad de mi lastimado pecho. Leonisa murió, y con ella mi esperanza; que puesto que la que tenia ella viviendo, se sustentaba de un delgado cabello, todavía, todavía: y en este todavía se le pegó la lengua al paladar, de manera que no pudo hablar mas palabra ni detener las lágrimas que, como suele decirse, hilo á hilo le corrian por el rostro en tanta abundancia que llegaron á humedecer el suelo.

Acompañóle en ellas Mahamut; pero pasándose aquel parasismo causado de la memoria renovada



en el amargo cuento, quiso Mahamut consolar á Ricardo con las mejores razones que supo; mas él las atajó diciéndole: Lo que has de hacer, amigo, es aconsejarme qué haré yo para caer en desgracia de mi amo y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que siendo aborrecido dél y dellos, los unos y los otros me maltraten y persigan de suerte, que añadiendo dolor á dolor y pena á pena, alcance con brevedad lo que deseo, que es acabar la vida. Ahora he hallado ser verdadero, dijo Mahamut, lo que suele decirse, que lo que se sabe sentir se sabe decir, puesto que algunas veces el sentimiento enmudece la lengua; pero como quiera que ello sea, Ricardo (ora llegue tu dolor á tus palabras, ora ellas se le aventajasen), siempre has de hallar en mí un verdadero amigo ó para ayuda ó para con-

sejo; que aunque mis pocos años y el desatino que he hecho en vestirme este hábito, están dando voces que de ninguna destas dos cosas que te ofrezco se puede fiar ni esperar cosa alguna, yo procuraré que no salga verdadera esta sospecha, ni pueda tenerse por cierta tal opinion; y puesto que tú no quieras ni ser aconsejado ni favorecido, no por eso dejaré de hacer lo que te conviniere, como suele hacerse con el enfermo que pide lo que no le dan y le dan lo que le conviene: no hay en toda esta ciudad quien pueda ni valga como el cadí mi amo, ni aun el tuyo, que viene por visorey della, ha de poder tanto: y siendo esto asi, como lo es, yo puedo decir que soy el que mas puedo en la ciudad, pues puedo con mi patron todo lo que quiero: digo esto, porque podria ser dar traza con él para que vinieses á ser suyo, y estando en mi compañía, el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer, á tí para consolarte si quieres ó pudieres tener consuelo, y á mí para salir desta á mejor vida ó á lo menos á parte donde la tenga mas segura cuando la deje. Yo te agradezco, contestó Ricardo, Mahamut, la amistad que me ofreces, aunque estoy cierto que con cuanto hicieres no has de poder cosa que en mi provecho resulte; pero dejemos ahora esto, y vamos á las tiendas, porque á lo que veo, sale de la ciudad mucha gente, y sin duda es el antiguo virey que sale á estarse en la campaña por dar lugar á mi amo que entre en la ciudad á hacer la residencia. Asi es, dijo Mahamut; ven pues, Ricardo, y verás las ceremonias con que se reciben, que sé que gustarás de verlas. Vamos en buen hora, dijo Ricardo, quizá te habré menester, si acaso el guardian de cautivos de mi amo me ha echado menos, que es un renegado corso de nacion, y de no muy piadosas entrañas. Con esto dejaron la plática, y llegaron á las tiendas á tiempo que llegaba el antiguo bajá, y el nuevo le salia á recibir á la puerta de la tienda.

Venia acompañado Alí bajá (que asi se llamaba el que dejaba el gobierno) de todos los genízaros que de ordinario están de presidio en Nicosia despues que los turcos la ganaron, que serian hasta quinientos: venian en dos alas ó hileras, los unos con escopetas, y los otros con alfanjes desnudos; llegaron á la puerta del nuevo bajá Hazan, la rodearon todos, y Alí bajá inclinando el cuerpo, hizo reverencia á Hazan, y él con menos inclinacion le saludó: luego se entró Alí en el pabellon de Hazan, los turcos le subieron sobre un poderoso caballo ricamente aderezado, y trayéndole á la redonda de las tiendas y por todo un buen espacio de la campaña, daban voces y gritos, diciendo en su lengua: Viva, viva, Soliman sultan, y Hazan bajá en su nombre: repitieron esto muchas veces, reforzando las voces y los alaridos, y luego le volvieron á la tienda, donde habia quedado Alí bajá, el cual con el cadí y Hazan se encerraron en ella por espacio de una hora solos. Dijo Mahamut á Ricardo que se habia encerrado á tratar de lo que convenia hacer en la ciudad acerca de las obras que allí dejaba comenzadas. De allí á poco tiempo salió el cadí á la puerta de la tienda, y dijo á voces en lengua turquesca, arábiga y griega, que todos los que quisiesen entrar á pedir justicia, ú otra cosa contra Alí bajá, podrian entrar libremente, que allí estaba Hazan bajá, á quien el Gran Señor enviaba por virey de Chipre, que les guardaria toda razon y justicia. Con esta licencia los genízaros dejaron desocupada la puerta de la tienda, y dieron lugar á que entrasen los que quisiesen. Mahamut hizo que entrase con él Ricardo, que por ser esclavo de Hazan no se le impidió la entrada.

Entraron á pedir justicia, asi griegos cristianos como algunos turcos, y todos de cosas de tan poca importancia, que las mas despachó el cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas ni respuestas, que todas las causas (si no son las matrimoniales) se despachan en pie y en un punto, mas á juicio de buen varon que por ley alguna: y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencia en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro tribunal. En esto entró un chauz, que es como alguacil, y dijo que estaba á la puerta de la tienda un judío, que traia á vender una hermosísima cristiana: mandó el cadí que le hiciese entrar: salió el chauz, y volvió á entrar luego, y con él un venerable judío que traia de la mano á una mujer vestida en hábito berberisco, tan bien aderezada y compuesta, que no lo pudiera estar tan bien la mas rica mora de Fez ni de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja á todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas: venia cubierto el rostro con un tafetan carmesí; por las gargantas de los pies que se descubrian, parecian dos carcajes (que asi se llaman las manillas en arábigo), al parecer de puro oro; y en los brazos, que asimismo por una camisa de cendal delgado se descubrian ó traslucian, traia otros carcajes de oro sembrados de muchas perlas: en resolucion, en cuanto el traje, ella venia rica y gallardamente aderezada. Admirados desta primera vista el cadí y los demás bajáes, antes que otra cosa dijesen ni preguntasen, mandaron al judío que hiciese que se quitase el antifaz la cristiana: hízolo asi, y descubrió un rostro que asi deslumbró los ojos y alegró los corazones de los circunstantes, como el sol que por entre cerradas nubes despues de mucha escuridad se ofrece á los ojos de los que le desean: tal era la belleza de la cautiva cristiana, y tal su brío y su gallardía; pero en quien con mas efecto hizo impresion la maravillosa luz que habia descubierto, fue en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel y amada Leonisa, que tantas veces y con tántas lágrimas por él habia sido tenida y llorada por muerta.

Quedó á la improvisa vista de la singular belleza de la cristiana, traspasado el corazon de Alí, y en el mismo grado y con la misma herida se halló el de Hazan, sin quedarse exento de la amorosa llaga el del cadí, que mas suspenso que todos, no sabia quitar los ojos de los hermosos de Leonisa. Y por encarecer las poderosas fuerzas de amor, se ha de saber que en aquel mismo punto nació en

los corazones de los tres, una á su parecer firme esperanza de alcanzarla y de gozarla: y asi, sin querer saber el cómo, ni el dónde, ni cuándo habia venido á poder del judío, le preguntaron el precio que por ella queria: el codicioso judío respondió que cuatro mil doblas, que vienen á ser dos mil escudos; mas apenas hubo declarado el precio, cuando Alí bajá dijo que él los daba por ella, y que fuese luego á contar el dinero á su tienda: empero Hazan bajá, que estaba de parecer de no dejarla, aunque aventurase en ello la vida, dijo: Yo asimismo doy por ella las cuatro mil doblas que el judío pide, y no las diera ni me pusiera á ser contrario de lo que Alí ha dicho, si no me forzara lo que él mismo dirá que es razon que me obligue y fuerce, y es que esta gentil esclava no pertenece para ninguno de nosotros, sino para el Gran Señor solamente; y asi digo que en su nombre la compro: veamos agora quién será el atrevido que me la quite. Yo seré, replicó Alí, porque para el mismo efeto la compro, y estáme á mí mas á cuento hacer al Gran Señor este presente por la comodidad de llevarla luego á Constantinopla, granjeando con él la voluntad del Gran Señor; que como hombre que quedo (Hazan, como tú ves) sin cargo alguno, he de buscar medios de tenerle, de lo que tú estás seguro por tres años; pues hoy comienzas á mandar y gobernar este riquísimo reino de Chipre: asi que por estas razones y por haber sido yo el primero que ofrecí el precio por la cautiva, está puesto en razon, oh Hazan, que me la dejes. Tanto mas es de agradecerme á mí, respondió Hazan, el procurarla y enviarla al Gran Señor, cuanto lo hago sin moverme á ello interés alguno; y en lo de la comodidad de llevarla, una galeota armaré con sola mi chusma y mis esclavos, que la lleve.

Azoróse con estas razones Alí, y levantándose en pie, empuñó el alfanje, diciendo: Siendo, oh Hazan, nuestros intentos unos, que es presentar y llevar esta cristiana al Gran Señor, y habiendo sido yo el comprador primero, está puesto en razon y en justicia que me la dejes á mí, y cuando otra cosa pensares, este alfanje que empuño defenderá mi derecho y castigará tu atrevimiento. El cadí, que á todo estaba atento, y que no menos que los dos ardia, temeroso de quedar sin la cristiana, imaginó cómo poder atajar el gran fuego que se habia encendido, y juntamente quedarse con la cautiva sin dar alguna sospecha de su dañosa intencion y traidoras entrañas; y asi, levantándose en pie, se puso entre los dos, que tambien lo estaban, y dijo: Sosiégate, Hazan, y tú, Alí, estáte quedo, que yo estoy aquí, que sabré y podré componer vuestras diferencias de manera que los dos consigais vuestros intentos, y el Gran Señor, como deseais, sea servido, y quede juntamente agradecido y obligado á ambos. A las palabras del cadí obedecieron luego; y aun si otra cosa mas dificultosa les mandara, hicieran lo mismo (tanto es el respeto que tienen á sus canas los de aquella dañada secta); prosiguió, pues, el cadí, diciendo: Tú dices, Alí, que quieres esta cristiana para el Gran Señor, y Hazan dice lo mismo: tú alegas que por ser el primero en ofrecer el precio, ha de ser tuya: Hazan te lo contradice, y aunque él no sabe fundar su razon, yo hallo que tiene la misma que tú tienes, y es la intencion que sin duda debió de nacer á un mismo tiempo que la tuya, en querer comprar la esclava para el mismo efeto; solo le llevaste tú la ventaja en haberte declarado primero, y esto no ha de ser parte para que de todo quede defraudado su buen deseo; y asi me parece será bien concertaros en esta forma: que la esclava sea de entrambos, y pues el uso della ha de quedar á la voluntad del Gran Señor, para quien se compró, á él toca disponer della; y en tanto pagarás tú, Hazan, dos mil doblas, y Alí otras dos mil, y quédese la cautiva en poder mio para que en nombre de entrambos yo la envie á Constantinopla, porque no quede sin algun premio, siquiera por haberme hallado presente: y asi me ofrezco de enviarla á mi costa, con la autoridad y decencia que se debe á quien se envia, escribiendo al Gran Señor todo lo que aquí ha pasado, y la voluntad que los dos habeis mostrado á su servicio. No supieron, ni pudieron, ni quisieron contradecirle los dos enamorados turcos; y aunque vieron que por aquel camino no conseguian su deseo, hubieron de pasar por el parecer del cadí, formando y criando cada uno allá en su ánimo una esperanza que, aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos.

Hazan, que se quedaba por virey de Chipre, pensaba dar tantas dádivas al cadí, que vencido y obligado, le diese la cautiva. Alí imaginó de hacer un hecho que le aseguró salir con lo que deseaba, y teniendo por cierto cada cual su designio, vinieron con facilidad en lo que el cadí quiso, y de consentimiento y voluntad de los dos, se la entregaron luego, y pagaron al judío cada uno dos mil doblas: dijo el judío que no la habia de dar con los vestidos que tenia, porque valian otras dos mil doblas; y asi era la verdad, á causa que en los cabellos (que parte por las espaldas sueltos traia, y parte atados y enlazados por la frente) se parecian algunas hileras de perlas que con extremada gracia se enredaban con ellos: las manillas de los pies y manos asimismo venian llenas de gruesas perlas: el vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro: en fin, les pareció á todos que el judío anduvo corto en el precio que pidió por el vestido, y el cadí, por no mostrarse menos liberal que los dos bajáes, dijo que él queria pagarle, porque de aquella manera se presentase al Gran Señor la cristiana: tuviéronlo por bien los dos competidores, creyendo cada uno que todo habia de venir á su poder. Falta ahora por decir lo que sintió Ricardo de ver andar en almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel punto le vinieron, y los temores que le sobresaltaron viendo que el haber hallado á su querida prenda era mas para perderla: no sabia darse á entender si estaba dormido ó despierto, no dando crédito á sus mismos ojos de lo que veian; porque le parecia cosa imposible ver tan impensadamente delante dellos á la que pensaba que para siempre

los habia cerrado: llegóse en esto á su amigo Mahamut, y díjole: ¿No la conoces, amigo? No la conozco, dijo Mahamut. Pues has de saber, replicó Ricardo, que es Leonisa. ¿Que es lo que dices, Ricardo? dijo Mahamut. Lo que has oido, dijo Ricardo. Pues calla, y no la descubras, dijo Mahamut; que la ventura va ordenando que la tengas buena y próspera, porque ella va á poder de mi amo. ¿Parécete, dijo Ricardo, que será bien ponerme en parte donde pueda ser visto? No, dijo Mahamut, porque no la sobresaltes ó te sobresaltes, y no vengas á dar indicio de que la conoces ni que la has visto; que podria ser que redundase en perjuicio de mi designio. Seguiré tu parecer, respondió Ricardo; y asi anduvo huyendo de que sus ojos se encontrasen con los de Leonisa, la cual tenia



los suyos en tanto que esto pasaba, clavados en el suelo, derramando algunas lágrimas, cuyo valor podria competir con las orientales perlas. Llegóse el cadí á ella, y asiéndola de la mano, se la entregó á Mahamut; mandóle que la llevase á la ciudad y se la entregase á su señora Halima, y le dijese la tratase como esclava del Gran Señor: hízolo asi Mahamut, y dejó solo á Ricardo, que con los ojos fue siguiendo á su estrella hasta que se le encubrió con la nube de los muros de Nicosia. Llegóse al judío, y preguntóle que á dónde habia comprado, ó en qué modo habia venido á su poder aquella cautiva cristiana El judío le respondió que en la isla de Pantanalea la habia comprado á unos turcos que allí habian dado al través; y queriendo proseguir adelante, lo estorbó venirle á llamar de parte de los bajáes que querian preguntarle lo que Ricardo deseaba saber; y con esto se despidió dél.

En el camino que habia desde las tiendas á la ciudad, tuvo lugar Mahamut de preguntar á Leonisa en lengua italiana que de qué lugar era. La cual le respondió que de la ciudad de Trápana; preguntóle asimismo Mahamut, si conocia en aquella ciudad á un caballero rico y noble que se llamaba Ricardo. Oyendo lo cual Leonisa, dió un gran suspiro, y dijo: Sí conozco por mi mal. ¿Có-

mo por vuestro mal? dijo Mahamut. Porque él me conoció á mí por el suyo y por mi desventura, respondió Leonisa. ¿Y por ventura, preguntó Mahamut, conocísteis tambien en la misma ciudad á otro caballero de gentil disposicion, hijo de padres muy ricos, y él por su persona muy valiente, muy liberal y muy discreto, que se llamaba Cornelio? Tambien lo conozco, respondió Leonisa, y podré decir mas por mi mal que no á Ricardo; mas ¿quién sois vos, señor, que los conoceis y por ellos me preguntais? que sin duda el cielo, condolido de cuantos trabajos y fortunas hasta aquí he pasado, me ha echado á parte donde, ya que no se acaben, halle con quien me consuele en ellos. Soy, dijo Mahamut, natural de Palermo, que por varios accidentes estoy en este traje y vestido diferente del que yo solia traer, y conózcolos porque no há muchos dias que entrambos estuvieron en mi poder, que á Cornelio le cautivaron unos moros de Tripol de Berbería, y le vendieron á un turco que le trujo á esta isla, donde vino con mercancías, porque es mercader de Rodas, el cual fiaba de Cornelio toda su hacienda. Bien se la sabrá guardar, dijo Leonisa, porque sabe guardar muy bien la suya; pero decidme, señor, ¿cómo ó con quién vino Ricardo á esta isla? Vino, respondió Mahamut, con un corsario que le cautivó estando en un jardin de la marina de Trápana, y con él dijo que habia cautivado una doncella que nunca me quiso decir su nombre: estuvo aquí algunos dias con su amo, que iba á visitar el sepulcro de Mahoma, que está en la ciudad de Almedina, y al tiempo de la partida cayó Ricardo tan enfermo é indispuesto, que su amo me lo dejó por ser de mi tierra, para que le curase y tuviese cargo dél hasta su vuelta, ó que si por aquí no volviese, se le enviase á Constantinopla, que él me avisaria cuando allá estuviese; pero el cielo lo ordenó de otra manera, pues al sin ventura Ricardo, sin tener accidente alguno, en pocos dias se acabaron los de su vida, que tanto aborrecia, siempre llamando entre sí á una Leonisa, á quien él me habia dicho que queria mas que á su vida y á su alma; la cual Leonisa, me dijo que en una galeota que habia dado al través en la isla de Pantanalea se habia ahogado, cuya muerte siempre lloraba y siempre plañia, hasta que le trujo á término de perder la vida, que yo no le sentí enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma.

Decidme, señor, replicó Leonisa, ese mozo que decís, en las pláticas que trató con vos (que, como de una patria, debieron ser muchas) ¿nombró alguna vez á esa Leonisa, contó el modo con que á ella y á Ricardo cautivaron? Sí nombró, dijo Mahamut, y me preguntó si habia aportado por esta isla una cristiana dese nombre, de tales y tales señas, á la cual holgaria de hallar para rescatarla, si es que su amo se habia ya desengañado de que no era tan rica como él pensaba, aunque podria ser que por haberla gozado la tuviese en menos, que como no pasasen de trescientos ó cuatrocientos escudos, él los daria de muy buena gana por ella, porque un tiempo la habia tenido alguna aficion. Bien poca debia de ser, dijo Leonisa, pues no pasaba de cuatrocientos escudos: Mas liberal era Ricardo, y mas valiente y comedido: Dios perdone á quien fue causa desu muerte, que fui yo, que yo soy la sin ventura que él lloró por muerta; y sabe Dios si holgara de que él fuera vivo para pagarle con el sentimiento que viera que tenia de su desgracia el que él mostró de la mia: yo, señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio, y la bien llorada de Ricardo, que por muy muchos y varios casos he venido á este miserable estado en que me veo; y aunque es tan peligroso, siempre por favor del cielo he conservado en él la entereza de mi honor, con la cual vivo contenta en mi miseria: ahora no sé dónde estoy, ni quién es mi dueño, ni á dónde hande dar conmigo mis contrarios hados, por lo cual os ruego, señor, siquiera por la sangre que de cristiano teneis, me aconsejeis en mis trabajos; que puesto que el ser muchos me ha hecho algo advertida, sobrevienen cada momento tantos y tales, que no sé cómo me he de avenir con ellos. A lo cual respondió Mahamut que él haria lo que pudiese en servirla, aconsejando y ayudándola con su ingenio y con sus fuerzas; advirtiéndola de la diferencia que por su causa habian tenido los dos bajáes, y cómo quedaba en poder del cadí, su amo, para llevarla presentada al gran turco Selin, á Constantinopla: pero que antes que esto tuviese efeto, tenia esperanza en el verdadero Dios, en quien él creia, aunque mal cristiano, que lo habia de disponer de otra manera, y que la aconsejaba se hubiese bien con Halima, la mujer del cadí, su amo, en cuyo poder habia de estar hasta que la enviasen á Constantinopla, advirtiéndola de la condicion de Halima; y con éstas le dijo otras cosas de su provecho, hasta que la dejó en su casa y en poder de Halima, á quien dijo el recado de su amo. Recibióla bien la mora por verla tan bien aderezada y tan hermosa.

Mahamut se volvió á las tiendas á contar á Ricardo lo que con Leonisa le habia pasado; y hallándole, se lo contó todo punto por punto, y cuando llegó al del sentimiento que Leonisa habia hecho cuando le dijo que era muerto, casi se le vinieron las lágrimas á los ojos: díjole cómo habia fingido el cuento del cautiverio de Cornelio por ver lo que ella sentia: advirtióle la tibieza y malicia con que de Cornelio habia hablado: todo lo cual fue víctima para el afligido corazon de Ricardo, el cual dijo á Mahamut: Acuérdome, amigo Mahamut, de un cuento que me contó mi padre, que ya sabes cuán curioso fue, y oiste cuánta honra le hizo el emperador Cárlos V, á quien siempre sirvió en honrosos cargos de la guerra. Digo que me contó que cuando el emperador estuvo sobre Túnez, y la tomó con la fuerza de la Goleta, estando un dia en la campaña y en su tienda, le trujeron á presentar una mora por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentaron entraban algunos rayos del sol por una partes de la tienda y daban en los cabellos de la mora, que con los mismos del sol en ser rubios competian: cosa nueva en las moras, que siempre se precian de tenerlos ne-

gros; contaba que en aquella ocasion se hallaron en la tienda, entre otros muchos, dos caballeros españoles; el uno era andaluz, y el otro era catalan, ambos muy discretos, y ambos poetas; y habiéndola visto el andaluz, comenzó con admiracion á decir unos versos que ellos llaman coplas, con unas consonancias ó consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuvo sin darle fin ni á la copla ni á la sentencia, por no ofrecérsele tan de improviso los consonantes necesarios para acabarla; mas el otro caballero que estaba á su lado y habia oido los versos, viéndole suspenso, como si le hurtara la media copla de la boca, la prosiguió y acabó con las mismas consonancias, de que el emperador recibió particular contento; y esto mismo se me vino á la memoria cuando vi entrar á la hermosísima Leonisa por la tienda del bajá, no solamente escureciendo los rayos del sol si la tocaran, sino á todo el cielo con sus luces y estrellas. Paso, no mas, dijo Mahamut, detente, amigo Ricardo, que á cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella y hermosa Leonisa, que dejando de parecer cristiano, parezcas gentil: dime, si quieres, esos versos ó coplas, ó como tú los llamas, que despues de oirlos hablaremos en otras cosas que sean de mas gusto y aun quizá de mas provecho. En buen hora, dijo Ricardo, y vuélvote á advertir que los cinco versos dijo el uno, y los otros cinco el otro, todos de improviso, y son éstos:

Como cuando el asoma
Por una montaña baja,
Y de súpito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vida y la relaja:

Como la piedra balaja
Que no consiente carcoma;
Tal es el tu rostro, Aja,
Dura lanza de Mahoma,
Que las mis entrañas raja.

Bien me suenan al oido, dijo Mahamut, y mejor me suena y me parece que estés para decir versos, Ricardo, porque el decirlos ó el de hacerlos requiere ánimos desapasionados: tambien se suelen, respondió Ricardo, llorar endechas, como cantar himnos, y todo es decir versos; pero dejando esto aparte, dime qué piensas hacer en nuestro negocio, que puesto que no entendí lo que los bajáes trataron en la tienda, en tanto que tú llevaste á Leonisa, me lo contó un renegado de mi amo, veneciano, que se halló presente, y entiende bien la lengua turquesca: y lo que es menester ante todas cosas es buscar traza cómo Leonisa no vaya á mano del Gran Señor. Lo primero que se ha de hacer, respondió Mahamut, es que tú vengas á poder de mi amo, que esto hecho, despues nos aconsejaremos en lo que mas nos conviniere: en esto vino el guardian de los cautivos cristianos de Hazan, y llevó consigo á Ricardo: el cadí volvió á la ciudad con Hazan, que en breves dias hizo la residencia de Alí, y se la dió cerrada y sellada, para que se fuese á Constantinopla: él se fué luego, dejando muy encargado al cadí, que con brevedad enviase la cautiva, escribiendo al Gran Señor de modo que le aprovechase para sus pretensiones. Prometióselo el cadí con traidoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiva: ido Alí lleno de falsas esperanzas, y quedando Hazan no vacío dellas, Mahamut hizo de modo que Ricardo vino á poder de su amo: íbanse los dias, y el deseo de ver á Leonisa apretaba tanto á Ricardo, que no alcanzaba un punto de sosiego; mudóse Ricardo el nombre en el de Mario, porque no llegase el suyo á oidos de Leonisa antes que él la viese, y el verla era muy dificultoso á causa que los moros son en estremo celosos, y encubren de todos los hombres los rostros de sus mujeres, puesto que en mostrarse ellas á los cristianos no se les hace de mal, quizá debe de ser que por ser cautivos no los tienen por hombres cabales.

Avino, pues, que un dia la señora Halima vió á su esclavo Mario, y tan visto y tan mirado fue, que se le quedó grabado en el corazon y fijo en la memoria: y quizá poco contenta de los abrazos flojos de su anciano marido, con facilidad dió lugar á un mal deseo, y con la misma dió cuenta dél á Leonisa, á quien ya queria mucho por su agradable condicion y proceder discreto, y tratábala con mucho respeto, por ser prenda del Gran Señor: díjole cómo el cadí habia traido á casa un cautivo cristiano de tan gentil donaire y parecer, que á sus ojos no habia visto mas lindo hombre en toda su vida, y que decian que era chilibí, que quiere decir caballero, y de la misma tierra de Mahamut su renegado, y que no sabia cómo darle á entender su voluntad, sin que el cristiano la tuviese en poco por habérsela declarado: preguntóle Leonisa cómo se llamaba el cautivo, y díjole Halima que se llamaba Mario; á lo cual replicó Leonisa: Si él fuera caballero y del lugar que dicen, yo le conociera; mas dese nombre Mario no hay ninguno en Trápana; pero haz, señora, que yo le vea y hable, que te diré quién es y lo que dél se puede esperar; así será, dijo Halima, porque el viernes, cuando esté el cadí haciendo la zala en la mezquita, le haré entrar acá dentro, donde le podrás hablar á solas, y si te pareciere darle indicios de mi deseo, harásIo por el mejor modo que pudieres. Esto dijo Halima á Leonisa, y no habian pasado dos horas cuando el cadí llamó á Mahamut y á Mario, y con no menos eficacia que Halima habia descubierto su pecho á Leonisa, descubrió el enamorado viejo el suyo á sus dos esclavos, pidiéndoles consejos en lo que haria para gozar de la cristiana, y cumplir con el Gran Señor, cuya ella era, diciéndoles que antes pensaba morir mil veces que entregarla al Gran Turco. Con tales afectos decia su pasion el religioso moro, que la puso en los corazones de sus dos esclavos, que todo lo contrario de lo que él pensaba, pensaban. Quedó puesto entre ellos que Mario, como hombre de su tierra, aunque habia dicho que no la conocia, tomase la mano en solicitarla y en declararle la voluntad suya, y cuando por este modo no se pudiese alcanzar, que usaria él de la fuerza, pues estaba en su poder; y esto hecho, con decir que era muerta se escusarian de enviarla á Constantinopla. Contentísimo quedó el cadí con el parecer de sus esclavos, y con la imaginada

alegría ofreció desde luego libertad á Mahamut, mandándole la mitad de su hacienda despues de sus dias: asimismo prometió á Mario, si alcanzaba lo que queria, libertad y dineros con que volviese á su tierra rico, honrado y contento: si él fue liberal en prometer, sus cautivos fueron pródigos, ofreciéndole de alcanzar la luna del cielo, cuanto mas á Leonisa, como él diese comodidad de hablarla: Esa daré yo á Mario cuanta él quisiere, respondió el cadí, porque haré que Halima se vaya en casa de sus padres, que son griegos cristianos, por algunos dias, y estando fuera, mandaré al portero que deje entrar á Mario dentro de casa todas las veces que él quisiere, y diré á Leonisa que bien podrá hablar con su paisano cuando le diere gusto: desta manera comenzó á volver el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su favor, sin saber lo que hacian sus mismos amos. Tomando, pues, entre los tres este apuntamiento, quien primero le puso en plática fue Halima, bien asi como mujer, cuya naturaleza es fácil y arrojadiza para todo aquello que es de su gusto.

Aquel mismo dia dijo el cadí á Halima que cuando quisiese podria irse á casa de sus padres á holgarse con ellos los dias que gustase; pero como ella estaba alborozada con las esperanzas que Leonisa le habia dado, no solo no se fuera á casa de sus padres, sino al fingido paraiso de Mahoma no quisiera irse; y asi le respondió que por entonces no tenia tal voluntad, y que cuando ella la tuviese lo diria, mas que habia de llevar consigo á la cautiva cristiana. Eso no, replicó el cadí, que no es bien que la prenda del Gran Señor sea vista de nadie, y mas que se le ha de quitar que converse concristianos, pues sabeis que en llegando á poder del Gran Señor la han de encerrar en el serrallo y volverla turca, quiera ó no quiera. Como ella ande conmigo, replicó Halima, no importa que esté en casa de mis padres, ni que comunique con ellos, que mas comunico yo, y no dejo por eso de ser buena turca; y mas que lo mas que pienso estar en su casa serán hasta cuatro ó cinco dias, porque el amor que os tengo no me dará licencia para estar tanto ausente y sin veros. No la quiso replicar el cadí por no darle ocasion de engendrar alguna sospecha de su intencion. Llegóse en esto el viernes, y él se fué á la mezquita, de la cual no podia salir en casi cuatro horas; y apenas le vió



Halima apartado de los umbrales de casa, cuando mandó llamar á Mario; mas no le dejara entrar un cristiano corso que servia de portero en la puerta del patio, si Halima no le diera voces que le dejase, y asi entró confuso y temblando como si fuera á pelear con un ejército de enemigos.

Estaba Leonisa del mismo modo y traje que cuando entró en la tienda del bajá, sentada al pie de una escalera grande de mármol, que á los corredores subia: tenia la cabeza inclinada sobre la palma de la mano derecha y el brazo sobre las rodillas, los ojos á la parte contraria de la puerta por donde entró Mario, de manera que aunque él iba hácia la parte donde ella estaba, ella no le veia. Asi como entró Ricardo, paseó toda la casa con los ojos, y no vió en toda ella sino un mudo y sosegado silencio, hasta que paró la vista donde Leonisa estaba: en un instante al enamorado Ricardo le sobrevinieron tantos pensamientos, que le suspendieron y alegraron, considerándose veinte pasos á su parecer, ó poco mas, desviado de su felicidad y contento; considerábase cautivo, y á su gloria en poder ageno: estas cosas revolviendo entre sí mismo, se movia poco á poco, y con temor y sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado se iba llegando al centro en donde estaba el de su alegría, cuando á deshora volvió el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Ricardo que atentamente la miraba: mas cuando la vista de los dos se encontraron, con diferentes efectos dieron señal de lo que sus almas habian sentido.

Ricardo se paró, y no pudo echar pie adelante. Leonisa, que por la relacion de Mahamut tenia á Ricardo por muerto, y el verle vivo tan no esperadamente la llenó de temor y espanto, sin quitar dél los ojos ni volver las espaldas volvió atrás cuatro ó cinco escalones, y sacando una pequeña cruz del seno, la besaba muchas veces, y se santiguó infinitas, como si alguna fantasma ú otra cosa del otro mundo estuviera mirando. Volvió Ricardo de su embelesamiento, y conoció por lo que Leonisa hacia la verdadera causa de su temor, y asi la dijo: A mí me pesa, oh hermosa Leonisa, que no hayan sido verdad las nuevas que de mi muerte te dió Mahamut, porque con ella excusara

los temores que ahora tengo de pensar si todavía está en su ser y entereza el rigor que contínuo has usado conmigo. Sosiégate, señora, y baja, y si te atreves á hacer lo que nunca hiciste, que es llegarte á mí, llega y verás que no soy cuerpo fantástico: Ricardo soy, Leonisa, Ricardo, el de tanta ventura cuanta tú quisieres que tenga.

Púsose Leonisa en esto el dedo en la boca, por lo cual entendió Ricardo que era señal de que callase ó hablase mas quedo; y tomando algun poco de ánimo, se fué llegando á ella en distancia que pudo oir estas razones: Habla paso, Mario, que asi me parece que te llamas ahora, y no trates de otra cosa de la que yo te tratare: y advierte que podria ser que el habernos oido fuese parte para que nunca nos volviésemos á ver: Halima, nuestra ama, creo que nos escucha, la cual me ha dicho que te adora: hame puesto por intercesora de su deseo: si á él quisieres corresponder, aprovecharte há mas para el cuerpo que para el alma: y cuando no quieras, es forzoso que lo finjas, siquiera porque yo te lo ruego y por lo que merecen deseos de mujer declarados. A esto respondió Ricardo: Jamás pensé ni pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa que me pidieras trujera consigo imposible de cumplirla; pero la que me pides me ha desengañado: ¿es por ventura la voluntad tan ligera que se pueda mover y llevar donde quisieran llevarla? ¿ó estarle há bien al varon honrado y verdadero fingir en cosas de tanto peso? Si á tí te parece que alguna destas cosas se debe ó puede hacer, haz lo que mas gustares, pues eres señora de mi voluntad; mas ya sé que tambien me engañas en esto, pues jamás la has conocido, y asi no sabes lo que has de hacer della; pero á trueco que no digas que en la primera cosa que me mandaste dejaste de ser obedecida, yo perderé del derecho que debo á ser quien soy, y satisfaré tu deseo y el de Halima fingidamente como dices, si es que se ha de granjear con esto el bien de verte; y asi finge tú las respuestas á tu gusto, que desde aquí las firma y confirma mi fingida voluntad: y en pago desto que por tí hago, que es lo mas que á mi parecer podré hacer aunque de nuevo te dé el alma que tantas veces te he dado, te ruego que brevemente me digas cómo escapaste de las manos de los cosarios, y cómo veniste á las del judío que te vendió.

Mas espacio, respondió Leonisa, pide el cuento de mis desgracias; pero con todo eso te quiero satisfacer en algo: sabrás pues que á cabo de un dia que nos apartamos, volvió el bajel de Yzuf con un recio viento á la misma isla de la Pantanalea, donde tambien vimos á vuestra galeota; pero la nuestra sin poderlo remediar embistió en las peñas: viendo pues mi amo tan á los ojos su perdicion, vació con gran presteza dos barriles que estaban llenos de agua, tapólos muy bien, y atólos con cuerdas el uno con el otro, púsome á mí entre ellos, desnudóse luego, y tomando otro barril entre los brazos, se ató con un cordel el cuerpo, y con el mismo cordel dió cabo á mis barriles, y con grande ánimo se arrojó á la mar, llevándome tras sí: yo no tuve ánimo para arrojarme, que otro turco me impelió y me arrojó tras Yzuf, donde caí sin ningun sentido, ni volví en mí hasta que me hallé en tierra en brazos de dos turcos, que vuelta la boca al suelo me tenian, derramando gran cantidad de agua que habia bebido: abrí los ojos atónita y espantada, y vi á Yzuf junto á mí, hecha la cabeza pedazos, que segun despues supe, al llegar á tierra dió con ella en las peñas, donde acabó la vida; los turcos asimismo me dijeron que tirando de la cuerda me sacaron á tierra casi ahogada: solas ocho personas se escaparon de la desdichada galeota: ocho dias estuvimos en la isla, guardándome los turcos el mismo respeto que si fuera su hermana, y aun mas: estábamos escondidos en una cueva, temerosos ellos que no bajasen de una fuerza de cristianos que está en la isla, y los cautivasen: sustentáronse con el bizcocho mojado que la mar echó á la orilla, de lo que llevaban en la galeota, lo cual salian á coger de noche: ordenó la suerte para mayor mal mio, que la fuerza estuviese sin capitan, que pocos dias habia que era muerto, y en la fuerza no habia sino veinte soldados: esto se supo de un muchacho que los turcos cautivaron, que bajó de la fuerza á coger conchas á la marina: á los ocho dias llegó á aquella costa un bajel de moros que ellos llaman caramuzales; viéronle los turcos, y salieron de donde estaban, haciendo señas al bajel que estaba cerca de tierra, tanto que conoció ser turcos los que los llamaban: ellos contaron sus desgracias, y los moros los recibieron en su bajel, en el cual venia un judío, riquísimo mercader, que toda la mercancía del bajel ó la mas era suya; era de barraganes y alquiceles, y de otras cosas que de Berbería se llevan á Levante, en que ordinariamente tratan los judíos: en el mismo bajel los turcos se fueron á Tripol, y en el camino me vendieron al judío que dió por mí dos mil doblas, precio excesivo, si no le hiciera liberal el amor que el judío me descubrió: dejando pues los turcos en Tripol, tornó el bajel á hacer su viaje, y el judío dió en solicitarme descaradamente: yo le hice la cara que merecian sus torpes deseos: viéndose pues desesperado de alcanzarlos, determinó de deshacerse de mí en la primera ocasion que se le ofreciese; y sabiendo que los dos bajáes Alí y Hazan, estaban en aquella isla, donde podia vender su mercaduría tan bien como en Xio, en quien pensaba venderla, se vino aquí con intencion de venderme á alguno de los bajáes, y por eso me vistió de la manera que ahora me ves, por aficionarles la voluntad á que me comprasen: he sabido que me ha comprado este cadí para llevarme á presentar al Gran Turco, de que estoy no poco temerosa: aquí he sabido de tu fingida muerte, y séte decir, si lo quieres creer, que me pesó en el alma, y que te tuve mas envidia que lástima, y no por quererte mal, que ya que soy desamorada, no soy ingrata ni desconocida, sino porque habias acabado con la tragedia de tu vida. No dices mal, señora, respondió Ricardo, si la muerte no me hubiera estorbado el bien de volver á verte; que ahora en mas estimo este instante de gloria que gozo en mirarte, que otra ventura, como no fuera la eterna, que en la vida ó en la

muerte pudiera asegurarme mi deseo: el que tiene mi amo el cadí, á cuyo poder he venido por no menos varios accidentes que los tuyos, es el mismo para contigo que para conmigo lo es el de Halima: háme puesto á mí por intérprete de sus pensamientos, accepté la empresa no por darle gusto, sino por el que granjeaba en la comodidad de hablarte; porque veas, Leonisa, el término á que nuestras desgracias nos han traido, á tí á ser medianera de un imposible que en lo que me pides conoces: á mí á serlo tambien de la cosa que menos pensé, y de la que daré por no alcanzarla la vida, que ahora estimo en lo que vale la alta ventura de verte. No sé que te diga, Ricardo, replicó Leonisa, ni qué salida se tome al laberinto donde, como dices, nuestra corta ventura nos tiene puestos: solo sé decir que es menester usar en esto lo que de nuestra condicion no se puede esperar, que es el fingimiento y engaño, y asi digo que de tí daré á Halima algunas razones que antes la entretengan que desesperen: tú de mí podrás decir al cadí lo que para seguridad de mi honor y de su engaño vieres que mas convenga; y pues yo pongo mi honor en tus manos, bien puedes creer dél que le tengo con la entereza y verdad que podian poner en duda tantos caminos como he andado y tantos combates como he sufrido: el hablarnos será fácil, y á mí será de grandísimo gusto el hacello, con presupuesto que jamás me has de tratar cosa que á tu declarada pretension pertenezca, que en la hora que tal hicieres, en la misma me despepiré de verte, porque no quiero que pienses que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer con él la cautividad lo que la libertad no pudo: como el oro tengo de ser con el favor del cielo, que mientras mas se acrisola, queda con mas pureza y mas limpio: conténtate con que he dicho que no me dará como solia fastidio tu vista; porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumias de tí algo mas de lo que debias: confieso tambien que me engañaba, y que podria ser que hacer ahora la experiencia me pusiese la verdad delante de los ojos el desengaño, y estando desengañada, fuese con ser honesta mas humana: véte con Dios, que temo no nos haya escuchado Halima, la cual entiende algo de la lengua cristiana, ó á lo menos de aquella mezcla de lenguas que se usa, con que todos nos entendemos. Dices muy bien, señora, respondió Ricardo, y agradézcote infinito el desengaño que me has dado, que le estimo en tanto como la merced que me haces en dejarme verte, y como tú dices, quizá la experiencia te dará á entender cuán llana es mi condicion y cuán humilde, especialmente para adorarte, y sin que tú pusieras término ni raya á mi trato, fuera él tan honesto para contigo, que no acertaras á desearle mejor: en lo que toca á entretener al cadí, vive descuidada; haz tú lo mismo con Halima, y entiende, señora, que despues que te he visto ha nacido en mí una esperanza tal, que me asegura que presto hemos de alcanzar la libertad deseada: y con esto quédate á Dios, que otra vez te contaré los rodeos por donde la fortuna me trujo á este estado despues que de tí me aparté, ó por mejor decir, me apartaron. Con esto se despidieron, y quedó Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo, y él contentísimo de haber oido una palabra de la boca de Leonisa sin aspereza.

Estaba Halima cerrada en su aposento, rogando á Mahoma trujese Leonisa buen despacho de lo que le habia encomendado: el cadí estaba en la mezquita recompensando con los suyos los deseos de su mujer, teniéndolos solícitos y colgados de la respuesta que esperaba oir de su esclavo, á quien habia dejado encargado hablase á Leonisa, pues para poderlo hacer le daria comodidad Mahamut, aunque Halima estuviese en casa. Leonisa acrecentó en Halima el torpe deseo y deshonesto amor, dándole muy buenas esperanzas que Mario haria todo lo que pudiese, pero que habia de dejar pasar primero dos lunas antes que concediese con lo que deseaba él mucho mas que ella, y este tiempo y término pedia á causa que hacia una plegaria y oracion á Dios para que le diese libertad. Contentóse Halima de la disculpa y de la relacion de su querido Mario, á quien ella diera libertad antes del término del voto, como él condescendiera con su deseo: y asi rogó á Leonisa le rogase dispensase con el tiempo, y acortase la dilacion, que ella le ofrecia cuanto el cadí pidiese por su rescate. Antes que Ricardo respondiese á su amo, se aconsejó con Mahamut de qué le responderia: y acordaron entre los dos que le desesperase y le aconsejase que lo mas presto que pudiese la llevase á Constantinopla, y que en el camino ó por grado ó por fuerza alcanzaria su deseo; y que para el inconveniente que se podia ofrecer de cumplir con el Gran Señor, seria bueno comprar otra esclava, y en el viaje fingir ó hacer de modo cómo Leonisa cayese enferma, y que una noche echarian la cristiana comprada á la mar, diciendo que era Leonisa la cautiva del Gran Señor que se habia muerto; y que esto se podia hacer y se haria en modo que jamás la verdad fuese descubierta, y él quedase sin culpa con el Gran Señor, y con el cumplimiento de su voluntad; y que para la duracion de su gusto despues se daria traza conveniente y mas provechosa.

Estaba tan ciego el mísero y anciano cadí, que si otros mil disparates le dijeran, como fueran encaminados á cumplir sus esperanzas, todos los creyera, cuanto mas que le parecció que todo lo que le decian llevaba buen camino y prometia próspero suceso: y asi era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera levantarse con el bajel y darle á él la muerte en pago de sus locos pensamientos. Ofreciósele al cadí otra dificultad á su parecer mayor de las que en aquel caso se le podian ofrecer; y era pensar que su mujer Halima no le habia de dejar ir á Constantinopla, si no la llevaba consigo; pero presto la facilitó, diciendo que en cambio de la cristiana que habian de comprar para que muriese por Leonisa, serviria Halima, de quien deseaba librarse mas que de la muerte. Con la misma facilidad que él lo pensó, con la misma se lo concedieron Mahamut y Ricardo; y

quedando firmes en esto, aquel mismo dia dió cuenta el cadí á Halima del viaje que pensaba hacer á Constantinopla á llevar la cristiana al Gran Señor, de cuya liberalidad esperaba que le hiciese gran cadí del Cairo ó de Constantinopla. Halima le dijo que le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dejaria á Mario en casa; mas cuando el cadí la certificó que le habia de llevar consigo y á Mahamut tambien, tornó á mudar de parecer, y á desaconsejarle lo que primero le habia aconsejado, con las mas eficaces razones que su deseo le supo enseñar. En resolucion concluyó que si no la llevaba consigo, no pensaba dejarle ir en ninguna manera. Contentóse el cadí de hacer lo que ella queria, porque pensaba sacudir presto de su cuello aquella para él tan pesada carga.

No se descuidaba en este tiempo Hazan bajá de solicitar al cadí le entregase la esclava, ofreciéndole montes de oro, y habiéndole dado á Ricardo de balde, cuyo rescate apreciaba en dos mil escudos, facilitábale la entrega con la misma industria que él se habia imaginado de hacer muerta la cautiva cuando el Gran Turco enviase por ella. Todas estas dádivas y promesas aprovecharon con el cadí no mas de ponerle en la voluntad que abreviase su partida; y asi solicitado de su deseo y de las importunaciones de Hazan, y aun de las de Halima, que tambien fabricaba en el aire vanas esperanzas, dentro de veinte dias aderezó un bergantin de quince bancos, y le armó de buenas boyas, moros y algunos cristianos griegos; embarcó en él toda su riqueza, y Halima no dejó en su casa cosa de momento, y rogó á su marido que la dejase llevar consigo á sus padres para que viesen á Constantinopla: era la intencion de Halima la misma que la de Mahamut, hacer con él y con Ricardo que en el camino se alzasen con el bergantin; pero no les quiso declarar su pensamiento hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse á tierra de cristianos, y volverse á lo que primero habia sido, y casarse con Ricardo, pues era de creer que llevando tantas riquezas consigo, y volviéndose cristiana, no dejaria de tomarla por mujer. En este tiempo habló otra vez Ricardo con Leonisa, y le declaró toda su intencion, y ella le dijo la que tenia Halima, que con ella habia comunicado: encomendáronse los dos el secreto, y encomendándose á Dios, esperaban el dia de la partida: el cual llegado, salió Hazan acompañándolos hasta la marina con todos sus soldados, y no les dejó hasta que se hicieron á la vela, ni aun quitó los ojos del bergantin hasta perderle de vista; y parece que el aire de los suspiros que el enamorado moro arrojaba, impelia con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma; mas como aquel á quien el amor habia tanto tiempo que sosegar no le dejaba, pensando en lo que habia de hacer para no morir á manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo discurso y resoluta determinacion tenia pensado: y asi en un bajel de diez y siete bancos, que en otro puerto habia hecho armar, puso en él cincuenta soldados, todos amigos y conocidos suyos, á quien él tenia obligados con muchas dádivas y promesas, y dióles órden que saliesen al camino y tomasen el bajel del cadí y sus riquezas, pasando á cuchillo cuantos en él iban, si no fuese á Leonisa la cautiva; que á ella sola queria por despojo aventajado á los muchos haberes que el bergantin llevaba: ordenóles tambien que le echasen á fondo, de manera que ninguna cosa quedase que pudiese dar indicio de su perdicion. La codicia del saco les puso alas en los pies y esfuerzo en el corazon, aunque bien vieron que poca defensa habian de hallar en los del bergantin, segun iban desarmados y sin sospecha de semejante acontecimiento.

Dos dias habia ya que el bergantin caminaba, que al cadí se le hicieron dos siglos, porque luego en el primero quisiera poner en efecto su determinacion; mas aconsejáronle sus esclavos que convenia primero hacer de suerte que Leonisa cayese mala, para dar color á su muerte, y que esto habia de ser con algunos dias de enfermedad: él no quisiera sino decir que habia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar á su mujer, y aplacar el fuego que las entrañas poco á poco le iba consumiendo; pero en efecto hubo de condescender con el parecer de los dos.

Ya en esto habia Halima declarado su intento á Mahamut y á Ricardo, y ellos estaban en ponerlo por obra al pasar de las cruces de Alejandría, ó al entrar de los castillos de la Natolia; pero fue tanta la priesa que el cadí les daba, que se ofrecieron de hacerlo en la primera comodidad que se les ofreciese; y un dia, al cabo de seis que navegaban y que ya le parecia al cadí que bastaba el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunó á sus esclavos que otro dia concluyesen con



Halima, y la arrojasen al mar amortajada, diciendo ser la cautiva del Gran Señor. Amaneciendo, pues, el dia en que segun la intencion de Mahamut y de Ricardo habia de ser el cumplimiento de

sus deseos, ó el fin de sus dias, descubrieron un bajel que á vela y remo les venia dando caza: temieron fuese de cosarios cristianos, de los cuales ni los unos ni los otros podian esperar buen suceso; porque de serlo, se temia ser los moros cautivos, y los cristianos, aunque quedasen con libertad, quedarian desnudos y robados; pero Mahamut y Ricardo con la libertad de Leonisa y de la de entrambos se contentaran: con todo esto que se imaginaban, temian la insolencia de la gente cosaria, pues jamás la que se dá á tales ejercicios, de cualquiera ley ó nacion que sea, deja de tener un ánimo cruel y una condicion insolente. Pusiéronse en defensa, sin dejar los remos de las manos y hacer todo cuanto pudiesen; pero pocas horas tardaron que vieron que les iban entrando, de modo que en menos de dos se les pusieron á tiro de cañon: viendo esto, amainaron, soltaron los remos, tomaron las armas, y los esperaron, aunque el cadí dijo que no temiesen, porque el bajel era turquesco, y que no les haria daño alguno: mandó poner luego una bandera blanca de paz en el peñol de la popa, porque le viesen los que ya ciegos y codiciosos venian con gran furia á embestir el mal defendido bergantin. Volvió en esto la cabeza Mahamut, y vió que de la parte de Poniente venia una galeota á su parecer de veinte bancos, y díjoselo al cadí, y algunos cristianos que iban al remo dijeron que el bajel que se descubria era de cristianos: todo lo cual les dobló la confusion y el miedo, y estaban suspensos sin saber lo que harian, temiendo y esperando el suceso que Dios quisiese darles. Paréceme que diera el cadí en aquel punto por hallarse en Nicosia toda la esperanza de su gusto: tanta era la confusion en que se hallaba, aunque le quitó presto della el bajel primero, que sin respeto de las banderas de paz ni de lo que á su religion debian, embistieron con el del cadí con tanta furia que estuvo poco en echarle á fondo: luego conoció el cadí los que le acometian, y vió que eran soldados de Nicosia, y adivinó lo que podia ser, y dióse por perdido y muerto; y si no fuera que los soldados se dieron antes á robar que á matar, ninguno quedara con vida; mas cuando ellos andaban mas encendidos y mas atentos en su robo, dió un turco voces, diciendo: Arma, soldados, que un bajel de cristianos nos embiste; así era la verdad, porque el bajel que descubrió el bergantin del cadí venia con insignias y banderas cristianescas, el cual llegó con toda furia á embestir el bajel de Hazan; pero antes que llegase, preguntó uno desde la proa en lengua turquesca, que qué bajel era aquel. Respondiéronle que era de Hazan bajá, virey de Chipre. Pues ¿cómo, replicó el turco, siendo vosotros mosolimanes, embestís y robais á ese bajel, que nosotros sabemos que va en él el cadí de Nicosia? A lo cual respondieron que ellos no sabian otra cosa mas de que el bajá les habia ordenado tomasen, y que ellos como sus soldados y obedientes habian hecho su mandamiento.

Satisfecho de lo que saber queria el capitan del segundo bajel que venia á la cristianesca, dejó de embestir al de Hazan, y acudió al del cadí, y á la primera rociada mató mas de diez turcos de los que dentro estaban, y luego le entró con grande ánimo y presteza; mas apenas hubieron puesto los pies dentro, cuando el cadí conoció que el que le embestia no era cristiano, sino Alí bajá, el enamorado de Leonisa; el cual con el mismo intento que Hazan, habia estado esperando su venida, y por no ser conocido habia hecho vestidos á sus soldados como cristianos, para que con esta industria fuese mas cubierto su hurto. El cadí que conoció las intenciones de los amantes y traidores, comenzó á grandes voces á decir su maldad, diciendo: ¿Qué es esto, traidor Alí bajá? ¿Cómo, siendo tú mosoliman (que quiere decir turco) me salteas como cristiano? Y vosotros, traidores soldados de Hazan, ¿qué demonio os ha movido á cometer tan grande insulto? ¿Cómo por cumplir el apetito lascivo del que aquí os envia, quereis ir contra vuestro natural señor? A estas palabras suspendieron todos las armas, y unos á otros se miraron y se conocieron, porque todos habian sido soldados de un mismo capitan y militado debajo de una bandera, y confundiéndose con las razones del cadí y con su mismo maleficio, se les embotaron los filos de los alfanjes y se les desmayaron los ánimos: solo Alí cerró los ojos y los oidos á todo, y arremetiendo al cadí, le dió una tal cuchillada en la cabeza, que si no fuera por la defensa que hicieron, cien varas de toca con que venia ceñida, sin duda se la partiera por medio; pero con todo le derribó entre los bancos del bajel, y al caer dijo el cadí: ¡Oh cruel renegado, enemigo de mi divino profeta, ¿y es posible que no ha de haber quien castigue tu crueldad y tu grande insolencia? ¿Cómo, maldito, has osado poner las manos y las armas en tu cadí, y en un ministro de Mahoma? Estas palabras añadieron fuerza á fuerza á las primeras, las cuales oidas de los soldados de Hazan, y movidos de temor que los soldados de Alí les habian de quitar la presa, que ya ellos por suya tenian, determinaron de ponerlo todo en aventura; y comenzando uno y siguiéndole todos, dieron en los soldados de Alí con tanta priesa, rencor y brío, que en poco espacio los pararon tales, que aunque eran muchos mas que ellos, los redujeron á número pequeño; pero los que quedaron, volviendo sobre sí, vengaron á sus compañeros, no dejando de los de Hazan apenas cuatro con vida, y éstos muy mal heridos.

Estábanlos mirando Ricardo y Mahamut, que de cuando en cuando sacaban la cabeza por el escotillon de la cámara de popa, por ver en qué paraba aquella grande herrería que sonaba; y viendo cómo los turcos estaban casi todos muertos, y los vivos mal heridos, y cuán fácilmente se podia dar cabo de todos, llamó Mahamut á dos sobrinos de Halima que ella habia hecho embarcar consigo, para que ayudasen á levantar el bajel, y con ellos y con su padre, tomando alfanjes de los muertos, saltaron en crujía, y apellidando libertad, libertad, y ayudados de las buenas

boyas, cristianos griegos, con facilidad y sin recebir herida los degollaron á todos, y pasando sobre la galeota de Alí que sin defensa estaba, fácilmente la rindieron y ganaron con cuanto en ella venia. De los que en el segundo encuentro murieron, fue de los primeros Alí bajá, que un turco en venganza del cadí le mató á cuchilladas: diéronse luego todos por consejo de Ricardo á pasar cuantas cosas habia de precio en su bajel y en el de Hazan á la galeota de Alí, que era bajel mayor y acomodado para cualquier cargo ó viaje, y ser los remeros cristianos, los cuales contentos con la alcanzada libertad y con muchas cosas que Ricardo repartió entre todos, se ofrecieron de llevarle hasta Trápana, y aun hasta el cabo del mundo, si quisiese: y con esto Mahamut y Ricardo llenos de gozo por el buen suceso, se fueron á la mora Halima, y la dijeron que si queria volverse á Chipre, que con las buenas boyas le armarian su mismo bajel, y le darian la mitad de las riquezas que habia embarcado; mas ella, que en tanta calamidad aun no habia perdido el cariño y amor que á Ricardo tenia, dijo que queria irse con ellos á tierra de cristianos, de lo cual sus padres se holgaron en extremo. El cadí volvió en su acuerdo, y le curaron como la ocasion les dió lugar, á quien tambien dijeron que escogiese una de dos: ó que se dejase llevar á tierra de cristianos, volverse en su mismo bajel á Nicosia. El respondió que ya que la fortuna le habia traido á tales términos, les agradecia la libertad que le daban, y que queria ir á Constantinopla á quejarse al Gran Señor del agravio que de Hazan y de Alí habia recebido; mas cuando supo que Halima le dejaba y se queria volver cristiana, estuvo en poco de perder el juicio. En resolucion le armaron su bajel, y le proveyeron de todas las cosas necesarias para su viaje, y aun le dieron algunos cequíes de los que habian sido suyos, y despidiéndose de todos con determinacion de volverse á Nicosia, pidió antes que se hiciese á la vela, que Leonisa le abrazase, que aquella merced y favor seria bastante para poner en olvido toda su desventura.



Todos suplicaron á Leonisa diese aquel favor á quien tanto la queria, pues en ello no iria contra el decoro de su honestidad: hizo Leonisa lo que le rogaron, y el cadí le pidió le pusiese las manos sobre la cabeza, porque él llevase esperanzas de sanar de su herida: en todo le contentó Leonisa. Hecho esto, y habiendo dado un barreno al bajel de Hazan, favoreciéndoles un levante fresco que parecia que llamaba las velas para entregarse en ellas, se las dieron, y en breves horas perdieron de vista al bajel del cadí, el cual con lágrimas en los ojos estaba mirando cómo se llevaban los vientos su hacienda, su gusto, su mujer y su alma. Con diferentes pensamientos de los del cadí navegaban Ricardo y Mahamut; y asi sin querer tocar en tierra en ninguna parte, pasaron á la vista de Alejandría de golfo lanzado, y sin amainar velas, y sin tener necesidad de aprovecharse de los remos, llegaron á la fuerte isla de Corfú, donde hicieron agua, y luego sin detenerse pasaron por los infamados riscos acroceraunos, y desde lejos al segundo dia descubrieron á Paquino, promontorio de la fertilísima Tinacria, á vista de la cual y de la insigne isla de Malta volaron, que no con menos ligereza navegaba el dichoso leño: en resolucion, bajando la isla, de allí á cuatro dias descubrieron la Lampadosa, y luego la isla donde se perdieron, con cuya vista se estremeció Leonisa, viniéndole á la memoria el peligro en que ella se habia visto: otro dia vieron delante de sí la deseada y amada patria, renovóse la alegría en sus corazones, alborotáronse sus espíritus con el nuevo contento, que es uno de los mayores que en esta vida se pueden tener, llegar despues de luengo cautiverio salvo y sano á su patria; y al que á éste se le puede igualar es el que se recibe de la victoria alcanzada de los enemigos. Habíase hallado en la galeota una caja llena de bandereta y flámulas de diversas colores de sedas, con las cuales hizo Ricardo adornar la galeota: poco despues de amanecer seria, cuando se hallaron á menos de una legua de la ciudad, y bogando á cuarteles, y al-

zando de cuando en cuando alegres voces y gritos, se iban llegando al puerto, en el cual en un instante pareció infinita gente del pueblo, que habiendo visto cómo aquel bien adornado bajel tan de espacio se llegaba á tierra, no quedó gente en toda la ciudad que dejase de salir á la marina.

En este entre tanto habia Ricardo pedido y suplicado á Leonisa, que se adornase y vistiese de la misma manera que cuando entró en la tienda de los bajáes; porque queria hacer una graciosa burla á sus padres. Hízolo asi, y añadiendo galas á galas, perlas á perlas, y belleza á belleza, que suele acrecentarse con el contento, se vistió de modo que de nuevo causó admiracion y maravilla: vistióse asimismo Ricardo á la turquesca, y lo mismo hizo Mahamut, y todos los cristianos del remo, que para todos hubo en los vestidos de los turcos muertos: cuando llegaron al puerto serian las ocho de la mañana, que tan serena y clara se mostraba, que parecia que estaba atenta y mirando aquella alegre entrada. Antes de entrar en el puerto hizo Ricardo disparar las piezas de la galeota, que eran un cañon de crujía y dos falconetes: respondió la ciudad con otras tantas. Estaba toda la gente confusa, esperando llegase el bizarro bajel; pero cuando vieron de cerca que era turquesco, porque se divisaban los blancos turbantes de los que moros parecian, temerosos y con sospecha de algun engaño, tomaron las armas y acudieron al puerto todos los que en la ciudad son de milicia, y la gente de á caballo se tendió por toda la marina: de todo lo cual recebieron gran contento los que poco á poco se fueron llegando hasta entrar en el puerto, dando fondo junto á tierra, y arrojando en ella la plancha, soltando á una los remos, todos uno á uno, como en procesion, salieron á tierra, la cual con lágrimas de alegría besaron una y muchas veces, señal clara que dió á entender ser cristianos que con aquel bajel se habian alzado: á la postre de todos salieron el padre y madre de Halima, y sus dos sobrinos, como está dicho, vestidos á la turquesca: hizo fin y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con un tafetan carmesí: traíanla en medio Ricardo y Mahamut, cuyo espectáculo llevó tras sí los ojos de toda aquella infinita multitud que los miraba. En llegando á tierra hicieron como los demás, besándola postrados por el suelo. En esto llegó á ellos el capitan y gobernador de la ciudad, que bien conoció que eran los principales de todos; mas apenas hubo llegado, cuando conoció á Ricardo, y corrió con los brazos abiertos y con señales de grandísimo contento á abrazarle. Llegaron con el gobernador, Cornelio y su padre, y los de Leonisa con todos sus parientes y los de Ricardo, que todos eran los mas principales de la ciudad: abrazó Ricardo al gobernador, y respondió á todos los parabienes que le daban: trabó de la mano á Cornelio (el cual como le conoció y se vió asido dél, perdió la color del rostro, y casi comenzó á temblar de miedo), y teniendo asimismo de la mano á Leonisa, dijo: Por cortesía os ruego, señores, que antes que entremos en la ciudad y en el templo á dar las debidas gracias á nuestro Señor de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheis ciertas razones que deciros quiero. A lo cual el gobernador respondió que dijese lo que quisiese, que todos le escucharian con gusto y con silencio. Rodeáronle luego todos los mas de los principales, y él alzando un poco la voz, dijo desta manera.

Bien se os debe acordar, señores, de la desgracia que algunos meses há en el jardin de las Salinas me sucedió con la pérdida de Leonisa: tambien no se habrá caido de la memoria la diligencia que yo puse en procurar su libertad, pues olvidándome de la mia, ofrecí por su rescate toda mi hacienda (aunque ésta que al parecer fue liberalidad, no puede ni debe redundar en mi alabanza, pues la daba por el rescate de mi alma); lo que despues acá á los dos ha sucedido requiere para mas tiempo otra sazon y coyuntura, y otra lengua no tan turbada como la mia: basta de deciros por ahora, que despues de varios y extraños acaecimientos, y despues de mil perdidas esperanzas de alcanzar remedio de nuestras desdichas, el piadoso cielo sin ningun merecimiento nuestro nos ha vuelto á la deseada patria, cuanto llenos de contento, colmados de riquezas: y no nace dellas ni de la libertad alcanzada el sin igual gusto que tengo, sino del que imagino que tiene ésta en paz y en guerra dulce enemiga mia, asi por verse libre, como por ver cómo ve el retrato de su alma: todavía me alegro de la general alegría que tienen los que me han sido compañeros en la miseria; y aunque las desventuras y tristes acontecimientos suelen mudar las condiciones y aniquilar los ánimos valerosos, no ha sido asi con el verdugo de mis buenas esperanzas; porque con mas valor y entereza que buenamente decirse puede, ha pasado el naufragio de sus desdichas y los encuentros de mis ardientes cuanto honestas importunaciones: en lo cual se verifica que mudan el cielo y no las costumbres los que en ellas tal vez hicieron asiento. De todo esto que he dicho, quiero inferir que yo le ofrecí mi hacienda en rescate, y le dí mi alma en mis deseos: dí traza en su libertad y aventuré por ellas mas que por la mia la vida, y todos éstos que en otro sugeto mas agradecido pudieran ser cargos de algun momento, no quiero yo que lo sean; solo quiero lo sea éste en que te pongo ahora; y diciendo esto, alzó la mano y con honesto comedimiento quitó el antifaz del rostro de Leonisa, que fue como quitarse la nube que tal vez cubre la hermosa claridad del sol; y prosiguió diciendo: Ves aquí, oh Cornelio, te entrego la prenda que tú debes de estimar sobre las cosas que son dignas de estimarse; y ves aquí tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido en la memoria: esta sí quiero que se tenga por liberalidad; en cuya comparacion dar la hacienda, la vida y la honra no es nada: recíbela, oh venturoso mancebo, recíbela; y si llega tu conocimiento á tanto que llegue á conocer valor tan grande, estímate por el mas venturoso de la tierra: con ella te daré asimismo todo cuanto me tocare de parte en lo que á todos el cielo nos ha dado, que bien creo que

pasará de treinta mil escudos: de todo puedes gozar á tu sabor con libertad, y quietud y descanso; y plega al cielo que sea por luengos y felices años: yo sin ventura, pues quedo sin Leonisa, gusto de quedar pobre; que á quien Leonisa le falta, la vida le sobra: y en diciendo esto calló, como si al paladar se hubiera pegado la lengua; pero desde allí á un poco, antes que ninguno hablase, dijo: ¡Válgame Dios, cómo los apretados trabajos turban los entendimientos! Yo, señores, con el deseo que tengo de hacer bien, no he mirado lo que he dicho, porque no es posible que nadie pueda demostrarse liberal de lo ageno: ¿qué jurisdiccion tengo yo en Leonisa para darla á otro? ¿cómo puedo ofrecer lo que está tan lejos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que á faltarle sus padres, que felices años vivan, ningun opósito tuviera su voluntad; y si se pudieran poner las obligaciones que como discreta debe de pensar que me tiene, desde aquí las borro, las cancelo y doy por ningunas; y asi de lo dicho me desdigo, y no doy á Cornelio nada, pues no puedo; solo confirmo la manda de mi hacienda hecha á Leonisa, sin querer otra recompensa sino que tenga por verdaderos mis honestos pensamientos, y que crea dellos que nunca se encaminaron ni miraron á otro punto, que el que pide su incomparable honestidad, su gran valor é infinita hermosura.

Calló Ricardo en diciendo esto; á lo cual Leonisa respondió en esta manera: Si algun favor, oh Ricardo, imaginas que yo hice á Cornelio en el tiempo que tú andabas de mí enamorado y celoso, imagina que fue tan honesto, como guiado por la voluntad y órden de mis padres, que atentos á que le moviesen á ser mi esposo, permitian que se los diese: si quedas desto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mí te ha mostrado la experiencia cerca de mi honestidad y recato: esto digo por



darte á entender, Ricardo, que siempre fui mia, sin estar sujeta á otro que á mis padres, á quien ahora humildemente, como es razon, suplico me den licencia y libertad para disponer la que tu mucha valentía y liberalidad me ha dado. Sus padres dijeron que se la daban, porque fiaban de su mucha discrecion que usaria della de modo que siempre redundase en su honra y en su provecho. Pues con esa licencia, prosiguió la discreta Leonisa, quiero que no se me haga de mal mostrarme desenvuelta á trueque de no mostrarme desagradecida: y asi, oh valiente Ricardo, mi voluntad hasta aquí recatada, perpleja y dudosa, se declara en favor tuyo; porque sepan los hombres que no todas las mujeres son ingratas, mostrándome yo siquiera agradecida: tuya soy, Ricardo, y tuya seré hasta la muerte, si otro mejor conocimiento no te mueve á negar la mano que de mi esposo te pido. Quedó como fuera de sí á estas razones Ricardo, y no supo ni pudo responder con otras á Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella y besarle las manos, que le tomó por fuerza muchas veces bañándoselas en tiernas y amorosas lágrimas: derramólas Cornelio de pesar, y de alegría los padres de Leonisa, y de admiracion y de contento todos los circunstantes: hallóse presente el obispo ó arzobispo de la ciudad, y con su bendicion y licencia los llevó al templo, y dispensando en el tiempo los desposó en el mismo punto. Derramóse la alegría por toda la ciudad, de la cual dieron muestra aquella noche infinitas luminarias, y otros muchos dias la dieron muchos juegos y regocijos que hicieron los parientes de Ricardo y de Leonisa. Reconciliáronse con la Iglesia, Mahamut y Halima, la cual imposibilitada de cumplir el deseo de verse esposa de Ricardo, se contentó con serlo de Mahamut. A sus padres y á los sobrinos de Halima dió la liberalidad de Ricardo, de las partes que se le cupieron del despojo, suficientemente con que viviesen. Todos en fin quedaron contentos, libres y satisfechos, y la fama de Ricardo, saliéndose de los términos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia y de otras muchas partes, debajo del nombre del Amante liberal, y aun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa, que fue ejemplo raro de discrecion, honestidad, recato y hermosura.

FIN DEL AMANTE LIBERAL.



RINCONETE Y CORTADILLO.

En la ventana del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de cartorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa no la tenian, los calzones eran de



lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran apargates tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que mas le servian de cormas, que de zapatos: traia el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la espalda, y ceñida por los pechos traia uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venia escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció, era un cuello de los que llamaban valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venian en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habia gastado las puntas, y porque durasen mas, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros: saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecia de mas edad dijo al mas pequeño: ¿De qué tierra es vuesa merced, s ñor gentilhombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Asi es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida. Y ¿sabe vuesa merced algun oficio? pregunto el grande: y el menor respondió: No sé otro sino que corro como una liebre, salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi cor e desa manera, respondió el menor, sino que mi padre por la misericordia del cielo es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa merced

bien sabe, son medias calzas con havampies, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, si no que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las mas perdidas, pero aun edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura: mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar. Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced há muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande: Pues yo le sé decir que soy uno de los mas secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último dia de nuestra vida, verdaderos amigos.

Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan: mi nombre es Pedro Rincon, mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo: algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daria ventaja en echar las bulas al que mas presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado mas al dinero de las bulas,



que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con mas dobleces que pañizuelo de desposado: vino el que tenia á cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la córte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron mas necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traia), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo, y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa: fuera desto aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien tambien llamaban el andaboba; que asi como vuesa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, asi puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola mas breve, es ésta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra: dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faltriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos: y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto; bien es verdad que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con personas



RINCONETE Y CORTADILLO.

tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo menos de un carro. Eso se borre, dijo Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos. Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias; y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia: y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro.

Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que queria hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fue darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada,



y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. A esta sazon pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua mas adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban á Sevilla que se viniesen con ellos. Allá vamos, dijo Rincon, y serviremos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren: y sin mas detenerse saltaron delante de las mulas, y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habia estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les habia oido decir que los naipes que traian eran falsos, se pelaba las barbas, y queria ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decia que era grandísima afrenta y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Rincon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo mas



del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas

de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasion tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la ciudad, que fue á la oracion y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traia un francés de la camarada, y asi con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol, y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el francés llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenian aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento; 'pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrian echado menos, y puesto en recaudo lo que le quedaba. Habíanse despedido antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habian sustentado; y otro dia vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del rio, porque era en tiempo de cargazon de flota, y habia en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas de por vida: echaron de ver los muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fue á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comia y bebia, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el mas mínimo bodegon de toda la ciudad, en la cual habia tantos y tan buenos. No les pareció mal á los dos amigos la relacion del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venia como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podian usar sin exámen: y preguntándole el asturiano qué habian de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios, ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartia la carne, pescado y fruta, en el costal el pan, y él les guió donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del francés lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales; avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir: por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador, los dias de pescado á la Pescadería y á la Costanilla, todas las tardes al rio, los jueves á la feria.

Toda esta leccion tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondian con discrecion y mesura: en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon. En nombre sea de Dios, dijeron ambos. Para bien se comience el oficio, dijo Rincon, que vuesa merced me estrena, señor mio. A lo cual respondió el soldado: la estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora. Pues cargue vuesa merced á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad. Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio: á lo cual respondió Rincon que por ser aquel el dia primero que le usaba, no le queria dejar tan presto hasta ver á lo menos lo que tenia de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y antes que á un canónigo: rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque tambien desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que mas importaba en aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido. Rincon abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venia algo hinchada, y dijo: Con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos mas; tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder: y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la habia tomado en el entre tanto que con él habia andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado: Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar per-

dida, si ya no es que vuesa merced la puso á ma recaudo. Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

Lo mismo digo yo, dijo Cortado: pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un dia viene tras otro dia, y donde las dan las toman, y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuestra merced sahumada. El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo: Cuanto mas que cartas de descomunion hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna órden sacra, parecermeia á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio. Y ¿cómo que ha cometido sacrilegio? dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito. Con su pan se lo coma, dijo Rincon á este punto, no le arriendo la ganancia, dia de juicio hay donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entonces se verá quién fue Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía: y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristan, por su vida? Renta la puta que me parió; y ¡estoy yo agora para decir lo que renta! respondió el sacristan con algun tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabeis algo, si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar. No me parece mal remedio ese, dijo Cortado, pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en dias del mundo, y esto le doy por hado. No hay que temer deso, respondió el sacristan, que lo tengo mas en la memeria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo; sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovia de su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo: y habiéndose ido el sacristan, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razon que comenzase, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacia que le repitiese la razon dos y tres veces.

Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras: este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traia entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos dias. Con esto se consoló algo el sacristan, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincon, que todo lo habia visto un poco apartado dél, y mas abajo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que habia pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincon; y llegándose á ellos les dijo: Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada, ó no? No entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon. ¿Qué, no entrevan, señores murcios? respondió el otro: No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios. ¿No lo entienden? dijo el mozo, pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores ¿si son vuesas mercedes ladrones? mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon. Si no se paga, respondió el mozo, á lo menos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y asi les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues asi es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la mas principal del mundo, será el mas acertado de todo él; y asi puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, segun lo que he oido decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio. Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo: eslo tanto, que en cuatro años que há que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no ha padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados; y de sesenta y dos en gurapas. En verdad, señor, dijo Rincon, que asi entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que asi les conviene saberlos como el pan de la boca: y asi les fue diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fue corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincon á su guia: ¿Es vuesa merced por ventura ladron? Si, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado: Cosa nueva es para mí, que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo cual respondió el mozo: Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y mas con la órden que tiene dada Moni-

podio á todos sus ahijados. Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios.

Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imágen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ansias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, asi los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten: sepan voacedes que cuatrero es ladron de bestias: ansia es el tormento: roznos los asnos, hablando con perdon: primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo: tenemos mas, que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia del viernes, ni tenemos conversacion con mujer que se llame María, el dia del sábado. De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced, ¿hácese otra restitucion, ú otra penitencia mas de la dicha? En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y asi el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto mas, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunion, jamás llegan á nuestra noticia, porque jamás vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino en los dias de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente. ¿Y con solo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena? Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo: ¿no es peor ser hereje, ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico? Sodomita querrá decir vuesa merced, respondió Rincon. Eso digo, dijo el mozo. Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuesas mercedes se quedan á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia. En buena sea, dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia; y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salio luego y los llamó, y ellos entraron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de lo mas fino: al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima no menos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada á la pared una imágen de nuestra Señora, destas de mala estampa, y mas abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y asi era la verdad.



Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear

por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con antojos que los hacian graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos: tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con grandísima devocion, se puso de rodillas ante la imágen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolucion en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios: llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de mas de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los cuales asi como entraron, pusieron los ojos al través en Rincon y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocian, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincon respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazon y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía: parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venia en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el vello que tenia en el pecho: traia cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traia unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos, el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda: atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el mas rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guia de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole: Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa meced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregacion. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que asi como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban, le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincon respondió: El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recebir algun hábito honroso. A lo cual respondió Monipodio: Vos, hijo mio, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decis, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ó le azotaron, ó otra cosa semejante, que por lo menos suena mal á los buenos oidos; y asi torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; auque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dijo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, asi dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las tales ánimas por via de naufragio: y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros vá huyendo por la calle, y detrás le van dando voces: al ladron, al ladron, deténganle, deténganle, uno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren asi en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos. Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre) que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aun gozan de la vida; si en ellas les alcanzáremos, daremos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como tambien apuntó vuesa merced en sus razones. Asi se hará, ó no quedará de mí pedazo, replicó Monipodio: y llamando á la guia, le dijo: Ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas? Sí, dijo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo pues á nuestro propósito, dijo Monipodio, querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad. Yo, res-

pondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano; entiéndeseme el reten: tengo vuena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al mas pintado, mejor que dos reales prestados. Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa y solo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro. Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete.

Y vos, Cortadillo, ¿qué sabeis? preguntó Monipodio. Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza. ¿Sabeis mas? dijo Monipodio. No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijais, hijo replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegareis, ni dejareis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que mas os convienere; y en esto del ánimo, ¿como os va, hijos? ¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio. Está bien, replicó Monipodio; pero querria yo que tambien le tuviésedes para sufrir si fuese menester media docena de ansias, sin desplegar los labios, y sin decir esta boca es mia. Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimos, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese mas letras un no que un sí. Alto, no es menester mas, dijo á esta sazon Monipodio: digo que sola esta razon me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que os sobrelleve el año del noviciado; Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecia todo: él respondió que por dallos contento á todos desde aquel punto se las concedia, advirtiéndoles que la estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene á saber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás con palabras muy comedidas las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo: El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguense, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló el alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó: ¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador? á mí, dijo el de la guia. Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuantos cuartos? Verdad es, dijo la guia, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase. No hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el mozo que no sabia della: comenzóse á encolerizar Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo: Nadie se burle con quebrantar la mas mínima cosa de nuestro órden, que le costará la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil: tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos: todo lo cual fue poner mas fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas. Viendo Rinconete pues tanta disension y alboroto, parecióle que seria bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristan, y dijo: Cese toda cuestion, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura: luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo: Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfaccion deste servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entera, tú dés una pierna della; mas disimula este buen alguacil en un dia, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y

Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas; afeitados los rostros llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y asi como entraron se fueron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traia una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia: ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traian algo con que mojar la canal maestra. Pues ¿habia de faltar, diestro mio? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa: no tardará mucho á venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido; y asi fue verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio; y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataria de lo que mas conviniese. A esto dijo la vieja que habia rezado á la imágen: Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias há que me trae loca, y mas, que antes que sea mediodía tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra señora de las Aguas, y al santo Crucifijo de santo Agustin, que no lo dejaria de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y asi me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació. Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, estése asi la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenárades, hijo, respondió la vieja,



y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino. Y ¿qué tal lo bebereis, madre mia? dijo á esta sazon la Escalanta, que asi se llamaba la compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo: mucho echaste hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que asi me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado: no hará, madre, respondió Monipodio, porque

es trasañejo. Asi lo espero yo en la Vírgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela. Yo sí tengo, señora Pipota, que este era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa, tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados: quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía (que por lo de los ojos tambien la tengo devocion), pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todo. Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Bien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los mas aprovechados y agradecidos.

Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: Holgaos, hijos, ahora que teneis tiempo: que vendrá la vejez y llorareis en ella los ratos que perdísteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles: y lo primero que sacó de la cesta fue un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul: serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fue Rinconete, que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: ¿Quien llama? respondieron de afuera: Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con menos estruendo y ruido: él dijo que asi lo haria. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y asi como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada.

Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado mas veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quien he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facinoroso é incorregible. Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que mas estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si asi es, y quieres venganza, no has menester mas que boquear. ¿Qué respeto? respondió Juliana: respetada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres: ¿con aquel habia yo de comer mas pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora vereis; y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco mas, las descubrió llenas de cardenales: desta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome mas que á la madre que le parió: y ¿por qué pensais que lo ha hecho? montas que le dí yo ocasion para ello: no por cierto, no lo hizo mas sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié mas de veinte y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podria tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la pretrina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dijo, que sepas, hérmana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entonces nos adoran; si no, confiésame una verdad por tu vida; despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia? ?Cómo una? respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con

él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido. No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver cuál te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte antes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero. En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo mas encarecer? ¡Ay! dijo á esta sazon la Juliana, no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero mas que á las telas de mi corazon, y hánme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en tí como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue. Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teniamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor, y así todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries: los viejos pidieron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenian bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que ¿de qué servian en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados? á lo cual respondió Monipodio que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban abispones, y que servian de andar de dia por toda la ciudad, abispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratacion ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponian; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar mas conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolucion dijo que era la gente de mas ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada dia oian misa con extraña devocion: y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los cuales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no. Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía. Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quien era, y preguntándolo,



respondieron: Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo: No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de

Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: Quítenmelo de delante á ese gesto de por demás, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que en todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decia desde afuera: No haya mas, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, ansí te veas casada. ¿Casada yo, malino? respondió la Cariharta; mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo seria yo con una notomia de muerte, que contigo. Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo. Y aun de cenar le daria yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca mas mis ojos te viesen. ¿No os digo yo? dijo Repolido; por Dios, que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda.

A esto dijo Monipodio: En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces: ¡ah, Juliana, ah niña, ah Cariharta mia, sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como él eso haga dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera. Si esto ha de ir por via de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguízaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio. Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacian burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera: Cualquiera que se riere ó se pensase reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal, si no lo remediaba; y asi poniéndose luego en medio dellos, dijo: No pasen mas adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí. Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer. Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabrémos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho; y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera. Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo: Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Júdas Macarelo en esto de la valentía? vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos; y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haria; el cual viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo: Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas cuando ven que se enojan los amigos. No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos. A esto dijo Monipodio: Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se dén las manos de amigos. Diéronselas luego; y la Escalanta quitándose un chapin comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapin.

Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas que puestas entre dos dedos y repicadas con gran lijereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba. Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entonces nunca la habian visto. Conociólo Maniferro, y díjoles: ¿Admíranse de la escoba? pues bien hacen: pues música mas presta y mas sin pesadumbre, ni mas barata, no se ha inventado en el mundo: en verdad que oí decir el otro dia á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni Marion, que subió sobre el delfin, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse, y aun voto á tal, que dice que la inventó un galan desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete, pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar: y asi era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valon,
Tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demás, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes mas,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cántese á lo llano, dijo á esta sazon Repolido, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para



qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta. Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música; enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolído, y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle.

Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó asi á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabian qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el alcalde se habia pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase alguno: como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recien venido, el cual dijo á Monipodio, que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado. Monipodio respondió que aun no sabia lo que se habia hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daria muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cu-

chillada de á catorce. ¿Cuál, respondió Chiquiznaque: es la de aquel mercader de la encrucijada? Esa es, dijo el caballero. Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la oracion: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenia tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruicion. Instruccion querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destruicion. Eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Mas quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efecto conmigo no se ha cumplido, como era razon, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos; y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traia puesta, diciéndole: Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan. Pues ¿á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo? ¡Qué bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refran? replicó el caballero. ¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can? y asi Beltran es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercebimiento de remate. Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y asi voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dijo Monipodio, mas que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho: quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia.

Monipodio la recebió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que solo tomó término de aquella noche. Fuése muy sa-



tisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traia en la capilla de la capa, y dióselc á Rinconete que leyese, porque él no sabia leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA.

La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos: están recebidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio: pasa adelante y mira donde dice: *Memoria de palos.* Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos.* Y mas abajo decia:

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis dias. Secutor, Maniferro.

Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della. ¿Hay mas, hijo? dijo Monipodio. Sí, otra, respondió Rinconete, que dice asi:

Al sastre corcobado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcobado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay mas, mocito? No, señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes.* Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicacion de nibelos, etc.

¿Qué dice mas abajo? dijo Monipodio. Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...* No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho. Asi es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun mas abajo dice: *clavazon de cuernos.* Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni á dónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo menos mas querria yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El esecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer mas de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto mas, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Asi es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor mas que de paso. Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie.

A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo, desdo la torre del Oro por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de menos habilidad que ellos salir cada dia con mas de veinte reales en menudos, amen de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes menos: este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacia, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo, Cortadillo bajon, y el dia, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto entró uno de los viejos abispones, y dijo: Vengo á decir á vuesas mercedes có-

mo agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta. Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las

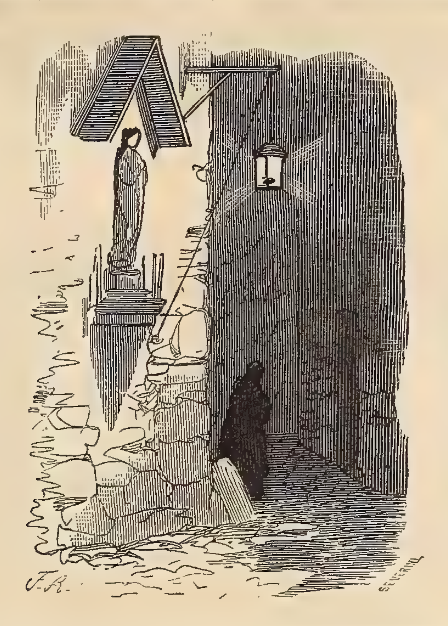


mejores y mas acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto há menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad que de allí podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persono. Ese judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; dias há que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene mas órdenes el ladron, que las que tiene el turco, ni sabe mas latin que mi madre: ¿hay mas de nuevo? No, dijo el viejo, á lo menos que yo sepa. Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria, y repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendicion los despidió encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque asi convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creia y pensaba Monipodio, habian de leer una licion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenia un buen natural, y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demás de su compañía y bendita comunidad; y mas cuando por decir *per modum sufragii*, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recebiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no menos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la

misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus po-



cos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden mas larga escritura, y asi se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

FIN DE RINCONETE Y CORTADILLO.



LA ESPAÑOLA INGLESA.

Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitan de una escuadra de navíos, llevó á Lóndres una niña de edad de siete años, poco mas ó menos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Essex, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela á sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que pues se contentaba con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres quedasen sin su hija, que era la lumbre de sus ojos, y la mas hermosa criatura que habia en toda la ciudad.

Mandó el conde echar bando por toda su armada, que sopena de la vida volviese la niña, cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes á que Clotaldo la obedeciese, que la tenia escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, á la incomparable hermosura de Isabela, que asi se llamaba la niña. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó á Lóndres, y entregó por riquísimo despojo á su mujer á la hermosa niña. Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinion de su reina. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana y prudente señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo cuanto le enseñaban: con el tiempo y con los regalos fue olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho; pero no tanto que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces, y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdia la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente españoles que hablasen con ella; desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Lóndres: despues de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron á leer y escribir mas que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fue en tañer todos los instrumentos que á una mujer son lícitos, y esto con toda perfeccion de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba.

Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella como á hijo de su señor queria y servia: al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la singular belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fue creciendo Isabela, que ya cuando Ricaredo ardia, tenia doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de mirarla, se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla: no porque aspirase á esto por otros medios que por los de ser su esposo, pues de la incomparable honestidad de Isabela (que asi la llamaban ellos) no se podia esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera; porque la noble condicion suya y la estimacion en que á Isabela tenia, no consentian que ningun mal pensamiento echase raices en su alma: mil veces determinó manifestar su voluntad á sus padres, y otras tantas no aprobó su determinacion, porque él sabia que le tenian dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asimismo secreta cristiana como ellos; y estaba claro, segun él decia, que no habian de querer dar á una esclava (si este nombre se podia dar á Isabela) lo que ya tenian concertado de dar á una señora: y asi perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso á punto de perderla; pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algun género de remedio á su dolencia, se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela.

Andaban todos los de su casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, asi por no tener otro, como porque lo mere-

cia su mucha virtud y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni queria descubrírsela. En fin, puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un dia que entró Isabela á servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada la dijo: Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como me ves; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responda el tuyo á mi buen deseo, que no es otro que el de recebirte por mi esposa á hurto de mis padres, de los cuales temo que, por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego como verdadero y



católico cristiano de ser tuyo; que puesto que no llegue á gozarte, como no llegaré hasta que con bendicion de la Iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mia, será bastante á darme salud y á mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo.

En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura, y á su mucha discrecion su recato; y asi viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta le respondió desta suerte: Despues que quiso el rigor ó la clemencia del cielo (que no sé á cuál destos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres, señor Ricaredo, y darme á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamás mi voluntad saliese de la suya, y asi sin ella tendria no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que quereis hacerme; si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto que esto se dilate, ó no fuere, entretenga vuestros deseos saber que los mios serán eternos y limpios en desearos el bien que el cielo puede daros. Aquí puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron á revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. Despidiéronse los dos cortesmente: él con lágrimas en los ojos, ella con admiracion en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo; el cual levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles mas tiempos ocultos sus pensamientos: y asi un dia se los manifestó á su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fue larga, que si no le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa: con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella tambien venia; y asi fue, que diciendo á su marido las mismas razones que á ella habia dicho su hijo, con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenia concertado con la doncella de Escocia. A esta sazon tenia Isabela catorce, y Ricaredo veinte años, y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discrecion y conocida prudencia los hacia ancianos.

Cuatro dias faltaban para llegarse aquel en el cual los padres de Ricaredo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecia: las galas estaban ya á punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer á la reina sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento entre los de ilustre sangre no se efectúa casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y asi se detuvieron en pedirla. Digo pues que estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro dias hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina, que dió un recaudo á Clotaldo, que su magestad mandaba que otro dia por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la española de Cádiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haria lo que su magestad le mandaba. Fuése el ministro, y dejó llenos los pechos de todos llenos de turbacion, de sobresalto y miedo. ¡Ay, decia la señora Catalina, si sabe la reina

que yo he criado á esta niña á lo católico, de aquí viene á inferir que todos los desta casa somos cristianos! pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que há que es prisionera, ¿qué ha de responder la cuitada que no nos condene, por mas discrecion que tenga? Oyendo lo cual Isabela, le dijo: No le dé pena alguna, señora mia, ese temor, que yo confío en el cielo, que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina misericordia, que no solo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro.

Temblaba Ricaredo, casi como adivino de algun mal suceso. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo á su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenia y en la prudencia de Isabela, á quien encomendó mucho que por todas las vias que pudiese excusase el condenallos por católicos; que puesto que estaban prontos con el espirtu é recebir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucederia lo que temian y sospechaban; porque aunque ella entonces no sabia lo que habia de responder á las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenia viva y cierta esperanza que habia de responder de modo que, como otra vez habia dicho, sus respuestas le sirviesen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la reina supiera que eran católicos, no les enviaria recaudo tan manso, por donde se podia inferir que solo queria ver á Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habrian llegado á sus oidos como á todos los de la ciudad; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de la cual culpa hallaron seria bien disculparse con decir, que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo; pero tambien en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron á Isabela á la española, con una saya entera de raso verde acuchillada, y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas: collar y cintura de diamantes, y con abanico á modo de las señoras damas españolas: sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servian de tocado. Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposicion y milagrosa belleza, se mostró aquel dia á Lóndres sobre una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo y su mujer, y Ricaredo en la carroza, y á caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera, por obligar á la reina la tratase como á esposa de su hijo.



Llegados, pues, á palacio, y á una gran sala donde la reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la mas hermosa muestra que pudo caber en humana imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y á dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalacion que por la region del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, ó bien ansi como rayos del sol que al salir el dia, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de mas de una alma de los que allí estaban, á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela. La cual, llena de humildad y cortesía, se fué á poner de hinojos ante la reina, y en lengua inglesa le dijo: Dé vuestra magestad las manos á ésta su sierva, que desde hoy mas se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado á ver la grandeza vuestra. Estúvola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como despues dijo á su camarera, que tenia delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traia, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela: cuál alababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo y cuál la dulzura de la habla, y tal hubo que de pura invidia, dijo: Buena es la española, pero no me contenta el traje. Despues que pasó algun tanto la suspension de la reina, haciendo levantar á Isabela, le dijo: Habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré dello; y volviéndose á Clotaldo, dijo: Clotaldo, agravio me habeis hecho en tenerme este tesoro tantos años há encubier-

to; mas él es tal, que os habrá movido á codicia: obligado estais á restituírmele, porque de derecho es mio. Señora, respondió Clotaldo, mucha verdad es lo que vuestra magestad dice: confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en la perfeccion que convenia para parecer ante los ojos de vuestra magestad; y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia á vuestra magestad, para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta magestad, en los dos todo cuanto puedo daros. Hasta el nombre me contenta, respondió la reina; no le faltaba mas sino llamarse Isabela la Española, para que no me quedase nada de perfeccion que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida á vuestro hijo. Así es verdad, señora, respondió Clotaldo; pero fue en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos á esta corona, alcanzarian de vuestra magestad otras mercedes mas dificultosas que las desta licencia: cuanto mas que aun no está desposado mi hijo. Ni lo estará, dijo la reina, con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios, ni de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer á servirme, y á merecer por sí esta prenda, que yo le estimo como si fuese mi hija. Apenas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió á hincar de rodillas ante la reina, diciéndole en lengua castellana: Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras: ya vuestra magestad me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda ¿qué males podré temer, ó qué bienes no podré esperar?

Con tanta gracia y donaire decia cuanto decia Isabela, que la reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó á una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo. Ricaredo, que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela, estuvo á pique de perder el juicio; y asi temblando y con sobresalto se fué á poner de rodillas ante la reina, á quien dijo: Para servir yo á vuestra magestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus reyes; pero pues vuestra magestad gusta que yo la sirva con buenos deseos y pretensiones, querria saber en qué modo, en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligacion en que vuestra magestad me pone. Dos navíos, respondió la reina, están para partirse en corso, de los cuales he hecho general al varon de Lansac: del uno dellos os hago á vos capitan; porque la sangre de do venís me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años; y advertid á la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella á que correspondiendo á quien sois, sirviendo á vuestra reina, mostreis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcanceis el mejor premio que á mi parecer vos mismo podeis acertar á desearos: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su mas verdadera guarda: id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas: felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias habia de ser gozar de sus amadas. Levantaos, Ricaredo, y mirad si teneis ó quereis decir algo á Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida.

Besó las manos Ricaredo á la reina, estimando en mucho la merced que le hacia, y luego se fué á hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron á los ojos, y él acudió á disimularlas lo mas que le fue posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir á los ojos de la reina, pues dijo: No os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os tengais en menos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazon, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, á Ricaredo, y dadle vuestra bendicion, que bien lo merece su sentimiento. Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como á su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, antes comenzó á derramar lágrimas tan sin pensar lo que hacia, y tan ciega y tan sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraba una estátua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas á muchos de los circunstantes, y sin hablar mas palabra Ricaredo y sin haberle hablado alguna á Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venian reverencia á la reina, se salieron de la sala, llenos de compasion, de despecho y de lágrimas. Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la habia criado. En fin, se quedó, y de allí á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido entre otros muchos de dos pensamientos que le tenian fuera de sí: era el uno considerar que le convenia hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su católico intento, que le impedia no desenvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba habia de ser notado de cristiano, ó de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretension. Pero en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenia de ser católico, y en su corazon pedia al cielo le deparase ocasiones, donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando á su reina satisfecha y á Isabela merecida.

Seis dias navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan ó naves portuguesas de las Indias orientales, ó algunas derrotadas de las occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió de costado un recísimo viento que en el mar Océano

tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama Mediodía, el cual viento fue tan durable y tan recio, que sin dejarles tomar las islas, les fue forzoso correr á España; y junto á su costa, á la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la nave de Ricaredo á su capitana por saber de su general si queria embestir á los tres navíos que se descubrian; y antes que á ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegándose mas cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas, señales claras ó que el general era muerto, ó alguna otra principal persona de la nave. Con este sobresalto llegaron á poderse hablar, que no lo habian hecho despues que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana diciendo que el capitan Ricaredo pasase á ella, porque el general la noche antes habia muerto de una apoplegía. Todos se entristecieron, si no fue Ricaredo que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos; que asi fue la órden de la reina, que faltando el general, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó á la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar á otra cosa dos de los tres navíos que habian descubierto, los cuales desviándose del grande, á las dos naves se venian. Luego conocieron ser galeras y turquescas, por las medias lunas que en las banderas traian, de que recebió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la cencediese, seria de consideracion, sin haber ofendido á ningun católico.

Las dos galeras turquescas llegaron á reconocer los navíos ingleses, los cuales no traian insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir á quien llegase á reconocellos, y no los tuviesen por navíos de corsarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilídad las rendirian. Fuéronse entrando poco á poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artillería, la cual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la



mitad de una de las galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó á poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y ligeros, que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta asi como llegaron á la nave la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse á la nave. Lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon ansimismo del refugio de acogerse á la nave, no para defenderse en ella, sino para escapar las vidas por entonces. Los cristianos, de quien venian armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, tambien se recogieron á la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos los iban tirando como al blanco; á los turcos no mas, que á los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase.

Desta manera casi todos los mas turcos fueron muertos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos: que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan: y asi con el calor que les daba á los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españoles se pusieron á bordo del navío, y á grandes voces llamaron á los que pensaban ser españoles, entrasen á gozar del premio del vencimiento. Preguntándoles Ricaredo en español que ¿qué navío era aquel? respondieron que era una nave que venia de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valia mas de un millon de oro, y que con tormenta habia arribado á aquella parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado á la mar; la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del corsario Arnaute Mami, el dia antes la habian rendido, sin haberse puesto en defensa, y que á lo que habian oido decir, por no

poder pasar tanta riqueza á sus dos bajeles, la llevaban á jorro para meterla en el rio de Larache, que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora reina de Inglaterra, cuya nueva dió que pensar y que temer á los que la oyeron, pensando, como era razon que pensasen, que de un lazo habian caido en otro. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ni es posible ponernos en ella, respondieron porque, como se ha dicho, este navío no tiene artillería, ni nosotros armas; asi que nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva desta memorable vitoria y de su liberalidad, mas de nosotros esperada que temida.

No le parecieron mal á Ricaredo las razones del español, y llamando á consejo los de su navío, les preguntó cómo haria para enviar todos los cristianos á España, sin ponerse á peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su navío, y asi como fuesen entrando debajo de cubierta, matarles, y desta manera matarlos á todos, y llevar la gran nave á Lóndres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y asi soy de parecer que ningun cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero á mí muy bien, y querria que esta hazaña de hoy ni á mí ni á vosotros, que en ella



me habeis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navío destos se ha de pasar á la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa mas del bastimento, y no lijando la nave de nuestra gente, la llevaremos á Ingalaterra, y los españoles se irán á España. Nadie osó contradecir lo que Ricaredo habia propuesto, y algunos le tu-

vieron por valiente y magnánimo y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por mas católico que debia.

Resuelto, pues, en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros á la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trescientas personas, de las que habian escapado de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le habia tomado el cosario de los bajeles, que con ellos se habia ahogado. Al instante puso el torno en órden, y acostando su segundo bajel á la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes, pasaron la artillería del pequeño bajel á la mayor nave: luego haciendo una breve plática á los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para mas de un mes y para mas gente; y asi como se iban embarcando, dió á cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navío, para remediar en parte su necesidad cuando llegasen á tierra, que estaba tan cerca, que las altas montañas de Avila y Calpe desde allí se parecian.

Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacia, y el último que se iba á embarcar fue aquel que por los demás habia hablado, el cual le dijo: Por mas ventura tuviera, valeroso caballero, que me llevaras contigo á Ingalaterra, que no que me enviaras á España, porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis dias que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mias: sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron de llevar á Ingalaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que despues que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que tambien me faltó, me pusieron de manera, que ni mas quise, ni mas pude ejercitar la mercancía, cuyo trato me habia puesto en opinion de ser el mas rico mercader de toda la ciudad: y asi era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hacienda dentro de las puertas de mi casa mas de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido á mi hija: tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudió la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos; y habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis dias há, á la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera mayor si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él habia visto.

Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija. Respondióle que Isabel. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya habia sospechado, que era, que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas della, le dijo que de muy buena gana llevaria á él y á su mujer á Lóndres, donde podria ser hallasen nuevas de la que deseaban: hízolos pasar luego á su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portugnesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres (entre los cuales tambien iban hasta veinte turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad, por mostrar que mas por su buena condicion y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle amor que á los católicos tuviese) rogó y los españoles que en la primera ocasion que se ofreciese, diesen entera libertad á los turcos, que ansimismo se le mostraron agradecidos. El viento, que daba señales de ser próspero y largo, comenzó á calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los ingleses, que culpaban á Ricaredo y á su liberalidad, diciéndole que los libres podian dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso habia galeones de armada en el puerto, podian salir en su busca, y ponerlos en aprieto, y en término de perderse. Bien conocia Ricaredo que tenian razon; pero venciéndolos á todos con buenas razones, los sosegó; pero mas los quietó el viento que volvió á refrescar de modo, que dándole en todas las velas, sin tener necesidad de amainallas ni aun de templallas, dentro de nueve dias se hallaron á la vista de Lóndres, y cuando en él victoriosos volvieron, habria treinta que dél faltaban.

No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría, por la muerte de su general, y asi mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras trompetas roncas: unas tocaban los atambores alegres y sobresaltadas armas, á quien con señas tristes y lamentables respondian los pífanos: de una gavia colgada puesta al revés una bandera de medias lunas sembrada: en otra se veia un luengo estandarte de tafetan negro, cuyas puntas besaban el agua. Finalmente, con estos tan contrarios extremos entró en el rio de Lóndres con su navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y asi se quedó en la mar á lo largo. Estas tan contrarias muestras y señales tenian suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba: bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del baron de Lansac, mas no podian alcanzar cómo el otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa nave, que en la mar se quedaba; pero sacólos desta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que á pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguia, se fué á palacio, donde ya la reina puesta á unos corredores estaba esperando le trujesen la nueva de los navíos: estaba con la reina y con las otras damas Isabela

vestida á la inglesa, y parecia tan bien como á la castellana: antes que Ricaredo llegase, llegó otro que dió las nuevas á la reina de cómo Ricaredo venia.

Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida.

Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venia armado de peto, espaldar, gola y brazaletes, escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecia en extremo bien á cuantos le miraban: no le cubria la cabeza morrion alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas á la valona: la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguízara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon á Marte, dios de las batallas, y otros llevados de la hermosura de su rostro dicen que le compararon á Vénus, que para hacer alguna burla á Marte de aquel modo se habia disfrazado. En fin él llegó ante la reina. Puesto de rodillas le dijo: Alta magestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecucion de mi deseo, despues de haber muerto de una apoplejía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban remolcando aquella gran nave que allí se parece: acometíla, pelearon vuestros soldados como siempre: echáronse á fondo los bajeles de los cosarios: en el uno de los nuestros en vuestro real nombre dí libertad á los cristianos que del poder de los turcos escaparon: solo truje conmigo á un hombre y á una mujer, españoles, que por su gusto quisieron venir á ver la grandeza vuestra: aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino á dar en poder de los turcos, que con poco trabajo, por mejor decir sin ninguno, la rindieron, y segun dijeron algunos portugueses de los que en ella venian, pasa de un millon de oro el valor de la especería y otras mercancías de perlas y diamantes que en ella vienen: á ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habian llegado á ella; porque todo lo dedicó el cielo, y lo mandé guardar para vuestra magestad, que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez naves; la cual joya ya vuestra magestad me la tiene prometida, que es á mi buena Isabela: con ella quedaré rico y premiado, no solo deste servicio, cual él sea, que á vuestra magestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya vuestra magestad me ofrece.

Levantaos, Ricaredo, respondió la reina, y creedme que si por precio os hubiera de dar á Isabela, segun yo la estimo, no la pudiérades pagar ni con lo que trae esa nave, ni con lo que queda en las Indias: dóyosla porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois della: vuestro valor solo la merece; si vos habeis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello; que las prendas que se compran á deseos y tienen su estimacion en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que aprecialla: Isabela es vuestra, véisla allí; cuando quisiéredes podeis tomar su entera posesion, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le haceis, que no la quiero llamar merced, sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes: idos á descansar, y venidme á ver mañana, que quiero mas particularmente oir vuestras hazañas; y traedme esos dos que dices, que de su voluntad han querido venir á verme, que se lo quiero agradecer.

Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia. Entróse la reina en una sala, y las damas rodearon á Ricaredo, y una dellas que habia tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la mas discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo á Ricaredo: ¿Qué es esto, señor Ricaredo, qué armas son éstas? ¿Pensábades por ventura que veníades á pelear con vuestros enemigos? Pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, si no es la señora Isabela, que como española está obligada á no teneros buena voluntad. Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria, dijo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida. A lo cual respondió Isabela: Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, á vos está tomar de mí toda la satisfacion que quisiéredes para recompensaros de las alabanzas que me habeis dado, y de las mercedes que pensais hacerme. Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales habia una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar á Ricaredo mientras allí estuvo; alzábale las escarcelas, por ver qué traia debajo dellas, tentábale la espada, y con simplicidad de niña queria que las armas le sirviesen de espejo, llegándose á mirar de muy cerca en ellas; y cuando se hubo ido, volviéndose á las damas, dijo: Ahora, señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mujeres parecen bien los hombres armados. Y ¿cómo si parecen? respondió la señora Tansi; si no, mirad á Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado á la tierra, y en aquel hábito va caminando por la calle. Rieron todas del dicho de la doncella y de la disparatada semejanza de Tansi; y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo á palacio, puesto que halló disculpa en otros, que dijeron que como soldado lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarría. Fue Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recebido. Aquella noche se hicieron generales alegrías en Lóndres por su buen suceso. Ya los padres de Isa-

bela estaban en casa de Clotaldo, á quien Ricaredo habia dicho quién eran; pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la señora Catalina, su madre, y todos los criados y criadas de su casa. Aquella misma noche, con muchos bajeles, lanchas y barcos, y con no menos ojos que lo miraban, se comenzó á descargar la gran nave, que en ocho dias no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenia.

El dia que siguió á esta noche fué Ricaredo á palacio, llevando consigo al padre y madre de Isa-



bela, vestidos de nuevo á la inglesa, diciéndoles que la reina queria verlos. Llegando todos donde la reina estaba en medio de sus damas, esperando á Ricaredo, á quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto á sí á Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no menos hermosa ahora que entonces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazon, présago del bien que tan cerca tenian, les comenzó á saltar en el pecho, no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban á entendelle. No consintió la reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella: antes le hizo levantar y sentar en una silla rasa, que para solo esto allí puesta tenian, inusitada merced para la altiva condicion de la reina, y alguno dijo á otro: Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo. Otro acudió, y dijo: Ahora se verifica lo que comunmente se dice, que dádivas quebrantan peñas; pues las que ha traido Ricaredo han ablandado el duro corazon de nuestra reina. Otro acudió, y dijo: Ahora que está tan bien ensillado, mas de dos se atreverán á correrle. En efecto, de aquella nueva honra que la reina hizo á Ricaredo, tomó ocasion la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándole estaban; porque no hay merced que el príncipe haga á su privado, que no sea una lanza que atraviese el corazon del envidioso. Quiso la reina saber de Ricaredo menudamente cómo habia pasado la batalla con los bajeles de los corsarios: él la contó de nuevo, atribuyendo la victoria á Dios y á los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndoles á todos

juntos, y particularizando algunos hechos de algunos que mas que los otros se habian señalado, con que obligó á la reina á hacer á todos merced, y en particular á los particulares; y cuando llegó á decir la libertad que en nombre de su magestad habia dado á los turcos y cristianos, dijo: Aquella mujer y aquel hombre que allí están (señalando á los padres de Isabela) son los que dije ayer á vuestra magestad, que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trujese conmigo: ellos son de Cádiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor. Mandóles la reina que se llegasen cerca: alzó los ojos Isabela á mirar los que decian ser españoles, y mas de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocian á sus padres.

Ansi como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre y detuvo el paso para mirarla mas atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron á despertar unas confusas noticias, que le querian dar á entender que en otro tiempo ella habia visto aquella mujer que delante tenia. Su padre estaba en la misma confusion, sin osar determinarse á dar crédito á la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo á ver los afectos y movimientos que hacian las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Conoció la reina la suspension de entrambos, y aun el desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar, y levantar la mano muchas veces á componerse el cabello. En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre: quizá los oidos la sacarian de la duda en que sus ojos la habian puesto. La reina dijo á Isabela que en lengua española dijese á aquella mujer y á aquel hombre le dijesen qué causa les habia movido á no querer gozar de la libertad que Ricaredo les habia dado, siendo la libertad la cosa mas amada, no solo de la gente de razon, mas aun de los animales que carecen della. Todo esto preguntó Isabela á su madre, la cual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó á Isabela, y sin mirar á respeto, temores ni miramientos cortesanos, alzó la mano á la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenia, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella dió una gran voz, diciendo: ¡Oh hija de mí corazon! ¡Oh prenda cara del alma mia! y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela.

Su padre, no menos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró, que le dió á entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenia. La reina, admirada de tal suceso, dijo á Ricaredo: Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no sé si os diga que han sido acertadas, pues sabemos que asi suele matar una súbita alegría como mata una tristeza; y diciendo esto, se volvió á Isabela, y la apartó de su madre, la cual, habiéndole echado agua en el rostro, volvió en sí, y estando un poco mas en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la reina, le dijo: Perdone vuestra magestad mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda. Respondiòle la reina que tenia razon, sirviéndole de intérprete, para que lo entendiese, Isabela, la cual de la manera que se ha contado conoció á sus padres, y sus padres á ella, á los cuales mandó la reina quedar en palacio, para que despacio pudiesen ver y hablar á su hija, y regocijarse con ella; de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió á la reina le cumpliese la palabra que le habia dado de dársela, si es que acaso la merecia; y de no merecerla, le suplicaba desde luego le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que deseaba. Bien entendió la reina que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, que no habia necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y asi le dijo que de allí á cuatro dias le entregaria á Isabela, haciendo á los dos la honra que á ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentísimo con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder á Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes. Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera; que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma. Pero en fin llegó el dia, no donde pensó Ricaredo poner fin á sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen á quererla mas, si mas pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corria con próspero viento hácia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarse.

Es pues el caso que la camarera mayor de la reina, á cuyo cargo estaba Isabela, tenia un hijo de edad de veinte y dos años, llamado el conde Arnesto. Hacíanle grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la reina tenia; hacíanle, digo, estas cosas mas de lo justo arrogante, altivo y confiado. Este Arnesto pues se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo habia estado ausente, con algunas señales le habia descubierto su deseo, nunca de Isabela fue admitido; y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa á los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dió Isabela, porque con sus celos ardia y con su honestidad se abrasaba: y como vió que Ricaredo, segun el parecer de la reina, tenia merecida á Isabela, y que en tan poco tiempo se le habia de entregar por mujer, quiso desesperarse; pero antes que llegase á tan infame y tan cobarde re-

medio, habló á su madre, diciéndole pidiese á la reina le diese á Isabela por esposa, donde no, que pensase que la muerte estaba llamando á las puertas de su vida Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion, y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habian de parar en algun infelice suceso. Con todo eso, como madre á quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar á la reina, no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar cómo no salir desahuciada de los últimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por órden de la reina tan ricamente, que no se atreve la pluma á contarlo, y habiéndole echado la misma reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traia la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo en un diamante, que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del cercano desposorio, entró la camarera mayor á la reina, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta merced sola que su magestad le hiciese, se tendria por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecia y esperaba.

Quiso saber la reina primero por qué le pedia con tanto ahinco aquella suspension, que tan derechamente iba contra la palabra que tenia dada á Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haria lo que le pedia: tanto deseo tenia la reina de saber la causa de aquella demanda. Y asi despues que la camarera alcanzó lo que por entonces deseaba, contó á la reina los amores de su hijo, y cómo temia que si no le daban por mujer á Isabela, ó se habia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso; y que si habia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar á que su magestad pensase qué medio seria á propósito y conveniente para dar á su hijo remedio. La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida á tan cerrado laberinto, pero que no la quebrantaria ni defraudaria las esperanzas de Ricaredo por todo el interés del mundo. Esta respuesta dió la camarera á su hijo, el cual sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y á grandes voces pidió que se asomase Ricaredo á la ventana, el cual á aquella sazon estaba vestido de galas de desposado, y á punto para ir á palacio con el acompañamiento que tal acto requeria; mas habiendo oido las voces, y siéndole dicho quien las daba, y del modo que venia, con algun sobresalto se asomó á una ventana, y como le vió Arnesto, dijo: Ricaredo, estáme atento á lo que decirte quiero: la reina mi señora te mandó fueses á servirla, y á hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela: tú fuiste, y volvistes cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido á Isabela; y aunque la reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su córte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca á Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado: y asi llegándome á esta opinion que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer á Isabela, ni ninguna podrás hacer que á tanto bien te levante; y en razon de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafío á todo trance de muerte.

Calló el conde, y desta manera le respondió Ricaredo: En ninguna manera me toca salir á vuestro desafío, señor conde, porque yo confieso, no solo que no merezcó á Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo; asi que confesando yo lo que vos decis, otra vez digo que no me toca vuestro desafío; pero yo le acepto por el atrevimiento que habeis tenido en desafiarme. Con esto se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas. Alborotáronse sus parientes, y todos aquellos que para ir á palacio habian venido á acompañarle. De la mucha gente que habia visto al conde Arnesto armado, y le habia oido las voces del desafío, no faltó quien lo fué á contar á la reina, la cual mandó al capitan de su guarda que fuese á prender al conde. El capitan se dió tanta priesa, que llegó á tiempo que ya Ricaredo salia de su casa, armado con las armas con que se habia desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo. Cuando el conde vió al capitan, luego imaginó á lo que venia, y determinó de no dejar prenderse, y alzando la voz contra Ricaredo, dijo: Ya ves, Ricaredo, el impedimiento que nos viene; si tuvieres ganas de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, tambien te buscaré; y pues dos que se buscan fácilmente se hallan, dejemos para entonces la ejecucion de nuestros deseos. Soy contento, respondió Ricaredo. En esto llegó el capitan con toda su guarda, y dijo al conde que fuese preso en nombre de su magestad. Respondió el conde que sí quedaba; pero no para que lo llevasen á otra parte que á la presencia de la reina. Contentóse con esto el capitan, y cogiéndole en medio de la guarda le llevó á palacio ante la reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenia á Isabela, y con lágrimas habia suplicado á la reina perdonase al conde, que como mozo y enamorado á mayores yerros estaba sujeto.

Llegó Arnesto ante la reina, la cual, sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y llevar preso á una torre. Todas estas cosas atormentaban el corazon de Isabela y de sus padres, que tan presto veian turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera á la reina que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola á España, y asi cesarian los efectos que debian de temerse: añadiendo á estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana que ninguna de sus persuasiones, que habian sido muchas, la habian podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la

reina que por eso la estimaba en mas, pues tan bien sabia guardar la ley que sus padres la habian enseñado, y que en lo de enviarla á España no tratase, porque su hermosa presencia y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto, y que sin duda, si no aquel dia, otro se la habia de dar por esposa á Ricaredo, como se lo tenia prometido. Con esta resolucion de la reina quedó la camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le habia parecido, que si no era quitando á Isabela de por medio, no habia de haber medio alguno que la rigurosa condicion de su hijo ablandase ni redujese á tener paz con Ricaredo, determinó hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamás en pensamiento de mujer principal, y tanto como ella lo era; y fue su determinacion matar con tósigo á Isabela; y como por la mayor parte sea la condicion de las mujeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó á Isabela en una conserva que le dió, forzándola que la tomase por ser buena contra las ansias de corazon que sentia. Poco espacio pasó despues de haberla tomado, cuando á Isabela se le comenzó á hinchar la lengua y la garganta, y á ponérsele denegridos los labios, y á enronquecérsele la voz, turbársele los ojos y apretársele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las damas á la reina, contándole lo que pasaba, y certificando que la camarera habia hecho aquel mal recaudo. No fue menester mucho para que la reina lo creyese, y asi fué á ver á Isabela, que ya casi estaba espirando. Mandó llamar la reina con priesa á sus médicos, y en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades.

Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios, y pidieron á la reina hiciese decir á la camarera qué género de veneno le habia dado; porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese envenenado. Ella lo descubrió, y con esta noticia los médicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y con el ayuda de Dios quedó Isabela con vida, ó á lo menos con esperanza de tenerla. Mandó la reina prender á su camarera, y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intencion de castigarla como su delito merecia, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar á Isabela hacia sacrificio al cielo, quitando de la tierra una católica, y con ella la ocasion de las pendencias de su hijo. Estas tristes nuevas oidas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio: tales eran las cosas que hacia y las lastimeras razones con que se quejaba. Finalmente, Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella la naturaleza lo conmutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos. Finalmente quedó tan fea, que como hasta allí habia parecido un milagro de hermosura, entonces parecia un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian los que la conocian haber quedado de aquella manera, que si la hubiera muerto el veneno. Con todo esto, Ricaredo se la pidió á la reina, y le suplicó se la dejase llevar á su casa, porque el amor que la tenia pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela habia perdido su belleza, no podia haber perdido sus infinitas virtudes. Asi es, dijo la reina, lleváosla, Ricaredo y haced cuenta que llevais una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca: Dios sabe si quisiera darósla como me la entregastes, pero pues no es posible, perdonadme; quizá el castigo que diere á la cometedora de tal delito satisfará en algo el deseo de la venganza. Muchas cosas dijo Ricaredo á la reina disculpando á la camarera, y suplicándola la perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente, le entregaron á Isabela y á sus padres, y Ricaredo los llevó á su casa, digo, á la de sus padres: á las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la reina y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que á Isabela tenia, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse á su primera hermosura; pero al cabo de este tiempo comenzó á caérsele el cuero, y á descubrírsele su hermosa tez.

En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenian concertado de casar á Ricaredo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela; á la cual pensaban enviar á España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas que recompensasen sus pasadas pérdidas. No pasó mes y medio, cuando sin sabiduría de Ricaredo la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa que despues de la Isabela, que solia ser, no habia otra tan bella en todo Lóndres. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida habia de acabar la vida á Isabela; y asi para templar este temor se fué al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los cuales dijo: Isabela de mi alma, mis padres con el grande amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traido á casa una doncella escocesa, con quien ellos tenian cencertado de casarme antes que yo conociese lo que vales; y esto á lo que creo con intencion que la mucha belleza desta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo: yo Isabela, desde el punto que te quise, fue con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que si hermosa te quise, fea te adoro, y para confirmar esta verdad, dame esa mano; y dándole ella la derecha y asiéndola él con la suya, prosiguió diciendo: Por la fe católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en la entereza que se

requiere, por aquella juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo en mí corazon confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo (¡oh Isabela, mitad de mi alma!) de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tú quieres levantarme á la alteza de ser tuyo.



Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atónitos y pasmados. Ella no supo qué decir ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lágrimas, que ella le aceptaba por suyo y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamás atrevimiento de llegarse á él cuando hermoso: los padres de Isabela solemnizaron con tiernas y muchas lágrimas las fiestas del desposorio: Ricaredo les dijo que él dilataria el casamiento de la escocesa que ya estaba en casa, del modo que despues verian, y cuando su padre los quisiese enviar á España á todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz ó en Sevilla dos años, dentro de los cuales les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedia de vida, y que si deste término pasase, tuviesen por cosa certísima que algun grande impedimento, ó la muerte, que era lo mas cierto, se habia opuesto á su camino. Isabela le respondió que no solos dos años le aguardaría, sino todos aquellos de su vida hasta estar enterada que él no la tenia; porque en el punto que esto supiese, seria el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renovaron las lágrimas en todos, y Ricaredo salió á decir á sus padres cómo en ninguna manera no se casaria, ni daria la mano á su esposa la escocesa, sin haber primero ido á Roma á asegurar su conciencia. Tales razones supo decir á ellos, y á los parientes que habian venido con Clisterna, que asi se llamaba la escocesa, que como todos eran católicos fácilmente las creyeron; y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual pidió de término un año. Esto ansi puesto y concertado, Clotaldo dijo á Ricaredo cómo determinaba enviar á España á Isabela y á sus padres, si la reina les daba licencia: quizá los aires de la patria apresurarian y facilitarian la salud que ya comenzaba á tener. Ricaredo, por no dar indicios de sus designios, respondió tibiamente á su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; solo le suplicó que no quitase á Isabela ninguna cosa de las riquezas que la reina le habia dado. Prometióselo Clotaldo, y aquel mismo dia fué á pedir licencia á la reina, asi para casar á su hijo con Clisterna, como para enviar á Isabela y á sus padres á España. De todo se contentó la reina, y tuvo por acertada la determinacion de Clotaldo: y aquel mismo dia sin acuerdo de letrados y sin poner á su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese mas su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela; y al conde Arnesto por el desafío le desterró por seis años de Inglaterra. No pasaron cuatro dias, cuando ya Arnesto se puso á punto de salir á cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La reina llamó á un mercader rico que habitaba en Lóndres, y era francés, el cual tenia correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos y le pidió cédula para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla ó en otra plaza de España.

El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo á la reina que las daria ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader francés, su correspondiente, en esta forma: que él escribiria á París, para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, á causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicacion de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diese el di-

nero el mercader de Sevilla, que ya estaria avisado del de París. En resolucion la reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de ser cierta la paga; y no contenta con esto mandó llamar á un patron de una nave flamenca, que estaba para partirse otro dia á Francia á solo tomar en algun puerto della testimonio para poder entrar en España á título de partir de Francia, y no de Inglaterra, al cual pidió encarecidamente llevase en su nave á Isabela y á sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero á do llegase. El patron, que deseaba contentar á la reina, dijo que sí haria, y que los pondria en Lisboa, Cádiz ó Sevilla. Tomados pues los recaudos del mercader, envió la reina á decir á Clotaldo no quitase á Isabela todo lo que ella le habia dado, asi de joyas como de vestidos. Otro dia vinieron Isabela y sus padres á despedirse de la reina, que los recibió con mucho amor. Dióles la reina la carta del mercader, y otras muchas dádivas, asi de dineros como de otras cosas de regalo para el viaje. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada á la reina para hacerle siempre mercedes: despidióse de las damas, las cuales como ya estaba fea, no quisieran que se partiese, viéndose libres de la envidia que á su hermosura tenian, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la reina á los tres, y encomendándolos á la buena ventura y al patron de la nave, y pidiendo á Isabela la avisase de su buena llegada á España, y siempre de su salud por la via del mercader francés, se despidió de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron, no sin lágrimas de Clotaldo y de su mujer, y de todos los de su casa, de quien era en todo estremo bien querida. No se halló á esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos aquel dia hizo que unos amigos suyos le llevasen á caza. Los regalos que la señora Catalina dió á Isabela para el viaje, fueron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que le escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron á todo; de suerte que aunque llorando, los dejaron satisfechos.

Aquella noche se hizo el bajel á la vela, y habiendo con próspero viento tocado en Francia, y tomado en ella los recaudos necesarios para poder entrar en España, de allí á treinta dias entró por a barra de Cádiz, donde desembarcaron Isabela y sus padres, y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recebieron con muestras de mucho contento. Recebieron mil parabienes del hallazgo de Isabela y de la libertad que habian alcanzado ansi de los moros que los habian cautivado (habiendo sabido todo su suceso de los cautivos á que dió libertad la liberalidad de Ricaredo), como de la que habian alcanzado de los ingleses. Ya Isabela en este tiempo comenzaba á dar grandes esperanzas de volver á cobrar su primera hermosura. Poco mas de un mes estuvieron en Cádiz, restaurando los trabajos de la navegacion, y luego se fueron á Sevilla por ver si salia cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el mercader francés traian. Dos dias despues de llegar á Sevilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del mercader francés de la ciudad de Lóndres: él la reconoció, y dijo que hasta que de París le viniesen las letras y carta de aviso, no podia dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso. Los padres de Isabela alquilaron una casa principal frontero de Santa Paula, por ocasion que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y extremada en la voz; y asi por tenerlas cerca, como por haber dicho Isabela y Ricaredo que si viniese á burcarla la hallaria en Sevilla, y le daria su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no habia menester mas de preguntar por la monja que tenia la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podian olvidar.

Otros cuarenta dias tardaron de venir los avisos de París; y á dos que llegaron el mercader francés entregó los diez mil escudos á Isabela, y ella á sus padres, y con ellos, y con algunos mas que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre á ejercitar su oficio de mercader, no sin admiracion de los que sabian sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fue restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió á su ser primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todos daban el lauro á la Española inglesa, que tanto por este nombre, como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Por la órden del mercader francés de Sevilla escribieron Isabela y sus padres á la reina de Ingalaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que requerian las muchas mercedes della recebidas: asimismo escribieron á Clotaldo y á su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres señores. De la reina no tuvieron respuesta; pero de Clotaldo y de su mujer sí, donde les daban el parabien de la llegada á salvo, y los avisaban cómo su hijo Ricaredo otro dia despues que ellos se hicieron á la vela se habia partido á Francia, y de allí á otras partes, donde le convenia ir para seguridad de su conciencia, añadiendo á estas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. A la cual carta respondieron con otra no menos cortés y amorosa que agradecida. Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo á Ingalaterra, seria para venirla á buscar á España; y alentada con esta esperanza vivia la mas contenta del mundo, y procuraba vivir de manera que cuando Ricaredo llegase á Sevilla, antes le diese en los oidos la fama de sus virtudes que el conocimiento de su casa. Pocas ó ninguna vez salia de su casa sino para el monasterio: no ganaba otros jubileos que aquellos que en el monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viernes de cuaresma la santísima estacion de la cruz; y los siete venideros del Espíritu Santo: jamás visitó el rio, ni pasó á Triana, ni vió el comun regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez el dia, si le hace claro, de San Sebastian, celebrado de tanta gente que apenas se puede reducir á número:

finalmente, no vió regocijo público, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento, y en sus oraciones y buenos deseos, esperando á Ricaredo. Este su grande retraimiento tenia abrasados y encendidos los deseos, no solo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aquí nacieron músicas de noche en su calle, y carreras de dia. Deste no dejar verse y desearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar á Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero á todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan, pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos, comenzó con mas ahinco que hasta allí á fatigar el corazon de Isabela; y cuando ya le parecia que su esposo llegaba, y que le tenia ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habian detenido tanto; cuando ya llegaban á sus oidos las disculpas de su esposo, y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como á mitad de su alma le recebia, llegó á sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Lóndres cincuenta dias habia: venia en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que asi decia:

«Hija de mi alma: Bien conociste á Guillarte, el paje de Ricaredo; éste se fué con él al viaje, que por otra te avisé que Ricaredo á Francia y á otras partes habia hecho el segundo dia de tu partida; pues este mismo Guillarte, á cabo de diez y seis meses que no habíamos sabido de mi hijo, entró ayer por nuestra puerta con nuévas que el conde Arnesto habia muerto á traicion en Francia á Ricaredo. Considera, hija, cuál quedaríamos su padre y yo, y su esposa con tales nuevas: tales digo, que aun no nos dejaron poner en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de veras á Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso como tú sabes: tambien pedirás á nuestro Señor nos dé á nosotros paciencia y buena muerte, á quien nosotros tambien pediremos y suplicaremos te dé á tí y á tus padres largos años de vida.»

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar á Isabela para no creer la muerte de su esposo: conocia muy bien al paje Guillarte, y sabia que era verdadero, y que de suyo no habria querido ni tenia para qué fingir aquella muerte, ni menos su madre la señora Catalina la habria fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza: finalmente, ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho se levantó de un estrado donde estaba sentada, y se entró en un oratorio, y hincándose de rodillas ante la imágen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podia ser teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discrecion la pena que les habia dado la triste nueva, por poder consolar á Isabela en la amarga que sentia; la cual, casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana resolucion que habia tomado, ella consolaba á sus padres, á los cuales descubrió su intento, y ellos le aconsejaron que no le pusiese en ejecucion hasta que pasasen los dos años que Ricaredo habia puesto por término á su venida, que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con mas seguridad podia mudar de estado.

Ansi lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa, y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula, donde estaba su prima. Pasóse el término de los dos años, y llegóse el dia de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocian de vista á Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que dél á la casa de Isabela habia; y convidando su padre á sus amigos, y aquellos á otros, hicieron á Isabela uno de los mas honrados acompañamientos que en semejantes actos se habian visto en Sevilla. Hallóse en él el asistente, y el provisor de la Iglesia, y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que habia en la ciudad: tal era el deseo que en todos habia de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les habia eclipsado: y como es costumbre de las doncellas que van á tomar el hábito ir lo posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta della, quiso Isabela ponerse lo mas bizarra que fue posible; y asi se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué á ver á la reina de Ingalaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era: salieron á luz las perlas y el famoso diamante, con el collar y cintura, que asimismo era de mucho valor. Con este adorno y con su gallardía, dando ocasion para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pie, que el estar tan cerca el monasterio excusó los coches y carrozas: el concurso de la gente fue tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, porque no les daban lugar de llegar al monasterio: unos bendecian á sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la habia dotado: unos se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrian adelante por verla otra: y el que mas solícito se mostró en esto, y tanto que muchos echaron de ver en ello, fue un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo, pues, al tiempo que ya Isabela tenia un pie dentro de la portería del convento, donde habian salido á recebirla, como es uso, la priora y las monjas con la cruz, á grandes voces dijo: Detente, Isabela, detente, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser

religiosa. A estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente hácia ellos venia aquel cautivo, que habiéndosele caido un bonete azul redondo que en la cabeza traia, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmin y como la nieve, colorado y blanco, señales que luego le hicierron conocer y juzgar por extranjero de todos.

En efecto, cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano, le dijo: ¿Conócesme, Isabela? mira que yo soy Ricaredo, tu esposo. Sí conozco, dijo Isabela, si ya no eres fantasma que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricaredo el cautivo: el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del traje en que estaba su buen conocimiente, ni estorbase su baja fortuna, que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habian dado. Isabela, á pesar de la impresion que en su memoria habia hecho la carta de la madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar mas crédito á sus ojos y á la verdad que presente tenia; y asi abrazándose con el cautivo, le dijo: Vos sin duda, señor mio, sois aquel que solo podrá impedir mi cristiana determinacion: vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la religion, que en este punto queria entrar á vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida: venid, señor, á la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesion por los términos que pide nuestra santa fe católica.

Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el asistente, y vicario, y provisor del arzobispo, y de oirlas se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extranjero aquel, y de qué casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedia otro lugar y algun término para decirse; y asi suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta á su casa, pues estaba tan cerca, que allí se la contarian de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados. En esto, uno de los presentes alzó la voz, diciendo: Señores, este mancebo es un gran cosario inglés, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco mas de dos años tomó á los cosarios de Argel la nave de Portugal que venia de las Indias: no hay duda sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venir á España, y no solo á mí, sino á otros trescientos cautivos. Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenian de saber y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente, la gente mas principal con el asistente y aquellos dos señores eclesiásticos volvieron á acompañar á Isabela á su casa, dejando á las monjas tristes, confusas y llorando por lo que perdian en no tener en su compañía á la hermosa Isabela, la cual estando en su casa, en una gran sala della hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella asi comenzó su cuento: el cual le reduzco yo á que dijo todo aquello que, desde el dia que Clotaldo la robó de Cádiz hasta que entró y volvió á él, le habia sucedido, contando asimismo la batalla que Ricaredo habia tenido con los turcos: la liberalidad que habia usado con los cristianos: la palabra que entrambos á dos se habian dado de ser marido y mujer: la promesa de los dos años: las nuevas que habia tenido de su muerte, tan ciertas á su parecer, que la pusieron en el término que habian visto de ser religiosa: engrandeció la liberalidad de la reina: la cristiandad de Ricaredo y de sus padres; y acabó con decir que dijese Ricaredo lo que le habia sucedido despues que salió de Lóndres hasta el punto presente, donde le veian con hábito de cautivo, y con una señal de haber sido rescatado por limosna. Asi es, dijo Ricaredo, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos mios.

Despues que me partí de Lóndres por excusar el casamiento que no podia hacer con Cristerna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querian casar, llevando en mi compañía á Guillarte, aquel paje que mi madre escribe que llevó á Lóndres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia llegué á Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe: besé los pies al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciero, absolvióme dellos, y dióme los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesion y penitencia, y de la reduccion que habia hecho á nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa, y de dos mil escudos que tenia en oro, di los mil y seiscientos á un cambio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui, florentin: con los cuatrocientos que me quedaron, con intencion de venir á España me partí para Génova, donde habia tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría, de partida para España. Llegué con Guillarte mi criado á un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma á Florencia es el último que tiene el Papa, y en una hostería ó posada donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazados, y encubierto, mas por ser curioso que por ser católico, entendí que iba á Roma; creí sin duda que no me habia conocido; encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con cuidado y con determinacion de mudarme á otra posada en

cerrando la noche: no lo hice ansí, porque el descuido grande que noté que tenian el conde y sus criados, me aseguró que no me habian conocido; cené en mi aposentó, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme á Dios y no quise acostarme; durmióse mi criado, y yo sobre una silla



me quedé medio dormido; mas poco despues de la media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño cuatro pistoletes que, como despues supe, dispararon contra mí el conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya á punto los caballos se fueron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal.

Mi criado, segun dijo despues el huésped, despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caia á un patio, y diciendo: ¡desventurado de mí, que han muerto á mi señor! se salió del meson; y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Lóndres, pues él fue el que llevó las nuevas de mi muerte. Subieron los de la hostería, y halláronme atravesado con cuatro balas, y con muchos perdigones; pero todos por partes, que de ninguna fue mortal la herida. Pedí confesion, y todos los sacramentos como católico cristiano; diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine á Génova, donde no hallé otro pasaje, sino en dos falucas que fletamos yo y otro dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos: con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra á tierra con intencion de no engolfarnos; pero llegando á un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, á deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos á embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron: en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes: despojaron las falucas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas á fondo, diciendo que aquellas les servirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos á los despojos que de los cristianos toman: bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de

Roma, donde en una caja de lata los traia, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese á manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera á poder de los turcos, por lo menos habia de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarian cuya era. Trujéronnos á Argel, donde hallé que estaban rescatando los padres de la Santísima Trinidad: habléles, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extranjero,



me rescataron en esta forma: que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los doscientos cuando volviese el bajel de la limosna á rescatar al padre de la redencion, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados, que habia gastado mas de los que traia; porque á toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos padres, que dan su libertad por la agena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos.

Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caja perdida, con los recaudos y la cédula: mostrésela al bendito padre que me habia rescatado, y ofrecíle quinientos ducados mas de los de mi rescate para ayuda de su empeño. Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, á poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia: solo diré que fui conocido de uno de los veinte turcos, que di libertad con los demás cristianos ya referidos, y fue tan agradecido y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme; porque á conocerme los turcos por aquel que habia echado á fondo sus dos bajeles; y quitádoles de las manos la gran nave de la India, ó me presentaran al Gran Turco, ó me quitaran la vida; y de presentarme al Gran Señor redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente, el padre redentor vino á España conmigo, y con otros cincuenta cristianos rescatados.

En Valencia hicimos la procesion general, y desde allí cada uno se partió donde mas le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos hábitos: hoy llegué á esta ciudad con tanto deseo de ver á Isabela mi esposa, que sin detenerme á otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habian de dar nuevas de mi esposa: lo que en él me ha sucedido ya se ha visto: lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera: y luego en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decia, y se los puso en las manos del provisor, que los vió junto con el señor asistente, y no halló en ellos cosas que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo habia contado. Y para mas confirmacion della, ordenó el cielo que se hallase presente á todo esto el mercader florentin, sobre quien venia la cédula de los mil y seiscientos ducados, el cual pidió que le mostrasen la cédula, y mostrándosela la reconoció, y la aceptó para luego, porque él muchos meses habia que tenia aviso desta partida: todo esto fue añadir admiracion á admiracion y espanto á espanto. Ricaredo dijo que de nuevo ofrecia los quinientos ducados que habia prometido. Abrazó el asistente á Ricaredo y á los padres de Isabela, y á ella, ofreciéndoseles á todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron á Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su señor el arzobispo, y ella lo prometió. El grande silencio que todos los circunstantes habian tenido, escuchando el extraño caso, se rompió en dar alabanzas á Dios por sus grandes maravillas, y dando desde el mayor hasta el mas pequeño el parabien á Isabela, á Ricaredo y á sus pa-

dres, los dejaron: y ellos suplicaron al asistente honrase sus bodas, que de allí á ocho dias pensaban hacerlas. Holgó de hacerlo asi el asistente, y de allí á ocho dias, acompañado de los mas principales de la ciudad, se halló en ellas. Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres de Isabela cobraron su hija y restauraron su hacienda, y ella favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, á despecho de tantos inconvenientes, halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que aun hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que despues las compraron de los herederos de un hidalgo burgalés, que se llamaba Hernando de Cifuentes.

Esta novela nos podria enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastante juntas y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

FIN DE LA ESPAÑOLA INGLESA



EL LICENCIADO VIDRIERA.

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tórmes, hallaron en ellas debajo de un árbol durmiendo á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandaron á un criado que le despertase: despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacia durmiendo en aquella soledad; á lo cual el muchacho respondió, que el nombre de su tierra se le habia olvidado, y que iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabia leer, respondió que sí, y escribir tambien. Desa manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria. Sea por lo que fuere, respondió el muchado, que ni el della, ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella. Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? preguntó el caballero. Con mis estudios respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oido decir que de los hombres se hacen los obispos. Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recebiesen y le llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad á los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre y por el vestido que debia de ser hijo de algun labrador pobre.

A pocos dias le vistieron de negro, y á pocas semanas dió Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto á sus estudios, parecia que solo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomás no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de leyes; pero en lo que mas se mostraba era en letras humanas: y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella. Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron á su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía: lleváronse consigo á Tomás, y estuvo con ellos algunos dias; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos corteses y liberales se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que ésta era la patria de sus señores, y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentil hombre, á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados tambien á caballo. Juntóse con él, y supo cómo llevaba su mismo viaje: hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortesano trato; y dijo que era capitan de infantería por su magestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca: alabó la vida de la soldadesca: pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías: dibujóle dulce y puntualmente el aconcha patron, pasa acá manigoldo, venga la macarela, li polastri, é li macarroni: puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frio de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolucion, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomás Rodaja comenzó á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida que tan cerca tiene la muerte.

El capitan, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltu ra de Tomás, le rogó que se fuese con él á Italia, siquiera por curiosidad de verla, que él le ofrecia su mesa, y aun si fuese necesario su bandera, porque su alférez la habia de dejar presto. Poco fue menester para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve

14*

discurso, de que seria bueno ver á Italia y Flandes, y otras diversas tierras y paises, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto á lo mas largo podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos que impidiesen volver á sus estudios: y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia; pero habia de ser con condicion que no se habia de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse á seguir su bandera. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansi gozaria de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese. Eso seria, dijo Tomás, ir contra mi conciencia y contra la del señor ca itan, y asi mas quiero ir suelto que obligado. Conciencia tan escrupulosa, dijo don Diego, mas es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas. Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos dias y grandes jornadas se pusieron donde estaba la com añía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que les venian á mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes mas de los necesarios, y



finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecia. Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose á lo de Dios es Cristo, como se suele decir.

Los muchos libros que tenia los redujo á unas Horas de Nuestra Señora, y un Garcilaso sin comento, que en las dos faldriqueras llevaba. Llegaron mas presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó tambien Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo mas del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuvieron dos: que la una los echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolon, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, despues de haber visitado una iglesia, dió el capitan con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente gaudeamus.

Allí conocieron la suavidad del treviano, el valor del monte frascon, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial mas que real ciudad, recámara del dios de la risa: ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia y de Descargamaría. Finalmente, mas vinos nombró el huésped, y mas les

dió que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiráronle tambien al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas, y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las compañías que habian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto á Milan y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaria, si ya no los hubiesen llevado á Flandes, segun se decia. Despidióse Tomás del capitan de allí á dos dias, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles.

Contentóle Florencia en extremo, asi por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio y apacibles calles: estuvo en ella cuatro dias, y luego se partió á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y asi como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, asi él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estátuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura: por sus puentes, que parece que se están mirando unas á otras, y por sus calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la division de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y magestad romana. Notó tambien la autoridad del colegio de los cardenales, la magestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la estacion de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciero y besado el pie á Su Santidad, lleno de *agnusdei* y cuentas determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutacion, malo y dañoso para todos los que en él entran ó salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles, donde á la admiracion que traia de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde allí se fué á Sicilia, y vió á Palermo, y despues á Mesina: de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Nápoles y á Roma, y de allí fué á Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas de retratos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habian recebido de la mano de Dios por intercesion de su divina Madre, que aquella sacrosanta imágen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la mas alta embajada y de mas importancia, que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fué á Venecia, ciudad, que á no haber nacido Colon en el mundo, no tuviera en él semejante, merced al cielo y al gran Hernando Córtes, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiracion del mundo antiguo, la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar mas esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calispo los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viajero en Venecia, pues casi le hacian olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milan, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias. Desde allí se fué á Aste, y llegó á tiempo que otro dia marchaba el tercio á Flandes. Fue muy bien recebido de su amigo el capitan, y en su compañía y camarada pasó á Flandes, y llegó á Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que habia visto en Italia. Vió á Gante y á Bruselas, y vió que todo el pais se disponia á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que habia visto, determinó volverse á España y á Salamanca á acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiempo del despedirse le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo ansi como lo pedia, y por Francia volvió á España sin haber visto á París, por estar puesta en armas. En fin llegó á Salamanca, donde fue bien recebido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego á la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle á Tomás que aquella dama decia que habia estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocia fué á visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás; y él sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros no queria entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendia mas á sus libros que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos á su parecer mas eficaces, y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y asi aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomás unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y asi, las que dan estas bebidas ó comidas amatorias se llaman benéficas, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó á herir de pie y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda, que un membrillo que habia comido le habia muerto, y declaró quién se lo habia dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro, y no pareció jamás. Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la mas extraña locura que entre las locuras hasta entonces se habia visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion, cuando alguno se llegaba á él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebrarian, que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies á cabeza. Para sacarle desta extraña imaginacion, muchos, sin atender á sus voces y rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvia en sí en cuatro horas, y cuando volvia era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decia que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con mas entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio por ser de materia sutil y delicada, obra por ella el alma con mas prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y asi le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiracion á los mas letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sugeto donde se contenia tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrase; y asi le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodon: no quiso zapatos en ninguna manera, y el órden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponian alguna cosa de fruta de las que la sazon del tiempo les ofrecia: carne ni pescado no lo queria; no bebia sino en fuente ó en rio, y esto con las manos: cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase: los veranos dormia en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la mas propia y mas segura cama que podian tener los hombres de vidrio: cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salia al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad; tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo, pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedia, que era le dejasen andar libre, y asi le dejaron, y él salió por la ciudad causando admiracion y lástima á todos los que le conocian. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenia y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la mas traviesa generacion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzaron á tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio como él decia; pero él daba tantas voces y hacia tales extremos, que movia á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen. Mas un dia, que le fatigaron mucho, se volvió á ellos diciendo: ¿Qué me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma para que me tireis tantos tiestos y tejas? Por oirle reñir y responder á todos, le seguian siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oille que tiralle. Pasando pues una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré que no puedo llorar? El se volvió á ella, y muy mesurado le dijo: *Filiœ Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros*. Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole: Hermano licenciado Vidriera (que asi decia él que se llamaba), mas teneis de bellaco que de loco. No se me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de neció.

Pasando un dia por la casa llana y venta comun (1), vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el meson de



infierno. Preguntóle uno, que qué consejo ó consuelo daria á un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le habia ido con otro. A lo cual respondió: Dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo. Luego ¿no irá á buscarla? dijo el otro. Ni por pienso, replicó Vidriera, porque seria el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra. Ya que eso sea asi, dijo el mismo, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer? Respondióle: Dale lo que hubiere menester; déjala que mande á todos los de tu casa, pero no sufras que ella te mande á tí. Díjole un muchacho: Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces. Y respondiole: Advierte, niño, que los azotes que los padres dan á los hijos honran, y los del verdugo afrentan. Estando á la puerta de una iglesia, vió que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás venia uno que no estaba en tan buena opinion como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo: Esperad, Domingo, á que pase el sábado. De los maestros de escuela decia que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó, que qué le parecia de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos, se extendieron por toda Castilla, y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la córte, quiso enviar por él, y encargóselo á un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca, que se lo enviase, y topándole el caballero un dia, le dijo: Sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la córte le quiere ver y envia por él. A lo cual respondió: Vuesa mercé me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear. Con todo esto, el caballero le envió á la córte, y para traerle usaron con él desta invencion: pusiéronle en unas argueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó á Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la córte; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que habia enviado por él, de quien fue muy bien recebido, diciéndole: Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera: ¿cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud? A lo cual respondió: Ningun camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca: de salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi celebro. Otro dia, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen, que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á mas de dos

(1) La casa donde habitaban las prostitutas.

mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y mas cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la córte fue conocido en seis dias, y á cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondia á todas las preguntas que le hacian, entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecia que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió: Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso. No entiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante; y respondió Vidriera: No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno. Preguntóle otro estudiante que en qué estimacion tenia á los poetas. Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decia aquello. Respondió que del infinito número de poetas que habia, era tan pocos los buenos, que casi no hacian número; y asi como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió mas: Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

Cura ducum fuerunt olim Regumque poetœ:
Prœmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largœ sœpe dabantur opes.

Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis; agitante calescimus illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la ignorancia del mundo? y añadió mas: ¿Qué es ver á un poeta destos de la primera impresion, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasion hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito? Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dicen con tono melífluo y alfeñicado: si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuesas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he sabido decir, y asi será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten mas atencion, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? ¿y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales? Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querian, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabian aprovechar de la ocasion que por momentos traian entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenian los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral, y la garganta de cristal trasparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas, y mas que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producia jazmines y rosas, que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decia de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vió un dia en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un dia, con grandísimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole: Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene. Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle: Los melindres que hacen, cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los agenos. Acaeció este mismo dia que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregon: Al primero por ladron; dió grandes voces á los que

estaban delante dél, diciéndoles: Apartáos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros: y cuando el pregonero llegó á decir: al trasero, dijo: Aquel por ventura debe de ser el fiador de los muchachos. Un muchacho le dijo: Hermano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta. Respondióle: Si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaban á azotar un coche. Hallóse allí uno destos que llevan sillas de manos, y díjole: De nosotros, Licenciado, ¿no teneis qué decir? No, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros mas pecados



que un confesor; mas es con esta diferencia, que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vostros para publicarlos por las tabernas. Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino y díjole: De nosotros, señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república. A lo cual respondió Vidriera: La honra del amo descubre la del criado; segun esto: mira á quién sirves, y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la mas ruin canalla que sustenta la tierra: una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano: todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es no es de truhanes: si sus amos (que asi llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen mas suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados: sin son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan; éstos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario, y solo para éllos: el carretero pasa lo mas de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco mas debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en decir, háganse á zaga, se les pasa otra muy gran parte, y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, mas se ayudan de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil é inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos: en la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados á los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos, que á trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero; su salsa la hambre; su maitines levantarse á dar sus piensos, y sus misas no oir ninguna.

Cuando esto decia estaba á la puerta de un boticario, y volviéndose al dueño, le dijo: Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles. ¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? preguntó el boticario: y respondió Vidriera: Esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, lo suple el del candil que está mas á mano; y aun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el crédito al mas acertado médico del mundo. Preguntándole por qué, respondió que habia boticario que por no atreverse ni osar decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponia otras, que á su parecer tenian la misma virtud y calidad, no siendo asi; y con esto la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que habia de obrar la bien ordenada. Preguntóle entonces que qué sentia de los médicos, y respondio esto: *Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: à Deo enim est omnis medela et à Rege accipiet donationem: disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudavitur: Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non abhorrevit illam.* Esto dice, dijo, el Eclesiástico, de la medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podria decir todo al revés, porque no hay gente mas dañosa á la república que ellos. El juez nos puede torcer ó dilatar la justicia; el letrado sustentar por su interés nuestra injusta demanda; el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algun daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno: solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe; y

no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los metem debajo de la tierra: acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como agora soy, que á un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí á cuatro dias acertó á pasar por la botica donde reçetaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él habia dejado, y que si le habia recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenia una receta de purga que el dia siguiente habia de tomar el enfermo; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della estaba escrito: *sumat diluculo*, y dijo: Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es húmido demasiadamente.

Por estas y otras cosas que decia de todos los oficios se andaban tras él sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero con todo esto no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno qué haria para no tener envidia á nadie. Respondióle: Duerme; que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias. Otro le preguntó qué remedio tendria para salir con una comision que habia dos años que la pretendia. Y díjole: Parte á caballo y á la mira de quien la lleva, y acompáñale hasta salir de la ciudad, y asi saldrás con ella. Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comision, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo: Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que en una comision criminal que tuvo dió una sentencia tan exorbitante, que excedia en muchos quilates á la culpa de los delincuentes: preguntéle que por qué habia dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelacion, y que con esto dejaba campo abierto á los señores del consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporcion. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitará de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran á él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente, que como se ha dicho siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron licenciado no tenia ni aun título de bachiller, le dijo: Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redencion de cautivos, que os le llevarán por mostrenco. A lo cual dijo el amigo: Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabeis vos que soy hombre de altas y de profundas letras. Respondióle Vidriera: Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzais de profundas. Estando una vez arrimado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole: Sin duda, señor maese, que estais en camino de salvacion. ¿En qué lo veis? preguntó el sastre. ¿En qué lo veo? respondió Vidriera: véolo en que pues no teneis qué hacer, no tendreis ocasion de mentir; y añadió: desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas: cosa maravillosa es, que casi en todos los deste oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores. De los zapateros decia que jamás hacian conforme á su parecer zapato malo; porque si al que se le calzaba venia estrecho y apretado, le decian que asi habia de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrian mas anchos que alpargates; y si les venian anchos, decian que asi habian de venir por amor de la gota. Un muchacho agudo, que escribia en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traia nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y á todo respondia. Este le dijo una vez: Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado á ahorcar. A lo cual respondió : El hizo bien á darse priesa á morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la acerca de San Francisco estaba un corro de genoveses, y pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole: Lléguese acá el señor Vidriera, y cuéntenos un cuento. El respondió: No quiero, porque no me le paseis á Génova (1). Topó una vez á una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole á la madre: Muy bien habeis hecho en empedralla, porque se pueda pasear. De los pasteleros dijo que habia muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena porque habian hecho el pastel de á dos (*maravedises*) de á cuatro, el de á cuatro de á ocho, y el de á ocho de á medio real, por solo su albedrío y beneplácito. De los titereros decia mil males: decia que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos, volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las mas figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas: en resolucion, decia que se maravillaba de como quien podia no les ponia perpetuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del reino. Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe; y en viéndole dijo: Yo me acuerdo haber visto á éste salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del revés, y con todo esto á cada paso fuera del tablado jura á fe de hijodalgo. Débelo de ser, respondió uno, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo. Asi será verdad, replicó Vidriera; pero lo que menos há menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas: tambien sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpetuos gitanos de lu-

(1) Llevábanse á Génova muchos cuentos ó millones de reales.

gar en lugar, y de meson en venta, desvelándose en contentar á otros, porque en el gusto ageno consiste su bien propio: tienen mas, que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercaduría á pública plaza, al juicio y á la vista de todos: el trabajo de los autores es increible, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto son necesarios en la república, como



lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean: decia que habia sido opinion de un amigo suyo, que el que servia á una comedianta, en solo una servia á muchas damas juntas, como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una fregona, á una pastora, y muchas veces caia la suerte en que sirviese en ella á un paje y á un lacayo, que todas éstas y mas figuras suele hacer una farsanta. Preguntóle uno que cuál habia sido el mas dichoso del mundo. Respondió que *nemo*; porque *nemo vovit patrem: nemo sine crimine vivit: nemo sua sorte contentus: nemo ascendit in cœlum.* De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habian menester no la sabian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenia muy teñidas: Por istas barbas que teño no rostro: á lo cual acudió Vidriera, y dijo: Olhay, homen, naon digais teño, sino tiño. Otro traia las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta, á quien dijo Vidriera, que tenia las barbas de muladar overo. A otro que traia las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado á que le dijesen que mentia por la mitad de la barba. Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, dió el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del dia del desposorio se fué, no al rio Jordan como dicen las viejas, sino á la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo á sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habian mostrado, que no queria otro. Ellos le dijeron que aquel que tenia delante era el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba á engaño: atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízose el casamiento.

Con las dueñas tenia la misma ojeriza que con los escabechados: decia maravillas de su permafoy, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria: amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con mas repulgos que sus tocas, y finalmente su inutilidad y sus vainillas. Uno le dijo: ¿Qué es esto, señor Licenciado, que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamás lo habeis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir? A lo cual respondió: Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las mas veces engañado. Paréceme á mí que la gramática de los murmuradores, y el la, la, la, de los que cantan, son los escribanos; porque asi como no se puede pasar á otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática, y como el músico, primero murmura que canta, asi los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus len-

guas, es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaria la verdad por el mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y asi dice el Eclesiástico: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribœ imponet honorem.* Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos; legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos; juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad ni enemistad, provecho ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de mas de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo que es la gente mas necesaria que habia en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, tambien hacian demasiados tuertos, y que destos dos extremos podia resultar un medio que les hiciese mirar por él..... De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, ó tenerte en la suya en guarda, y comer á tu costa.

Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos á los médicos, los cuales, que sane ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina: y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó no salgan con el pleito que ayudan. Preguntóle uno cuál era la mejor tierra: Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: No pregunto eso, sino que ¿cuál es mejor lugar, Valladolid ó Madrid? Y respondió: De Madrid los estremos, de Valladolid los medios. No lo entiendo, repitió el que se lo preguntaba; y dijo: De Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que asi como habia entrado en Valladolid habia caido su mujer muy enferma, porque la habia probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa. De los músicos y de los correos de á pie, decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas, decia que todas ó las mas tenian mas de corteses que de sanas. Estando un dia en una iglesia vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mujeres triunfan. Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentia aquella avispa si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio.

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: De ético no se puede mover el padre. Enojóse Vidriera, y dijo: Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos*; y subiéndose mas en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verian que de muchos santos, que de pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitan don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marqués ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Ramundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjuezes del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decia milagros: decia que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese, y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosia la boca, y sufria lo que un mártir de Barrabás.

Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos, que polla y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas barato que los que consentian los juegos de estocada, del reparólo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion, él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los mas cuerdos del mundo. Dos años ó poco mas duró en esta enfermedad, porque un religioso de la órden de San Gerónimo, que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso, y asi como le vió sano, le vistió como á letrado, y le hizo volver á la córte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las habia dado de loco, podia usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hízolo asi, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja, volvió á la córte, donde apenas hubo entrado, cuando fue conocido de los muchachos; mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solia, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decian unos á otros: ¿Este no es el loco Vidriera? á fé que es él: ya viene cuerdo,

pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestído: preguntémosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto oia el Licenciado, y callaba, y iba mas confuso y mas corrido que cuando estaba sin juicio.

Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y antes que el Licenciado llegase al patio



de los Consejos, llevaba tras de sí mas de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que el de un catedrático, llegó al patio donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. El viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz y dijo: Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solia: soy ahora el licenciado Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permision del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré cuando cuerdo: yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que mas la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la córte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejais, habré venido á bogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y vereis que el que os respondia bien de improviso, os responderá mejor de pensado. Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco menos acompañamiento que habia llevado. Salió otro dia, y fué lo mismo: hizo otro sermon, y no sirvió de nada. Perdia mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la córte y volverse á Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la córte: ¡Oh córte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundamente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dijo, y se fué á Flandes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitan Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

FIN DEL LICENCIADO VIDRIERA



LA FUERZA DE LA SANGRE.

Una noche de las calorosas del verano volvian de recrearse del rio, en Toledo, un anciano hidalgo, con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el rio ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venia el buen hidalgo con su honrada familia lejos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las mas de las desdichas que vienen no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dió que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria un caballero de aquella ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañías libres le hacian hacer cosas y tener atrevimientos que desdecian de su calidad, y le daban renombre de atrevido. Este caballero pues (que por ahora por buenos respetos encubriendo su nombre le llamaremos con el de Rodolfo), con otros cuatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontráronse los dos escuadrones, el de las ovejas con el de los lobos; y con deshonesta desenvoltura Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija y de la criada. Alborotóse el viejo, y reprochóles y afeóles su atrevimiento: ellos le respondieron con muecas y burla, y sin desmandarse á mas pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que habia visto Rodolfo, que era de Leocadia, que asi quieren que se llamase la hija del hidalgo, comenzó de tal manera á imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un deseo de gozarla á pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen: y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla por dar gusto á Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales, hallan quien canonice sus desafueros, y califique por buenos sus malos gustos; y asi el nacer el mal propósito, el comunicarle, y el aprobarle, y el determinarse de robar á Leocadia, y el robarla, casi todo fue en un punto. Pusiéronse los pañizuelos en los rostros, y desenvainadas las espadas, volvieron, y á pocos pasos alcanzaron á los que no habian acabado de dar gracias á Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les habia librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiéndola en brazos, dió á huir con ella, la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada y sin sentido, ni vió quien la llevaba, ni adónde la llevaban. Dió voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fueron oidas, ni los gritos escuchados, ni movió á compasion el llanto, ni los araños fueron de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fueron los unos, y tristes se quedaron los otros.

Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron á la suya lastimados, afligidos y desesperados: ciegos, sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos: solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía: confusos, sin saber si seria bien dar noticia de su desgracia á la justicia, temerosos no fuesen ellos el pricipal instrumento de publicar su deshonra. Veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres: no sabian de quién quejarse sino de su corta ventura. Rodolfo en tanto, sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposento donde estaba, en el cual sin ser visto de nadie á causa que él tenia un cuarto aparte en la casa de su padre, que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos), antes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo; que los ímpetus no castos de la mocedad, pocas veces ó ninguna reparan en comodidades y requisitos que mas los inciten y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escuras robó la mejor prenda de Leocadia; y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá la barra del término del cumplimiento dellos, quisiera luego Rodolfo que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponella en la calle asi desmayada como estaba; y

yéndolo á poner en obra, sintió que volvia en sí diciendo: ¿Adónde estoy desdichada? ¿Qué escuridad es esta? ¿Qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia, ó en el infierno de mis culpas? ¡Jesus! ¿Quién me toca? ¿Yo en cama, yo lastimada? ¿Escúchasme madre y señora mia? ¿Oyesme, querido padre? ¡Ay sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan; y que mis enemigos me tocan: venturosa seria yo, si esta escuridad durase para siempre, sin que



mis ojos volviesen á ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que él se fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes: ya me acuerdo (¡que yo nunca me acordara!) que há poco que venia en la compañía de mis padres: ya me acuerdo que me saltearon: ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes: oh tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo), si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida: quítamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra: mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme, se templará con la piedad que usarás en matarme: y asi en un mismo punto vendrás á ser cruel y piadoso.

Confuso dejaron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo poco experimentado, ni sabia qué decir, ni qué hacer, cuyo silencio admiraba mas á Leocadia, la cual con las manos procuraba desengañarse si era fantasma ó sombra el que con ella estaba; pero como tocaba cuerpo y se le acordaba de la fuerza que se le habia hecho viniendo con sus padres, caia en la verdad del cuento de su desgracia; y con este pensamiento tornó á añudar las razones que los muchos sollozos y suspiros habian interrumpido, diciendo: Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures que como la has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla á nadie: poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mi será la mayor que yo sabré pedirte, ni tú querrás darme: advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle, porque ya que me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imágen del autor de mi daño: entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oiga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se le asienta en la estimacion: no sé cómo te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los mios á diez y siete; por do me doy á entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido, unas veces exagerando su mal para que se le crean, otras veces no diciéndole porque no se le remedien: de cualquier manera, que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me creas, ó que me remedies, pues el no creerme será ignorancia, y

el remediarme imposible de tener algun alivio: no quiero desesperarme, porque te costará poco el dármele, y es éste: mira, no aguardes ni confíes que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra tí tengo, ni quieras amontonar los agravios: mientras menos me gozares, y habiéndome ya gozado, menos se encenderán tus malos deseos: haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar á ningun buen discurso; yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací fué para ser desdichada: ponme luego en la calle, ó á lo menos junto á la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme á mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes; que á ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados: respóndeme á esto, y si temes que te pueda conocer con la habla, hágote saber, que fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocos he oido hablar en tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla. La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fue otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo cual visto por Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometia, se defendió con los pies, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole: Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado, son los que pudiste tomar de un tronco ó de una coluna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora que tengo bríos, antes podrás matarme, que vencerme; que si ahora despierta sin resistencia concediese con tan abominable gusto, podrias imaginar que mi desmayo fue fingido, cuando te atreviste á destruirme. Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y como la insolencia que con Leocadia habia usado no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor que permanece, en lugar del ímpetu que se pasa, queda, si no el arrepentimiento, á lo menos una tibia voluntad de segundalle. Frio pues y cansado Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dejó á Leocadia en su cama, en su casa, y cerrando el aposento, se fué á buscar á sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debia. Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse, ó ventana por do arrojarse: halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna, tan clara, que pudo distinguir Leocadia las colores de unos damascos que el aposento adornaban: vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que mas parecia lecho de príncipe, que de algun particular caballero: contó las sillas y los escritorios: notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenian: la ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caia á un jardin que tambien se cerraba con paredes altas: dificultades que se opusieron á la intencion que de arrojarse á la calle tenia: todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño della debia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio que estaba junto á la ventana, vió un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó, y se le puso en la manga de la ropa, no por devocion ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo: hecho esto, cerró la ventana como antes estaba, y volvióse al lecho, esperando qué fin tendria el mal principio de su suceso.

No habria pasado á su parecer media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablar palabra, con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del



brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvia á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarlos, pareciéndole que no le estaba bien hacerlos testigos de lo que con aquella doncella habia pasado; antes se resolvió en decir-

les que arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la habia dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan presto á poner á Leocadia junto á la iglesia mayor, como ella se lo habia pedido, antes que amaneciese y el dia le estorbase de echalla y le forzarse á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla pues hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y all en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie seria seguida; y antes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se habia puesto en parte donde no pudiese ser visto. Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dejaron, miró á todas partes, no vió á persona; pero sospechosa que desde lejos la siguiesen, á cada paso se detenia, dándolos hácia su casa, que no muy lejos de allí estaba: y por desmentir las espías, si acaso la seguian, se entró en una casa que halló abierta, y de allí á poco se fué á la suya, donde halló á sus padres atónitos y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Cuando la vieron corrieron á ella con los brazos abiertos, y con lágrimas



en los ojos la recibieron. Leocadia, llena de sobresalto y alborozo, hizo á sus padres que se retirasen con ella aparte, como lo hicieron, y allí en breves palabras les dió cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias dél, y de la ninguna noticia que traia del salteador y robador de su honra: díjoles lo que habia visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura: la ventana, el jardin, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y á lo último les mostró el crucifijo que habia traido, ante cuya imágen se renovaron las lágrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron venganzas y desearon milagrosos castigos: dijo ansimismo, que aunque ella no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si á sus padres les parecia ser bien conocelle, que por medio de aquella imágen podrian, haciendo que los sacristanes dijesen en los púlpitos de todas las parroquias de la ciudad, que el que hubiese perdido tal imágen la hallaria en poder del religioso que ellos señalasen; y que ansi, sabiendo el dueño de la imágen, se sabria la casa y aun la persona de su enemigo. A esto replicó el padre: Bien habias dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues está claro que esta imágen hoy en este dia se ha de echar menos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó, y de llegar á su noticia que la tiene algun religioso, antes ha de servir de conocer quién se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto ansi, antes quedaremos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona: lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte á ella, que pues ella fue testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que mas lastima una onza de deshonra pública, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto: la verdadera deshonra está

en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende á Dios; y pues tú ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamás te mire sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazándola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla: ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo en tanto vuelto á su casa, echando menos la imágen del crucifijo, imaginó quién podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta dello, ni sus padres se la pidieron, cuando de allí á tres dias que él partió á Italia, entregó por cuenta á una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba. Muchos dias habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre, que habia estado en ella, se lo persuadia, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las agenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles; y él con dos de sus camaradas se partió luego, goloso de lo que habia oido decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenian los españoles. Sonábale bien aquel: *Eco li buoni polastri picioni, presuto et salcicie,* con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á estas, y pasan por la estrecheza é incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le habia sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entre tanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habian de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada; suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consalalla. Voló el tiempo, y llegóse el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no se osó fiar de la partera; usurpando este oficio la madre, dió á la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido le llevaron á una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba, si no muy rica, á lo menos muy virtuosamente. Era el niño (á quien pusieron nombre Luis, por llamarse asi su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algnn noble padre engendrado; y de tal manera su gracia, belleza y discrecion enamoraron á sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle llovian sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido, estos el padre que le engendró, aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico: como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdiccion los ladrones ni la que llaman fortuna. Sucedió pues que un dia que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros: púsose á mirar, y por mejorarse de puesto pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fue posible detenerle en la furia de su carrera: pasó por encima dél, y dejóle como muerto tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apenas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase. Muchos caballeros le siguieron lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oidos de sus abuelos y de su encubierta madre, los cuales, certificados bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido; y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le habia llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, á la cual llegaron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano. El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le seria al niño de ningun provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio habia temido. En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los cuales le preguntaron llorando que cómo se sentia. Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar: hízose ansi, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino habia usado. A lo cual respondió el caballero que no tenia que agradecelle; porque le hacia saber que cuando vió al niño caido y atropellado, le pareció que

habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promesas. Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó mas admirada, porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra y principio á su desventura; y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenia, conoció la disposicion della, vió la ventana de la reja que caia al jardin, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella ventana respondia á algun jardin. Y fuéle respondido que sí; pero lo que mas conoció fue que aquella era la misma cama que tenia por tumba de su sepultura; y mas que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imágen que habia traido, se estaba en el mismo lugar. Finalmente, sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que ella habia contado cuando la sacaron del aposento tapados los ojos, digo, los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa, dejando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número; y confiriendo unas señales con otras, de todo punto certificó por verdadera su imaginacion, de lo cual dio por extenso cuenta á su madre, que como discreta se informó si el caballero donde su nieto estaba, habia tenido ó tenia algun hijo; y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia; tanteando el tiempo que le dijeron que habia faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenia. Dió aviso de todo esto á su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fue visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces hablando con Leocadia doña Estafanía, que asi se llamaba la mujer del caballero, le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo delante. Destas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decille, que fueron estas ú otras semejantes: El dia, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el cielo y caido todo el mundo á cuestas: imaginaron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino á quien ellos quieren con amor de tal manera, qué con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus hijos; mas como decirse suele, que cuando Dios da la llaga da la medicina, la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las podré olvidar mientras la vida me durare: yo, señora, soy noble, porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido.

Admirada y suspensa estaba doña Estefanía escuchando las razones de Leocadia, y no podia creer, aunque lo veia, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte, poco mas ó menos; y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fueron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla á aquel aposento, las señales en que habia conocido ser aquel mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imágen del crucifijo, que habia llevado, á quien dijo: Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél, que no la pretendo, sino para rogarte me dieses algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: permision fue del cielo el haberlo atropellado, para que trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo menos el medio con que pueda sobrellevarla. Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía, la cual en fin, como mujer y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apenas vió el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lágrimas, que no fue menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese. Estando las dos desta manera, acertó á entrar el caballero, marido de Estefanía, que traia á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran priesa le dijesen la causa de do procedia. El niño abrazaba á su madre por su prima y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraban. Grandes cosas, señor, hay que deciros, respondió Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habemos visto el de nuestro hijo. Si mas no os declarais, señora, yo no os entiendo, replicó el caballero. En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del crucifijo, parecia estar convertida en un mar de llanto. Todo lo cual tenia puesto en gran confusion al caballero, de la cual salió contándole su mujer todo aquello que Leocadia le habia contado; y él lo creyó por divina permision del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo hubieran probado. Consoló y abrazó á Leocadia, besó á su nieto, y aquel

mismo dia despacharon un correo á Nápoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenian concertado casamiento con una mujer hermosa sobremanera, y tal cual para él convenia. No consintieron que Leocadia ni su hijo volviesen mas á la casa de sus padres, los cuales contentísimos del buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello. Llegó el correo á Nápoles, y Rodolfo con la golosina de gozar tan hermosa mujer como su padre le significaba, de allí á dos dias que recebió la carta, ofreciéndosele ocasion de cuatro galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aun no le habian dejado, y con próspero suceso en doce dias llegó á Barcelona, y de allí por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre, tan galan y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarría estaban en él todos juntos. Alegráronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo. Suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba por no salir de la traza y órden que doña Estefanía le habia dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía por haberlos menester para su designio. Estaba cerca la noche cuando Rodolfo llegó, y en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo sin duda alguna que ellos debian de ser los dos de los tres que Leocadia habia dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dijesen si se acordaban que su hijo habia robado á una mujer tal noche, tantos años habia; porque el saber la verdad desto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes: y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les asegurar que de descubrir este robo no les podia suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de verano, yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba á una muchacha, y que Rodolfo se habia venido con ella mientras ellos detenian á la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que otro dia les habia dicho Rodolfo que la habia llevado á su casa, y solo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaban. La confesion destos dos fue echar la llave á todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer; y asi determinó de llevar al cabo su buen pensamiento, que fue éste. Poco antes que se sentasen á cenar, se entró en un aposento á solas su madre con Rodolfo, y poniéndole un retrato en las manos, le dijo: Yo quiero, Rodolfo hijo, darte una gustosa cena con mostrarte á tu esposa; éste es su verdadero retrato; pero quiérote advertir que lo que le falta de belleza le sobra de virtud: es noble y discreta, y medianamente rica, y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrote que es la que te conviene. Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo: Si los pintores que ordinariamente suelen ser pródigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido tambien con éste, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad; á la fe, señora y madre mia, justo es y bueno que los hijos obedezcan á sus padres en cuanto les mandaren, pero tambien es conveniente y mejor que los padres den á sus hijos el estado de que mas gustaren; y pues el del matrimonio es ñudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados: la virtud, la nobleza, la discrecion y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel á quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, paréceme imposible: mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan; que si él falta, cojea el matrimonio y desdice de su segunda intencion; pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener á todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, puede deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible: por vida de vuesa merced, madre mia, que me dé compañera que me entretenga y no enfade; porque sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos á dos el yugo donde el cielo nos pusiere; si esta señora es noble, discreta y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio: unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura, y yo soy destos últimos; porque nobleza, gracias al cielo y á mis pasados, y á mis padres, ellos me la dejaron por herencia; discrecion, como una mujer no sea necia, tonta ó boba, bástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche; de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre: la hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestidad y buenas costumbres, que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto y daré buena vejez á mis padres.

Contentísima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio: respondióle que ella procuraria casarle conforme su deseo, que no tuviese pena alguna, que era fácil deshacerse los conciertos que de casarle con aquella señora estaban hechos. Agradecióselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar se fueron á la mesa; y habiéndose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo doña Estefanía al descuido; ¡pecadora de mí, y qué bien que trato á mi huéspeda! andad vos, dijo á un criado, decid á la señora doña Leocadia que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que á ella están todos son mis hijos y sus servidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que habia de hacer estaba avisada y advertida Leocadia. Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y mas hermosa muestra que pudo dar jamás compuesta y natural hermosura. Venia vestida, por ser invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rubios, le servian de adorno y tocas, cuya invencion de lazos, y rizos, y vislumbres de diaman-

tes que con ellos se entretejian, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brio; traia de la mano á su hijo, delante della venian dos doncellas, alumbrándola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantáronse todos á hacerla reverencia, como si fuera alguna cosa del cielo que allí milagrosamente se habia aparecido. Ninguno de los que allí estaban embebecidos mirándola, parece que de atónitos no acertaron á decirle palabra.

Leocadia con airosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomándola de la mano Estefanía, la sentó junto á sí frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto á su abuelo. Rodolfo, que des-



de mas cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: si la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuviérame yo por el mas dichoso hombre del mundo. ¡Válame Dios! ¡qué es esto que veo! ¿es por ventura algun ángel humano el que estoy mirando? Y en esto se le iba entrando por los ojos á tomar posesion de su alma la hermosa imágen de Leocadia, la cual, en tanto que la cena venia, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria mas que á la luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo habia pasado: comenzaron á enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le habia dado, temiendo que á la cortedad de su ventura habian de corresponder las promesas de su madre; consideraba cuán cerca estaba de ser dichosa ó sin dicha para siempre; y fue la consideracion tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazon de manera, que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniéndole un desmayo, que le forzó á reclinar la cabeza en los brazos de doña Estefanía, que como ansi la vió, con turbacion la recebió en ellos. Sobresaltáronse todos, y dejando la mesa, acudieron á remediarla. Pero el que dió mas muestras de sentirlo, fue Rodolfo, pues por llegar presto á ella tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla ni echarla agua en el rostro volvia en sí, antes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte; y las criadas y criados de casa, como menos considerados, dieron voces y la publicaron por muerta. Estas amargas nuevas llegaron á los oidos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia doña Estefanía escondidos. Los cuales con el cura de la parroquia, que ansimismo con ellos estaba, rompiendo el órden de Estefanía, salieron á la sala.

Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla dellos; y donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Dióle su madre lugar que á ella llegase como á cosa que habia de ser suya; pero cuando vió que tambien estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí, como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan extremados extremos; pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentia, le dijo: No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres, cuando sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta mas alegre coyuntura: has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teníamos escogida, que la del retrato es falsa. Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nom-

bre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podian poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya. Pero cuando mas las lágrimas de todos por lástima crecian, y por dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia arrancados venian á menos, y los gritos de su hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento que de los pechos de los circunstantes se habia ausentado.

Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse dellos; pero él le dijo: No, señora, no ha de ser ansi, no es bien que pugneis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma. A esta razon acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó doña Estefanía de no llevar mas adelante su determinacion primera, diciendo al cura que luego desposase á su hijo con Leocadia; él lo hizo ansi, que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio. El cual hecho, déjese á otra pluma y á otro ingenio mas delicado que el mio el contar la alegría universal de todos los que en él se hallaron; los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo; las gracias que dieron al cielo y á sus padres; los ofrecimientos de las partes; la admiracion de los camaradas de Rodolfo, que tan impensadamente vieron la misma noche de su llegada tan hermoso desposorio, y mas cuando supieron, por contarlo delante de todos doña Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo habia robado, de que no menos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse mas de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrian bien averiguado. Ella respondió: Cuando yo recordé y volví en mí de otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra; pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, ansimismo me hallé en los brazos del de entonces, pero honrada; y si esta señal no basta, baste la de una imágen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar sino yo: si es que por la mañana le echastes menos, y si es el mismo que tiene mi señora..... Vos lo sois de mi alma, y lo sereis los años que Dios ordenare, bien mio; y abrazándola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y parabienes que les dieron.

Vino la cena, y vinieron músicos que para esto estaban prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del rostro de su hijo; lloraron sus cuatro abuelos de gusto; no quedó rincon en toda la casa que no fuese visitado del júbilo, del contento y de la alegría; y aunque la noche volaba con sus ligeras y negras alas, le parecia á Rodolfo que iba y caminaba no con alas, sino con muletas: tan



grande era el deseo de verse á solas con su querida esposa. Llegóse en fin la hora deseada, porque no hay fin que no le tenga. Fuéronse á acostar todos, quedó toda la casa sepultada en silencio, en el cual no quedará la verdad deste cuento, pues no lo consentirán los muchos hijos y la ilustre descendencia que en Toledo dejaron, y agora viven, estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el cielo y por *La Fuerza de la Sangre*, que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico.

FIN DE LA FUERZA DE LA SANGRE.



EL CELOSO ESTREMEÑO.

No há muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando asi los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos y remedio particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en que una flota partia para Tierrafirme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplaba; el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano.

Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con mas recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó nadie en sus asientos, y asi le fue forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecia, el cual viaje fue tan próspero, que sin recebir algun revés ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena; y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe, cuando pasó á las Indias, seria de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas: sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte: y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa; que si entonces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico; que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni saber usar della, como lo es la pobreza al que contínuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras mas parte se alcanza.

Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fue soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en ser, era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y depertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y parecíale que conforme á los años que tenia, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo mas de lo que debia: por otra parte consideraba que la estre-

cheza de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y mas cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias: quisiera tener á quien dejar sus bienes despues de sus dias, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y parecíale que aun podia llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que asi se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el mas celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leo-



nora, que asi era el nombre de la hermosa doncella; y luego sin mas detenerse, comenzó á hacer un gran monton de discursos, y hablando consigo mismo, decia: Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica, y ella es niña; sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarme hé con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion que aquella que yo le enseñare: yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden: de que tenga dote ó no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto, pues; echada está la suerte, y ésta es la que el cielo quiere que yo tenga. Y asi hecho este soliloquio, no una vez sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser ansi lo que entrambos dijeron; y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamás habia tenido: y la primera muestra que dió de su condicion celosa, fue no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y asi anduvo mirando cuál otra mujer tendria poco mas ó menos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya

pmedida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demás vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por mas que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija.

La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto, no pasaban de una saya de raya y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe, fue no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pie y jardin con muchos naranjos: cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa: en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apartamiento, donde estuviese el que habia de curar della, que fue un negro, viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa habia de mirar al cielo con línea recta, sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno que de la casapuerta respondia al patio: compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertó con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese: hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese: hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y teniéndolo todo asi aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros; y pidió á su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura.

La tierna Leonora aun no sabia lo que la habia acontecido, y asi llorando con sus padres, les pidió su bendicion, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermon á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via ni en ningun modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco: y á quien mas encargó la guarda y regalo de Leonora, fue á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recebió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo habia recebido: prometióles que las trataria y regalaria á todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los dias de fiesta todos, sin faltar ninguno, irian á oir misa, pero tan de mañana, que apenas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo: y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza, y dijo que ella no tenia otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente. Hecha esta prevencion, y recogido el buen estremeño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenia experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos, y asi pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas; y ellas por pasarle mejor dieron en ser golosas, y pocos dias se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habian menester, y no menos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento.

Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años: todo lo cual era de grandísima satisfaccion para el celoso marido, pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego; y asi solo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento, que de todos sería servida. Los dias que iba á misa, que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres, y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual le daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrecheza en que vivia, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche antes por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia, y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales las mas veces á pie, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y asi fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara, como ahora oireis.

Dígame ahora el que se tuviere por mas discreto y recatado: ¿qué mas prevenciones para su seguridad podia haber hecho el anciano Felipe, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese

algun animal que fuese varon? A los ratones della jamás los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro, todos eran del género femenino: de dia pensaba, y de noche no dormia: él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien queria: jamás entró hombre de la puerta adentro del patio: con sus amigos negociaba en la calle: las figuras de los paños que sus salas y cuadros adornaban, todas eran hembras, flores y boscajes: toda su casa olia á honostidad, recogimiento y recato, aun hasta en las consejas, que en las largas noches de invierno en la chimenea sus criadas contaban; por estar él presente en ninguna ningun género de lascivia se descubria: la plata de las canas del viejo á los ojos de Leonora parecian cabellos de oro puro, porque el amor primero que las doncellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera: su demasiada guarda le parecia advertido recato: pensaba y creia que lo que ella pasaba, pasaban todas las recien casadas: no se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa mas de aquella que la de su marido queria: solo los dias que iba á misa veia las calles, y esto era tan de mañana, que si no era al volver de la iglesia, no habia luz para mirallas: no se vió monasterio tan cerrado, ni monjas mas recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir y excusar de caer en lo que recelaba: á lo menos en pensar que habia caido.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comunmente suelen llamar gente de barrio: estos son los hijos de vecino de cada collacion y de los mas ricos della, gente baldía, atildada y melíflua; de la cual, y de su traje y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir; pero por buenos respetos se deja. Uno destos galanes pues, que entre ellos es llamado virote, mozo soltero (que á los recien casados llaman matones), acertó á mirar la casa del recatado Carrizales; y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivia dentro; y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba: supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla: todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar por fuerza ó por industria fortaleza tan guardada: y comunicándolo con dos virotes y un maton, sus amigos, acordaron que se pusiese por obra; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores.

Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificultosa hazaña; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto: que fingiendo Loaysa, que asi se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos dias, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio, y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningun pobre en toda la ciudad los traia tan astrosos: quitóse un poco de barba que tenia, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal que el mas verdadero estropeado no se le igualaba. Con este talle se ponia cada noche á la oracion á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luis se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí



Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, comenzaba á tañer algunos sones alegres y regocijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponian á escucharle, y siempre en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos, y Luis, el negro, poniendo los oidos por entre las puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle mas á su placer: tal es la inclinacion que los negros tienen á ser músicos. Y cuando Loaysa queria que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar, y recogia su guitarra, y acogiéndose á sus muletas, se iba.

Cuatro ó cinco veces habia dado música al negro (que por solo él la daba), pareciéndole que por donde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio, habia y debia ser por el negro, y no le salió vano su pensamiento; porque llegándose una noche á la puerta, comenzó á templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegándose al quicio de la puerta, con voz

baja dijo: ¿Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar? No, dijo el negro, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dárosla. Pues ¿quién tiene la llave? preguntó Loaysa. Mi amo, respondió el negro, que es el mas celoso hombre del mundo, y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no seria mas mi vida; pero ¿quién sois vos, que me pedís el agua? Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto enseño á tañer á algunos morenos, y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclavos de tres veinticuatros, á quien he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagara yo, dijo Luis, á tener lugar de tomar licion; pero no es posible, á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas. Por Dios, Luis, replicó Loaysa (que ya sabia el nombre del negro), que si vos diésedes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion, en menos de quince dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y mas que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada, debeis de cantar muy bien. No canto mal, respondió el negro; pero ¿qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, sino es la de la estrella de Vénus, y la de

Por un verde prado,

Y aquella que ahora se usa, que dice:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todas esas son aire, dijo Loaysa, para las que yo os podria enseñar; porque sé todas las del moro Abindarraez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos portugueses; y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa á aprender, apenas habreis comido tres ó cuatro moyos de sal, cuando ya os veais músico corriente y moliente en todo género de guitarra.

A esto suspiró el negro, y dijo: ¿Qué aprovecha todo eso, si no sé cómo meteros en casa? Buen remedio, dijo Loaysa; procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimireis de manera que queden señaladas las guardas en la cera, que por la aficion que os he tomado, yo haré que un cerrajero, amigo mio, haga las llaves, y así podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltándole el arrimo de la guitarra: que quiero que sepais, hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde sus quilates, cuando no se acompaña con el instrumento, ahora sea de guitarra ó de clavicímbano, de órganos ó de arpa; pero el que mas á vuestra voz le conviene, es el instrumento de la guitarra, por ser el mas mañero y menos costoso de los instrumentos. Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamás entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia y de noche duermen debajo de su almohada. Pues haced otra cosa, Luis, dijo Loaysa, si es que teneis gana de ser músico consumado; que si no la teneis, no hay para qué cansarme en aconsejaros. Y ¿cómo si tengo gana? replicó Luis, y tanta que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico. Pues ansi es, dijo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podais de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volveremos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó donde dormís, me daré tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veais aun mas de lo que os he dicho, con aprovochamiento de mi persona y aumento de vuestra suficencia; y de lo que hubiéremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matalotaje para entrambos y para mas de ocho dias, que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar.

De la comida, replicó el negro, no habrá que temer, que con la racion que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos: venga ese martillo que decís y tenazas, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan lejos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye. Pues á la mano de Dios, dijo Loaysa, que de aquí á dos dias tendreis, Luis, todo lo necesario para poner en ejecucion vuestro virtuoso propósito: y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por cuantas voces tiene el suelo. No digo tal, dijo Loaysa, ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida jamás fue causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el negro; aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal, este me llenan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla, que tambien cabe dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dijo

Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe ni canta. Andad con Dios, dijo el negro; pero mirad que no dejeis de venir á cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y cómo si vendré, replicó Loaysa, y aun con tonadicas nuevas. Eso pido, dijo Luis, y ahora no me dejeis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto, y en lo de la paga entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico. No reparo en eso, dijo Loaysa, que segun yo os enseñare, asi me pagareis; y por ahora escuchad esta tonadilla, que cuando esté dentro vereis milagros. Sea en buen hora, respondió el negro; y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veia la hora de abrir la puerta..

Apenas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con mas ligereza que el traer de sus muletas prometia, se fué á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba: hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro dia hallaron los instrumentos, tales que rompian cualquier clavo como si fuera de palo. No se descuidó el virote de volver á dar música al negro, ni menos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriéndolo de manera, que á no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podia caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos: abrió la puerta, y recogió dentro á su Orfedo y maestro; y cuando le vió con sus dos muletas y tan



andrajoso, y tan fajada su pierna quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no ser necesario, y asi como entró, abrazó á su buen discípulo, y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos, y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveidas: y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó á hacer cabriolas; de lo cual se admiró mas el negro, á quien Loaysa, dijo: Sabed, hermano Luis, que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer pidiendo por amor de Dios, y ayudándome della y de mi música paso la mejor vida del mundo, en el cual todos aquellos que no fuesen industriosos y tracistas morirán de hambre, y esto lo vereis en el discurso de nuestra amistad. Ello dirá, respondió el negro; pero demos órden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza. En buen hora, dijo Loaysa; y sacando clavos de sus alforjas asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bien como de antes: de lo cual quedó contentísimo el negro, y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenia el negro, se acomodó lo mejor que pudo.

Encendió luego Luis un torzal de cera, y sin mas aguardar sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente, suspendió al pobre negro de manera, que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tañido un poco, sacó de nuevo colacion, y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dejó mas fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordenó que luego tomase licion Luis, y como el pobre negro tenia cuatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso le hizo creer Loaysa que ya sabía por lo menos dos tonadas; y era lo bueno que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias.

Durmieron lo poco que de la noche les quedaba; y á obra de las seis de la mañana bajó Carrizales, abrió la puerta de en medio, y tambien la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvio á ir, y llamó al negro que bajase á tomar cebada para la mula y su racion; y en tomándola se fué el viejo Carrizales, dejando cerradas

ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho, de que no poco se alegraron maestro y discípulo. Apenas salió el amo de casa, cuando el negro arrebató la guitarra, y comenzó á tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron: ¿Qué es esto, Luis, de cuándo acá tienes tú guitarra, ó quién te la ha dado? ¿Quién me la ha dado? respondió Luis, el mejor músico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en menos de seis dias mas de seis mil sones. Y ¿dónde está ese músico? preguntó la dueña. No está muy lejos de aquí, respondió el negro, y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi señor, quizá os le enseñara luego, y á fe que os holgásedes de verle. Y ¿adónde puede él estar que nosotras no le podamos ver, replicó la dueña, si en esta casa jamás entra otro hombre que nuestro dueño? Ahora bien, dijo el negro, no os quiero decir nada hasta que veais lo que yo sé y él me ha enseñado en el breve tiempo que ¡he dicho. Por cierto, dijo la dueña, que si no es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta brevedad. Andad, dijo el negro, que lo oireis y lo vereis algun dia. No puede ser eso, dijo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oir á nadie. Bien está, dijo el negro, que para todo hay remedio, si no es para excusar la muerte; y mas si vosotras sabeis ó quereis callar. Y ¿cómo que callaremos? hermano Luis, dijo una de las esclavas: callaremos mas que si fuésemos mudas, porque te prometo, amigo, que me muero por oir una buena voz, que despues que aquí nos emparedaron, ni aun el canto de los pájaros habemos oido.

Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecucion de su gusto, y que la buena suerte habia tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que cuando menos se pensasen las llamaria á oir una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejo y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atrevió á tocar de dia, porque su amo no le oyese; el cual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas, segun su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno al negro, dijo Luis á una negra que se lo daba, que aquella noche despues de dormido su amo bajasen todas al torno á oir la voz que les habia prometido, sin falta alguna: verdad es que antes que dijese esto habia pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que habia dado de hacer oir á las criadas una voz extremada, asegurándole que seria en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él mas deseaba; pero al fin dijo que haria lo que su buen discípulo pedia, solo por darle gusto, sin otro interés alguno. Abrazóle el negro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le habia causado la merced prometida, y aquel dia dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara. Llegóse la noche, y en la mitad della ó poco menos comenzaron á cecear en el torno, y luego entendió Luis que era la cáfila que habia llegado: y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, si no su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa; pero con todo eso quiso dar principio á su designio y contentar á su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo que dejó admirado al negro, y suspenso el rebaño de las mujeres que le escuchaba. Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron, cuando le oyeron tocar el ***Pésame de ello***, y acabar con el endemoniado son de la zarabanda, nuevo entonces en España? No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba.

Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de los escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el mas galan y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince dias de casa, que ellas le regalarian muy bien, y darian cuanto hubiese menester. Preguntáronle qué modo habia tenido para meterle en casa. A esto no les respondió palabra: á lo demás dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraria.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salian de ingenio de pobre mendigante: rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harian con su señora que bajase á escucharle á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa, que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que le echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiempo del ordinario. ¡Jesus, valme, dijo una de las doncellas; y si eso fuese verdad, qué buenaventura se nos habia entrado por las puertas sin sentillo y sin merecello! No serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento: ¡ay, señor mio de mi alma! traiga esos polvos, asi Dios le dé todo el bien que desea: vaya, y no tarde, tráigalos, señor mio, que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora: y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches, que otros tantos

tendríamos nosotras de gloria. Pues yo los traeré, dijo Loaysa, y son tales que no hacen otro mal ni daño á quien los toma, sino es provocarle á sueño pesadísimo. Todas le rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese, se despidieron; y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar licion, la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oido que el suyo en cuantos discípulos tenia, y no sabia el pobre negro ni lo supo jamás hacer un cruzado. Tenian los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decia algo ó si habia menester alguna cosa, y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para dárselo á Carrizales, que él habia oido decir que habia unos polvos para este efecto: dijéronle que tenian un médico amigo que les daria el mejor remedio que supiese, si es que le habia, y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidieron.

Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa y temblando que no despertase su marido, que aunque ella vencida deste temor no habia querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposicion del músico pobre, que sin haberle visto le alababa y le subia sobre Absalon y sobre Orfeo, que la pobre señora convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamás en voluntad. Lo primero que hicieron fue barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábito de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marineresca, un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje, que de todo vino proveido en las alforjas, imaginando que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de traje. Era mozo y de gentil disposicion y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido: y despues que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, asi á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese órden y traza cómo el señor su maestro entrase allá dentro, para oirle y verle de mas cerca, y no tan por brújula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podia cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucederia ansi, si le tuviesen escondido dentro. A esto contradijo su señora con muchas véras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde allí le podian ver y oir á su salvo, y sin peligro de su honra. ¿Qué honra? dijo la dueña: el rey tiene harta: estése vuesa merced encerrada con su Matusalen, y déjenos á nosotras holgar como pudiéremos: cuanto mas, que parece este señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras mas de lo que nosotras quisiéremos. Yo, señoras mias, dijo á esto Loaysa, no vine aquí sino con intencion de servir á todas vuesas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden: hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condicion y tan obediente, que no haré mas de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuesas mercedes dijere: maestro, siéntese aquí, maestro, pásese allí, echaos acá, pasaos acullá, asi lo haré, como el mas doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia. Si eso ha de ser asi, dijo la ignorante Leonora, ¿qué medio se dará para que entre acá dentro el señor maese? Bueno, dijo Loaysa: vuesas mercedes pugnen por sacar en cera la llave de esta puerta de en medio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra, tal que nos pueda servir. En sacar esa llave, dijo una doncella, se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra. No por eso será peor, replicó Loaysa. Asi es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar este señor primero, que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos. Sí juro, dijo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besalla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia; y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dijo otra de las doncellas: Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuautem de todo.

Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de París, Loaysa les habló, y les dió cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; díjoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos, ó un ungüento, vendria la siguiente noche, de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, si no era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harian ha-

cer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si le cumplia la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento, y llega el término que quieren, porque nunca para ni sosiega.

Vino pues la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa, por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el cual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llave, y despues de haber cerrado, se la ponia debajo de la almohada, y que su señora les habia dicho que en durmiéndose el viejo, haria por tomarle la llave maestra, y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera. Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo, y estando en esto oyó la trompa de París: acudió al puesto, halló á sus amigos que le dieron un botecico de ungüento de la propiedad que le habian significado, tomólo Loaysa y díjoles que esperasen un poco, que les daria la muestra de la llave: volvióse al torno, y dijo á la dueña, que era la que con mas ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenia, y que procurase untar á su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que veria maravillas. Hízolo asi la dueña, y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera.

Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oido de su señora, y con voz baja le dijo que traia el ungüento, y de la manera que habia de probar su virtud. Ella tomó el ungüento, y respondió á la dueña cómo en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenia debajo de la almohada como solia, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maese que si el ungüento obraba como él decia, con facilidad sacarian la llave todas las veces que quisiesen, y ansi no seria necesario sacarla en cera: dijo que fuese á decirlo luego, y volviese á ver lo que el ungüento obraba, porque luego luego le pensaba untar á su velado. Bajó la dueña á decirlo al maese Loaysa, y él despidió á sus amigos que esperando la llave estaban. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuando á ellas le llegó, le parecia que se estremecia, y ella quedó mortal, pareciéndole que la habia cogido en el hurto.



En efecto, como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fue lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura. Poco espacio tardó el alopiado ungüento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle: música á los oidos de su esposa mas acordada que la del maese de su negro; y aun mal segura de lo que veia, se llegó á él, y le estremeció un poco, y luego mas, y luego otro poquito mas por ver si despertaba; y á tanto se atrevió que le volvió de una parte á otra sin que despertarse; como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baja como la primera llamó á la dueña que allí la estaba esperando, y le dijo: Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme mas que un muerto. Pues ¿á qué aguardas á tomar la llave, señora? dijo la dueña; mira que está el músico aguardándola mas há de una hora. Espera, hermana, que ya voy por ella, respondio Leonora; y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones, y sacó la llave de en medio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin mas esperar abrió la puerta, y la presentó á la dueña, que la recebió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podia suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho de no hacer mas de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen. Asi será, dijo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura, y besa la cruz seis veces. No le pongas tasa, dijo Leonora, bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oir cantar y tañer, que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda, no te detengas mas, porque no se nos pase la noche en pláticas.

Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda

la gente de la casa esperando, y habiéndoles mostrado la llave que traia, fue tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como á catedrático, diciendo: viva, viva; y mas cuando les dijo que no habia necesidad de contrahacer la llave, porque segun el untado viejo dormia, bien se podian aprovechar de la casa todas las veces que la quisiesen. Ea pues, amiga, dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta, y entre este señor, que há mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya mas que ver. Mas ha de haber que ver, replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno, dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno, el cual llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo: Sabrá vuesa merced, señor mio, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, segun se lés antoja: y siendo esto ansi, como lo es, no seria razon que á trueco de oir dos, ó tres, ó cuatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es dozcella. Asi que, señor de mi corazon, vuesa merced nos ha de hacer, primero que entre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer mas de lo que nosotras le ordenáremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho mas lo que se aventura: y si es que vuesa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien y rebien ha dicho la señora Marialonso, dijo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe, y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro. A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina: Por mí, mas que nunca jura, entre con todo diablo, que aunque mas jura, si acá estás todo olvida.

Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: Por cierto, señoras hermanas y compañeras mias, que nunca mi intento fue, es, ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren; y asi no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion cuarentigia; y quiero hacer saber á vuesa merced que debajo del sayal hay al, y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varon: y asi juro por la intemerata eficacia donde mas santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabras, de no salir ni pasar del juramento hecho, y del mandamiento de la mas mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora lo doy por nulo, y no hecho ni valedero. Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas que con atencion le habia estado escuchando, dió una gran voz, diciendo: Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si mas quiero que jures, pues con solo lo jurado podias entrar en la misma sima de Cabra: y asiéndole de los gregüescos le metió dentro, y luego todas las demás se le pusieron á la redonda.

Luego fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subia el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si habia jurado. Respondióle que sí, y con la mas nueva forma de juramento que en su vida habia visto. Pues si ha jurado, dijo Leonora, asido le tenemos: ¡oh qué avisada que anduve en hacelle que jurase! En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojársele á los pies para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosamente que su señor las oyese: lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podian hablar alto, porque el ungüento con que estaba untado su señor tenia tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponia á un hombre como muerto. Asi lo creo yo, dijo Leonora; que si asi no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de su sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero despues que le unté ronca como un animal. Pues eso es asi, dijo la dueña, vámonos á aquella sala frontera, donde podremos oir cantar aquí al señor, y regocijarnos un poco. Vamos, dijo Leonora; pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta. A lo cual respondio Guiomar: Yo, negra, quedo, blancas van, Dios perdone á todas.

Quedóse la negra, fuéronse á la sala, donde habia un rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decia: ¡Ay qué copete que tiene tan lindo y tan rizado! otra: ¡Ay qué blancura de dientes! ¡mal año para piñones mondados, que mas blancos ni mas lindos sean! otra: ¡Ay qué ojos tan grandes y tan rasgados; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas! Esta alababa la boca, aquella los pies, y todas juntas hicieron del una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle

que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenia el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decian:

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis.

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzaron á hacer pedazos bailando. Sabía la dueña las coplas, y cantólas con mas gusto que buena voz, y fueron éstas:

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis;
Que si yo no me guardo,
No me guardareis.

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor,
Por eso es mejor
Que no me encerreis:
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán la guarda
Miedo ó calidad:
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hacer lo que haceis
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la mas hermosa
La vuelve en quimera:
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los pies.
Que si yo no me guardo,
Mal me guardareis.

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pie y de mano como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y baja, dijo: Despierto señor, señora; y señora, despierto señor, y levantas y viene.

Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que agenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto confusa y atónita cruza por los aires: tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traido; y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una, y cuál por otra parte, se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual dejando la guitarra y el canto, lleno de turbacion no sabia qué hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos: abofeteábase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin, todo era confusion, sobresalto y miedo. Pero la dueña, como mas astuta y reportada, dió órden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarian en la sala, que no faltaria escusa que dar á su señor si allí las hallase.



Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormia, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia de gozar primero que todas las gracias que ella se imaginaba que debia tener el músico; y asi, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó y se entró donde él estaba no menos confuso que pensativo, esperando las nuevas de lo que hacia el viejo untado: maldecia la falsedad del ungüento, y quejábase de la credulidad de sus amigos y del poco advertimiento que habia tenido en no hacer primero la esperiencia en otro, antes de hacerla en Carrizales. En esto llegó la dueña, y la

aseguró que el viejo dormia á mas y mejor: sosegó el pecho y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intencion suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora. Y estando los dos en sus pláticas, las demás criadas que estaban escondidas y por diversas partes de la casa, una de aquí, otra de allí, volvieron á ver si era verdad que su amo habia despertado, y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habian dejado á su señora, de la cual supieron el sueño de su amo, y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo dónde estaban, y todas con el mismo silencio que habian traido, se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban: no faltó de la junta Guiomar la negra; el negro sí, porque asi como oyó que su amo habia despertado, se abrazó con su guitarra, y se fué á esconder en su pajar, y cubierto con la manta de su pobre cama sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra: tanta era (encomendado él sea á Satanás) la aficion que tenia á la música.

Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las pascuas: ninguna la llamó vieja, que no fuese con su epíteto y adjetivo de hechicera y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respeto se callan; pero lo que mas risa causara á quien entonces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efecto, la conclusion de la plática de los dos fue que él condescenderia con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora. Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedia; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del alma, y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse: dejóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con menos ó con ningun sobresalto del músico, que ya aquella noche el alboroto les habia aguado el gusto. Bien entendieron todas que la vieja se queria quedar sola; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas.

Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos dias la tenia ya estudiada: encarecióle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias: pintóle de cuánto mas gusto le serian los abrazos del amante mozo, que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duracion del deleite, con otras cosas semejantes á estas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retóricos, tan demostrativos y eficaces, que movieran, no solo el corazon tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdicion de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de las señoras principales, y cuán al revés de lo que debiádes usais de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Leoysa estaba, y echándoles la bendicion con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir á esperar su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazon preguntar á Carrizales, á no saber que dormia, que ¿adónde estaban sus advertidos recatos, sus recelos, sus advertimientos, sus persuasiones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella ni aun en sombra alguien que tuviese nombre de varon, el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora habia dotado, los regalos continuos que le hacia, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester y que podian desear? Pero ya queda dicho que no habia para qué preguntárselo, porque dormia mas de aquello que fuera menester: y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podia dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas, y decir: todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazan y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida: libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte. Pero con todo esto, el valor de Leonora fue tal, que en el tiempo que mas le convenia, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que á pesar del ungüento Carrizales despertase, y como tenia de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con mas ligereza y denuedo que sus muchos años prometian; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le vio abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportándose un poco salió al corredor, y de allí andando pie ante pie por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormia, y viéndola sola sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto: vió lo que diera por bien empleado no tener

ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del ungüento y no en el celoso anciano.



Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estátua de mármol frio; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento; y con todo eso tomara la venganza que aquella grande maldad requeria, si se hallara con armas para poder tomarla: y asi determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aun con todal aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion honrosa y necesaria volvió, con e mismo silencio y recato que habia venido, á su estancia, donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el dia, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba; pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora viendo tan entrado el dia, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando; y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormia, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decian era menester para que en sí volviese. Pero volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo: ¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traido mi fortuna! No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo; mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del ungüento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo: ¿Qué teneis, señor mio, que me parece que os estais quejando? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña, la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo: Hacedme placer, señora, que luego luego envieis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazon, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver antes que me muriese. Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decia, pensando antes que la fortaleza del ungüento, y no lo que habia visto, le tenia en aquel trance; y respondiéndole que haria lo que la mandaba, mandó al negro que luego al punto fuese á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamás le habia hecho, preguntándole qué era lo que sentia, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que mas amaba. El la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacia, una lanzada que le atravesaba el alma.

Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debia de ser de momento, pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora: de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa despues que casaron á su hija. En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro

parecia arrancársele el alma. Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas. En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenia asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas, ella con no mas ocasion de verlas derramar á su esposo: él por ver cuán fingidamente ella las derramaba.

Asi como sus padres entraron, habló Carrizales, y dijo: Siéntense aquí vuesas mercedes, y todos los demás dejen desocupado el aposento, y solo quede la señora Marialonso. Hiciéronlo asi, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales: Bien seguro estoy, padres y señores mios, que no será menester traeros testigos para que me creais una verdad que quiero deciros: bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caido de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas hace hoy un año, un mes, cinco dias y nueve horas, que me entregásteis á vuestra querida hija por legítima mujer mia: tambien sabeis con cuánta liberalidad la doté, pues fue tal la dote, que mas de tres de su misma calidad pudieran casar con opinion de ricas: asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear y yo alcancé á saber que le convenia: ni mas ni menos habeis visto, señores, cómo llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y esperimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya que yo escogí y vosotros me dísteis, con el mayor recato que me fue posible; alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio de monjas, desterré perpetuamente della todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese; díle criadas y esclavas que la sirviesen, ni les negué á ellas ni á ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual, comuniquéle mis mas secretos pensamientos, y entreguéla toda mi hacienda: todas estas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurará no darme ocasion á que ningun género de temor celoso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida; pero porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á ésta, nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado. Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada.

Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un ñudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo: La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que asi como yo fui estremado en lo que hice, asi sea la venganza que tomare, tomándola de mi mismo como del mas culpado en este delito, que debiera considerar que mal podian estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochenta mios, y yo fui el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese; y á tí no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada! (Y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora.) No te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas, y requiebros de mozos enamorados, fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al menos de simplicidad jamás oida ni vista: y asi quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y asi verá que si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demás hacienda mandaré á otras obras pias, y á vosotros, señores mios, dejaré con que podais vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escribano sea luego, porque la pasion que tengo me aprieta de manera, que á mas andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡estraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban!

No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensó le darian los padres de su señora; y asi se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendria cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese,

pues ya no habia puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fuese á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores. En tanto, pues, que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo, el cual vino á tiempo que ya habian vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que habia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respetos la pedia y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la habia dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora se arrojó á los pies de su marido, y saltándole el corazon en el pecho, le dijo: Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no estais obligado á creerme ninguna cosa de la que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento; y comenzando á disculparse y á contar por estenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua y volvió á desmayarse. Abrazóla asi desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno dia le llevaron á la sepultura.

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabia que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los mas recogidos monasterios de la ciudad: él despechado y casi corrido se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y todas blancas y luengas. Solo no sé qué fue la causa que Leonora no puso mas ahinco en disculparse y dar á entender á su celoso marido cuán limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.

FIN DEL CELOSO ESTREMEÑO.



LA ILUSTRE FREGONA.

En Búrgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivan dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba don Diego de Carriazo, y el otro don Juan de Avendaño. El don Diego tuvo un hijo á quien llamó de su mismo nombre, y el don Juan otro á quien puso don Tomás de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales persona deste cuento, por excusar y ahorrar letras, les llamarémos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años ó poco mas tendria Carriazo, cuando llevado de una inclinacion picaresca, sin forzarle á ello algun mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y antojo se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar á pie le cansaba, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera: tan bien dormia en parvas, como en colchones: con tanto gusto se soterraba en un pajar de un meson, como si se acostara entre dos sábanas de Holanda: finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache.

En tres años que tardó en parecer y volver á su casa aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo á este género de vida la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus obras: á tiro de escopeta en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas; visitaba pocas veces las ermitas de Baco; y aunque bebia vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiado, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellon y almagre. En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y mas que medianamente discreto: pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterre de la picaresca. ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucíos: pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro! Bajad el toldo, amainad el brio, no os llameis pícaros si no habeis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes: allí, allí está en su centro el trabajo junto con la poltronería: allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones: aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta: allí campea la libertad y luce el trabajo: allí van ó envian muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tantos sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado, tiene un amargo acíbar que la amarga; y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara á Berbería: por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayorales, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido de Tetuan. Pero no fue parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos á darse buen tiempo: el último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó á los naipes cerca de setecientos reales; con los cuales quiso vestirse, volverse á Búrgos, y á los ojos de su madre, que habia derramado por él muchas lágrimas: despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos: prometióles que el verano siguiente seria con ellos, si enfermedad ó muerte no lo estorbase: dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó á

aquellas secas arenas, que á él parecian mas frescas y verdes que los campos Elíseos: y por estar ya acostumbrado á caminar á pie, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las tres ánades, madre: estúvose allí quince dias para reformar la color del rostro, sacándola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador



de pícaro, y ponerse en limpio de caballero. Todo esto hizo segun y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y aun dellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó á sus padres honrado y contento. Ellos le recebieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron á darle el parabien de la buena venida del señor don Diego de Carriazo su hijo. Es de advertir que en su peregrinacion don Diego, mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabian.

Entre los que vinieron á ver el recien llegado fueron don Juan de Avendaño y su hijo don Tomás, con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima. Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadrabas, puesto que en ellas tenia de contino puestas la imaginacion, especialmente cuando vió que se llegaba el tiempo donde habia prometido á sus amigos la vuelta: ni le entretenia la caza en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan, le daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecian anteponia el que habia recebido en las almadrabas. Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico é imaginativo, fiado en su amistad se atrevió á preguntarle la causa, y se obligó á remediarla, si pudiese y fuese menester, con su sangre misma.

No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no agraviar á la grande amistad que le profesaba; y asi le contó punto por punto la vida de la jábega, y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacian del deseo que tenia de volver á ella: pintósela de modo, que Avendaño, cuando le acabó de oir, antes alabó que vituperó su gusto. En fin, el de la plática fue disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que determinó de irse con él á gozar un verano de aquella felicísima vida que le habia descrito, de lo cual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que habia ganado un testigo de abono que calificase su baja determinacion: trazaron ansimismo de juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que hallaron fue que de allí á dos meses habia de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años habia estado estudiando las lenguas griega y latina, y su padre queria que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese; y que del dinero que le diese habría para lo que deseaban.

En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenia voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedian ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida: proveyéronles de dinero, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenia mas de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos á sus hijos de lo que habian de hacer, y de cómo se habian de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes, lloraron las madres, recebieron la bendicion de todos, pusiéronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amen del ayo, que se habia dejado crecer la barba porque diese autoridad á su cargo.

En llegando á la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprendióles mucho el ayo severa y asperamente la estada, diciéndoles que los que iban á estudiar con tan priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerías, cuanto mas dos dias, y que él formaria escrúpulo si los dejaba

detener un solo punto, y que se partiesen luego, y si no, que sobre eso morena. Hasta aquí se extendia la habilidad del señor ayo ó mayordomo, como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenian ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya sacado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayordomo, dijeron que solos los dejase aquel dia, en el cual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos.

En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos dias, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, todo le sucedió al revés de lo que él quisiera. Los mancebos, con solo un criado, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, á despecho del caño dorado y de la reverenda priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la extremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron á Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojin alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviese á la ciudad, y se la diese á su ayo, y que en dándola les esperase en la puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió á la ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí á dos dias en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones ó zaragüelles y medias de paño pardo. Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los habia mudado de manera, gue no los conociera la propia madre que los habia parido. Puestos pues á la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no atañian á su menester, se las habia comprado.

Dejémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos á contar lo que el ayo hizo cuando abrir la carta que el criado le llevó, y halló que decia desta manera: «Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso, de tener paciencia y dar la vuelta á Búrgos, donde dirá á nuestros padres que habiendo nosotros sus hijos con madura consideracion considerado cuán mas propias son de los caballeros las armas que las letras, habemos determinado de trocar á Salamanca por Bruselas y á España por Flandes; los cuatrocientos escudos llevamos, las mulas pensamos vender; nuestra hidalga intencion y el largo camino es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es cobarde; nuestra partida es ahora, la vuelta será cuando Dios fuere servido, el cual guarde á vuesa merced como puede y estos sus menores discípulos deseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pie en el estribo para caminar á Flandes.—Carriazo y Avendaño.»

Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epistola, y acudió presto á su balija, y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luego al punto en la mula que le habia quedado se partió á Búrgos á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pusiesen remedio y diesen traza de alcanzar á sus hijos; pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque asi como dejó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que les sucedió á Avendaño y á Carriazo á la entrada de Illescas, diciendo: que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de anjeo, sus coletos de ante, dagas de gancho y espadas sin tiros; al parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á ella: el que iba estaba diciendo al otro: Si no fueran mis amos tan adelante, todavía me detuviera algo mas á preguntar mil cosas que deseo saber, porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el conde ha ahorcado á Alonso Gines y á Ribera, sin querer otorgarles la apelacion. ¡Oh pecador de mí! replicó el sevillano, armóles el conde zan-



cadilla, y cogiólos debajo de su jurisdicion, que eran soldados, y por contrabando se aprovechó

dellos, sin que la audiencia se los pudiese quitar: sábete, amigo, que tiene un Bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma: barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros: no para ladron en sus contornos: todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de asistente, porque no tiene condicion para verse á cada paso en dimes ni dirétes con los señores de la audiencia.

Vivan ellos mil años, dijo el que iba á Sevilla, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados: ¡cuántos pobretes están mascando barro, no mas de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor ó mal informado ó bien apasionado! Mas ven muchos ojos que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo. Predicador te has vuelto, dijo el de Sevilla, y segun llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la mas hermosa fregona que se sabe: Marinilla la de la venta Tejada es



asco en su comparacion; no te digo mas sino que hay fama que el hijo del corregidor bebe los vientos por ella: uno desos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada solo por hartarse de mirarla: ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscon; es dura como un mármol y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol y en otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay tambien azucenas y jazmines; no te digo mas sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, segun lo que te pudiera decir acerca de su hermosura: en las dos mulas

rucias que sabes que tengo mias, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste ó para un conde; y otra vez torno á decir que allá lo verás, y adios, que me mudo. Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversacion dejó mudos á los dos amigos que escuchado la habian, especialmente Avendaño, en quien la simple relacion que el mozo de mulas habia hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso deseo de verla: tambien le despertó en Carriazo; pero no de manera que no desease mas llegar á sus almadrabas, que detenerse á ver las pirámides de Egipto, ú otra de las siete maravillas, ó todas juntas.

En repetir las palabras de los mozos y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decian, entretuvieron el camino hasta Toledo, y luego, siendo la guia Carriazo, que ya otra vez habia estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron á pedirla allí, porque su traje no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecia la tan celebrada fregona. Entrábase la noche, y la fregona no salia: desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo, el cual por salir con su intencion, con escusa de preguntar por unos caballeros de Búrgos que iban á la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada, y apenas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio estaba vió salir una moza, al parecer de quince años poco mas ó menos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecia ver en él los que suelen pintar de los ángeles: quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada: tal era su suspension y embelesamiento.

La moza, viendo aquel hombre delante de sí, le dijo: ¿Qué busca, hermano? ¿es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondió Avendaño todo lleno de turbacion y sobresalto. La moza, que de aquel modo le vió responder, dijo: Vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados; y llamando á su señor, le dijo: Mire, señor, lo que busca este mancebo. Salió su amo, y preguntóle qué buscaba. Él respondió que á unos caballeros de Búrgos que iban á Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le habia enviado delante por Alcalá de Henares, donde habia de hacer un negocio que les importaba, y que junto con esto le mandó que se viniese á Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendria á apearse, y que pensaba que llegaria aquella noche ú otro dia á mas tardar. Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo: Quédese, amigo, en la posada, que aquí podrá esperar á su señor hasta que venga. Muchas mercedes, señor huésped, respondió Avendaño, y mande vuesamerced que se me dé un aposento para mí y un compañero que viene conmigo, que está allí fuera, que dinero traemos para pagarlo tan bien como otro. En buen hora, respondió el huésped, y volviéndose á la moza, dijo: Costancica, dí á la Argüello que lleve á estos dos galanes al aposento del rincon, y que les eche sábanas limpias. Sí haré, señor, respondió Constanza, que asi se llamaba la doncella; y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó delante, cuya ausencia fue para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y escura: con todo esto salió á dar cuenta á Carriazo de lo que habia visto y de lo que dejaba negociado.

El cual por mil señales conoció cómo su amigo venia herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir nada por entonces, hasta ver si lo merecia la causa de quien nacian las extraordinarias alabanzas y grandes hipérboles con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba. Entraron en fin en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó á uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podia hacer medio entre los dos estremos. Pidieron de cenar, respondióles la Argüello que en aquella posada no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traian de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podian ir á cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de la Argüello, y dieron con sus cuerpos en un bodegon, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos y imaginaciones. Lo poco ó nada que Avendaño comia admiraba á Carriazo.

Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada, le dijo: Conviene que mañana madruguemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgaz. No estoy en eso, respondió Avendaño, porque pienso, antes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustin, la huerta del Rey y la Vega. Norabuena, respondió Carriazo, eso en dos dias se podrá ver. En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante. Ta, ta, replicó Carriazo, á mí me maten, amigo, si no estais vos con mas deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería. Asi es la verdad, respondió Avendaño, y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras. ¡Gallardo encarecimiento, dijo Carriazo, y determinacion digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un D. Tomás de Avendaño, hijo de D. Juan de Avendaño, caballero lo

que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano! Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un D. Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos verle enamorado, ¿de quién, si pensais? ¿De la reina Ginebra? no por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es mas fea á lo que creo que un miedo de Santo Anton. Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo, por los filos que te herí me has muerto, quédese aquí nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios y medraremos. Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza; en viéndola te doy licencia para que me digas todas las injurias ó reprensiones que quisieres. Ya sé yo en qué ha de parar esto, dijo Carriazo. ¿En qué? replicó Avendaño. En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona, dijo Carriazo. No seré yo tan venturoso, dijo Avendaño. Ni yo tan necio, respondió Carriazo, que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mio.

En estas pláticas llegaron á la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido á su parecer poco mas de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama, y estuvieron atentos, y dijo Carriazo: Apostaré que es ya de dia, y que debe hacerse alguna fiesta en el monasterio de Nuestra Señora del Cármen que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías. No es eso, respondió Avendaño, porque no ha tanto que dormimos que pueda ser ya de dia. Estando en esto sintieron llamar á la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba, respondieron de fuera, diciendo: Mancebos, si quereis oir una brava música, levantáos y asomáos á una reja que sale á la calle, que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella. Levantáronse los dos, y cuando abrieron no hallaron persona ni supieron quién les habia dado el aviso; mas porque oyeron el son de una arpa, creyeron ser verdad la música, y asi en camisa como se hallaron, se fueron á la sala donde ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes puestos á las rejas; hallaron lugar, y de allí á poco, al son de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria á Avendaño.

Raro humilde sugeto, que levantas
A tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella se excedió naturaleza
A sí misma, y al cielo la adelantas.
Si hablas, ó si ries, ó si cantas,
Si muestras mansedumbre ó aspereza
(Efeto solo de tu gentileza)
Las potencias del alma nos encantas:
Para que pueda ser mas conocida
La sin par hermosura que contienes,
Y la alta honestidad de que blasonas,
Deja el servir, pues debes ser servida
De cuantos ven tus manos, y tus sienes
Resplandecer con cetros y coronas.

No fue menester que nadie les dijese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oidos de Avendaño, que diera por bien empleado por no haberle oido haber nacido sordo y estarlo todos los dias de la vida que le quedaba, á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazon de la rigurosa lanza de los celos, y era lo peor que no sabia de quién debia ó podia tenerlos. Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo: ¡Que tan simple sea este hijo del corregidor, que se ande dando músicas á una fregona! Verdad es que ella es de las mas hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad. A lo cual añadió otro de los de la reja: Pues en verdad que he oido yo decir por cosa muy cierta que asi hace ella cuenta dél como si no fuese nadie; apostaré que se está ella agora durmiendo á sueño suelto detrás de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni canciones. Asi es la verdad, replicó el otro, porque es la mas honesta doncella que se sabe, y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfago, y donde hay cada dia gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo. Con esto que oyó Avendaño tornó á revivir y á cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al son de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas á Constanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningun cuidado. Por venir el dia se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana. La cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver á Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro deseo enamorado. Pero á entrambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas, eran cortas y de ningun encarecimiento.

Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un cabezon labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una coluna de alabastro, que no era menos blanca su garganta: ceñida con un cordon de San Francisco, y de una cinta pendiente al lado derecho un gran manojo de llaves: no traia chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecian, sino cuanto por un perfil mostraban tambien ser coloradas: traia trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura; el color salia de castaño y tocaba en rubio; pero al parecer

tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar: pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio que parecian perlas; los mismos cabellos le servian de garbin y de tocas.

Cuando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devocion y sosiego hizo una profunda reverencia á una imágen de Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos vió á los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la cual dió voces á la Argüello, que se levantase. Resta ahora por decir, qué es lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Constanza, que de lo que le pareció á Avendaño ya está dicho, cuando la vió la vez primera. No digo mas sino que á Carriazo le pareció tan bien como á su compañero; pero enamoróle mucho menos, y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto á las voces de Constanza salió á los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, tambien criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas, y el haber tantas lo requeria la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y mas frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron tambien los mozos de los huéspedes á pedir cebada: salió el huésped de casa á dársela, maldiciendo á sus mozas, que por ellas se le habia ido un mozo que la solia dar con muy buena cuenta y razon, sin que le hubiese hecho menos á su parecer un solo grano. Avendaño que oyó esto, dijo: No se fatigue, señor huésped, déme el libro de la cuenta, que los dias que hubiere de estar aquí yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido. En verdad que os lo agradezca, mancebo, respondió el huésped, porque yo no puedo atender á esto, porque tengo otras muchas cosas á que acudir fuera de casa: bajad, daros hé el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trampantojos un celemin de cebada con menos conciencia que si fuese de paja.

Bajó al patio Avendaño, y entregóse en el libro, y comenzó á despachar celemines como agua,



y asentarlos por tan buena órden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento, y tanto, que dijo: Pluguiese á Dios que vuestro amo no viniese, y que á vos os diese gana de quedaros en casa, que á fe que otro gallo os cantase, porque el mozo que se me fué vino á mi casa habrá ocho meses roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos y va gordo como una nutria; porque queiro que sepais, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amen de los salarios. Si yo me quedase, replicó Avendaño, no repararia mucho en la ganancia, que con cualquiera cosa me contentaria á trueco de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España. A lo menos, respondió el huésped, es de las mejores y mas abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al rio, que tambien se me fue otro mozo, que con un asno que tengo famoso me tenia rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas porque los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos á mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan su ganado al rio, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse á buenas noches, y mas que consideró el gran gusto que haria á Avendaño si le seguia el humor; y asi dijo al huésped: Venga el asno, señor huésped, que tambien sabré yo cinchalle y cargalle, como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía. Sí, dijo Avendaño, mi compañero Lope, asturiano, servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fío. La Argüello, que estaba atenta desde el corredor á todas estas pláticas, oyendo decir á Avendaño, que él fiaba á su compañero, dijo: Digame, gentilhombre, ¿y quién le ha de fiar á él? que

en verdad que me parece que mas necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador. Calla, Argüello, dijo el huésped, no te metas donde no te llaman, yo los fio á entrambos, y por vida de vosotras, que no tengais dares ni tomares con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos. ¿Pues qué? dijo otra moza, ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota. Déjese de chocarrerías, señora gallega, respondió el huésped, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos, que la moleré á palos. Por cierto sí, replicó la gallega, ¡mirad qué joyas para codiciallas! Pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa ni de fuera para tenerme en la mala piñon que me tiene: ellos son bellacos, y se van cuando se les antoja, sin que nosotros les demos ocasion alguna: bonica gente es ella por cierto, para tener necesidad de apetitos que les inciten á dar un madrugon á sus amos cuando menos se percatan. Mucho hablais, gallega hermana, respondió su amo: punto en boca, y atended á lo que teneis á vuestro cargo. Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco se encaminó al rio, dejando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolucion.

Hé aquí tenemos ya (en buen hora se cuente) á Avendaño hecho mozo de meson, con nombre



de Tomás Pedro, que asi dijo que se llamaba, y á Carriazo con el de Lope asturiano, hecho aguador: transformaciones dignas de anteponerse á las del narigudo poeta. A malas penas acabó de entender la Argüello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el asturiano, y le marcó por suyo, determinándose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condicion esquiva y retirada, le volviese mas blando que un guante. El mismo discurso hizo la gallega melindrosa sobre Avendaño, y como las dos por trato y conversacion y por dormir juntas fuesen grandes amigas, al punto declaró la una á la otra su determinacion amorosa, y desde aquella noche determinaron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados amantes; pero lo primero que advirtieron fue en que les habian de pedir que no les habian de pedir celos por cosas que las viesen hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, si no hacen tributarios á los de fuera de casa: callad, hermanos, decian ellas (como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados) callad y tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero á quien sabe, y que guie la danza quien la entiende, y no habrá par de canónigos mas regalados que vosotros lo sereis destas tributarias vuestras.

Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la gallega y la Argüello. Y en tanto caminaba nuestro buen Lope asturiano la vuelta del rio por la cuesta del Cármen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutacion de su estado: ó ya fuese por esto ó porque la suerte asi lo ordenase, en un paso estrecho al bajar de la cuesta encontró un asno de un aguador que sùbia cargado, y como él descendia y su asno era gallardo, bien dispuesto y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros se derramó tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de cólera arremetió al aguador moderno, que aun se estaba caballero, y antes que se desenvolviese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al asturiano.

Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre, que pensó que le habia muerto. Otros mu-

chos aguadores que allí venian, como vieron á su compañero tan mal parado, arremetieron á Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando: Justicia, justicia, que este aguador ha muerto un hombre; y á vuelta destas razones y gritos le molian á mojicones y á palos. Otros acudieron al caido, y vieron que tenia hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Cármen dieron en los oidos de un alguacil, el cual con dos corchetes, con mas ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores que no le dejaban menear, antes le brumaban las costillas de manera que mas se pudiera temer de su vida que de la del herido, segun menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguian, que apenas podian hender por las calles.

Al rumor de la gente salió Tomás Pedro y su amo á la puerta de casa á ver de qué procedia tanta grita, y descubrieron á Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca: miró luego por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les habia juntado: preguntó la causa de aquellas prisiones, fuele respondida la verdad del suceso, pesóle por su asno, temiendo que le habia de perder ó á lo menos de hacer mas costas por cobrarle que él valia. Tomás Pedro siguió á su compañero, sin que le dejasen llegar á hablarle una palabra: tanta era la gente que lo impedia y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dijo el cirujano. El alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y mas cinco reales de á ocho, que los corchetes habian quitado á Lope.

Volvióse á la posada lleno de confusion y de tristeza, halló al que ya tenia por amo con no menos pesadumbre que él traia, á quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido y del suceso de su asno: díjole mas, que á su desgracia se le habia añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le habia encontrado en el camino, y le habia dicho que su señor, por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid habia pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormia en Orgaz, y que le habia dado doce escudos que le diese, con órden de que se fuese á Sevilla, donde le esperaba; pero no puede ser así, añadió Tomás, pues no será razon que yo deje á mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora, cuanto mas que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere, á trueco que no la haga á mi camarada: vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero, y acudir á este negocio; y en tanto que este se gasta, yo escribiré á mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de cualquier peligro.

Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno: tomó el dinero y consoló á Tomás, diciéndole que él tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pié, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenia una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja: la cual lavandera lavaba la ropa en casa, y como esta pida á su hija, que sí pedirá, hable á la hermana del fraile, que hable á su hermano que hable al confesor, y el confesor á la monja, y la monja guste de dar un billete (que será cosa fácil) para el corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomás, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso: y esto ha de ser con tal que el aguador no muera, y con que no falte ungüento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen mas que carretas de bueyes.

En gracia le cayó á Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado; y aunque conoció que antes lo habia dicho de socarron, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaria mucho mas, segun él tenia la confianza en su señor, como ya le habia dicho. La Argüello, que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la cárcel á llevarle de comer; mas no se le dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolucion, dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba de todo sano: y ya en este tiempo habia dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho.

Por seis ducados se apartó de la querella el herido; en diez y en el asno y las costas sentenciaron al asturiano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso le habia visitado la Argüello y requerídole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar ade-

lante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo, que con aquella cubierta no seria juzgado ni preso por vagamundo, y sin eso era oficio que con mucho descanso y comodidad suya podia usar, pues que con sola una carga de agua se podia andar todo el dia por la ciudad á sus anchuras mirando bobas. Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mujeres de España, y que andan á una su discrecion con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no solo á las hermosas desta ciudad, sino á las de todo el mundo. Paso, señor Tomás, replicó Lope, vamos poquito á poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que como le tengo por loco, le tenga por hereje. ¿Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? Respondió Tomás: Dios te lo perdone y te traiga á verdadero conocimiento de tu yerro. Pues ¿no es fregona? replicó el asturiano. Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dijo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo.

Yo te digo, hermano, replicó Tomás, que ella no friega ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha. Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad, dijo Lope, la Fregona ilustre, si es que no friega? mas sin duda debe de ser que como friega plata y no loza, le dan nombre de lustre. Pero dejando esto aparte, dime, Tomás, ¿en qué estado están tus esperanzas? En el de perdicion, respondió Tomás, porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella, y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazon la dura saeta de los celos. Pues ¿qué piensas hacer con el imposible que se le ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva y desta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece? Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del mas hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva ó Penélope: en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer; si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore? Mira, amigo, no sé cómo te diga, prosiguió Tomás, de la manera con que amor el bajo sujeto desta fregona (que tú llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca: no es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si asi se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden á borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan á entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande: finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que á otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende á mas que á servir y á procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que á la mia tambien honesta se debe.

A este punto dió una gran voz el asturiano, y como exclamando dijo: ¡Oh amor platónico! ¡Oh fregona ilustre! ¡Oh felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llama fortuna! ¡Oh póbres atunes mios, que os pasais este año sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene, yo haré la enmienda de manera que no se quejen de mí los mayorales de las mis deseadas almadrabas. A esto dijo Tomás: Ya veo, asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí; lo que podias hacer es irte norabuena á tu pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí me hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicó Lope; y ¿tú no ves que lo que digo es burlando? pero ya que sé que tú hablas de véras, de véras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto: una cosa sola te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasion de que la Argüello me requiebre ni solicite, porque antes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya: vive Dios, amigo, que habla mas que un relator, y que le huele el aliento á rasuras desde una legua: todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, despues que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y asi se jalbega el rostro, que no parece sino mascaron de yeso puro. Todo eso es verdad, replicó Tomás, y no es tan mala la gallega que á mí me martiriza: lo que se podrá hacer es, que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás donde estar, y asi huirás los encuentros de la Argüello, y yo quedaré sujeto á los de la gallega y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron á la posada, adonde de la Argüello fue con

muestra de mucho amor recebido el asturiano. Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada de muchos mozos de mulas, que en ellas y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fue el asturiano: las bailadoras, amen de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada: juntáronse muchos embozados con mas deseo de ver á Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con mas ahinco la Argüello, que



cantase algun romance: él dijo que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa. Habia entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni mas ni menos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diria, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente, de improviso comenzó á cantar desta manera.

Salga la hermosa Argüello
Moza, una vez y no mas,
Y haciendo una reverencia
Dé dos pasos hácia atrás.

De la mano la arrebate
El que llaman Barrabás,
Andaluz mozo de mulas,
Canónigo del compás.

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la mas carigorda,
En cuerpo y sin devantal.

Engarráfela Torote,
Y todos cuatro á la par
Con mudanzas y meneos
Den principio á un contrapás.

Todo lo que iba cantando el asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir que diesen principio á un contrapas, respondió Barrabas, que asi le llamaban por mal nombre al bailarin mozo de mulas: Hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huésped que oyó la ignorancia del mozo, le dijo: Hermano mozo, contrapas es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es, replicó el mozo, no hay para qué nos metan en dibujos: toquen sus zarabandas, chaconas y folías al uso, y escudillen como quisieren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El asturiano sin replicar palabra prosiguió su cantó, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar,
Que el baile de la Chacona
Es mas ancho que la mar.
Requieran las castañetas,
Y bájense á refregar
Las manos por esa arena,
O tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien,
No tengo que les retar:
Santíguense, y dén al diablo
Dos higas de su higueral.
Escupan al hideputa,
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la Chacona
Nunca se suele apartar.
Cambio el son, divina Argüello,
Mas bella que un hospital,
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieres dar.
El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.
Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.
Vierten azogue los pies,
Derrítese la persona,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.
El brío y la ligereza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobre modo se entona.
El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.
¡Qué de veces ha intentado
Aquesta noble señora
Con la alegre zarabanda,
El pésame, y perra mora.
Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!
¡Cuántas fue vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja
Que *el baile de la Chacona*
Encierra la vida bona.
Esta indiana amulatada,
De quien la fama pregona
Que ha hecho mas sacrilegios
E insultos, que hizo Aroba:
Esta, á quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pajes,
Y de lacayos las tropas,
Dice, jura, y no revienta,
Que á pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla;
Y que sola la Chacona
Encierra la vida bona.

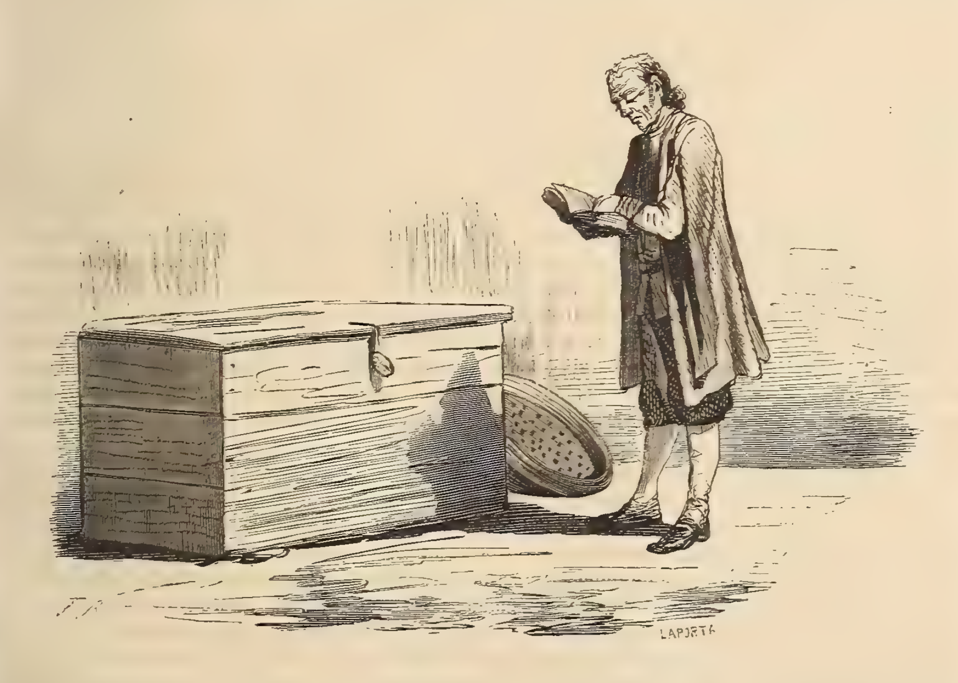
En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas bailando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban á doce; y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras cosas de mas tomo, sustancia y consideracion de las cantadas, uno de los muchos embozados que

el baile miraban, dijo sin quitarse el embozo: Calla, borracho, calla cuero, calla odrina, poeta de viejo, músico falso. Tras esto acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron tan á mal, que si no fuera por el huésped que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y aun con todo eso no dejaran de menear las manos, si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apenas se habian retirado, cuando llegó á los oidos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la posada del Sevillano, cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dejó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin. Pero el que mas atento estuvo fue Tomás Pedro, como aquel á quien mas le tocaba, no solo el oir la música, sino entender la letra, que para él no fue oir canciones, sino cartas de excomunion que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó, fue este romance.

¿Dónde estás que no pareces,
Esfera de la hermosura,
Belleza á la vida humana
De divina compostura?
Cielo impíreo, donde amor
Tiene su estancia segura;
Primer moble que arrebata
Tras sí todas las venturas:
Lugar cristalino, donde
Transparentes aguas puras
Enfrian de amor las llamas,
Las acrecientan y apuran:
Nuevo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas
Sin tomar la luz prestada
Al cielo y al suelo alumbran:
Alegría, que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura.
Humildad, que se resiste
De la alteza con que encumbran
El gran Jove, á quien influye
Su benignidad, que es mucha:
Red invisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa:
Cuarto cielo y sol segundo,
Que el primero deja á escuras
Cuando acaso deja verse,
Que el verle es caso y ventura:
Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura,
Que persuades callando
Aun mas de lo que procuras:
Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura,
Y del primero no mas
Que el resplandor de la luna:
Esta esfera sois, Costanza,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras ventura deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.
Con esto vereis, señora,
Que envidian vuestra fortuna
Las soberbias por linaje,
Las grandes por hermosura.
Si quereis ahorrar camino,
La mas rica y la mas pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fue todo uno, que si como dieron junto á los piés del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de



los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: ¡infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fue á Tomás Pedro, que admiró la voz y el romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamás llegó ninguna. Contrario deste parecer fue Barrabás, el mozo de mulas, que tambien estuvo atento á la música, porque asi como vió huir al músico, dijo: Allá irás, mentecato, trovador de Judas, que pulgas te coman los ojos; y ¿quién diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lunes, martes y ruedas de fortuna? Dijérasla, noramala para tí y para quien le hubiera parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada

como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y mas dura que un pedazo de argamasa; que como esto le dijeras, ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y moble, y alteza, y bajeza, mas es para decirlo á un niño de la doctrina, que á una fregona: verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trovas que no hay diablo que las entienda; yo á lo menos aunque soy Barrabás, estas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo: mire qué hará Costancica; pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias: este músico á lo menos no es de los del hijo del corregidor, que aquellos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero este, voto á tal, que me deja mohino.

Todos los que escucharon á Barrabás recebieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado. Con esto se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando quién llama, fuéle respondido con voz baja: La Argüello y la gallega somos, ábranos, que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondió Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Déjate de gracias, Lope, replicó la gallega, levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas. ¿Archiduquesas, y a tal hora? respondió Lope: no creo en ellas, antes entiendo que sois brujas, ó unas grandísimas bellacas: idos de ahí luego, si no, por vida de... hago juramento, que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas. Ellas que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volvieron tristes y malaventuradas á sus lechos: aunque antes de apartarse de la puerta, dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave: No es la miel para la boca del asno; y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia, y tomando una justa venganza, se volvió como se ha dicho á su triste cama. Lope, que sintió que se habian vuelto, dijo á Tomás Pedro que estaba despierto: Mirad, Tomás, ponedme vos á pelear con dos gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con mas facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad, que me tome á brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaeteasen: mirad qué doncellas de Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios, y medraremos. Ya te he dicho, amigo, respondió Tomás, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romería, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el dia, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo. Durmiéronse, vino el dia, levantáronse, y acudió Tomás á dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias, que es allí junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió pues que Tomás, llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos, y escrítolos en el mismo libro de tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos aparte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero antes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dejado el libro sobre el cajon de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que leidos le turbaron y sobresaltaron. Fuése con ellos á su mujer, y antes que se los leyese, llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomas Pedro el mozo de la cebada le habia dicho algun requiebro ó alguna palabra descompuesta ó que diese algun indicio de tenerla aficion. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aun por hablarla, y que jamás ni aun con los ojos le habia dado muestras de pensamiento malo alguno.

Creyéronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronla que se fuese de allí, y el huésped dijo á su mujer: No sé que me diga desto; habreis de saber, señora, que Tomás tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica. Veamos las coplas, respondió la mujer, que yo os diré lo que en eso debe de haber. Asi será, sin duda alguna, replicó su marido, que como sois poeta, luego dareis en su sentido. No soy poeta, respondió la mujer, pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento, y que sé rezar en latin las cuatro oraciones. Mejor haríades de rezallas en romance, que ya os dijo vuestro tio el clérigo que decíades mil gazafatones cuando rezábades en latin, y que no rezábades nada. Esa flecha, de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las horas de latin en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisiéredes, respondió el huésped, estad atenta, que las coplas son estas:

¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.
¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.
¿Quién da alcance á su alegría?
La porfía.
Dese modo bien podria
Esperar dichosa palma,
Si en esta empresa mi alma
Calla, está firme y porfía.

¿Con qué se sustenta amor?
Con favor.
¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.
¿Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece
Que mi amor será inmortal;
Pues la causa de mi mal
Ni injuria ni favorece.

Quien desespera ¿qué espera?
Muerte entera.
Pues ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego ¿bien será morir?
Mejor sufrir;
Porque se suele decir,
(Y esta verdad se reciba):
Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasion?
En ocasion.
¿Y si jamás me la da?
Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue á tanto
Tu limpia fe y esperanza,
Que en sabiéndolo Costanza
Convierta en risa tu llanto.

¿Hay mas? dijo la huéspeda. No, respondió el marido; pero ¿qué os parece destos versos? Lo primero, dijo ella, es menester averiguar si son de Tomás. En eso no hay que poner duda, replicó el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas, toda es una, sin que se pueda negar. Mirad, marido, dijo la huéspeda, á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir: cuanto mas, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que sea por esta, ahí no le dice nada que la deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos á la mira, y avisemos á la muchacha, que si él está enamorado della, á buen seguro que él haga mas coplas y que procure dárselas. ¿No seria mejor, dijo el marido, quitarnos desos cuidados, y echarle de casa? Eso, respondió la huéspeda, en vuestra mano está; pero en verdad que segun vos decís, el mozo sirve de manera, que seria conciencia el despedille por tan liviana ocasion. Ahora bien, dijo el marido, estaremos alerta, como vos decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer.

Quedaron en eso, y tornó á poner el huésped el libro donde lo habia hallado. Volvió Tomás ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasion que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de miralla, cuanto mas de ponerse á pláticas con ella; y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba mas la dificultad de hablalla, de que se desesperaba el pobre enamorado. Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho á quien se lo preguntó que por qué se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas, Tomás, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que seria bueno que hiciese, y dijo: Señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor. Norabuena, respondió Costanza, que yo la rezaré, porque sé leer. Ha de ser con condicion, dijo Tomás, que no la ha de mostrar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dijo Costanza, Tomás, que no la dé á nadie, y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladaré de la memoria, respondió Tomás, y luego se la daré. Estas fueron las primeras razones que Tomás dijo á Costanza, y Costanza á Tomás en todo el tiempo que habia que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y cuatro dias. Retiróse Tomás, y escribió la oracion, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y mas devocion, se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia desta manera.

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Búrgos: si alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta: á la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis, vine á servir á vuestro dueño: si vos lo quisiéredes ser mio, por los medios que mas á vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo, y me tendré por el mas bien afortunado del mundo: solo por ahora os pido que no echeis tan enamorados y limpios pensamientos como los mios en la calle; que si vuestro dueño lo sabe, y no los cree, me condenará á destierro de vuestra presencia, que seria lo mismo que condenarme á muerte: dejadme, señora, que os vea, hasta que me creais, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros: con los ojos podreis responderme á hurto de los muchos que siempre os están mirando; que ellos son tales que airados matan, y piadosos resucitan.»

En tanto que Tomás entendió que Costanza se habia ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazon, temiendo y esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vida. Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomás otra cosa tan lejos de la que pensaba, habia acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las mano hecho menudas piezas, y dijo á Tomás, que apenas se podia tener en pié: Hermano Tomás, esta tu oracion mas parece hechicería y embuste, que oracion santa, y asi yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea mas crédula que yo: aprende otras oraciones mas fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho. En diciendo esto se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primero paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el asturiano comprando el asno donde los vendian: y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajalle uno que mas caminaba por el azogue que le habia echado en los oidos, que por ligereza

suya; pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle que Lope queria, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacíos ó llenos los cántaros. Llegóse á él en esto un mozo, y díjole al oido: Galan, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca de un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad, y aconséjole que no compre bestia de gitano, porque aunque parescan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca. Creyóle el asturiano, y díjole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecia. Fuéronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde á la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacian en un prado que allí cerca estaba.

Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al asturiano, y de todos los que allí estaban fue alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremanera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni informacion, siendo corredores y medianeros los demás aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio. Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabien de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que habia comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que se le mancase ni matase, habia ganado con



él en menos tiempo de un año, despues de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y mas aquellos diez y seis ducados con que pensaba volver á su tierra, donde le tenian concertado un casamiento con una medio parienta suya. Amen de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púsose el asturiano á mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenia de resto cada uno mas de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto; y si uno no diera partido á otro, él hiciera mesa gallega.

Finalmente, á los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron. Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuatro, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamás gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haria cuarto. Sentáronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar ántes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenia; viéndose sin blanca, dijo que si le querian jugar el asno, que él le jugaria. Acetaron el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos queria jugarle. Dióle tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le habia vendido; y levantándose para volverse á entregarse en él, dijo el asturiano que advirtiesen que él solamente habia jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen, y se le llevasen norabuena. Causóles risa á todos la demanda de la cola; y hubo letrados que fueron de parecer que no tenia razon en lo que pedia, diciendo que cuando se vende un carnero ó otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola; y cuando los tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo concedia; pero que la suya no fue vendida, sino jugada, y que nunca su intencion fue jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo á ella anejo y concerniente, que era desde la punta del celebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y decendia, hasta parar en los últimos pelos della. Dadme vos, dijo uno, que ello sea asi como decis, y que os la dén como la pedís, y sentáos junto á lo que del asno queda. Pues asi es, replicó Lope, venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están, me han de ha-

cer superchería, porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién, por dónde ó cómo le vino; y mas, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la dén en ser, y la corten del asno, como tengo dicho.

Al ganancioso y á los demás les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brío el asturiano, que no consentiria que se la hiciesen; el cual, como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara, y de estraordinarios juramentos y votos, voleó allí el capelo y empuñó un puñal que debajo del capotillo traia, y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía. Finalmente, uno dellos, que parecia de mas razon y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno á una quinola, ó á dos y pasante. Fueron contentos, ganó la quínola Lope, picóse el otro, echó el ótro cuarto, y á otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria Lope, pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viaje del desposado, dejándole sin un solo maravedí; y fue tanta la pesadumbre que desto recibió el perdidoso, que se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de calabazadas por la tierra. Lope, como bien nacido, y como liberal y compasivo, le levantó, y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis ducados del asno, y aun de los que él tenia repartió con los circunsantes, cuya estraña liberalidad pasmó á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlan, le alzaran por rey de los aguadores.

Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomás lo sucedido, y Tomás asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegon, ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brío y la liberalidad del asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así apenas hubo andado dos dias por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo que decian: Este es el aguador de la cola. Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no habia asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí, y quién de allí: Asturiano, daca la cola, daca la cola, asturiano. Lope, que se vió asaetear de tantas lenguas y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia; mas ni por esas, pues mientras mas callaba, mas los muchachos gritaban; y asi probó á mudar su paciencia en cólera, y apeándose del asno, dió á palos tras los muchachos, que fue afinar el polvorin y ponerle fuego, y fue otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando á algun muchacho, nacian en el mismo instante no otras siete sino setecientas, que con mayor ahinco y menudeo le pedian la cola.

Finalmente, tuvo por bien de retirarse á una posada, que habia tomado fuera de la de su compañero, por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrase de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola, que le pedian. Seis dias se pasaron sin que saliese de casa, sino era de noche, que iba á ver á Tomás, y á preguntarle del estado en que se hallaba, el cual le contó que despues que habia dado el papel á Constanza, nunca mas habia podido hablarla una sola palabra, y que le parecia que andaba mas recatada que solia, puesto que una vez tuvo lugar de llegar á hablarla, y viéndolo ella le habia dicho antes que llegase: Tomás, no me duele nada, y asi ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones: conténtate, que no te acuso á la Inquisicion, y no te canses; pero que estas razones las dijo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna. Lope le contó á él la priesa que le daban los muchachos pidiéndole la cola, porque él habia pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite. Aconsejóle Tomás que no saliese de casa, á lo menos sobre el asno, y que si saliese, fuese por las calles solas y apartadas, y que cuando esto no bastase, bastaria dejar el oficio, último remedio de poner fin á tan poco honesta demanda. Preguntóle Lope si habia acudido mas la gallega. Tomás dijo que no; pero que no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina á los huéspedes. Retiróse con esto á su posada Lope con determinacion de no salir della en otros seis dias, á lo menos con el asno.

Las once serian de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo el corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes; porque así como los cometas cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios, ni mas ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el corregidor en una sala, llamó al huésped de casa, el cual vino temblando á ver lo que el señor corregidor queria. Y asi como le vió el corregidor le preguntó con mucha gravedad: ¿Sois vos el huésped? Sí, señor, respondió él, para lo que vuesa merced me quisiere mandar. Mandó el corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo asi, y quedándose solos, dijo el corregidor al huésped: Huésped, ¿qué gente de servicio teneis en esta vuestra posada? Señor, respondio él, tengo dos mozas gallegas, y una ama y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja. ¿No mas! replico el corregidor. No, señor, respondio el huésped. Pues decidme, huésped, dijo el corre-

gidor, ¿donde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la Ilustre Fregona, y aun me han llegado á decir que mi hijo don Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no le dé músicas? Señor, respondio el huésped, esa Fregona ilustre que dicen, es verdad que está en esta casa; pero ni es mi criada, ni deja de serlo. No entiendo lo que dices, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la Fregona. Yo he dicho bien, añadió el huésped, y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamás he dicho á persona alguna. Primero quiero ver á la Fregona que saber otra cosa: llamadla acá, dijo el corregidor. Asomóse el huésped á la puerta de la sala, y dijo: ¿Oíslo, señora? haced que entre aquí Costancica.

Cuando la huéspeda oyó que el corregidor llamaba á Costanza, turbóse y comenzó á torcerse las manos, diciendo: ¡Ay, desdichada de mí, el corregidor á Costanza y á solas! algun gran mal debe de haber sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres. Costanza, que lo oia, dijo: Señora, no se congoje, que yo iré á ver lo que el señor corregidor quiere, y si algun mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa; y en esto sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con mas vergüenza que temor, fue donde el corregidor estaba.

Asi como el corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala, lo cual hecho, el corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traia, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habiasele encendido la color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y despues de haberla bien mirado, dijo: Huésped, esta no es joya para estar en el bajo engaste de un meson; desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos: digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no habian de caer sobre el nombre de Fregona, sino sobre el de una duquesa. No es fregona, señor, dijo el huésped; que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que á esta posada vienen. Con todo eso, dijo el corregidor, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella este en un meson: ¿es parienta vuestra, por ventura? Ni es mi parienta, ni es mi criada; y si vuesa merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuesa merced cosas que juntamente con darle gusto le admiren. Si gustaré, dijo el corregidor, y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio. No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor, y salióse de la sala, y halló á su ama desalada esperándola para saber della qué era lo que el corregidor la queria. Ella le contó lo que habia pasado, y cómo su señor quedaba con él para contalle no sé qué cosas que no queria que ella las oyese. No acabó de sosegarse la huéspeda, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el corregidor, y vió salir libre á su marido, el cual en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

Hoy hacen, señor, segun mi cuenta, quince años, un mes y cuatro dias, que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina en una litera, acompañada de cuatro criados de á caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venian: traia asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina: finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta ó pocos mas años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo: venia enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luego, luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de mas fama desta ciudad. Dígeles que el doctor de la Fuente. Fueron luego por él, y él vino luego: comunicó á solas con él su enfermedad, y lo que de su plática resultó fue que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun ruido. Al momento la mudaron á otro aposento, que está aquí arriba apartado y con la comodidad que el doctor pedia. Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servian. Yo y mi mujer preguntamos á los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, y de dónde venia y dónde iba, si era casada, viuda ó doncella, y por qué causa se vestia aquel hábito de peregrina.

A todas estas preguntas que les hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa, sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos que la heredasen; y que porque habia algunos meses que estaba enferma de hidropesía, habia ofrecido de ir á Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto á decir su nombre, traian órden de no llamarla sino la señora peregrina.

Esto supimos por entonces; pero á cabo de tres dias que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi mujer de su parte: fuimos á ver lo que queria, y á puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos nos dijo creo que estas mismas razones: Señores mios, los cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el riguroso trance que ahora os diré; yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me

van apretando: ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad y desgracia: á estas mis mujeres, ni he podido, ni he querido encubrírselo: por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á Nuestra Señora de Guadalupe: ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto: á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos: la paga de la merced que me hiciéredes, que asi quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo menos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo; y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde, se le puso en las manos de mi mujer, la cual como simple, y sin mirar lo que hacia, porque estaba supensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno: yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello, que no éramos personas que por interés mas que por caridad nos moviamos á hacer bien cuando se ofrecia. Ella prosiguió diciendo: Es menester, amigos, que busqueis donde llevar lo que pariere luego luego, buscando tambien mentiras que decir á quien lo entregárades, que por ahora será en la ciudad, y despues quiero que se lleve á una aldea: de lo que despues se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva, lo sabreis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga: partera no la he menester ni la quiero, que otros partos mas honrados que he tenido, me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades, y ahorraré un testigo mas de mis sucesos.

Aquí dió fin á su razonamiento la lastimada peregrina, y principio á un copioso llanto, que en parte fue consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en mas acuerdo, le dijo: finalmente, yo salí luego á buscar donde llevar lo que pariese á cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la mas hermosa que mis ojos hasta entonces han visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora: ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando: en todos habia sosiego y silencio maravilloso, y tal, cual convenia para el secreto de aquel estraño caso. Otros seis dias estuvo en la cama, y en todos ellos venia el médico á visitarla; pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedia su mal; y las medicinas que le ordenaba, nunca las puso en ejecucion, porque solo pretendió engañar á sus criados con la visita del médico.

Todo esto me dijo ella misma despues que se vió fuera de peligro, y á los ocho dias se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado. Fué á su romería y volvió de allí á veinte dias ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando del artificio con que despues de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió estaba ya la niña dada á criar por mi órden con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí: en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que asi lo dejó ordenado su madre, la cual contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traeria la persona que por la niña viniese: tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como cuando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y despues de apartadas las manos queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuadamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaria por su hija, encargándome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no la dijese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre, ni quién era; que lo guardaba para otra ocasion mas importante.

En resolucion, dándome otros cuatrocientos escudos de oro, y abrazando á mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discrecion, valor, hermosura y recato. Constanza se crió en el aldea dos años, y luego la truje conmigo, y siempre la he traido en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro dias, ha que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohijalla, y darle toda mi hacienda, que vale mas de seis mil ducados, Dios sea bendito. Resta ahora, señor corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decir las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal es devotísima de Nuestra Señora: confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor randera en Toledo; canta á la almohadilla como unos ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale, pues en lo que toca á ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto. El señor don Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando la da alguna música, que ella jamás escucha. Muchos señores, y de título han posado en esta posada, y aposta por hartarse de verla han detenido su camino muchos dias; pero yo sé bien que

no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola, ni acompañada.

Esta es, señor, la verdadera historia de la Ilustre Fregona, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto. Calló el huésped y tardó un gran rato el corregidor en hablarle: tan suspenso le tenia el suceso que el huésped le habia contado; en fin, le dijo que le trujese allí la cadena y el pergamino, que queria verlo. Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era asi como le habia dicho: la cadena era de trozos, curiosamente labrada: en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que habia de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras: E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena habia dejado al huéspede; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar solo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Constanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venia, antes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de la Ilustre Fregona, como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el corregidor, y el que ocupó Constanza cuando la llamaron, estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamás con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el corregidor se iba y que Constanza se quedaba, respiró su espíritu, volviéronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenian: no osó preguntar al huésped lo que el corregidor queria, ni el huésped lo dijo á nadie, sino á su mujer, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios, que de tan grande sobresalto la habia librado.

El dia siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de á caballo, dos



caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pie con ellos venian, si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro y fueron á apear los dos ancianos, señal por do se conoció que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes; y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro: Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar. Tomás, que acudió á dar recado y las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos á quien los demás respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no faltaria quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flandes, los hallarian; pero no se atrevió á dejarse conocer en aquel traje, antes, aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro, pasó por delante dellos, y fué á buscar á Constanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y apriesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daria lugar para decirle nada, le dijo: Constanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyeres llamar don Juan de Avendaño; infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomás de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido; y quédate adios, que hasta que ellos se vayan no pienso volver, á esta casa.

No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cu-

bierto como habia entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped á Tomás que viniese á dar cebada; pero como no pareció dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte á una de las dos mozas gallegas, y preguntóle cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habia visto, y que si era hija ó parienta del huésped ó huéspeda de casa. La gallega le respondió: La moza se llama Constanza, ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es: solo digo que la doy á la mala landre, que no sé qué tiene, que no deja hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa, pues en verdad que tenemos nuestras faiciones como Dios nos las puso: no entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa, y que no diga: bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las mas pintadas, nunca peor me la depare la fortuna; y á nosotras no hay quien nos diga: ¿qué teneis ahí, diablos, ó mujeres, ó lo que sois? Luego esta niña á esa cuenta, replicó el caballero, debe de dejarse manosear y requebrar por los huéspedes. Sí, respondió la gallega, tenedle el pie al herrar, bonita es la niña para eso: por Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro: es mas áspera que un erizo: es una traga avemarías, labrando está todo el dia y rezando: para el dia que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta: mi ama dice que trae un silicio pegado á las carnes, y que es una santa.

Contentísimo el caballero de lo que habia oido á la gallega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo: Yo, señor huésped, vengo á quitaros una prenda mia, que há algunos años que teneis en vuestro poder; para quitárosla os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena, y este pergamino. Diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena que él tenia: asimismo conoció el pergamino, y alegre sobremanera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondió: Señor, la prenda que quereis quitar está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad, que yo creo que vuesa merced trata; y asi le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego; y al momento fué á avisar al corregidor de lo que pasaba, y de cómo estaban dos caballeros en su posada, que venian por Costanza. Acababa de comer el corregidor, y con el deseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo, y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apenas hubo visto á los dos caballeros, cuando abiertos los brazos fué á abrazar al uno, diciendo: ¡Válame Dios! ¡qué buena vida esta, señor don Juan de Avendaño, primo y señor mio! El caballero le abrazó asimismo, diciéndole: Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo: abrazad, primo, á este caballero, que es el señor don Diego de Carriazo, gran señor, y amigo mio.

Ya conozco al señor don Diego, respondió el corregidor, y le soy muy servidor, y abrazándose los dos, despues de haberse recebido con grande amor y grandes cortesías, se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huésped, el cual ya tenia consigo la cadena, y dijo: Ya el señor corregidor sabe á lo que vuesa merced viene, señor don Diego de Carriazo: vuesa merced saque los trozos que faltan á esta cadena, y el señor corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que ha tantos años que espero á que se haga. Desa manera, respondió don Diego, no habrá necesidad de dar cuenta al nuevo señor corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido á lo que vos, señor huésped, habreis dicho. Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber: el pergamino hélo aquí. Sacó don Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenia el huésped, que como se ha dicho eran E. T. E. L. S. Ñ. V. D. D. R. respondian en el otro pergamino estas: S. A. S. A. E. A. L. E. R. A. E. A., que todas juntas decian: *Esta es la señal verdadera*. Cotejáronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. Esto está hecho, dijo el corregidor: resta ahora saber, si es posible, quiénes son los padres desta hermosísima prenda. El padre, respondió don Diego, yo lo soy, la madre ya no vive; basta saber que fue tan principal, que pudiera yo ser su criado; y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró á una aldea suya, y allí con recato y con honestidad grandísima pasaba con sus criados y vasallos una viva sosegada y quieta: ordenó la suerte que un dia, yendo yo á caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta: cuando llegué á su alcázar, que asi se puede llamar su gran casa, dejé el caballo á un criado mio; subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro: era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion, despertaron en mí un deseo mas atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije: vuesa merced, señora mia, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tengo bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan á vuestras voces, no podrán mas que quitarme la vida: y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinion vuestra fama.

Finalmente yo la gocé contra su voluntad y á pura fuerza mia: ella cansada, rendida y turbada, ó no pudo ó no quiso hablarme palabra, y yo dejándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio, que estaba dos

leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamás la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta; y podrá haber veinte dias, que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra me envió á llamar un mayordomo desta señora; fuí á ver lo que me queria, bien lejos de pensar en lo que me dijo: halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le habia sucedido, y cómo habia quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto habia venido en romería á Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo habia parido en esta casa una niña que se habia de llamar Costanza: dióme las señas con que la hallaria, que fueron las que habeis visto de la cadena y pergamino; y dióme ansimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar á su hija: díjome ansimismo que el no habérmelos dado luego como su señora habia muerto, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba adónde y cómo habia de hallar mi hija. Recebí el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

A estas razones llegaba don Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decian á grandes voces: Díganle á Tomás Pedro, el mozo de la cebada, cómo llevan á su amigo el asturiano preso; que acuda á la cárcel, que allí le espera. A la voz de cárcel y de preso, dijo el corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijeron al alguacil que el corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y asi lo hubo de hacer. Venia el asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil; y asi como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, con un paño como que se limpiaba la sangre se cubrió el rostro.

Preguntó el corregidor que qué habia hecho aquel mozo, que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador, que le llamaban el asturiano, á quien los muchachos por las calles decian: daca la cola, asturiano, daca la cola; y luego en breves palabras contó la causa por qué le pedian la tal cola, de que no riyeron poco todos. Dijo mas: que saliendo por la puerta de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se habia apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno, á quien dejaba medio muerto á palos, y que queriéndole prender, se habia resistido, y que por eso iba tan mal parado. Mandó el corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el alguacil, y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado: Hijo don Diego, ¿cómo estás desta manera? ¿qué traje es este? ¿aun no se te han olvidado tus picardías? Hincó las rodillas Carriazo, y fuése á poner á los piés de su padre, que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio.

Don Juan de Avendaño, como sabia que don Diego habia venido con don Tomás su hijo, preguntóle por él: á lo cual respondió que don Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el asturiano dijo, se acabó de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandó el corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada. Yo creo que no está en casa, respondió el huésped, pero yo le buscaré; y asi fué á buscalle. Preguntó don Diego á Carriazo que qué transformaciones eran aquellas, y qué les habia movido á ser él aguador, y don Tomás mozo de meson. A lo cual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en público, que él queria á solas.

Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí sin ser visto lo que hacian su padre y el de Carriazo: teníale suspenso la venida del corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped cómo estaba allí escondido; subió por él, y mas por fuerza que por grado le hizo bajar; y aun no bajara si el mismo corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: Baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones. Bajó Tomás, y con los ojos bajos y sumision grande, se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo cuando le cobró de perdido. Ya en esto habia venido un coche del corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre, diciendo: Recebid, señor don Diego, esta prenda, y estimadla por la mas rica que acertárades á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios, que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado.

Costanza, que no sabia ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos, se las comenzó á besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas, que por sus hermosísimos ojos derramaba. En tanto que esto pasaba, habia persuadido el corregidor á su primo don Juan que se viniesen todos con él á su casa; y aunque don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del corregidor, que lo hubo de conceder; y asi entraron en el coche todos; pero cuando dijo el corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huéspeda se asieron

una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban.

Decia la huéspeda: ¿Cómo es esto, hija de mi corazon, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes ánimo de dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado? Costanza lloraba, y la respondia



con no menos tiernas palabras. Pero el corregidor enternecido, mandó que asimismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo. Asi la huéspeda y todos entraron en el coche, y fueron á casa del corregidor, donde fueron bien recebidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron regalada y suntuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre cómo por amores de Costanza don Tomás se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era, siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de fregona.

Vistió luego la mujer del corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien la cuadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora, y usado los mejores trajes que el uso trae consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste, que fue don Pedro, el hijo del corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y asi fue la verdad; porque entre el corregidor, y don Diego de Carriazo, y don Juan de Avendaño se concertaron en que don Tomás se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del corregidor, y don Pedro, el hijo del corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño, que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos: y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudia infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho.

Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en don Tomás de Avendaño, y vestido como señor: notaron que Lope asturiano era muy gentilhombre despues que habia mudado vestido, y dejado el asno y las aguaderas; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle no le pidiese la cola. Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron á Búrgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza con su marido don Tomás, y el hijo del corregidor, que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la Fregona Ilustre, á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solenizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de meson; y Carriazo ni mas ni menos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas ve algun asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, asturiano; asturiano, daca la cola.

FIN DE LA ILUSTRE FREGONA.



LAS DOS DONCELLAS.

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero: no traia criado alguno, y sin esperar que le tuviese el estribo, se arrojó de la silla con



gran ligereza. Acudió luego el huésped (que era hombre diligente y de recato), mas no fue tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda, que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras que le habia pesado de que asi le hubiesen visto, se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que no habia mas de uno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso si algun huésped acudiese, acomodarle en la una. A lo cual respondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huesped alguno; y sacando un escudo de oro, se le dió á la huéspeda con condicion que á nadie diese el lecho vacío.

No se descontentó la huéspeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el mismo dean de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si queria cenar, y respondió que no; mas que solo queria que se tuviese gran cuidado con su cuartago: pidió la llave del aposento, y



llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él y cerró tras sí la puerta con llave, y aun á lo que despues pareció arrimó á ella dos sillas. Apenas se hubo encerrado, cuando se juntaron á consejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se hallaron, y todos trataron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habian visto: tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendria de diez y seis á diez y siete años: fueron y vinieron, y dieron y tomaron, como suele decirse, sobre qué podia haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzaron, quedáronse con la admiracion de su gentileza.

Fuéronse los vecinos á sus casas, y el huésped á pensar el cuartago, y la huéspeda á aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho cuando entró otro de poca mas edad que el primero, y no de menos gallardía; y apenas le hubo oido la huéspeda, cuando dijo: ¡Válame Dios, y qué es esto! ¿vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa? ¿Por qué dice eso la señora huéspeda? dijo el caballero. No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera, solo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenia las ha tomado un caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas, aunque no habia

menester mas de una sola, porque nadie le entre en el aposento, y es que debe gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo por qué, que no tiene él cara ni disposicion para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga. ¿Tan lindo es, señora huéspeda, replicó el caballero. Y ¡cómo si es lindo! dijo ella, y aun mas que relindo. Ten aquí, mozo, dijo á esta razon el caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dando el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, y hizo que le diese luego de cenar, y asi fue hecho. Y estando cenando, entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa), y sentóse á conversacion con el caballero en tanto que cenaba, y no dejó entre razon y razon de echar abajo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero, y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la córte, y de las guerras de Flandes y bajada del turco, no olvidándose de los sucesos del transilvano, que Nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas.

Ya en esto habia acabado el mesonero de dar recado al cuartago, y sentóse á hacer tercio en la conversacion, y á probar de su mismo vino no menos tragos que el alguacil; y á cada trago que



envasaba, volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atrevia á dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volvieron á las alabanzas del huésped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no habia querido cenar cosa alguna: ponderaron el aparato de las bolsas, y la bondad del cuartago y del vestido vistoso que de camino traia: todo lo cual requeria no venir sin mozo que le sirviese. Todas estas exageraciones pusieron nuevo deseo de verle, y rogó al mesonero hiciese de modo como él entrase á dormir en la otra cama, y le daria un escudo de oro; y puesto que la codicia del dinero acabó con la voluntad del mesonero de dársela, halló ser imposible á causa que estaba cerrado por dentro, y no se atrevia á despertar al que dentro dormia, y que tan bien tenia pagados los dos lechos. Todo lo cual facilitó el alguacil, diciendo: Lo que se podrá hacer, es que yo llamaré á la puerta, diciendo que soy la justicia, que por mandado del señor alcalde traigo á aposentar á este caballero á este meson, y que no habiendo otra cama, se le manda dar aquella: á lo cual ha de replicar el huésped que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razon quitarla al que la tiene: con esto quedará el mesonero disculpado, y vuesa merced conseguirá su intento. A todos les pareció bien la traza del alguacil, y por ella le dió el deseoso cuatro reales. Púsose luego por obra: y en resolucion, mostrando gran sentimiento el primer huésped abrió á la justicia, y el segundo, pidiéndole perdon del agravio que al parecer se le habia hecho, se fué á acostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respondió palabra, ni menos se dejó ver el rostro, porque apenas hubo abierto, cuando se fué á su cama, y vuelta la cara á la pared, por no responder, hizo como que dormia. El otro se acostó, esperando cumplir por la mañana su deseo, cuando se levantasen.

Eran las noches de las perezosas y largas de diciembre, y el frio y el cansancio del camino forzaban á procurar pasarlas con reposo: pero como no le tenia el huésped primero, á poco mas de la media noche comenzó á suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecia despedírsele el alma; y fue de tal manera, que aunque el segundo dormia, hubo de despertar al lastimero son del que se quejaba, y admirado de los sollozos, con que acompañaba los suspiros, atentamente se puso á escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba. Estaba la sala escura, y las camas bien desviadas; pero no por esto dejó de oir entre otras razones, estas, que con voz debilitada y flaca, el

lastimado huésped primero decia: ¡Ay sin ventura! ¿á dónde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados? ¿Qué camino es el mio, ó qué salida espero tener del intrincado laberinto donde me hallo? ¡Ay pocos y mal esperimentados años, incapaces de toda buena consideracion y consejo! ¿Qué fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia? ¡Ay honra menospreciada, ay amor mal agradecido, ay respetos de honrados padres y parientes atropellados, y ay de mí una y mil veces, que tan á rienda suelta me dejé llevar de mis deseos! ¡Oh palabras fingidas, que tan de veras me obligastes á que con obras os respondiese? Pero, ¿de quién me quejo, cuitada? ¿No soy yo la que quise engañarme? ¿No soy yo la que tomó el cuchillo en sus mismas manos, con que corté y eché por tierra mi crédito, con el que de mi valor tenian mis ancianos padres? ¡Oh fementido Marco Antonio! ¿Cómo es posible que en las dulces palabras que me decias viniese mezclada la hiel de tus descortesías y desdenes? ¿A dónde estás, ingrato, á dónde te fuiste, desconocido? Respóndeme, que te hablo: espérame, que te sigo: susténtame, que descaezco: págame lo que me debes: socórreme, pues por tantas vias te tengo obligado.

Calló en diciendo esto, dando muestra en los ayes y suspiros que no dejaban los ojos de derramar tiernas lágrimas. Todo lo cual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huésped, coligiendo por las razones que habia oido, que sin duda alguna era mujer la que se quejaba, cosa que le avivó mas el deseo de conocella, y estuvo muchas veces determinado de irse á la cama de la que creia ser mujer; y hubiéralo hecho, si en aquella sazon no le sintiera levantar, y abriendo la puerta de la sala dió voces al huésped de casa que le ensillase el cuartago, porque queria partirse. A lo cual, al cabo de un buen rato que el mesonero se dejó llamar, le respondió que se sosegase, porque aun no era pasada la media noche, y que la escuridad era tanta, que seria temeridad ponerse en camino. Quietóse con esto, y volviendo á cerrar la puerta se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que seria bien hablarle, y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podia, por obligarle con esto á que se descubriese, y su lastimera historia le contase, y asi le dijo: Por cierto, señor gentilhombre, que si los suspiros que habeis dado y las palabras que habeis dicho no me hubieran movido á condolerme del mal de que os quejais, entendiera que carecia de natural sentimiento, ó que mi alma era de piedra, y mi pecho de bronce duro; y si esta compasion que os tengo, y el presupuesto que en mi ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio (si es que vuestro mal le tiene) merece alguna cortesía, en recompensa ruégoos que la useis conmigo, declarándome, sin encubrirme cosa, la causa de vuestro dolor. Si él no me hubiera sacado de sentido, respondió el que se quejaba, bien debiera yo de acordarme que no estaba sola en este aposento, y asi hubiera puesto mas freno á mi lengua y mas tregua á mis suspiros, pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla, quiero hacer lo que me pedís, porque renovando la amarga historia de mis desgracias, podria ser que el nuevo sentimiento me acabase; mas si quereis que haga lo que me pedís, habeisme de prometer por la fé que me habeis mostrado en el ofrecimiento que me habeis hecho, y por quien vos sois (que á lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho) que por cosas que de mí oigais en lo que os dijere, no os habeis de mover de vuestro lecho, ni venir al mio, ni preguntarme mas de aquello que yo quisiere deciros; porque si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo, me pasaré el pecho. Esotro (que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba) le respondió que no saldria un punto de lo que le habia pedido, afirmándoselo con mil juramentos. Con ese seguro pues, dijo el primero, yo haré lo que hasta agora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie, y asi escuchad.

Habeis de saber, señor, que yo, que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varon, soy una desdichada doncella, á lo menos una que lo fue no ha ocho dias, y lo dejó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres: mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar desta Andalucía, cuyo nombre callo (porque no os importa á vos tanto el saberlo, como á mí el encubrirlo): mis padres son nobles y mas que medianamente ricos, los cuales tuvieron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario: á él enviaron á estudiar á Salamanca: á mí me tenian en su casa, á donde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fuí obediente, ajustando mi voluntad á la suya sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada ó mi mucha demasía me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro mas rico que mis padres, y tan noble como ellos: la primera vez que le miré no sentí otra cosa que fuese mas de una complacencia de haberle visto; y no fue mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discrecion y cortesía; pero ¿de qué me sirve alabar á mi enemigo ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mio, ó por mejor decir, el principio de mi locura? Digo en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mia estaba; desde allí, á lo que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los mios con otra manera de contento que el primero gustaron de miralle, y aun me forzaron á que creyese que eran puras verdades cuanto en sus ademanes y en su rostro leia: fue la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio y de dar fé al suyo: llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador, para dar á entender la

entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí desdichada (que jamás en semejantes ocasiones y trances me habia visto) cada palabra era un tiro de artillería que derribaba parte de la fortaleza de mi honra: cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad: cada suspiro un furioso viento, que el incendio aumentaba de tal suerte, que acabó de consumir la virtud que hasta entonces aun no habia sido tocada; y finalmente, con la promesa de ser mi esposo á pesar de sus padres (que para otra le guardaban), dí con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber cómo me entregué en su poder á hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino que un paje de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sosiego); y apenas hubo tomado de mí la posesion que quiso, cuando de allí á dos dias desapareció del pueblo, sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar dónde habia ido.

Cual yo quedé, dígalo quien tuviere poder para decirlo, que yo no sé ni supe mas de sentillo: castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro; martiricé mi rostro, por parecerme que él habia dado toda la ocasion á mi desventura; maldije mi suerte, acusé mi presta determinacion, derramé muchas é infinitas lágrimas, víme casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salian, quejéme en silencio al cielo, discurrí con la imaginacion, por ver si descubria algun camino ó senda á mi remedio, y la que hallé fue vestirme en hábito de hombre, y ausentarme de la casa de mis padres, y irme á buscar á este segundo engañador Enéas, á este cruel y fementido Vireno, á este defraudador de mis buenos pensamientos y legítimas y bien fundadas esperanzas; y asi sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciéndome la ocasion un vestido de camino de mi hermano, y un cuartago de mi padre que yo ensillé, una noche escurísima salí de casa con intencion de ir á Salamanca, donde, segun despues se dijo, creian que Marco Antonio podia haber venido; porque tambien es estudiante, y camarada del hermano mio que os he dicho: no dejé asimismo de sacar cantidad de dineros en oro, para todo aquello que en mi impensado viaje pueda sucederme; lo que mas me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del cuartago que traigo, y cuando esto no tema, temo á mi hermano que está en Salamanca, del cual si soy conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á cuantas yo pudiere darle: con todo esto, mi principal determinacion es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes, con unas cifras que dicen: Es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo, sabré del qué halló en mí que tan presto le movió á dejarme; y en resolucion haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrándome tan presta á la venganza, como fui fácil al dejar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, va despertando en mí brios que me prometen ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es, señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la cual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron: lo que os ruego y suplico es, que ya que no podais darme remedio, á lo menos me deis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he menester.

Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que habia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que estaba dormido y que ninguna cosa le habia oido; y para certificarse de lo que sospechaba, le dijo: ¿Dormís, señor? y no sería malo que durmiésedes, porque el apasionado que cuenta sus desdichas á quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha mas sueño que lástima. No duermo, respondió el caballero, antes estoy tan despierto, y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mismo grado me aprieta y duele que á vos misma, y por esta causa el consejo que me pedis, no solo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren; que puesto que en el modo que habeis tenido en contarme vuestro suceso, se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que conforme á esto os debió de engañar mas vuestra voluntad rendida que las persuasiones de Marco Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los cuales no cabe tener esperiencia de los muchos engaños de los hombres: sosegad, señora, y dormid, si podeis, lo poco que debe de quedar de la noche; que viniendo el dia nos aconsejaremos los dos y veremos qué salida se podrá dar á vuestro remedio.

Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato por dar lugar á que el caballero durmiese, el cual no fue posible sosegar un punto, antes comenzó á volcarse por la cama y á suspirar de manera que le fue forzoso á Teodosia preguntarle qué era lo que sentia, que si era alguna pasion á quien ella pudiese remediar, lo haría con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. A esto respondió el caballero: Puesto que sois vos, señora, la que causa el desasosiego que en mí habeis sentido, no sois vos la que podais remedialle, que á serlo, no tuviera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia adónde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavía sospechó que alguna pasion amorosa le fatigaba, y aun pensó ser ella la causa, y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad y la escuridad, y el saber que era mujer, no fuera mucho haber despertado en él algun mal pensamiento, y temorosa desto se vistió con grande priesa y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera,

sentada sobre la cama estuvo esperando el dia, que de allí á poco espacio dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas: y lo mismo que Teodosia habia hecho el caballero, y apenas vió estrellado el aposento con la luz del dia, cuando se levantó de la cama, diciendo: Levantáos, señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dejaros de mi lado hasta que como legítimo esposo tengais en el vuestro á Marco Antonio, ó que él ó yo perdamos las vidas; y aquí vereis la obligacion y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia; y diciendo esto, abrió las ventanas y puertas del aposento.

Estaba Teodosia deseando ver la claridad, para ver con la luz qué talle y parecer tenia aquel con quien habia estado hablando toda la noche; mas cuando le miró y le conoció, quisiera que jamás hubiera amanecido, sino que allí en perpetua noche se le hubieran cerrado los ojos; porque apenas hubo el caballero vuelto los ojos á mirarla (que tambien deseaba verla), cuando ella conoció que era su hermano, de quien tanto se temia, á cuya vista casi perdió la de sus ojos, y quedó suspensa, y muda, y sin color en el rosto; pero sacando del temor esfuerzos, y del peligro discrecion, echando mano á la daga, la tomó por la punta, y se fué á hincar de rodillas delante de su hermano, diciendo con voz turbada y temerosa: Toma, señor y querido hermano mio, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mia no es bien que ninguna misericordia me valga: yo confieso mi pecado, y no quiero que sirva de disculpa mi arrepentimiento: solo te suplico que la pena sea de suerte, que se estienda á quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinon, si el castigo que dieres fuere secreto.

Mirábala su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza, las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico la levantó del suelo, y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciéndole entre otras razones, que por hallar castigo igual á su locura, le suspendia por entonces; y asi por esto, como por parecerle que aun no habia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas á su remedio, queria antes procurársele por todas las vias posibles, que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los perdidos espíritus, tornó la color á su rostro, y revivieron sus casi muertas esperanzas. No quiso mas don Rafael (que asi se llamaba su hermano) tratarle de su suceso: solo le dijo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos á buscar á Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella, porque siendo su camarada, le hubiera hablado, aunque podia ser que el agravio que le habia hecho le enmudeciese y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en esto el huésped, al cual ordenaron que les diese algo de almorzar, porque querian partirse luego.

Entre tanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venia, entró en el meson un hidalgo que venia de camino, que de don Rafael fue conocido luego. Conocíale tambien Teodoro, y no osó salir del aposentó por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó don Rafael al recien venido qué nuevas habia en su lugar. A lo cual respondió, que él venía del Puerto de Santa María, adonde dejaba cuatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas habia visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de don Leonardo Adorno. Con las cuales nuevas se holgó don Rafael, pareciéndole que pues tan sin pensar habia sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendria buen fin su suceso: rogóle á su amigo que trocase con el cuartago de su padre (que él muy bien conocia) la mula que él traia, no diciéndole que venia, sino que iba á Salamanca, y que no queria llevar tan buen cuartago en tan largo camino. El otro, que era comedido y amigo suyo, se contentó del trueco, y encargó de dar el cuartago á su padre. Almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse el amigo, tomó el camino de Cazalla, donde tenia una rica heredad. No partió don Rafael con él, que por hurtarle el cuerpo le dijo que le convenía volver aquel dia á Sevilla; y asi como le vió ido, estando en órden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huésped, diciendo adios, se salieron de la posada, dejando admirados á cuantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposicion, que no tenia para hombre menor gracia, brio y compostura don Rafael, que su hermana belleza y donaire.

Luego en saliendo contó don Rafael á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algun dia las galeras que pasan á Italia ó vienen á España, y que si no hubiesen llegado podian esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dijo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dijo don Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurándole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo, que era de los alegres del oficio, y que conocia que don Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviria. Preguntó don Rafael á su hermana qué dineros llevaba. Respondió que no los tenia contados, y que no sabia mas de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ó ocho veces, y sacándola llena de escudos de oro, y segun aquello imaginó don Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros doscientos que él tenia, y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado; y mas persuadiéndose que habia

de hallar en Barcelona á Marco Antonio. Con esto se dieron priesa á caminar sin perder jornada, y sin acaecerles desman ó impedimento alguno, llegaron á dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada.

Habian sabido en el camino cómo un caballero, que pasaba por embajador á Roma, estaba en Barcelona esperando las galeras, que aun no habian llegado: nueva que les dió mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del cual vieron salir un hombre corriendo y mirando atrás como espantado. Púsosele don Rafael delante diciéndole: ¿Por qué huís, buen hombre, ó qué caso os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo



os hace parecer tan lijero? ¿No quereis que corra apriesa y con miedo, respondió el hombre, si por milagro me he escapado de una compañía de bandoleros que queda en ese bosque? Malo, dijo el mozo de mulas, malo, vive Dios: ¿bandoleritos á estas horas? para mi santiguada que ellos nos pongan como nuevos. No os congojeis, hermano, replicó el del bosque, que ya los bandoleros se han ido, y han dejado atados á los árboles deste bosque mas de treinta pasajeros, dejándolos en camisa; á solo un hombre dejaron libre para que desatase á los demás despues que ellos hubiesen traspuesto una montañuela que le dieron por señal. Si eso es, dijo Calvete (que así se llamaba el mozo de mulas), seguros podemos pasar, á causa que al lugar donde los bandoleros hacen el salto no vuelven por algunos dias, y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos, y sabe de molde su usanza y costumbres. Asi es, dijo el hombre, lo cual oido por don Rafael, determinó pasar adelante; y no anduvieron mucho, cuando dieron en los atados, que pasaban de cuarenta, que los estaba desatando el que dejaron suelto. Era estraño espectáculo el verlos: unos

desnudos del todo: otros vestidos con los vestidos astrosos de los bandoleros: unos llorando de verse robados, otros riendo de ver los estraños trajes de los otros: este contaba por menudo lo que le llevaban: aquel decia que le pesaba mas de una caja de *agnus* que de Roma traia, que de otras infinitas cosas que llevaba. En fin, todo cuanto allí pasaban eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo cual miraban, no sin mucho dolor, los dos hermanos, dando gracias al cielo que de tan grande y tan cercano peligro los habia librado. Pero lo que mas compasion les puso, especialmente á Teodoro, fue ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad, al parecer, de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo; pero tan hermoso de rostro, que forzaba y movia á todos que le mirasen.



Apeóse Teodoro á desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio; y por hacérsele mayor, pidió á Calvete, el mozo de mulas, le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra para aquel gentil mancebo. Dióla Calvete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntándole de dónde era, de dónde venía y adónde caminaba. A todo esto estaba presente don Rafael, y el mozo respondió que era del Andalucía, y de un lugar, que en nombrándole, vieron que no distaba del suyo sino dos leguas; dijo que venia de Sevilla, y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban; pero que la suerte suya habia salido azar con el mal encuentro de los bandoleros, que le llevaban una buena cantidad de dineros, y tales vestidos, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venia de casta que se le habia de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo.

Las buenas razones del mozo (junto con haber oido que era tan cerca de su lugar, y mas con la carta de recomendacion que en su hermosura traia) pusieron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en cuanto pudiesen, y repartiendo entre los que mas necesidad á su parecer tenian, algunos dineros, especialmente entre frailes y clérigos, que habia mas de ocho, hicieron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse mas, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron que las galeras, el dia antes, habian llegado á Barcelona, y que de allí á dos dias se partirian, si antes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hicieron que la mañana siguiente madrugasen antes que el sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, sino con mas sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habian desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenia las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenia, sospechó que debia ser mujer, y deseaba acabar de cenar para certificarse á solas de su sospecha; y entre la cena le preguntó don Rafael que cuyo hijo era, porque él conocia toda la gente principal de su lugar, si era aquel que habia dicho. A lo cual respondió el mancebo que era hijo de don Enrique de Cárdenas, caballero bien conocido.

A esto dijo don Rafael que él conocia bien á don Enrique de Cárdenas; pero que sabia y tenia por cierto que no tenia hijo alguno; mas que si lo habia dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es, replicó el mozo, que don Enrique no tiene hijos; pero tiénelos un hermano suyo, que se llaman don Sancho. Ese tampoco, respondió don Rafael, tiene hijos, sino una hija sola, y aun dicen que es de las hermosas doncellas que hay en la Andalucía, y esto no lo sé mas de por fama; que aunque muchas veces he estado en su lugar, jamás la he visto. Todo lo que, señor, decis, es verdad, respondió el mancebo, que don Sancho no tiene mas de una hija, pero no tan hermosa como su fama dice; y si yo dije que era hijo de don Enrique, fue porque me tuviésedes, señores, en algo, pues no lo soy sino de un mayordomo de don Sancho, que ha muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que dí á mi padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, segun he visto, á hacerse ilustres aun los de oscuro linaje. Todas estas razones y el modo con que las decia, notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha.

Acabóse la cena, alzáronse los manteles, y en tanto que don Rafael se desnudaba, habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salia, y en él puestos los dos de pechos, Teodoro así comenzó á hablar con el mozo.

Quisiera, señor Francisco (que así habia dicho él que se llamaba), haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pediros; pero el poco tiempo que há que os conozco, no ha dado lugar á ello: podria ser que en el que está por venir

conociésedes lo que merece mi deseo; y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor, como lo soy tambien antes que os le descubra. Quiero tambien que sepais que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo mas experiencia de las cosas de mundo que ellos prometen, pues con ella he venido á sospechar que vos no sois varon como vuestro traje lo muestra, sino mujer, y tan bien nacida como vuestra hermosura publica, y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del traje; pues jamás tales mudanzas son por bien de quien las hace: si es verdad lo que sospecho, decídmelo, que os juro por la fe de caballero que profeso, de ayudaros y serviros en todo aquello que pudiere. De que seais mujer, no me lo podeis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y habeis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo y no tan honrado, sacara á luz lo que vos tan mal habeis sabido encubrir: digo que no dudeis de decirme quién sois, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda, y os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga. Con grande atencion estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decia, y viendo que ya callaba, antes que le respondiese palabra, le tomó las manos, y llegándoselas á la boca, se las besó por fuerza, y aun se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dejar de acompañarle en ellas (propia y natural condicion de mujeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos); pero despues que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondia, el cual dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo: No quiero ni puedo nagaros, señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera: mujer soy, y la mas desdichada que echaron al mundo las mujeres; y pues las obras que me habeis hecho y los ofrecimientos que me haceis, me obligan á obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad, que yo os diré quién soy (si ya no os cansa oir ajenas desventuras). En ellas viva yo siempre, replicó Teodoro, si no llegue el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mias; y tornándole á abrazar, y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo algo mas sosegado comenzó á decir estas razones.

En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho: en lo que toca á mis padres, no la dije; porque don Enrique no lo es, sino mi tio, y su hermano don Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que don Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo: mi nombre es Leocadia: la ocasion de la mudanza de mi traje oireis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los mas ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero que trae su orígen de los nobles y antiguos Adornos de Génova: este tiene un hijo, que si no es que la fama se adelante en sus alabanzas, como en las mias, es de los gentiles-hombres que desearse puede. Este pues, asi por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza como mi padre, algunas veces venia á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y aun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo: desta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fue bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos, á la bajeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado, mas de aquello que fuera lícito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linaje y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenia, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo: con este pensamiento le comencé á mirar con mas cuidado, y debió de ser sin duda con mas descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fue menester al traidor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para qué me pongo á contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud granjeó conmigo, que fue que habiéndome dado su fe y palabra, debajo de grandes, á mi parecer, firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecí á que hiciese de mí todo lo que quisiese; pero aun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una cédula que él me dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escrita, que me satisfizo.

Recebida la cédula, di traza como una noche viniese de su lugar al mio, y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento, donde sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para él solo estaba destinado.

Llegóse en fin la noche por mí tan deseada. Hasta este punto habia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada una dellas le traspasaba el alma, especialmente cuando oyó el nombre de Marco Antonio, y vió la peregrina hermosura de Leocadia, y consideró la grandeza de su valor con la de su rara discrecion, que bien lo mostraba en el modo de contar su historia. Mas cuando llego á decir: llegó la noche por mí tan deseada, estuvo por perder la paciencia y sin poder hacer otra cosa le salteó la razon, diciendo: ¿Y bien? asi como llegó esa felicísima noche, ¿qué hizo? ¿entró por dicha? ¿gozásteisle? ¿confirmó de nuevo la cédula? ¿quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decis que era suyo? ¿súpolo vuestro padre, ó en que pararon tan honestos y sabios principios? Pararon, dijo Leocadia, en ponerme de la manera que veis, porque no le gocé, ni me gozó, ni vino al concierto señalado. Respiró con estas razones

Teodosia, detuvo los espíritus que poco á poco la iban dejando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los celos, que á mas andar se le iban entrando por los huesos y médulas, para tomar entera posesion de su paciencia; mas no la dejó tan libre, que no volviese á escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió, diciendo: No solamente no vino, pero de allí á ocho dias supe por nueva cierta que se habia ausentado de su pueblo y llevado de casa de sus padres á una doncella de su lugar, hija de un principal caballero, llamada Teodosia, doncella de extremada hermosura y de rara discrecion; y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo el robo, y luego llegó á mis oidos, y con él la fria y temida lanza de los celos que me pasó el corazon, y me abrasó el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi honra y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia y se acabó mi cordura. ¡Ay de mí, desdichada! que luego se me figuró en la imaginacion Teodosia mas hermosa que el sol, y mas discreta que la discrecion misma, y sobre todo mas venturosa que yo sin ventura.

Leí luego las razones de la cédula, vílas firmes y valederas, y que no podian faltar en la fe que publicaban; y aunque á ellas como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo: maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldije mi suerte, y lo que mas sentia era no poder hacer estos sacrificios á todas horas, por la forzosa presencia de mi padre: en fin, por acabar de quejarme sin impedimento ó por acabar la vida, que es lo mas cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un paje de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pie caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entre en Sevilla, que fue haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen: allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venian á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros que me quitaron cuanto traia, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fue la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte que me cumpliese la promesa; pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debian estar grabadas en el alma: que claro está, que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia: aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista los turbe su sosiego: no piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio: yo la buscaré, yo la hallaré y yo la quitaré la vida, si puedo. ¿Pues qué culpa tiene Teodosia, dijo Teodoro, si ella quizá tambien fue engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido? ¿Puede ser eso asi, dijo Leocadia, si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén como suele decirse en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Escitia: ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle.

Podia ser que os engañásedes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decís, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoos, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teniades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dijo Leocadia, no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como cuantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido: de que él la llevase, no hay duda; y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los celos, me la representa en la memoria, bien asi como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos: cuanto mas, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decis, señora Leocadia, respondió Teodosia, que asi como veo que la pasion que sentís no os deja hacer mas acertados discursos, veo que no estais en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere; y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dejarán hacer otra cosa: nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco mas ó menos sabeis el trato de nuestra compañía; lo que os ruego es, me deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon: junto con esto me parece no ser bien que mudeis de traje; y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que mas os convengan, y en lo demás de vuestras pretensiones dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos mas desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia, que

ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no la desamparase, pues veia á cuántos peligros estaba puesta, si por mujer fuese conocida.

Con esto se despidieron y se fueron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se habia aun dormido don Rafael, esperando á su hermana por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser mujer; y en entrando, antes que se acostase, se lo preguntó: la cual punto por punto le contó todo cuanto Leocadia le habia dicho, cuya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio, y la intencion que llevaba. Admiróse don Rafael, y dijo á su hermana: Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las mas principales de su lugar, y una de las mas nobles señoras de toda la Andalucía: su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece es que debemos andar con recato, de manera, que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegaos y acostaos, hermana, que para todo se buscará remedio.

Hizo Teodosia lo que su hermana la mandaba, en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegarse no fué en su mano, que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los celos. ¡Oh cuánto mas de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! ¡Oh cuántas veces leia ó fingia leer la cédula que la habia dado! ¡Qué de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efecto! ¡Cuántas veces no creyó que se le habia perdido, y cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado! Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con mas descanso don Rafael su hermano; porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efeto la hubiera comunicado; que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce: y cuando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al árbol, ni vestida en el roto traje de varon, sino en el suyo de mujer, y en casa de sus padres, ricos y de tan principal y rico linaje como ellos eran: no detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traido á que la conociese: deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada, y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia; y ya le tenian el amor y el celo de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia: la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion.

Con esto que él á sí mismo se prometia, se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dejó venir el dia, y ellos dejaron las camas, y llamando don Rafael al huésped le preguntó si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un paje á quien los bandoleros habian desnudado. El huésped dijo que él tenia un vestido razonable que vender: trújole, y vínole bien á Leocadia. Pagóle don Rafael, y ella se le vistió, y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brio, que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de don Rafael, y dobló los celos en Teodosia. Ensilló Calvete, y á las ocho del dia partieron para Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso monasterio de Monserrate, dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con mas sosiego á su patria. No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con cuán diferentes ánimos los dos iban mirando á Leocadia, deseándola Teodosia la muerte, don Rafael la vida, entrambos celosos y apasionados: Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza; don Rafael hallándole perfecciones, que de punto en punto le obligaban mas á amarla. Con todo esto no se descuidaron de darse priesa, de modo que llegaron á Barcelona poco antes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los estranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacion de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.

En entrando en ella, oyeron grandísimo ruido, y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron que la gente de las galeras que estaban en la playa, se habia revuelto y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo cual don Rafael, quiso ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dijo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro, que él sabia bien cuán mal libraban los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad, cuando á ella llegaban galeras. No fue bastante el buen consejo de Calvete para estorbar á don Rafael la ida, y así le siguieron todos: y en allegando á la marina, vieron muchas espadas fuera de las vainas, y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna: con todo esto, sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veian los rostros de los que peleaban, porque aun no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad

acudia, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traia á cargo, que era un caballero valenciano, llamado don Pedro Vique, desde la popa de la galera capitana amenazaba á los que se habian embarcado en los esquifes para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de las galeras á la ciudad, y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen otra no iria sin ella. En esto estaba don Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que mas se señalaban de las galeras, lo hacia gallardamente un mancebo de hasta veintidos ó pocos mas años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color adornado con un rico trencillo al parecer de diamantes: la destreza con que el mozo se combatia, y la bizarría del vestido, hacian que volviesen á mirarle todos cuantos la pendencia miraban; y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un mismo punto y tiempo dijeron: ¡Válame Dios! O yo no tengo ojos, ó aquel de lo verde es Marco Antonio: y en diciendo esto, con gran ligereza saltaron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba, y se pusieron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde que se ha dicho). No temais, dijo asi como llegó Leocadia, señor Marco Antonio, que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. ¿Quién lo duda, replicó Teodosia, estando yo aquí? don Rafael, que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo, y se puso de su parte. Marco Antonio, ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijeron: antes, cebado en la pelea, hacia cosas al parecer increibles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecia, fuéles forzoso á los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua.

Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compás se iban retirando á sus lados las dos valientes y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipólita y Pantasilea. En esto vino un caballero catalan de la famosa familia de los Cardonas, sobre un poderoso caballo, y poniéndose en medio de las dos partes, hacia retirar los de la ciudad, los cuales le tuviéron respeto en conociéndole. Pero algunos desde lejos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua; y quiso la mala suerte que una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia, que dió con él en el agua, que ya le daba á la rodilla; y apenas Leocadia le vió caido, cuando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba don Rafael un poco desviado, defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovian; y queriendo acudir al remedio de su dama, y al de su hermana y cuñado, el caballero catalan se le puso delante, diciéndole: Sosegaos, señor, por lo que debeis á un buen soldado, y hacedme merced de poneros á mi lado, que yo os libraré de la insolencia y demasía deste desmandado vulgo. ¡Ah señor! respondió don Rafael, dejadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida mas quiero. Dejóle pasar el caballero, mas no llegó tan á tiempo, que ya no hubiesen recogido en el esquife de la galera capitana á Marco Antonio y á Leocadia, que jamás le dejó de los brazos, y queriéndose embarcar con ellos Teodosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerza para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara á tiempo de socorrerla, el cual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana habia sentido (que ya tambien él habia conocido á Marco Antonio).

El caballero catalan, aficionado de la gentil presencia de don Rafael y de su hermana (que por hombre tenia), los llamó desde la orilla, y les rogó que con él se viniesen; y ellos forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente, que aun no estaba pacífica, les hiciese algun agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacia. El caballero se apeó, y tomándolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medio de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y asi lo hicieron. Miró don Rafael á todas partes por ver si veria á Calvete con las mulas, y no le vió á causa que él asi como ellos se apearon, las antecogió y se fué á un meson donde solia posar otras veces. Llegó el caballero á su casa, que era una de las principales de la ciudad, y preguntando á don Rafael en cuál galera venia, le respondió que en ninguna, pues habia llegado á la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron herido de la pedrada en el esquife, se habia puesto en aquel peligro, y que le suplicaba diese órden como sacasen á tierra al herido, que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena, dijo el caballero, y sé que me le dará seguramente el general, que es principal caballero y pariente mio: y sin detenerse mas, volvió á la galera, y halló que estaban curando á Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro: alcanzó con el general se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dejar Leocadia, que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra, hizo el caballero traer de su casa una silla de manos, donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, habia enviado don Rafael á buscar á Calvete, que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos, y cuando supo que estaban buenos, se alegró en estremo, y vino adonde don Rafel estaba.

En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio y Leocadia, y á todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia: ordenó luego como se llamase un cirujano famoso de la ciudad para que

de nuevo curase á Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy esperimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las manos, y asi no convenia curarle hasta otro dia: lo que ordenó fue le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras, y dió cuenta al de la ciudad de la herida, y de cómo le habia curado, y del peligro que de la vida á su parecer tenia el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad, que estaba bien curado; y ansimismo (segun la relacion que se le habia hecho) exageró el peligro de Marco Antonio. Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfacion de su honra: y fue que asi como se fueron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de don Rafael, Teodosia y de otras personas, se llegó á la cabecera del herido, y asiéndole de la mano le dijo estas razones: no estais en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras; y asi solo querria que me oyésedes algunas que convienen, si no para la salud de vuestro cuerpo, convendrán para la de vuestra alma, y para decíroslas es menester que deis licencia, y me advirtais si estais con sujeto de escucharme: que no seria razon, que habiendo yo procurado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre. A estas razones abrió Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en Leocadia, y habiéndola casi conocido, mas por el órgano de la voz, que por la vista, con voz debilitada y doliente le dijo: Decid, señor, lo que quisiéredes, que no estoy tan al cabo que no pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable, que cause fastidio el oirla.



Atentísima estaba á todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decia, era una aguda saeta que le atravesaba el corazon, y aun el alma de don Rafael, que asimismo le escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia, dijo: Si el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imágen de aquella, que poco tiempo ha que vos decíades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quién fue Leocadia, y cuál fue la palabra que le disteis firmada en una cédula de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estais, por haber acudido á vuestro gusto en todo lo que quisistes: si esto no se os ha olvidado aun que me veais en este traje tan diferente, conocereis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mio, asi como supe que de vuestro lugar os habíades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros: de lo cual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor verdadero, y la rabia de una mujer engañada.

Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traido de veros; que puesto que esteis de la manera que estais, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien sois antes de

la partida, me juzgaré por mas que dichosa, prometiéndoos, como os prometo, de darme tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase sin que os siga esta última y forzosa jornada: y asi os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos y intentos van encaminados, y luego por vos, que debeis mucho á ser quien sois, últimamente por mí, á quien debeis mas que á otra persona del mundo, que aquí luego me recibais por vuestra legítima esposa, no permitiento haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razon os persuade. No dijo mas Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fue esta: No puedo negar, señora, el conoceros, y que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue: tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo ni os tendré en menos por lo que habeis hecho en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro; antes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero pues mi corta suerte me ha traido á término, como vos decis, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apuraderos de las verdades, quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podria ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y que me quisistes, y juntamente con este confieso que la cédula que os hice, fue mas por cumplir con vuestro deseo que con el mio; porque antes que la firmase, con muchos dias, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conoceis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si á vos os dí cédula firmada de mi mano, á ella le dí la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo.

Los amores que con vos tuve fueron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las cuales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna: lo que con Teodosia me pasó, fue alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hícelo con poco discurso y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podia hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entonces me vinieron y solicitaron lo que queria hacer, que fue venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere, y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes, como en la muerte le cumplí la palabra que le dí en la vida; y si en el poco tiempo que della me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decídmelo, que como no sea recibiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio decia estas razones, tenia la cabeza sobre el codo, y en acabándolas dejó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego don Rafael, y abrazándole estrechamente, le dijo: Volved en vos, señor mio, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á don Rafael, vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á don Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo: Ahora digo, hermano y señor mio, que la suma alegría que he recibido en veros, no puede traer menos descuento que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hacer mas cumplido, replicó don Rafael, con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa; y buscando á Teodosia la halló llorando detrás de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veia, y por lo que habia oido decir.



Asióla su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dojó llevar donde él quiso, que fue ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas. Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan estraño acontecimiento: mirábanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de don Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacia con el paje que abrazado tenia), y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo, ó adonde gentes no la viesen; mas apenas habia llegado á la calle, cuando don Rafael la echó menos,

y como si le faltara el alma, preguntó por ella, y nadie le supo dar razon donde se habia ido; y asi sin esperar mas, desesperado salió á buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete, por si habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles, buscándola de unas partes á otras: y pensando si por ventura se habia vuelto á las galeras, llegó á la marina, y un poco antes que llegase, oyó que á grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las daba era la hermosa Leocadia, la cual recelosa de algun desman, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada, y esperó apercibida que llegase don Rafael, á quien ella luego conoció, y le pesó de que le hubiese hallado, y mas en parte tan sola, que ya ella habia entendido, por mas de una muestra que don Rafael le habia dado, que no la queria mal, sino tan bien que tomara por buen partido que Marco Antonio le quisiera otro tanto.

¿Con qué razones podré yo decir ahora las que don Rafael dijo á Leocadia, declarándole su alma, que fueron tantas y tales, que no me atrevo á escribirlas? Mas pues es forzoso decir algunas, las que entre otras le dijo, fueron estas: Si con la ventura que me falta, me fatase ahora ¡oh hermosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria enterada en los senos del perpetuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad, que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido: mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y mas si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el estremo de vuestra desgracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas que hasta ahora habeis tenido del malo, y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciérades, si nunca le hubiérades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndoos por perpetua señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo cuanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traido á vos al estado en que estais, y asi no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno.

Callando estuvo Leocadia á todo cuanto don Rafael le dijo, sino que de cuando en cuando daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas: tuvo atrevimiento don Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo, y allí besándosela muchas veces, le decia: Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destos estrellados cielos que nos cubren, y deste sosegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan: dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra, como á mi contento: vuélvoos á decir que soy caballero, como vos sabeis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que mas habeis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, lejos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubiéredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades, podeis volver á vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada de tan buen esposo como el que vos supísteis escogeros; rica, contenta, estimada y servida, y aun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia: si esto es asi, como lo es, no sé en qué estais dudando: acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo de mereceros, que en ello hareis por vos misma, y cumplireis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta. Ea, pues, dijo á esta sazon la dudosa Leocadia, pues asi lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hágase lo que él quiere y vos quereis, señor mio; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora, mirándome, os han engañado; mas sea como fuere, que en fin el nombre de ser mujer legítima de don Rafael Villavicencio no le podré perder, y con este título solo viviré contenta; y si las costumbres que en mí viéredes, despues de ser vuestra, fueren parte para que me estimeis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traido por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra: dadme, señor don Rafael, la mano de ser mio, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decís, el cielo, la mar, las arenas y este silencio, solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos. Diciendo esto se dejó abrazar, y le dió la mano, y don Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, á pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos.

Luego se volvieron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena por su falta, y la misma tenian Marco Antonio y Teodosia: los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que

á persuasion de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado) el caballero envió luego por quien los desposase, de modo que cuando don Rafael y Leocadia entraron, y don Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, ansi les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condicion natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer á los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna. El sacerdote que presente estaba ordenó que Leocadia mudase el hábito, y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió á ello con presteza, vistiendo á las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora, del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolia del herido, cómo hablaba mucho, y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo primero que le dejasen en silencio. Pero Dios, que asi lo tenia ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (cuando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio habia guardado, fuese parte para mejorarle, de manera, que otro dia cuando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pié á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron don Rafael, Leocadia y Teodosia, y aun Calvete el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que habia conocido en don Rafael, le obligó á no dejarle hasta que volviese á su tierra; y viendo que habian de ir á pié como peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de don Rafael, que no faltó con quien enviarlas. Llegóse pues el dia de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario, se despidieron del liberal caballero, que tanto les habia favorecido y agasajado, cuyo nombre era don Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre, y famoso por su persona: ofreciéronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus descendientes, á quien se lo dejarian mandado, la memoria de las mercedes tan singulares dél recebidas, para agradecellas siquiera, ya que no pudiesen servirles. Don Sancho los abrazó á todos, diciéndoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras, ú otras que fuesen buenas á todos los que conocia ó imaginaba ser hidalgos castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos, y con alegría mezclada con algun sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres dias llegaron á Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debian, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles reves ni desman alguno, llegaron á Santiago. Y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, á las cuales llegaron poco á poco, descansados y contentos; mas antes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho era á una legua del de Teodosia) desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lágrimas, que el contento de verlos les trujo á los ojos, á lo menos á las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubríase desde la parte donde estaban un ancho valle, que los dos pueblos dividia, en el cual vieron á la sombra de un olivo un dispuesto caballero, sobre un poderoso caballo, con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo, una gruesa y larga lanza terciada en el derecho; y mirándole con atencion, vieron que asimismo por entre unos olivares venian otros dos caballeros con las mismas armas y con el mismo donaire y apostura, y de allí á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos se apartaron, y uno de los que á lo último habian venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo: los cuales, poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro, con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogiéndolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel ejercicio: el tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar: mas no pudiendo don Rafael sufrir estar tan lejos, mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr bajó del recuesto siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caido al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo.

Leocadia, que con atencion habia mirado al que no se combatia, conoció que era el padre que la habia engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos, atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo á voces: No mas, caballeros, no mas, que los que esto os piden y suplican son vuestros propios hijos: Yo soy Marco Antonio, padre y señor mio, decia Marco Antonio: yo soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: templad la furia y arrojad la lanza, ó volvedla contra otro enemigo, que el que teneis delante ya de hoy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones decia don Rafael á su padre, á las cuales se detuvieron los caballeros, y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decian, y volviendo la cabeza, vieron que don Enrique, el padre de Leocadia, se habia apeado, y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino; y era que Leocadia se habia llegado á él, y dándosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatian, contándole en breves

razones, cómo don Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenia abrazada, como se ha dicho; pero dejándola, acudió á ponerlos en paz, aunque no fue menester, pues ya los dos habian conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos, y volvieron á mirar á sus hijos, y no sabian qué decirse: atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba; pero desengañados algun tanto, volvieron á las lágrimas y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de á pié y de á caballo, los cuales venian á defender al caballero de su lugar; pero como llegaron, y los vieron abrazados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lágrimas, se apearon y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que don Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia su hija le habia contado.

Todos fueron á abrazar á los peregrinos con muestras de contento tales, que no se pueden encarecer. Don Rafael de nuevo contó á todos, con la brevedad que el tiempo requeria, todo el suceso de sus amores, y de cómo venia casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio: nuevas, que de nuevo causaron nueva alegría. Luego de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los que hubieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndole su padre de hacer allí las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habian hallado presentes se adelantaron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supieron don Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fue que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisieron combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno como caballeros, cuya pendencia parara en la muerte de uno ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado. Dieron gracias á Dios los cuatro peregrinos del suceso feliz. Y otro dia, despues que llegaron, con real y espléndida magnificencia y suntuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de don Rafael y Leocadia. Los cuales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas, dejando de sí ilustre generacion y descendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran, es por guardar el decoro de las dos doncellas, á quienes quizá las lenguas maldicientes, ó neciamente escrupulosas, les harán cargo de la ligereza de sus deseos, y del súbito mudar de trajes: á los cuales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es una fuerza, si asi se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito á la razon. Calvete, el mozo de mulas, se quedó con la que de don Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le dieron; y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas cuanto honestas doncellas, sujeto principal deste extraño suceso.

FIN DE LAS DOS DONCELLAS.



LA SEÑORA CORNELIA.

Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dejar sus estudios por irse á Flandes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron pues á Flandes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos y tratos de tenerla presto. Recebieron en Amberes cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habian recebido, por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flandes; pero antes de volverse quisieron ver todas las mas famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos.

Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres



tenian: y desde el primero dia que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendria don Antonio hasta veinte y cuatro años, y don Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentileshombres, músicos, poetas, diestros y valientes: partes que los hacian amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuvieron luego muchos amigos, asi estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universi-

dad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros: mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy agenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque habia muchas señoras doncellas y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia.

Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre: que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentia que la viesen. Esta fama traia deseosos á don Juan y á don Antonio de verla; aunque fuese en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron fue en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo, de la esperanza, fue menguando; y asi con solo el amor de sus estudios y e entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salian de noche, y si salian, iban juntos y bien armados.

Sucedió pues que habiendo de salir una noche, dijo don Antonio á don Juan, que él se queria quedar á rezar ciertas devociones, que se fuese, que luego le seguiria. No hay para qué, dijo don Juan, que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco. No, por vida vuestra, replicó don Antonio, salid á coger el aire, que yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto, dijo don Juan, quedáos en buen hora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas. Fuese don Juan, y quedóse don Antonio. Era la noche entre escura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo, y que no tenia con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenia portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar el ceceo.

Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta: llegóse á ella, y oyó una voz baja, que dijo: ¿Sois por ventura Fabio? Don Juan, por sí ó por no, respondió que sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa. Alargó la mano don Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y asi le hubo de asir con entrambas; y apenas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué. Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recien nacida, á cuyo lloro quedó don Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podia correr algun peligro cuya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediase, ni él conocia en toda la ciudad persona á donde poder llevarla; pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dejarla en poder de un ama que los servia, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura. Finalmente, sin hacer mas discursos se vino á casa con ella, á tiempo



que ya don Antonio no estaba en ella: entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la mas hermosa que jamás hubiese visto: los paños en que venia envuelta mostraban ser de ricos padres nacida: desenvolvióla el ama, y hallaron que era varon.

Menester es, dijo don Juan, dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos,

ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras mas humildes, y sin decir que yo le he traido, le habeis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades: llevareis dineros con que la dejeis satisfecha, y daréisle los padres que quisiéredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traido. Respondió el ama que asi lo haria, y don Juan con la priesa que pudo volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco antes que llegase á la casa á donde le habian llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento y no sintió palabra alguna: la herrería era á la sorda; y á la luz de las centellas que las piedras heridas de las espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometian; confirmóse en esta verdad oyendo decir: ¡Ah traidores, que sois muchos, y yo solo! pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería. Oyendo y viendo lo cual don Juan, llevado de su valeroso corazon, en dos brincos se puso á su lado, y metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dijo al que se defendia, en lengua italiana, por no ser conocido por español: No temais, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida; menead los puños, que traidores pueden poco, aunque sean muchos. A estas razones respondió uno de los contrarios: Mientes, que aquí no hay ningun traidor, que el querer cobrar la honra perdida, á toda demasía da licencia. No le habló mas palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que al parecer de don Juan debian de ser seis.

Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le dieron á un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra. Don Juan creyó que le habian muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defender, si no le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la justicia; lo cual visto por los contrarios, dejaron la calle y á espaldas vueltas se ausentaron. Ya en esto se habia levantado el caido, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon. Habíasele caido á don Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caido se llegó á él, y le dijo: Señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio; hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quién tengo de mostrarme agradecido. A lo cual respondió don Juan: No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado: por hacer, señor, lo que me pedís y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importara saberlo, os lo dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo don Juan de Gamboa. Mucha merced me habeis hecho, respondió el caido; pero yo, señor don Juan de Gamboa, no quiero deciros quién soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello.

Habíale preguntado primero don Juan si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas; y habíale respondido, que un famoso peto que traia puesto, despues de Dios, le habia defendido; pero que con todo esto sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á su lado. En esto vieron venir hácia ellos un bulto de gente, y don Juan dijo: Si estos son los enemigos que vuelven, apercebidos, señor, y haced como quien sois. A lo que yo creo no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen; y asi fue la verdad, porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caido, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que don Juan no las pudo oir. Volvió luego el defendido á don Juan, y díjole: A no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor don Juan, os dejara hasta que acabáredes de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vais, y me dejeis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caido el suyo. Apenas lo hubo dicho, cuando don Juan le puso el que habia hallado en la calle. Tentóle el caido, y volviéndosele á don Juan, dijo: Este sombrero no es mio: por vida del señor don Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido. Diéronle otro sombrero al defendido, y don Juan, por cumplir lo que le habia pedido, pasando algunos aunque breves comedimentos, le dejó sin saber quién era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que voviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con don Antonio de Isunza, su camarada, y conociéndose, dijo don Antonio: Volved conmigo, don Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habreis oido tal vez en toda vuestra vida. Como esos cuentos os podré contar yo, respondió don Juan; pero vamos donde quereis, y contadme el vuestro. Guió don Antonio, y dijo: Habeis de saber, que poco mas de una hora despues que salísteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí vi venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dijo: Por ventura, señor, ¿sois extranjero, ó de la ciudad? Extranjero soy, y español, respondí yo. Y ella: Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos. ¿Venís herida, señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte? Podria ser que el que traigo lo fuese, si presto no se

me da remedio: por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nacion, os suplico, señor español, que me saqueis destas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá, si gustáredes dello, sabreis el mal que llevo, y quién soy, aunque sea á costa de mi crédito. Oyendo lo cual, pareciéndome que tenia necesidad de lo que pedia, sin replicarla mas, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada.

Abrióme Santisteban el paje, hícele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando, se arrojó encima de mi lecho desmayada. Lleguéme á ella, y descubríla el rostro, que con el manto traia cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto: será á mi parecer de edad de diez y ocho años, antes menos que mas: quedé suspenso de ver tal extremo de belleza: acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dijo, fue: ¿Conoceisme, señor? No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura. ¡Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo para mayor desgracia suya; pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien sois que me dejeis aquí encerrada, y no permitais que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topásteis, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcais á ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio. Déjola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. ¿Teneis mas que decir, don Antonio? preguntó don Juan. Pues ¿no os parece que he dicho harto, respondió don Antonio, pues he dicho que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto? El caso es extraño, sin duda, dijo don Juan; pero oid el mio: y luego le contó todo lo que le habia sucedido, y cómo la criatura que le habian dado estaba en casa en poder de su ama, y la órden que le habia dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de llevarla á donde la criasen, ó á lo menos socorriesen la presente necesidad; y dijo mas, que la pendencia que él venia á buscar ya era acabada y puesta en paz, que él se habia hallado en ella, y que á lo que él imaginaba, todos los de la riña debian de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno, y con priesa se volvieron á la posada, por ver lo que habia menester la encerrada.

En el camino dijo don Antonio á don Juan que él habia prometido á aquella señora que no la dejaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada, respondió don Juan, que no faltará órden para verla, que yo lo deseo en estremo, segun me la habeis alabado de hermosa. Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pajes que tenian, alzó los ojos don Antonio al sombrero que don Juan traia, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salian de muchos que en un cintillo riquísimo traia. Miráronle entrambos; y concluyeron que si todos eran finos como parecian, valia mas de doce mil ducados. Aquí acabaron ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de don Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase, porque era conocido. Mandaron retirar los pajes, y don Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla, derramando tiernas lágrimas. Don Juan, con el deseo que tenia de verla, se asomó á la puerta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dijo: Entrad, señor duque, entrad; ¿para qué me quereis dar con tanta escaseza el bien de vuestra visita? A esto dijo don Antonio: Aquí, señora, no hay ningun duque que se escuse de veros. ¿Cómo no? replicó ella; el que allí se asomó ahora es el duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningun duque; y si quereis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que entre. Entre enhorabuena, dijo ella, aunque si no fuese el duque, mis desdichas serian mayores. Todas estas razones habia oido don Juan, y viendo que tenia licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y asi como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decia el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dijo: ¡Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luego, sin tenerme mas suspensa: ¿conoceis el dueño dese sombrero? ¿Dónde le dejastes, ó cómo vino á vuestro poder? ¿Es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envia de su muerte? ¡Ay bien mio, qué sucesos son estos! ¡Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin tí encerrada, y en poder que, á no saber que es de gentileshombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida! Sosegaos, señora, dijo don Juan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia), estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece. Asi lo creo yo, respondió ella; pero con todo eso, decidme, señor, ¿cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo menos es Alfonso de Este, duque de Ferrara?

Entónces don Juan, por no tenerla mas supensa, le contó cómo le habia hallado en una pendencia, y en ella habia favorecido y ayudado á un caballero, que por lo que ella decia, sin duda debia de ser el duque de Ferrara, y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le habia dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se habia

concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que despues de acabada habia llegado gente, que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el duque, el cual le habia pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le habia dado: de manera, señora mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el duque, como vos decis, no ha una hora que le dejé bueno, sano y salvo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendreis con saber del buen estado del duque. Para que sepais, señores, si tengo razon y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la no sé si diga mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera, como don Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la escancia donde estaba la que queria comenzar su historia, lloró la criatura de modo que lo sintió la señora, y levantándose en pié, púsose atentamente á escuchar, y oyó mas distintamente el llanto de la criatura, y dijo: Señores mios, ¿qué criatura es aquella que parece recien nacida? don Juan respondió: Es un niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Tráiganmele aquí, por amor de Dios, dijo la señora, que yo haré esa caridad á los hijos ajenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamó don Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedia, y púsole en los brazos, diciendo: Veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan que no hallemos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente asi el rostro como los pobres aunque limpios paños en que venia envuelto, y luego sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo y con la leche le sustentaba y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, cuanto el niño no quiso dejar el pecho. En este espacio guardaban todos cuatro silencio: el niño mamaba; pero no era ansí, porque las recien paridas no pueden dar el pecho, y asi cayendo en la cuenta la que se lo daba, se volvió á don Juan, diciendo: En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos: haced, señor, que á este niño le paladeen con un poco de miel, y no consintais que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el dia, y antes que le lleven, vuélvanmele á traer, que me consuelo en verle.

Volvió el niño don Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el dia, y que le pusiese las ricas mantillas con que le habia traido, y que no le llevase sin primero decírselo. Y volviendo á



entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo: Si quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasion para ello. Acudió prestamente don Antonio á un escritorio, y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo: Sentáos, señores, y escuchadme. Hiciéronlo ansi, y recogiéndose encima del lecho, y abrigándose bien con las faldas del vestido dejó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traia, dejando el rostro exento y descubierto, mostrando en él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol, cuando mas hermoso y mas

claro se muestra: llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaselos con un lienzo blanquísimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente, despues de haber dado muchos suspiros y despues de haber procurado sosegar algun tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada dijo:

Yo, señores, soy aquella que muchas veces habreis sin duda alguna oido nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy en efecto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que mas confiaba de mi honrada condicion, que de la solicitud que ponia en guardarme. Finalmente, entre paredes y entre soledades, acompañada no mas que de mis criadas, fuí creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso



pintor, para que, como él decia, no quedase sin mí el mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion si no sucediera venir el duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mia donde me llevó mi hermano con sana intencion y por honra de mi parienta: allí miré y fui vista; allí, segun creo, rendí corazones, avasallé voluntades; allí sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas; allí, finalmente, vi al duque y él me vió á mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo. No os quiero decir, señores, porque seria proceder en infinito, los términos, las trazas y los modos por donde el duque y yo vinimos á conseguir al cabo de dos años los deseos que en aquellas bodas nacieron; porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fue bastante para estorbar el juntarnos, que en fin hubo de ser debajo de la palabra, que él me dió, de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa presuncion mia: mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no habia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentia en nada la nobleza del linaje Bentibolli á la suya Estense.

A esto me respondió con escusas que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesion de una criada mia, mas blanda á las dádivas y promesas del duque, que lo que debia á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacia. En resolucion, al cabo de pocos dias me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre), me fingí enferma y melancólica, y hice que mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima, de quien habia sido padrino el duque: allí le hice saber en el término en que estaba y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenia de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura: quedó de acuerdo entre los dos que entrando en el mes mayor se lo avisase, que él vendria por mí con otros amigos suyos, y me llevaria á Ferrara, donde en la sazon que esperaba se casaria públicamente conmigo: esta noche en que estamos fue la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres al parecer armados, segun les crujian las armas, de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño.

Aquella criada mia, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños, que no los que tiene la que á vuestra puerta echaron; y saliendo á la puerta de la calle, le dió, á lo que ella dijo, á un criado del duque. Yo desde allí á un poco, acomodándome lo mejor que pude (segun la presente necesidad), salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara á la puerta; mas el miedo que me habia puesto la cuadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dejó hacer otro mejor discurso; y asi desatentada y loca salí donde me sucedió lo que habeis visto: y aunque me veo sin hijo y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traido á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y mas de la vuestra, que la sabreis realzar por ser tan nobles como pareceis. Diciendo esto, se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y díjole don Juan: Si hasta aquí, hermosa señora, yo y don Antonio, mi camarada, os teníamos compasion y lástima por ser mujer, ahora que sabemos vuestra calidad, la lástima y compasion pasa á ser obligacian precisa de serviros: cobrad ánimo y no desmayeis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto mas mostrareis quién sois, cuanto mas con paciencia supiéredes llevarlos: creed, señora, que imagino que estos tan estraños sucesos han de tener un feliz fin, que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostáos, señora, y curad de vuestra persona, que lo habeis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podeis hacer la misma confianza que de nuestras personas: tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades. Tal es la que tengo, que á cosas mas dificultosas me obliga, respondió ella; entre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en la que menester hubiere; pero con todo eso os suplico que no me vean mas que vuestra criada. Asi será, respondió don Antonio, y dejándola sola se salieron, y don Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los habia puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la habia traido.

Entró el ama advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria allí dentro le preguntase. En viéndola Cornelia, le dijo: Vengais en buen hora, amiga mia, dadme esa criatura, y llegadme aquí esa vela. Hízolo asi el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama: Decidme, señora, ¿este niño y el que me trujisteis, ó me trujeron poco há, es todo uno? Sí, señora, respondió el ama. Pues ¿cómo trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia: en verdad, amiga, que me parece ó que estas son otras mantillas, ó que ésta no es la misma criatura. Todo podia ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dijo Cornelia, ¿cómo todo podia ser? ¿cómo es esto, ama mia? que el corazon me revienta en el pecho hasta saber este trueco: decídmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis: digo que me digais ¿de dónde habeis habido estas tan ricas mantillas? porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ó otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: ¿quién se las quitó? ¡ay desdichada! y ¿quién las trujo aquí? ¡ay sin ventura! don Juan y don Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que mas adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas mas la tuviese en pena, y asi entraron, y don Juan le dijo: Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia; y luego le contó punto por punto cómo él habia sido la persona á quien su doncella habia dado el niño, y de cómo le habia traido á casa, con el órden que habia dado al ama del trueco de las mantillas, y la ocasion por qué lo habia hecho; aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo habia dicho, habia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido.

Allí fueron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser mujer sabia mas de aquel menester que no ellos. Con esto se fueron á reposar lo que faltaba de la noche con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, si no fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa. Vino el dia, y el ama trujo á quien secretamente y á escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde habia salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacian corrillos della; pero en ningun modo sintieron ni oyeron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto, oidas sus lecciones, se volvieron á su posada. Llamólos Cornelia con el alma, á quien respondieron que tenian determinado de no poner los pies en su aposento, para que con mas decoro se guardase el que á su honestidad se debia; pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen á verla, que aquel era el decoro mas conveniente, si no para su remedio, á lo menos para su consuelo. Hiciéronlo asi, y ella los recebió con rostro alegre, y con mucha cortesía: pidióles le hiciesen merced de sa-

lir por la ciudad, y ver si oian algunas nuevas de su atrevimiento: respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decia nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenian, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo: A la puerta está un caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi señor don Juan de Gamboa. A este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo: Mi hermano, señores, mi hermano es ese: sin duda debe haber sabido que estoy aquí, y viene á quitarme la vida: socorro, señores, y amparo. Sosegáos, señora, le dijo don Antonio, que en parte estais y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor don Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender, si menester fuere, á Cornelia.

Don Juan sin mudar semblante bajó abajo, y luego don Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pajes que tomasen sus espadas, y estuviesen apercebidos. El ama viendo aquellas prevenciones, temblaba: Cornelia temerosa de algun mal suceso, temia: solos don Antonio y don Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habian de hacer. En la puerta de la calle halló don Juan á don Lorenzo, el cual en viendo á don Juan, le dijo: Suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me va la vida y la honra. De muy buena gana, respondió don Juan; vamos, señor, donde quisiéredes. Dicho esto, mano á mano se fueron á la iglesia, sentándose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oidos. Lorenzo habló primero,



y dijo: Yo, señor, español, soy Lorenzo Bentibolli, si no de los mas ricos, de los mas principales desta ciudad; ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio: quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza: ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacian andar solícito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre: finalmente por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen que recien parida: anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fue socorrido de algun ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio: háme dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recebirla por mujer: esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia: lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luego: mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora, por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera; que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que mas quisiere, y cada una tendrá sus valedores.

Finalmente, yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo duque la satisfaccion de mi ofensa, y si la negare, desafiarle sobre el caso; y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona; para lo cual queria el ayuda de la vuestra, y que me acompañásedes en este camino, confiado en que lo hareis por ser español y caballero, como ya estoy informado; y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio, de

quien no espero sino consejo y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier peligro: vos, señor, me habeis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un español á mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes: mucho os pido, pero á mas obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nacion pregona.

No mas, señor Lorenzo, dijo á esta sazon don Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando), no mas, que desde aquí me constituyó por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi cargo la satisfaccion ó venganza de vuestro agravio; y esto no solo por ser español, sino por ser caballero, y serlo vos tan principal como habeis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe: mirad cuándo quereis que sea nuestra partida, y seria mejor que fuese luego, porque el hierro se ha de labrar mientras estuviere encendido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza. Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á don Juan, y dijo: A tan generoso pecho como el vuestro, señor don Juan, no es menester moverle con ponerle otro interés delante que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la cual desde aquí os la doy, si salimos felizmente deste caso, y por añadidura os ofrezco cuanto tengo, puedo y valgo: la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella. Bien me parece, dijo don Juan, y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta deste hecho á un caballero, camarada mio, de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto mas que del mio. Pues vos, señor don Juan, segun decís, habeis tomado mi honra á vuestro cargo, disponed della como quisiéredes, y decid della lo que quisiéredes y á quien quisiéredes; cuanto mas, que camarada vuestro ¿quién puede ser que muy bueno no sea? Con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro dia por la mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la ciudad se pusiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jornada.

Volvió don Juan, y dió cuenta á don Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo habia pasado, y el concierto que quedaba hecho. ¡Válame Dios! dijo Cornelia, grande es, señor, vuestra cortesía, y grande vuestra confianza: ¿cómo? y ¿tan presto os habeis arrojado á emprender una hazaña llena de inconvenientes? y ¿qué sabeis vos, señor, si os lleva mi hermano á Ferrara, ó á otra parte? pero donde quiera que os llevare, bien podeis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo como desdichada en los átomos del sol tropiezo, de cualquier sombra temo; y ¿no quereis que tema, si está puesta en la respuesta del duque mi vida ó mi muerte, y qué sé yo, si responderá tan atentamente, que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discrecion, y cuando asi no salga, ¿paréceos que tiene flaco enemigo? y ¡no os parece que los dias que tardáredes he de quedar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco al duque, ó á mi hermano, que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma?

Mucho discurrís, y mucho temeis, señora Cornelia, dijo don Juan; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza, y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habeis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la ida de Ferrara no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vuestro hermano, tampoco: hasta agora no sabemos la intencion del duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo: entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano y el del duque llevo puestos en las niñas de mis ojos: yo miraré por ellos como por ellas. Si asi os da el cielo, señor don Juan, respondió Cornelia, poder para remediar, como gracia para consolar, en medio destos mis trabajos me cuento por bien afortunada; ya querria veros ir y volver, por mas que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la esperanza me suspenda: don Antonio aprobó la determinacion de don Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli: díjole mas, que él querria ir á acompañarlos, por lo que podia suceder. Eso no, dijo don Juan, asi porque no será bien que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos agenos. El mio es el vuestro mismo, replicó don Antonio, y asi, aunque sea desconocido y desde lejos, os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola que le falte quien la sirva, la guarde y acompañe. A lo cual Cornelia dijo: Gran consuelo será para mí, señores, si sé que vais juntos, ó á lo menos de modo que os favorezcais el uno á otro, si el caso lo pidiere; y pues al que vais á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros; y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un *agnus* de oro tan rico como la cruz.

Miraron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aun mas que lo que habian apreciado el cintillo; pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarian reliquias consigo, si no tan bien adornadas, á lo menos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenia gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no á lo que iban ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aun no sabia), de manera que sus mercedes no hiciesen falta. Otro dia bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y don Juan de camino con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidiéronse de Cornelia, la cual imaginando que tenia á su

hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidieron. Salió primero don Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que del diestro los tenian. Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desusados caminaron á Ferrara: don Antonio sobre un cuartago suyo, y otro vestido y disimulado los seguia; pero pareciόle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y asi acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraria.

Apenas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era suyo y del duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado, tocantes á su historia, no encubriéndole cómo el viaje que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intricar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia), dijo: ¡Ay, señora de mi alma! ¿y todas esas cosas han pasado por vos, y estais aquí descuidada y á pierna tendida? O no teneis alma, ó teneísla tan desmazalada que no siente. ¿Cómo, y pensais vos por ventura, que vuestro hermano vá á Ferrara? No lo penseis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí, y ausentarlos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer, como quien bebe un jarro de agua: mirad debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibujos: á lo menos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que á esta casa amenaza: ¡el señor Lorenzo, italiano, y que se fie de españoles, y les pida favor y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos hija mia, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daria tal que os luciese.

Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decia con tanto ahinco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decia, y quizá estaban muertos don Juan y don Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosia á puñaladas; y asi le dijo: Y ¿qué consejo me daríades vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura? Y como que le daré tal y tan bueno, que no pueda mejorarse, dijo el ama: yo, señora, he servido á un piovano, á un cura, digo, de una aldea, que está dos millas de Ferrara: es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiére, porque me tiene obligacion mas que de amo: vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene á dar de mamar al niño es mujer pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo; y ya, señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes, mozos y españoles, que los tales, como soy yo buen testigo, no desechan ripio, y agora, señora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar, porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada, y sé do me aprieta el zapato, y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milan, y tengo el punto de la honra diez millas mas allá de las nubes; y en esto se podrá echar de ver, señora mia, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser masara de españoles, á quien ellos llaman ama; aunque á la verdad no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcainos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nacion, segun es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaina.



En efecto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y asi en menos de cuatro horas, disponiéndolo el ama, y consintiéndolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura; y todo esto se hizo á persuasion del alma, y con sus dineros, porque la habian pagado sus señores un año de su sueldo, y asi no fue menester empeñar una joya que Cornelia le daba; y como habian oido decir á don Juan que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco á poco por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á don Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli: de los cuales se dice que en el camino supieron que el duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y asi dejando el rodeo que llevaban, se

vinieron al camino real, ó á la estrada maestra, como allá se dice, considerando que aquella habia de traer el duque, cuando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por él alguno venia, vieron un tropel de gente de á caballo, y entonces dijo don Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el duque, le queria hablar allí antes que se encerrase en Ferrara, que estaba poco distante. Hízolo asi Lorenzo, y aprobó el parecer de don Juan.

Asi como se apartó Lorenzo quitó don Juan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no con falta de discreto discurso, como él despues lo dijo. En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venia una mujer sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del sol y del aire. Paró el caballo don Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto á que llegasen los caminantes, y en llegando cerca, el talle, el brio, el poderoso caballo, la bizarría del vestido y las luces de los diamantes, llevaron tras sí los ojos de cuantos allí venian, especialmente los del duque de Ferrara, que era uno dellos, el cual como puso los ojos en el cintillo, luego se dió á entender que el que le traia era don Juan de Gamboa, el que le habia librado en la pendencia; y tan de veras aprendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hácia don Juan, diciendo: No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo don Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion y el adorno dese capelo me lo están diciendo. Asi es la verdad, respondió don Juan, porque jamás supe ni quise encubrir mi nombre: pero decidme, señor, quién sois, porque yo no caiga en alguna descortesía. Eso será imposible, respondió el duque, que para mí tengo que no podeis ser descortés en ningun caso: con todo eso os digo, señor don Juan, que yo soy el duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no há cuatro noches que vos se la disteis.

No acabó de decir esto el duque, cuando don Juan, con estraña ligereza, saltó del caballo, y acudió á besar los pies del duque; pero por presto que llegó, ya el duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apear en brazos de don Juan. El señor Lorenzo, que desde algo lejos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al duque y á don Juan, que ya habia conocido al duque. El duque, por cima de los hombros de don Juan, miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y asi como estaba abrazado preguntó á don Juan, si Lorenzo Bentibolli, que allí estaba, venia con él ó no. A lo cual don Juan respondió: Apartémonos algo de aquí, y contaréle á vuestra excelencia grandes cosas. Hízolo asi el duque, y á don Juan le dijo: Señor, Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos, no pequeña, dice que habrá cuatro noches que sacastes á su hermana, la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonrado, y quiere saber de vos qué satisfacion le pensais hacer, para que él vea lo que le conviene: pidióme que fuese su valedor y medianero: yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño deste cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mio, y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: queria yo agora, señor, me dijésedes lo que sabeis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. ¡Ay, amigo! respondió el duque: es tan verdad, que no me atreveria á negarla aunque quisiese: yo no he engañado ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa: no la he sacado, porque no sé della: si públicamente no celebré mis desposorios, fue porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo último) pasase desta á mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mantua, y por otros inconvenientes quizá mas eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan: lo que pasa es que la noche que me socorristes, la habian de traer a Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase; ó ya fuese por la rina, ó ya por mi descuido, cuando llegué á su casa hallé que salia la secretaria de nuestros conciertos: preguntéle por Cornelia, díjome que ya habia salido, y que aquella noche habia parido un niño, el mas bello del mundo, y que se le habia dado á un Fabio mi criado: la doncella es aquella que allí viene: el Fabio está aquí, y el niño ni Cornelia no parecen: y yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando y escudriñando oir algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada. De modo, señor, dijo don Juan, que cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen ¿no negareis ser vuestra esposa y él vuestro hijo? No por cierto; porque aunque me precio de caballero, mas me precio de cristiano; y mas que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino: pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá, que si supe ser amante, supe la fe que dí en secreto guardarla en público. Luego ¿bien direis, dijo don Juan, lo que á mí me habeis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo? Antes me pesa, respondió el duque, de que tarde tanto en saberlo.

Al instante hizo don Juan señas á Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ageno de pensar la buena nueva que le esperaba. Adelantóse el duque á recebirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dijo fue llamarle hermano. Apenas supo Lorenzo responder á salutacion tan amorosa, ni á tan cortés recebimiento; y estando asi supuesto, antes que

hablarse palabra, don Juan le dijo: El duque señor Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia: confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí lo dirá públicamente cuando se ofreciere: concede asimismo que fué ha cuatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y guardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fue por Cornelia encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no habia una hora que habia parido, y que ella dió la criatura á un criado del duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba allí el duque, habia salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos: Sulpicia no dió el niño al criado del duque, sino á otro en su cambio: Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca, la recibirá como á su verdadera esposa: mirad, señor Lorenzo, si hay mas que decir, ni mas que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas. A esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose á los pies del duque, que porfiaba por levantarlo: De vuestra cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mio, no podíamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrambos nos haceis: á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el número de vuestros criados. Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que pareceria flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron á encerrar en los ojos; y los de don Juan alegres casi les pedian las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió don Antonio de Isunza, que fue conocido de don Juan en el cuartago desde algo lejos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de don Juan y de Lorenzo, que los mozos tenian del diestro y acullá desviados: conoció á don Juan y á Lorenzo, pero no al duque, y no sabia qué hacerse, si llegaria ó no á donde don Juan estaba: y llegándose á los criados del duque, les preguntó si conocian á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al duque. Fuéle respondido, ser el duque de Ferrara: con que quedó mas confuso y menos sin saber qué hacerse; pero sacóle de su perplejidad don Juan llamándole por su nombre. Apeóse don Antonio, viendo que todos estaban á pie, y llegóse á ellos: recebióle el duque con mucha cortesía, porque don Juan le dijo que era su camarada. Finalmente, don Juan contó á don Antonio todo lo que con el duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo don Antonio, y dijo á don Juan: ¿Por qué, señor don Juan, no acabais de poner la alegría y el contento destos señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo? Si vos no llegárades, señor don Antonio, yo las pidiera; pero pedidlas vos, que yo aseguro que os las den de muy buena gana.

Como el duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello. ¿Qué ha de ser, respondió don Antonio, sino que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa? y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho: de lo cual el duque y el señor Lorenzo recebieron tanto placer y gusto, que don Lorenzo se abrazó con don Juan, y el duque con don Antonio: el duque prometiendo todo su Estado en albricias, y el señor Lorenzo su hacienda, su vida y su alma. Llamaron á la doncella, que entregó á don Juan la criatura, la cual habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntáronle si conoceria al hombre á quien habia dado el niño. Dijo que no, sino que ella le habia preguntado si era Fabio, y él habia respondido que sí, y con esta buena fé se le habia entregado. Asi es la verdad, respondió don Juan; y vos, señora, cerrastes la puerta luego, y me dijistes que la pusiese en cobro y diese luego la vuelta. Asi es, señor, respondió la doncella llorando. Y el duque dijo: Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas: el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luego á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin mas decir, de comun consentimiento, dieron la vuelta á Bolonia.

Adelantóse don Antonio para apercebir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del duque y de su hermano; pero como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el mas triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo dia que ellos habian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó don Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el duque los tendria por mentirosos ó embusteros, ó quizá imaginaria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia. En esta imaginacion estaba, cuando entraron el duque, y don Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demás gente fuera de la ciudad, llegaron á la casa de don Juan, y hallaron á don Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla, y con una color de muerto. Preguntóle don Juan qué mal tenia y dónde estaba Cornelia. Respondió don Antonio: ¿Qué mal quereis que no tenga? pues Cornelia no parece, que con el ama que la dejamos para su compañía, el mismo dia que de aquí faltamos, faltó ella. Poco le faltó al duque para espi-

rar, y á Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas. Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos é imaginativos.

En esto se llegó un paje á don Antonio, y al oido le dijo: Señor, Santistéban, el paje del señor don Juan, desde el dia que vuesas mercedes se fueron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que asi la he oido llamar. Alborotóse de nuevo don Antonio, y mas quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenia escondida, que no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso no dijo nada, sino callando se fué al aposento del paje, y halló cerrada la puerta, y que el paje no estaba en casa: llegóse á la puerta, y dijo con voz baja: Abrid, señora Cornelia, y salid á recebir á vuestro hermano, y al duque vuestro esposo, que vienen á buscaros. Respondiéronle de dentro: ¿Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada que no podian buscarme duques y condes, y eso se merece la persona que trata con pajes. Por las cuales palabras entendió don Antonio que no era Cornelia la que respondia. Estando en esto vino Santistéban el paje, y acudió luego á su aposento, y hallando allí á don Antonio, que pedia que le trujesen las llaves que habia en casa, por ver si alguna hacia á la puerta, el paje, hincado de rodillas, y con la llave en la mano, le dijo: El ausencia de vuesas mercedes, y mi bellaquería, por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches á estar conmigo: suplico á vuesa merced, señor don Antonio de Isunza, asi oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor don Juan de Gamboa, que no se lo diga, que yo la echaré al momento. ¿Y cómo se llama la tal mujer? preguntó don Antonio. Llámase Cornelia, respondió el paje. El paje que habia descubierto la celada, que no era muy amigo de Santistéban, ni se sabe si simplemente ó con malicia, bajó donde estaban el duque, don Juan y Lorenzo, diciendo: Tómame el paje, por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia: escondidita la tenia: á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores para alargar el *gaudeamus* tres ó cuatro dias mas. Oyó esto Lorenzo, y preguntóle: ¿Qué es lo que decís, gentil-hombre? ¿Dónde está Cornelia? Arriba, respondió el paje. Apenas oyó esto el duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que habia parecido, y dió luego en el aposento donde estaba don Antonio, y entrando dijo: ¿Dónde está Cornelia, dónde está la vida de la vida mia? Aquí está Cornelia, respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama, y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo: ¡Válanos Dios! ¿es este algun buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones? Lorenzo que estaba presente, con despecho y cólera, tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y no de mal parecer, la cual de vergüenza se puso las manos delante del rostro y acudió á tomar sus vestidos, que le servian de almohada, porque la cama no la tenia, y en ellos vieron que debia de ser alguna pícara de las perdidas del mundo. Preguntóle el duque que si era verdad que se llamaba Cornelia: respondió que sí, y que tenia muy honrados parientes en la ciudad, y nadie dijese desta agua no beberé. Quedó tan corrido el duque, que casi estuvo por pensar si hacian los españoles burla dél; pero por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fueron, dejando á don Juan y á don Antonio harto mas corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles y aun imposibles en buscar á Cornelia y satisfacer al duque de su verdad y buen deseo.



Despidieron á Santistéban por atrevido, y echaron á la pícara Cornelia, y en aquel punto se les vino á la memoria que se les habia olvidado de decir al duque las joyas del *agnus* y la cruz de diamantes que Cornelia les habia ofrecido, pues con estas señas creeria que Cornelia habia estado en su poder, y que si faltaba no habia estado en su mano. Salieron á decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaria: á Lorenzo sí, el cual les dijo que sin detenerse un punto se habia vuelto á Ferrara, dejándole órden de buscar á su hermana. Dijéronle lo que iban á decirle, pero Lorenzo les dijo que el duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habian echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios seria servido de que pareciese, pues no habia de haber tragado la tierra al niño, y al ama, y á ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisicion de buscalla por bandos públicos, sino por diligencias secretas, pues de nadie sino de su prima se sabia su falta; y entre los que no sabian la intencion del duque, correria riesgo el crédito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas que una vehemente presuncion les infunde.

Siguió su viaje el duque, y la buena suerte, que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase á la aldea del cura, donde ya estaban Cornelia, y el niño, y su ama y la consejera; y ellas le habian dado cuenta de su vida, y pedídole consejo de lo que harian. Era el cura grande amigo del duque,

en cuya casa, acomodada á lo de clérigo rico y curioso, solia el duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salia á caza, porque gustaba mucho asi de la curiosidad del cura, como de su donaire, que le tenia en cuanto decia y hacia. No se alborotó por ver al duque en su casa, porque como se ha dicho no era la vez primera; pero descontentóle verle venir triste, porque luego echó de ver que con alguna pasion traia ocupado el ánimo. Entreoyó Cornelia que el duque de Ferrara estaba allí y turbóse en extremo, por no saber con qué intencion venia: torcíase las manos, y andaba de una parte á otra, como persona fuera de sentido: quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba entreteniendo al duque, y no tenia lugar de hablarle. El duque le dijo: Yo vengo, padre mio, tristísimo, y no quiero entrar hoy en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid á los que vienen conmigo, que pasen á Ferrara, y que solo se quede Fabio.

Hízolo asi el buen cura, y luego fué á dar órden cómo regalar y servir al duque, y con esta ocasion le pudo hablar Cornelia, la cual tomándole de las manos le dijo: ¡Ay, padre y señor mio! y ¿qué es lo que quiere el duque? por amor de Dios, señor, que le dé algun toque en mi negocio, y procure descubrir y tomar algun indicio de su intencion; en efeto, guíelo como mejor le pareciere y su mucha discrecion le aconsejare. A esto le respondió el cura: El duque viene triste, hasta ahora no me ha dicho la causa: lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el duque, y dejadme hacer, que yo espero en el cielo, que hemos de tener hoy un buen dia. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer el niño.

El cura salió á entretener al duque en tanto que se hacia hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el cura al duque, si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste. Padre, respondió el duque, claro está que las tristezas del corazon salen al rostro; en los ojos se lee la relacion de lo que está en el alma; y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondió el cura, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara y grande. Simple seria, respondió el duque, aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, no quisiese recebirle: por vida mia, padre, que me mostreis eso que decís, que



debe de ser alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandísimo gusto. Levantóse el cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenia adornado á su hijo, y puéstole las ricas joyas de la cruz y del *agnus*, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió á donde el duque estaba, y diciéndole que se levantase, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del duque, el cual cuando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atónito; y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo

retrato, y lleno de admiracion preguntó al cura cuya era aquella criatura, qué en su adorno y aderezo parecia hijo de algun príncipe. No sé, respondió el cura; solo sé que habrá no sé cuántas noches, que aquí me lè trujo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él, y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosísima madre: tambien vino con el caballero una mujer para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe ser la mas hermosa mujer de Italia. ¿No la veríamos? preguntó el duque. Sí, por cierto, respondió el cura; veníos, señor, conmigo, que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hacer la vista de su ama. Quísole tomar la criatura el cura al duque, pero él no la quiso dejar, antes la apretó en sus brazos, y le dió muchos besos.

Adelantóse el cura un poco, y dijo á Cornelia que saliese sin turbacion alguna á recebir al duque. Hízolo asi Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortál la hermosearon. Pasmóse el duque cuando la vió, y ella arrojándose á sus pies, se los quiso besar. El duque sin hablar palabra dió el niño al cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo cual visto por Cornelia, volviéndose al cura, dijo: ¡Ay, señor mio! ¿si se ha espantado el duque de verme? ¿si me tiene aborrecida? ¿si le he parecido fea? ¿si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? ¿no me hablará siquiera una palabra? ¿tanto le cansaba ya su hijo, que asi le arrojó de sus brazos? A todo lo cual no respondia palabra el cura, admirado de la huida del duque, que asi le pareció que fuese huida, antes que otra cosa, y no fue sino que salió á llamar á Fabio, y decirle: Corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y dí que al momento Lorenzo Bentibolli, y los dos caballeros españoles, don Juan de Gamboa y don Antonio de Isunza, sin poner excusa alguna, vengan luego á esta aldea: mira, amigo, que vuelvas, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fue perezoso Fabio, que luego puso en efeto el mandamiento de su señor.

El duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas y cristalinas lágrimas: cogióla el duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas á lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el contento atadas las lenguas; y asi en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño y la Crivela por lo menos, como ella decia, que por entre las puertas de otro aposento habian estado mirando lo que entre el duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban de calabazadas por las paredes, que no parecia sino que habian perdido el juicio. El cura daba mil besos al niño, que tenia en sus brazos, y con la mano derecha, que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados señores. El ama del cura, que no se habia hallado presente al grave caso, por estar ocupada aderezando la comida, cuando la tuvo en su punto, entró á llamarlos que se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el duque desembarazó al cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazonada, mas que suntuosa comida: y en tanto que comian, dió cuenta Cornelia de todo lo que le habia sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros españoles, que la habian servido, amparado y guardado con el mas honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El duque le contó asimismo á ella todo lo que por él habia pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y hallaron en el duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y solo esperaban á colmarle y á ponerle en el estado mejor que acertara á desearse con la venida de Lorenzo, de don Juan y don Antonio, los cuales de allí á tres dias vinieron desalados y deseosos por saber si alguna nueva sabia el duque de Cornelia, que Fabio, que los fué á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabia.

Saliólos á recebir el duque á una sala antes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristecieron. Hízolos sentar el duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su plática á Lorenzo, le dijo: Bien sabeis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamas engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia: sabeis asimismo la diligencia con que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido: ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna: yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me deje llevar de las que me ofrece el deleite á cada paso: la misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó tambien á dar antes que á ella palabra de matrimonio á una labradora desta aldea, á quien pensaba dejar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera á lo que la conciencia me pedia, que no fuera pequeña muestra de amor; pero pues nadie se casa con mujer que no parece, ni es cosa puesta en razon, que nadie busque la mujer que le deja por no hallar la prenda que le aborrece: digo que veais, señor Lorenzo, qué satisfaccion puedo daros del agravio que no os hice, pues jamás tuve intencion de hacéroslo, y luego quiero que me deis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la labradora, que ya está dentro desta casa.

En tanto que el duque esto decia, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla, señales claras que la cólera le iba tomando posesion de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por don Juan y por don Antonio, que luego propusieron de-

no dejar salir al duque con su intencion, aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el duque en sus rostros sus intenciones, dijo: Sosegáos, señor Lorenzo, que antes que me respondais palabra, quiero que la hermosura que vereis en la que quiero recebir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pedí; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho, se levantó donde Cornelia estaba riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenia, y muchas mas. Cuando el duque volvió las espaldas, se levantó don Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oido le dijo: Por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo, que asi deje yo salir con su intencion al duque como volverme moro: aquí, aquí y en mis manos ha de dejar la vida, ó ha de cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ó lo menos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada don Antonio, replicó don Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del cura y del duque, que la traia de la mano, detrás de los cuales venian Sulpicia la doncella de Cornelia, que el duque habia enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros. Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos pies, fué á arrojarse á los del duque, que le levantó, y le puso en los brazos de su hermana: quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. Don Juan y don Antonio dijeron al duque, que habia sido la mas disdiscreta y mas sabrosa burla del mundo. El duque tomó al niño, que Sulpicia traia, y dándosele á Lorenzo, le dijo: Recebid, señor hermano, á vuestro sobrino y mi hijo, y ved si quereis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento.

Seria nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó don Juan, lo que sintió don Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiracion de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el cura los desposó, siendo su padrino don Juan de Gamboa: y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad, que tenia muy al cabo á la duquesa su madre, y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo asi: la duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por mujer de Fabio, don Antonio y don Juan contentísimos de haber servido en algo al duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nacion vizcaina por la mayor parte se casaban en su patria; y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debian de teñer casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazon y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recebian paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo: especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió cuando fueron á Ferrara á despedirse del, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al duque mas enamorado que nunca. La duquesa dió la cruz de diamantes á don Juan, y el *agnus* á don Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recebieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el duque y la duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.

FIN DE LA SEÑORA CORNELIA.



EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

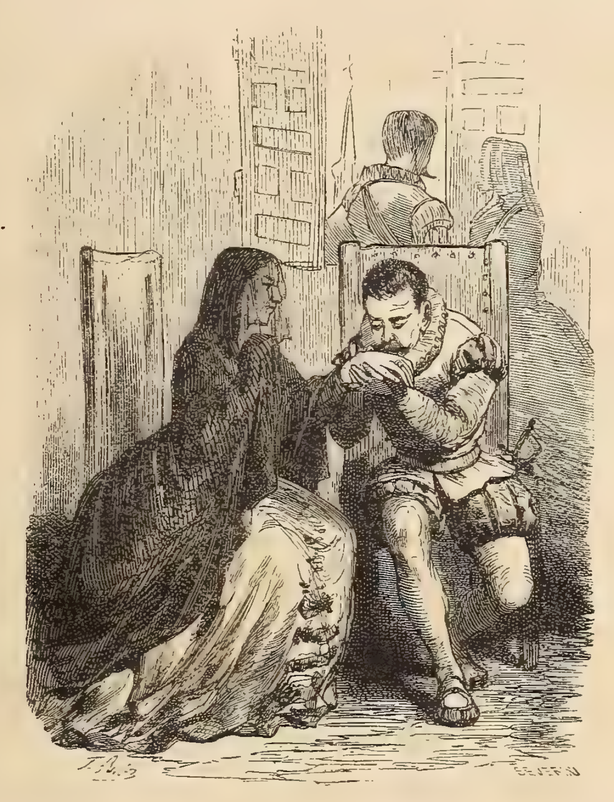
Salia del hospital de la Resurreccion, que está en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, un soldado que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en una hora: iba haciendo pinitos, y dando traspiés como convaleciente; y al entrar por la puerta de la ciudad, vió que hácia él venia un su amigo, á quien no habia visto en mas de seis meses, el cual santiguándose, como si viera alguna mala vision,



llegándose á él le dijo: ¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacia en Flandes, antes terciando allá la pica, que arrastrando aquí la espada! ¿Qué color, qué flaqueza es esa? A lo cual respondió Campuzano: A lo si estoy en esta tierra, ó no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde: á las demás preguntas no tengo que decir, sino que salgo de aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas que me echó á cuestas una mujer que escogí por mia, que no debiera. Luego ¿casóse vuesa merced? replicó Peralta. Sí, señor, respondió Campuzano. Seria por amores, dijo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecucion del arrepentimiento. No sabré decir si fue por amores, respondió el alférez, aunque sabré afirmar que fue por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento, saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone, que otro dia con mas comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los mas nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida. No ha de ser asi, dijo el licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí harémos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo; y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que lo ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere. Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fueron á San Lorente, oyeron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofrecióselo de nuevo, y pi-

dióle en acabando de comer, le contase los sucesos que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, antes comenzó á decir desta manera.

Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacía en esta ciudad camarada con el capitan Pedro de Herrera, que ahora está en Flandes. Bien me acuerdo, respondió Peralta. Pues un dia, prosiguió Campuzano, que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viviamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitan en pié, arrimados á una ventana; y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro mas de aquello que concedia la raridad del



manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fue posible acabarlo con ella, cosa que me encendió mas el deseo de verle; y para acrecentarle mas, ó ya fuese de industria, ó acaso, sacó la señora una blanca mano, con muy buenas sortijas: estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el aire: con todo esto le rogué que se descubriese. A lo que ella me respondió: No seais importuno, casa tengo, haced á un paje que me siga, que aunque soy mas honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía á trueco de ver si responde vuestra discrecion á vuestra gallardía, holgaré de que me veais mas despacio.

Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitan su plática. Ellas se fueron: siguiólas un criado mio. Díjome el capitan que lo que la dama le queria era que le llevase unas cartas á Flandes á otro capitan, que decia ser su primo; aunque él sabia que no era, sino su galan. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y asi otro dia, guiándome mi criado, dióseme libre entrada.

Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podia enamorar comunicada, porque tenia un tono de habla tan suave, que se entraba por los oidos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios; blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oir semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oido, antes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba: en el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza

mas taimada que simple: finalmente, tratando mis amores como soldado, que está víspera de mudar, apuré á mi señora doña Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que asi me tiene), y respondióme: Señor alférez Campuzano, simplicidad seria, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y aun ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres ni otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menaje de mi casa bien validos, dos mil y quinientos ducados; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas, se tardará en convertirse en dineros: con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increible solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho mas, cuando se gasta por mi órden: la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mias; porque no acarrean vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere: si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lengua, de casamenteros y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes.

Yo, que tenia entonces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenia echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traia al cuello, y con otras joyuelas que tenia en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenia algunas raices, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada: en resolucion, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta, que vinieron luego juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos mios, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entonces á mi nueva esposa habia dado, con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no pueden dejar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi mujer: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: híccle patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenia.

Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comia á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme doña Estefanía y la moza el agua delante; mi mozo, que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo; el rato que doña Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdicion del tiempo; en los cuales dias por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intencion con que aquel negocio habia comenzado; al cabo de los cuales, una mañana (que aun estaba con doña Estefanía en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo: ¡Oh, que sea ella la bien venida! ¿Han visto y cómo ha venido mas presto de lo que escribió el otro dia? ¿Quién es la que ha venido, moza? le pregunté. ¿Quién? respondió ella, es mi señora doña Clementa Bueso, y viene con ella el señor don Lope Melendez de Almendarez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo. Corre, moza, bien haya yo, y ábreles, dijo á este punto doña Estefanía; y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes. Pues ¿quién ha de decir cosa que os ofenda, y mas estando yo delante? decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida. No tengo lugar de responderos, dijo doña Estefanía; solo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que despues sabreis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora doña Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma

guarnicion, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro.

Entró con ella el señor don Lope Melendez de Almendarez, no menos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fue la primera que habló, diciendo: ¡Jesus! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y mas con ocupacion de hombre! milagros veo en esta casa: á fe que se ha ido bien del pie á la mano la señora doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó doña Clementa; pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamás escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento! A todo lo cual respondió doña Estefanía: No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada, y vuesa merced sin ninguna queja.

En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon, y tomándome doña Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo, que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel don Lope que venia con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope la tenia; y luego se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque despues podria ser tener necesidad de valersede la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á doña Clementa, aun en cosas de mas importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de doña Estefanía; asegurándome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego entrándose á despedir de la señora doña Clementa Bueso y del señor don Lope Melendez de Almendarez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.



Paró doña Estefanía en casa de una amiga suya, y antes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual habia dos camas tan juntas que parecian una, á causa que no habia espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban. En efecto, allí estuvimos seis dias, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necedad que habia hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre. En esto iba yo y venia por momentos, tanto, que la huéspeda de casa un dia que doña Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y qué cosa habia hecho que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria, mas que amistad perfecta.

Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me habia casado con doña Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que habia hecho en dejar su casa y hacienda á doña Clementa, aunque fuese con tan sana intencion, como era alcanzar tan principal marido como don Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto ¡Jesus, Jesus, de la mala hembra! que me puso en gran turbacion, y al fin me dijo: Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria, si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que Doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho Doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fue que Doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entre tanto dejó en su casa á Doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona, como la del señor alférez por marido.

Aquí dió fin á su plática, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperacion, por ser pecado de demonios. Esta consideaacion, ó buena inspiracion, me confortó algo; pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada: y salir á buscar á Doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ningnna parte donde pensé hallar á Doña Estefanía, la hallase: fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado, que no despertera tan presto, si no me despertaran: fuí lleno de pensamientos y congojas á casa de Doña Clementa, y halléla con tanto reposo como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor Don Lope delante: volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber contado á Doña Estefanía, cómo yo sabia toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante habia yo mostrado con tal nueva, y que le habia respondido que muy malo, y que á su parecer habia salido yo con mala intencion y con peor determinacion á buscarla: díjome finalmente, que Doña Estefanía se habia llevado cuanto en el baul tenia, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino. Aquí fue ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fuí á ver mi baul, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razon habia de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia.

Bien grande fue, dijo á esta sazon el licenciado Peralta, haberse llevado doña Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que como suele decirse, todos los duelos, etc. Ninguna pena me dió esa falta, respondió el alférez, pues tambien podré decir: Pensóse don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrecho soy de un lado. No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El propósito es, respondió el alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos, podia valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el cicenciado, porque la que el señor alférez traia al cuello, mostraba pesar mas de doscientos ducados. Asi fuera, respondió el alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos, con solo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que solo el toque ó el fuego podia descubrir su malicia. Desa manera, dijo el licenciado, entre vuesa merced y la señora doña Estefanía, pata es la traviesa. Y tan pata respondió el alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efecto, mal que me pese es prenda mia. Dad gracias á Dios, señor Compuzano, dijo Peralta, que fue prenda con piés, y que se os ha ido, y que no estais obligado á buscarla. Asi es, respondió el alférez; pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente. No sé qué responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memora dos versos de Petrarca, que dicen:

Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.

Que responden en nuestro castellano: Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado. Yo no me quejo, respondió el alférez, sino lastímome: que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fui engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir á lo que hace mas al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos), digo que supe que se habia llevado á doña Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre mas claro la pelarela: halléme verdaderamente hecho pelon; porque ni tenia barbas que peinar, ni dineros que gastar: fue la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demás Dios lo remedie.

Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le habia contado. Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el alférez, que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginacion, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber mas, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos preámbulos y encarecimientos, que el alférez hacia antes de contar lo que habia visto,

encendian el deseo de Peralta, de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

Ya vuesa merced habrá visto, dijo el alférez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna. Sí he visto, respondió Peralta, Tambien habrá visto ó oido vuesa merced, dijo el alférez, lo que dellos se cuenta, que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar, á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir allí con tanta mansedumbre, que mas parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia. Yo he oido decir, dijo Peralta, que



todo es asi; pero eso no me puede ni debe causar maravilla. Pues lo que ahora diré dellos, dijo el alférez, es razon que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo; y es que yo oi y casi vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llamaba Cipion, el otro Berganza, estar una noche, que fue la penúltima que acabé de sudar, echados detrás de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á escuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oido escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer, por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipion y Berganza.

Apenas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado, dijo: Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano, que hasta aquí estaba en duda si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado; y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa: por amor de Dios, señor alférez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que, si no es por milagro, no pueden hablar los animales: que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y asi muchas veces despues que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales nuestro Señor fue servido dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo: las cosas de que traron fueron grandes y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios, que para ser dichas de bocas de perros: asi que, pues yo no las pude inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban. ¡Cuerpo de mí, replicó el licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, cuando departia el gallo con la zorra y unos animales con otros! Unos dellos seria yo y el mayor, replicó el alférez, si creyese que ese tiempo ha vuelto, y aun tambien lo seria, si dejase de creer lo que oí y lo que vi, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad, pero puesto caso que me haya engañado y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgara vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que es-

tos perros, ó sean quien fueren, hablaron? Como vuesa merced, replicó el licenciado, no se canse mas en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor alférez, ya le juzgo por bueno.

Pues hay en esto otra cosa, dijo el alférez, que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio, delicada, sotil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oido, lo escribí otro dia, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fue una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita mas de una, que es la vida de Berganza, y la del compañero Cipion pienso escribir (que fue la que se contó la noche segunda) cuando viere ó que esta se crea, ó á lo menos no se desprecie: el coloquio traigo en el seno; púselo en forma de coloquio, por ahorrar de *dijo Cipion*, *respondió Berganza*, que suele alargar la escritura. Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riyéndose, y como haciendo burla de todo lo que habia oido, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto, dijo el alférez, en esta silla, en tanto que vuesa merced lee si quiere esos sueños ó disparates, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dejar cuando enfaden. Haga vuesa merced su gusto, dijo Peralta, que yo con brevedad me despedire desta letura. Recostóse el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este título.

FIN DEL CASAMIENTO ENGAÑOSO.



COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPION Y BERGANZA,

PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, Á QUIEN COMUNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHUDES.

Cipion. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.



Cip. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y asi habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la jimia.

Cip. Ansi es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamás que haya hablado ningun elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Cip. ¿Qué le oiste decir?

Berg. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oian medicina.

Cip. Pues ¿qué vienes á inferir deso?

Berg. Infiero, ó què estos dos mil médicos hàn de tener enfermos que curar (que seria harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

Cip. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y asi no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos: mejor será que este buen dia ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berg. Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas, ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo mas que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Berganza amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con



habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las agenas vidas.

Berg. Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora mas que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los mios, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestallos; pero advierte primero, si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazon mas estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte, sino cuando viere ser necesario.

Berg. Paréceme que la primera vez que vi el sol, fue en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en esto.]

Cip. No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

Berg. ¿Qué te diria, Cipion hermano, de lo que ví en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia: los mas amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan: todas las mañanas que son dias de carne, antes que amenazca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros: no hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo mas sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obli-

gado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de mas baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia: los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba mas ni me parecia peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quítame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro: por maravilla se pasa dia sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca: finalmente, oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenia el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia: y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré asi, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese: enseñóme tambien la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches; y un dia, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porcion, oí que me llamaban por mí nombre



desde una ventana; alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar: lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me queria, que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entonces dije entre mí: la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

Berg. Asi lo hice yo, y asi me volví á mi amo sin la porcion, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó una de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies

en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro dia me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros: asi como le vi, creí que habia hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden.

Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo, to to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola: trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta, con lanza y adarga, que mas parecia atajador de la costa, que señor de ganado: preguntó al pastor: ¿Qué perro es éste, que tiene señales de ser bueno? Bien lo puede vuesa merced creer, respondió el pastor, que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: agora se llegó aquí, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues si asi es, respondió el señor, pónle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y dénle la racion que á los demás, y acaríciale todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy adelante en él. En diciendo esto se fué, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndo me dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino.

Vime harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio: mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun árbol, ó de algun ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la márgen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que habia tenido en el matadero, y en la que tenia mi amo, y todos los que como él están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas: ¡oh qué de cosas te pudiera decir ahora, de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip. Por haber oido decir que dijo un gran poeta de los antiguos, que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni des mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuracion, aunque haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los mios, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo, que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas consideraba que no debia de ser verdad lo que habia oido contar de la vida de los pastores, á lo menos de aquellos que la dama de mi amo leia en unos libros cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios: deteníame á oirla leer, y leia cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salia el sol en los brazos del Aurora, hasta que se ponia en los de Tétis; y aun despues de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y escuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, mas enamorado que atrevido, de quien decia que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados agenos: decia tambien que el gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, habia sido mas confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decia que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades: acordábame de otros muchos libros que de este jaez le habia oido leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica, y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero la intencion; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*, y respondió que: dé donde diere.

Cip. Esta fue respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenian, de aquellos que habia oido leer que tenian los pastores de los libros; porque si los mios cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo, do va Juanica*, y otras cosas semejantes,

y esto no al son de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas parecia, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian: lo mas del dia se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas: ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradézcotelo, Cipion amigo, porque si no me avisarás, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenian engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mírate á los pies, y desharás la rueda, Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que carece de razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

Berg. Eso fuera asi, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra plática, no solo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

Cip. Pues ahora ¿no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes antes que pases mas adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su órden mis sucesos, que asi te darán mas gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes de los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

Berg. Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raiz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormia, dándonos asaltos á menudo, y tocándonos al arma los lobos; y apenas me habian dicho los pastores, al lobo, Barcino, cuando acudia primero que los otros perros á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas; saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvia al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los pies abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo: desesperábame de ver de cuán poco servia mi mucho cuidado y diligencia: venia el señor del ganado, salian los pastores á recebirle con las pieles de la res muerta: culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos: llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y asi viéndome un dia castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenia de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo allí venia, allí seria mas cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detrás de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo: pasméme, quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo mas y lo mejor: volvia á reñirles el señor, y volvia tambien el castigo de los perros: no habia lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubrillo, hallábame mudo: todo lo cual me traia lleno de admiracion y de congoja: ¡Válame Dios! decia entre mí, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?

Cip. Y decíais muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni mas sutil ladron que el doméstico, y asi mueren muchos mas de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo, si no se fía y se confía; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores: pasa adelante.

Berg. Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado: volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

Cip. ¿Qué modo tenias para entrar con amo? porque segun lo que se usa, con gran dificultad

el dia de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir: muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo: aquellos para recebir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el mas pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linaje, y con solo que se dis-



ponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apenas pueden caber en su deseo.

Berg. Todo eso es predicar, Cipion amigo.

Cip. Asi me lo parece á mí, y asi callo.

Berg. A lo que me preguntaste del órden que tenia para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia y hermana de la templanza: en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: desta pues me aprovechaba yo, cuando queria entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande: luego arrimábame á la puerta, y cuando á mi parecer entraba algun forastero, le ladraba, y cuando venia el señor, bajaba la cabeza, y moviendo la cola me iba á él, y con la lengua le limpiaba los zapatos: si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvia á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término: desta manera á dos porfías me quedaba en casa: servia bien, querianme luego bien, y nadie me despidió, sino era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo, que este fuera el dia que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Cip. De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leimos los pensamientos.

Berg. Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré á su tiempo, como tengo prometido, y ahora escucha lo que me sucedió despues que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes: arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella: recebiéronme para tenerme atado detrás de la puerta de dia, y suelto de noche: servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñia á los que no eran muy conocidos: no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas agenas: agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen racion de pan y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su

mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veia á mi amo, especialmente cuando venia de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de dia y de noche: como me vi suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacia una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos: parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros: apode el truhan, juegue de manos y voltee el istrion, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

Cip. Basta; adelante, Berganza, que ya estás entendido.

Berg. ¡Ojalá que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona: un caballero conozco yo que se alababa que á ruegos de un sacristan habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que asi llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader pues tenia dos hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesus: iban con autoridad, con ayo y con pajes que les llevaban los libros, y aquel que llaman *vade mecum*: el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia sol, en coche si llovia, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo aun no bien aderezado.

Cip. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos, y como por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente; y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y asi los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algun príncipe; y algunos hay que los procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

Berg. Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

Cip. Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero.

Berg. Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

Cip. Sí, que yo no murmuro de nadie.

Berg. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera: á la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes: por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche: vese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende: y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

Cip. Asi es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos), y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de Jesus.

Berg. A él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba; asi yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la intencion que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella.

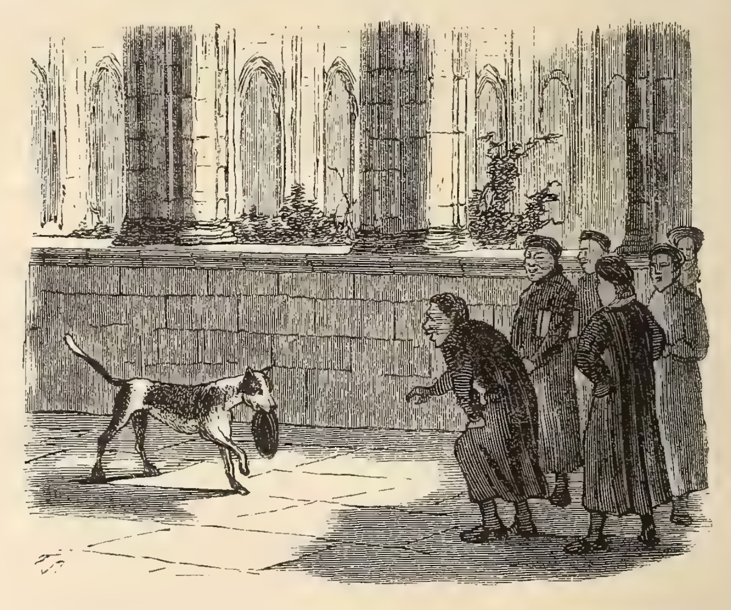
Cip. Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y asi quedarás imposibilitado de murmurar.

Berg. A lo menos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y asi digo que los hijos de mi amo se dejaron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazon estaba; y

como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, asi del *vade mecum* y fuíme tras ellos con intencion de no soltalle hasta el estudio: sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me vieron venir con el *vade mecum* en la boca, asido sotilmente de las cintas, mandaron á un paje me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula, cosa que causó risa á todos los estudiantes: lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza se le puse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leia. No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada della, luego recebí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fueron criados.

Cip. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oido decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

Berg. Todo es asi como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mi amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenia una vida de rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse con-



migo, y domestiquéme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los mas chiquillos subian sobre mí, arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvia á la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo: dieron en darme de comer cuanto ellos podian, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partia como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno: tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que mas de dos Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase.

Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo mas que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habria otra de mas gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose: desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razon de estado, que cuando con ella se cumple se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de licion á licion, la ocupaban los estudiantes no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y asi ordenaron á mis amos que no me llevasen mas al estudio: obedecieron, volviéronme á casa, y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me habia hecho, de que de dia y de noche anduviese

suelto, volví á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla, que detrás de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipion, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuacion dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera, y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla mas viviendo. Digo en fin, que volví á mi racion perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me diezmaban dos gatos romanos, que como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caia debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipion hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco, porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no seria mi historia cabal ni de fruto alguno.

Cip. Advierte, Berganza, no sea tentacion del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprension, y el descubrir los defentos agenos buen celo, y no hay vida de ningun murmurante, que si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias; y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

Berg. Seguro puedes estar, Cipion, de que mas murmure, porque asi lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, di en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fuí con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo mas mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo.

Cip. Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.

Berg. Deseo podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

Cip. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les escusa el ser latinos, de ser asnos.

Berg. Pues ¿quién lo duda? La razon está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latin, como lengua materna suya, algun majadero habria entre ellos, á quien no escusaria el hablar latin dejar de ser necio.

Cip. Para saber callar en romance y hablar en latin, discrecion es menester, hermano Berganza.

Berg. Asi es, porque tambien se puede decir una necedad en latin como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces.

Cip. Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

Berg. Ya las he dicho: estas son que acabo de decir.

Cip. ¿Cuáles?

Berg. Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

Cip. ¿Al murmurar llamas filosofar? asi va ello: canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.

Berg. ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

Cip. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, segun la vas añadiendo colas.

Berg. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

Cip. Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres: las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

Berg. Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia: mira, Cipion, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se

esconda en los últimos rincones de la tierra: dígolo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormia en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detrás de la cual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habrian hurtado ó contrahecho las llaves; y asi las mas de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba: algunos dias me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gajes y comia su pan, como lo deben hacer no solo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

Cip. Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas soga, por no decir cola, de tu historia.

Berg. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo que es; solo me doy á entender que es cosa buena.

Cip. Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son: *filos* y *sofia*: *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia: asi que *filosofía* significa amor de la ciencia, y filósofo, amor de la ciencia.

Berg. Mucho sabes, Cipion, ¿quién diablos te enseñó á tí nombres griegos?

Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien hay quien presuma saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Coronadas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fue el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que dije no fue poner ley, sino prometer que me morderia la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que asi sea; ahora promete uno de enmendarse de sus vicios y de allí á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion.

Cip. Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

Berg. No sé lo que entonces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y mas estando temeroso, que al salir del sol nos hemos de quedar á escuras, faltándonos la habla.

Cip. Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y asi por larga que sea, la acabarás presto.

Berg. Digo pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba: mucho pueden las dádivas, Cipion.

Cip. Mucho: no te diviertas, pasa adelante.

Berg. Acuérdome que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia: *habet bovem in lingua*.

Cip. ¡Oh! que en hora mala habeis encajado vuestro latin. ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco há dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances?

Berg. Este latin viene aquí de molde: que has de saber que los atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algun juez dejaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia por estar cohechado, decian: éste tiene el buey en la lengua.

Cip. La aplicacion falta.

Berg. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

Cip. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil ejemplos, probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

Berg. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intencion rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual bajando una noche muy escura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fue bastante á tenerla de veras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado

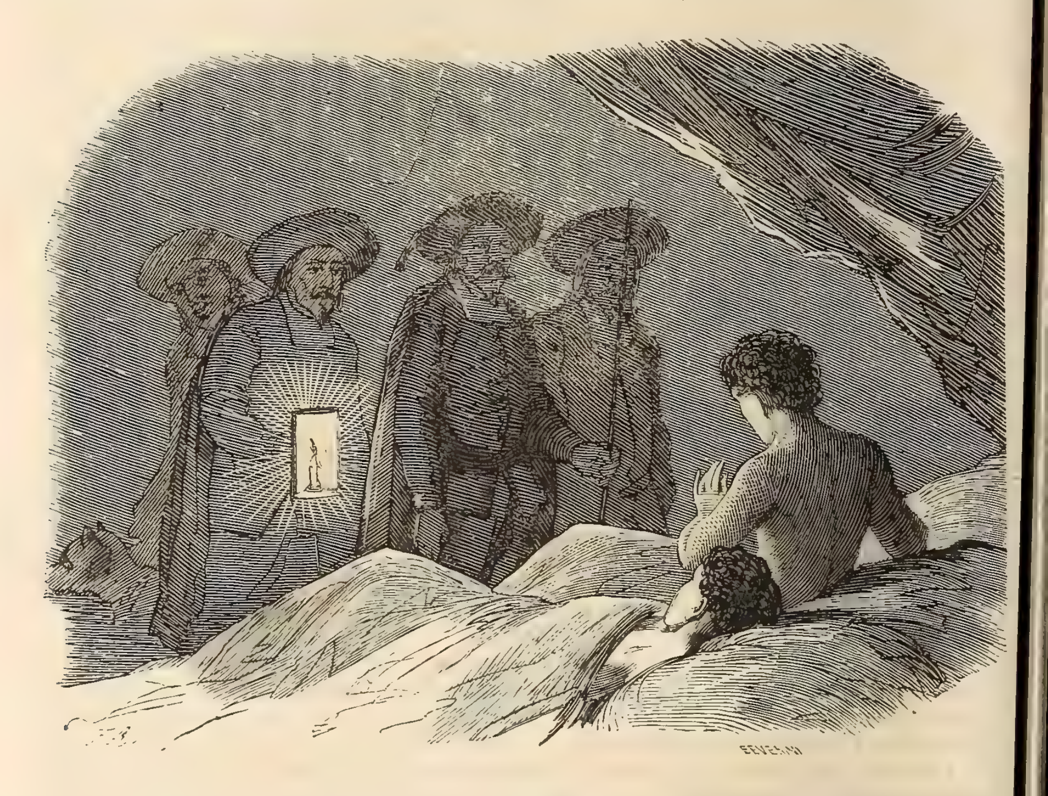


como manta: nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud: alzóseme con la racion y los huesos, y los mios poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, vi que era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos; halléme un dia suelto, y sin decir adios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre: tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fue de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos seria de provecho: quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme, que yo me iria, porque le conocia. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de laton morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me vi estudiante, y hoy me ves corchete.

Cip. Asi va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete: no puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fue tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos: ¡con qué maldiciones la maldicen! ¡con cuántos improperios la deshonran! y no por mas de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

Berg. Tienes razon; y has de saber que este alguacil tenia amistad con un escribano con quien se acompañaba: estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco mas ó menos, sino de menos en todo: verdad es que tenian algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca: estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrian la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre; andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando breton con quien no embistiesen: y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendian por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimian la vejacion con dineros.

Sucedió pues que la Colindres, que asi se llamaba la amiga del alguacil, pescó un breton, unto y bisunto: concertó con él cena y noche en su posada; dió el canuto á su amigo, y apenas se habian desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáron-



se los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el breton, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á solo cien reales. Pidió el breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los pies de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podian parecer; porque asi como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubríle con el olfato, y halléle en una faltriquera de los follados: digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamon á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el breton daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta *escuti* de oro *in oro*: imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habian robado: el alguacil pensó lo mismo: llamóles aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde habia dejado los follados para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero: no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó se los habia llevado. Como el alguacil vió que el breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el breton no tenia: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho: mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentia en su casa hombres y mujeres de mal vivir.

Aquí fue ello: aquí si que fue cuando se aumentaron las voces y creció la confusion, porque

dijo la huéspeda; Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura: no conmigo dijes ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios: si no, por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare mas, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria,* con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras: el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi órden entren mujeres con los huéspedes; ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de haber oido la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leia la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenian de quién sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazon y injusticia que la hacian, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El breton bramaba por sus cincuenta *escuti.* Los corchetes porfiaban que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta *escuti,* por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian.

Ella decia que el breton estaba borracho, y que debia mentir en lo del dinero. En efeto, todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quién era la ninfa Colindres, que estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamás habia entrado en su casa mujer de mala sospecha: canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor teniente, diciéndole que por ella echaria de ver, que mujer de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder mas, que Dios sabia lo que le pesaba, y si quisiera ella mas tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio.

El teniente enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huéspeda, y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y diréte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais, que habeis de venir á la cárcel: la cual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso, el teniente demasiadamente severo, los llevó á todos á la cárcel: conviene á saber, al breton, á la Colindres y á la huéspeda. Despues supe que el breton perdió sus cincuenta *escuti,* y mas dicen, que le condenaron en las costas: la huéspeda pagó otrotanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo dia que la soltaron, pescó á un marinero que pagó por el breton con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipion, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

Berg. Pues escucha, que aun mas adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos: sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero: sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan mas de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas agenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para hazme la barba, y hacerte hé el copete, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes: muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los estranjeros, y hallándolas un pelo mas de la marca; destruyen á sus dueños: sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

Berg. Mas alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: presumia de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa: un dia acometió en la puerta de Jerez él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que asi me traia de dia, y de noche me le quitaba): quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su denuedo: asi se entraba y salia por las seis espadas de los rufos, como si fuesen varas de mimbre: era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometia, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinion y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay mas de cien

pasos: dejólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruicion de la Sauceda. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del dia; y la noche nos halló en Triana, en una calle junto al molino de la pólvora, y habiendo mi amo avizorado (como en la jácara se dice) si alguien le veia, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y uno, que debia de ser el huésped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía: apenas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fueron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razon á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas.

Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos los vocablos tan exquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, seria meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente, vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo habia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que habia costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos: y fue su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y flamante habia llegado á la ciudad: debia de ser mas valiente que ellos, y de envidia le soplaron: prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo ví en su talle que no se dejara prender tan á mansalva.

Con esta prision, que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo mas que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno: trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una peticion que Pedro de Losada le debia cuatrocientos reales prestados, como parecia por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacia presentacion. Mandó el teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la ejecucion el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase: valia el caballo tanto y medio mas de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercaduría. Cobró el un ladron la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fue peor que el Seyano lo fue para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de allí á dos dias, despues de haber trastejado mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, mas hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta: diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo: ¡Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que há pocos dias que me le hurtaron en Antequera! Todos los que venian con él, que eran cuatro criados, dijeron que asi era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habian hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fue desposeido del caballo.

Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervencion de la misma justicia vendieron lo que habian hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco: y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo asistente, por haberle dado noticia que hácia los barrios de San Julian andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: Al ladron, Gavilan, ea, Gavilan hijo, al ladron. Yo, á quien ya tenian cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor asistente me mandaba sin

discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, dí con él en el suelo, y si no me lo quitaran, yo hiciera á mas de cuatro vengados; quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran si el asistente no les dijera: No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo, sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé allí una compañía de soldados, que segun oí decir se iban á embarcar á Cartagena: estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que habia sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los mas atambores: conociéronme todos, y todos me hablaron, y asi me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que mas aficion me mostró fue el atambor, y asi determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flandes: porque me parece á mí, y aun á tí te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refran: Quien necio es en su villa, necio es en Castilla, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

Cip. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego, llamado Ulises, le dieron renombre de prudente, por solo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes y varias naciones: y asi alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el atambor, por tener con que mostrar mas sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al son del atambor, y hacer otras monerías tan agenas de poder aprenderlas otro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga: por acabarse el distrito de la comision, se marchaba poco á poco: no habia comisario que nos limitase: el capitan era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano: el alférez no habia muchos meses que habia dejado la córte y el tinelo: el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las mas cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en menos de quince dias, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido por patron, supe saltar por el rey de Francia, y no saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar á la redonda como mula de tahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algun demonio en figura de perro el que las hacia: púsome



nombre el perro sabio, y no habíamos llegado al alojamiento, cuando tocando su atambor andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho ó á cuatro maravedís, segun era el pueblo grande ó chico.

Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los

rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasion para ello; que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos: por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia; y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios, sale la corriente de sus borracheras: toda esta gente vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.

Cip. No mas, Berganza, no volvamos á lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querria que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

Berg. Ténte, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabia imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamacil, y una silla pequeña que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponia; y el dia que habia de correrla pregonaba que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hacia otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacia, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos pues por nuestras jornadas contadas á Montilla, villa del famoso y gran cristiano marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla.

Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital: echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se habia adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo, viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel dia chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta, era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo que parecia de cuba: conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenia, era señal del salto, y cuando la tenia alta, de que me estuviese quedo. El primero conjuro de este dia (memorable entre todos los de mi vida) fue decirme: Ea, Gavilan amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y si no quieres, salta por la pompa y aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega que servia en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilan? pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿por qué no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad-Real, San Martin y Ribadavia. Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo: No piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilan: quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas: sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese una azumbre de vino sin dejar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristan: todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los dos dias que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso. Con esto suspendió al auditorio, que habia llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabia.

Volvióse á mí mi amo, y dijo: Volved, hijo Gavilan, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apenas hubo dicho esto, cuanda alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de mas de sesenta años, diciendo: Bellaco, charlatan, embaidor y hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna: si lo decís por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe: si lo decís por mí, chocarrero, ni soy ni he sido hechicera en mi vida, y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos y á la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado; ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, ó otros que como pecadora he cometido: asi que, socarron tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada, que os haga salir mas que de paso; y con esto comenzó á dar tantos gritos, y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusion y sobresalto: finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningun modo.

No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuese la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: ¿Eres tú, hijo, Montiel? ¿eres tú, por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio: lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

Cip. Bien hiciste, porque no es regalo sino tormento, el besar ni dejar besarse de una vieja.

Berg. Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y asi escusáramos la admiracion que nos causó el vernos con habla; porque has de saber que la vieja me dijo: Hijo Montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo cual

ella se acabó de enterar de que yo era el perro Montiel que buscaba, segun despues me lo dijo.

Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja; y como habia oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era escuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba: atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo, fue: Bien esperaba yo en el cielo, que antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño te habia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lléveme desta cansada vida: has de saber, hijo, que en esta villa vivió la mas famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla: fue tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oido decir que están las historias llenas, no la igualaron: ella congelaba las nubes cuando queria, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba, volvia sereno el mas turbado cielo: traia los hombres en un instante de lejas tierras: remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido en guardar su entereza: cubria á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas: descasaba las casadas, y casaba las que ella queria: por diciembre traia rosas frescas en su jardin, y por enero segaba trigo; esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo menos que ella hacia, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pedian que mostrase: tuvo fama que convertia los hombres en animales, y que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertian los hombres en bestias, dicen los que mas saben, que no era otra cosa sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraian los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviéndose dellos en todo cuanto querian, que parecian bestias; pero en tí, hijo mio, la esperiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra.

Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que antes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que despues de la Camacha, fue famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo menos de tan buenos deseos como cualquiera dellas: verdad es, que al ánimo que tu madre tenia de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legion de demonios, no le hacia ventaja la misma Camacha: yo fuí siempre algo medrosilla; con conjurar media legion me contentaba; pero con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas: que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería en que estaba engolfada muchos años habia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar: tu madre hizo lo mismo: de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recebió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y asi como los vió, dijo: Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiela, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que ésta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio: no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodriguez el ganapan, tu amigo, dias há que no tratas con otro; asi que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene.

Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros: yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la cual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su ser cuando menos lo pensasen; mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera,
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacello.

Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho: tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mia para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno

de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros; y esta tarde, como te ví hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creido que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en el *Asno de oro*, que consistia en solo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones agenas y no en tu diligencia.

Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazon, y espera á que estas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente: que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os vereis como deseais: de lo que á mí me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo: muchas veces he querido preguntar á mi cabron qué fin tendrá vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos: asi que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo porvenir ciertamente, sino por congeturas: con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar: vamos á verle muy lejos de aquí, á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos dá de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas segun son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender



tus castas orejas: hay opinion que no vamos á estos convites sino con la fantasía; en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que despues contamos que nos han sucedido: otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente: algunas esperiencias de esto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo: quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: héme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos; rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto; váme mejor con ser hipócrita, que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando, en la memoria de los que me conocen, las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño á ningun tercero, sino al que la usa.

Mira, hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo cuanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres: bruja soy, no te lo niego, bruja y hechicera fue tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo: tres dias antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran gira; y con todo eso, cuando murió fue con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visajes que hizo un cuarto de hora antes que rindiese el alma, no parecia sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores: llevaba atravesados en el corazon sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas: yo le cerré los ojos, y fuí con ella hasta la sepultura: allí la dejé para no verla mas, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimenterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa destas que la vieja me decia en alabanza de la que decia

ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazon, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dejé de hacer, fue porque no le tomase la muerte en tan mal estado.

Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decia, y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intencion como si se lo hubiera preguntado, pues dijo: Este ungüento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo frios, y no es, como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras tambien preguntarme qué gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa; á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran: que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar; y lo que mas le importa es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado; y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permision yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podia, porque Dios no queria; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caidas; en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente: y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos.

Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intencion, en la palabra y en la obra: todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que ¿quién me hizo á mí teóloga? y aun quizá entre tí: ¡cuerpo de tal con la puta vieja! ¿por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está mas pronto á perdonar pecados, que á permitirlos? A esto te respondo, como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frio que pone el alma tal, que la resfria y entorpece aun en la fé, de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y en efeto, como es pecado de la carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y asi quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideracion siquiera á tener algun buen pensamiento; y asi dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando por sola su misericordia, para que se levante: yo tengo una destas almas que te he pintado, todo lo veo y todo lo entiendo; y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala.

Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo, que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces, acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y asi la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas: verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oido el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados: hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco: y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero; asi que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece: ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son menos: el buen dia meterle en casa, pues mientras se rie no se llora: quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario.

Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo mas

estrecho: seguíla, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que habia oido y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincon una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los pies á la cabeza, que tenia sin toca: antes que se acabase de untar me dijo, que ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabria las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele bajando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta: llegué mi boca á la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipion amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de mas de siete pies; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubria las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos: las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos: finalmente, toda era flaca y endemoniada.

Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma: quise morderla por ver si volvia en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero con todo eso, la así de un carcaño, y la saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí con mirar el cielo y verme en parte ancha se me quitó el temor, á lo menos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo: ¿quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el dia, que nos halló á los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian: Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad cuán disfigurada y flaca la tenia la penitencia: otros mas considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenia, y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada de puro buena: otros hubo que dijeron: Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora entre los que la conocemos, mas fama tiene de bruja que de santa: curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del dia, y como se sintió acribada de los alfileres y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo habia sido el autor de su deshonra; y asi arremetió á mí y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso, y ¿es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á tí?

Yo que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudíme, y asiéndola de las luengas faldas de su vientre, la zamarrée y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyeron los mas que yo debia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñia, yo apretaba los dientes, crecia la confusion, y mi amo, que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio: otros, que no sabian de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos: escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle; y en pocos mas salí de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo: Apártense, que rabia el perro sabio. Otros decian: No rabia, sino que es demonio en figura de perro.

Con este molimiento á campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, asi por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño: dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desparecido como demonio: en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de gitanos, que estaba en un campo junto á Granada: allí me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intencion, á lo que despues entendí, de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

Cip. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza, grandísimo disparate seria creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristan en

forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió : todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algun entendimiento y razon, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que éste es caso portentoso y jamás visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver mas claro? Considera en qué vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistia nuestra restauracion, y aquellas que á tí te deben parecer profecías no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza; y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejanza, y asi, decir:

Volverán en su forma verdadera,
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacello.

Tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma, cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los pies de la desgracia y tenidos en poco de aquellos que mas los estimaban: y asimismo cuando viéremos que otros que no há dos horas que no tenian deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados: y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso, por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves: asi que, la Camacha fue burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa y bellaca, con perdon sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo pues que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pie, y vuelven á alzar los caidos y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

Berg. Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres mas discreto de lo que pensaba; y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la escelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y asi no te canse el oirme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

Cip. De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches, cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

Berg. La que tuve con los gitanos fue considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan asi gitanas como gitanos desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar: ¿ves la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su rey, á uno que llaman conde, el cual y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana muy hermosaa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacia gitano y la tomaba por mujer: hízolo asi el paje, y agradó tanto á los demás gitanos, que le alzaron por señor, y le dieron la obediencia; y como en señal de vasallaje le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia.

Ocúpanse por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y asi los verás siempre traer á vender por las calles, tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles, todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz y lavan las criaturas con agua fria en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y asi verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores; cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros: ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generacion: cuando piden limosna, mas la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones, y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana al pie del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias: son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar:

confieren sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos; y asi un dia contó un gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un dia habia hecho á un labrador: y fue que el gitano tenia un asno rabon, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecia ser suya natural: sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como



el que llevaba, que se le venderia por mas buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraria, y que en tanto que volviese llevaria el comprado á su posada.

Fuese el labrador, siguióle el gitano, y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada; mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle antes que hubiese echado menos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo: fuésele á pagar á la posada, donde halló menos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le habia hurtado, y no queria pagarle: acudió el gitano por testigos, y trujo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el gitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendia. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas veras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos ó los mas de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que mas se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llevar á Murcia: pasé por Granada, donde ya estaba el capitan, cuyo atambor era mi amo: como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del meson donde vivian: oíles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban, y asi determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada, dí en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querria para mas de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de menos trabajo que el de guardar ganado; y como no habia allí altercar sobre tanto mas cuanto al salario, fue cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir.

Estuve con él mas de un mes, no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipion amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efeto habré de decir algo, y asi oye en general lo que yo ví y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpétua y á escuridad eterna: de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España: ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas: todo lo llegan, todo lo es-

conden y todo lo tragan: considérese que ellos son muchos y que cada dia ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la esperiencia lo muestra: entre ellos no hay castidad ni entran en religion ellos ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generacion; no los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos á pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden se hacen ricos; no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos: de los doce hijos de Jacob que he oido decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moysen de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mujeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que sin comparacion son en mayor número.

Cip. Buscado se há remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé que son mas y mayores los que callas, que los que cuenta, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestras república, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida: dí adelante.

Berg. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, comun sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecia sentado al pie de un granado, de muchos que en la huerta habia, un mancebo al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida: ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente, y se mordia las uñas, estando mirando al cielo: y otras veces se ponia tan imaginativo, que no movia pie ni mano, ni aun las pestañas: tal era su embelesamiento.

Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver: oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo: Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida; y escribiendo á priesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento: todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta: hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre: echéme á sus pies, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que habia pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galan y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leia: llegó donde estaba el primero, y díjole: ¿Habeis acabado la primera jornada? Ahora le dí fin, respondió el poeta, lo mas gallardamente que imaginarse puede. ¿De qué manera? preguntó el segundo. Desta, respondió el primero. Sale su Santidad el papa vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y asi en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado, y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y asi hacen á cada paso mil impertinencias y disparates: yo no he podido errar en esto, porque he leido todo el ceremonial romano por solo acertar en estos vestidos. ¿Pues de dónde quereis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales? Pues si me quita uno tan solo, respondió el poeta, asi le daré yo mi comedia, como volar: ¡cuerpo de tal! ¿esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un sumo pontífice con doce graves cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: ¡vive el cielo que sea uno de los mayores y mas altos espectáculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja*!

Aquí acabé de entender que el uno era poeta, y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no queria imposibilitar al autor el hacer la comedia. A lo que dijo el poeta, que le agradeciesen que no habia puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Riyóse el recitante, y dejóle en su ocupacion, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, despues de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban: sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fue posible moverlos de su terquedad: todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó diciendo: To to, toma, que buen provecho te hagan. Mirad, dije entre mí, que néctar ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo: en fin, por la mayor parte grande es la miseria de los poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba.

En tanto que duró la composicion de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mi me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y él con un cangilon satisfacíamos la sed, como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí hambre tanto, que determiné dejar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar en la ciudad vi que salia del famoso monasterio de San Gerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fuí á



él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado: luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan mas tiernos de los que solia llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos, merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y asi no estoy bien con aquel refran, que dice: Mas da el duro que el desnudo, como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, cuando mas no tiene.

De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor sino representante, el mas gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo que servíamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la habia compuesto el mismo Satanás para total ruina y perdicion del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le habia dejado; y no era mucho, si el alma présaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fue volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el poeta mohino, el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando dijo: No es bien echar las margaritas á los puercos, y sin decir mas palabra, se fué con mucho sosiego: yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en menos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas: pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian, de modo que como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño.

¡Oh Cipion, quién te pudiera contar lo que vi en ésta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! mas por no ser posible reducirlo á narracion sucinta y breve, lo habré de dejar para otro dia, si es que ha de haber otro dia en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿ves mis muchos y diversos sucesos? ¿consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido? pues todo lo que has oido es nada comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oido, otras

para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y de transformacion.

Cip. Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubria para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular, y para sosiego no sobresaltado.

Berg. Sea asi, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremes me dieron una herida, que me llevó casi al fin de la vida: no pude vengarme por estar enfrenado entonces, y despues á sangre fria no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo: cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veia en él cosas que juntamente pedian enmienda y castigo, y como á mí estaba mas el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y asi me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque mas vale tarde que nunca. Digo pues que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero, y me trujo á este hospital: lo que en él me ha sucedido no es tan poco, que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo á este hospital y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas: perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilacion, y viene aquí de molde.

Cip. Sí perdono: concluye presto, que á lo que creo, no debe estar muy lejos el dia.

Berg. Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.

Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

Berg. Digo pues que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna; y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. ¿Cómo, y no será razon que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga á luz la obra que despues de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupacion y doce de pasante: grande en el sugeto, admirable y nueva en la invencion, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la division, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heróico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto no hallo un príncipe á quien dirigirle? ¡Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo! ¡Misera edad y depravado siglo nuestro! ¿De qué trata el libro? preguntó el alquimista. Respondió el poeta: Trata de lo que dejó de escribir el arzobispo Turpin del rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Grial, y todo en verso heróico, parte en octava y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno.

A mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y asi no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento ó un príncipe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con mas riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos. ¿Ha hecho vuesa merced, dijo á esta sazon el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras.

Bien han exagerado vuesas mercedes sus desgracias, dijo á esta sazon el matemático; pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ¿qué diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años há que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me halló tan lejos dél, que me admiro: lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera; y asi es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre; y propincuo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lejos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sísifo.

Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió diciendo: Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su magestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que éste tambien ha

de parar en el carnero: mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es éste. Hase de pedir en Córtes que todos los vasallos de su magestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su magestad sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, mas viejos ó mas muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que sea no mas de un real, que no puede ser menos, aunque coma alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que seria barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados? Y esto antes seria provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agradarian al cielo y servirian á su rey, y tal podria ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podríase coger por parroquias sin costa de comisarios, que destruyen la república. Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oido, y de ver que por la mayor parte los de semejantes humores venian á morir en los hospitales.

Cip. Tienes razon, Berganza: mira si te queda mas que decir.

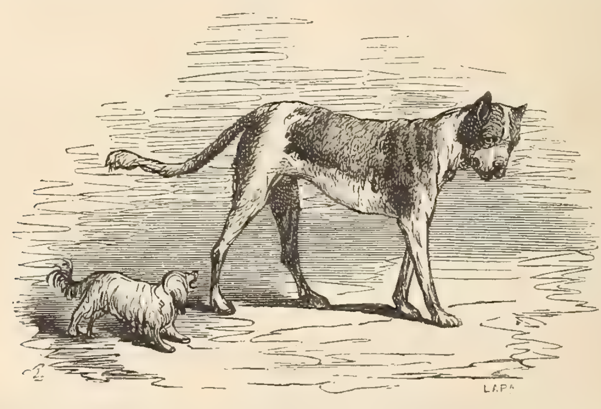
Berg. Dos cosas no mas, con que daré fin á mi plática, que ya me parece que viene el dia. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallamósle solo, y parecióme á mí tomar ocasion de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que habia oido decir á un viejo enfermo deste hospital acerca de cómo se podia remediar la perdicion tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales; de los perdidos que las siguen, plaga intolerable y que pedia presto y eficaz remedio: digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el corregidor, dió voces á sus criados que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. ¿Y quéjaste deso, Berganza?

Berg. Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecia tal castigo mi buena intencion?

Cip. Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningun caso le toca: y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fue admitido, ni el pobre humilde ha de tener presuncion de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y la tratan con menosprecio.

Berg. Tienes razon, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenia en los brazos una perrita



destas que llaman de falda, tan pequeña que se pudiera esconder en el seno, la cual cuando me vió, saltó de los brazos de su señora, y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen mas que ellos.

Cip. Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte ó otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque en efecto no son de mas quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es una, y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado no ha menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen; bien es verdad que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mia para contarte mi vida.

Berg. Sea asi, y mira que acudas á este mismo puesto, que yo fío en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo. El acabar el coloquio el licenciado, y el despertar el alférez, fue todo á un tiempo, y el licenciado dijo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo. Con ese parecer, respondió el alférez, me animaré y dispondré á escribille, sin ponerme mas en disputas con vuesa merced, si hablaron los perros ó no. A lo que dijo el licenciado: Señor alférez, no volvamos mas á esa disputa; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invencion, y basta: vámonos al Espolon á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos en buen hora, dijo el alférez, y con esto se fueron.

FIN DEL COLOQUIO DE LOS PERROS.



LA TIA FINGIDA.

Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes, manchegos y mancebos, mas amigos del baldeo y rodancho (1) que de Bartolo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de carne (2) una celosía, y pareciéndoles novedad, porque la gente de tal casa si no se descubria y apregonaba no se vendia, queriéndose informar del caso, deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio, el cual les dijo: Señores, habrá ocho dias que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha austeridad: tiene consigo una doncella de extremado parecer y brio, que dicen ser su sobrina: sale con un escudero y dos dueñas; y segun he juzgado, es gente granada y de gran recogimiento. Hasta ahora no he visto entrar persona alguna de la ciudad ni de fuera á visitallas, ni sabré decir de dónde vinieron á Salamanca; mas lo que sé es que la moza es hermosa y honesta al parecer, y que el fausto y la autoridad de la tia no es de gente pobre.

La relacion que dió el vecino oficial á los estudianies les puso codicia de dar cima á aquella aventura; porque siendo pláticos en la ciudad, y deshollinadores de cuantas ventanas tenian albahacas con tocas, en toda ella no sabian que tal tia y sobrina hubiese, que hospedaran cursantes en su universidad, principalmente que viniesen á vivir á semejante calle, en la cual, por ser de tan buen peaje, siempre se habia vendido tinta aunque no de la fina; que hay casas, asi en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas, ó por otro nombre trabajadoras ó enamoradas.

Eran ya casi las doce del dia, y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo que coligieron, ó que no comian en ella sus moradoras, ó que vendrian con brevedad; y no les salió vana su presun-



cion, porque á poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, mas largas que sobrepelliz de canónigo portugués, plegadas sobre la frente con su ventosa, y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras, tan grandes como las de Santinuuo, que á la cintura le llegaba: manto de seda y lana, guantes blancos y nuevos sin vuelta, y un báculo ó junco de las Indias, con su remate de plata. De la mano izquierda la traia un escudero de los del tiempo de Fernan Gonzalez, con su sayo de velludo, ya sin vello, su martingala de escarlata, sus borceguíes bejeranos, capa de fajas, gorra de Milan, con su bonete de aguja, porque era enfermo de vaguidos; y sus guantes peludos, con su talí y espada navarrisca. Delante venía su sobrina, moza al parecer de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, mas aguileño que redondo, los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas, y encarnada la color del

(1) Florete y broquel.
(2) Donde solian vivir las mujeres públicas.

rostro: los cabellos rubios y crespos por artificio, segun se descubrian por las sienes; saya de burriel fino, ropa justa de contray ó frisado, los chapines de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar. El ademan era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecia muy bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condicion é inclinacion de los dos manchegos era la misma que la de los cuervos nuevos, que á cualquier carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron á ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza; que esta prerogativa tiene la hermosura, aunque sea cubierta de sayal. Venian detrás dos dueñas de honor, vestidas á la traza del escudero. Con todo este estruendo llegó la buena señora á su casa, y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella: bien es verdad que al entrar, los estudiantes derribaron sus bonetes, con estraordinario modo de crianza y respeto mezclado de aficion, plegando sus rodillas é inclinando sus ojos, como si fueran los mas benditos y corteses hombres del mundo. Atracáronse las señoras: quedáronse los señores en la calle, pensativos y medio enamorados, dando y tomando brevemente en lo que hacer debian, creyendo sin duda que pues aquella gente era forastera, no habria venido á Salamanca á aprender leyes sino á quebrantarlas. Acordáronse pues en darle una música la noche siguiente; que este es el primer servicio que á sus damas hacen los estudiantes pobres. Fuéronse luego á dar finiquito á su pobreza, que era una tenue porcion, y comidos que fueron, convocaron á sus amigos, juntaron guitarras é instrumentos, previnieron músicos, y fuéronse á un poeta de los que sobran en aquella ciudad, al cual rogaron que sobre el nombre de Esperanza, que asi se llamaba la de sus vidas, pues ya por tal la tenian, fuese servido de componerles alguna letra para cantar aquella noche; mas que en todo caso incluyese en la composicion el nombre de Esperanza. Encargóse deste cuidado el poeta, y en poco rato, mordiéndose los labios y las uñas, y rascándose las sienes y la frente, forjó un soneto, como le pudiera hacer un cardador ó peraile. Diósele á los amantes; contentóles, y acordaron que el mismo autor se le fuese diciendo á los músicos, porque no habia lugar de tomallo de memoria.

Llegóse en esto la noche; y en la hora acomodada para la solemne fiesta juntáronse nueve matantes de la Mancha y cuatro músicos de voz y guitarra, un salterio, una arpa, una bandurria, doce cencerros y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas, todo repartido entre una tropa de paniaguados, ó por mejor decir, de panivinajes. Con toda esta procesion y estruendo llegaron á la calle y casa de la señora, y en entrando por ella sonaron los crueles cencerros con tal ruido, que puesto que la noche habia ya pasado el filo, y todos los vecinos y moradores estaban de dos dormidas, como gusano de seda, no les fue posible dormir mas sueño, ni quedó persona en toda la vecindad que no despertase y á las ventanas se pusiese. Sonó luego la gaita zamorana las gambetas, y acabó con el esturdion, ya debajo de las ventanas de la dama. Luego al son de la arpa, dictándolo el poeta su artífice, cantó el soneto un músico de los que no se hacen de rogar, en voz acordada y suave, el cual decia desta manera:

En esta calle yace mi Esperanza,
A quien yo con el alma y cuerpo adoro,
Esperanza de vida y de tesoro,
Pues no le tiene aquel que no la alcanza.
Si yo la alcanzo, tal será mi andanza
Que no invidie al francés, al indio, al moro:
Por tanto tu favor gallardo imploro,
Cupido, dios de toda dulce holganza:
Que aunque es esta Esperanza tan pequeña,
Que apenas tiene años diez y nueve,
Será quien la alcanzare un gran gigante.
Crezca el incendio, añádase la leña,
¡Oh Esperanza gentil! y quien se atreve
A no ser en servicios vigilante.

Apenas se habia acabado de cantar este descomulgado soneto, cuando un bellacon de los circunstantes, graduado *in utroque*, dijo á otro que al lado tenia, con voz levantada y sonora: ¡Voto á tal, que no he oido mejor estrambote en los dias de mi vida! ¡Ha visto usted aquel concordar de versos, aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquella invocacion de Cupido, y aquel *gallardo* tan bien encajado, y los años de la niña tan bien engeridos con aquella comparacion tan bien contrapuesta y traida de *pequeña á gigante*! ¡Pues ya la maldicion ó imprecacion me digan, con aquel admirable y sonoro vocablo de *leña*! ¡Juro á tal, que si conociera al poeta que tal soneto compuso, que le habia de enviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta mañana el recuerdo de mi tierra! Por sola la palabra chorizos se persuadieron los oyentes ser el que las alabanzas decia estremeño sin duda, y no se engañaron; porque se supo despues que era de un lugar de Estremadura que está junto á Jaraicejo; y de allí adelante quedó en opinion de todos por hombre docto y versado en el arte poética, solo por haberle oido desmenuzar tan en particular el cantado y descomunal soneto.

A todo lo cual se estaban las ventanas de la casa muy cerradas como su madre las parió, de lo que no poco se desesperaban los dos esperantes manchegos; pero con todo eso, al son de las guitarras segundaron á tres voces con el siguiente romance, asimismo hecho aposta y por la posta para el propósito.

Salid, Esperanza mia,
A favorecer el alma
Que sin vos agonizando
Casi el cuerpo desampara.
Las nubes del temor frio
No cubran vuestra luz clara,
Que es mengua de vuestros soles
No rendir quien los contrasta.
En el mar de mis enojos
Tened tranquilas las aguas,
Si no quereis que el deseo
Dé al través con la esperanza.
Por vos espero la vida
Cuando la muerte me mata,
Y la gloria en el infierno,
Y en el desamor la gracia.

A este punto llegaban los músicos con el romance, cuando sintieron abrir la ventana y ponerse á ella una de las dueñas que aquel dia habian visto, la cual les dijo con una voz afilada y pulida: Señores, mi señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones, suplica á vuesas mercedes la reciba tan señalada, que se vayan á otra parte á dar esa música, por excusar el escándalo y mal ejemplo que se da á la vecindad, respeto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi señora doña Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco, y no le estar bien á su profesion y estado que semejantes cosas se hagan á su puerta y á tales horas, que de otra suerte y por otro estilo y con menos escándalo la podrá recebir de ustedes. A lo cual respondió uno de los dos pretendientes: Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir á mi señora doña Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco, que se ponga en esa ventana, que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio. ¡Huy! ¡huy! dijo la dueña: ¡en eso por cierto está mi señora Doña Esperanza! Sepa, señor mio, que no es de las que piensan; porque es mi señora muy principal, muy honesta, muy recogida, muy discreta, muy leida y muy escribida; y no hará lo que usted la suplica, aunque la cubriese de perlas.

Estando en este deporte y conversacion con la repulgada dueña del *huy* y de las *perlas*, venia por la calle gran tropel de gentes, y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y recogieron en medio del escuadron el bagaje de los músicos; y como llegase la justicia, empezaron á repicar los broqueles y crugir las mallas, á cuyo son no quiso la justicia danzar la danza de las espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla, sino que pasó adelante, por no parecer á sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música, mas uno de los dueños de la máquina no quiso se prosiguiera, si la señora doña Esperanza no se asomase á la ventana, á la cual ni aun la dueña se asomó por mas que la volvieron á llamar; de lo que enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa y quebralle la celosía, y darle una matraca ó cantaleta: condicion propia de mozos en casos semejantes. Mas aunque enojados, volvieron á hacer la refaccion de la música con algunos villancicos; volvió á sonar la gaita y el enfadoso y brutal son de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata.

Casi el alba seria cuando el escuadron se deshizo, mas no el enojo que los manchegos tenian, viendo lo poco que habia aprovechado su música; con el cual se fueron á casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca, y se sientan en cabecera de banco, el cual era mozo, rico, gastádor, músico, enamorado, y sobre todo amigo de valientes, al cual le contaron muy por extenso su suceso sobre la belleza, donaire, brio y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tia, y el poco ó ningun remedio que esperaban para gozarla, pues el de la música, que era el primero y postrer servicio que ellos podian hacerla, no les habia aprovechado ni servido de mas que indignarla, con el disfame de la vecindad. El caballero, pues, que era de los de campo través, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaria para ellos, costase lo que costase; y luego aquel mismo dia envió un recado, tan largo como comedido, á la señora doña Claudia, ofreciendo á su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor. Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinacion y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el paje, diciendo la verdad, le retrató de suerte que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no menos larga y comedida que habia sido la embajada.

Entró la dueña, recebióla el caballero cortesmente, sentóla junto á sí en una silla, y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, porque venia algo fatigadilla del camino; y antes que le dijese palabra del recado que traia, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas della, haciéndola enjugar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola, y mas contenta que si la hubiesen dado una canongía. Propuso luego su embajada con sus torcidos, repulgados y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy forjada mentira, cual fue que su señora doña Esperanza de Torralba, Meneses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió; mas que con todo eso no habria para su merced puerta de su señora cerrada. Respondióla el caballero, que todo cuanto le habia dicho del merecimiento, valor, hermosura, recogimiento y principalidad, por hablar á su modo, de su ama lo creia; pero que aquello del pulcelaje se le hacia algo durillo; por lo cual le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabia, y que la juraba á fe de caballero, que si le desengañaba, le daria un manto de seda de los de cinco en pua. No fue menester con esta promesa dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atezarle los garrotes para que la melindrosa dueña confesase la verdad, la cual era, por el paso en que estaba y por el de la hora de su postrimería, que su señora doña Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco estaba de tres mercados, ó por mejor decir, de tres ventas, añadiendo el cómo y en cuánto, el con quién y en dónde, con otras mil circunstancias, con que quedó don Félix, que asi se llamaba el caballero, satisfecho de todo cuanto saber queria; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, donde queria hablar á solas con la Esperanza, sin que lo supiese la tia. Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos que llevase á sus amas, y dióla en dinero cuanto pudiese costar el negro manto. Tomó la órden que tendria para entrar aquella noche en la casa, con lo cual la dueña se fué loca

de contenta, y él quedó pensando en su idea y aguardando la noche, que le pareció tardaba mil años, segun deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas.

Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue, y hecho un San Jorge, sin amigo ni criado, se fué don Félix donde halló que la dueña le esperaba, y abriendo la puerta, le entró en casa con mucho tino y silencio, y le puso en el aposento de su señora Esperanza, tras las cortinas de su



cama, encargándole no hiciese ningun ruido, porque ya la señora doña Esperanza sabia que estaba allí, y que sin que su tia lo supiese, á persuasion suya queria darle todo contento; y apretándole la mano en señal de palabra de que asi lo haria, se salió la dueña y don Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué habia de parar aquel embuste ó enredo. Serian las nueve de la noche cuando entró á esconderse don Félix, y en una sala conjunta á este aposento estaba la tia sentada en una silla baja de espaldas, la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre. La casa puesta ya en silencio, el escudero acostado, la otra dueña retirada y dormida, sola la sabedora del negocio estaba en pie y solicitando que su señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el reloj habia dado eran las diez, muy deseosa de que sus conciertos viniesen á efecto, segun su señora la moza y ella lo tenian ordenado, cuales eran: que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello que don Félix diese fuese para ellas solas, sin que tuviese que ver ni haber en ello la vieja, la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiria, que jamás le daba un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester; pensando sisalle este contribuyente, de los muchos que esperaban tener andando el tiempo. Pero aunque sabia la dicha Esperanza que don Félix estaba en casa, no sabia la parte secreta donde estaba escondido. Convidada, pues, del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar á Claudia, y asi en medio tono comenzó á decir á la sobrina en esta guisa.

Muchas veces te he dicho, Esperanza mia, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre, los cuales, si los guardas, como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho cuanto la mesma experiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán á entender. No pienses que estamos en Placencia, de donde eres natural; ni en Zamora, donde comenzaste á saber qué cosa es mundo; ni menos estamos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intrincada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mia, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez ó doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos por la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mesmas condiciones. Porque los vizcainos, aunque son pocos, es gente corta de razones; pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor á mojicones. Hay aquí tambien una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: ténlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas mas, y si mas quieres saber, sábete, hija, que no saben de burlas: porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos ténlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por lo menos, si no dan no piden. Los estremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la al-

quimia, que si llega á plata lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades; porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en laceria. Mira, pues, Esperanza, con qué variedad de gentes has de tratar, y si será necesario, habiéndote de engolfar en un mar de tantos bajíos, que te señale yo y enseñe un norte por donde te guies y rijas, porque no dé al través el navío de nuestra intencion y pretensa, y echemos al agua la mercadería de mi nave, que es tu gentil y gallardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garabato para cuantos dél toman envidia. Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta universidad que sepa tan bien leer en su facultad, como yo sé y puedo enseñarte en esta arte mundanal que profesamos; pues asi por los muchos años que he vivido en ella y por ella, como por las muchas experiencias que he hecho, puedo ser jubilada. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte del todo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso quiero que me estés atenta y me dés grato oido; porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas, pues segun el viento tal es el tiento.

Estaba á todo lo dicho la dicha niña Esperanza bajos los ojos y escarbando el brasero con un cuchillo, inclinada la cabeza, y al parecer muy contenta y obediente á cuanto le iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, le dijo: Alza, niña, la cabeza, y deja de escarbar el fuego; clava y fija en mí los ojos, no te duermas; que para lo que te quiero decir otros cinco sentidos mas de los que tienes debieras tener para aprenderlo y percebirlo. A lo cual replicó Esperanza: Señora tia, no se canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga, que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo volvérmela á quebrar. Mire ahora ¡qué mas tienen los hombres de Salamanca que los de las otras tierras! ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma, con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos mas letras y estudios que los otros? Antes imagino yo que los tales se ciegan y caen mas presto que los otros, porque tienen mas entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay mas que hacer que incitar al tibio, provocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, escribir al ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama? Todas estas cosas, señora tia, ya me las sé yo de coro: tráigame otras nuevas que avisarme y advertirme, y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir y le aseguro, para que dello esté muy cierta y enterada, y es: que no me dejaré mas martirizar de su mano por toda la ganancia que se me pueda ofrecer. Tres flores he dado ya, y otras tantas las há usted vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo por ventura de bronce? ¿No tienen sensibilidad mis carnes? ¿No hay mas sino dar puntadas en ellas como ropa descosida? ¡Por el siglo de mi madre, que no conocí, que no lo tengo mas de consentir! Deje, señora tia, ya rebuscar mi viña: que á veces es mas sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía está determinada que mi jardin se venda por entero y jamás tocado, busque otro modo mas suave de cerradura para su postigo; porque el del sirgo y aguja no hay pensar que llegue mas á mis carnes.

¡Ay boba, boba, replicó la vieja Claudia, y qué poco sabes destos achaques! No hay cosa que se iguale para este menester á la de la aguja y sirgo encarnado; que todo lo demás es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio molido; vale mucho menos la sanguijuela; la mirra no es de algun provecho, ni la cebolla albarrana, ni el papo de palomino, ni otros impertinentes menjurjes que hay, qüe todo es aire: porque no hay rústico ya, que si tantico quiere estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal y mi aguja, y vívame juntamente tu paciencia y buen sufrimiento, y venga á embestirme todo el género humano, que ellos quedarán engañados, tú con honra y yo con hacienda y mas ganancia que la ordinaria. Yo confieso ser asi, señora, lo que dice, replicó Esperanza, pero con todo, estoy resuelta en mi determinacion, aunque se menoscabe mi provecho. Cuanto y mas que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego; que si, como dice, hemos de ir á Sevilla para la venida de la flota, no será razon que se nos pase el tiempo en flores, aguardando á vender la mia cuarta vez, que ya está negra de puro marchita. Váyase á dormir, señora, por mi vida, y piense en esto; y mañana habrá de tomar la resolucion que mejor le pareciere, pues al cabo al cabo, habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y mas que madre.

Aquí llegaban en su plática la tia y la sobrina, la cual plática toda la habia oido don Félix, no poco admirado, cuando, sin ser poderoso para escusarlo, comenzó á estornudar con tanta fuerza y ruido que se pudiera oir en la calle. Al cual se levantó doña Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hu-

bieran dicho, se fué derecha á la cama, y alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada la espada, calado el sombrero, muy aferruzado el semblante y puesto á punto de guerra.

Asi como le vió la vieja comenzó á santiguarse, diciendo: ¡Jesus, válme! ¿Qué gran desventura y desdicha es ésta? ¡Hombres en mi casa, y en tal lugar y á tales horas! ¡Desdichada de mí! ¡Desveturada fuí yo! ¿Qué dirá quien lo supiese? Sosiéguese usted, mi señora doña Claudia, dijo don Félix, que yo no he venido aquí por su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, rico y callado, y sobre todo enamorado de mi señora doña Esperanza; y para alcanzar lo que merecen mis deseos y aficion, he procurado, por cierta negociacion secreta que usted sabrá algun dia, ponerme en este lugar, no con otra intencion sino de ver y gozar desde cerca de la que de lejos me ha hecho quedar sin vida. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y á tiempo somos donde y cuando se me pueda dar: pues ninguna me vendrá de sus manos que yo no estime por muy crecida gloria, ni podrá ser mas rigurosa para mí que la que padezco de mis deseos.

¡Ay sin ventura de mí, volvió á replicar Claudia, y á cuántos peligros estamos espuestas las mujeres que vivimos sin maridos y sin hombres que nos defiendan y amparen! Ahora sí que te echo de menos, malogrado de tí, don Juan de Bracamonte, mal desdichado consorte mio; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusion y afrenta en que me veo. Usted, señor mio, sea servido luego al punto de volverse por donde entró; y si algo quiere en esta casa de mí ó de mi sobrina, desde afuera se podrá negociar con mas despacio, con mas honra y con mas provecho y gusto. Para lo que yo quiero en la casa, replicó don Félix, lo mejor que ello tiene, señora mia, es estar dentro della; que la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, que es el provecho; y por lo que hace al gusto sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras, y que sean verdaderas estas mias, esta cadena de oro doy para fiador dellas; y quitándose una buena cadena de oro del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponia en el suyo.

A este punto, luego que vió tal oferta y tan cumplida parte de paga la dueña del concierto, antes que su ama respondiese ni la tomase, dijo: ¿Hay príncipe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni cajero de mercader, ni perulo, ni aun canónigo, que haga tal generosidad y largueza? Señora doña Claudia, por vida mia, que no se trate mas deste negocio, sino que se le eche tierra y haga luego todo cuanto este señor quisiere. ¿Estás en tu seso, Grijalva, que asi se llamaba la dueña, estás en tu seso, loca, desatinada? dijo doña Claudia. ¿Y la limpieza de Esperanza, su flor cándida, su pureza, su doncellez no tocada, asi la habia yo de aventurar y vender, sin mas ni mas, cebada de esa cadenilla? ¿Estoy yo tan sin juicio que me tengo de encandilar de sus resplandores, ni atar con sus eslabones, ni prender con sus ligamientos? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no será! Usted se vuelva á poner su cadena, señor caballero, y mírenos con mejores ojos; y entienda que, aunque mujeres solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona alguna en el mundo que pueda decir otra cosa; y si contra esta verdad le hubiesen dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al tiempo y la esperiencia doy por testigos. Calle, señora, dijo á esta sazon la Grijalva, que, yo sé poco, ó que me maten si este señor no sabe toda la verdad del hecho de mi señora la moza. ¿Qué ha de saber, desvergonzada, qué ha de saber? replicó Claudia. ¿No sabeis vos la limpieza de mi sobrina? Por cierto bien limpia estoy, dijo entonces Esperanza, que estaba en medio del aposento, medio embobada y suspensa, viendo lo que pasaba sobre su cuerpo; y tan limpia que no há una hora que con todo este frio me vestí una camisa limpia.

Esté usted como estuviere, dijo don Félix, que solo por la muestra del paño que he visto no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza; y porque no se me deje de vender por melindre ó ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oido toda la plática ó sermon que acaba de hacer á la niña, y que quisiera yo ser el primero que esquilmara este majuelo, ó vendimiara esta viña, aunque se añadieran á esta cadena unos zarcillos de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad, y tengo tan buena prenda, ya que no se estima la que doy ni la que tiene mi persona, úsese de mejor término conmigo, que será justo, con protestacion y juramento que por mí nadie sabrá en el mundo el rompimiento desta muralla, sino que yo seré el pregonero de su entereza y bondad. Ea, dijo entonces la Grijalva, buen pro, buen pro le haga, para en uno son, yo los junto y los bendigo; y tomando de la mano de la niña, se la acomodaba á don Félix: de lo cual se encolerizó tanto la vieja, que quitándose un chapin, comenzó á dar á la Grijalva como en real de enemigos; la cual viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia, y no la dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calva mas lucia que la de un fraile, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó la mas fea y abominable catadura del mundo.

Viéndose maltratar asi de su criada, comenzó á dar grandes alaridos y voces, apellidando á la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamento, entró por la sala el corregidor de la ciudad, con mas de veinte personas, entre acompañados y corchetes: el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivian, determinó visitallas aquella noche, y habiendo llamado á la puerta, no le oyeron, como estaban embebecidas en sus pláticas, y los corchetes con dos palancas, de que de noche andan cargados para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y

subieron tan queditos, que no fueron sentidos; y desde el principio de los documentos de la tia, hasta la pendencia de la Grijalva estuvo oyendo el corregidor sin perder un punto; y asi, cuando entró dijo: Descomedida andais con vuestra ama, señora criada. ¡Y como si anda descomedida esta bellaca, señor corregidor, dijo Claudia, pues se ha atrevido á poner las manos do jamás han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó á este mundo!



Bien decís que os arrojó, dijo el corregidor, porque vos no sois sino para arrojada. Cubríos, honrada, y cúbranse todas, y vénganse á la cárcel. ¡A la cárcel, señor! ¿Por qué? dijo Claudia. ¿A las personas de mi calidad y estofa úsase en esta tierra tratallas desta manera? No deis mas voces, señora, que habeis de venir sin duda, mal que os pese, y con vos esta señora colegial trilingüe en el desfrute de su heredad. Que me maten, dijo la Grijalva, si el señor corregidor no lo ha oido todo; que aquello de las tres pringües, por lo de Esperanza lo ha dicho. Llegóse en esto don Félix y habló aparte al corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado, mas no pudieron aprovechar con él los ruegos, ni menos las promesas.

Empero quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al corregidor venian los dos estudiantes manchegos, y se hallaron presentes á toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habian de ir á la cárcel Esperanza, Claudia y la Grijalva, en un instante se concertaron entre sí en lo que habian de hacer; y sin ser sentidos se salieron de la casa, y se pusieron en cierta calle tras canton por donde habian de pasar las presas, con seis amigos de su traza y que luego les deparó su buena ventura, á quienes rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron mas prontos y listos que si fuera para ir á algun solemne banquete.

De allí á poco asomó la justicia con las prisioneras, y antes que llegasen, pusieron mano los estudiantes con tal brío y denuedo, que á poco rato no les esperó porque quedaron en la calle, si bien no pudieron librar mas que á la Esperanza: porque asi como los corchetes vieron trabada la pelea, los que llevaban á Claudia y á la Grijalva se fueron con ellas por otra calle, y las pusieron en la cárcel. El corregidor, corrido y afrentado, se fué á su casa, don Félix á la suya, y los estudiantes á su posada. Y queriendo el que habia quitado á Esperanza á la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, antes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡Oh milagros del amor! ¡Oh fuerzas poderosas del deseo! Digo esto, porque viendo el estudiante de la presa que el otro su compañero con tanto ahinco y veras le prohibia el gozalla, sin hacer otro discurso, y sin mirar cual le estaba lo que queria hacer, dijo: Ahora pues, ya que vos no consentís que yo goce á la que tanto me ha costado, y no quereis que por amiga me entregue en ella, á lo menos no me podreis negar que como á mujer legítima no me la habeis, ni podeis, ni debeis quitar; y volviendo á la moza, á quien de la mano no habia dejado, le dijo: Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos quereis, os la doy como legítimo esposo y marido. La Esperanza, que de mas bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se la ofrecia, dijo que sí y que resí, no una, sino muchas veces, y abrazóle como á su señor y marido.

El compañero, admirado de ver tan extraña resolucion, sin decirles nada se quitó de delante y se fué á su aposento.

El desposado, temoroso de que sus amigos y conocidos le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que aun no estaba hecho con las debidas circunstancias, aquella misma noche se fué al meson donde posaba el arriero de su tierra. Quiso la buena suerte de Esperanza que el tal arriero se partia al otro dia por la mañana, con el cual se fueron; y segun se dijo, llegó á casa de su padre, donde le dió á entender que aquella señora que allí traia era hija de un caballero principal; y que la habia sacado de casa de su padre, dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo, y creyó fácilmente cuanto le decia el hijo; y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por mas que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinacion de su hijo.

No le sucedió asi á Claudia, porque se le averiguó por su misma confesion, que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña á quien habia tomado de la puerta de una iglesia, y que á ella y á otras, que en su poder habia tenido, las habia vendido por doncellas muchas veces

á diferentes personas, y que desto se mantenia y esto tenia por oficio y ejercicio. Averiguósele tambien tener sus puntas de hechicera, por cuyos delitos el corregidor la sentenció á cuatrocientos azotes y á estar en una escalera, con una jaula y coroza en medio de la plaza; que fue el mejor dia que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.



Súpose luego el casamiento del estudiante; y aunque algunos escribieron á su padre la verdad del caso y la calidad de la nuera, ella se habia dado con su astucia y discrecion tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran della, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija: tal fuerza tienen la discrecion y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieron.

FIN DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.



TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Sacan á Periandro de prision; échanle al mar en una balsa; corre tormenta, y es socorrido de un navío.

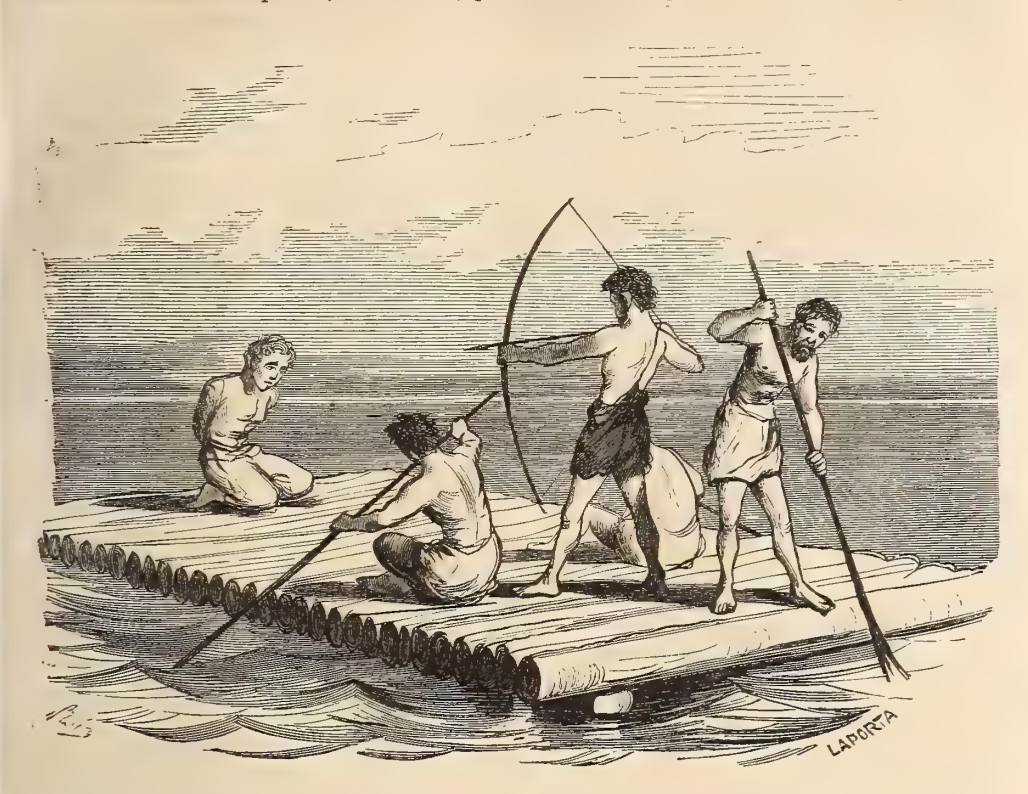
Voces daba el bárbaro Corsicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y lejos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenia encerrada. Haz, oh Cloelia (decia el bárbaro), que asi como está, ligadas las manos atrás, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habrá dos dias que te entregamos; y mira bien si entre las mujeres de la pasada presa háy alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del aire saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros cuatro bárbaros tiraron hácia arriba, en la cual cuerda ligado por debajo de los brazos, sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento.

Lo primero que hicieron los bárbaros fue requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traia ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna; antes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara y no turbada lengua dijo: Gracias os hago, oh inmensos y piadosos cielos, de que me habeis traido á morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos escuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran; bien querria yo no morir desesperado á lo menos, porque soy cristiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerzan á desearlo.

Ninguna destas razones fue entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguaje que el suyo; y asi cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los cuatro llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos, y atados unos con fuertes bejucos y flexibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de bajel en que pasaban á otra isla, que no dos millas ó tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio dellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco, que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le queria pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asieron de tres palos gruesos cortados á manera de remos, y el uno se puso á ser timonero, y los dos á encaminar la balsa á la otra isla.

El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo, no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo; viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y asi arrojó de sí el arco, y llegándose á él, por señas, como mejor pudo, le dió á entender que no queria matarle.

En esto estaban, cuando los maderos llegaron á la mitad del estrecho, que las dos islas formaban, en el cual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una, que seria de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado, tan poco habia



que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle tuviese compasion de su desventura; y sí tuvo, pues las contínuas y furiosas ondas que á cada punto le cubrian no le arrancaron de los leños, y sí le llevaron consigo á su abismo: que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron.

Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navío que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaba: descubrieron asimismo los del navío los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron á verlo; y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron á su navío, dando con el nuevo hallazgo admiracion á cuantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido) y de puro molido y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navío, el capitan del cual con ánimo generoso y compasion natural, mandó que le socorriesen.

Acudieron luego unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el cual poniendo los ojos en el capitan, cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le dijo: Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho; que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa deste beneficio, sino es con el agradecimiento; y si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó á levantarse para ir á besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo: viendo lo cual el capitan, mandó que le llevasen debajo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir.

Hízose lo que el capitan mandó: obedeció callando el mozo, y en el capitan creció la admiracion de nuevo, viéndolo levantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber dél lo mas presto que pudiese, quién era, cómo se llamaba, y de qué causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto; pero excediendo su cortesía á su deseo, quiso que primero se acudiese á su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II.

Dase noticia de quién es el capitan del navío. Cuenta Taurisa á Periandro el robo de Auristela: ofrécese él, para buscarla, á ser vendido á los bárbaros.

Reposando dejaron los ministros de la nave al mancebo en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congojosos suspiros y unas angustiadas lamentaciones que á sus oidos llegaron, á su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamiento, que junto al suyo estaba, y poniéndose con grande atencion á escucharlas, oyó que decian:



¡En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó á la luz del mundo: y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mio, antes se puede decir arrojar que nacer! Libre pensé yo que gozara de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo á pique de ser vendida por esclava: desventura á quien ninguna puede compararse.

Oh tú, quien quiera que seas, dijo á esta sazon el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, cuando se comunican, suelen aliviarse, llégate aquí, y por entre los espacios descubiertos destas tablas cuéntame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien dellos se compadezca. Escucha pues, le respondió, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero á quién las cuento. Díme si eres por ventura un mancebo que poco há hallaron medio muerto en unos maderos, que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla, donde habemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha levantado. El mismo soy, respondió el mancebo. Pues ¿quién eres? preguntó la persona que hablaba. Dijératelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco há te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te diré mis males.

El capitan y señor deste navío se llama Arnaldo, es hijo heredero del rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y extraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por señora, á mi parecer, de tanta hermosura que entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento puede llevar la ventaja. Su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linaje de reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser reina merecian; pero ella se defendia, diciendo no ser posible romper un voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas, ó la amenazasen muertes; pero no por esto ha dejado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mujeres: hasta que sucedió, que andando mi seño-

ra Auristela por la ribera del mar, solazándose, no como esclava, sino como reina, llegaron unos bajeles de cosarios, y la robaron y llevaron no se sabe adónde.

El príncipe Arnaldo, imaginando que estos cosarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, los cuales cosarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas, robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por granjería á vender á esta ínsula, donde dicen que estamos, la cual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadidos, ó ya del demonio, ó ya de un antiguo hechicero á quien ellos tienen por sapientísimo varon, que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo: este rey que esperan no saben quién ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta órden: que sacrificasen todos los hombres que á su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo, de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la ínsula, con expresa órden que el que los pasase sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabian mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser éste el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen ó comprar ó robar, y que la mas hermosa dellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos.

Estas doncellas compradas ó robadas son bien tratadas dellos, que solo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran, son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas destas islas abundan: y á esta causa, llevados de este interés y ganancia, muchos se han hecho cosarios y mercaderes. Arnaldo pues que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podria ser que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la cual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme á mí á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos sirva de espía de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala, y concluir su venta: mira pues si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir á vivir entre bárbaros, que de mí hermosura no me puedo prometer venir á ser reina, especialmente si la corta suerte hubiese traido á esta tierra á mi señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oido, y destos temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñase á Arnaldo, y no admitiese tan grave dádiva como la de un reino: porque á él le parecia, que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la religion. Respondióle que aunque ella imaginaba que el tiempo habia podido dar á Auristela ocasion de querer bien á un tal Periandro, que la habia sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oido nombrar en las contínuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella á aquel Periandro que decia: díjole que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido despues que Periandro por un extraño acontecimiento la habia dejado.

En esto estaban, cuando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias habia contado, la cual oyéndose llamar, dijo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega: adios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad é impertenente profecía; que tambien estos insolentes moradores desta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: trajéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traido de lienzo.

Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistieron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas, ó las amadriades de los montes. En tanto que esto se hacia con admiracion del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponia para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que habia tenido con Taurisa y de lo que Arnaldo le contaba tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podria suceder, si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad que me mueve á servirte; que la vida que me has dado con el recibimiento y mercedes que me has hecho me obligan á emplearla en tu servicio: mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las cuales por ser tantas no conceden ahora lugar para contártelas. Esa Auristela que buscas es una hermana mia, que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos há un año que nos perdimos: por el nombre y por la hermosura que me encareces conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recebir de haberla hallado

que es lo mas que puedo encarecer; y asi como tan interesado en este hallazgo voy escogiendo entre otros muchos medios que en la imaginacion fabrico, éste que aunque venga á ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder vea si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltara modo, ó dará señales si está ó no Auristela con las demás que para el efecto que se sabe los bárbaros guardan, y con tanta solicitud compran.

Asi es la verdad, dijo Arnaldo, y he escogido antes á Taurisa que á otra, de cuatro que van en el navío para el mismo efecto porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo eso está muy bien pensado, dijo Periandro; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos árduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Cuadráronle á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que venia proveido por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda y hermosa mujer que hasta entonces los ojos humanos habian visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navío quedaron admirados, Taurisa atónita, el príncipe confuso, el cual á no pensar que era hermano de Auristela el considerar que era varon le traspasara el alma con la dura lanza de los celos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante: quiero decir, que los celos rompen toda seguridad y recato, aunque dél se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamorfosis de Periandro, se hicieron un poco á la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos.

La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela no consintió en que preguntase primero á Periandro ,quién eran él y su hermana, y por qué trances habian venido al miserable en que le habian venido al miserable en que le habian hallado; que todo esto, segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que dél hacia; pero como es propia condicion de los amantes ocupar los pensamientos antes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues cuando no le estuvo bien el saberlo. Alongados pues un tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la nave con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire y ellas besando las aguas hermosísima vista hacian: el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimías y de otros instrumentos tan bélicos como alegres suspendian los ánimos, y los bárbaros, que de no muy lejos lo miraban, quedaron mas suspensos. y en un momento coronaron la ribera armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho.

Poco menos de una milla llegaba la nave á la isla, cuando disparando toda la artillería, que traia mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra); y lo que en ésta les sucedió se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPITULO III.

Vende Arnaldo á Periandro en la isla bárbara, vestido de mujer.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber primero qué fuese lo que en él venia, y en señal que lo recebirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienzos, y los campearon por el aire, tiraron infinitas flechas al viento, y con increible ligereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la mar baja, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros hasta cantidad de veinte se entraron á pie por la mojada arena, y llegaron á él casi á tocarse con las manos. Traian sobre los hombros á una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, la cual, antes que otro alguno hablase, dijo en lengua polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro príncipe, ó por mejor decir nuestro gobernador, que le digais quién sois, á qué venis, y qué es lo que buscais: si por ventura traeis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada: pero si son otras mercancías las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir á otra parte á buscarlo,

Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle si era bárbara de nacion, ó si acaso era de las compradas en aquella isla. A lo que le respondió: Respóndeme tú á lo que he preguntado; que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo cual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de cosarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la

desta doncella (y señaló á Periandro), la cual por ser una de las mas hermosas, ó por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos á vender, que ya sabemos el efecto para qué las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien podeis esperar desta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los bárbaros, preguntaron á la bárbara les dijese lo que decia: dijólo ella, y al momento se partieron cuatro dellos, y fueron (á lo que pareció) á dar aviso á su gobernador: en este espacio que volvian preguntó Arnaldo á la bárbara si tenian algunas mujeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta que pudiese igualar á la que ellos traian para vender: No, dijo la bárbara, porque aunque hay muchas, ninguna dellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas para ser reina destos bárbaros, que seria la mayor desventura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido á la tierra, y con ellos otros muchos y su príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traia. Habíase echado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atencion le estaban mirando.

Habló el gobernador con la bárbara, de que resultó, que ella dijo á Arnaldo, que su príncipe decia que mandase alzar el velo á su doncella: hízose asi, levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles á una y otra parte, que encontrándose con los del bárbaro capitan, dieron con él en tierra: á lo menos asi lo dió á entender el hincarse de rodillas como se hincó, adorando á su modo en la hermosa imágen que pensaba ser mujer, y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros á la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro, y con luengas sartas de finísimas perlas, que sin cuenta y á monton confuso se las entregaron á Arnaldo, el cual luego tomando de la mano á Periandro, le entregó al bárbaro, y dijo á la intérprete, dijese á su dueño que dentro de pocos dias volveria á venderle otra doncella, sino tan hermosa, á lo menos tal que pudiese merecer ser comprada.

Abrazó Periandro á todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lágrimas, que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él habian pasado; hizo señal Arnaldo á la nave que disparase la artillería, y el bárbaro á los suyos que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería y la música de los bárbaros, y llenaron los aires de confusos y diferentes sones: con este aplauso llevado en hombros de los bárbaros, puso los pies en tierra Periandro: llegó á su nave Arnaldo y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo, que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla, sino lo que bastase para no ser della descubierto, y volver á ella á vender (si fuese necesario) á Taurisa, que con la seña que Periandro le hiciese se sabria el sí ó el nó del hallazgo de Auristela, y en caso que no estuviese en la isla, no faltaria traza para libertar á Periandro, aunque fuese moviendo guerra á los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos.

CAPITULO IV.

Traen á Auristela de la prision en traje de varon, para sacrificarla; muévese guerra entre los bárbaros, y pónese fuego á isla. Lleva un bárbaro español á su cueva á Periandro, Auristela, Cloelia y la intérprete.

Entre los que vinieron á concertar la compra de la doncella, vino con el capitan un bárbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este, pues, desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser mujer, como todos lo creyeron, hizo designio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar á que las leyes del vaticinio se probasen ó cumpliesen.

Asi como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros á porfía le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegría le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleitoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, cuáles domésticos, cuáles selváticos. La bárbara que habia servido de intérprete de la compra y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguaje que él no entendia le consolaba: ordenó luego el gobernador que pasasen á la ínsula de la prision, y trajesen della algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza; fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales, para que de manteles sirviesen, sobre las cuales arrojaron y tendieron sin concierto ni policía alguna de los diversos géneros de frutas secas, y sentándose él y algunos principales bárbaros que allí estaban, comenzó á comer y á convidar por señas á Periandro, que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser mujer: rogóle el gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes dando un gran suspiro, volvió las espaldas, y se salió de la tienda.

En esto llegó un bárbaro, que dijo al capitan, que al tiempo que habian llegado él y otros cuatro para pasar á la prision, llegó á la marina una balsa, la cual traia un varon y á la mujer, guar-

diana de la mazmorra; cuyas nuevas pusieron fin á la comida, y levantándose el capitan con todos los que allí estaban, acudió á ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fue muy contento. Cuando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado á quien su corta suerte habia puesto en el mismo extremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, á causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dejaba verse de nadie: pero no dejó de conocer á la mujer que decian ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma y le alborotó los sentidos; porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela: quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria ó no en ello: y asi reprimiendo su deseo como sus labios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento.

El gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar felice compañía á Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba: asieron al momento del mancebo muchos bárbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atrás las manos, el cual



sin hablar palabra, como un manso cordero esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo cual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó á decir: Mira, oh gran gobernador, lo que haces, porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar ni servir en cosa alguna á tu intencion, porque es la mas hermosa mujer que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa á la providencia de los cielos que te la pueden guardar y conservar, para que felizmente la goces. A estas razones los crueles bárbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado.

Mandó el capitan desatarle y dar libertad á las manos y luz á los ojos, y mirándole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de mujer que hubiese visto, y juzgó, aunque bárbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualársele. ¿Qué lengua podrá decir ó qué pluma escribir lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela la condenada y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon, y con pasos torcidos y flojos fué á abrazarse con Auristela, á quien dijo, teniéndola estrechamente entre sus brazos: ¡Oh querida mitad de mi alma, oh firme columna de mis esperanzas, oh prenda, que no sé si diga por mi bien ó por mi mal hallada, aunque no será sino por mi bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí á tu hermano Periandro; y esta razon dijo con voz tan baja, que de nadie pudo ser oida, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia, que en esta isla no hay muerte para las mujeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores; confía en los cielos, que pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aquí adelante. ¡Ay, hermano! respondió Auristela (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada): ¡ay, hermano! replicó otra vez, y cómo creo que éste en que nos hallamos ha de ser el último trance que de nuestras desventuras pueden temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar y en semejante traje.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las

vertia del dolor de la muerte de aquel, que pensó ser su conocido, pariente ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese á romper por todo inconveniente; y asi llegándose á los dos, asió de la una mano á Auristela y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio, en alta voz dijo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, cuando el bárbaro gobernador, indignado é impaciente sobremanera, puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí cuanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oido, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua, y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos á cuantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido como certero, que no recebiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento, porque un hijo de Corsicurbo el bárbaro, que se ahogó en el pasaje de Periandro, pareciéndole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitan, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de acero forjado fuera.

Cerró el capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y la cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recebidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad desta furia, llevados en vuelo algunos bárbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva, que estaba allí cerca, como á hacienda del gobernador: comenzaron á arder los árboles y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados; llegábase la noche, que aúnque fuera clara, se escureciera, cuanto mas siendo escura y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle, sí, en los de los miserables apiñados, que no sabian qué hacerse, á dónde irse, ó cómo valerse: y en esta sazon tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan extraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, escura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que dél fue bien entendida, le dijo: Sígueme, hermosa doncella, y dí que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen, y asi pisando muertos y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento que el paso les aligerase: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela, no permitian que al paso de su guia tendiesen el suyo. Viendo lo cual el bárbaro robusto y de fuerzas asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete, menos tierna, mas animosa, con varonil brío los seguia: desta manera cayendo y levantando, como decirse suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella hácia la banda del norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salia: pocos pasos anduvieron por ella, torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció que podian libremente enderezarse, que asi se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la escuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entonces con mas rigor ardian, allí llegar no podian.

Bendito sea Dios, dijo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traido á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron que hácia ellos venia corriendo una gran luz, bien asi como cometa, ó por mejer decir, exhalacion que por el aire camina. Esperáranla con temor, si el bárbaro no dijera: Este es mi padre, que viene á recebirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabia hablar la lengua castellana, le dijo: El cielo te pague, oh ángel humano ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traia uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fué á su hijo, á quien preguntó en castellano que qué le habia sucedido, que con tal compañía volvia. Padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que

pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza ó medio abrasados: estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor, como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huéspedes.

Guió el padre, siguiéronle todos, animóse Cloelia, pues caminó á pie, no quiso dejar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, cuando llegaron á una altísima peña, al pie de la cual descubrieron un anchísimo espacio ó cueva, á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas; salieron con teas encendidas en las manos dos mujeres vestidas al traje bárbaro, la una muchacha de hasta quince



años, y la otra hasta treinta, esta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dijo: ¡Ay padre y hermano mio! y la otra no dijo mas sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intérprete estaba admirada de oir hablar en aquella parte, y á mujeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba, y cuando les iba á preguntar qué misterio tenia saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre á su esposa y á su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron, arrimando á las paredes las teas: en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva, que mas adentro se hacia, pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio que comenzaba á fatigarles.

CAPITULO V.

De la cuenta que dió de sí el bárbaro español á sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fue la cena, pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa: renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las vajillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata ni de Pisa: las manos de la bárbara y bárbaro pequeños fueron los platos, y unas cortezas de árboles, un poco mas agradables que de corcho, fueron los vasos. Quedóse Candia lejos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño que de otra cualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, haciéndole de pieles asi colchones como frazadas: volvió á sentarse con los demás, á quien el español dijo en lengua castellana desta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiera primero, señores mios, algo de vuestra hacienda y sucesos, antes que os dijera los mios, quiero por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran despues que los mios hubiéredes oido.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias della: echáronme al mundo padres medianamente nobles, criáronme como ricos, llegué á las puertas de

la gramática, que son aquellas por donde se entra á las demás ciencias, inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas: no tuve amistad en mis verdes años ni con Céres ni con Baco, y asi en mí siempre estuvo Vénus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dejé mi patria, y fuíme á la guerra que entonces la magestad del césar Cárlos V hacia en Alemania contra algunos potentados della; fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano: volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres que aun vivian, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mi sosiego, volviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo á un caballero, hijo segundo de un titulado que junto á mi lugar el de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda á corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí, con ademan arrogante y risueño, me dijo: Bravo estais, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la plática de Flandes y de Italia, porque en verdad que está bizarro; y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondí (porque yo soy aquel Antonio): Beso á vuesa señoría las manos mil veces por la merced que me hace; en fin, vuesa señoría hace como quien es en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flandes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre; ansi que por esto ni merezco ser alabado ni vituperado, y con todo bueno ó malo que yo sea soy muy servidor de vuesa señoría, á quien suplico me honre, como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oir el caballero: Mirad, amigo Antonio, cómo hablais, que al señor don fulano no le llamamos acá señoría: á lo que respondió el caballero, antes que yo respondiese: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoría. Bien sé, dije yo, los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza, y el llamar á vuesa señoría, señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría, á modo de España: y yo por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría, y quien otra cosa dijere (y esto echando mano á mi espada) está muy lejos de ser bien criado; y diciendo y haciendo, le dí dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brío procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes: pusieron mano contra mí: retiréme á casa de mis padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome á que me pusiese en cobro, porque me habia granjeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hícelo ansi, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion, con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al emperador: allí me avisaron que mi enemigo me buscaba con otros muchos para matarme del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon que lo temiese; volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo: vi á mis padres de noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa, y me embarqué en una nave, que estaba con las velas en alto para partirse á Inglaterra, en la cual iban algunos caballeros ingleses, que habian venido llevados de su curiosidad á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo menos las mejores ciudades della, se volvian á su patria.

Sucedió pues que yo me resolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, á quien fue forzoso darle un bofeton: llamó este golpe la cólera de los demás marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos que les vinieron á las manos; retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demás caballeros sosegaron la turba, pero fue con condicion, que me arrojasen á la mar, ó que me diesen el esquife ó barquilla de la nave, en que me volviese á España, ó adonde el cielo me llevase. Hízose asi, diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho: agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en la barca con solos dos remos, alargóse la nave, vino la noche escura, halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas ni contra el viento: alcé los ojos al cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude, miré al norte, por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el paraje en que estaba. Seis dias y seis noches anduve desta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos que en la fuerza de mis brazos, los cuales ya cansados y sin vigor alguno, del contínuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme dellos cuando el mar lo consintiese ó las fuerzas me ayudasen.

Tendíme de largo á largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazon no quedó santo en el cielo á quien no llamase en mi ayuda, y en mitad deste aprieto, y en medio desta necesidad (cosa dura de creer), me sobrevino un sueño tan pesado, que borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide y há menester nuestra naturaleza); pero allá en el sueño me representaba la imaginacion mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecia que me comian lobos y despedazaban fieras, de modo que dormido y despierto era una muerte dilatada mi vida.

Deste no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la llenó de agua: reconocí el peligro, volví, como mejor pude, el mar al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon, vi que el mar se ensoberbecia, azotado y herido de un viento ábrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío; vi que era simpleza oponer mi débil barca á su furia, y con mis flacas y desmayadas fuerzas á su rigor: y asi torné á recoger los remos, y á dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla.

Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian; finalmente no sé á cabo de cuántos dias y noches que anduve vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine á hallar junto á una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian: lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra por temor de los animales que habia visto, comí del bizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada, llegó la noche menos escura que habia sido la pasada, pareció que el mar se sosegaba, y prometia mas quietud el venidero dia, miré al cielo, vi las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el aire.

Estando en esto, me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina habia visto, y que uno dellos (como es la verdad) me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en ésta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedé espantado ó no, á vuestra consideracion lo dejo; pero no fue bastante la turbacion mia para dejar de poner en obra el consejo que se me habia dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos y salí al mar descubierto; mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuántos fueron los dias que anduve por aquellos mares, tragando, no una, sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al través con ella, en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva por donde aquí entrastes.

Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo cual, me arrojé della, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese: y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte, y quedarme en tierra; que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro español, que este título le daba su traje, cuando en la estancia



mas adentro donde habia dejado á Cloelia se oyeron tiernos gemidos y sollozos; acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demás á ver qué seria, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles tenia los ojos clavados en el cielo, y casi que-

brados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas, le dijo: ¿Qué es esto, ama mia? ¿Cómo, y es posible que me quereis dejar en esta soledad y á tiempo que mas hé menester valerme de vuestros consejos?

Volvió en sí algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dijo: Ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor que es en mi mano le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que cuando la buena suerte quisiere (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aun fueren vivos, ó alguno de mis parientes, les digas cómo yo muero cristiana en la fe de Jesucristo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia católica romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo: hiciéronse fuentes los de Periandro, y rios los de todos los circunstantes: acudió Periandro á socorrer á Auristela, la cual vuelta en sí acrecentó las lágrimas y comenzó suspiros nuevos, y dijo razones que movieran á lástima á las piedras: ordenóse que otro dia la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demás se fueron á reposar lo poco que la noche les faltaba.

CAPITULO VI.

Donde el bárbaro español prosigue su historia.

Tardó aquel dia en mostrarse al mundo al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedia que los rayos del sol por aquella parte no pasasen á la tierra: mandó el bárbaro español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solia, y se informase de lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demás aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el cual



con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que bojaba poco mas de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien ásperos, comestibles á lo menos.

Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salian las tenian en perpetua verdura, todo lo cual le admiraba y suspendia, y llegó en esto el bárbaro español, y dijo: Venid, señores, y darémos sepultura á la difunta, y fin á mi comenzada historia: hiciéronlo asi, y enterraron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo habia sido cristiano. El español respondió que él traeria una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura: diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvia, se volvieron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido, por defenderse del frio que con rigor amenazaba; y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma:

Cuando me dejó la barca en que venia en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dije que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla; entré aquí dentro, vi este sitio, y parecióme que la naturaleza le habia hecho y formado para ser teatro donde se

representase la tragedia de mis desgracias; admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada; finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví á la entrada, que aquí me habia conducido, por ver si oia voz humana, ó descubria quien me dijese en qué parte estaba; y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando: pasmóse viéndome, pegáronsele los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco, y cogiéndola entre mis brazos sin decirla palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cueva adelante, y la traje á este mesmo lugar donde agora estamos: púsela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella.

Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reia y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia me rogaba que comiese: yo lo hice ansi porque lo habia bien menester: ella me asió por la mano, y me llevó á aquel arroyo, que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del cielo que bárbara de la tierra: volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella no entendia, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese á verme: con esto la abracé de nuevo, y ella simple y piadosa me besó en la frente, y me hizo claras y ciertas señas de que volveria á verme: hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres: dí gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio: pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á recelar que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacóme deste temor el verla volver algo entrado el dia, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo, que casi toda estaba abrasada, y todos ó los mas de los bárbaros muertos, unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado al mar por huir en el agua el fuego de la tierra; que bien podian salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita; que por allí cerca habia otras islas de gente menos bárbara habitadas; que quizá mudando de lugar, mudarian de ventura. Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dijo la bárbara grande, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déjame á mí que cuente lo que queda, á lo menos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el español, porque me le dará muy grande el ver cómo las relatas.

Es pues el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mí esposo naciese esta muchacha y este niño: llamo esposo á este señor, porque antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos: háme enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella ansimismo me enseñó la ley católica cristiana: dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazon, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero: creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor despues de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre Vírgen María reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy católica cristiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta y cristiana: entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y deste entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traje alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prision, y nos lleve adonde con libertad y certeza y sin escrúpulo seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció á mí era lo que le faltaba

por decir á mi señor Antonio, que asi se llamaba el español bárbaro, el cual dijo: Dices verdad, Ricla mia, que éste era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre y hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dijo á esta sazon no ser bien estar allí ociosos, sin dar traza y órden como salir de aquel encarramiento, porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujase las altas sierras, ó traidas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dijo Ricla, que aguardémos dos dias, porque de una isla que está tan cerca desta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, della vienen á ésta sus moradores á vender y á trocar lo que tienen con lo que tenemos, y á trueco por trueco.

Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche ó que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca, por el precio que quisieren, que la hé menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas, que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó varones para la vana supersticion que habreis oido decir que en esta isla há muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo á entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿No ha usado el señor Antonio deste remedio en tantos años como há que está aquí encerrado? No, respondió Ricla; porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra. Asi es, dijo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta á ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necesario matalotaje, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolucion, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes de quien la cólera, sinrazon y enojo suelen ser inventores: vieron asimismo, que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiéndose á sus balsas, desde léjos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habian pasado á la isla, que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran á la isla, á ver si en la escura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dió á entender ser los miserables que en la mazmorra estaban.

Llegaron á la marina, besaron la tierra y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo escuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenian que temer á los bárbaros. Fueron recebidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue posible; algunos contaron sus miserias, y otros las dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dijo, que el bárbaro que los habia libertado (en lengua italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa, que allá quedaba, á tenerles compañía, y dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan extraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis barcas, de aquellas de quien Ricla habia dado noticia: hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas; no quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse: hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas cuanto.

Fué Ricla á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con cuatro personas de las recien libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo con la hermosa Ricla y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Ricla y de Antonio: quiso Auristela ir á despedirse de los huesos de su querida Cloelia, acompañáronla todos, lloró sobre la sepultura, y entre lágrimas de tristeza, y entre muestras de alegría, volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincádose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y devota oracion les diese feliz viaje, y los enseñase el camino que tomarian. Sirvió la barca de Periandro de capitana, á quien siguieron los demás, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo, que á grandes voces en lengua toscana dijo: Si por ventura sois cris-

tianos los que vais en esas barcas, recoged á éste que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dijo: Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra; si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su plática á los de la barca primera), bien será que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis recogiéndole en nuestra compañía. Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca á tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos: hecho esto alzaron los voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos dieron alegre principio á su viaje.

CAPITULO VII.

Navegan desde la isla bárbara á otra isla que descubrieron.

Cuatro millas poco mas ó menos habrian navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas y viento en popa, parecia que venia á embestirles. Periandro dijo, habiéndola visto: Sin duda este navío debe ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le habia pasado, y lo que entre los dos dejaron concertado.

Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido: no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía el temor de que podia ser desbubierto el parentesco, la fatigaba, y mas que ¿quién le quitaria á Periandro no estar celoso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure el enamorado pecho, cuando por su desventura entran en él celosas sospechas; pero de todas éstas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dejó la nave derribar las velas de alto abajo, y en otro instante, casi invisible, las izaron y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándose de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demás que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viaje pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fue posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse á una isla,



cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaba cerca, distando de allí mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto escura, picaba el viento largo y en popa, que fue mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla.

La media noche seria, segun el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra; y á fuerza de brazos las vararon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pere no hallaron

ninguno: ordenó Periandro que todas las mujeres se entrasen en la barca capitana, y apiñándose en ella, con la compañía y estrecheza templasen el frio: hízose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el dia para descubrir en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entonces si era ó no despoblada la isla; y como es cosa natural que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos; lo cual visto por el bárbaro Antonio, dijo al bárbaro italiano que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles contándoles los sucesos de su vida, porque no podian dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal traje y en tal lugar le habian puesto.

Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dijo Periandro: En las que á nosotros nos han sucedido nos hemos ensayado y dispuesto á creer cuantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro, al borde desta barca, donde están estas señoras, quizá alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva; que es alivio al que cuenta sus desventuras ver ú oir que hay quien se duela dellas. A lo menos por mí, respondió Ricla de dentro de la barca y á pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas; casi lo mismo dijo Auristela, y asi todos rodearon la barca, y con atento oido estuvieron escuchando lo que el que parecia bárbaro decia, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO VIII.

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia, mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Habia en Sena un caballero rico, á quien el cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la cual trató de casar su padre con un caballero florentin, y por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar; que la gentileza, gallardía y disposicion del cuerpo en los bailes honestos mas que en otros pasos se señalan, y á las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo; pero movíla los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia: y la suerte, que de corriente larga traia encaminada mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre, y la llevase á Roma; pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia, que fue decir que yo llevaba á mi esposa y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto que obligó al juez, movió y convenció á sentenciarme á muerte.

Apartáronme en la prision con los ya condenados á ella por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitóme en el calabozo una mujer, que decian estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman *hechiceras*, que la alcaidesa de la cárcel habia hecho soltar de las prisiones, y llevádola á su aposento, á título de que con yerbas y palabras habia de curar á una hija suya de una enfer-



medad que los médicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca; viéndome yo atado, y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin órden ni esperanza de remedio, dí el sí á lo que la hechicera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta plática ella romperia las cadenas y los cepos, y á pe-

sar de otro cualquier impedimento me pondria en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mí, y me dijo que asiese de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciéndome la siguiese: turbéme algun tanto; pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prisision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados.

En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guiadora un manto, y mandóme que pusiese los pies en él, me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones: luego vi mala señal, luego conocí que queria llevarme por los aires, y aunque como cristiano bien enseñado tenia por burla todas estas hechicerías (como es razon que se tengan), todavía el peligro de la muerte como ya he dicho, me dejó atropellar por todo, y en fin puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas ni menos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el manto comenzó á levantarse en el aire, y yo comencé á temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo santo la letanía á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentir mis rogativas, y volvióme á mandar que las dejase. Desdichado de mí, dije, ¿qué bien puedo esperar, si se me niega el pedirle á Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechiceras, y al parecer, cuatro horas ó poco mas habia volado, cuando me hallé al crepúsculo del dia en una tierra no conocida.

Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dijo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte; y diciendo esto, comenzó á abrazarme no muy honestamente, apartéla de mí con los brazos, y como mejor pude divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho ánimo al través; pero como suele acontecer que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchillo, que acaso en el seno traia, y y con furia y rabia se le hinque por el pecho á la que pensé ser loba, la cual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre á la desventurada encantadora.

Considerad, señores, cuál quedaria yo en tierra no conocida, y sin persona que me guiase. Estuve esperando el dia muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubria señal de que el sol viniese: apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí; volvia muy á menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y parecíame, segun el curso que habian hecho, que ya habia de ser de dia. Estando en esta confusion, oí que venia hablando por junto de donde estaba alguna gente, y asi fue verdad, y saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana, que me dijesen qué tierra era aquella; y uno dellos asimismo en italiano me respondió: Esta tierra es Noruega: pero ¿quién eres tú, que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte he venido á caer en sus manos; y en breves razones le dí cuenta de mi viaje, y aun de la muerte de la hechicera: mostró condolerse el que me hablaba, y díjome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuéntase dellas que se convierten en lobos, asi machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Como esto pueda ser yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario; lo que puedo alcanzar es, que todas estas trasformaciones son ilusiones del demonio, y permision de Dios, y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente.

Preguntéle qué hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba, y el dia nunca venia. Respondióme, que en aquellas partes remotas se repartia el año en cuatro tiempos: tres meses habia de noche escura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna y tres meses habia de crepúsculo del dia, sin que bien fuese noche, ni bien fuese dia: otros tres meses habia de dia claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazon en que estaban era la del crepúsculo del dia: asi que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana, y que tambien lo seria esperar yo volver á mi tierra tan presto, sino fuese cuando llegase la sazon del dia grande, en la cual parten navíos destas partes á Ingalaterra, Francia y España con algunas mercancías.

Preguntóme si tenia algun oficio en que ganar de comer, mientras llegaba tiempo de volverme á mi tierra. Díjele que era bailarin y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre, y me dijo que aquellos ejercicios, ó oficios (ó como llamarlos quisiese) no corrian en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabria oficio de orífice. Díjele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñase: pues venios, hermano, conmigo, aunque primero será bien que démos sepultura á esta miserable. Hicímoslo asi, y llevóme á una ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, que cómo ó cuándo habia venido á aquella tierra, y que si era verdaderamente italiano. Respondió que unos de sus pasados abuelos se habia casado en ella viniendo de Italia á negocios que le importaban, y á los hijos que tuvo les

enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linaje, hasta llegar á él, que era uno de sus cuatro nietos, y asi como vecino y morador tan antiguo, llevado de la aficion de sus hijos y mujer, se habia quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarse de Italia, ni de los parientes que allá dijeron sus padres que tenian. Contar yo ahora la casa donde entré, la mujer é hijos que hallé, y criados (que tenia muchos), el gran caudal, el recebimiento y agasajo que me hicieron, seria proceder en infinito: basta decir en suma, que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo.

En este tiempo se llegó el de llegar el dia grande, y mi amo y maestro (que asi le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía á otras islas por allí cercanas, y á otras bien apartadas: fuíme con él, asi por curiosidad como por vender algo que ya tenia de caudal, en el cual viaje ví cosas dignas de admiracion y espanto, y otras de risa y contento: noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas: en fin, á cabo de dos meses corrimos una borrasca, que nos duró cerca de cuarenta dias, al cabo de los cuales dimos en esta isla, de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro bajel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venian quedó vivo, sino yo.

CAPITULO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

Lo primero que se me ofreció á la vista, antes que viese otra cosa alguna, fue un bárbaro pendiente y ahorcado de un árbol, por donde conocí que estaba en tierra de bárbaros salvajes, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y no sabiendo qué hacerme, alguna ó todas juntas las temia y las esperaba: en fin, como la necesidad, segun se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, dí en un pensamiento harto extraordinario, y fue, que descolgué al bárbaro del árbol, y habiéndome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados á medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habeis visto; para disimular



la lengua, y que por ella no fuese conocido por extranjero, me fingí mudo y sordo, y con esta industria me entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire.

A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon, y en su lengua unos y otros, con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) quién era, cómo me llamaba, á dónde venia y á dónde iba. Respondíles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos, siguiéronme los muchachos, que no me dejaban á donde quiera que iba: con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos, por verme saltar y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenian: desta manera he pasado tres años entre ellos, y aun pasara todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte della; supe la profecía que de la duracion de su reino tenia profetizada un antiguo y sabio bárbaro, á quien ellos daban gran crédito: he visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que

sucedió el incendio de la isla, que vosotros, señores, habeis visto; guardéme de las llamas, fuí á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda habreis estado: ví estas barcas, acudí á la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogístesme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en este que pretendemos felicísimo viaje.

Aquí dió fin Rutilio á su plática, con que dejó admirados y contentos á los oyentes; llegóse el dia, áspero, turbio, y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro lo que Cloelia le habia dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una cruz de diamantes tan rica, que no acertaron á estimarla por no agraviar su valor; y la otra dos perlas redondas, asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion y agradable trato.

El bárbaro Antonio, viniendo el dia, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve; y volviendo á las barcas, dijo que la isla era despoblada, y que convenia partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcáronse todos, y pusieron las proas en otra isla, que no lejos de allí se descubria: en esto, yendo navegando, con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos á escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa, que él sabia muy bien. Calló la voz, y de allí á poco volvió á cantar en castellano, y no á otro tono de instrumentos, que al de remos que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notó que lo que cantaron fue esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
Camino aunque no usado, alegre y cierto,
Al hermoso, al seguro, al capaz puerto
Llevan la nave vuestra única y rara.
En Scilas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro que el mar tenga encubierto,
Siguiendo su derrota al descubierto,
Que limpia honestidad su curso para.
Con todo, si os faltare la esperanza,
De llegar á este puerto, no por eso
Gireis las velas, que será simpleza.
Que es enemigo amor de la mudanza,
Y nunca tuvo próspero suceso
El que no se quilata en la firmeza.

La bárbara Ricla dijo en callando la voz: Despacio debe de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz á los vientos; pero no lo juzgaron asi Periandro y Auristela, porque le tuvieron por mas enamorado que ocioso al que cantado habia; que los enamorados fácilmente reconcilian los ánimos, y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad; y asi con licencia de los demás que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, asi por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentia mucho, ó no tenia sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico á la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida: en entrando el músico, en medio portugués y en medio castellano dijo: Al cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navío: aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No seria esperanza aquella, dijo á esta sazon Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues asi como la luz resplandece mas en las tinieblas, asi la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea) á la desesperacion. El alma ha de estar, dijo Periandro, el un pie en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dejar de esperar su remedio, porque seria agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es asi, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las experiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que antes de anochecer con dos horas llegaron á una isla tambien despoblada, aunque no de árboles, porque tenia muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazon y seco, se dejaba comer: saltaron todos en tierra, en la cual vararon las barcas, y con gran priesa se dieron á desgajar árboles, y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frio: hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos, el uno con el otro, artificio tan sabido como usado; y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar.

Satisfacieron la hambre, y acomodáronse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el suceso del músico no lo estorbara, porque le rogó si era posible les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le habian traido. Era cortés el cantor, y asi, sin hacerse de rogar, dijo.

CAPITULO X.

De lo que contó el enamorado portugués.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy portugués de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa y mi ejercicio el de soldado: junto á la casa de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual tenia sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres, la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que como mas vecino de su casa, tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser viniese á ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo y por entender que con ella habian de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mia, pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada.

La respuesta que trajo fue, que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabidor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella, retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitia mis servicios, y daba á entender, que si no los agradecia con otros, por lo menos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi rey me envió por capitan general á una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza: llegóse el dia de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé á su padre, hícele que me volviese á dar la palabra de la espera de los dos años, túvome lástima, porque era discreto, y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonora, la cual, en compañía de su madre, salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio.

Pasméme cuando ví tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar, y añudóseme la voz á la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y no supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbacion, la cual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo, y dijo: Nunca, señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia á la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica; vuesa merced vaya á ejercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare á servirle; Leonora mi hija es obediente, y mi mujer desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho; que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera, que no se me han olvidado ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare: ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partíme á Berbería, ejercité mi cargo con satisfaccion de mi rey, dos años; volví á Lisboa, hallé que la fama y hermosura de Leonora habia salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y estendídose por Castilla y otras partes, de las cuales venian embajadas de príncipes y señores que la pretendian por esposa; pero como ella tenia la voluntad tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa: ¡ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si asi fuese no las tendria yo por tales: finalmente, un dia me avisaron que para un domingo venidero me entregarian á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento; convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que habia de ser mi esposa.

Llegóse este dia, y yo fuí acompañado de todo lo mejor de la ciudad á un monasterio de monjas que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa desde el dia de antes me esperaba, que habia sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio con licencia del arzobispo de la ciudad. Detúvose algun tanto el lastimero caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo: Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado: salieron á recebirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándome estaba con infinitas señoras de la ciudad, de las mas principales: hundíase el templo de música, asi de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas; venia aforrada la saya en tela de oro

verde, traia los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios que deslumbraban los del sol, y tan luengos que casi besaban la tierra, la cintura, collar y anillos que traia, opiniones hubo que valian un reino; torno á decir, que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó invidia en las mujeres y admiracion en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente y sin que nadie lo empachase se habia de celebrar nuettro desposorio: subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardía y gentilleza. Pareció á todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del dia, ó lo que dicen las antiguas fábulas que parecia la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro, pensando que subia á mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi dí demostracion de adorarla. Alzóse una voz en el templo procedida de otras muchas, que decia: Vivid felices y luengos años en el mundo, oh dichosos y bellísimos amantes; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia á vuestros pies, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa.

Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura: en esto la hermosa Leonora me tomó por la mano, y asi en pie como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: Bien sabeis señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dió palabra que no dispondria de mi persona en dos años, que se habian de contar desde el dia que me pedistes fuese yo vuestra esposa, y tambien, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino á vos: esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto, y yo os quiero cumplir la mia, como vereis; y asi porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traicion cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro; yo no os dejo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le dí la palabra primero que á vos á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulacion y sin firmeza alguna: yo confieso que para escoger esposo en la tierra ninguno os pudiera igualar, pero habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traicion ó descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio.

Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortarle la preciosa madeja de sus cabellos: yo enmudecí, y por no dar muestra de flaqueza tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venian á los ojos, y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella cristianamente compasiva me echó los brazos al cuello, alcéme en pie, y alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto me bajé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginacion en este extraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida; y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPITULO XI.

Llegan á otra isla, donde hallan buen acogimiento.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que habia espirado de todo punto, dejando á todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dijo á esta sazon Auristela, se ha escusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino á tan desastrado término, y á la prision de los bárbaros, que sin duda debian de ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: Por maravilla hay desdichado que solo lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí, siempre son grandes, y entonces lo dejan de ser cuando acaban con la vida del que las padece: dieron luego órden de enterralle como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Cristo, por ser caballero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habian dado bien claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasion hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes: amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando, y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza siguieron su camino, sin llevar parte cierta á dónde encaminalle.

Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas, ó las mas, despobladas; y las que

tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad y de corazones duros é insolentes, y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores que no lo fuesen mas las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atras dejaban. Diez dias mas navegaron sin tomar puerto, playa ó abrigo alguno, dejando á entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña que á la vista se les ofrecia, pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando: en fin, mas con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron á la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila, qué tierra era aquella, quién la gobernaba, y si era de cristianos católicos. Respondiéronle en lengua que ella entendió, que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de católicos, puesto que estaba despoblaba, por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson á la gente que llegaba á un puerto que estaba detrás de un peñon, que señaló con la mano; y si vosotros, quien quiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondremos en el puerto.

Dieron gracias á Dios los de las barcas, y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra, y al volver del peñon que les habian señalado, vieron un abrigo que podia llamarse puerto, y en él hasta diez ó doce bajeles, dellos chicos, dellos medianos y dellos grandes; y fue grande la alegría que de verlos recebieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos, y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra; salieron asi gente de los navíos, como del meson á recebirles; saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros, padre é hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fue Periandro vendido á los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza con Ricla su madre, y todos los demás de las barcas acompañaron este escuadron gallardo. De tal manera causó admiracion, espanto y asombro la bellísima escuadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela: mirábanla callando y con tanto respeto, que no acertaban á mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa que en mirar.

La hermosa Transila, como ya habia hecho esperiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompió el silencio, diciéndoles: A vuestro hospedaje nos ha traido la nuestra hasta hoy contraria fortuna: en nuestro traje y en nuestra mansedumbre echareis de ver que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batallas las mujeres, ni los varones afligidos: acogednos, señores, en vuestro hospedaje y en vuestros navíos, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez á entregarse á la instabilidad del mar: si aquí se cambia por oro ó por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia sereis recompensados de lo que nos diéredes, que por subidos precios que lo vendais, lo recebirémos como si fuese dado.

Uno (milagro extraño) que parecia ser de la gente de los navíos, en lengua española respondió: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que durara la verdad que dices, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron deste hospedaje es cortesísimo, y todos los destas naves ni mas ni menos: mirad si os da mas gusto volveros á ellas, ó entrar en el hospedaje, que en ellas y en él sereis recebidos y tratados como vuestra presencia merece.

Entonces viendo el bárbaro Antonio, ú oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dijo: Pues el cielo nos ha traido á parte que suene en mis oidos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias: vamos, señores, al hospedaje, y en reposando algun tanto, daremos órden en volver á nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aquí hemos traido. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gravia, dijo á voces en lengua inglesa: Un navío se descubre, que con tendidas velas, y mar y viento en popa viene la vuelta deste abrigo. Alborotáronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron á esperar el bajel, que tan cerca se descubria, y cuando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban unas cruces rojas, y conocieron que en una bandera que traia en el peñolo de la mayor gavia venian pintadas las armas de Ingalaterra; disparó en llegando dos piezas de gruesa artillería, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra les fue hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenian artillería con que responderle.

CAPITULO XII.

Donde se cuenta de qué parte y quién eran los que venian en el navío.

Hecha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, asi del navío como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó, despues de cuatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fue un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba á los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias de seda: en

la cabeza traia un sombrero alto y puntiagudo, asimismo al parecer de felpa. Tras él bajó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y cuatro años, vestido á lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta: luego como si los arrojaran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas: él de hasta cuarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta; él brioso y despechado, y ella melancólica y tiste: impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron á tierra, adonde en sus hombros, y en los de otros soldados arcabuceros que en el barco venian, sacaron á tierra al viejo y al mozo, y á los dos prisioneros. Transila, que como los demás habia estado atentísima mirando los que en el esquife venian, volviéndose á Auristela, le



dijo: Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque, ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen: hízolo asi Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recebimientos: fuese derecho el anciaco de la felpa á Transila, diciendo: Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mia con este hallazgo; y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso porque no diese en tierra.

Sin duda se puede creer que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiracion á los circunstantes, y mas cuando oyeron decir á Transila: ¡Oh padre de mi alma! ¿qué venida es está? ¿quién trae á vuestras venerables canas y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quién le ha de traer, dijo á esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? él y yo, dulcísima señora y esposa mia, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas á los cielos, le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegría reciba yo parte, recebiéndole á él como á padre, y á mí como á tu legítimo esposo. Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila: acudió Auristela á su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que á Transila se le debia; pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos, ó quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada.

El dueño de aquel meson ó hospedaje dijo: Venid, señores, todos adonde con mas comodidad y menos frio del que aquí hace os deis cuenta de vuestros sucesos: tomaron su consejo y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudándoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian: acudieron á sus naves algunos, y con tanta priesa como buena voluntad trajeron della los regalos que tenian; hízose lumbre, pusiéronse las mesas, y sin tratar entonces de otra cosa, satisfacieron todos la hambre, mas con muchos géneros de pescados, que con carnes, porque no se sirvió otra que la de muchos pájaros, que se crian en aquellas partes, de tan extraña manera, que por ser rara y peregrina, me obliga á que aquí la cuente.

Hincanse unos palos en la orilla de la mar y entre los escollos, donde las aguas llegan, los cua-

les palos de allí á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan: y donde hay mas abundancia dellos es en las provincias de Ibernia y de Irlanda, el cual pájaro se llama barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucesos de los recien llegados les hacia parecer larga la comida, la cual acabada, el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atencion le escuchasen: enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oidos, viendo lo cual Mauricio soltó la voz en tales razones:

En una isla, de siete que están circunvecinas á la de Ibernia, nací yo y tuvo principio mi linaje, tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido encarezco todo lo que puedo; soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones: mis padres me criaron en los estudios, asi de las armas como de las letras (si se puede decir que las armas se estudian): he sido aficionado á la ciencia de astrología, judiciaria, en la cual he alcanzado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal mujer de mi ciudad, de la cual tuve esta hija que está aquí presente: seguí las costumbres de mi patria, á lo menos en cuanto á las que parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas: que tal vez la disimulacion es provechosa; creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su madre, á dos años despues de nacida, y á mí me faltó el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuidado de criar la hija; y por salir dél, que es carga difícil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando á casi edad de darle esposo, en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fue este gallardo mancebo que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y aun conveniente que los padres casen á sus hijas con su beneplácito y gusto, pues no le dan compañía por un dia, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hacer esto ansi, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucesos.

Es pues de saber, que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas; y es, que concertado el matrimonio y llegado el dia de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad, los unos para testigos y los otros para verdugos, que asi los puedo y debo llamar: está la desposada en un rico apartamiento, esperando lo que no sé cómo pueda decirlo, sin que la vergüenza no me turbe la lengua. Está esperando, digo, á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno, á coger las flores de su jardin, y á manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre bárbara y maldita que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro: porque ¿qué dote puede llevar mas rico una doncella, que serlo? ni ¿qué limpieza puede ni debe agradar mas al esposo, que la que la mujer lleva á su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad, y si la una ó la otra comienzan á desmoronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio bajo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo dejase esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dice, que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuve esperando su perdicion; y cuando queria ya entrar un hermano de su esposo á dar principio al torpe trato, veis aquí, donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde toda la gente estaba, Transila hermosa como el sol, brava como una leona, y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, cuando revistiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo, al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pie, con lengua á quien suele turbar la colera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia á quien su padre dió principio.

Salí, dijo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colérica voz dije: Hacéos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas, quereis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta desta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos

pensamientos, tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en diciendo esto salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice, en uno, me arrojé en un pequeño barco que sin duda me deparó el cielo, y asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dejar llevarme á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el cielo conmovido de mi desgracia avivó el viento y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal que le arrebató como en peso, y le llevó mas adentro, quitando la esperanza á los que tras mí venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrarse en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar llevaba. Asi es verdad, dijo á esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte; sobrevino la noche, y perdímoste de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento, que de la mar soplaba, me trajo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores que benignamente me recogieron y albergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo: pero la codicia humana que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mí tenian, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos cosarios que aquella tarde habian descubierto no lejos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los cosarios, pero no quise tomar ocasion de recebir bien alguno de ninguno de mi bárbara patria; y asi al amanecer, habiendo llegado allí los piratas, me vendieron, no sé por cuanto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es, que me trataron los cosarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser reina y aun señora de todo el universo, si ya no mentian ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de cómo aprendí su lengua en este tiempo que há que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo destos señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga, qué ventura le ha traido á dármela tan buena, cuanto menos la esperaba.

Aquí dió fin Transila á su plática, teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del extremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entonces dijo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo en mis estudios y ejercicios, entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que cuando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo por venir.

Viéndote pues pérdida, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, seña-



lé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en cuanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en éste: y asi el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable y á lo mas experimentado; y el mejor as-

trólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio; porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que se sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como há tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices desta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento y con poca seguridad; con todo eso alcancé que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas y para dar gracias á los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos; que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdicion y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos á entender que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los cielos serán servidos, dijo á esta sazon Auristela, que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo. La mujer prisionera, que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie á pesar de sus cadenas y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venia preso, y con voz levantada dijo.

CAPITULO XIV.

Donde se declara quién eran los que tan aherrojados venian.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme á mí por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuviéredes de escuchallas. Haste quejado, dijo (volviéndose á Transila), señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí; que no es error (por bueno que sea un caballo) pasearle la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí; que mejor gobernará el timon de una nave el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor muestra de las artes, y asi mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo que rústica é inculta. Apenas oyó esta razon última el hombre que consigo venia atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola: ¡Oh Rosamunda, ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses mas años que los mismos tiempos: y asi no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato á que están obligadas las honradas doncellas.

Sabed, señores (mirando á todos los circunstantes, prosiguió), que esta mujer que aquí veis atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido, concubina y amiga del rey de Ingalaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuísimas memorias entre todas las gentes del mundo: ésta mandó al rey, y por añadidura á todo el reino; puso leyes, quitó leyes, levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente, en menoscabo de la autoridad del rey, y en muestra de sus torpes apetitos: que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y las redes de bronce con que tenia ligado el corazon del rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: cuando ésta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo cuán mal estaban empleados los de mi rey y señor natural: tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una perderé yo, no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos, finalmente, á emtrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el rey que nadie en toda la ciudad, ni en todos sus reinos y señoríos le diese, ni dado ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada, y aquí nos dejasen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Mira, Clodio, dijo á esta sazon Rosamunda, cuán mal me hayo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer, es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caido sobre sugeto flaco y poco discreto, mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion experimentada, sin sacar dellas otra ganancia que una delectacion mas ligera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linajes claros; haste atrevido á tu rey, á tus ciudadanos, á tus amigos y á tus mismos parientes, y en son de decir gracias te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el rey, que en pena de mis delitos acabara con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los cielos ni los santos.

Con todo eso, dijo Clodio; jamás me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A

tener tú conciencia, dijo Rosamunda, de las verdades que has dicho tenias harto de qué acusarte, que no todas las verdades han de salir en público, ni á los ojos de todos. Sí, dijo á esta sazon Mauricio: sí, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca á un hombre particular reprender á su rey y señor, ni sembrar en los oidos de sus vasallos las faltas de su príncipe; porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los sullos no lo estimen: y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar de este privilegio el príncipe? por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprension pública y mal considerada suele endurecer la condicion del que la recibe, y volverle antes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprendan en público; y asi dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencionados son desterrados y echados de sus casas sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: La traicion contenta, pero el traidor enfada: y hay mas, que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la cual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondio Clodio, pero si quieren que no hable ó escriba, córtenme la lengua y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del rey Midas.

Ahora bien, dijo á esta sazon Ladislao, háganse estas paces, casemos á Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del sacramento del matrimonio y con la discrecion de entrambos, mudando de estado mudarán de vida. Aun bien, dijo Rosamunda, que tengo aquí un cuchillo con que podré hacer una ó dos puertas en mi pecho, por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo haber oido este tan desastrado y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dijo Clodio, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, cuando digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal: verdad es que pienso guardar la cara á los príncipes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren y á quien quieren, y ya la esperiencia me ha mostrado que no es bien ofender á los poderosos, y la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo que le mejore y enmiende.

Quien todo eso sabe, dijo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre ó quite del todo: la lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, ó como rayo del cielo, que sin romper la vaina rompe y desmenuza el acero que cubre; y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavía suelen tener los dejos las mas veces amargos y desabridos: es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver á la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho menoscaba la culpa del que las dijo: aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPITULO XV.

Llega Arnaldo á la isla donde están Periandro y Auristela.

En esto estaban, cuando entró un marinero en el hospedaje, diciendo á voces: Un bajel grande viene con las velas tendidas, encaminado á este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé á entender de qué parte sea. Apenas dijo esto, cuando llegó á sus oidos el son horrible de muchas piezas de artillería que el bajel disparó al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra: de la misma manera le respondió el bajel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedaje salieron á la marina: en viendo Periandro el bajel recien llegado, conoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, de que no recebió contento alguno, antes se le revolvieron las entrañas, y el corazon le comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recebió en el suyo Auristela, como aquella que por larga esperiencia sabia la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su corazon á pensar cómo podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniese bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los celos no les atravesase las almas.

Ya estaba Arnaldo en el erquife de la nave, y ya llegaba á la orilla, cuando se adelantó Periandro á recebille; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pié, y aun quisiera que allí se le hincaran en el suelo, y se volvieran en torcidas raices, como se volvieron los de la hija de Peneo, cuando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo, que vió á Periandro, le conoció, y sin esperar que los suyos le sacasen en hombros á la tierra, de un salto que dió desde la popa del esquife, se puso en ella y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recebió; y Arnaldo le dijo: Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase á tu hermana Auristela, ni tendria

mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los cielos, atentos á favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se habia comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba, quién era el príncipe que en la nave venia; y todavía estaba Auristela como estaba, sin voz, inmovible, y junto á ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer bárbaras, Ricla y Constanza: llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela,



le dijo: Seais bien hallada, norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fija que me lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos.

A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lágrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse. si de pesar ó de alegría podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro, que todo lo notaba, y en cualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciéndole: Señor, el silencio y las lágrimas de mi hernana nacen de admiracion y de gusto: la admiracion, del verte en parte tan no esperada; y las lágrimas, del gusto de haberte visto; ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fuéronse con esto al hospedaje, volvieron á colmarse las mesas de manjares, llenáronse de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos, que cuando se trasiegan por la mar de un cabo á otro, se mejoran de manera que no hay néctar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por el respeto del príncipe Arnaldo: contó Periandro al Príncipe lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contatado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

CAPITULO XVI.

Determinan todos salir de la isla prosiguiendo su viaje.

En esto el patron del hospedaje dijo: No sé si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni lejos no se descubre celaje alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente, y las aves salen al mar á espaciarse, que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar á que me dejen solo tan honrados huéspedes como la fortuna á mi hospedaje ha traido. Asi será, dijo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver á nuestras patrias no consiente que mucho tiempo la gocemos: de mí sé decir que esta noche á la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el destos señores soldados que en el navío vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la del que se pierde en la navegacion es irremediable: en efecto, entre todos los que en el puerto estaban, quedó de acuerdo que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Ingalaterra, á quien todos iban encaminados.

Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano á Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde á solas y sin ser oido de nadie, le dijo: No es posible, Periandro amigo, sino que tu her-

mana Auristela te habrá dicho la voluntad que en dos años que estuvo en poder del Rey mi padre le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamás me salieron palabras á la boca que pudiesen turbar sus castos intentos; nunca quise saber mas de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como á reina de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discrecion tan en extremo extremada no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondióme siempre que hasta verse en la ciudad de Roma, á donde iba á cumplir un voto, no podia disponer de su persona: jamás me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra.

Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso y entendimiento consideres que no es muy baja la ventura que está llamando á las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, á quien desde aquí me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento cuando ella quisiere y á donde quisiere, aquí debajo destos pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirme en los ahincos y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada, y la esperanza propincua, que suele fatigar mas que la apartada.

Aquí dió fin á su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo á lo que Periandro habia de responderle, que fue: Bien conozco, valeroso príncipe Arnaldo, la obligacion en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho, y por la que agora de nuevo nos haces: á mí, por ofrecerte por mi hermano, y á ella por esposo; pero aunque parezca locura que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir no ser posible el recebirle, como es posible el agradecerle: mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la eleccion á la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos ser alguno, ni libertad para usar de nuestro albedrío; si el cielo nos llevare á pisar la santísima tierra y adorar sus reliquias santas, quedaremos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entonces será la mia toda empleada en servirte: séte decir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrísimo linaje nacida, y un hermano que sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos á dos hemos recebido, te suplico me hagas á mí una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte, mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia.

Dispon de mí, respondió Arnaldo, hermano mio, á toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera, y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche á Ingalaterra, que de allí fácilmente pasaremos á Francia y á Roma, en cuyo viaje y del modo que quisiéredes pienso acompañaros, si dello gustáredes. Aunque le pesó á Periandro deste último ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedaje á dar traza en su partida.

Habia visto Auristela cómo Arnaldo y Periandro habian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su plática: y puesto que conocia la modestia en el príncipe Arnaldo y la mucha discrecion de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban, pareciéndole que como el amor de Arnaldo igualaba á su poder, podia remitir á la fuerza sus ruegos; que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento; pero cuando los vió venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus. Clodio el maldiciente, que ya habia sabido quién era Arnaldo, se le echó á los pies, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda.

Mauricio le contó luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda: movido á compasion dellos, hizo por un capitan, que los traia á su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba á su cargo alcanzarles perdon de su rey, por ser su grande amigo. Viendo lo cual el maldiciente Clodio, dijo: Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habria quien se ocupase en decir mal dellos; pero, ¿por qué ha de esperar el que obra mal que digan bien dél? Y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? ¿Por qué ha de esperar, el que siembra cizaña y maldad, dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, oh Príncipe, y verás cómo pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales; y mas, que la alabanza tanto es buena cuanto es bueno el que la dice, y tanto es mala cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza, y si vicioso, vituperio.

CAPITULO XVII.

Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje, y aguardaba comodidad para preguntárselo á Periandro, y para saber de Arnaldo qué se habia hecho su doncella Taurisa, y como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dijo: Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte dellas, entre las cuales querria que hubiesen borrado della á mí mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado con ella, viviria contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo; el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdesete de mí, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento: que los cielos que me han destinado para ser tuyo no me dejan hacer otra cosa; mi albedrío lo es para obedecerte: tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robaron de mi reino te han sucedido: unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado: veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella: á él dejé yo bueno y con deseo de que te buscase y te hallase, á ella la traje conmigo, con intencion de venderla á los bárbaros, para que sirviese de espía, y viese si la fortuna te habia llevado á su poder; de cómo vino al mio tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y aunque muchas veces he probado volver á la isla bárbara, los vientos contrarios no me han dejado, y ahora volvia con la misma intencion y con el mismo deseo, el cual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son, de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados.

Taurisa tu doncella, habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos mios, que encontré en medio dese mar, que en un poderoso navío iban á Irlanda, á causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida; y como este navío en que yo ando mas se puede llamar de cosario que de hijo de rey, viendo que en él no habia regalos ni medicinas que piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda y la entregasen á su príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dejado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ó ya para Ingalaterra, ó ya para España ó Francia, que á do quiera que arribemos, tendremos segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes, y yo en este entre tanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento; con todo esto te ruego, señora, y te suplico, que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondremos en ejecucion.

Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si asi es, replicó Arnaldo, no quiero mandar sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fue lo que pasó á Arnaldo con Auristela, la cual se lo contó todo á Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes, el del navío inglés, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPITULO XVIII.

Donde Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que trajeron á Rosamunda y á Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla bárbara, y en el navío de Arnaldo se acomodaron Periandro, Auristela, Ricla y Constanza, y los dos Antonios, padre y hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo; hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron, y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dijo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propincua, tendria buen suceso su viaje; y que el tal peligro, puesto que era de agua, no habia de suceder, si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos.

Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino á temer si aquella traicion habia de ser fabricada por el Príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la habia de llevar en su navío; pero opúsose á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dejó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de qué parte les podia venir el daño que les amenazaba: Mauricio respondió que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, y aunque templaba su rigor con que ninguno de los

que en él se hallasen habia de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habian de ver rompidos la mitad de sus disinios y sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó, que detuviesen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarian ó se templarian los influjos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega á quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve á perderla. Ea, pues, dijo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede excusar.

Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente con muchos dones el buen hospedaje, y unos en unos navíos y otros en otros, cada cual segun y como vió que mas le convenia, dejó el puerto desembarazado y se hizo á la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes: al zarpar los hierros y tirar las áncoras disparó asi la gruesa como la menuda artillería, rompieron los aires los sones de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegres, oyéronse las voces de los que decian reiterándolo á menudo: Buen viaje, buen viaje.

A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como présaga del mal que le habia de venir, iba pensativa: mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrías: acabóse el dia, entróse la noche clara, serena, despejando un aire blando los celajes que parece que se iban á juntar, si los dejaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que habia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendria.

Con esta confusion y sobresalto se quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: Traicion, traicion, traicion, despierta, príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormia, puesto que estaba echado junto á Periandro en la misma cubierta, y dijo: ¿Qué has, amigo Mauricio? ¿Quién nos ofende, ó quién nos mata? ¿Todos los que en este navío vamos, no somos amigos; no son todos los mas vasallos y criados mios? ¿El cielo no está claro y sereno, el mar tranquilo y blando, y el bajel sin tocar en escollo ni en bajío, no navega? ¿Hay alguna rémora que nos detenga? Pues si no hay nada desto, ¿de qué temes que ansi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor, que bajen los buzanos á la sentina, que si no es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, cuando cuatro ó seis marineros se dejaron calar al fondo del navío, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navío, y vueltos á la cubierta dijeron, que el navío iba sano y entero; y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave.

Asi debe de ser, dijo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega á Dios que éste mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temoroso antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dijo: Sosegáos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan á estas señoras. Yo lo haré asi, si puedo, respondió Mauricio, y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio, en el cual Rutilio, que iba sentado al pie del árbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ó de la voz, que la tenia extremada, al son del viento que dulcemente heria en las velas, en su propia lengua toscana comenzó á cantar esto, que vuelto en lengua española, asi decia:

Huye el rigor de la invencible mano
Advertido, y enciérrase en el arca
De todo el mundo el general monarca
Con las reliquias del linaje humano.
El dilatado asilo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entonces fiera y licenciosa abarca
Cuanto alienta y respira el aire vano.
Vense en la excelsa máquina encerrarse
El leon y el cordero, y en segura
Paz la paloma al fiero alcon unida,
Sin ser milagro lo discorde amarse:
Que en el comun peligro y desventura
La natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio fue el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poeta, aunque ¿cómo lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien, que yo me acuerdo haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios: esto dijo en voz que la oyó Mauricio, el Príncipe y Periandro, que no dormian; y Mauricio dijo: Posible cosa es que un oficial sea poeta, porque la poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de un maese de campo, porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y segun la caja y temperamento del cuerpo, donde las encierra, asi parecen ellas mas ó menos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan; pero mas principalmente y propia se dice, que el poeta *nascitur*. Asi que, no hay que admirar de que Rutilio sea poeta, aunque haya sido maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el aire mas arriba de las nubes.

Asi es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo, cuando me trajo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana, mi patria, hasta Norue-

ga, donde la maté, que se habia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes destas setentrionales, es un error grandísimo, dijo Mauricio, aunque admitido de muchos. Pues ¿cómo es esto, dijo Arnaldo, que comunmente se dice y se tiene por cierto, que en Ingalaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Ingalaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no se crian lobos, pero ninguno otro animal nocivo, como si dijésemos serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones, antes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras partes á Ingalaterra, en llegando á ella muere: y si de la tierra desta isla llevan á otra parte alguna tierra y cercan con ella á alguna víbora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta.

Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad, que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y aulla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando, ya como perros, ó ya aullando como lobos, despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; y hoy dia sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes deste género, á quien los sicilianos llaman lobos menar, los cuales antes que les dé tan pestífera enfermedad lo sienten, y dicen á los que están junto á ellos que se aparten y huyan dellos, ó que los aten ó encierren, porque si no se guardan, los hacen pedazos á bocados y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos; y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante, de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad: y si despues andando el tiempo la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el lib. 8, cap. 22, que entre los árcades hay un género de gente, la cual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de un encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dijo Rutilio: lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis pies la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio: porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dijo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los crédulos deste error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del rey Artus de Ingalaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de dónde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia dijo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: Yo soy un hombre á quien no se le da por averiguar estas cosas un dinero: ¿qué se me da á mí que haya lobos hombres, ó no, ó que los reyes anden en figuras de cuervos ó de águilas, aunque si se hubiesen de convertir en aves, antes querria que fuesen en palomas, que en milanos? Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva, y asi antes pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando: los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran, á otros entristecen; contra el callar no hay castigo ni respuesta; vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos que me hacen bailar la lengua en la boca, y malográrseme entre los dientes mas de cuatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo: sírvase Dios con todo. A lo que dijo Auristela: De estimar es, oh Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio.

Rosamunda, que era una de las llegadas á la conversacion, volviéndose á Auristela, dijo: El dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza, y en él la murmuracion son naturales, puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdiccion el tiempo, y asi los ancianos murmuradores hablan mas cuanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo, dijo Transila, cada cual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dijo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Asi se mostraba esta pasada noche, dijo la bárbara Constanza, pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alborotó tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico: No seais agoreros, ni deis crédito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos: que me atreviera á juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, segun á mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que cuando no son revelaciones divinas, ó ilusiones del demo-

nio, proceden, ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia.

Ni el sueño que á mí me turbó cae debajo de la observacion de la astrología, porque sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del cielo que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega, y aun no estoy tan libre deste temor que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que yendo navegando en un navío de madera tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que mas me confunde y suspende es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dijo á esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando puedan entremeterse las blanduras de Vénus, ni los apetitos de su torpe hijo: al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar á entender á Auristela y á Periandro, y á todos aquellos que sus deseos conocian, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razon; y prosiguió diciendo: El príncipe, justa razon es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe. Asi es, respondió Mauricio, y aun es bien que asi sea: pero dejemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazon á ponerse en los brazos de Tétis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplaba favorable el viento, por parte ninguna se descubrian celajes que turbasen los marineros: el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí prometian felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta: Sin duda, nos anegamos, anegámonos sin duda.

CAPITULO XIX.

Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la division de Periandro y Auristela.

A cuyas voces respondió Arnaldo: ¿Cómo es esto, oh gran Mauricio? ¿Qué aguas nos sorben, ó qué mares nos tragan, qué olas nos embisten? La respuesta que le dieron á Arnaldo, fue ver salir debajo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: Todo este navío se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda á su salud y á la conservacion de la vida. Acógete, oh príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera posesion dellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover, por el peso de las aguas de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fueron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban della, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrase Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca, que al costado del navío venia asida, y el uno dellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de



la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo á voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo, y á mí de escarmiento, á lo menos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le

ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces y con mal articuladas palabras: Oye, oh Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel á quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este navío, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiéndolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida, y á mí me doy la muerte; y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiracion del aire y le sepultaron en perpétuo silencio: y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dejó de oir las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo antes que entrasen en ella ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento, él, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio se entraron en la barca, y fueron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecia dél sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado.

Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar el esquife, desde el cual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su para él dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los aires las voces de dulcísimo esposo mio y amada esposa mia, donde se rompian sus disinios, y se deshacian sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de escuridad, y los vientos comenzaron á soplar de partes diferentes: en resolucion, la barca se apartó del esquife, y como mas ligera y menos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla: el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si aposta quisieran que no navegara; pero cuando la noche cerró con mas escuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio, que habia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con qué ni sabia cómo guialle, antes segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian: miraba las estrellas, y aunque no parecian de todo en todo, algunas que por entre la escuridad se mostraban le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostraban en qué parte se hallaba: no consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el dia, no á mas andar como dicen, sino para mas pensar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro bajel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegría de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase.

Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron, el mozo Antonio fue el atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon, que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio, considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y asi se entró con ligero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve tan dura por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echase de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demás, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dejallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo y en lugar á donde nadie les podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda, le dijo: La cosa de que menos necesidad tengo, en ésta que agora padecemos, es la de tu compañía; ¿qué quieres, Rosamunda? vuélvete, que ni tú tienes armas con qué matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte á que me sigas. ¡Oh inexperto mozo, respondió la mujer torpe, y cuán lejos estás de conocer la intencion con que te sigo y la deuda que me debes! y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: Ves aquí, oh nuevo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue: no mires que ya á mi belleza la marchita el rigor de edad ligera siempre, sino considera en mí á la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los mas exentos hombres: yo te adoro, generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon: gocémonos, y tenme por tuya, que

yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para tí sin duda alguna de mí recogidos y guardados, si llegamos á Ingalaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te llevaré á donde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumuló Creso.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos, que arremetieron á detener las de Antonio, que de sí las apartaba; y entre ésta tan honesta como torpe contienda decia Antonio: Detente, oh arpía, no turbes ni afees las limpias mesas de Finco; no fuerces, oh bárbara egipcia, ni incites la castidad y limpieza deste que no es tu esclavo; tarázate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara que con la que me has descubierto; desvíate de mí y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura; si te vuelves mudaré propósito, y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida: oyendo lo cual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas: dejóla Antonio sagaz y advertido.

Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas y los caminos ásperos, y la gente ninguna; y advirtiendo que si adelante pasaba, podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañía: alzaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura: á Mauricio dijeron que volvieran al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó del dia, desde lejos vieron venir en una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio: amainó las velas, y pareció que se dejaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife á la mar, y se vinieron á la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que seria bien que aguardasen los que venian por saber quién eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos y fuertes mancebos, de extremada disposicion y brio, los cuales sacaron encima de sus hombros á una hermosísima doncella, tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro es-



quife, y les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con

dos cortadoras espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demás. Los caballeros dijeron: Esperad, señores, y estad atentos á lo que queremos deciros: este caballero y yo, dijo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion desa enferma doncella que ahí veis: la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger cuál de nosotros ha de ser su esposo, con que hará envainar nuestras espadas y sosegar nuestros espíritus; lo que pedimos es no estorbeis en manera alguna nuestra porfía, la cual llevaremos hasta el cabo sin tener temor que nadie nos la estorbara, si no os hubiéramos menester para que mirárades si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella, que es tan poderosa para acabar las nuestras.

La priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio no nos da lugar para preguntaros por agora quién sois ni cómo estais en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros desta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á la espada, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia á las armas que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases, á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio: éste le concedió el cielo tanto espacio de vida que le tuvo de llegar á la doncella y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: Vencí, señora; mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envio, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra: los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y fueron con presteza á requerir, asi al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza, el cual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los aires, y dejó caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones habia estado mirando, antes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dejaba en poder de dos caballeros, que la llevasen á Irlanda, como queda dicho.

Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la tristeza misma, y mucho mas cuando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida. ¡Ay, dijo á esta sazon, con qué prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es ésta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Qué imposibles son éstos que descubro á cada paso de mi remedio? Mas pues aquí son escusados los llantos y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora á la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos; y luego pidió á Mauricio pidiese á los marineros del esquife volviesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hízolo asi Mauricio, y fué á la nave con intencion de concertarse con el pitolo ó capitan que hubiese, para que los sacase de aquella isla, y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entre tanto tuvieron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen.

Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso: hízose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como católicos, que se hiciese ninguna á los muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian alterados, al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro dijo: Si os preciais, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad destas dos virtudes conmigo: yo desde el punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fui mala con los años verdes y con la hermosura mucha: con la libertad demasiada y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables.

Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre los cervices de los reyes, y he traido á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de la humana belleza de las mujeres, se entró por la mia tan si yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada; mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dejarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dejo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me da el ver siquiera á este bárbaro muchacho, el cual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia, que es de fuego, con la suya, que es de helada nieve; véome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida: golpes que

no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas y estiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esa sepultura que puesto que mezcleis mis lascivos huesos con los desa casta doncella, no los contaminarán; que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que estén: y volviéndose al mozo Antonio prosiguió: Y tú, arrogante mozo, que agora tocas ó estás para tocar los márgenes y rayas del deleite, pide al cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza; y si yo he ofendido tus recientes oidos, que asi los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdóname, que los que piden perdon en este trance, por cortesía siquiera merecen ser, si no perdonados, á lo menos escuchados: esto diciendo, dió un suspiro envuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XXI.

Salen de la isla nevada en el navío de los cosarios.

Yo no sé, dijo Mauricio á esta sazon, qué quiere éste que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dejándose allá los Páfos, Gnidos, las Cipres, los Elíseos campos de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lágrimas enterraron á Taurisa, y despues de haber vuelto Rosamunda del pasado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recebidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba; solo Rosamunda, que estaba tal que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos, y siguieron su viaje, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de cosarios y no irlandeses, como á Arnaldo le habian dicho, sino de una isla rebelada contra Ingalaterra.

Mauricio mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algun revés de su acelerada costumbre y mal modo de vivir, y como viejo y esperimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo traje de Constanza no despertasen en aquellos cosarios algun mal pensamiento. Servíales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso: eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus cuartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas que debajo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer, de manera que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio: harto habian llorado, mas no dejaron de sentir su muerte compasiva y cristianamente: sirvióla el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el cual y todos rogaron muchas veces á los cosarios que los llevasen de una vez á Irlanda, ó á Ibernia, si ya no quisiesen á Inaglaterra ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios.

La bárbara Ricla bien comprara á pedazos de oro, que los llevaran á Inglaterra, pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen antes que se los pidiesen. Dióles el capitan estancia aparte, y acomodóles de manera que les aseguró de la insolencia que podian temer de los soldados.

Desta manera anduvieron asi tres meses por el mar de unas partes á otras; ya tocaban en una isla, ya en otra; y ya se salian al mar descubierto, propia costumbre de cosarios que buscan su ganancia, las veces que habia calma, y el mar sosegado no les dejaba navegar. El nuevo capitan del navío se iba á entretener á la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al capitan ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un dia atentas á la historia que en este siguiente capítulo se cuenta que el capitan les dijo.

CAPITULO XXII.

Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer en su reino el rey Policarpo.

Una de las islas que están junto á la de Ibernia me dió el cielo por patria; es tan grande que toma nombre de reino, el cual no se hereda ni viene por sucesion de padre á hijo; sus moradores le eligen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en él se hallare; y sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el rey, y toma el cetro absoluto del mando, el cual le dura mientras le dura la vida, ó mientras no se empeora en ella; y con esto los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas para no dejar de

ser reyes: con esto se cortan las alas á la ambicion, se atierra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio: con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia: despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo, son mejor despachados; no agobian la vara de la justicia las dádivas, ni la carne y sangre de los parentescos: todas las negociaciones, guardan sus puntos y andan en sus quicios; finalmente, reino es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo.

Esta costumbre, á mi parecer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo, varon insigne y famoso, asi en las armas como en las letras, el cual tenia cuando vino á ser rey, dos hijas de la estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa; no tenian madre, que no les hizo falta cuando murió sino en la compañía; que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo á todo el reino: con estas buenas partes, asi ellas como el padre, se hacian amables, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias; principalmente solemnizaban el dia que fueron asumptos al reino, con hacer que se renovasen los juegos, que los gentiles llamaban olímpicos, en el mejor modo que podian: señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derriban á otros en la tierra.

Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban á la sombra: ponian en la mitad un suntuoso teatro, en el cual sentado el Rey y la real familia, miraban los apacibles juegos: llegóse un dia destos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habian hecho, y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenian los pies izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera: digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados el ser recien despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nervudos brazos: venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon que venia de encarnado como marinero.

Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venian en tierra, fue una misma cosa: mandó Policarpo que no saliesen á la carrera, hasta saber qué gente era aquella, y á lo que venia, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey fue el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aun los corazones de cuantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dijo al Rey: Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia destos juegos, venimos á servirte, y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta, que no está lejos de aquí: y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos desta barca y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos: todos somos nobles y deseosos de ganar honra; y por la que debes hacer, como rey que eres, á los estranjeros que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido jóven, que vos pedís lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que seria cosa injusta el negároslo, honrad mis fiestas en lo que quisiéredes, dejadme á mí el cargo de premiároslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejais á ninguno de alcanzar los primeros premios.

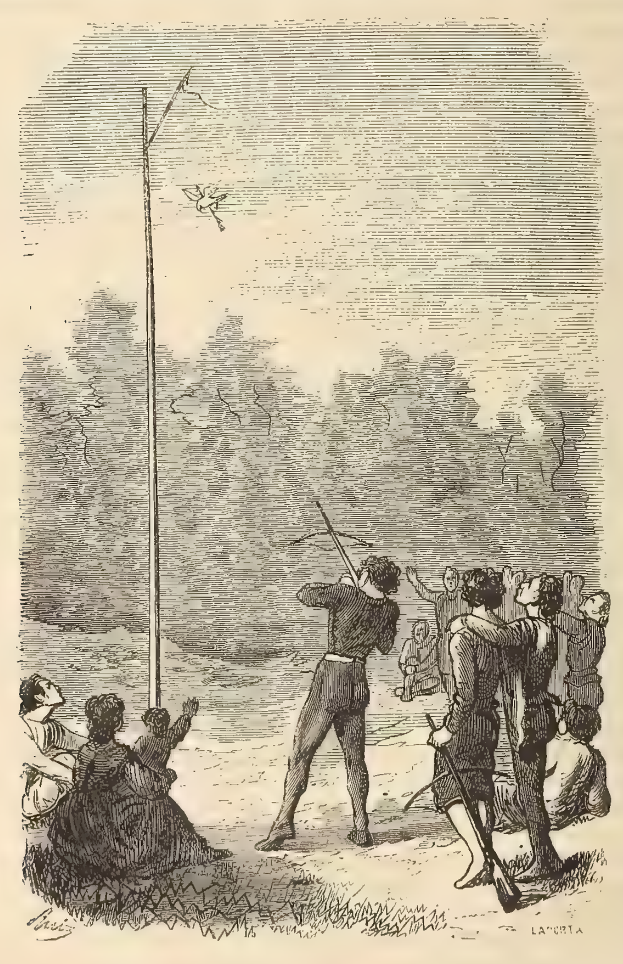
Dobló la rodilla el hermoso mancebo, y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenia á los cuatro ligeros corredores: sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera; sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo los cinco; pero aun no habrian dado veinte pasos, cuando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y á los treinta ya los llevaba de ventaja mas de quince: finalmente, se los dejó á poco mas de la mitad del camino como si fueran estatuas inmovibles, con admiracion de todos los circunstantes, especialmente, de Sinforosa, que le seguia con la vista, asi corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo los ojos de cuantos le miraban. Noté yo esto, porque tenia los mios atentos á mirar á Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa.

Comenzó luego la invidia á apoderarse de los pechos de los que se habian de probar en los juegos, viendo con cuánta facilidad se habia llevado el extranjero el precio de la carrera. Fue el segundo

certámen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual á seis que le salieron, cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos, y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa.

Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero; luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo; descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos, y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales, y con destreza y maña increible, hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra; asió luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, porque le dijeron que era el tirarla el cuarto certámen: sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atrás, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina, fue menester que el mar se los diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad, notada de sus contrarios, les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda; pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la cual habian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certámen quisiesen probarse: uno que presumia de certero, se adelantó y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes que otro: tiró, y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe azorada la paloma se levantó en el aire; y luego otro, no menos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo que la de-



tenia, entregó su libertad al viento, y batió las alas con priesa: pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios disparó su flecha, y como si mandara lo que habia de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, asi lo hizo, pues dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo, llegó á la paloma, y le pasó el corazon de parte á parte, quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extranjero, el cual en la

carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra y en el tirar de la ballesta, y en otras muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Cuando se acabaron los juegos, seria el crepúsculo de la noche, y cuando el rey Policarpo queria levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él le dijo: Nuestra nave quedó sola y desamparada, la noche cierra algo escura, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero, oh gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, y dijo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una girnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dijo al ponérsela: Cuando mi padre sea tan venturoso de que volvais á verle, veréis cómo no vendréis á servirle, sino á ser servido.

CAPITULO XXIII.

De lo que sucedió á la celosa Auristela, cuando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certámen.

¡Oh poderosa fuerza de los celos, oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! ¡Oh! hermosísima Auristela, detente: ¡no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia! pero ¿quién podrá tener á raya los pensamientos, que suelen ser tan ligeros y sutiles, que como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro, su hermano, y habiendo oido antes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le habia hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dijo: Querida amiga mia, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro; ¿no le ves en la boca deste valeroso, capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas á los favores de una doncella, que á los cuidados que le debian dar los destierros y pasos desta su hermana? ¿Andase buscando palmas y trofeos por las tierras agenas, y déjase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, á esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle?

Estas razones escuchaba atentísimamente el capitan del navío, y no sabia qué conclusion sacar dellas; solo paró en decir, pero no dijo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pie, sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros, que amainasen las velas y las templasen y asegurasen, acudió toda la gente á la faena: comenzó la nave á volár en popa, con mar tendido y largo por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia, por dejar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela, qué sobresalto era aquel que tal la habia puesto, que á ella le habia parecido haberle causado el haber oido nombrar el nombre de Periando, y no sabia por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre. ¡Ay amiga, respondió Auristela, de tal manera estoy obligada á tener en perpétuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darte fin, aunque primero llegue el dia de la vida, soy forzada á aguardarle! En sabiendo quién soy, que sí sabrás si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos. ¿Ves cuán grande es el ñudo del parentesco de un hermano? pues sobre éste tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves ansimismo cuán propio es de los enamorados ser celesos? pues con mas propiedad tengo yo celos de mi hermano. ¿Este capitan, amiga, no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro, no le miró? Sí, sin duda. ¿Y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿Pues qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo cuanto el capitan ha contado sucedió antes de la prision de la ínsula bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado, donde habrás hallado que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los celos llegen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dijo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar, pero en los agenos que no nos importan, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento, sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitan á verlos y á proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la

plática pasada, y saber del capitan si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro se extendieron á mas que coronarle, y asi se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que asi se han de llamar los favores de las damas, á Periandro; aunque á pesar de la bondad de Sinforosa á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en la suya á Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navío á buscar á Periandro y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas sus sospechas. ¿Cómo, y es posible dijo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sugetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y magestad no se aviene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reina, hermosa y libre no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometia ser grande el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que gobiernan los remos.

Calla, hija Auristela, dijo Mauricio, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros ni mas continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales los milagros, se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean: el amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de cuantos la conocen; y cuanto la hermosura es mayor y mas conocida, es mas amada y estimada: asi que, no seria milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano, porque no le amaria como á Periandro á secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas. ¿Qué, Periandro es hermano desta señora? dijo el capitan. Sí, respondió Transila, por cuya ausencia ella vive en perpétua tristeza; y todos nosotros, que la queremos bien, y á él le conocimos, en llanto y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife y de la barca, con todo aquello que fue bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban; en el cual punto deja el autor el primer libro desta grande historia, y pasa al segundo, donde se contarán cosas que, aunque no pasan de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta cómo el navío se volcó con todos los que dentro dél iban.

Parece que el autor desta historia sabia mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de celos, ocasionados de los que mostró tener Auristela por lo que le contó el capitan del navío; pero en esta traduccion, que lo es, se quita por prolija y por cosa en muchas partes referida y ventilada, y se viene á la verdad del caso, que fue, que cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche escura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos, tras quien se sigue, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros; y asi á un mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta; pero no por esto dejó cada uno de acudir á su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza su madre y hermana: solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar, y asi se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar asi hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer

la gavia las arenas del mar profundo: esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga; es espantosa, y la que coge á un desapercebido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian y á los cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrecheza, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro; que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida; y pues llega á hacer que no se sienta la pasion celosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navio, y aun á visitar las mas altas gavias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad; finalmente, al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracan furioso, como si la volvieran con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban, adios castos pensamientos de Auristela, adios, bien fundados disinios: sosegáos, pasos tan honrados como santos, no espereis otros mauseolos, ni otras pirámides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, oh Transila, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, á lo menos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, oh Ricla, cuyos deseos te llevaban á tu descaso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorártela en el cielo. En resolucion el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPITULO II.

Donde se cuenta un extraño suceso.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor desta historia, porque á este segundo capítulo le dió cuatro ó cinco principios, casi como dudando qué fin en el tomaria: en fin, se resolvió, diciendo, que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confia, como lo da fácilmente á entender este estraño suceso: sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos, que de muy atras toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas, ya mansas y recogidas, á la orilla del mar en una playa, que por entonces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no lejos estaba un puerto capacísmo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena ó de otro gran pescado que con la borrasca pasada habia dado al traves: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navio lo dijeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el cual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas Policarpa y Sinforosa salió tambien, y ordenó que con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dijeron al Rey que dentro del sonaban golpes, y aun casi se oia voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dijo: Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Jénova, una galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está agora este bajel, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo, y antes que la volviesen ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el bajel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba; y el entrar la luz dentro y el salir por él el capitan de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos, fue todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podria ser viviesen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre desta galera, y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio; que los milagros suceden fuera del órden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues ¿á qué aguardamos? dijo el rey: siérrese luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro: grande fue la

priesa que se dieron á serrar el bajel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto: abrióse en fin una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecian: metió uno el brazo, y asió de una doncella que el palpitarle el corazon daba señales de tener vida; otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa; y algunos pensando sacar vivos sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos: finalmente, dándoles el aire y la luz á los medio vivos, respiraron y cobraron aliento, limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salieron por sí mismos, y lo mismo hizo Mauricio; Arnaldo



quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dijo, fue (que ella fue la primera que rompió el silencio de todos): ¿Por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? Santos cielos, ¿qué es esto, dijo entre sí Arnaldo? ¿Qué memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa que de dar gracias al cielo por las recebidas mercedes? Pero con todo esto, le respondió y dijo, que sí estaba, y le preguntó que cómo la conocia, porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitan del navio, que le contó los triunfos de Periandro, habia pasado, y no pudo alcanzar la causa por la cual Auristela preguntaba por Sinforosa, que si la alcanzara, quizá dijera que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorada en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que asi pueden llamarse, y la admiracion en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban cómo los de la tierra estaban allí, y los del navío venian allí. Policarpo en esto, viendo que el navío al abrirle la boca, se le habia llenado de agua, en el lugar de aire que tenia, mandó llevarle á jorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo cual se hizo con mucha presteza; salieron asimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fueron recebidos del rey Policarpo y de sus hijas y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela: fue tambien á la parte desta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo traje, pocos años y gallardíia de la bárbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer y donaire de Ricla su madre; y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos á pie á ella.

Ya en este tiempo habia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su mujer y su hija, y los unos á los otros se fueron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela ocupada toda en mirar á Sinforosa; callaba; pero en fin habló á Periandro, y le dijo: ¿Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí vá es Sinforosa, la hija del rey Policarpo? Ella es, rospondió Periandro, sugeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligaran, ¡oh querida hermana mia! á que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ellas encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipérboles y alabanzas, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados: decir que una mujer es mas hermosa que un ángel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligacion: sola en tí, dulcísima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ¡oh hermano mio! no turbaran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que della dices; pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reducir á sosiego mi desasosiego, y á bonanza mi tormenta, y en este entre tanto con el encarecimiento que puedo te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras, ni otras obligaciones, que en la mia y en las mias podrás satisfacer el deseo y llenar el vacio de tu voluntad, si miras que juntando la

belleza de mi cuerpo, tal cual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro oyendo las razones de Auristela; juzgábala celosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discrecion de Auristela jamás se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamás su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensamientos, jamás le dijo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su mujer y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallase, la grandeza de tan extraño suceso. Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huéspedes real y magníficamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela, le habian sacado de su reino; y asi como vió la belleza de Auristela halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpa y Sinforosa alojaron á Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho no amante sino hermana de Periandro: y ansi por su extremada belleza como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabia un punto desviarse della; desmenuzábale sus facciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos efectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con celos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuvieron en la ciudad descansando de los trabados pasados, y dando traza de volver Arnaldo á Dinamarca ó adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad y vista curiosa habia mirado los movimientos de Arnaldo, y cuán oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia en que se halló solo con él le dijo: Yo que siempre los vicios de los príncipes he reprendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches: que lo que se dice aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinó de escuchalle, y asi le dijo que dijese lo que quisiese, y Clodio con este salvoconducto prosiguió diciendo: Tú, señor, amas á Auristela: mal dije amas, adoras dijera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quién es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada; hasla tenido en su poder mas de dos años, en los cuales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestísimos y eficaces del matrimonio, y en la misma entereza se está hoy que el primero dia que la solicitaste, de donde arguyo, que cuanto á tí te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento; y has de considerar que algun gran misterio encierra desechar una mujer un reino y un príncipe que merece ser amado: misterio tambien encierra ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo, que como dice que lo es, podria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujetas á las inclemencias del cielo y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, cuando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada, á pesar de su deseo y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle: entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrillos con direccion, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

CAPITULO III.

Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.

Apenas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos, que la visitasen; y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médicos que en ninguna manera la dejasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofreciéndole su compañía á todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la cual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilla; que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo: finalmente, despejaron todos la estancia donde estaba, y quedáronse

solas con ella Sinforosa y Policarpa á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa, y apenas se vió sola con Auristela, cuando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció que queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nuevo la turbaron, y asi le dijo: ¿Qué es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? Mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, cuanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, díjelo: no, que la vergüenza, y el ser quien soy, son mordazas de



mi lengua: ¿pero tengo de morir callando? ¿ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿es por ventura capaz de palabras el silencio? ¿han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtudes y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugalle los ojos, y á abrazarla y á decirla: No se te mueran, oh apasionada señora, las palabras en la boca; despide de tí por algun pequeño espacio la confusion y el empacho, y hazme tu secretaria; que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio: si tu pasion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas á querer bien á algun sugeto, á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan: dime, señora, á quién quieres, á quién amas y á quién adoras; que como no des en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió el que adornó el plátano, como sea hombre el que segun tú dices adoras, no me causará espanto ni maravilla: mujer soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte. Estábala mirando Sinforosa, cada palabra que decia la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. ¡Ay! señora, dijo, y ¡cómo creo que los cielos te han traido por tan estraño rodeo, que parece milagro, á esta tierra: condolidos de mi dolor y lastimados de mi lástima, del vientre escuro de la nave te volvieron á la luz del mundo, para que mi escuridad tuviese luz, y mis deseos salida de la confusion en que están! Y asi por no tenerme, ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que habia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: díjole tambien, cómo las gracias de su hermano Periandro habian despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era, merecia serlo: esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dejé que me la

grabase, sin hacerle resistencia alguna, y asi poco á poco vine á quererle, á amarle y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dijera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una arpa que en las manos traia: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dejasen de prestar atentos oidos á la sin par en música, Policarpa, que desta manera comenzó á cantar en su lengua lo que despues dijo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte
Para cobrar la libertad perdida,
Da riendas al dolor, suelta la vida;
Que no es valor ni es honra el no quejarte.
Y el generoso ardor que parte á parte
Tiene tu libre voluntad rendida,
Será de tu silencio el homicida,
Cuando pienses por él eternizarte.
Salga con la doliente ánima fuera
La enferma voz; que es fuerza y es cordura
Decir la lengua lo que la alma toca.
Quejándote, sabrá el mundo siquiera
Cuán grande fue de amor tu calentura,
Pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los habia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender, que mas por cortés que por su gusto propio la acompañaba: en fin, una vez tornando á anudar la plática pasada, le dijo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua: reventaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas llevaron tras sí mis enamorados deseos; y sin entremeterme en saber quién son sus padres, la patria ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro, y por tí sola, y por quien eres, te suplico que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un rey, que puesto que sea por eleccion, en fin, es rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo, daréte yo á mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun antes de los dias de mi padre, le elijan por rey los deste reino; y cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos. Teníale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuáles y cuántos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado; y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lástima; que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto mas que Sinforosa no la habia ofendido en cosa alguna que la obligase á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traia desatinada: finalmente, no podia culparla, sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito: lo que procuró apurar fue, si la habia favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua ó con los ojos habia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió, que jamás habia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debia, y que al paso de sus ojos habia andado el recato de su lengua. Bien creo eso, respondió Auristela, ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya: y asi soy de parecer que antes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde á tu deseo, seráme fácil á mí hacerle que de todo en todo le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos: no te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion: y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dijo: Mira, amiga y señora, hasta dónde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitan de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le trujese por fuerza ó de grado á mi presencia, y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Asi debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamien-

tos, los cuales si es posible quiero que sosiegues hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerle lástima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las habia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo: El otro dia te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mujeres, y que Auristela en efecto es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quién eres, la soledad de tu padre, la falta que haces á tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierna: mira que los reyes están obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linaje; no con las riquezas, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reinos: desmengua y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del rey es en sí tan poderosa que iguala consigo misma la bajeza de la mujer que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crias de valor admirable, mas que las no conocidas y de baja estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: asi que, oh señor mio, ó te vuelve á tu reino, ó procura con el recato no dejar engañarte, y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado: debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion hasta aquí depravada. Yo te agradezco, oh Clodio, dijo Arnaldo, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba: Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mí cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad: yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida; ansi que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán cuán vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza y apartóse de su presencia, con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser requiere tener tres calidades: la pri-



mera, autoridad, la segunda, prudencia, y la tercera ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo y en los pechos de los confusos amantes: Auristela celosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnaldo pertinaz y Mauricio haciendo disinios de volver á su patria contra la voluntad de Transila, que no queria volver á la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao, su esposo, no osaba ni queria contradecirla; Antonio, el padre, moria por verse con sus hijos y mujer en España, y Rutilio en Italia su patria: todos deseaban, pero á ninguno se le cumplian sus deseos: condicion de

la naturaleza humana, que puesto que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la cual falta siempre la ha de haber mientras no dejáremos de desear.

Sucedió pues que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa y á la vista de su pleito, en cuya sentencia consistia la de su vida ó muerte: las primeras palabras que Auristela dijo á Periandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en la una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo estremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos, corria muy apriesa con el discurso de su entendimiento para hallar dónde podrian ir encaminadas aquellas razones: pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo, que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increibles, y yo digo que tiene creible hermosura: digo creible, porque es tal, que no há menester que exageraciones la levanten ni hipérboles la engrandezcan, y en lo que he echado de ver es de condicion blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto, con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañía: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino de Roma cuanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no es muda, pero tiembla, y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y asi pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aqui dió fin Auristela á su razonamiento, y principio á unas lágrimas que desdecian y borraban todo cuanto habia dicho, sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro, el cual viendo estos estremos, y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese hilo á hilo le bañaban las mejillas.

CAPITULO V.

De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpécense á unos los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceitunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas piensan que aciertan á decirla, es decir que las estrellas tienen cierta antipatía con la complexion de aquel hombre, que le inclina ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes, que á cada paso vemos. Una de las difiniciones del hombre es decir que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal; y yo digo, que tambien se puede decir que es animal, llorable, animal que llora, y ansi como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es lícito que llore el varon prudente: la una por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdon dél; la tercera, por estar celoso: las demás lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos pues desmayado á Periandro, y ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de celoso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjugue, como hizo Auristela, la cual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado: volvió en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia volvió la cabeza, y vió á sus espaldas á Ricla y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dejarle solo no hallara palabras con que responder á su señora, y asi se fué á pensarlas y á considerar en los consejos que le habia dado.

Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber qué auto se habia preveido en la audiencia de amor, en la primera vista de su pleito y sin duda que fuera la primera que entrara á ver á Auristela, y no Ricla y Constanza; pero estorbóselo llegar un recado de su padre el rey, que le mandaba ir á su presencia luego y sin escusa alguna: obedecióle, fué á verle, y hallóle retirado y solo: hízola Policarpo sentar junto á sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baja, como que se recataba de que no le oyesen, la dijo: Hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdiccion, todavía tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Cuando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda que su padre sabia sus deseos; pero con todo eso calló, y no quiso interrumpirle hasta que mas se declarase; y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió pues su padre,

diciendo: Despues, oh hija mia, que me faltó tu madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gobernéme por tus consejos, y he guardado como has visto las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona como por guardar la fe católica que profeso: pero despues que han venido estos nuevos huéspedes á nuestra ciudad se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abismo bajo de no sé qué deseos, que si los callo me matan, y si los digo me deshonran: no mas suspension, hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres que mas haya, sea el decirte que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya escuros, la gallardía de su persona ha alentado la flojedad de la mia. Querria, si fuese posible, á tí y á tu hermana daros una madrastra, que su valor disculpe el dárosla: si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué dirán, y cuando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reino, reine yo en los brazos de Auristela, que no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas, y alcances della el sí que tanto me importa, que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos: bueno es ser reina, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que has de traer desta embajada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor. Mira, cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la mujer á procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la mujer al marido, sino el marido á la mujer. Las magestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mujeres: asi que séase Auristela quien fuere, que siendo mi esposa será reina, y su hermano Periandro mi cuñado, el cual dándotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendrás tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. Pues ¿cómo sabes tú, señor, dijo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo? De que no lo sea, respondió el rey, me lo da á entender el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo me lo certifica y asegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana; y pues la hermosura de su hermana la hace ser reina, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras y con esta grande promesa paladeó el rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos; y asi sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenia negociado: solo le dijo que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavía seria bueno no arrojarse, sin que primero la esperiencia y el trato de algunos dias le asegurase; y diera ella porque en aquel punto se le dieran por esposo todo el bien que acertara á desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida; que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente; que el tonto y simple, ni sabe murmurar ni maldecir: y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto; que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto y dé sabor, como la sal á los manjares; y por lo menos el maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el rey de Ingalaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamuda, hallándose solo con Rutilio, le dijo: Mira Rutilio, necio es y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo agora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos: si á tí, con importarte la vida como dices, los descubres al otro á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debajo de la llave del silencio? ¿Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos, que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas, antes que se me pudran en el pecho ó reviente con ellos. Ven acá, Rutilio, ¿qué hace aquí este Arnaldo, siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuese su misma sombra, dejando su reino á la discrecion de su padre viejo, y quizá caduco, perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? ¿Qué dirémos de esta Auristela y deste su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son ó no principales? Que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna. No niego yo que no sea virtud digna de alabanza mejorarse cada uno, pero ha de ser sin per-

juicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida se le deben, mas no se le debe á la ficticia y hipócrita. ¿Quién puede ser este luchador, este esgrimador, este corredor y saltador, este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado, este Argos desta ternera de Auristela, que apenas nos la deja mirar por brújula, que ni sabemos ni hemos podido saber deste par tan sin par en hermosura, de dónde vienen ni á do van? Pero lo que mas me fatiga dellos es que por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos, y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones: lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las bárbaras Ricla y Constanza: bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela valen un gran tesoro; pero no son prendas que se cambian y truecan por menudo; pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los favorezcan, es hablar en lo escusado. Pues ¿qué dirémos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que revienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré que Ladislao, su esposo de Transila, tomara ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester, y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe, yo pondré que si el cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente mostrando á su mujer y á sus hijos envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros y el incendio no pensado de la isla: bien asi como hacen los que libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos; pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condicion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser creederos. ¿A dónde vas á parar, oh Clodio? dijo Rutilio. Voy á parar, respondió Clodio, en decir de tí que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan ni tienen otros pasatiempos sino los que les ofrece Baco en sus tazas risueño, y en sus bebidas lascivo: pararé tambien en mí, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo, y por la cortesía de Arnaldo, ni al cielo doy gracias, ni á Arnaldo tampoco, antes querria procurar que aunque fuese á su costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura: entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos y lo pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás, Clodio, replicó Rutilio; pero yo no puedo imaginar qué medio podrémos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte, si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento: yo no soy tan letrado como tú, pero bien alcanzo que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les da la mano; pero á tí, ¿quién te la ha de dar, si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud? ¿Y á mí quién me ha de levantar, pues cuando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? Yo danzador, tú murmurador; yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente: mira qué bien podrémos esperar que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor desta grande historia.

CAPITULO VI.

Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.

Todos tenian con quién comunicar sus pensamientos: Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio; solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tanto las razones de Auristela, que no sabia á cuál acudir, que le aliviase su pesadumbre. Válame Dios, ¿qué es esto, decia entre sí mismo, ha perdido el juicio Auristela? ¡ella es mi casamentera! ¿cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿Qué reinos ni qué riquezas me pueden á mí obligar á que deje á mi hermana Sigismunda, sino es dejando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: Sin duda Auristela está celosa, que los celos se engendran entre los que bien se quieren, del aire que pasa, del sol que toca y aun de la tierra que se pisa. ¡Oh señora mia! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linaje humilde: considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos; y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no

tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino: con la edad y con el uso de la razon fue creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vílas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma; y de la tuya á la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: deja pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oidos el dulce nombre de hermano con que me llamas: todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua; mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creido, y asi determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dejemos escribiendo á Periandro, y vamos á oir lo que dice Sinforosa á Auristela, la cual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apenas se la habria declarado, cuando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mujeres, que por naturaleza, las mas, son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Cuando Auristela vió á Sinforosa no le plugo mucho su llegada, porque no tenia qué responderle, por no haber visto mas á Periandro; pero Sinforosa antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y asi le dijo: Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envia á decir que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres reina, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hacer por mí; que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discrecion no se olvida de sí misma: y dime agora, qué es lo que respondió tu hermano á lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seria el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres; mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en cuánto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le habrémos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, nì sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, oh bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de sus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas: las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una destas acciones: y asi es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los términos desta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos; y véte, hermana, y had llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber dél alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dejóla por hacer venir á Periandro á que la viese, el cual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia desta manera:



«No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun della fio algo, pues no puede escri»bir cosa que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte: ahora vengo á co»nocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí, que tienen expe»riencia en aquellos sobre quien se les pide un consejo. Perdóname, que no admito el tuyo por »parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma: vuelve señora, en tí, y no »te haga una vana presuncion celosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendi»miento. Considera quién eres, y no te se olvide de quien yo soy; y verás en tí el término del valor »que puede desearse, y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse; y fiándote en esta con»sideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que á tu incom-

»parable virtud y belleza otra alguna se anteponga: sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto, »y quédense aparte celos infructuosos y mal nacidas sospechas: la partida desta tierra solicitaré con »toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir de ella, saldré del infierno de mi tor»mento á la gloria de verte sin celos.»

Esto fue lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel se fué á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

CAPITULO VII.

Donde Rutilio enamorado de Policarpa y Clodio de Auristela, las escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa y el otro de Auristela: á Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion cómo descubrir sus pensamientos, sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre bajo y humilde, que se atreve á decir á una mujer principal lo que no habia de atreverse á pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos: ha de ser anejo á la mujer principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una mujer, cuanto es mas señora; pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras: pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa y Clodio á Auristela, del tenor que sigue:

RUTILIO Á POLICARPA.

«Señora, yo soy extranjero, y aunque te diga grandezas de mi linaje, como no tengo testigos »que las confirmen, quizá no hallarán crédito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy »ilustre en linaje, basta que he tenido atrevimiento de decirte que te adoro: mira qué pruebas »quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á tí estará el pedirlas y á mí el hacerlas; »y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco como deseo; »que de altos espíritus es de aspirar á las cosas altas: dame siquiera con los ojos respuesta deste »papel, que en la blandura ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte ó de mi vida.»

Cerró el papel Rutilio con intencion de dársele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: Díselo tú una vez, que no faltará quien se lo diga ciento: mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él otro que para Auristela tenia escrito, que es éste que se sigue:

CLODIO Á AURISTELA.

«Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donaire y genti»leza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; »pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad »á sus fueros y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿cuál es el corazon de »piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos »puesta, que has llegado al último de la vida por momentos? el hierro y despiadado acero ha ame»nazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido »yerta, y la hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mejillas, y finalmente »el agua te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no sé con qué fuerzas los llevas, pues no te las »pueden dar las pocas de un rey vagabundo y que te sigue por solo el interés de gozarte; ni las de »tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias: no fíes, señora, de pro»mesas remotas, y arrímate á las esperanzas propincuas, y escoge un modo de vida que te asegure »la que el cielo quisiere darte: mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de »la tierra, yo daré traza cómo sacarte deste, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y sa»cándote deste Egipto, te llevaré á la tierra de promision, que es España ó Francia ó Italia, ya »que no puedo vivir en Ingalaterra, dulce y amada patria mia; y sobre todo me ofrezco á ser tu es»poso, y desde luego te acepto por mi esposa.»

Habiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dijo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad;

porque el amor ni nace ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperanza y faltando ella falta él de todo punto, ¿pues por qué queremos aventurarnos á perder y no á ganar en esta empresa? que el declararla, y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el cuchillo, ha de ser todo uno: demás que por mostrarnos enamorados, habrémos de parecer sobre desagradecidos traidores: ¿tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un rey? ¿y la que hay de un desterrado murmurador, á la que desecha y menosprecia reinos? Mordámonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad:



á lo menos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dé á Auristela, le piense guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de veras. Llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero asi como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que tenia prevenidas, le dijo: Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fue Persiles, y soy el que tú quieres que sea Periandro: el ñudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte, y siendo esto asi, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que sus bellezas ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, asi del cuerpo como del alma; esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláusula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte, al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de sus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida desta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viaje; que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino: tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de celos y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venia encerrada, y respondiôle seis ú ocho palabras, que fueron: Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, y confiada te pido que con brevedad salgamos desta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevara con paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de qué disculparme: por quien eres te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para qué nos mates con ella: pondré en efecto lo que me mandas, saldrémos desta tierra con la brevedad posible. ¿Sabes cuánto te importa, Periandro? respondió Auristela: pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dádivas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este reino; Policarpo el rey quiere ser mi esposo, hámelo enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mí, siendo su madrastra, quiere que seas su esposo: si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro, considéralo, y conforme á esto aconséjate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necesidad pide; y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte, pero estos yerros fácilmente los perdona

el amor. Dél se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin celos, los cuales cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de espuelas á la voluntad que de puro confiada se entibia, ó á lo menos parece que se desmaya; y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con la voluntad mas llana y menos puntuosa, no levantando algun descuido mio, mas pequeño que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos, llegando á los celos; y en lo demás con tu buen juicio entreten al Rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dejó Periandro, y al salir de la estancia, encontró con Clodio y Rutilio, Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo para ponérselo en el seno: Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad y ufano de su atrevimiento; pero andará el tiempo, y llegará el punto, donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPITULO VIII.

De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla.

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso además de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aun hacia mercedes en esperanzas del venidero matrimonio; pero entre todos estos disinios no tomaba el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y cuando fueran sesenta, es tambien grande la distancia: ansi halagan y lisonjean los lascivos deseos las voluntades, asi engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos, asi tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones á los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que quien mucho desea, mucho teme, y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linaje y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren: andan el amor y el temor tan apareados, que á do quiera que volvais la cara los vereis juntos, y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho, por no dar á quien bien quiere pesadumbre, y mas que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla.

Todo esto con mejores discursos que su padre consideraba la bella Sinforosa, y entre temor y esperanza puesta fué á ver á Auristela, y á saber della lo que esperaba y temia; en fin, se vió Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas deseaba; y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que asi como entró á verla, sin que la hablase palabra, se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte. Entendióla Auristela, y á media risa, quiero decir, con muestras alegres, le dijo: Llegaos, señora, que á la raiz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad, que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegarán, porque, aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperalle: mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza á quererte, y tiene á bien y á merced particular la que le haces en querer ser suya; pero antes que venga á tan dichosa posesion, há menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara: que has de saber, hermana mia, que asi puedo yo vivir sin Periandro como puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir, donde él viviere; él es el espíritu que me mueve y el alma que me anima, y siendo esto asi, si él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para excusar este desman que me amenaza, ordena, que nos vamos con él á su reino, desde el cual le pedirémos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra; y está claro, como la experiencia me lo ha demostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, fácil cosa será dar la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: No sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y asi las dejaré en su punto, porque no sé cómo explicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recíbelo antes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu posesion: no le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hále de ser forzoso, si no querer,

á lo menos consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reino y en su casa: asegúrame tú, oh hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las dificultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que están por venir; á hacernos fuerza pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso, á lo menos lo es mas que tu padre, y los reyes burlados y engañados, fácilmente se acomodan á vengarse; y asi en lugar de haber recebido con nuestro parentesco gusto, recebiríades daño, trayéndoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dijeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con tu discrecion y aviso solicites nuestra partida, que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí, si no en reinos tan grandes como los de Arnaldo, á lo menos en paz mas segura, gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas. Oyendo las cuales razones Sinforosa, loca de contento se abalanzó á Auristela, y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios: en esto vieron entrar por la sala á á los dos, al parecer bárbaros, padre é hijo, y á Ricla y Constanza; y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: despidióse Sinforosa mas alegre y mas engañada que cuando habia entrado; que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto.

El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas, que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dijo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre al verse desterrados ausentes de su patria, donde no dejaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dejaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, á donde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me den el último vale: este bien y merced conseguirémos todos cuantos aquí estamos, pues todos somos estranjeros y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallarémos en las agenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo menos teniendo por bien que nosotros la procurémos, puesto que no será posible el dejarte; porque tu generosa condicion y rara hermosura acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. A lo menos, dijo á esta sazon Antonio el padre, de la mia y de las de mi mujer y hijos, lo es de suerte, que primero dejaré la vida, que dejar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder á él, como debia, todavía haré que le pongan en efecto el príncipe Arnaldo y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto, pues, que llega el felice dia y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reine en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros; que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias: que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso y su discrecion admirable. Entró en este instante el rey Policarpo, alegre sobremanera, porque ya habia sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los ímpetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía, que no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo; y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos.

Entraron con el rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabien Auristela de la mejoría, mandó el rey que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habian recebido, se hiciesen luminarias en la ciudad, y fiestas y rogocijos ocho dias contínuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo en considerar cuán suavemente se iba engañando Arnaldo, el cual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los disinios de Policarpo, buscaba modo de salir de su ciudad, pues tanto cuanto mas se dilataba su partida, tanto mas á su parecer se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de volver á su patria acudió á su ciencia, y halló en ella que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto que cuando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por cualquiera dificultad, y hasta llegar al fin dellos no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y asi no habia para qué fiarse en las ocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion, quedaron los tres de acuerdo que

Mauricio buscase un bajel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Ingalaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo convenible, y que en este entre tanto no mostrase ninguno señales de que tenian noticia de los disinios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPITULO IX.

Da Clodio el papel á Auristela; Antonio el bárbaro le mata por yerro. De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

Dice la historia, que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le habia escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leidos y estimados: abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dejalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dijo: Quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa deste tu atrevido disparate entendiera que habia nacido de algun descuido mio, que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento, el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro, y sin replicar palabra bajó los ojos, volvió las espaldas, y dejó sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado habia de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo: sucedió en este tiempo que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una mujer en él, de hasta cuarenta años de edad, que con el brio y donaire debia de encubrir otros diez, vestida no al uso de aquella tierra, sino al de España; y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que habia visto en los de la bárbara isla donde se habia criado y nacido, bien conoció ser extranjera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recebirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre), despues de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo: Parecerte há novedad, oh mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mujeres, habiéndote criado, segun he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho; no te desvíes, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Cenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras; salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reino tienen del católico rebaño; mi estirpe es agarena, mis ejercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única: ¿ves este sol que nos alumbra? pues si para señal de lo que puedo quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto escura noche, ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ó otras espantosas señales que nos representen la confusion del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual con el apellido de Cenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: ejercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna: usan de caracteres que no entienden, y si algo alzanzan tal vez de lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya que el demonio las engañe; pero nosotras las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras; y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes; de donde nace nuestra buena ó mala fama: buena si hacemos bien con nuestra habilidad, mala si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos, que no se deslicen á procurar el mal ageno; que ¿quién quitará al airado y ofendido que no se vengue?

¿quién al amante desdeñado que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece; puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre albedrío, no hay ciencia que lo pueda ni virtud de yerbas que lo alcance.

A todo esto que la española Cenotia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saqer qué suma tendria tan larga cuenta; pero la Cenotia prosiguió diciendo: Dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman inquisidores, en España, me arrancó de mi patria; que cuando se sale por fuerza della, antes se puede llamar arrancada, que salida: vine á esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atrás, pensando que me morderian las faldas los perros, que aun hasta aquí temo: díme presto á conocer al rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que deje maravillado al pueblo: procuré hacer vendible mi ciencia tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro, y estando atenta á esta ganancia he vivido castamente, sin procurar otro algun deleite, ni le procurara, si mi buena ó mala fortuna no te hubieran traido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar cuantos dineros acertares á desear; para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el aire; haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra; haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra; haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra: en fin, enmendaré tu suerte de manera que seas siempre invidiado y no invidioso, y en cambio destos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no es menester que me tengas voluntad, como para ser esposa; y como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea, viviré contenta: comienza, pues, oh generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido: mostrarte has prudente, si antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras; y en señal de que asi lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle.

Antonio viendo lo cual, lleno de confusion como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle, y levantándose, fué á tomar su arco, que siempre, ó le traia consigo, ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha,



hasta veinte pasos desviado de la Cenotia le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia en su traje): pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en per-

pétuo silencio: castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Cenotia la cabeza, vió el mortal golpe que habia hecho la flecha, temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPITULO X.

De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que habia hecho, que aunque acertó errando, como no sabia las culpas de Clodio, y habia visto las de la Cenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las habia llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro: entró en esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe habia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle que sí; quiso saber la causa, y tambien se la dijo: admiróse el padre, y lleno de indignacion le dijo: Ven acá, bárbaro, si á los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir dellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo hebreo, que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dejaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida; y ese arco con que presumes vencer á la misma valentía, no le armaras contra la blandura de una mujer rendida, que cuando lo está, rompe por cualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos te alcanzará la muerte en ellos.

Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fue: No miré, señor, lo que hice, y pésame de haberlo echo: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dése órden de enterrar á Clodio, y de hacerle la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto habia volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa della, porque la encubrió la enamorada Cenotia, diciendo solo, que sin saber por qué el bárbaro mozo le habia muerto.

Llegó esta nueva á los oidos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrársele á Periandro ó á Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo habia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente como cristiana; y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al príncipe Arnaldo, el cual á ruego de Auristela y al de Transila perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le habia muerto, sin descubrir los pensamientos de Cenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, asi como albergaba en el de la Cenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el cual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad: lloraba Ricla su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido: no se podia alegrar Auristela, ni Mauricio. Ladislao y Transila sentian la misma pesadumbre, viendo lo cual Policarpo acudió á su consejera Cenotia, y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio, la cual por no conocerla los médicos, ellos no sabian hallarle: ella le dió buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no moriria; pero que convenia dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo como si se lo dijera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon: que puesto que deseaba que se partiese, pues no podia volver si no se partia, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazon y coyuntura, donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila y Rutilio, que despues que escribió el billete á Policarpo, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien asi como el culpado que piensa que cuantos le miran son sabidores de su culpa: digo que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fueron á visitar á pedimento de Auristela, que ansí á él como á sus padres los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho cuando los sacó del fuego de la isla, y la llevó al serralo de su padre: y mas que como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos y se traban

las amistades, por haber sido tantas las que en compañía de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion y destino los amaba.

Estando pues juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente á Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaria de saber de dónde venia la primera vez que llegó á aquella isla, cuando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hicieron en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió, que si haria, si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir ni descubrir á nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dijeron que hiciese su gusto, que de cualquier cosa que él dijese le recebirian; y el que mas contento sintió fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dijese, algo que descubriese quién era: con este salvoconducto Periandro dijo desta manera.

CAPITULO XI.

Cuenta Periandro el suceso de su viaje.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea éste: que nos contempleis á mi hermana y á mí, con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño, en lugar de parecer mercader, era un gran cosario; las riberas de una isla barriamos, quiero decir, que íbamos tan cerca della, que distintamente conocíamos, no solamente los árboles, pero sus diferencias: mi hermana, cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á la tierra, pidióselo al capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á mí y á mi hermana y á Cloelia, que este era el nombre de su ama: al tomar tierra, vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo; hacíanle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos árboles, á quien servian de cristalinos espejos sus transparentes aguas: rogámosle se entrase por el rio, pues la amenidad del



sitio nos convidaba; hízolo asi, y comenzó á subir por el rio arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo, y dijo: Mirad, señores, del modo que habeis de hacer este viaje, y haced cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navío, porque no habeis de volver mas al en que la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decís que sois su hermano, la vida: díjome en fin, que el capitan del navío queria deshonrar á mi hermana y darme á mí la muerte, y que atendiésemos á nuestro remedio, que él nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento: si nos turbamos con esta nueva, júzguelo el que estuviere acostumbrado á recebirlas malas de los bienes que espera. Agradecíle el aviso y ofrecíle la recompensa cuando nos viésemos en mas felice estado: Aun bien, dijo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora; y aconsejándonos los cuatro de lo que hacer debíamos, fue parecer del marinero que nos entrásemos el rio adentro, quizá descubriríamos algun lugar que nos defendiese,

si acaso los de la nave viniesen á buscarnos: mas no vendrán, dijo, porque no hay gente en todas estas islas, que no piense ser cosarios todos cuantos surcan estas riberas, y en viendo la nave ó naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con asaltos nocturnos y secretos nunca salen medrados los cosarios. Parecióme bien su consejo, tomé yo el un remo, y ayudéle á llevar el trabajo; subimos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oidos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de árboles movibles, que de la una ribera á la otra ligeramente cruzaban; llegamos mas cerca y conocimos ser barcas enramadas lo que parecian árboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban.

Apenas nos hubieron descubierto, cuando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por



todas partes: levantóse en pie mi hermana, y echándose sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada, ó liston, que le dió su ama, hizo de sí casi divina é improvisa muestra, que como despues supe por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian, los cuales á voces, como dijo el marinero que las entendia, decian: ¿Qué es esto? ¿Qué deidad es ésta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino y á la sin par Selviana de sus felicísimas bodas? Luego dieron cabo á nuestra barca, y nos llevaron á desembarcar no lejos del lugar donde nos habian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, cuando un escuadron de pescadores, que asi lo mostraban ser en su traje, nos rodearon, y uno por uno llenos de admiracion y reverencia llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela, la cual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina.

Poco desviados de la ribera vimos un tálamo en gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores que servian de alcatifas al suelo: vimos ansimismo levantarse de unos asientos dos mujeres y dos hombres: ellas mozas y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera: el uno gallardo y gentilhombre, y el otro no

tanto, y todos cuatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentilhombre dijo: Oh tú, quien quiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano y yo con el extremo á nuestras fuerzas posibles, te agradecemos esta merced que nos haces, honrando nuestras pobres y ya de hoy mas ricas bodas: ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dejas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres, ó por mejor decir, las paredes de mimbres, y los tejados de conchas, hallarás por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte; y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermosura la opinion que della tenian. El pescador menos gallardo se apartó á dar órden á la demás turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recien venida extranjera, y que tocasen todos los instrumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente: el marinero (contentísimo del suceso), dió cuenta á los pescadores del navío, que en el mar quedaba, diciéndoles que era de cosarios, de quien se temia que habian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes: que para mover los corazones á su defensa le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana.

Apenas entendieron esto, cuando dejaron los instrumentos regocijados, y acudieron á los bélicos, que tocaron arma, arma, por entrambas riberas: llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusiéronse centinelas hasta la misma boca del rio, cebáronse las nasas, tendiéronse las redes y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huéspedes; y por mas honrarlos, los dos recien desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dejar los ranchos solos á ellas y á Auristela y á Cloelia, y que ellos con sus amigos, conmigo y con el marinero se las hiciese guarda y centinela; y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nuevo regocijo habia encendido, quisieron los desposados que cenásemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mujeres: hízose asi, y fue la cena tan abundante que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes y la otra sus pescados.

Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros, me dijo: Por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo; y ansi, aunque me tengas por loco y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, á mí me ha cabido la suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé qué disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago: yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla: que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa mujer del mundo; y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana, de modo que nuestras cuatro voluntades están trocadas, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer á nuestros padres y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en qué razon se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ageno; y aunque esta tarde habíamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo, que asi lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como extranjero, y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme; porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda que me lleve á mi remedio, de ausentarme destas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden.

Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras. No hay para qué te ausentes, amigo, á lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina: con esto nos volvimos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado, y ella halló en su discrecion el modo como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos; y fue que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte, les dijo: Sabed, amigas, que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo que viendo el rostro de una persona le leo el alma, y le adivino los pensamientos: para prueba desta verdad, os presentaré á vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos: callad, y dejadme hacer, que ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmaron ser verdad cuanto habia dicho, especial-

mente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia cuya alborada fue regocijadísima, porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores, sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sones, alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría, salieron los desposados para irse á poner en el tálamo, donde habian estado el dia de antes, vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenia; y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis cuando os las enseñe, mostró ser imágen sobre el mortal curso levantada; llevaba asidas de las manos á Selviana y á Leoncia, y puesta encima del teatro, donde el tálamo estaba, llamó y hizo llegar junto á sí á Carino y á Solercio: Carino llegó temblando y confuso de no saber lo que yo habia negociado, y estando ya el sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen; luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado que apenas los aires se movian.

Viéndose pues prestar grato oido de todos, dijo en alta y sonora voz: Esto quiere el cielo; y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es, como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental, sino propio destos venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los cuatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues asi habia trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada banda; ni mas ni menos las banderetas, que venian muchas por los filaretes, asimismo eran de varias colores; los doce remos de cada una venian vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine cuando entré la vez primera en esta isla: luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las cuatro como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dejaba entender lo que mandaba el capitan del mar, que en otra pintada barca venia: apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dejando un espacio llano en medio, por donde las cuatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlas; y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien ansi como lo suele estar el generoso can de Irlanda, cuando su dueño no le quiere soltar de la trailla á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas cuatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecia que volaban: una dellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demás casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos cuantos la miraban de que ella seria la primera que llegase á ganar el deseado premio: otra que venia tras ella iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores: pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina; porque aunque es ley de los combates y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces ó con otro algun género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cu-



pido se aventajaba tanto á las demás, sin mirar á leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dijeron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible. A cuyas voces, por escuchallas parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor.

Aprovechóse desta ocasion la segunda barca, que detrás de la del Amor venia, la cual traia por

insignia al Interés en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, é impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interés con el Amor, y arrimándosele á un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interés recogido los suyos y pasado adelante, dejando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor, y volvieron á decir: El Interés vence, el Interés vence.

La barca tercera traia por insignia á la Diligencia, en figura de una mujer desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompeta en las manos, antes parecia Fama que Diligencia: viendo el buen suceso del Interés, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo que llegaron á igualar con el Interés; pero por el mal gobierno del timonero se embarazó con las dos barcas primeras de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo cual la postrera, que traia por insignia á la buena Fortuna, cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa, viendo el intricado enredo de las demás barcas, desviándose algun tanto dellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decirse suele, los puños, y deslizándose por un lado pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados les parecia que si los que quedaban atrás entonces, les llevaran la misma ventaja no dudaran de alcanzarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura que por ligereza.

En fin, la buena Fortuna fue la que la tuvo buena entonces, y la mia de agora no lo seria si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y extraños sucesos. Y asi os ruego, señores, dejemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dijo Periandro á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo, viendo lo cual su padre, casi como adevino de donde procedia, los dejó á todos, y se fué, como despues parecerá, á buscar á la Cenotia, con la cual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XII.

De cómo Cenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al rey Policarpo no deje salir de su reino á Arnaldo y los demás de su compañía.

Paréceme que si no se arrimara la paciencia al gusto que tenian Arnaldo y Policarpo de mirar á Auristela, y Sinforosa de ver á Periandro, ya la hubieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que habia sido algo larga y traida no muy á propósito, pues para contar sus desgracias propias no habia para qué contar los placeres agenos: con todo eso, les dió gusto y quedaron con él esperando oir el fin de su historia, por el donaire siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba.

Halló Antonio el padre á la Cenotia, que buscaba en la cámara del Rey por lo menos, y en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo y levantando la daga en alto, la dijo: Dame, oh hechicera, á mi hijo vivo y sano, y luego, si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado; mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de algujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas: mira oh pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta ó en alguna otra parte que solo tú lo sabes. Pasmóse Cenotia viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo si se la pidiera: de tal manera se le habia entrado el temor en el alma, y asi le dijo: Suéltame, español, y envaina tu acero, que los que tienen tu hijo le han conducido al término en que está; y pues sabes que las mujeres somos naturalmente vengativas, y mas cuando nos llama á la venganza el desden y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho; aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no desprecie á los que piedad le pidieren, y véte en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano.

Cuando asi no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria para hallarte ni cólera para quitarte la vida; y con esto la dejó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que habia preparado para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenia rendida. Apenas hubo sacado la Cenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brio, de lo que recibieron general contento cuantos le conocian, y estando con él á solas su padre le dijo: En todo cuanto quiero agora decirte, oh hijo, quiero advertirte que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera, y bien habrás echado de ver esto en quince ó diez y seis años que há que te enseño la ley que mis padres me enseñaron, que es la católica, la verdadera, y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los cielos: esta santa ley nos enseña que no estamos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino á aconsejarlos la enmienda de sus delitos; que el castigo toca al juez, y la reprension á todos, como sea con las con-

diciones que despues te diré: cuando te convidaren á hacer ofensas que redunden en deservicio de Dios, no tienes para qué armar el arco ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras, que con no recebir el consejo y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor de la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto: la Cenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco á poco en menos de diez dias perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo hubieran estorbado; y vente conmigo, porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucesos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióla Antonio á su padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad le armasen.

La Cenotia en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano agena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro, y con este pensamiento y resuelta determinacion se fué al rey Policarpo, y le dijo: Ya sabes, señor, cómo despues que vine á tu casa y á tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes como prudente, que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados, y por esto querria que en el que ahora tienes hecho de dejar ir libremente á Arnaldo y á toda su compañía, vas fuera de toda razon y de todo término. Dime: si no puedes presente rendir á Auristela, ¿cómo la rendirás ausente? ¿Y cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo á tomar por esposo á un varon anciano, que en efecto lo eres (que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar), teniéndose ella de su mano á Periandro, que podria ser que no fuese su hermano, y Arnaldo, príncipe mozo y que no la quiere para menos que para ser su esposa? No dejes, señor, que la ocasion que agora se te ofrece, te vuelva la calva en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo este monstro bárbaro que viene en su compañía, de matar en tu misma casa á aquel que dicen que se llamaba Clodio, que si ansi lo haces, alcanzarás fama que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia.

Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Cenotia, que con cada palabra que le decia le atravesaba como si fuera con agudos clavos el corazon, y luego luego quisiera correr á poner en efecto sus consejos; ya le parecia ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reino de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos disinios: en fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los celos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le habia ofendido; pero viendo la Cenotia cuán sazonado le tenia, y cuán pronto para ejecutar todo aquello que mas le quisiese aconsejar, le dijo, que se sosegase por entonces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenia.

Agradecióselo Policarpo, y ella cruel y enamorada, daba trazas en su pensamiento, como cumpliese el deseo del Rey y el suyo: llegóse en esto la noche, juntáronse á conversacion como la vez pasada; volvió Periandro á repetir algunas palabras antes dichas, para que viniese con concierto á anudar el hilo de su historia, que la habia dejado en el certámen de las barcas.

CAPITULO XIII.

Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hércules; tal era la gracia y donaire con que Periandro contaba sus sucesos; finalmente, los volvió á anudar, como se ha dicho, prosiguiendo desta manera: Al Amor, al Interés y á la Diligencia, dejó atrás la buena Fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de provecho el interés, ni el amor puede usar de sus fuerzas; la fiesta de mis pescadores tan regocijada como pobre, excedió á las de los triunfos romanos; que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar: holgábanse los desposados, que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y asi ordenaron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas y se continuasen por tres dias: la sazon del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por sí, y todas juntas, convidaban á tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fiestas durasen. Pero apenas nos habíamos reducido á la isla, cuando de entre un pedazo de bosque que en ella estaba salieron hasta cincuenta sal-

teadores armados á la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto; y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos á mirar que á acometer á los ladrones, los cuales como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos á mi hermana Auristela, á Cloelia su ama, y á Selviana, y á Leoncia; como si solamente vinieran á ofendellas, porque se dejaron otras muchas mujeres á quien la naturaleza habia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el extraño caso mas cólerico que suspenso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces afrentándolos como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviesen á volver á tomar venganza dellas; pero ellos, atentos á salir con su intento, ó no oyeron ó no quisieron vengarse, y asi se desaparecieron, y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse, á consejo, sobre qué haríamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestrrs prendas: uno dijo, no es posible sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas: si esto no es ansi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas cuanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dije entonces, el que haré esa diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dijeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

Cuando tomamos esta resolucion, comenzaba á anochecer, pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados y yo, con seis remeros: pero cuando salimos al mar descubierto, habia acabado de cerrar la noche, por cuya escuridad no vimos bajel alguno: determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubríamos alguno navío, y quiso la suerte que descubriésemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia á tomarla: conocí que el que dejaba la tierra era el mismo de quien habíamos salido á la isla, asi en las banderas como en las velas, que venian cruzadas con una cruz roja, los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran cosarios. Pues como yo imaginé que el navío que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro; vine arrimado al costado del navío para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiesen. Asomóse el capitan al borde, y cuando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artillería de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navío de tierra; al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y en un instante se comenzaron á cañonear las dos naves como si fueran de dos conocidos é irritados enemigos.

Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lejos estuvimos mirando la batalla; y ha-



biendo jugado la artillería casi una hora, se aferraron los dos navíos con una no vista furia: los del navío de fuera, ó mas venturosos, ó por mejor decir, mas valientes, saltaron en el navío de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta quitando la vida á sus enemigos sin dejar á ninguno con ella: viéndose pues libres de sus ofensores, se dieron á saquear el navío de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de cosarios no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia y á Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban

un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los aires, uno de tierra sopló, y hizo apartar el navío; no pude llegar á él ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y asi fue forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida; y por no ser otra la derrota que el navío llevaba, que aquella que el viento le permitia, no pudimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese á entender quiénes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio: él voló en fin, por el mar adelante, y nosotros desmayados y tristes, nos entramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entró entonces en mi pecho, que sin mudarme el ser me pareció que le tenia mas que de hombre, y asi levantándome en pie sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demás y estuviesen atentos á estas ó otras semejantes razones que les dije: La baja fortuna jamás se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha: nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura; y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, oh amigos mios, para moveros y incitaros á que mejoreis vuestra suerte, y á que dejeis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo; llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes.

Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un dia, sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol, ni de todas las inclemencias del cielo procurará ganar con el sustento, fama que le engrandezca sobre los demás hombres? La guerra, asi como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navío que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro, que en la ribera nos dejaron, casi á lo que creo, por ordenacion del cielo: vamos tras él y hagámonos piratas, no codiciosos como son los demás, sino justicieros, como lo serémos nosotros: á todos se nos entiende el arte de la marineria, bastimentos hallarémos en el navío con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mujeres; y si es grande el agravio que hemos recebido, grandísima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: sígame pues el que quisiere, que yo os suplico, y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dejar en esta valerosa empresa. Apenas hube acabado de decir estas razones, cuando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian, y entre todos salió una voz que dijo: Embárcate, generoso huésped, y sé nuestro capitan y nuestra guia, que todos te seguirémos.

Esta tan improvisa resolucion de todos me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al cual siguieron otros casi cuarenta: llegué á reconocer el navío, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo, que fuese necesario para el viaje; aconsejéles que ninguno volviese á tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mujeres y el de los queridos hijos no fuese parte para dejar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron asi, y desde allí se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mujeres: caso extraño, y que há menester que la cortesía ayude á darle crédito: ninguno volvió á tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navío, en el cual, sin repartir los oficios, todos servian de marineros y de pilotos, excepto yo, que fui nombrado por capitan por gusto de todos; y encomendándome á Dios comencé luego á ejercer mi oficio, y lo primero que mandé fue desembarazar el navío de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno; ordené que se buscasen todas las armas ansi ofensivas como defensivas que en él habia, y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le estaba; requerí los bastimentos, y conforme á la gente, tanteé para cuántos dias serian bastantes, poco mas ó menos.

Hecho esto, y hecha oracion al cielo, suplicándole encaminase nuestro viaje y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas, que aun se estaban atadas á las entenas, y que las diéramos al viento, que como se ha dicho, soplaba de la tierra, y tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navío de la presa. Veisme aquí, señores, que me estais escuchando, hecho pescador y casamantero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de capitan contra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren. No mas, dijo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro, que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas por ser tantas. A lo que respondió Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque por haber hallado á mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas: que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dijo Transila: Yo por mí digo, Periandro, amigo, que no entiendo esa razon, solo entiendo que lo será muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos

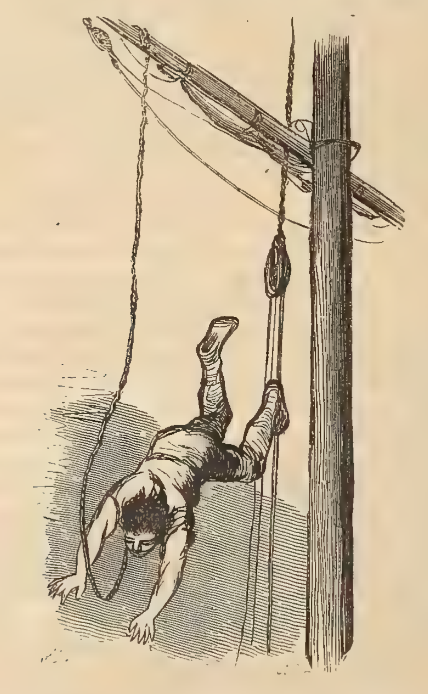
de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros capitan de salteadores; juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien suspensa, cuál fue la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin si fuere posible al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios; quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen á la misma plática, por entonces dió fin Periandro á la suya.

CAPITULO XIV.

Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardia á su primera entereza, y con ella se volvieron á renovar en Cenotia sus mal nacidos deseos, los cuales tambien renovaron en su corazon los temores de verse dél ausente; que los desahuciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse; que lo están en tanto que ven presente la causa de donde nacen; y asi procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes, y asi volvió á aconsejar á Policarpo, que en ninguna manera dejase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le diese la pena conforme al delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entonces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones.

No lo quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Cenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debajo de su amparo le traia, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba, y mas que aquel delito fue accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte que le pidiese, y que todos cuantos le conocian afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Cómo es esto, señor, replicó la Cenotia, que habiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, agora



estás tan lejos de tomarle? Ellos se te irán, ella no volverá; tú llorarás entonces tu perplejidad y tu mal discurso á tiempo, cuando ni te aprovechen las lágrimas, ni enmendar en la imaginacion, lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizados con nombre de severidad. Si prendes á este mozo darás lugar á la justicia, y soltándole á la misericordia, y en lo uno y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. Desta manera aconsejaba la Cenotia á Policarpo, el cual á solas y en todo lugar iba y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podia detener á Auristela sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese; pero en medio destas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que

por no estar tan recatada ni tan cruel como la Cenotia, deseaba la partida de Periandro por entrar en la esperanza de la vuelta, se llegó el término de que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Lijera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en el'a, dejando todos en el albedrío de la fortuna nuestro viaje, cuando desde lo alto de la gavia vimos caer á un marinero, que antes que llegase á la cubierta del navío quedó suspenso de un cordel que traia anudado á la garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorbé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las cuales volvió en sí, y preguntándole la causa de su desesperacion, dijo: Dos hijos tengo, el uno de tres y el otro de cuatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo destas manos, y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dejaba, y casi como si alcanzara á verlos los vi hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; vi ansimismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerza á decir que lo vi, para no poner duda en ello, y el ver que esta nave vuela y me aparta dellos, y que no sé dónde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le di á mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á cuantos le escuchábamos, y habiéndole consolado y casi asegurado que presto dariamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estorbasen volver á poner en ejecucion su mal intento, y ansi le dejamos: y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demás el querer imitarle, les dije que la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme: y ¿qué mayor mal puede venír á un hombre que la muerte? Y siendo esto asi, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada no solo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios, porque no os asombre el suceso que habeis visto deste nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar, y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices sucesos.

Todos dieron la voz á uno para responder por todos, el cual desta manera dijo: Valeroso capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon y muchas á la ventura; y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitan, vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices; quédense nuestras mujeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos, que los cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, izar las velas, pon centinelas en las gavias por ver si descubren en qué podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos, son los que aquí vamos á servirte. Agradecíles la respuesta, hice izar todas las velas, y habiendo navegado aquel dia, al amanecer del siguiente, la centinela de la gavia mayor dijo á grandes voces: Navío, navío. Preguntáronle que derrota llevaba, y que de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos por la proa. Alto pues, dije, amigos, tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son cosarios, el valor que os ha hecho dejar vuestras redes: hice luego cargar las velas, y en poco mas de dos horas descubrimos y alcanzamos el navío, al cual embestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna saltaron en él mas de cuarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros y gente de servicio; y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, á un hombre de muy buen parecer, y á una mujer mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho á un venerable anciano, de tanta autoridad, que obligó su presencia á que todos le tuviésemos respecto; no se movió del lecho, porque no podia, pero levantándose un poco alzó la cabeza, y dijo: Envainad, señores, vuestras espadas, que en este navío no hallaréis ofensores en quien ejercitarlas; y si la necesidad os hace y fuerza á usar este oficio de buscar vuestra ventura á costa de las ajenas, á parte habeis llegado que os hará dichosos, no porque en este navío haya riquezas ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el rey de los danaos.

Este nombre de rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habian traido á un rey á estar tan solo y tan sin defensa alguna; lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosegáronse mis compañeros, y ellos y yo estuvimos atentos á lo que decir queria, que fue esto: El cielo me hizo rey del reino de Danea, que heredé de mis padres, que tambien fueron reyes, y lo heredaron de sus antepasados, sin haberles introducido á serlo la tiranía, ni otra negociacion alguna: caséme en mi mocedad con una mujer mi igual, murióse sin dejarme sucesion alguna, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen nadie

ha de echar la culpa á otro, sino á sí mismo; digo que por la culpa mia tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi mujer, que á ser ella la que debia, hoy fuera el dia que fuera reina, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debeis de haber visto. Esta, pues, pareciéndole no ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas, se envolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan extrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que á no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del reino de Danea: finalmente, yo descubrí sus intentos á tiempo, cuando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia: una noche en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia se embarcaron; súpelo, volé á la marina en las alas de mi cólera, y hallé que habria veinte horas que habian dado las suyas al viento, y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navío y los seguí, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo; hallélos á cabo de diez dias, en una isla que llaman de Fuego, y cogílos descuidados, y puestos en ese cepo que habeis visto, los llevaba á Danea, para darles por justicia y procesos fulminados la debida pena á su delito. Esta es la pura verdad, los delincuentes ahí están, que aunque no quieran la acreditan: yo soy el rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de ponéroslas y enviároslas donde quisiéredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dejad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios á Danea, y traiga este dinero donde le ordenáredes, y no tengo mas que deciros.

Mirábanse mis compañeros unos á otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como capitan lo podia y debia hacer: con todo eso quise tomar parecer con Carino y con Solercio y con alguno de los demás, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos me tenian dado, y asi la respuesta que dí al rey fue decirle: Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ningun otro deseo que de ambiciosos tenga semejanza; buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y á destruir piratas; y pues tú estás tan lejos de ser persona deste género, segura está tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida; y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa: que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento della; sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones á tus ofensores; que la grandeza del rey, algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisiérase humillar Leopoldio á mis pies, pero no lo consintió ni mi cortesía ni su enfermedad: pedíle me diese alguna pólvora si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos: lo cual se hizo al punto: aconsejéle asimismo, que si no perdonaba á sus dos enemigos, los dejase en mi navío, que yo los pondria en parte donde no la tuviesen mas de ofenderle. Dijo que sí haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido: ordené que luego nos volviésemos á nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el rey partió con nosotros, y queriendo pasar á los dos prisioneros ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navíos, sin dejar que otra vez se juntasen; desde el borde de mi nave me despedí del rey á voces, y él en los brazos de los suyos salió de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despido agora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPITULO XV.

Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, rey de Lituania.

A todos dió general gusto de oir el modo con que Periandro contaba su extraña peregrinacion, sino fue á Mauricio, que llegándose al oido de Transila su hija, le dijo: Paréceme, Transila, que con menos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para qué detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras. Asi debe de ser, respondió Transila: pero lo que yo sé decir es, que ora se dilate, ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno, y todo da gusto; pero ninguno lo recebia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, asi le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo no dejaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que decir, porque le dejara á él mas que hacer: que las esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas; y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro dia, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con al-

gunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mia, en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que seria difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: Amigos mios, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre.

El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virtudes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oidos, como mostra-



ban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no lejos del nuestro, á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar alarma y díle caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo asi, soltando las velas de alto abajo. Llegando mas cerca, vi en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo; vi que pendientes de las entenas y de las jarcias venían mas de cuarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese: hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna: esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella, guardaban el olor del vino; en fin, pisando muertos y hollando heridos, pasaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadron hasta doce hermosísimas mujeres, y delante dellas una que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo, á quererse mirar en él; traia puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes, el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores; tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé á su navío, á tiempo cuando ella estaba diciendo: Bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño escuadron de mujeres, que á la vista se os ofrece, el cual, despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno: embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra quitandonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Lituania; casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linaje, como rico de los bienes de naturaleza y de los de fortuna. Ibamos los dos á ver al rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia; anoche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento; pero como es cosa natural

defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian; y con algunas armas que les quitamos, y cuatro criados que libres del humo de Baco nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta; y pasando adelante con nuestra venganza habemos hecho que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que dellas veis pendientes; cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera, á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar; solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas antes quedaréis infames que ricos.

Pareciéronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo á este punto: Que me maten sino se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Asi será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo quereis; y entended, que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras junto con la libertad la voluntad de servirlas. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto, se me humilló Suplicia, la cual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo fue mandar á una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo asi la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros: abrióles Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá y aun sin quizá cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian, porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: Toma, capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece; dádiva es de una pobre viuda, que ayer se vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se ve sujeta á la discrecion destos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes; y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dije: Esta joya es ya mia, soldados y amigos mios, y asi puedo disponer della, como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo: tómele y guárdele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: Quisiéramos, oh buen capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya; vuelve el collar á Sulpicia: la fama que nos prometes, no hay collar que la ciña ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los mios, que le sirviesen de guarda y de marineros, para llevar su nave á Lituania: hízose asi, contentísimos los doce que escogí solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas de que carecíamos: soplaba el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedímonos della, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demás: ella llorando lágrimas de placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de deciros como volví el collar á Sulpicia, y ella le recebió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los mios sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demás navíos que por el mar navegasen, ó por lo menos si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marinero que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con los ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dijo á esta sazon Mauricio á Transila su hija, que se pone agora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir desta tierra no da lugar á que me entretenga ni ocupe en saber cuáles son fijas, ó cuáles erráticas estrellas, cuanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para prosiguir su historia en esta forma.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro sus acaecimientos, y cuenta un extraño sueño.

Comenzaba á tomar posesion el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion: en esto el que estaba conmigo dijo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman náufragos; y si esto es asi, en gran peligro estamos de perdernos; menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan: en esto vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dijo el piloto, con balas, ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pie, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo eso se dieron priesa á disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba, para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos del sobre estant peligro, que fue el mayor en que hasta entonces nos habiamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera: amainamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomo posesion blanda y suavemente: en fin: nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron á la vista prados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenian, no cristalinas aguas como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de algunos pendian ramos de rubíes, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubíes: de otros pendian camuesas, cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quienes tenemos noticia, estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con extremo increible. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos; á los ojos con la belleza y la hermosura, á los oidos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que de sí dependian las yerbas, las flores y los frutos: al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad dellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tíbar. Pésame, dijo á esta sazon Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fe que le habria dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dijo Transila su esposa, que por mas que digais, no podreis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el cual, como se ha dicho, cuando alguna razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas: que cuando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falte entendimiento que lo perciba, y aun cortesías que lo crean: volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de a abertura de la peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oidos y nos hizo estar atenlos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos jimios, animales lascivos; sobre el carro venia una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas: venia arrimada á un baston negro, y en él fija una tabla china ó escudo, donde venian estas letras, SENSUALIDAD: tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre, y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estátuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre airada y suave me dijo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, á lo menos el gusto; y diciendo esto, pasó ade-

lante, y las doncellas de la música arrebataron, que asi se puede decir, siete ú ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entonces á los mios para preguntarles qué les parecia de lo que habian visto; pero estorbólo otra voz ó voces que llegaron á nuestros oidos bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formábanlas un escuadron de hermosísimas, al parecer, doncellas; y segun la guia que traian éranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto gastara algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿qué me pidieran á mí entonces que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que á pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: La Continencia y la Pudicicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dejarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entonces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: ¡oh únicas consoladoras de mi alma, oh ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo! fue tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los mios, sin que faltase alguno dellos. A lo que dijo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormiades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dijo, prosigue, Periandro, tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir de dónde venias la primera vez que á esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ellas se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de cuán poco fruto son las digresiones en cualquiera narracion, cuando ha de ser sucinta y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y asi para él importaba muy poco ó nada que callase ó que hablase Periandro, el cual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla abreviándola, y siguiéndola en las menos palabras que pudiese, y asi dijo.

CAPITULO XVII.

Prosigue Periandro su historia.

Desperté del sueño, como he dicho, tome consejo con mis compañeros qué derrota tomariamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de cosasios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos; y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, cuando yo la vi soñando. Riéronse de mi pregunta y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navíos de cosarios, que por serlo verdaderos adjudicamos sus robos á nuestro navío y le llenamos de inumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.

Sucedió pues que un porfiado viento nos salteó una noche, que sin dar lugar á que amainásemos algun tanto, ó templásemos las velas, en aquel término que las halló las tendió y acosó de modo que, como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota, tanto que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las aguas que haciamos por hora, y los dias que habíamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas poco mas ó menos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debajo del Norte, en el paraje de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza dijo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar Glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo, quedarémos empedrados en estas aguas.

Apenas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedian el movimiento del navío: amainamos de golpe,

porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos y á entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navío hubiese, en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre; tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, si no fue con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ú ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navío á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga mas el alma que una repentina muerte: que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta pues que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar



una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo menos; y fue que consideramos que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana; y asi determinamos de salirnos del navío y caminar por encima del hielo, é ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado con pies enjutos un escuadron pequeño, pero de valentísimos soldados, y siendo yo la guia, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adevinando la intencion de nuesta venida], á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venís, gente desesperada? ¿qué buscais? ¿venís por ventura á apresurar nuestra muerte y á morir con nosotros? volvéos á vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños, si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene, para quince dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dejo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella; no hay respeto que valga, ni buen término que se guarde; acogednos en vuestro navío de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.

Esto le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos viéndose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruesgos, antes arremetieron á las armas, y se pusieron en órden de defenderse: los nuestros, á quien la desesperacion, de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navío, y casi sin recebir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitásemos la vida, por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fui de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto nos socorrió el cielo; como despues diré, aunque primero quiero deciros, que este navío era el de los cosarios que habian robado á mi hermana y á las dos recien desposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido, cuando dije á voces: ¿A dónde teneis, ladrones, nuestras almas? ¿A dónde están las vidas que nos robásteis? ¿Qué habeis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: Esas mujeres pescadoras que decís, las vendió nuestro capitan, que ya es muerto, á Arnaldo, príncipe de Dinamarca. Asi es la verdad, dijo á esta sazon Arnaldo, que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama y á otras dos hermosísimas doncellas, de unos piratas que me

las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. ¡Válame Dios, dijo Rutilio en esto, y por qué rodeos y con qué eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, oh Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, oh historiador tan verdadero como gustoso. Sí haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPITULO XVIII.

Traicion de Policarpo por consejo de Cenotia. Quítanle á él el reino sus vasallos, y á ella la vida: Salen de la isla los huéspedes, y van á parar á la isla de las Ermitas.

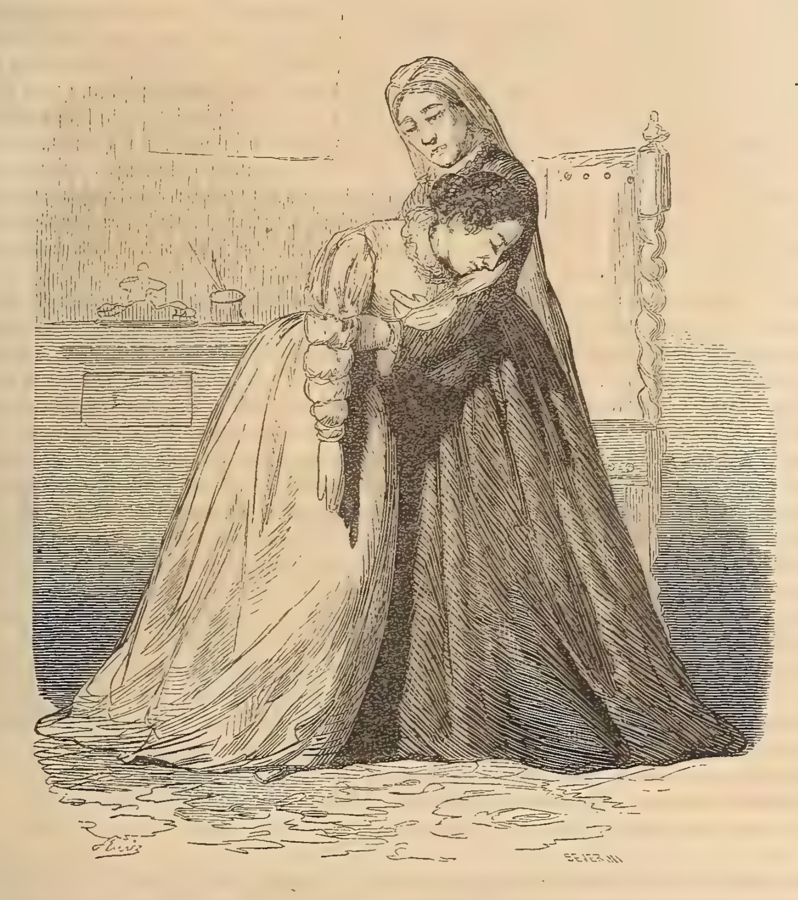
Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer para quedarse con Auristela, sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponian delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personaje, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora; quisiera buenamente lograr sus deseos á pie llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no le permitia, todavía podia disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasarse; acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaidora Cenotia, con la cual se concertó que antes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su disinio, que fue que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad, y se pegase fuego al palacio por tres ó cuatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del cual previno gente que robasen al bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asimismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovida de lástima cristiana avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrilles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetía que los acogiese.

Llegóse la noche, y á las tres horas della comenzó el arma, que puso en confusion y alborotó á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyor ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia: acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los disinios de su traidor y enamorado padre, que se extendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre é hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetía, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpa, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huida se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Ingalaterra, ó hasta otra parte mas lejos de aquella isla. Entre la confusa gritería y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Cenotia; pero viendo que se habian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos



los baluartes y todos los navíos que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navío de los que en él huian, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó qué intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demás del palacio iba

consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huéspedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpo anochecia de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordíase las manos Cenotia, y maldecia su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla volver en su acuerdo; volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetía donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte della, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra y voces al aire, dijo estas ú otras semejantes razones: ¡Oh hermoso huésped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dijeses pa-



labras amorosas para engañarme! amaina esas velas, ó témplalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, solo porque vas en él, me consuela: mira señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abrase toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazon volvió á hablar con su hermana, y le dijo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amainado algun tanto las velas? ¿No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios, si se habrá arrepentido! ¡Ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navío! Ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navío vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causas del alboroto, y el mal nacido deseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Cenotia; y aquel mismo dia le depusieron del reino, y colgaron á Cenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron fue tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navío: viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso, dellos supieron otra vez los traidores disinios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle.

Haciales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viaje puesta en Ingalaterra, adonde pensaban tomar el disinio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, al poner del sol, se comenzó á turbar el viento y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que cuando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fue conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron; porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navíos: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos; dijeron tambien, que en una de las ermitas servia de ermitaño un caballero principal, francés, llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaña una señora francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto.

El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: hízose asi con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venian, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar; y aunque se hizo asi, fue parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navío guardándole, pues la fe de sus marineros, poco experimentada, no les debia asegurar de modo que se fiasen dellos; y en efecto, los que se quedaron en el navío fueron los dos Antonios, padre é hijo, con todos los marineros; que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves; mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navíos, que á las demás gentes las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la desta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XIX.

Del buen acogimiento que hallaron en la isla de las Ermitas.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego: que puesto que no puedo decir que estoy libre dellos todavía, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte, que cuando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que cuando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no del mal á mal, sino del mal á bien, y de bien á mas bien, y éste en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me ségura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y asi con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana y de las dos recien desposadas pescadoras, y de Cloelia, al príncipe Arnaldo, que aquí está presente.

En tanto que los mismos andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navío, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadron de armada gente, de mas de cuatro mil personas formado: dejónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y desta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes; y uno dellos, que como despues supe, era el capitan de todos, llegándose cerca de nuestro navío, á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara dijo: Cratilo, rey de Lituana y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar dellos los navíos que del hielo están detenidos, á lo menos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustáredes de aceptar este partido sin defenderos, gozareis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no, aparejáos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras.

Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor dellos era el acabar la vida, la cual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian no intervenia ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, seria bien rendirnos, y dar lugar á la mala fortuna que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta dí al capitan del escuadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navío, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron cuanto en él habia, hasta la misma artillería y jarcias, á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: robaron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navío, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiraron y nos llevaron á tierra, que debia de estar desde el lugar del navío como veinte millas: paréceme á mí que debia de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros; en fin, aquella noche llegamos á la ribera, de la cual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito número de gente, que á ver la presa de los helados y yertos habian venido.

Venia entre ellos sobre un hermoso caballo el rey Cratilo, que por las insinias reales con que se adornaba conocimos ser quien era: venia á su lado asimismo á caballo una hermosísima mujer, armada de unas armas blancas, á quien no podian acabar de encubrir un velo negro con que venian cubiertas; llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer como la gallardía del rey Cratilo, y mirándola con atencion conocí ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesía de mis compañeros pocos dias há habia dado la libertad que entonces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevándome el capitan asido de la mano, le dijo: En este solo mancebo, oh valeroso rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos ojos han visto. ¡Santos cielos! dijo á esta sazon la hermosa Sulpicia arrojándose del caballo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es éste mi libertador Periandro; y el decir esto y añudarme el cuello con sus brazos fue todo uno, cuyas extrañas y amorosas muestras obligaron tambien á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegría me recebiese: entonces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba lejos de los pechos de mis pescadores, pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recebirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron á Dios del no esperado beneficio, que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular y conocida merced.

Sulpicia dijo á Cratilo: Este mancebo es un sugeto donde tiene su asiento la suma cortesía, y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero que tu discrecion la acredite sacando por su gallarda presencia (y en esto bien se ve que hablaba como agradecida y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fue el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; éste el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; éste fue el que despues de recebidas mis dádivas me las volvió mejoradas, con el deseo de dármelas mayores si pudiera; éste fue en fin el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dándome doce que me acompañasen me tiene ahora en tu presencia. Yo entonces á lo que creo, rojo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras ó demasiadas, que de mí oia, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo pidiéndole las manos, que no me las dió para besárselas, sino para levantarme del suelo. En este entre tanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia andaban entre las demás gente buscando á sus compañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo se contaban sus buenas y malas suertes; los del mar exageraban su hielo, y los de la tierra sus riquezas: A mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: A mí, decia otro, esta joya que vale por dos desas cadenas: A mí, replicaba éste, me dió tanto

dinero; y aquel repetia: Mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno sin poderse averiguar con él: era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobremanera le hacian hermoso: venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me contó el Rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que agora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, cuando á un



lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas que hácia ellos se encaminaban: levantóse en pie, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mujeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que seria. Y á la escasa luz de la luna que cubierta de nubes no dejaba verse, vieron que hácia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno dellos con voz clara no dijera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que teneis, desierta y sola, la podeis mejorar, si quisiéredes en la nuestra, y que en la cima desta montaña está puesta; luz y lumbre hallareis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo menos necesarios y de gusto. Yo le respondí: ¿Sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dijérades los desdichados, respondió el bulto, acertáredes en ello: pero en fin, nosotros somos los que decís y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nuestra estrañeza. Arnaldo fue de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantáronse todos y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirvieron de guias, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas, mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes, la una del Autor de la vida, ya muerto y crucificado, la otra de la Reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste y puesta al pie del que tiene los pies sobre todo el mundo, y la otra del amado discípulo que vió mas estando durmiendo que vieron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á

quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dejarán de contar las que allí pasaron, ansi de la pobre cena, como del estrecho regalo que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecian las muestras de haber sido rara en todo extremo.

Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, á quien sirvieron de camas secas espadañas con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita en diferentes puestos, tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el dia claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen, volviéndose á embarcar, y sin duda alguna se hiciera asi, si el piloto de la nave no subiera á decir, que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos habian de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él; que en el arte de la marinería mas sabe el mas simple marinero que el mayor letrado del mundo: dejaron sus herbosos lechos las damas y los varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia bojar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el dia, cuando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huéspedes, y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, asi verdes como secas, y pan no tan reciente que no semejase bizcocho; coronando la mesa asimismo de vasos de corcho con maestría labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corchos mostraban su claridad, y la necesidad juntamente, obligó á todos y aun les forzó, por mejor decir, á que alrededor de la mesa se sentasen: hiciéronlo asi, y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato que les contase su historia, y la causa que á la estrecheza de tan pobre vida le habia conducido; el cual como era caballero, á quien se aneja siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, desta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPITULO XX.

Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.

Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recebió en sufrirlos; esto no podré decir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendráronme padres nobles, ricos y bien intencionados, criéme en los ejercicios de caballero, medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la reina de Francia, á quien solo con los ojos la dí á entender que la adoraba, y ella, ó ya descuidada, ó no advertida, ni con sus ojos ni con su lengua me dió á entender que me entendia; y aunque el disfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza, con que subir hasta el cielo de merecerla: pero la invidia, ó la demasiada curiosidad de Libsomiro, caballero asimismo francés, no menos rico que noble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas invidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan á todo extremo: el uno es querer y no ser querido, el otro querer y ser aborrecido, y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los celos. En resolucion, sin haber yo ofendido á Libsomiro, un dia se fué al Rey y le dijo cómo yo tenia trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la magestad real, y contra la ley que debia guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrase la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomiro de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo; remitióse la prueba á las armas; no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica que lo prohibe; diónosle una de las ciudades libres de Alemania; llegóse el dia de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se habian señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran: partiéronnos el sol, y dejáronnos.

Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo, y la verdad de mi parte: de mi contrario bien sé yo que entró animoso, y mas soberbio y arrogante, que seguro de su conciencia. ¡Oh soberanos cielos! ¡Oh juicios de Dios inexcrutables! yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios, y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tu-

vo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir el cómo, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta inevitable muerte: Aprieta, dije yo entonces, oh mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta desa espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo: pecados sí tengo yo, que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles éste de levantarme testimonio á mí mismo: y asi, mas quiero morir con honra, que vivir deshonrado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el celebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomáronme por muerto, y dieron á mi enemigo lauro de la vitoria: sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dejaron solo en poder del quebranto y la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba; pues no fue bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo: recogiéronme mis criados, volvíme á la patria; ni en el camino ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban pensaba que me ofendian: el claro cielo para mí estaba cubierto de oscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra: finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos y confusas imaginaciones, que por salir dellas, ó á lo menos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria; y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas septentrionales partes, á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre; hallé esta isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita, y encerréme en ella; despedílos, díles órden que cada un año viniesen á verme para que enterrasen mis huesos: el amor que me tenian, las promesas que les hice y los dones que les dí, les obligaron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fuéronse y dejáronme entregado á mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo de no haber sido vencido en muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hubiera venido antes al descanso de gozallos. ¡Oh soledad alegre, compañía de los tristes! ¡Oh silencio, voz agradable á los oidos donde llegas, sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen! ¡Oh qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! pero estórbamelo el deciros primero cómo dentro de un año volvieron mis criados, y trajeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dijeron en el término que yo quedaba, y ella agradecida á mis deseos y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo mas que dejó fue la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mio; recebíla como ella esperaba que yo la recebiese, y la soledad y la hermosura, que habian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo y á la honestidad suya: dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, há que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten: traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese; tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

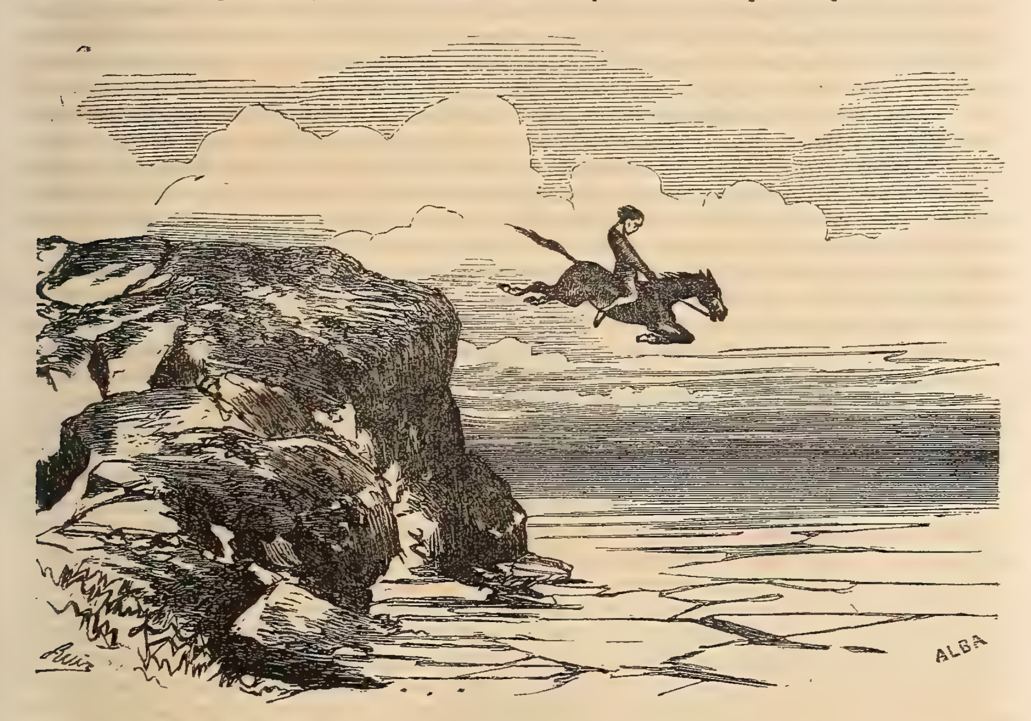
Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes: á los malos por castigo, y á los buenos por mejora, y en el número de los buenos pusieron á Renato, con el cual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni menos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡Oh vida solitaria! dijo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡Oh vida solitaria, dijo, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera, y quién finalmente te gozara! ¡Ah! dices bien, dijo Mauricio, amigo Rutilio: pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos; porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Aníbal cartaginés, encerrado en una ermita, como vi á un Cárlos V encerrado en un monasterio, suspendiérame y admiráramé; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende: fuera va deste cuento Renato, que le trajeron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad

compañía, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro; á lo que añadió Periandro: Si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dejan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo, en quien quedé de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á su tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fue asi.

CAPITULO XXI.

Cuenta lo que le sucedió con el caballo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenian tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle, pareciéndome que el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho; y asi no tan maduro como presuroso, fuí donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pie en el estribo



pues no le tenia, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre al mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hice volar por el aire, y dar con entrambas en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé, que pues el mar estaba helado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fue asi, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recebir yo otro daño que haberme sacudido de sí el caballo, y echado á rodar, resbalando por gran espacio.

Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero cuando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso á milagro, juzgaron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lision; que quisiera él, por lo menos, que se hubiera quebrado tres ó cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el crédito que todos tenian de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que asi como es pena del mentiroso, que cuando diga verdad no se le crea, asi es gloria del bien acreditado el ser creido cuando diga mentira; y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo: Volví á la ribera con el caballo, volví asimismo á subir en él, y por los mismos pasos que primero, le incité á saltar segunda vez; pero no fue posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra: cubrióse luego de un sudor de pies á cabeza tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo; de ma-

nera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los caballerizos del rey, enjaezándole, subieron en él, y le corrieron á mas seguridad, y él mostró su ligereza y su bondad, hasta entonces jamás vista, de lo que el rey quedó contentísimo y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el hielo, y estos se tardaron en acabar un navío que el rey tenia comenzado para correr en convenible tiempo aquellos mares, limpiándolos de cosarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entre tanto le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y esperimentado y gran sufridor de trabajos; porque ningun ejercicio corresponde asi al de la guerra como el de la caza, á quien es anejo al cansancio, la sed y la hambre, y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los mios estremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que trajo consigo Sulpicia estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navío, mandó el rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo capitan dél á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto; y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia qne estaba en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dió para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome que á mas le tenia obligado mi buen término hablando como rey, á quien es anejo tanto el hacer mercedes como la afabilidad: y si se puede decir la buena crianza, ésta tuvo Sulpicia en todo estremo, acompañándola con la liberalidad, con la cual ricos y contentos yo y los mios nos embarcamos, sin que quedase ninguno. La primera derrota que tomamos fué á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé fueron nuevas de que de la ribera del mar á ella y á otras doncellas las habian robado cosarios: renováronse mis trabajos y comenzaron de nuevo mis lástimas, á quien acompañaron las de Carino y Solercio, los cuales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prision se debia de comprender la de sus esposas. Sospecharon bien, dijo á esta sazon Arnaldo, y prosiguiendo Periandro, dijo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas ó las mas islas destos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta por ser escuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto: prendimos cosarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros, y con esto colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios volver á sus redes y á sus casas y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes desto llegamos á aquella isla, que á lo que creo se llama Escinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario; y asi en traje de marineros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho: allí gane los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quién yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navío y resueltos los mios de dejarme, los rogué que me dejasen el barco como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado: dejáronmele, y aun me dejaran el navío, si yo le quisiera, diciéndome que si me dejaban solo no era otra la ocasion sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como le habia mostrado la esperiencia en las diligencias que habíamos hecho para conseguirle: en resolucion, con seis pescaderos que quisieron seguirme llevados del premio que les dí y del que les ofrecí, abrazando á mis amigos, me embarqué y puse la proa en la isla bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los tenia engañados, la cual no os refiero porque sé que la sabeis; dí al través en aquella isla, fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados, sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbaratáronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo dellas con cadenas que me rodeaban el cuello, y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya órden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la cual otro dia vino en traje de varon á ser sacrificada: conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba, y el modo cómo allí las dos vinieron ella lo dirá cuando quisiere; lo que en la isla nos sucedió ya lo sabeis, y con esto y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedareis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPITULO XXII.

Llega Sinibaldo, hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reino con Renato y Eusebia. Llevan en su navío á Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao; y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza; y Rutilio se queda allí por ermitaño.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues

no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian sido pocos desde que fue robada del poder de Arnaldo hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fue de Renato conocida, el cual dijo: Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces: ya en esto hecha la zaloma y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recebirle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demás, el cual apenas vió á Renato, cuando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dijo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, oh hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegría seria bien que me alegrase, el verte pasa adelante y tiene escepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dijo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias antes que muriese sin habla, se la dió el cielo seis horas antes que despidiese el alma, en el cual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido de haberos acusado falsamente, confesó su invidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad, la cual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró á tí, oh hermano, por vencedor y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuésedes buscados, y que hallados os llevasen á su presencia para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, á vuestra buena consideracion lo dejo. Son tales, dijo entonces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, hiedra de vuestro muro, olmo de vuestra hiedra, espejo de vuestro gusto y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego pasaron á pre-



guntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos por andar en el mar tenian poca noticia. Sinibaldo respondió que lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto, por el rey de los danaos, Leopoldio, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldio favorecian: contó asimismo cómo se murmuraba que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse,

del cual príncipe decian que cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje, que no se sabia quién fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del turco, enemigo comun del género humano: dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma: dijo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras supendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fue al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla, y al cabo de un buen espacio que asi estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, esclamando en voz alta, dijo: ¡Oh amor, oh honra, oh compasion paterna, y cómo me apretais el alma! perdóname, amor, que no porque me aparto te dejo: espérame, oh honra, que no porque tenga amor dejaré de seguirte: consuélate, oh padre, que ya vuelvo: esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser rey lo que no merezco por ser amante, que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo: rey la quiero pretender, rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la puediere merecer, culparé mas á mi suerte que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos fue Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho cómo aquel era el príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido; puso algo de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es pues el caso que aquel mismo dia se concertó que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navío á Arnaldo para dejalle en su reino, el cual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija y á Ladislao su yerno; y que en el navío de la huida, prosiguiendo su viaje, fuesen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza: Rutilio, viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian; pero antes que lo declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas y le dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase á los perdidos navegantes, porque él queria acabar bien la vida, hasta entonces mala: reforzaron todos su cristiana peticion, y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedia, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo que él le prometia, si se viese pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la ajena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querríamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje, y al punto de la partida hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro: lloró Transila, no tuvo enjuntos los ojos Mauricio, ni los tuvieron los de Ladislao: gimió Ricla, enternecióse Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose destos y de aquellos, mezclando sollozos y lágrimas todo á un tiempo; finalmente convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viajes, se embarcaron y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor desta peregrina historia.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en traje de peregrinos.

Como están nuestras almas siempre en contínuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que éste se tome, aquel se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto

que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche antes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que há menester, no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe, y como tal supiese escoger esposo, puesto que ya él sabia y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reino del mundo, que no del de Dinamarca: Periandro le respondió que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venia.

Ninguna destas razones dijo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, hálas de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona agena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la cante: si no es demasiado gentilhombre, no se acompañe con Ganimedes: y finalmente, soy de parecer que las faltas que tuviere, no las enmiende con agenas sobras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que éste es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion: iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dejaba resbalar por él con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaba: desta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegaron diez y siete dias sin ser necesario subir ni bajar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habria gusto con que igualalle.

Al cabo destos, ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido y albricias merezco: tierra, tierra, aunque mejor diria cielo, cielo, porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa; cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios y de su hija Constanza; porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision que tanto deseaban; echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Agora sabrás, bárbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: agora verás los ricos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto; aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias gana la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos, y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo. No digas mas, dijo á esta sazon Periandro: deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admirémos de nuevo; y asi creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus extremos.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto ni de isla en isla, sujeta á la inconstancia del mar y á la movible voluntad de los vientos, y mas cuando supo que desde allí á Roma podia ir á pie enjuto sin embarcarse otra vez si no quisiese. Medio dia seria cuando llegaron á Sangian, donde se registró el navío, y donde el castellano del castillo y los que con él entraron en la nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, la gallardía de Periandro, del traje bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla y de la agradable belleza de Constanza; supieron ser extranjeros, y que iban peregrinando á Roma: satisfizo Periandro á los marineros que los habian traido magníficamente con el oro que sacó Ricla de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar á Lisboa á granjearlo con alguna mercancía; el castellano de Sangian envió al gobernador de Lisboa, que entonces era el arzobispo de Braga, por ausencia del rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los estranjeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el traje de bárbara no solamente no la encubria, pero la realzaba: exageróle asimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecian: llegó el navío á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Habia salido á la marina infinita gente á ver los extranjeros desembarcados en Belen; corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se llvea tras sí los deseos y los ojos.

Ya salia de Belen el nuevo escuadron de la nueva hermosura: Ricla medianamente hermosa, pero extremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima y rodeada de pieles; Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demás del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaba de las saetas á las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo á lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traia toda la gala del setentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro: en efecto, todos juntos y cada uno de por sí causaban espanto y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo



Periandro: llegaron por tierra á Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente: lleváronlos al gobernador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes eran, de dónde venian y adónde iban. A lo que respondió Periandro, que ya tenia estudiada la respuesta que habia de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habian de hacer muchas veces; y asi cuando queria ó le parecia que le convenia, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo menos gran parte de su historia. Mandólos el visorey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico caballero portugués, donde era tanta la gente que concurria para ver á Auristela, de quien solo habia salido la fama de lo que habia que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudasen los trajes de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo; además que para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas á cuento: hízose asi, y de allí á dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció, pues, que al salir un dia de casa un hombre portugués se arrojó á los pies de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas le dijo: ¿Qué ventura es ésta, señor Periandro, que la des á esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenias perdida; halléme á la muerte de Manuel de Sousa Coutiño, el caballero portugués; apartéme de tí y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro: trájome la buena suerte á mi patria, conté aquí á sus parientes la enamorada muerte, creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran por tener casi en costumbre el morir de amores los portugue-

ses: un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus obsequias, y en una capilla de su linaje le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo della estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengais á ver todos asi como estais, porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracioso. Por las palabras bien conoció Periandro que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida; con todo eso, se fueron al templo que decia, y vieron la capilla y la losa sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia asi:

AQUI YACE VIVA LA MEMORIA
DEL YA MUERTO
MANUEL DE SOUSA COUTIÑO,
CABALLERO PORTUGUÉS,
QUE Á NO SER PORTUGUÉS AUN FUERA VIVO.
NO MURIÓ Á LAS MANOS
DE NINGUN CASTELLANO,
SINO Á LAS DE AMOR, QUE TODO LO PUEDE;
PROCURA SABER SU VIDA,
Y ENVIDIARÁS SU MUERTE,
PASAJERO.

Vió Periandro que habia tenido razon el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nacion portuguesa. Preguntó Auristela al portugués, qué sentimiento habia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante: el cual la respondió que dentro de pocos dias que la supo pasó desta á mejor vida, ó ya por la estrecheza de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso: desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro, que en un lienzo grande le pintase todos los mas principales casos de su historia: á un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas, y allí junto á la isla de la prision y un poco mas desviado la balsa ó enmaderamiento donde le halló Arnaldo, cuando le llevó á su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado portugués perdió la vida; luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la division del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte, acá estaban serrando por la quilla la nave que habia servido de sepultura á Auristela y á los que con ella venian; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes y vicios, y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron á los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura: no se olvidó de que pintase verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse á Cratilo: pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan: pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo coronándose á sí mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo traje en que habian venido: tambien se vió en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, á Clodio traspasado con la saeta de Antonio, y á Cenotia colgada de una entena: pintóse tambien la isla de las Ermitas y á Rutilio con apariencias de santo: este lienzo se hacia de una recopilacion que les excusaba de contar su historia por menudo, porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos, cuando le apretaban á que los dijese; pero en lo que mas se aventajó el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien decian se habia mostrado á saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada; pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no habia pincel humano que alcanzase. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion, al cabo de los cuales con licencia del visorey y con patentes verdaderas y firmes de quiénes eran, y adónde iban, se despidieron del caballero portugués su huésped y del hermano del enamorado Alberto, de quien recebieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fue menester hacerla de noche temerosos que si de dia la hicieran, la gente que les seguiria la estorbara, puesto que la mudanza del traje habia hecho ya que amainase la admiracion.

CAPITULO II.

Empiezan los peregrinos su viaje por España: sucédenles nuevos y extraños casos.

Pedian los tiernos años de Auristela y los mas tiernos de Constanza, con los entreverados de Ricla, coches, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponian; pero la devocion de Auristela, que habia prometido de ir á pie hasta Roma, desde la parte do llegase en tierra firme, llevó tras sí las demás devociones, y todos de un parecer, asi varones camo hembras, votaron el viaje á pie, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta: con esto cerró la del dar Ricla, y Periandro se excusó de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traia, guardándola con

las inestimables perlas para mejor ocasion: solamente compraron un bagaje que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servian de arrimo y defensa, y de vainas de unos agudos estoques: con este cristiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dejándola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discrecion y belleza de los peregrinos extranjeros.

Desta manera, acomodándose á sufrir el trabajo de hasta dos ó tres leguas de camino cada dia, llegaron á Badajoz, donde ya tenia el corregidor castellano nuevas de Lisboa, cómo por allí habian de pasar los nuevos peregrinos, los cuales entrando en la ciudad, acertaron á alojarse en un meson do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habian de dar la muestra para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza cuando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse, como fue el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venia, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo: ejercicio mas ingenioso que honrado y mas de trabajo que de provecho; pero la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho: digo en fin, que este poeta, á quien la necesidad habia hecho trocar los Parnasos con los mesones y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fue el que mas se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginacion y la tuvo por mas que buena para ser comedianta, sin reparar si sabia ó no la lengua castellana: contentóle el talle, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en hábito corto de varon; desnudóla luego y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la envistió de la magestad de reina, sin dejar traje de risa ó de gravedad, de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa.

¡Válame Dios, y con cuánta facilidad discurre el ingenio de un poeta y se arroja á romper por mil imposibles! ¡Sobre cuán flacos cimientos levanta grandes quimeras! todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano, y esto de manera, que las esperanzas le sobran cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta, cuando vió descoger acaso el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro; allí se vió él en el mayor que en su vida se habia visto, por venirle á la imaginacion un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia: pero no acertaba en qué nombre la pondria, si la llamaria comedia ó tragedia, ó tragicomedia, porque si sabia el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habian de poner nombre á lo que dellos se representase: pero lo que mas le fatigaba era pensar cómo podria encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves, y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia y de encajar el tal lacayo, á pesar de todas las reglas de la poesía y á despecho del arte cómico; y en tanto que en esto iba y venia, tuvo lugar de hablar á Auristela y de proponerla su deseo y aconsejarla cuán bien la estaria si se hiciese recitanta: díjola, que á dos salidas al teatro la lloverian minas de oro á cuestas, porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro es oro y llegada al cobre es cobre; pero que por la mayor parte rendian su voluntad á las ninfas de los teatros, á las diosas enteras y á las semideas, á las reinas de estudio y á las fregonas de apariencia: díjole, que si alguna fiesta real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas ó las mas libreas de los caballeros habian de venir á su casa rendidas á besarla los pies: representóla el gusto de los viajes, y el llevarse tras sí dos ó tres disfrazados caballeros que la servirian tan de criados como de amantes: y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que la darian en encargarla las primeras figuras: en fin, la dijo que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no habia entendido palabra de cuantas le habia dicho, porque bien se veia que ignoraba la lengua castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, á lo menos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela: miróse á los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

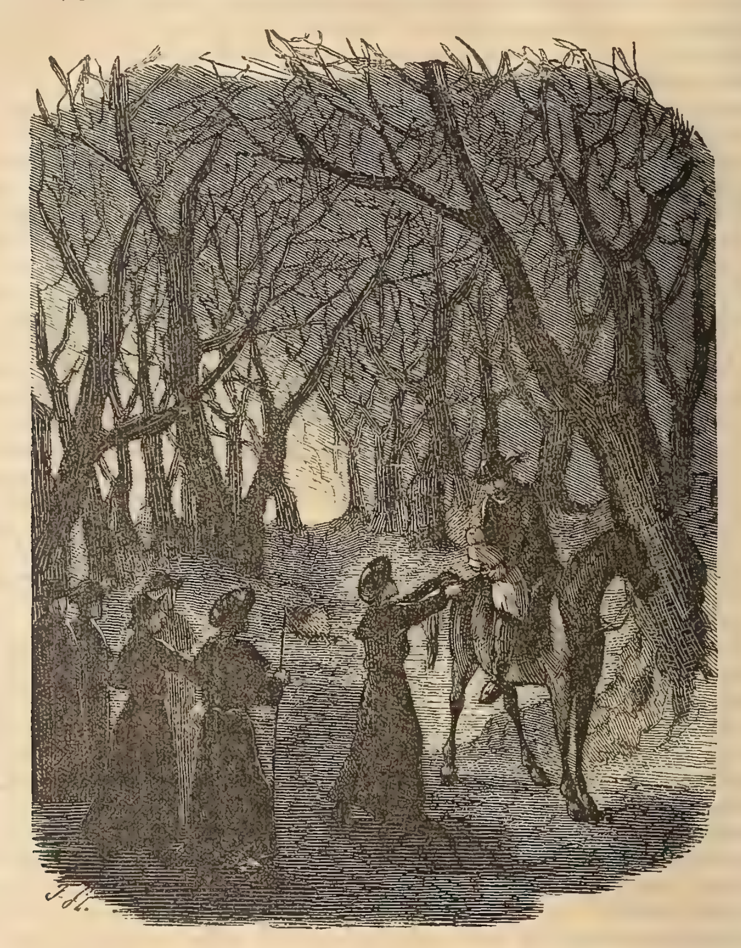
Aquella noche fueron á dar muestra en casa del corregidor, el cual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar y á convidar viniesen á su casa á ver la comedia, y á recebir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le habian escrito de Lisboa: aceptólo Periandro con parecer de Auristela y de Antonio el padre, á quien obedecian como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la corregidora, cuando entraron Auristela, Ricla y Constanza con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos peregrinos, los cuales acrecentando con su humildad y buen parecer la be-

nevolencia de los que los recebieron, dieron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fábula de Céfalo y de Prócris, cuando ella celosa mas de lo que debia, y él con menos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que á ella la quitó la vida, y á él el gusto para siempre: el verso tocó los extremos de bondad posibles, como compuesto, segun se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las mas altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un todo á quien dieron por nombre: *Perfeccion sin tacha*; y los varones dijeron lo mismo de la gallardía de Periandro; y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el corregidor ser caballero liberal, y tener la corregidora condicion de reina, segun fueron las dádivas y presentes que hizo á Auristela y á los demás peregrinos, los cuales mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encaminaron á Nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles: tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balanza igual de los dos equinoccios: ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia; y á necesidad, tan bien se podia pasar la noche en el campo como en la aldea; y á esta causa, y por estar lejos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros, que á los ojos se les ofrecieron.

Hízose lo que Auristela quiso, y apenas habian entrado por el bosque doscientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta escuridad que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte, para no errar el camino: las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron, les detuvo el paso y hizo que Antonio el mozo se apercebiese de su arco, perpétuo compañero suyo: llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo: ¿Sois desta tierra, buena gente? No por cierto, respondió Periandro, sino de bien lejos della; peregrinos extranjeros somos, que vamos á Roma, y primero á Guadalupe. Sí, que tambien, dijo el de á caballo, hay en las extranjeras tierras caridad y cortesía: tambien hay almas compasivas donde quiera. ¿Pues no? respondió Antonio: mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y vereis cómo sale vedadera vuestra imaginacion. Tomad, dijo pues el caballero, tomad, señores esta cadena de oro, que debe de valer doscientos escudos, y tomad asimismo esta prenda, que no debe de tener precio, á lo menos yo no se le hallo, y darle heis en la ciudad de Trujillo á uno de dos caballeros, que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno don Francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo generosos (y en esto puso en las manos de Ricla, que como mujer compasiva se adelantó á tomarlo, una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta, ni se supo por entonces, si en ricos ó en pobres paños); y direis á cualquiera dellos que la guarden, que presto sabrán quién es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado, si llega á su presencia; y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales si aquí llegaren y preguntaren si me habeis visto, direis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasaron tres ó cuatro hombres de á caballo, que iban diciendo: á Portugal, á Portugal; y á Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra: y arrimando las que traia al caballo, se apartó como un rayo dellos, pero casi al mismo punto volvió el caballero, y dijo: No está bautizado; y tornó á seguir su camino.

Veis aquí á nuestros perigrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo sin dejar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvainar el estoque que de bordon le servia, y á Auristela confusa y atónita del extraño suceso, y á todos juntos admirados del extraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que por su pequeñez y la debilidad de su llanto mostraba ser de pocas horas nacida; hízose asi, y apenas llegaron á la majada de los pastores, á costa de muchos tropiezos y caidas, cuando antes que los peregrinos les preguntasen si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó á la majada una mujer llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dejar salir la voz del pecho; venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona: la lumbre y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años: preguntáronle los pastores si la seguia alguien, ó si tenia otra necesidad que pidiese presto remedio; á lo que respondió la dolorosa muchacha: Lo primero, señores, que habeis de hacer, es ponerme debajo de la tierra; quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dijo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad; y aguijando con presteza á un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras, que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entonces á suplir aquella necesidad precisa; tomó luego á la mujer en

los brazos y encerróla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo: colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse: Ricla, viendo hecho esto, habiendo conjeturado, que aquella sin duda habia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegó al pastor caritativo, diciéndole: No pongais, buen señor, término á vuestra caridad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos, antes que perezca de ham-



bre; y en breves razones le contó cómo se la habian dado: respondióla el pastor á la intencion, y no á sus razones, llamando á uno de los demás pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras y hiciese de modo cómo de alguna de ellas tomase el pecho: apenas hubo hecho esto, y tan apenas que casi se oian los últimos acentos del llanto de la criatura, cuando llegaron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la mujer desmayada y por el caballero de la criatura; pero como no les dieron nuevas ni noticia de lo que pedian, pasaron con extraña priesa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche pasaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron con mas alegría de los ganaderos, por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el árbol da razon de quién era.

Preñada estaba la encina, digámoslo asi, preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prision del árbol preguntaron; pero al compasivo pastor, que era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recebimiento de sus huéspedes; la criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento, y los pereginos el nuevo y agradable hospedaje: quisieron todos saber luego qué causas habian traido allí á la lastimada y al parecer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela, que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua, aun á que cuente venturas alegres, cuanto mas desdichas tristes; y puesto que

el anciano pastor visitaba á menudo el árbol, no preguntaba nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud, fuéle respondido que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, la sobraria, como ella se viese libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos: cubrióla y encubrióla el pastor, y dejóla y volvióse á los peregrinos, que aquella noche la pasaron con mas cla-



ridad de las hogueras y uego de los pastores que con aquella que ella les concedia, y antes que el cansancio les obligase á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que habia llevado la criatura á procurar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí en una pequeña aldea vivia: diéronle que llevase la cadena, con órden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo asi, con que se aseguraron y apercebieron á desmentir las espías, si acaso volviesen, ó viniesen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo menos los que perdidos parecian; en tratar desto y en satisfacer la hambre y en breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, y pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia, alegre para todos, y no para la temerosa que encerrada en el árbol, apenes osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y lejos del rebaño, de trecho en trecho centinelas que avisasen si alguna gente venia, la sacaron del árbol para que la diese el aire, y para saber della lo que deseaban, y con la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda á cuál darian della y de Constanza, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hicieron y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados á que su suceso les contase, y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado asi comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi patria una villa no lejos deste lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por patria vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser caballero en la opinion de las gentes: éste tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos, en una tan honrada mediania, que ni los humillaba, ni los ensoberbecia: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al ico, y yo me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis

hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas, antes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

Destas juntas y destos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes: en este tiempo sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que anoche le trajeron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos: sobresaltéme cuando ví entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dije, hechos fuentes mis ojos: ¡Ay Leonora mia, y cómo creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso y la mas apretada ocasion en que pueda verse una mujer desdichada; pásame, hermana mia, si tienes con qué, este pecho: salga primero mi alma destas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento; ¡ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar, me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Feliciana de su cuento, cuando vieron que los centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venia gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria vol-



ver á depositar á Feliciana en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habian visto cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Feliciana de la Voz volvió á su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me ví anoche: el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si asi se puede decir, en un jardin de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio; yo sin sentido por el no esperado suceso, mi don-

cella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa, que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fue éste que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé qué os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: Acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas: dióle, á lo que creo, en esto á los oidos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fue siguiendo adonde la voz le llevaba; el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mi ánimo de remediarla, y apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo asi como estaba, bajé por un caracol á unos aposentos bajos de mi casa, y dellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé qué camino; y finalmente aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza: mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabara, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscase; pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha; y asi llegué como me vistes; y asi me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió. ¡Ay! dijo Feliciana, ¿si es por ventura esa prenda mia? ¿y si es Rosanio el que la trajo? y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion, porque mi doncella no apercebida, ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia; yo haré que ellas mismas nos traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

CAPITULO IV.

Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion: llegan á Guadalupe habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.

Paréceme, hermano mio, dijo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias é infortunios asi se encuentran con los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones: esta que llaman fortuna, de quien yo he oido hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes, cuándo, cómo y á quién quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver esta señora, que dice que se llama Feliciana de la Voz, que apenas la tiene para contar su desgracia: contémplola yo pocas horas há en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos, y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad que la suya no es caida de príncipes, pero es un caso que puede servir de ejemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, oh hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos, y aunque la experiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, ansi en la soledad de los desiertos como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos; á tí te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya; un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta: el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no se acabe. como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traido á España sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje. ¡Oh hermana! respondió Periandro, y cómo por puntos vas mostrando los extremados de tu discrecion:

bien veo que temes, como mujer y que te animas como discreta; yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad, y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran: en el rancho destos pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciana podemos servir mas que de compadecernos della: procuremos llevarnos esta criatura á Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo habia pedido: lleváronsela, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recien nacido. No, decia Feliciana, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la ví yo jamás en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso, dijo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Trujillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fue Rosanio, y asi soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura y con otros destos mis pastores que se ponga en camino de Trujillo á ver si la recibe alguno desos dos caballeros á quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarse á los pies del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recien parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Trujillo, que los peregrinos que iban á Guadalupe con mas espacio la seguirian; todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba, y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de veras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Feliciana habiendo sabido cómo los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma; que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia, en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian: solo dificultó el ponerla en camino estando tan recien parida, y asi se lo dijo; pero el anciano pastor dijo que no habia mas diferencia del parto de una mujer que del de una res, y que asi como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, ansi la mujer podia sin otro regalo alguno acudir á sus ejercicios, sino que el uso habia introducido entre las mujeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo aseguro, dijo mas, que cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esforzáos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano: á lo que añadió Auristela: No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos cuando hice éste, el cual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linaje, sino el ser comun opinion de todos cuantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz, y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad: pero si los tiempos se mejoran y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo menos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren. Por esto que Feliciana dijo nació en todos un deseo de oirla cantar luego luego; pero no osaron rogárselo, porque, como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traia, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas, y si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble: tomólas Ricla como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se la quitase.

Apenas se vió Feliciana en el nuevo hábito, cuando le nacieron alientos nuevos y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela, y con sentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demás de la majada, se encaminaron á Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y si alguna vez alguna de las mujeres le tenia, le suplia el bagaje,

donde iba el repuesto, ó ya el márgen de algun arroyuelo ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado que á dulce reposo las convidaba, y asi andaban á una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza en caminar poco, la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el cielo que deste hermoso escuadron, que aunque dividido en todos era solo uno en la intencion, fuese impedido con el estorbo que agora oireis. Dábales asiento la verde yerba de un deleitoso pradecillo, refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo, que por entre las yerbas corria, servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando de improviso rompiendo por las intricadas matas vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino con una



espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho; cayó de ojos, y al caer dijo: Dios sea conmigo; y el fin desta palabra y el arrancársele el alma fue todo á un tiempo, y aunque todos con el extraño espectáculo se levantaron alborotados, el que primero llegó á socorrerle fue Periandro, y por hallarle ya muerto, se atrevió á sacar la espada: los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si vieran quién hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habian hecho: no vieron á nadie, volviéronse á los demás, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima: miráronle todo, y halláronle debajo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon puesta una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cúal pendia un devoto crucifijo asimismo de oro; allá entre el jubon y la camisa le hallaron dentro de una caja de ébano ricamente labrada un hermosísimo retrato de mujer, pintado en la lisa tabla, alrededor del cual, de menudísima y clara letra, vieron que traia escritos estos versos:

Hiela, enciende, mira y habla:
Milagros de la hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte: miráronle las faldriqueras y escudriñáronle todo, pero no hallaron cosa que les diese indicio de quién era; y estando haciendo este escrutinio, parecieron como si fueran llovidos cuatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre, que eran cuadrilleros de la Santa Hermandad, uno de los cuales dijo á voces: Teneos, ladrones, homicidas y salteadores: no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos, en que os llevaremos adonde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo; aquí no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el cuadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos á vuestra maldad; ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, saldeadores y homicidas presto pagareis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiéndoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pa-

sarle de parte á parte el pecho: los demás cuadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volvieron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidaron: Aquí de la Santa Hermandad, favor á la Santa Hermandad: y mostróse ser santa la hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron mas de veinte cuadrilleros, los cuales encarando sus ballestas y sus saetas á los que no se defendian, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela ni las demás peregrinas, y con el cuerpo del muerto las llevaron á Cáceres, cuyo corregidor era un caballero del hábito de Santiago, el cual viendo el muerto y el cuadrillero herido y la informacion de los demás cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos á cuestion de tormento, puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándole en su favor los papeles, que para seguridad de su viaje y licencia de su camino habia tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla, la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de escribanos y procuradores, ofreció á uno de secreto, que andaba allí en público dando muestras de ayudarlas, no sé qué cantidad de dineros, porque tomase á cargo su negocio: lo echó á perder del todo, porque en oliendo los sátrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos; y sin duda alguna fuera asi, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran á las de la malicia.

Fue el caso pues, que un huésped, ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traido, y reconocídole muy bien, se fué al corregidor, y le dijo: Señor, este hombre que han traido muerto los cuadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer caballero: poco antes que se partiese, se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dijo: Señor huésped, por lo que debeis á ser cristiano, os ruego, que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy, delante de la justicia; y diciendo esto, me dió éste que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan estraño suceso: tomó el papel el corregidor, y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones:

«Yo, don Diego de Parraces, salí de la córte de su magestad tal dia (y venia puesto el dia), en »compañía de don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto »viaje, donde le iba la honra y la vida: yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas »que de mí tenia, fiándome en mi inocencia, dí lugar á su malicia, y acompañéle: creo que me lleva »á matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sépase que me mataron á traicion, y que morí »sin culpa. Y firmaba:

»Don Diego de Parraces.»

Este papel á toda diligencia despachó el corregidor á Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles, buscando al matador, el cual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas, y nunca mas pareció: quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla se deslabonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gusto de los ojos del corregidor; satisfízose la herida del cuadrillero; volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo, y dejando admirado al pueblo, y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones, Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron tratando del caso estraño, y deseando que sucediese ocasion donde se cumpliese el deseo que tenian de oir cantar á Feliciana, la cual sí cantará, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros y su voz gemidos: éstos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor, que volvia de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de don Francisco Pizarro y de don Juan de Orellana, los cuales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse dellos. Sea en fin lo que fuere dijo la labradora, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros; ansi que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho: si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aun no me he deshecho della, pues la que me pone á la voluntad el ser yo cristiana, me enlaza y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana, que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La labradora se despidió aquí, y dieron mil encomiendas para su hermano y los demás pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPITULO V.

Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se vuelve contenta á su casa con su esposo, padre y hermano.

Apenas hubieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con cada paso que daban nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiracion á su punto, cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imágen de la Emperatriz de los cielos: la santísima imágen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones: la santísima imágen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de haber caido en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced á la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campear á su benditísimo Hijo con el escuadron de sus infinitas misericordias: de tal manera hicieron aprension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volvieron los ojos á todas las partes del templo, y les parecia ver venir por el aire volando los cautivos envueltos en sus cadenas á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entonces de Periandro ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constanza ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginaban; y asi con devotas y cristianas muestras, hincados de rodillas se pusieron á adorar á Dios Sacramentado y á suplicar á su santísima Madre, que en crédito y honra de aquella imágen, fuese servida de mirar por ellos; pero lo que mas es de ponderar, fue, que puesta de hinojos y las manos puestas y junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas, con sosegado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demostracion ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al cielo, y cantó unos versos que ella sabia de memoria, los cuales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de cuantos le escuchaban, y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz habia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla.

Cuatro estancias habia cantado, cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todavía cantaba, puso tambien en admiracion: y uno dellos que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, díjole: O aquella voz es de algun ángel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. ¿Quién lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será, si no hierra el golpe este mi brazo; y diciendo esto, echó mano á una daga, y con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fué hácia donde Feliciana estaba: el venerable anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciéndole: No es este, oh hijo, teatro de miserias ni lugar de castigos: da tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito te eches sobe tír la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los peregrinos y á todos cuantos en el templo estaban, los cuales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo, con la justicia, que se la quitó á los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiéndola hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de á caballo, que los dos dellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno don Francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana, los cuales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro caballero que con un velo de tafetan negro traia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces: fuéles respondido que no se sabia otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina á quien querian matar dos hombres que decian ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana, cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo sobre quien venia, poniendo mano á su espada y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y á grandes voces dijo: En mí, en mí debeis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres: Feliciana es mi esposa y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria; noble soy, de cuya nobleza os podré presentar testigos; riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto; y si os parece que os he hecho ofensa de haber llegado á este punto de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme,

que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio me hizo no guardar el decoro que os debia, de lo cual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto decia, Feliciana estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa y toda triste, y toda hermosa juntamente; pero antes que su padre y hermano respondiesen palabra, don Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y don Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dijo al padre: ¿Dónde está vuestra discrecion, señor don Pedro Tenorio? ¿Cómo, y es posible que vos mismo querais confesar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agravios, antes que la pena, traen la disculpa consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca á Feliciana, ó qué le quedará á Feliciana de aquí adelante si pierde á Rosanio?

Casi estas mismas ó semejantes razones decia don Juan de Orellana á su hermano, añadiendo mas, porque le dijo: Señor don Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus: ella es pasion del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende; vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y res petos, no será bien hecho; porque os pondreis á peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, señor don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa, un sobrino os tengo, que no lo podreis negar si no os negais á vos mismo; tanto es lo que os parece. La respuesta que dió el padre á don Francisco, fue llegarse á su hijo don Sancho y quitalle la daga de las manos, y luego fué á abrazar á Rosanio, el cual dejándose derribar á los pies del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramó lágrimas, envió suspiros, vinieron desmayos. La alegría discurrió por todos los circunstantes; ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos y bien hablados: llevólos el corregidor á su casa, regalólos el prior del santo monasterio abundantísimamente: visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas; confesaron sus culpas, recebieron los sacramentos, y en este tiempo, que fue el de tres dias, envió don Francisco por el niño que le habia llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dió á Periandro la noche que le dió la cadena, el cual era tan lindo, que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dijo, viéndole, que mil bienes haya la madre que te parió y el padre que te engendró: y tomándole en sus brazos tiernamente le baño el rostro con lágrimas, y se las enjugó con besos y las limpió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciana le diese el traslado de los versos que habia cantado delante de la santísima imágen, la cual respondió que solamente habia cantado cuatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y asi las escribió, que eran éstas:

Antes que de la mente eterna fuera
Saliesen los espíritus alados,
Y antes que la veloz ó tarda esfera
Tuviese movimientos señalados,
Y antes que aquella escuridad primera
Los cabellos del sol viese dorados,
Fabricó para sí Dios una casa
De santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos
Sobre humildad profunda se fundaron,
Y mientras mas á la humildad atentos,
Mas la fábrica régia levantaron:
Pasó la tierra, pasó el mar, los vientos
Atrás como mas bajos se quedaron,
El fuego pasa, y con igual fortuna
Debajo de sus pies tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
Los muros: esta fábrica bendita
Ciñe la caridad, por quien se alcanza
Duracion, como Dios, siempre infinita:
Su recreo se aumenta en su templanza,
Su prudencia los grados facilita
Del bien que ha de gozar, por la grandeza
De su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion y gloria de las gentes:
Están á la siniestra y diestra mano
Cipreses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarísimos espejos
Que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el plátano y la rosa
De Hiericó, se halla en sus jardines,
Con aquella color, y aun mas hermosa,
De los mas abrasados querubines:
Del pecado la sombra tenebrosa
Ni llega, ni se acerca á sus confines;
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,
Este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomon el templo se nos muestra
Hoy, con la perfeccion á Dios posible,
Donde no se oyó golpe, que la diestra
Mano diese á la obra convenible:
Hoy haciendo de sí gloriosa muestra,
Salió la luz del sol inaccesible,
Hoy nuevo resplandor ha dado al dia
La clarísima estrella de María.

Antes que el sol la estrella hoy da su lumbre
Prodigiosa señal, pero tan buena,
Que sin guardar de agüeros la costumbre,
Deja el alma de gozo y bienes llena:
Hoy la humildad se vió puesta en la cumbre,
Hoy comenzó á romperse la cadena
Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
Prudentísima Ester, que el sol mas bella.

Niña de Dios por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente
En soberbia maldad endurecida
Quebrantásteis de la infernal serpiente;
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues vos fuisteis el medio conveniente,
Que redujo á pacífica concordia
De Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
En vos, Vírgen Santísima, y con gusto
El dulce beso de la paz se han dado,
Arra y señal del venidero Augusto:
Del claro amanecer, del sol sagrado
Sois la primera aurora, sois del justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que abeterno fuistes
Llamada desde el cielo, sois la esposa
Que al sacro Verbo limpia carne distes,
Por quien de Adan la culpa fue dichosa:
Sois el brazo de Dios, que detuvistes
De Abrahan la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes el mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazon, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto
Que la gran culpa le visitó primera:
De aquel inmenso y general tributo
La paga conveniente y verdadera
En vos se ha de fraguar: creed, Señora,
Que sois universal remediadora.

Ya en las empíreas sacrosantas salas
El paraninfo alígero se apresta,
O casi mueve las doradas alas,
Para venir con la embajada honesta:
Que el olor de virtud que de tí exhalas,
Vírgen bendita, sirve de recuesta
Y apremio, á que se vea en tí muy presto
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que comenzó á cantar Feliciana; y los que dió por escrito despues, que fueron de Auristela mas estimados que entendidos: en resolucion, las paces de los desavenidos se hicieron: Feliciana, esposo, padre y hermano se volvieron á su lugar, dejando órden á don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar, y asi se le llevó consigo: con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPITULO VI.

Prosiguen su viaje; encuentran una vieja peregrina, y un polaco que les cuenta su vida.

Cuatro dias se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron á ver las grandezas de aquel santo monasterio: digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible: desde allí se fueron á Trujillo, adonde asimismo fueron agasajados de los dos nobles caballeros don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciana, y ponderaron al par de su voz su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le habia hecho al tiempo de su partida: la ida de Trujillo fue de allí á dos dias la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su orígen de muchos años, antes que Cristo naciese, reducida por los cristianos á tan buen punto y término, que si entonces se celebraba en honra de la diosa Venus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Vírgen de las vírgenes. Quisieran esperar á verla; pero por no dar mas espacio á su espacio, pasaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo: seis leguas se habrian alongado de Talavera, cuando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola; y escusóles el darla voces, á que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo, ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegaron á ella, y hallaron ser de tal talle que nos obliga á describirle: la edad, al parecer, salia de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna dellas; los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina



rota que le besaba los calcañares, sobre la cual traia una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podia distinguir si de cordoban ó si de badana fuese: ceñíase con un cordon de esparto tan abultado y poderoso, que mas parecia gúmena de galera que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas: cubríale la cabeza un sombrero viejo, sin cordon ni toquilla, y los pies unos alpargates rotos, y ocupábale la mano un bordon hecho á manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, y apesgábale el cuello un rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narices, que fue mas gangosa que suave. Preguntáronla dónde

iba, y qué peregrinacion era la suya; y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentaron á la redonda, dejaron pacer el bagaje que les servia de recámara, de despensa y botillería, y satisfaciendo á la hambre, alegremente la convidaron, y ella respondiendo á la pregunta que la habian hecho, dijo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad, y asi me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran ciudad de Toledo á visitar á la devota imágen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta como halcon noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaen, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra-Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra tal, segun he oido decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, á quién imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fija, y pintárosla con palabras, y ponérosla delante de la vista, para que comprendiéndola, viérades la mucha razon que tengo de alabárosla; pero esta es carga para otro ingenio, no tan estrecho como el mio: en el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte, ó por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imágen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que lo rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento, siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del rio Jandula, que de paso, como en reverencia, le besa las faldas: el lugar, la peña, la imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España, sobre cuantos lugares las mas extendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen. Desde allí, prosiguió la peregrina, no sé qué viaje será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dijo Antonio el padre: Paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido, y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto, por el camino real que junto á ellos estaba, vieron venir á un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como despues pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al través una gran caida: acudieron todos luego á socorrer el caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fue darle á beber un golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijeron que bien podia volver á subir y á seguir su camino, el cual hombre les dijo: Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caido en este llano para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma: yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy extranjero, y de nacion polaco: muchacho salí de mi tierra, y vine á España, como á centro de extranjeros y á madre comun de las naciones; serví á españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella me sucedió un caso, que si lo creyéredes, hareis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedaron Periandro y Auristela, y los demás compañeros, de la improvisa y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escuchalle, le dijo Periadro que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque todos eran corteses y en las cosas del mundo experimentados.

Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo: Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó *ruas*, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una donde me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugués con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo: despertó el agravio la cólera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el portugués con gallardo brio y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el cual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho; pasméme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adónde; mas el rumor de la gente que me pareció que acudia, me

puso alas en los pies, y con pasos desconcertados volví la calle abajo buscando dónde esconderme ó adónde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese no me hallase con manifiestos indicios de mi delito: yendo pues asi ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con qué disinio: hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada, alargué el paso y entré en otra cuadra tambien bien aderezada, y llevado de la luz que en otra cuadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora, que alborotada, sentándose en él, me preguntó quién era, qué buscaba, y adónde iba, y quién me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto. Yo le respondí: Señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros que soy un hombre extranjero, que á lo que creo, dejo muerto á otro en esa calle, mas por su desgracia y su soberbia, que por mi culpa: suplícoos por Dios y por quien sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿Sois castellano? me preguntó en su lengua portuguesa. No, señora, le respondí yo, sino forastero, y bien lejos desta tierra. Pues aunque fuérades mil veces castellano, replicó ella, os librara yo si pudiera, y os libraré si puedo: subid por cima deste lecho, y entráos debajo deste tapiz, y entráos en un hueco que aquí hallareis, y no os movais, que si la justicia viniere, me tentrá respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles.

Hice luego lo que me mandó, alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude, y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi á gritos: Señora, á mi señor don Duarte han muerto, aquí le traen pasado de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la cual apenas se oyeron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa. Este debe de ser el matador sin duda respondió la señora, y no podrá escaparse: ¡ cuántas veces temia yo, ay desdichada, ver que traian á mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias!

En esto, en hombros de otros cuatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la cual con voz lamentable comenzó á decir: ¡ Ay venganza, y cómo me estás llamando á las puertas del alma; pero no consiente que responda á tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra! ¡ Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho! Considerad, señores, cuál estaria mi corazon, oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mí que le ponian en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que habia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿qué podia yo hacer entonces, sino callar y esperar en la misma desesperacion? y mas cuando entró en el aposento la justicia, que con comedimiento dijo á la señora: Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entró en esta casa el homicida deste caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entonces yo abrí los oidos, y estuve atento á las respuestas que daria la afligida madre, la cual respondió llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo menos en esta estancia: por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas cuando las injurias no proceden de malicia.

Volvióse la justicia á buscar la causa, y volvieron en mí los espíritus que me habian desamparado: mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen, y desde luego diesen órden en su sepultura: mandó asimismo que la dejasen sola, porque no estaba para recebir consuelos y pésames de infinitos que venian á dárselos, asi de parientes, como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció, debió de ser de la que mas se fiaba, y habiéndola hablado al oido la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta: ella lo hizo asi, y la señora, sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso me puso las manos sobre el corazon, el cual palpitando apriesa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo cual. me dijo con baja y lastimada voz: Hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaba: pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza, y asi en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré. Ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos no me obligues á que te conozca, y sal dese encerramiento y sigue á una mi doncella, que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste, sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.

En esto volvió la doncella, yo salí detrás del paño cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pie de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella que, asimismo callando, me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin, á escuras, me puso en la calle. En viéndome en ella lo primero que hice fue limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me encontré en ella, como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso; contóme el huésped la desgracia del recien muerto caballero, y asi exageró la grandeza de su linaje, como la arrogancia de su condicion, de la cual se creia le habria granjeado algun enemigo secreto que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recebidas mercedes, y ponderando el valeroso

y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que asi supe se llamaba mi bienhechora: salí por la mañana al rio, y hallé en él un barco lleno de gente, que se iba á embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las Indias orientales; volvíme á mi posada, vendí á mi huésped la cabalgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba: quince años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo



de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos: allí granjeé algun oro y algunas perlas, y cosas mas de valor que de bulto, con las cuales, y con la ocasion de volverse mi general á Lisboa, volví á ella, y de allí me puse en camino para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España: reduje á dineros mis riquezas, y á pólizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fue el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recien venida la córte del gran Felipe III; pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento, por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda, y ansi hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está lejos de aquí, me apeé en un meson, que no me sirvió de meson, sino de sepultura, pues en él hallé la de mí honra.

¡Oh fuerzas poderosas de amor: de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, y con cuánta facilidad atropellas disinios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo pues que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, á lo menos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero limpísima, y al pasar junto á mí me pareció que olia á un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atrás las aromas de Arabia: llegóse la cual á un mozo del meson, y hablándole al oido, alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson, y se entró en una casa frontera: el mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar sino fue con una coz que le dió en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa; esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera dijo al mozo: Por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigües á coces. Como esas le daré yo, si vivo, respondió el Alonso: calla, Martina amiga, que estas mocitas sobresalientes, no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo; y con esto nos dejó solos á mí y á Martina, á la cual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada ó no. No es casada, respondió Martina; pero seráio presto con este mozo Alonso que habeis visto; y en fe de los tratos que andan entre los pa-

dres della y los dél, de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca, porque si va á decir la verdad, señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algun tanto libre y descompuesta; harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dejará de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues en verdad, en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad, que buen siglo haya la madre



que me parió, que fue persona que no me dejó ver la calle, ni aun por un agujero, cuanto mas salir al umbral de la puerta; sabia bien, como ella decia, que la mujer y la gallina, etc. Dígame, señora Martina, le repliqué yo, ¿cómo de la estrecheza dese noviciado vino á hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en eso, dijo Martina, y aun yo tuviera mas que decir destas menudencias, si el tiempo lo pidiera ó el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Donde el polaco da fin á la narracion de su historia.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino, cuando del polaco ya deseaba saber qué dolor traia en el alma, como sabian el que debia tener en el cuerpo, á quien dijo Periandro: Contad, señor, lo que quisiéredes y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas suele acrecentar gravedad al cuento; que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faisan bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada: la salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje, en cualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso y de Martina acoceada á vuestro gusto, á Luisa casadla, ó no la caseis, séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo, que el toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi astrología. Digo pues, señores, respondió el polaco, que usando desa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la planta de vuestro juicio. Con todo el que entonces tenia, que no debia de ser mucho, fuí y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina, moza ó conocida de mi huéspeda: hice mil disinios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos y dí dos higas al qué dirán; y finalmente, me resolví de dejar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa Vénus, que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero; pasóse aquella noche, tomé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya habia depositado en los ojos de mi labradora; y atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar á su padre, pidiéndosela por mujer: enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vino mas blando que un guante á condescender con mi deseo, y mas cuando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho deste concierto.

Quedó Alonso despachado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo dieron á entender los sucesos

que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio y vergüenza suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros mios, con los cuales y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los pies, desapareció de Talavera dejándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo á que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen; hízome el agravio acudir á la venganza, pero no hallé en quién tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces para ahorcarme; pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda y á seguir mi justicia: y asi voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido: vive Dios que han de morir, vive Dios que me he de vengar, vive Dios que ha de saber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las médulas del alma: á Madrid voy, ya estoy mejor de mi caida, no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen á los oidos ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito, como el aceite sobre el agua; y diciendo esto se iba á levantar muy ligero, para volver á subir y á seguir su viaje: viendo lo cual Periandro, asiéndole del brazo le detuvo, y le dijo: Vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echais de ver que vais á dilatar y á extender vuestra deshonra: hasta agora no estais mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid: quereis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del cielo, cuando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se habia ido; el cual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso irla á buscar y volverla á anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye puente de plata, y el mayor que el hombre tiene, suele decirse que es la mujer propia; pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra alguna heredad: pero en la religion católica el casamiento es sacramento que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las cuales pueden excusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron: ¿qué pensais que os sucederá cuando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y rendidos, encima de un teatro público, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decis, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo menos en tanto que vive el agraviado: asi que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tras la justicia; y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra mujer para volvella á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es que la dejeis, que es el mayor castigo que podreis darle: vivid lejos della, y vivireis, lo que no hareis estando juntos, porque morireis contínuo.

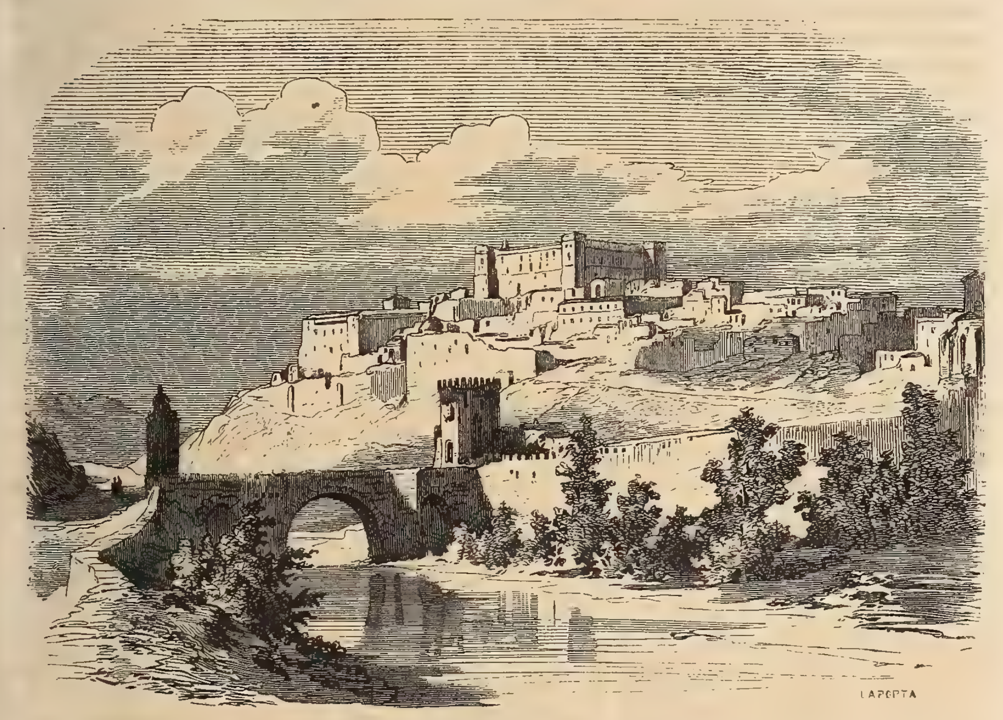
La ley del repudio fue muy usada entre los romanos; y puesto que seria mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto extremado á la discrecion, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas cuando la contratan inconvenientes tantos y tan pesados: y finalmente quiero que considereis que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico polaco, y mirándole de hito, en hito, respondió: Tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad: un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo sino es la de volverme á mi tierra á dar gracias al cielo por la merced que me ha hecho; ayúdame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso harémos todos de muy buena gana, dijo Antonio el padre, y ayudándole á subir en el macho, abrazándoles á todos primero, dijo que queria volver á Talavera á cosas que á su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria: díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en castellano Martin Banedre; y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hácia Talavera, dejando á todos admirados de sus sucesos y del buen donaire con que los habia contado: aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y de allí á dos dias en compañía de la antigua peregrina llegaron á la Sagra de Toledo, y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas y claro por sus líquidos cristales.

CAPITULO VIII.

De cómo los peregrinos llegaron á la villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.

No es la fama del rio Tajo tal que la cierren límites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que á todos se extiende y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y como es uso de los septentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion; y asi por esto como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamás alabado, como se debe, poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leido, mirado y admirado, asi como vió al claro rio, dijo: No dirémos: *Aquí dió fin á su cantar Salicio,* sino: Aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo son se detuvieron las aguas deste rio, no se movieron las hojas de los árboles, y parándose los vientos, dieron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gente por



todas las de la tierra: ¡Oh venturosas pues cristalinas aguas, doradas arenas: ¿qué digo yo doradas? antes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino, que como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca! y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dijo: ¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria, y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve pues, oh ciudad santa, y da lugar que en tí le tengan estos que venimos á verte.

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista: casi en este mismo instante resonó en sus oidos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se extendian, y vieron venir hácia donde ellos estaban escuadrones no armados de infantería, sino montones de doncellas sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro: venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores: campeó aquel dia y en ellas, antes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan y el raso de Florencia: finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la córte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediania, se descubria asimismo la extremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado,

el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos: alrededor de cada escuadron andaban por de fuera de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, este las sonajas y aquel los albogues, y de todos estos sones redundaba uno solo que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música; y al pasar uno destos escuadrones ó junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno que á lo que despues pareció era el alcalde del pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante le dijo: ¡Ah Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¿bailes son estos para ser profanados? ¿fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? no sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oir los sordos. Apenas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde, y le dijo: Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, seria hacer milagros: contentáos con que nos oígamos á nosotros, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar: á lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su magestad en sus fiestas, porque veais, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa; témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer á los de la audiencia clericial, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon á oir la plática: Si va á decir la verdad, señores alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo y él marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre: ella está en cinta, y no está para danzar ni bailar; cásenlos, y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decís muy bien: entrambos son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Cobeña que no estaba lejos, y lo primero que dijo fue: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en estos barrancos. Tozuelo es mi esposo y yo su esposa, y perdónenos Dios á entrambos cuando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dijo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda antes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dejar atrás. Par diez, dijo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo; dénse estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos por donceles, acabóse el pleito, y pasó el baile adelante: que si con esta brevedad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demás peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque asi se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres, que no estaban lejos, diciendo que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenia mas tiempo que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazon estaba la córte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese; confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la córte ciertos pequeños que tenian fama de ser hijos de grandes, que aunque pájaros noveles, se abatian al señuelo de cualquier mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosuras; á lo que añadió Antonio el padre: Desa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas, cuando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca para que les impida el canto y excusen de ser sentidas; cuanto mas, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso rio, y dejando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el disinio del viaje que habia hecho Antonio, dijo que ella queria seguir el suyo, que le venia mas á cuento: la hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida: nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegría: vieron iguales y extendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes que las hacian parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios Jarama y Tajo; contemplaron sus sierras de agua, y admiraron el concierto de sus jardines y la diversidad de sus flores; vieron sus estanques con mas peces

que arenas y sus exquisitos frutales, que por aliviar el peso á los árboles tendian las ramas por el suelo: finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcia: desde allí fueron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso: Halla Antonio el bárbaro á sus padres: quédanse con ellos él y Ricla su mujer; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela.

Con los aires de su patria se regocijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar á nuestra Señora de Esperanza á todos se les alegró el alma: Ricla y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian, á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado; supo asimismo cómo su contrario habia heredado el estado de su padre, y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intricada seta del duelo, se habia averiguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y asi el que quiere tomar venganza dellas no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este ejemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un desalumbrado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo, de modo que el desmentido desta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga; porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta: en efecto, digo, que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas, con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia heredado y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto: fue parecer de Antonio que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de haberle conocido, advirtiendo que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un improviso pesar.

De allí á tres dias llegaron, al crepúsculo de la noche, á su lugar y á la casa de su padre, el cual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle, tomando, como



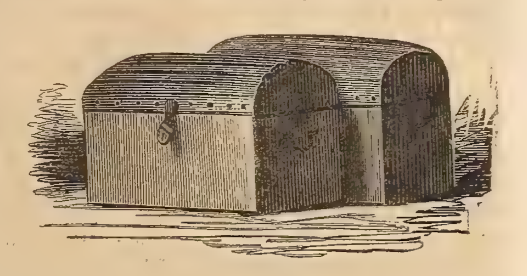
dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fue Antonio á su mismo padre: ¿Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas dél son hospital de peregrinos, y cuando otra no hubiera, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas;

prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? dígolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lejos desta tierra, que si él estuviera en ésta, no nos faltara posada á mí, ni á mis camaradas. ¿Y cómo se llamaba, hijo, dijo su madre, ese Villaseñor que decis? Llamábase Antonio, replicó Antonio, y su padre, segun me acuerdo, me dijo que se llamaba Diego de Villaseñor. ¡Ay, señor, dijo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia há al pie de diez y seis años que falta desta tierra! comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros y granjeado con oraciones: plegue á Dios que mis ojos lo vean antes que les cubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dijo: ¿há mucho que le vistes, há mucho que le dejastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdase de sus padres, á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos; y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos cuantos peregrinos por aquí pasan; pero agora con las regocijadas nuevas que me habeis dado ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas; y cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente, que traian en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano: el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuidado de recebir los nuevos huéspedes, las turbó de manera que no sabian á quién acudir ni á quién preguntar la causa de aquel alboroto: los padres de Antonio acudieron al conde, herido de una bala por las espaldas, que en una revuelta que dos compañías de soldados, que estaban en el pueblo alojadas, habian tenido con los del lugar, le habian pasado por las espaldas el pecho, el cual viéndose herido, mandó á sus criados que le trajesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fue al tiempo que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera, á sus dos nietos, y á Periandro y á Auristela, la cual asiendo de las manos á las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusion y la llevasen á algun aposento donde nadie la viese: hiciéronlo ellas asi, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela: Constanza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad y casi de igual hermosura: lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual, olvidado de los respetos de la buena crianza y de la obligacion del hospedaje, se atrevió honesto y regocijado á abrazar á una de sus tias, viendo lo cual un criado de casa, le dijo: Par vida del señar peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas, si no, á fe que se las haga tener quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento. Por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras y á todos los desta casa. Ya en esto habian acomodado al conde herido en un rico lecho, y llamado á dos cirujanos que le tomasen la sangre y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por via humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadron formado se habian salido al campo, y esperaban, si fuesen acometidos del pueblo, darles la batalla: valia poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el cual por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece, bien asi como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que tomando el regañon el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracan, y las levanta al cielo, el cual dándose priesa á entrar el dia, la prudencia de los capitanes hizo marchar á sus soldados á otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus límites, á pesar del rigor y el mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por términos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco á poco vino Antonio á descubrirse á sus padres, haciéndoles presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos: la belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiracion á todos los sentidos. Este placer tan grande como improviso, esta llegada de sus hijos tan no esperada, se la aguó, turbó y casi deshizo la desgracia del conde, que por momentos iba empeorando: con todo eso, le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella habia, que para su salud fuese conveniente, porque aunque quisiera moverse y llevarle á la de su estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que tenian de salud; no se quitaban de la cabecera del conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constanza, que con la compasion cristiana y solicitud posible eran

sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, ó á lo menos no acompañado de mujeres; pero la disposicion del cielo, que con causas á nosotros secretas ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el conde llegase al último de su vida; y un dia, antes que della se despidiese, cierto ya de que no podia vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedándose con él solo, le dijo desta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir á Roma este año, en el cual el sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicándonos como en año santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse; iba á la ligera, mas como peregrino pobre, que como caballero rico: en este pueblo hallé trabada una pendencia, como ya, señor, habeis visto, entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos dél: mezcléme en ella, y por reparar las agenas vidas, he venido á perder la mia, porque esta herida que á traicion, si asi se puede decir, me dieron, me la va quitando por momentos: no sé quién me la dió, porque las pendencias del vulgo traen consigo á la misma confusion: no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia ó por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano, digo que perdono á mi matador y á todos aquellos que con él tuvieron culpa, y es mi voluntad asimismo, de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habeis hecho; y la muestra que he de dar deste agradecimiento no será asi como quiera, sino con el mas alto extremo que pueda imaginarse; en esos dos baules ques ahí están, donde llevaban recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera della lo mismo que desta hacer quiero: tomadla, señor, en vida, ó haced que la tome la señora doña Constanza vuestra nieta, que yo se la doy en arras y para su dote, y mas que la pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada: llamadla aquí; y traed quien me despose con ella, que su valor, su cristiandad, su hermosura, merecian hacerla señora del universo: no os admire, señor, lo que oís; creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una mujer famosa. Esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad; por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra; id luego, y sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, asi de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la deshaga.



Pasmóse á estas razones Villaseñor, y creyó sin duda alguna que el conde habia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates; y asi lo que le respondió fue: Señor, yo espero en Dios que tendreis salud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreis ver las riquezas que dais y la mujer que escogeis: mi nieta no es vuestra igual, ó á lo menos no está en potencia propincua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta honra que quereis hacerme, con lo que dirá el vulgo' casi siempre mal intencionado, del cual ya me parece que dice, que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que por via de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dijo el conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare.

Alto pues, dijo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir á la buena suerte, que está llamando á las puertas de mi casa; y con esto se salió del aposento, y comunicó lo que el conde le habia dicho con su mujer, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los cuales fueron de parecer que sin perder punto, asiesen á la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y trajesen quien llevase al cabo aquel negocio: hízose asi, y en menos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el conde, y los dineros y joyas en su posesion, con todas las circunstancias y revalidaciones que fueron posible hacerse: no hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del conde se iba acabando por momentos: finalmente, otro dia despues del desposorio, recebidos todos los sacramentos, murió el conde en los brazos de su esposa la condesa Constanza, la cual cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas y levantando los ojos al cielo, comenzó á decir: Yo hago voto... pero apenas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo: ¿Qué voto quereis hacer, señora? De ser monja, respondió la condesa. Sedlo, y no le hagais, replicó Auristela, que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y éste de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que despues, ó no podreis, ó no querreis cumplir; dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que asi vuestra discrecion, como la de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo

que mejor os tuviere, y dése agora órden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindióse á este parecer la condesa, y dando trazas al entierro del conde, llegó un su hermano menor, á quien ya habian ido las nuevas á Salamanca, donde estudiaba: lloró la muerte de su hermano, pero enjugóle presto las lágrimas el gusto de la herencia del estado; supo el hecho, abrazó á su cuñada, no contradijo á ninguna cosa, depositó á su hermano para llevarle despues á su lugar, partióse á la córte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleito, degollaron á los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las arras y el título de condesa; apercebióse Periandro para seguir su viaje, á quien no quisieron acompañar Antonio el padre ni Ricla su mujer, cansados de tantas peregrinaciones que no cansaron á Antonio el hijo, ni á la nueva condesa, que no fue posible dejar la compañía de Auristela ni de Periandro. A todo esto nunca habia mostrado á su abuelo el lienzo donde venia pintada su historia; enseñósele un dia Antonio, y dijo que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela habia venido á la isla bárbara, cuando se vieron ella y Periandro en los trocados trajes, ella en el de varon, y él en el de hembra: metamorfosis bien extraño; á lo que Auristela dijo, que en pocas razones lo diria, que fue, que cuando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloelia y á las dos pescadoras, vinieron á una isla despoblada á repartir la presa entre ellos, y no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas para igualar la demasía; entré en su poder, sola, sin tener quien en mi desventura me acompañase; que de las miserias suele ser alivio la compañía; éste me vistió en los hábitos de varon, temeroso que en los de mujer no me solicitase el viento; muchos dias anduve con él peregrinando por diversas partes, y sirviéndole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia: finalmente, un dia llegamos á la isla bárbara, donde de improviso fuimos presos de los bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prision, y yo fuí traida á la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloelia, que por otros no menos desventurados pasos allí habia sido traida, la cual me contó la condicion de los bárbaros, la vana supersticion que guardaban, y el asunto ridículo y falso de su profecía: díjome asimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro habia estado en aquella sima á quien no habia podido hablar por la priesa que los bárbaros se daban á sacarle para ponerle en el sacrificio, y que habia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre; y que asi, rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla á peligro de perderla por momentos; y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo; pero todos fueron de parecer que no solamente no se añadiese, sino que aun lo pintado se borrase, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos dias se pasaron poniendo en órden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva condesa, que, como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia la llevara no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viaje en compañía: llegóse el dia de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma: echóles su bendicion su abuelo á todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos: llevaron consigo á uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y puestos en él, dejaron soledades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste, siguieron su viaje.

CAPITULO X.

De lo que pasó con unos cautivos que encontraron.

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda dónde será bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones hay que por grandes deben de callarse, y otras que por bajas no deben decirse, puesto que es excelencia de la historia, que cualquiera cosa que en ella se escriba puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo, lo que no tiene la fábula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud, que á despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía. Aprovechándome pues desta verdad, digo, que el hermoso escuadron de los peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó á un lugar no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza dél,

por quien forzosamente habian de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando á dos mancebos, que en traje de recien rescatados de cautivos estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian tendido en el suelo: parecia que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto á sí, insignias y relatoras de su pesada desventura; y uno dellos, que debia de ser de hasta veinticuatro años, con voz clara y en todo extremo experta lengua, crugiendo de cuando en cuando un corbacho, ó por mejor decir, azote, que en la mano tenia, le sacudia de manera que penetraba los oidos y ponia los estallidos en el cielo; bien asi como hace el cochero que castigando ó amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto e uno como el otro: por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fue diciendo: Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que deste pequeñuelo puerto que aquí



va pintado salen con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules, y á acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano pensaban estar seguras á lo menos de los bajeles turquescos: este bajel que aquí veis reducido á pequeño, porque lo pide asi la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y capitan es el turco que en la crujía va en pie, con un brazo en la mano, que cortó á aquel cristiano que allí veis, para que les sirva de rebenque ó azote á los demás cristianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza: aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servia de espalder en esta galeota, y el otro que está junto á mí, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado: escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprension deste lastimero cuento os llevará á los oidos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que asi se llamaba el arraez de la galeota, cosario tan famoso como cruel y tan cruel como Falaris, ó Busiris, tirano de Sicilia; á lo menos á mí me suena agora el rospin, el manahora, y el de nimaniyoz, que con coraje endiablado va diciendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas á la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos, llamándolos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser que uno de los dos alcaldes habia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el cual con baja voz dijo á su compañero: Este cautivo hasta agora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y veremos cómo da la cuerda: porque quiero que sepais que yo iba dentro desta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, sino fue á un Alonso Moclin, natural de Velez-Málaga; y volviéndose al cautivo, le dijo: Decidme, amigo, ¿cuyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguísteis por ellas la libertad de-

seada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de don Sancho de Leiva: la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron: tuvímosla despues, porque nos alzamos con una galeota, que desde Sargel iba á Argel cargada de trigo; venimos á Oran con ella, y desde allí á Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de servir á su magestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el alcalde, ¿cautivastes juntos, lleváronos á Argel del primer boleo, ó á otra parte de Berbería? No cautivamos juntos, respondió el otro cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante, en un navío de lanas que pasaba á Génova, mi compañero en los percheles de Málaga, adonde era pescador; conocímonos en Tetuan dentro de una mazmorra: hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo; y para diez ó doce cuartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor alcalde. No mucho, señor galan, replicó el alcalde, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuerda; escúcheme y dígame: ¿cuántas puertas tiene Argel, y cuántas fuentes y cuántos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo, y si el señor alcalde quiere ir en contra de la caridad cristiana, recogeremos los cuartos y alzaremos la tienda, y adios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entonces el alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo cuando se ofrecia, y díjole: Gil Berrueco, id á la plaza, y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes, que por vida del rey nuestro señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano que no un corbacho para dar estallidos en seco: yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habeis dicho.

Cuerpo del mundo, respondió el cautivo, es posible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dinero, y que por una niñería que no importa tres ardites quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su magestad dos valientes soldados, que íbamos á esas Italias y á esos Flandes, á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa fé católica que topáramos; porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo y de saber á qué sabia la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz: para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron á pasar por allí unos cautivos, que tambien lo debian de ser falsos, como nosotros agora; les compramos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel, que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco: vendimos nuestros libros y nuestras alhajas á menos precio, y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el señor alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer es, replicó el alcalde, daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flandes, poneros un remo en las manos que le cimbreis en el agua en las galeras, con quien quizá hareis mas servicio á su magestad que con la pica. Querráse, replicó el mozo hablador, mostrar agora el señor alcalde ser un legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue á los oidos de los señores del consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia: pues sepa el señor alcalde que *summum jus summa injuria.* Mirad cómo hablais, hermano, replicó el segundo alcalde, que aquí no hay justicia con lujuria; que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa, y hablad menos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dijo: Señor alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traedlos acá por sí ó por no, que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar. No le tendrá vuestra merced, señor alcalde, en el cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad: por quien Dios es, que vuesa merced considere que no hemos robado tanto, que podemos dar á censo, ni fundar ningun mayorazgo; apenas granjeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros; nuestros padres no nos enseñaron oficio alguno, y asi nos es forzoso que remitamos á la industria lo que habíamos de remitir á las manos, si tuviéramos oficio: castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldíos en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos, y dejen á los míseros que van su camino derecho á servir á su magestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece. Admirado estaba

Periandro y todos los mas de los circunstantes, asi de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el cual prosiguiendo, dijo: Espúlguenos el señor alcalde, mírenos y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes; veamos pues si la adquisicion de tan pequeña cantidad de intereses merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y asi otra vez digo que el señor alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre; los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dijo el segundo alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho; y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar á mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados.

Ya el primer alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dijo: No quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una licion de las cosas de Argel, tal que de aquí adelante ninguno les coja en mal latin, en cuanto á su fingida historia: los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recebieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer alcalde á Periandro, y dijo: ¿Vosotros, señores peregrinos, traeis algun lienzo que enseñarnos? ¿Traeis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viaje, el cual los puso en manos del alcalde, diciéndole: Por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos, los cuales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y asi como á caminantes libres nos podian dejar pasar libremente. Tomó el alcalde los papeles, y porque no sabia leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabia, y asi pararon en manos del escribano, que pasando los ojos por ellos brevemente, se los volvió á Antonio, diciendo: Aquí, señores alcaldes, tanto valor hay en la bondad destos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura; si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson y mi voluntad de alcázar donde se recojan: volvióle las gracias Periandro, quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de moriscos.

Llegóse el dia, y con él los agradecimientos del hospedaje, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautivos falsos, que dijeron que iban industriados del alcalde, de modo que de allí adelante no los podian coger en mentira acerca de las cosas de Argel: que tal vez, dijo el uno, digo, el que hablaba mas que el otro; que tal vez, dijo, se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia: quiero decir, que alguna vez los malos ministros della se hacen á una con los delincuentes, para que todos coman: llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos, los cautivos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia, los cuales otro dia al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol habia de hacer su acostumbrada carrera; Bartolomé, que asi creo se llamaba el guiador del bagaje, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa á la vista, con rústica discrecion, dijo: Verdad debió de decir el predicador que predicaba los dias pasados en nuestro pueblo, cuando dijo, que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor: par diez, que si yo no conociera á Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera á rastrear y conocer, viendo la inmensa grandeza destos cielos, que me dicen que son muchos, ó á lo menos que llegan á once, y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra, y mas que con ser tan grande, afirman que es tan ligero, que camina en veinte y cuatro horas mas de trescientas mil leguas: la verdad que sea, yo no creo nada desto; pero dícenlo tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admiro es, que debajo de nosotros hay otras gentes, á quien llaman *antípodas*, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los pies, cosa que me parece imposible; que para tan gran carga como la nuestra fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce: rióse Periandro de la rústica astrología del mozo, y díjole: Buscar querría razones acomodadas, oh Bartolomé, para darte á entender el error en que estás y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atrás sus principios, pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mio y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es centro del cielo: llamo centro un punto indivisible á quien todas las líneas de su circunferencia van á parar: tampoco me parece que has de entender esto; y

asi dejando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte della donde los hombres estén, han de estar cubiertos con el cielo; asi que, como á nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre á los *antípodas*, que dicen, sin estorbo alguno y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. No se descontentó el mozo de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto á Auristela, á la condesa y á su hermano.

Con estas y otras razones iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pie; y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegándose á Periandro, dijo: Si por ventura, señores peregrinos, llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que sí debeis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de caballeros ricos que de pobres peregrinos, os señala; si la llevais, dádmela, para socorrer con ella á un desmayado muchacho que va en aquel carro, conde-



nado á galeras por dos años con otros doce soldados, que por haberse hallado en la muerte de un conde los dias pasados, van condenados al remo, y sus capitanes por mas culpados, creo que están sentenciados á degollar en la córte. No pudo tener á esta razon las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo; pero pudiendo mas su cristiandad que el deseo de su venganza, acudió al bagaje, y sacó una caja de conserva, y acudiendo al carro, preguntó: ¿Quién es aquí el desmayado? á lo que respondió uno de los soldados: Allí va echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, cuando él se muera, que será bien presto, segun está pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alzó el rostro el untado mozo, y alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza, y alargando la mano para tomar la caja, la tomó diciendo: Dios os lo pague, señora; volvió á encajar el sombrero, y volvió á su melancolía y á arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos.

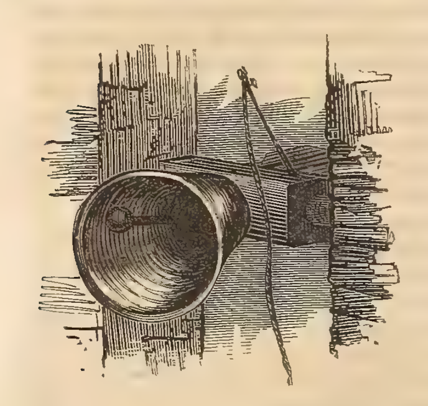
De allí algunos dias llegó nuestro hermoso escuadron á un lugar de moriscos que estaba puesto como una legua de la marina en el reino de Valencia; hallaron en él, no meson en qué albergarse, sino todas las casas del lugar, con agradable hospicio los convidaban; viendo lo cual Antonio, dijo: Yo no sé quién dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos. Con palmas, dijo Periandro, recebieron al señor en Jerusalem los mismos que de allí á pocos dias le pusieron en una cruz;

agora bien, á Dios y á la ventura, como decirse suele, aceptemos el convite que nos hace este buen viejo que con su casa nos convida; y era asi verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas, los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente: salió á servirlos una hija suya, vestida en traje morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas cristianas tuvieran á ventura el parecerla; que en las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer á las bárbaras de Citia, como á las ciudadanas de Toledo: esta pues hermosa y mora, en lengua ajamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada, y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dijo: ¡Ay, señoras, y cómo habeis venido como mansas y simples ovejas al matadero! Veis este viejo, que con vergüenza digo que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro; pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo: esta noche se han de llevar en peso, si asi se puede decir, diez y seis bajeles de cosarios berberiscos á toda la gente deste lugar con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas: piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sinó de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño: los moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las cuales corren los moriscos desta, y dan en los lazos de su desventura; si quereis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego desta casa, y acogeos á la iglesia, que en ella hallareis quien os ampare, que es el cura, que solo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos: hallareis tambien allí al jadraque Jarife, que es un tio mio, moro solo en el nombre, y en las obras cristiano; contadles lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto sereis creidos y amparados; y no lo echeis en burla sino quereis que las veras os desengañen á vuestra costa: que no hay mayor engaño, que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decia, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, de manera que fue creida y no le respondieron otra cosa que fuese mas que agradecimientos. Llamaron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasion aparente se salieron de la casa con todo lo que tenian. A Bartolomé, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza, pero en efecto obedeció á sus señores: llegaron á la iglesia, donde fueron recebidos del cura y del jadraque, á quien contaron lo que Rafala les habia dicho. El cura dijo: Muchos dias há, señores, que nos dan sobresalto con la venida desos bajeles de Berbería, y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza desta me tenia ya algo descuidado: entrad, hijos, que buena torre tenemos y buenas y ferradas puertas la iglesia, que si no es muy de propósito no pueden ser derribadas ni abrasadas. ¡Ay, dijo á esta sazon el jadraque, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio, famoso en el astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion cristiana, que ella sola es el rincon del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo! Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto dejo de ser cristiano, que las divinas gracias las da Dios á quien él es servido, el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo pues, que este mi abuelo dejó dicho que cerca destos tiempos reinaria en España un rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos della, bien asi como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien asi como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda ó arranca la mala yerba de los sembrados: ven ya, oh venturoso mozo y rey prudente, y pon en ejecucion el gallardo decreto deste destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien desterrar la que en efecto está en ella bautizada; que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá á fertilizar, y á poner en mucho mejor punto que agora tienen: tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortaleciéronlas con los bancos de los asientos, subiéronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el cura consigo el Santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas, dejó el bagaje mondo y desnudo á la puerta de la iglesia Bartolomé el mozo, y encerróse con sus amos, y todos con ojo alerta y manos listas y con ánimos determinados estuvieron esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura; tendia los ojos por todo el mar que desde allí se parecia, y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese, que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos, y aguijando á las campanas, comenzó á repicallas tan apriesa y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban, á cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas, pero no aprovechó su diligencia para que los

bajeles no llegasen á la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alhajas, adonde fueron recebidos de los turcos con grande grita y algazara, al son de muchas dulzainas y de otros instrumentos, que puesto que eran bélicos, eran regocijados; pegaron fuego al lugar, y asimismo á las puertas de la iglesia, no por esperar entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen; dejaron á Bartolomé á pie, porque le dejarretaron el bagaje, derribaron una cruz de piedra que estaba á la salida del pueblo, y llamando á grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron á los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos; desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponian á sus mujeres y á sus hijos; muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas á la parte donde habia dejado el bagaje, y muchas flechas el jadraque, pero muchas mas lágrimas echaron Auristela y Constanza pidiendo á Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librase, y ansimismo que no ofendiese el fuego á su templo, el cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el dia, cuando los bajeles cargados con la presa se hicieron al mar, alzando regocijados lilíes y tocando infinitos atabales y dulzainas; y en esto vieron venir dos personas corriendo hácia la iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conoció el jadraque que la una era su sobrina Rafala, que con una cruz de caña en las manos, venia diciendo á voces: Cristiana, cristiana, y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venia á ver el su-





ceso, que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su mujer, que allí no los tenia, sino por la de su casa, que halló robada y abrasada. Dejaron entrar el dia y que los bajeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entonces bajaron de la torre y abrieron la iglesia, donde entró Rafala bañada con alegres lágrimas el rostro; y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion á las imágenes, y luego se abrazó con su tio, besando primero las manos al cura: el escribano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraidos á su lugar, y el jadraque, cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dijo: Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos á España tersa, limpia y desembarazada desta

mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso desta monarquía, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria trasmigracion; llénense estos mares de tus galeras cargadas de inútil peso de la generacion agarena, vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana; que si los pocos hebreos que pasaron á Egipto multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer destos, que son mas y viven mas holgadamente, no las esquilman las religiones, no las entresacan las Indias, no las quintan las guerras, todos se casan, todos ó los mas engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable? Ea pues, vuelvo á decir, vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo á enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se acomodó de bagaje: los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento, y alabaron los buenos pensamientos del jadraque, y abrazando á Rafala, se despidieron de todos, y siguieron su camino.

CAPITULO XII.

En que se refiere un extraordinario suceso.

En el cual se fueron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del jadraque, la valentía del cura, el celo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber cómo se habia escapado del poder de los turcos que asaltaron la tierra, aunque bien consideraron que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues, de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana. Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable: determinaron de alargar sus jornadas aunque fuese á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, adonde tenian noticia habian de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Génova. Y al salir de Villareal, hermosa y amenísima villa, de través, de entre una espesura de árboles les salió al encuentro una zagala ó pastora valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol y hermosa como él y como la luna, la cual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo: ¿Señores, pedirlos hé, ó daros hé? A lo que respondió Periandro: Hermosa zagala, si son celos, ni los pidas ni los des; porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimará y querrá bien, y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana; y diciendo adios, volvió las espaldas, y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fue el ver desde lejos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devocion cristiana, sin querer subir á ellas, por no detenerse. Llegaron á Barcelona á tiempo cuando llegaban á su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno dellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cojines de carmesí, en el cual venia, como despues pareció, una hermosa mujer de poca edad ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansi á ver las galeras como á la gente que dellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que dellos desembarcaba, la cual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de haber desembarcado, dijo: Llegáos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dejar tan buena compañía. La vuestra, á lo que veo, respondió Constanza, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la aceptase; vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados á dejarme. Asió la señora de la mano á Constanza, y acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad á recebirla, y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron á la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos della, sin poder reducir á la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcaron, y no fue posible que dejase ir á los peregrinos á otra parte, con los cuales, asi que tuvo comodidad para ello, pasó esta plática: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros, y asi os digo que á mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es don Bernardo Agustin, cuatralbo destas galeras que están en la playa. Contarino de Arbolanchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano,

y á hurto del recato de mis parientes, se enamoró de mí, y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir, de mi fácil condicion, viendo que no perdia nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos, y el mismo dia que le dí la mano, recebió él de la de su ma-



gestad una carta, en que le mandaba viniese luego al punto á conducir un tercio, que bajaba de Lombardía á Génova, de infantería española, á la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto, y sin tener cuenta con mis lágrimas, el recebir la carta y el partirse todo fue uno: parecióme que el cielo se habia caido sobre mí, y que entre él y la tierra me habian apretado el corazon y cogido el alma.

Pocos dias pasaron, cuando, añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones y deseos á deseos, vine á poner en efecto uno, cuyo cumplimiento, asi como me quitó la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida: ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno della, y en hábitos de hombre, que fueron los que tomé de un pajecillo, asenté por criado de un atambor de una compañía que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mio; en pocos dias toqué la caja tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañía con la nuestra, y ambas á dos se encaminaron á Cartagena á embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fue mi disinio pasar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearia mi atrevimiento, ni culparia mi deseo, el cual me tenia tan ciega, que no reparé en el peligro á que me ponia de ser conocida, si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucesos de las cosas hacen

mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oireis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho traharon una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha, sobre los alojamientos, de la cual salió herido de muerte un caballero que decian ser conde de no sé qué estado: vino un pesquisidor de la córte, prendió los capitanes, descarriáronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos, y entre ellos á mí, desdichada, que ninguna culpa tenia: condenólos á galeras por dos años al remo, y á mí tambien, como por añadidura, me tocó la misma suerte: en vano me lamenté de mi desventura, viendo cuán en vano se habian fabricado mis disinios; quisiera darme la muerte, pero el temor de ir á otra vida, me embotó el cuchillo en la mano y me quitó la soga del cuello: lo que hice fue enlodarme el rostro, afeándole cuanto pude, y encerréme en un carro donde nos metieron, con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habian hecho. Llegamos á Cartagena, donde aun no habian llegado las galeras: pusiéronnos en la casa del rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordareis de un carro que topasteis junto á una venta, en el cual esta hermosa peregrina (señalando á Constanza) socorrió con una caja de conserva á un desmayado delincuente. Sí acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed que yo era, dijo la señora Ambrosia, el que socorrísteis; por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dejar de admirar, si se mira. En efecto, las galeras llegaron con la presa de un bergantin de moros que las dos habian tomado en el camino; el mismo dia aherrojaron en ellas á los soldados, desnudándolos del traje que traian y vistiéndoles el de remeros, transformacion triste y dolorosa, pero llevadera; que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil: llegaron á mí para desnudarme, hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los brazos, miróme el barbero que limpia la chusma, y dijo: Pocas navajas gastaré yo con esta barba: no sé yo para que nos envian acá á este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza; ¿y qué culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? sin duda alguna creo que el raudal y corriente de otros agenos delitos te han conducido á este término; y encaminando su plática al cómitre, le dijo: En verdad, patron, que me parece que seria bien dejar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro general, con una manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.

Estas pláticas y la consideracion de mi suceso, que parece que entonces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera que me desmayé y quedé como muerta: dicen que volví en mí á cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que vol-



viese; y lo que mas sintiera yo, si tuviera sentido, fue, que debieron de entenderse que yo no era varon, sino hembra; volví de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista fue con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian: no sé yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo cómo la lengua no se me pegó al paladar; solo sé que no supe lo que me dije, aunque sentí que mi hermano dijo: ¿Qué traje es este, hermana mia? y mi esposo dijo: ¿Qué mudanza es esta, mitad de mi alma? que si tu bondad no estuviera

tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este traje con el de la mortaja. ¿Vuestra esposa es ésta? dijo mi hermano á mi esposo: tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla á ella en este traje: verdad es que si esto es verdad, bastante recompensa seria á la pena que me causa el ver asi á mi hermana. A este punto, habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espíritus, me acuerdo que dije: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez: el amor y tu ausencia, oh hermano, me le dieron por marido, el cual sin gozarme me dejó: yo atrevida, arrojada y mal considerada, en este traje que me veis le vine á buscar; y con esto los conté toda la historia que de mí habeis oido; y mi suerte, que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lástima: contáronme cómo á mi esposo le habian cautivado moros con una de dos chalupas, donde se habia embarcado para ir á Génova, y que el cobrar la libertad habia sido el dia antes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada: suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo es asi como lo he dicho: en estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio real á su cargo: vistiéronme estos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano alegres y contentos nos han sacado hoy á tierra para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos: si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto della. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mia hasta donde mejor os esté, y cuando yo no pasara á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia: si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito.

Aquí dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aquí comenzó la admiracion de los oyentes á subirse de punto, aquí comenzaron á desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza y Auristela que á la bella Ambrosia dieron; la cual, por ser asi voluntad de su marido, hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la mujer en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo que fue forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de contínuo mal segura: los corteses catalanes gente enojada, terrible, pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina, á quien dieron las gracias despues que volvieron su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas esperiencias como habia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon, las galeras siguieron su viaje, y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñan en Francia.

CAPITULO XIII.

Entraron en Francia, y dase cuenta de lo que les sucedió con un criado del duque de Nemurs.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuesta escuadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la cual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que á su esposo tenia, perdon de su atrevimiento: en fin, ella se volvió, como queda dicho, á su patria, las galeras siguieron su viaje, y el suyo nuestros peregrinos, los cuales llegando á Perpiñan, pararon en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y alrededor della mucha gente mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase: parecióles á los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los dos que jugaban, el perdidoso, perdia la libertad y se hacia prenda del rey, para bogar el remo seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los ministros del rey habian dado al perdidoso, para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganó le quitaron otra que para seguridad de que no huiria, si perdia, le tenian puesta: miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia. Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la cual venia un hombre, en cuerpo de gentil parecer, rodeado de cinco ó seis criaturas, de edad de cuatro á siete años: venia junto á él una mujer amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano: la cual con lastimada voz venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad, le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos! Callad, señora, dijo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán antes á domeñar un remo que un azadon: no quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dejaba oir el llanto de los muchachos esta dolorida plática que

entre marido y mujer pasaba: los ministros que le traian les dijeron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran cuantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que habia perdido. Prevalecian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: Señor, no nos deje, porque nos moriremos todos, si se va. El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos,



especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo, y que les conmoviese á no dejar viuda á una mujer, ni huérfanos á tantos niños: en fin, tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus dueños, y la mujer cobró su marido y los niños á su padre.

La hermosa Constanza, rica despues de condesa, mas cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dió á los pobres perdidos con que se cobraron, cincuenta escudos de oro, y asi se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y á los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y pasando por Lenguadoc entraron en la Provenza, donde en otro meson hallaron tres damas francesas de tan estremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar á la palma de la belleza; parecian señoras de grande estado, segun el aparato con que se servian; las cuales, viendo los peregrinos, asi les admiró la gallardía de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza: llegáronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntáronlas quién eran, en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni mujer deja de aprender la lengua castellana.

En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro á hablar con un criado, que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle quién eran y adónde iban, y él le respondió, diciendo: El duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este reino, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey; porque dice que los reyes bien pueden dar la mujer á quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recebilla. Con esta fantasía, locura ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna mujer que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura; supo la destas tres señoras, y envióme á mí, que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo: todas tres son libres, y todas de poca edad, como habeis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre: la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra y de grande donaire, y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja á las dos en ser rica: ellas tambien han sabido el deseo del duque, y querrian, segun á mí se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo; y con ocasion de ir á Roma á ganar el jubileo deste año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra y quieren pasar por París y verse con el duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza; pero despues, señores peregrinos, que aquí entrastes, he determinado de llevar un presente á mi amo, que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato desta vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que

hacer, ni el duque mas qne desear. ¿Decidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama y qué padres la engendraron? A lo que temblando respondió Periandro. Su nombre es Auristela, su viaje á Roma, sus padres nunca ella los ha dicho; y de que sea libre os aseguro, porque lo sé sin duda alguna; pero hay otra cosa en ello, que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendirá á ningun príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del cielo: y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos: asi que, no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la bajeza de mis padres. Con todo eso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar por no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el bagaje y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daba á la partida. El criado del duque, viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él, y le dijo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviérades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de sola una vez que la ha visto la tiene tan aprendida en la imaginacion, que la pintará á sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor; pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas, que abrazaron á Auristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta París en su compañía, si dello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas corteses palabras que supo, diciéndoles que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que asi no podian detenerse ella ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban: y con esto se partieron, y de allí á seis dias llegaron á un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

De los nuevos y nunca vistos peligros en que se vieron.

La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia pintas, y cuando pintas compones; no siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos: bajezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes; esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del escuadron peregrino, el cual tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este, revolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dijo, hablando con Periandro: Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos; si no, dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia: la libertad, segun yo he oido decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y éste la vendió por tan poco que lo llevaba la mujer en la mano; acuérdome tambien de haber oido decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dijo: Vuesas mercedes se sosieguen, y déjenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle, ¿y cuáles eran? respondióles: Que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniendo para dárselo, la cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los pies, con que facilité mis hurtos, no viciosos sino necesitados. Estas razones llegaron á los oidos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el ser del padre; y asi como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, asi lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene á su hijo desciende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: *Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.* Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores dellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una destas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora del mediodia, herian los rayos del sol derechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagaje, y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisfacieron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles; pero apenas habian alzado las manos para llevarlo á la boca, cuando alzando Bartolomé los ojos, dijo á grandes voces. Apartaos, señores, que no sé quién baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo. Alza-

ron todos la vista, y vieron bajar por el aire una figura que antes que distinguiesen lo que era ya estaba en el suelo junto casi á los pies de Periandro, la cual figura era una mujer hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro: dejóla el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habian visto: oyeron en la torre gritos que los daba otra mujer, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al



otro: Socorro, socorro, decia la mujer, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abajo. La mujer voladora, vuelta algun tanto en sí, dijo: Si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalándoles una que al pie de la torre estaba, librará del peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriban están. Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pie de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traia, y Periandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto, y dejóle casi sin vida. Auristela, que ansi le vió, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado no pudiera recebilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasion no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo como si fueran raices, ó como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fue el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hácia ellos venia un gran tropel de gente, la cual desde el camino real habia visto el vuelo de los caidos, y venian á ver el suceso; y era el tropel que venia las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginacion del que una vez los miraba: apenas la compasion les habia hecho apear para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fueron asaltados de seis ó ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender ó ya para defenderse: uno de los armados, con descortés movimiento asió á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dijo volviéndose á los demás compañeros: Esto es hecho; esta me basta; demos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta que llegó al diestro oido, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron; y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino en una parte del velo con que se cubria la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo mas muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano; que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora; los salteadores, que

vieron muerto á su capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podia premiarlas, volvieron las espaldas, y dejaron el campo solo. Hasta aquí desta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos bélicos han sonado, el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido á romper los aires, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas; solo algunos ayes entre roncos gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el cielo, que tenia determinado de no dejarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorumpió en razones semejantes:

No sé yo, desdichada, cómo busco aliento en un muerto, y cómo ya que le tuviese puedo sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano, y qué caida ha sido ésta, que asi ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linage no se hubiera opuesto á vuestra desventura! mas ¿cómo podria ella ser grande, si vos no lo fuérades? en los montes mas levantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño: monte érades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria y de vuestra discrecion os encubriades á los ojos de las gentes: ventura íbades á buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio á la sepultura: ¡cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando á sus oidos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mí, otra vez sola y en tierra agena, bien asi como verde hiedra, á quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de reina, de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes que les escuchaban, y aumentóles la admiracion las que tambien decia Constanza que en sus faldas tenia á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre.

La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la exprimia, obligada de haberla el herido librado de su deshonra: ¡Ay, digo, decia, amparo mio! ¿de qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me habia de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí, ó si no, haced, oh piadosos cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me habia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni menos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandó á sus criados, que ya habian venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho del conde Domicio su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar órden en sepultalle. Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio: á Constanza se los dió Feliz Flora, y á Auristela, Belarminia y Deleasir, y en escuadron doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi real casa.

CAPITULO XV.

Sanan de sus heridas Periandro y Antonio: prosiguen todos su viaje en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un gran peligro á Feliz Flora.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones: el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolacion alguna, por discreta que sea: la postema duele, mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y asi mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas: llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierren entrambas los oidos á toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dijo á las damas francesas, que antes que Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya, la cual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él; salióle en blanco la suerte, para que ella, dijo Claricia, la tuviese siempre negra; porque disimulando Lorena, que asi se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que habia recebido del casamienlo de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien asi como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules: digo que le envió unas camisas ricas por el lienzo y por la labor vistosas: apenas se puso una cuando perdió los sentidos, y estuvo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinion de maga, la habria echizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hacia que no fuese de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado, tanto que era necesario tenerle en cadenas; y que aquel dia, estando ella en aquella torre se habia soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre, la habia echado por las ventanas abajo, á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes: dijo cómo aquel

peregrino habia subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco queria derribar al suelo, tras la cual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos que en la torre estaban; pero el suceso fue tan contrario, que el conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el conde herido de una mortal herida y el peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le habia quitado á Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caida. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros á curarle y á concertarle los deslocados huesos; diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que alrededor de sí tenia, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dijo: Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien; y no habló ni pudo hablar mas palabra por entonces. Tomaron la sangre á Antonio, y tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande que mortal, y de que presto tendria salud, con ayuda del cielo: dióselas Feliz Flora adelantádose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes ó poco mas estuvieron los enfermos curándose sin querer dejarlos las señoras francesas: tanta fue la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza, y de los dos hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se extendia á mas que á ser benevolencia, y á ser como agradecimiento del bien que dél habia recebido, cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenia, el cual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, habia dado en seguirla y perseguirla, y en rogarla le diese la mano de esposa; pero que ella por mil experiencias, y por la fama, que pocas veces miente, habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion y de mudable y antojadiza voluntad, no habia querido conceder con su demanda, y que imaginaba que acosado de sus desdenes habria salido al camino á roballa y hacer della por fuerza lo que la voluntad no habia podido; pero que la flecha de Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados disinios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dijo, pasó asi sin faltar punto, y cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerzas comenzaron á dar muestras della volvieron á renovarse sus deseos, á lo menos los de volver á su camino, y asi lo pusieron por obra acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar á los peregrinos á quien ya trataban con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habian hecho concebir en sus ánimos, que debian de ser grandes señores; que tal vez la magestad suele cubrirse de buriel y la grandeza vestirse de humildad. En efecto, con perplejos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo les hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantaban su calidad al cielo, y asi entre el sí y el no andaba dudosa.

Ordenaron las damas francesas que fuesen todos á caballo, porque la caida de Periandro no con-



sentia que se fiase de sus pies. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro, no sabia quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, á quien dejaban muerto y enterrado, y de la extraña historia del conde Domicio, á quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habian quitado la vida, y del vuelo milagroso de su mujer, mas para ser admirado que creido, llegaron á un rio que se vadeaba con algun trabajo. Periandro fue de parecer que se buscase

la puente, pero todos los demás no vinieron en él; y bien asi como cuando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, á quien las demás al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua, á quien todos siguieron sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto á sí á su hermana Constanza: ordenó pues la suerte que no fuese buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza de modo, que sin poder tenerse, dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creida presteza el cortés Antonio, y sobre sus hombros, como á otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella, viendo el presto beneficio, le dijo: Muy cortés eres, español. A quien Antonio respondió: Si mis cortesías no nacieran de tus peligros, estimáralas en algo: pero como nacen dellos, antes me descontentan que alegran. Pasó en fin el, como he dicho otras veces, hermoso escuadron, y llegaron al anochecer á una casería, que junto con serlo, era meson, en el cual se alojaron á toda su voluntad; y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

CAPITULO XVI.

De cómo encontraron con Luisa, la mujer del polaco; y lo que les contó un escudero de la condesa Ruperta.

Cosas y casos suceden en el mundo, que la imaginacion antes de suceder pudiera hacer que asi sucedieran, no acertara á trazarlos; y asi muchos por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y asi es menester que les ayuden juramentos, ó á lo menos el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor seria no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen:

Las cosas de admiracion
No las digas ni las cuentes,
Que no saben todas gentes
Cómo son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fue con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida á la española, limpia y aseadamente, la cual llegándose á Constanza, le dijo en lengua castellana: Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, á lo menos de mi nacion española: bendito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir vuestra merced, y no señoría hasta los mozos de cocina. Desa manera, respondió Constanza, vos, señora, española debeis de ser. Y cómo si lo soy, respondió ella, y aun de la mejor tierra de Castilla. ¿De cuál, resplicó Constanza? De Talavera de la Reina, respondió ella. Apenas hubo dicho esto, cuando á Constanza le vinieron barruntos que habia de ser la esposa de Ortel Banedre, el polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido persuadido de Periandro, la habia dejado presa y ídose á su tierra, y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las habia pensado. Tomóla por la mano, y fuese donde estaba Auristela, y apartándola aparte con Periandro, les dijo: Señores, vosotros estais dudosos de si la ciencia que yo tengo de adevinar es falsa ó verdadera, la cual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ó por algunas premisas á quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dijese cosas pasadas que no hubiesen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia, ¿qué diríades? ¿quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante es de Talavera de la Reina, que casó con un extranjero polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de meson, que vivia frontero de su casa, la cual llevada de sus ligeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo, y fue presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, asi en la prision como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente, porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. ¡Ay cielos santos! dijo la moza, ¿y quién es esta señora que me ha leido mis pensamientos? ¿Quién es esta adivina que ansi sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora; soy esa adúltera, yo soy esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español que vá á Italia, comiendo el pan con dolor y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte: mi amigo el primero, murió en la cárcel; éste, que no sé en qué número, ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y como he dicho, me lleva por esos mundos con gusto suyo y con pesar mio, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagabundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos y pues sois principales, segun lo da á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder deste español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constanza, y concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron á favorecer con todas sus fuerzas á la perdida moza, la cual dijo, que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante ó atrás, por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien, dijo Periandro, y aquí darémos tra–

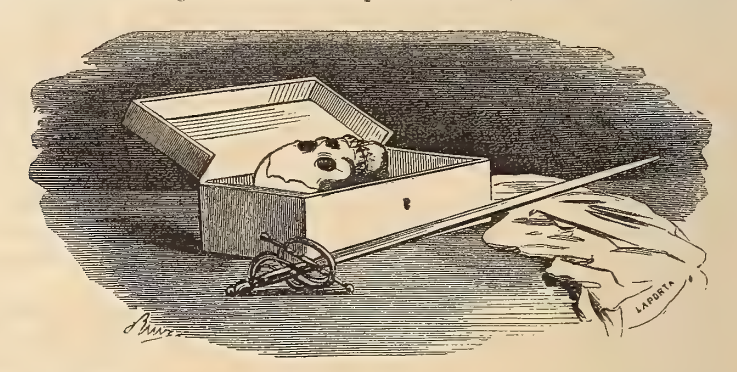
za en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien sabrá acomodaros en la venidera: sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: nó os desvieis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras extrañas. Lloró la moza, enternecióse Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó á Periandro á que el remedio de la moza buscase. En esto estaban, cuando llegó Bartolomé, y dijo: Señores, acudid á ver la mas extraña vision que habreis visto en vuestra vida: dijo esto tan asustado y tan como espantado, que pensando ir á ver alguna maravilla extraña, le siguieron, y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega escuridad no les dejó ver particularmente lo que en él habia; y estándole asi mirando, llegó un hombre anciano, todo asimismo cubierto de luto, el cual les dijo: Señores, de aquí á dos horas que habrá entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veais, cuya vista os dará ocasion de que os admireis, asi de su condicion como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aquí está nos convidó á que viniésemos á ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra que la deste aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo, respondió el enlutado, tendreis de qué maravillaros, porque habreis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, mujer que fue apenas hace un año del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio á él le costó la vida, y á ella verse en términos de perderla á cada paso, á causa que Claudino Rubicon, caballero de los principales de Escocia, á quien las riquezas y el linaje hicieron soberbio, y la condicion algo enamorado, quiso bien á mi señora, siendo doncella, de la cual, si no fue aborrecido, á lo menos fue desdeñado, como lo mostró el casarse con el conde mi señor; esta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que le obligaran á ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan; que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la mujer, ó con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo.

Era Rubicon varon viudo y que tenia un hijo de casi veinte y un años, gentilhombre en extremo y de mejores condiciones que el padre, tanto, que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el conde, y mi senora estuviera mas alegre; sucedió pues, que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya, acaso y sin pensar, en un despoblado encontramos á Rubicon con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió á mi señora, y su vista despertó el agravio que á su parecer se le habia hecho, y fue de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora; y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al conde mi señor, que estaba inocente deste caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y envainándosela en el pecho, dijo: Tú me pagarás lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras, y vi con mis ojos y tenté con las manos la herida, escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos: volvímos á dar sepultura al conde, y al enterrarle, por órden de mi señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada y en solamente los huesos; mandóla mi señora poner en una caja de plata, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento: pero olvídaseme por decir, cómo el cruel Rubicon, ó ya por menosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta agora muestra estar casi reciente en ella: digo pues, que dijo estas palabras: Yo la desdichada Ruperta, á quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare á efecto este mi justo, si no cristiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad: á la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeza, que me diga sin lengua que vengue su agravio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia, no me deje sosegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templó sus contínuas lágrimas, y dió algun vado á sus dolientes suspiros: háse puesto en camino de Roma para pedir en Italia á sus príncipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavía la amenaza, quizá temeroso que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, vereis como he dicho, de aquí á dos horas; y si no os dejare admirados, ó yo no habré sabido contarlo, ó vosotros tendreis el corazon de mármol: aquí dió fin á su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.

CAPITULO XVII.

Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperta.

La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre que está cerca del corazon, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria: tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razon ó con ella, sosiega: esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dejar, si pudiera, vivo ninguno dellos; que la cólera de la mujer no tiene límite: llegóse la hora de que la fueron á ver los peregrinos, sin que ella los viese, y viéronla hermosa en todo estremo, con blanquísimas tocas que desde la cabeza casi le llegaban á los pies, sentada delante de una mesa, sobre la cual tenia la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habian quitado la vida, y una camisa que ella se imaginaba que aun no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la cual no tenia necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormia: levantóse en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y á revalidar el voto y juramento que dijo el enlutado escudero; llovian lágrimas de sus ojos, bastantes á bañar las reliquias de su pasion; arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el aire cerca y lejos; añadia al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su pasion y el deseo de vengarse. Veisla llorar, veisla supirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con sollozos; pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereis cosas que os den sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviésedes de vida.



En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta y casi en los umbrales de su gusto, porque mientras se amenaza descansa el amenazador, cuando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dijo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear agora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que seria bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados, que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran; y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento y que ninguno entrase á hablalla; volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé cómo se supo que habia hablado á solas estas ó otras semejantes razones: Advierte, oh Ruperta, que los piadosos cielos te han traido á las manos, como simple víctima al sacrificio al alma de tu enemigo; que los hijos, y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres: ea, Ruperta, olvídate de que eres mujer, y si no quieres olvidarte desto, mira que eres mujer y agraviada; la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: ¡venganza, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa, sí; que no espantó la braveza de Holoférnes á la humildad de Judit: verdad es que la causa suya fue muy diferente de la mia, ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo que no sé si lo es mio: á ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y á mí me lo pone el de mi esposo! Pero ¿para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho deste mozo, que tanto será mi venganza mayor, cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte: esto dicho, dió traza y órden en cómo aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano, donde le dió fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó sino que hacia un gran servicio á su amo llevándole al lecho una tan hermosa

mujer como Ruperta, la cual puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano: llevó, para ser instrumento del cruel sacrificio, un agudo cuchillo, que por ser arma mañera y no embarazosa, le pareció ser mas á propósito; llevó asimismo una lanterna bien cerrada, en la cual ardia una vela de cera; recogió los espíritus de manera que apenas osaba enviar la respiracion al aire. ¿Qué no hace una mujer enojada? ¿Qué montes de dificultades no atropella en sus disinios? ¿Qué enormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir es tanto, que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con qué encarecerlo: llegóse, en fin, la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregóse sin pensamiento de su muerte al reposo.

Con atentos oidos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguráronla que dormia, asi el tiempo que habia pasado desde que se acostó hasta entonces, como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos, viendo lo cual, sin santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la lanterna, con que quedó claro el aposento, y miró dónde pondria los pies, para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea, bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, oh hermosa Ruperta, si quieres, que no mires á ese hermoso Cupido que vas á descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos: llegó en fin, y temblándole la mano descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormia, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura, que fue bastante á hacerle caer el cuchillo de la mano, y á que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria: vió que la belleza de Croriano, como hace el sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria, y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. ¡Ay, dijo entre sí, generoso mancebo, y cuán mejor eres tú para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! ¿Qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre? y ¿qué pena se ha de dar á quien no tiene culpa? Gózate, gózate, jóven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada que cuando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa que vengativa: esto diciendo, ya turbada y arrepentida, se le cayó la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela: hallóse á escuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertó por dónde; dió voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho, y andando por el aposento topó con Ruperta, que toda temblando, le dijo: No me mates, oh Croriano, puesto que soy una mujer que no há una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto entraron sus criados al rumor con luces, y vió Croriano y conoció á la bellísima viuda, como quien ve á la resplandeciente luna, de nubes blancas rodeada. ¿Qué es esto, señora Ruperta, le dijo, son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traido, ó quereis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aquí veo ¿qué otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios que dejan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos, y asi yo que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo, lo mejor que pudiere y supiere: pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi suerte. Empeoróse la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla; sí: entré este dia pasado en este meson con alguna memoria tuya; veniste tú á él; no te ví cuando entraste: oí tu nombre, el cual despertó mi cólera y me movió á la venganza; concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase sellándole la boca con algunas dádivas; entré en él, apercebíme deste cuchillo, y acrecenté el deseo de quitarte la vida: sentí que dormias, salí de donde estaba, y á la luz de una lanterna que conmigo traia te descubrí y vi tu rostro, que me movió á respeto y á reverencia: de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto: yo no quiero mas venganzas ni mas memorias de agravios: vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya no lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tú no quisiste, él despechado mató á tu esposo, murióse llevando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado como parte tan suya para hacer bien por su alma; si quieres que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo, si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas; que las grandes venturas que vienen de improviso, siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entregó es sencilla, pura y verdadera. Testigos fueron destos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano que habian entrado con las luces; triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra, volviéndose el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira, de la muerte la vida y del disgusto el contento; amaneció el dia, y halló á los recien desposados cada uno en los brazos del otro; levantáronse los peregrinos con deseo de saber

qué habria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y haciendo de los cortesanos, entraron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les habia contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo, y con la camisa y espada que tantas veces habia renovado las lágrimas de Ruperta, y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; murmuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mujeres, y el menor vituperio que dellas dijo fue llamarlas antojadizas.

Levantáronse los novios antes que entrasen los peregrinos, regocijáronse los criados, asi de Ruperta como de Croriano, y volvióse aquel meson en alcázar real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro y Auristela, Constanza y Antonio su hermano hablaron á los desposados y se dieron parte de sus vidas, á lo menos la que convenia que se diesen.

CAPITULO XVIII.

Incendio en el meson; saca de él á todos un judiciario llamado Soldino; llévalos á su cueva, donde les pronostica felices sucesos.

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecia; traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luengas y blanquísimas canas le pendian; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que de báculo le servia: en efecto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano digno de todo respeto, al cual apenas hubo visto la dueña del meson, cuando hincándose ante él de rodillas, le dijo: Contaré yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa; que nunca vienes á ella sino para bien mio; y volviéndose á los circunstantes, prosiguió diciendo: Este monton de nieve y esta estátua de mármol blanco que se mueve, que aquí veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra, se estiende. No me alabeis, buena señora, repondió el anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida, hace á los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio, pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mí teneis; mirad hoy por vuestra casa, porque destas bodas y destos regocijos que en ella se preparan se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dijo Croriano, hablando con Ruperta su esposa: Este sin duda debe de ser mágico ó adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razon el anciano, y respondió: No soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien no sabe, casi enseña á adivinar: creedme, señores, por esta vez siquiera, y dejad esta estancia, y vamos á la mia, que en una cercana selva que aquí está os dará, si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio, y dijo á voces: Señores, las cocinas se abrasan, porque en la infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar; tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego: la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino; y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar si el fuego se podia atajar ó no, dijo á Soldino: Señor, guíanos á tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto; lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora, la dama francesa, á quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos con los desposados y con la huéspeda, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaba; las demás gentes del meson, que no habian estado presentes á las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego, pero presto su furor les dió á entender que trabajan en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que á cogerles el fuego de noche fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegaron en fin á la selva, donde hallaron una ermita no muy grande, de la cual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva escura; antes de entrar en la ermita dijo Soldino á todos los que le habian seguido: Estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo menos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia, y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, Antonio y á Croriano, y dejando otra mucha gente fuera, se encerró con éstos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y de la cueva.

Viéndose pues Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé á sus amos, y la moza sus arrepentimientos; y asi aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galan á pie, dieron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como

iban todos. Otra vez se ha dicho, que no todas las acciones verisímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no lo parezca; con esta máxima pues el que escribió esta historia dice, que Soldino con todo aquel escuadron de damas y caballeros bajó por las gradas de la escura cueva, y á menos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las armas; y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo: Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aquí tiene mas fácil, mas llana y mas apacible entrada; yo levanté aquella er-



mita, y con mis brazos y con mi contínuo trabajo cavé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aquí huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba, si asi se puede decir, tenia, halló aquí á la hartura; aquí en lugar de los príncipes y monarcas que mandaban en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que aunque altos y pomposos son humildes; aquí no suena en mis oidos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna; aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad; agora, agora como presente veo quitar la cabeza á un valiente pirata un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido: ¡oh si le viésedes, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus luengas colas de caballos, abrasando bajeles, despedazando cuerpos y quitando vidas! Pero ¡ay de mí, que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado, el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamás como se debe alabado Cárlos Quinto, á quien yo serví muchos años y serviria hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina! Aquí estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, oh Croriano (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamás me acreditaré contigo), que gozarás de tu Ruperta largos años, y á tí Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; á tí, oh Constanza, subirás de condesa á duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece. Estas señoras

francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamás, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podrán mover si quereis á creerme, y mas cuando halleis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé con el bagaje y con la moza castellana se ha ido y os ha dejado á pie: no le sigais, porque no le alcanzareis; la moza es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos; español soy, que me obliga á ser cortés y á ser verdadero; con la cortesía os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la experiencia de todo cuanto os he dicho; si os maravillare de ver á un español en esta agena tierra, advertid, que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y éste en que estamos lo es para mí mas que ninguno: las alquerías, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas; cuando conviene recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida: ésta es la que tengo, de la cual pienso salir á la siempre duradera; y por agora no mas, sino vámonos arriba, daremos sustento á los cuerpos como aquí abajo le hemos dado á las almas.

CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino; prosiguen su jornada pasando por Milan, y llegan á Luca.

Aderezóse la pobre, mas que limpia comida, aunquo fue muy limpia, cosa no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla bárbara y de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los árboles: tambien se les vino á la memoria la profecía falsa de los isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del jadraque, y últimamente con las del español Soldino, parecíales que andaban rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que á no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino, para despedirse dellos, y en él echaron menos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagaje, cuya falta no dió poca pesadumbre á los cuatro, porque les faltaba el dinero y la repostería; mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro, pero Soldino le dijo que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque otro dia volveria su criado arrepentido del hurto, y entregaria cuanto habia llevado; creyéronlo, y asi no curó Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados; y esto fue pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atrevió Feliz Flora á creer la cantidad del valor de la prenda; pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante dellos hasta ocho personas á caballo, entre las cuales iba una mujer sentada en un rico sillon y sobre una mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro; pasaron por delante dellos; y con bajar las cabezas, sin hablar palabra alguna, los saludaron y pasaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron; quedábase atrás uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesía un poco de agua: diéronsela y preguntáronle qué gente era la que iba allí delante, y qué dama la de lo verde. A lo que el caminante respondió: El que allí delante vá es el señor Alejandro Castrucho, gentilhombre capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles; la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde deja enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua, y á lo que yo creo, no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque vá á casarse, sino porque el camino es largo: que yo para mí tengo, que no hay mujer que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que vá triste, y la causa ella se la sabe; y adios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan; y picando apriesa se les fue de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dejaron. Olvidábase de decir, cómo Soldino habia aconsejado á las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcer para entrar en París, porque asi les convenia: este consejo fue para ellas, como si se le dijera un oráculo, y asi con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba, vieron venir hácia ellos al tenido por ladron, Bartolomé el bagajero, detrás de su bagaje, y él vestido como peregrino; todos gritaron, cuando le conocieron, y los mas le preguntaron qué huida habia sido la suya, qué traje aquel y qué vuelta aquella. A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió á todos: Mi huida no sé cómo fue, mi traje ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituir lo que quizá y

sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron; aquí, señora Constanza, viene el bagaje con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es éste que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo el amor y al bellaco que lo enseñó; y es lo peor que lo conozco, y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; écheme vuesa merced su bendicion, y déjeme volver, que me espera Luisa; y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito, muchas le dijo Auristela y muchas mas Constanza y Antonio; pero todo fue, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto: limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagaje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dejando á todos admirados de su amor y de su simpleza. Antonio, viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamás la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una mujer loca. Bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos, y finalmente la agudeza de ingenio de sus moradores: oyeron decir á un huésped suyo, que lo mas que habia que ver en aquella ciudad, era la academia de los entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas y por todas las partes del mundo; dijo tambien, que aquel dia era de academia, y que se habia de disputar en ella si podia haber amor sin celos. Sí puede, dijo Periandro; y para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé qué es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dijo Belarminia: No entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está, replicó Auristela, en que el querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer á una criada que os sirve, ó á una estátua ó pintura que bien os parece, ó que mucho os agrada, y estas no dan celos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasion del ánimo, como dicen, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen á quitar la vida, del cual temor á mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en posesion de la cosa amada, que no tema el perderla; no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes, no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna; y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la academia, que puede haber amor sin celos, pero no sin temores: cesó esta plática, estuvieron cuatro dias en Milan, en los cuales comenzaron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver no dieran tiempo cuatro años; partiéronse de allí, y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debajo de alas del imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que las desean: allí mejor que en otra parte ninguna son bien vistos y recebidos los españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dan lugar á mostrar su condicion tenida por arrogante; aquí aconteció á nuestros pasajeros una de las mas estrañas aventuras que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPITULO XX.

De lo que contó Isabela Castrucho acerca de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados, en una de las cuales se alojó nuestro escuadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, para que á la mañana, ó cuando se partiesen, la habia de dar dellos; al entrar vió la señora Ruperta que salia un médico, que tal le pareció en el traje, diciendo á la huéspeda de la casa, que tambien le pareció no podia ser otra: Yo, señora, no me acabo de desengañar, si esta doncella está loca ó endemoniada, y por no errar digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tio no se da priesa á partirse. ¡Ay Jesus! dijo Ruperta, y en casa de endemoniados y locos nos apeamos; en verdad que si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro; á lo que dijo la huéspeda: Sin escrúpulo puede vuesa señoría, que este es el merced de Italia, apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada; apeáronse todos, y Auristela y Constanza, que habian oido las razones de la huéspeda, le preguntaron qué habia en aquella posada, que tanto encarecia el verla. Vénganse conmigo, respondió la huéspeda, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo; guió y siguiéronla, donde vieron echada en un lecho dorado á una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis ó diez y siete

años: tenia los brazos atados y aspados con unas vendas á los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querian estorbar el moverlos á ninguna parte; dos mujeres, que debian de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas tambien, á lo que la enferma dijo: Basta que se me aten los brazos, que todo lo demás las ataduras de mi honestidad lo tienen ligado; y volviéndose á las peregrinas, con levantada voz dijo: Figuras del cielo, ángeles de carne, sin duda creo que venis á darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan cristiana visita no se puede esperar otra cosa: por lo que debeis á ser quien sois, que sois mucho, que mandeis que me desaten, que con cuatro ó cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta, y no me haré mas mal; porque no estòy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dejará que me muerda. Pobre de tí, sobrina, dijo un anciano que habia entrado en el aposento, y cuál te tiene ese que dices que no ha de dejar que te muerdas; encomiéndate á Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio, que bien te quiere; lo que cria el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra, te traeré, que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: Déjenme sola con estos ángeles, quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos; y señalando con la cabeza que se quedasen con ella Auristela, Constanza, Ruperta y Feliz Flora, dijo que los demás se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio, del cual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio español habian visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atrás les dijo que se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba á casar al reino de Nápoles.

Apenas se vió sola la enferma, cuando mirando á todas partes, dijo que mirasen si habia otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen; mirólo Ruperta, y escudriñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos: con esta seguridad, sentóse Isabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma, el fin del cual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada con señales tan de muerte, que obligó á los circunstantes á dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que á mas andar se iba al otro mundo; entró el mísero tio, llevando una cruz en la una mano, y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban della. Entró asimismo la huéspeda con el agua, rociá-



ronle el rostro, y volvió en sí diciendo: Excusadas son por agora estas prevenciones, yo saldré presto, pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando á mí me parezca, que será cuando viniere á esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, el cual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado destos sucesos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar cómo pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quién fuese, y su hijo Andrea, y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada dél y de su hijo habia dicho. Tornó á pedir que la dejasen sola con los que antes habia escogido, dijéronle los sacerdotes los Evangelios, y hicieron su gusto, llevándole todas de la señal que habia dicho que daria cuando el demonio la dejase libre, que indudablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y cerrando la puerta della dijo á la enferma: Solas estamos, mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden; hiciéronlo asi con mucha diligencia, y sentándose Isabela en el lecho, asió de la una mano á Auristela y de la otra á Ruperta, y hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho, y asi apiñadas en un hermoso monton, con voz baja y lágrimas en los ojos dijo:

Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los cielos algun tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendráronme

en España, donde nací y me crié en casa deste mi tio que aquí está, que en la córte del emperador la tenia. ¡Válame Dios! ¿y para qué tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras? Estando pues yo en casa deste mi tio, ya huérfana de mis padres, que á él me dejaron encomendada y por tutor mio, llegó á la córte un mozo, á quien yo ví en una iglesia, y le miré tan de propósito... y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá, si consideráredes que soy mujer; digo, que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no podia apartarla de mi memoria; finalmente, no me faltaron medios para entender quién él era y la calidad de su persona, y qué hacia en la córte, ó dónde iba, y lo que saqué en limpio fue que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca; en seis dias que allí estuvo, tuve órden de escribirle quién yo era y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viéndome en la iglesia; escribíle asimismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad; díjele asimismo, que la ocasion en mí le ofrecia sus cabellos, que los tomase, y que no diese lugar en no hacello al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasion para no estimarme; respondió, despues de haberme visto no sé cuántas veces en la iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaba durase firme algun tiempo en mi amorosa intencion, lo menos hasta que él dejase en Salamanca á un amigo suyo, que con él desta ciudad habia partido á seguir el estudio; respondíle que sí haria, porque en mí no era el amor importuno, ni indiscreto, que presto nace y presto se muere; dejóme entonces por honrado, pues no quiso faltar á su amigo, y con lágrimas como enamorado, que yo se las ví verter, pasando por mi calle el dia que se partió, sin dejarme, y yo me fuí con él sin partirme: otro dia, ¡quién podrá creer esto! ¡qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar mas presto á los desdichados! digo, que otro dia concertó mi tio que volviésemos á Italia, sin poderme excusar ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacian sana; mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme; en este tiempo le tuve para escribir á Andrea de lo que me habia sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraria pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dejar á Salamanca y venir á Luca, adonde á pesar de mi tio y aun de todo el mundo seria mi esposo; asi que, en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya, si queria mostrarse agradecido; si las cartas llegaron á sus manos, que sí debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas, antes de tres dias ha de estar aquí; yo por mi parte he hecho lo que he podido: una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, cuando la esperanza desde lejos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre, porque espero hartura; pero con todo eso la desconfianza me persigue, porque, como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano*. Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira y fortalezcais mis discursos, haciendo con mi tio, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizá permitirá el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No habrá para qué preguntar si se admiraron ó no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus disinios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues á buena razon no podia tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Llega Andrea Marulo; descúbrese la ficcion de Isabela, y quedan casados.

Priesa se daba la hermosa Isabel Castrucho á revalidar su demonio, y priesa se daban las cuatro ya sus amigas á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quién es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, volvió el médico á hacer la segunda visita, y acaso trajo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dijo: Vea vuestra merced, señor Juan Bautista Marulo, la lástima desta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande esparciendo el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es, que nos ha dicho que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Asi me lo han dicho respondió el señor Juan Bautista, y holgaríame yo que cosas mias fuesen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dijo Isabela, que si no fuera por mí él se estuviera agora quedo en Salamanca haciendo lo que Dios se sabe. Créame, señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y menos estudiante que galan; que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja y los acicates que no son puntiagudos y las mulas de alquiler que no

se aventajan á las postas; con éstas fue ensartando otras razones equívocas, conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera las entendian sus secretarias, y de otra los demás circunstantes; ellas las interpretaban verdaderamente, y los demás como desconcertados disparates. ¿De dónde vístes vos, señora, dijo Marulo, á mi hijo Andrea? ¿fue en Madrid ó en Salamanca? No fue sino en Illescas, dijo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas veces se rascan; que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que asi se entran por las calzas de los príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, maliño, dijo el médico; bien parece que eres viejo; y esto encaminando sus razones al demonio que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo; estando en esto, que no parece sino que el mismo Santanás lo ordenaba, entró el tio de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo. Albricias, sobrina mia, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente. Ea, dulce esperanza mia, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adonis, y déme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de sus padres le habian dicho la enfermedad de la extranjera Isabela, y de cómo le esperaba para darle por seña de la salida del demonio. El mozo que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca de lo que habia de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra; con este alboroto y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dijo el médico, y aun su mismo padre: Tan demonio es éste como el que tiene Isabela; y su tio dijo: Esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dijo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de estar, dijo Isabela, si me ve á mí? ¿No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Sí por cierto, dijo Andrea, sí que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, sacadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecos, dame esa mano de esposo y recíbeme por tuya: tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dijo: Bien se la pueden dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tio de Isabela, y trabó de la de Andrea, y dijo: ¿Qué e esto, señores? ¿Úsase en este pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dijo el médico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dijo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le daremos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa. No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de dármele; y diciendo esto tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos síes quedaron indudablemente casados. ¿Qué es esto? dijo Castrucho, otra vez aquí de Dios, ¿cómo, y es posible que asi se deshonren las canas deste viejo? No las puede deshonrar, dijo el padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie; no entro ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos; que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años, y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y cuando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas á las mas consideradas; pero mírese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dijo Andrea, y lo mismo dijo Isabela, oyendo lo cual su tio, se le cayeron las alas del corazon y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, vuelto los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo; lleváronle sus criados al lecho, levantóse del suyo, Isabela, llevóla Andrea á casa de su padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entraron por la puerta de una iglesia un niño hermano de Andrea Marulo á bautizar, Isabela y Andrea á casarse,

y á enterrar el cuerpo de su tio, porque se vean cuán extraños son los sucesos desta vida; unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran; con todo eso se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte mezcla los tálamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Cuatro dias mas estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasajeros, que fueron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Dáse cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela.

Disputóse entre nuestra peregrina escuadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valedero, á lo que Periandro muchas veces dijo que sí, cuanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que á él le habia descontentado, era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tio; unas veces trataban en esto, y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado: andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquiriendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian por saber quién fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las vieron fueron dellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Acuapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demás, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló á Auristela desta manera: Bien sabes, oh señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dejar nuestro regalo, fueron tan justas como necesarias: ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesion esperada; mira, señora, que será bien que des una vuelta á tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas; de mí te sé decir, oh hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves es el Persíles que en la casa del rey mi padre viste: aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y asi le dijo: Sola una voluntad, oh Persíles, he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío, la cual tan entera y firme está agora como el primer dia que te hice señor della; la cual si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado: de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas; pero dime, ¿qué haremos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la hiedra de nuestras incomodidades; no digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo, porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco menos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola; pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, cómo no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della desde el principio hasta el cabo; asi yo no puedo responderte agora lo que haremos despues que la buena suerte nos ajunte; rómpase agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan y hatos que nos encubran; que á gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen; no nos faltará medio para que mi madre la reina sepa dónde estamos, ni á ella le faltará industria para socorrernos; y en tanto esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzaran á darnos ayudas, sino que temo que al deshacernos dellas se ha de deshacer nuestra máquina; porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demás compañía, cesó su plática, que fue la primera que habian hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamás dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase, y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habian conocido: solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia

acontecer maravillas, les aconteció ésta, si es que asi puede llamarse: estando todos sentados á una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo: Este traje de peregrino que he visto, el cual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me obliga á que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros y los mas maduros en el de las letras: en los de la guerra he al-



canzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos; y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé qué de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es, que á costa agena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno, y el provecho mio; el libro se ha de llamar: *Flor de aforismos peregrinos*, conviene á saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando en el camino ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca: y desta manera tengo ajuntados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre, despues de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedís por quien nos guiemos, que en lo demás sereis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el español, llegaron aquí y pasaron de largo un peregrino y una peregrina españoles, á los cuales por ser españoles, declaré mi deseo, y ella me dijo que pusiese de mi mano (porque no sabia escribir) esta razon:

Mas quiero ser mala con esperanzas de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

Y díjome que firmase *la peregrina de Talavera*: tampoco sabia escribir el peregrino; y me dijo que escribiese:

No hay carga mas pesada que la mujer liviana.

Y firmé por él, *Bartolomé el Manchego*. Deste modo son los aforismos que pido, y los que espero desta gallarda compañía serán tales, que realcen á los demás y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano, y por mí, tomando la pluma al peregrino y el cartapacio, quiero comenzar á salir desta obligacion, y escribió:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmó, *Croriano*: luego tómó la pluma Periandro y escribió:

Dichoso es el soldado que cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es mas firme que las demás honras.

Y firmóse *Antonio el Bárbaro*; y como allí no habia mas hombres, rogó el peregrino que tambien aquellas damas escribiesen, y fue la primera que escribió Ruperta, y dijo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmó. Segundóla Auristela, y tomando la pluma, dijo:

La mejor dote que puede llevar la mujer principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, ó la fortuna la deshace.

Y firmó; á quien siguió Constanza, escribiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ageno ha de escoger la mujer el marido.

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dijo:

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmó. Y siguiendo Belarminia, dijo:

La mujer ha de ser como el armiño, dejándose antes prender que enlodarse.

Y firmó. La última que escribió fue la hermosa Deleasir, y dijo:

Sobre todas las acciones desta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento, y preguntándole Periandro si sabia algun aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dijese; á lo que respondió que solo uno diria que le habia dado gran gusto por la firma del que lo habia escrito, que decia:

No desees, y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia: *Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid.* Por Dios, dijo Antonio, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breve y compendioso que pueda imaginarse, porque está claro que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea no tiene falta de nada, y asi será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversacion y la cena; sentóse el peregrino con ellos, y en el discurso de la cena dijo: No daré el privilegio deste mi libro á ningun librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, ó á lo menos por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro; verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo y la hacienda; pero el destos aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

CAPITULO II.

Llegan á las cercanías de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo y al duque de Nemurs heridos en desafío.

Bien podia intitularse el libro del peregrino español *Historia peregrina sacada de diversos autores*; y dijera verdad, segun habian sido y iban siendo los que la componian; y no les dió poco que



reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió qué pensar el dicho de Bartolomé, el manchego, que dijo, *que no habia carga mas pesada que la mujer liviana*, señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fueron hablando otro dia, que dejaron al español moderno y nuevo autor de nuevos y exquisitos libros, y aquel mismo dia vieron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos: alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo; los de Croriano y

Ruperta y los de las tres damas francesas ansimismo, por el buen suceso que prometia el fin próspero de su viaje, entrando á la parte deste gusto los de Constanza y Antonio: heríales el sol por cenit, á cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor y vehemencia; y habiéndoles convidado una cercana selva que á su mano derecha se descubria, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que les amenazaba, y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma; hiciéronlo así, y mientras mas entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yerbas salian, los arroyos que por ella cruzaban, les iban confirmando en su propósito.

Tanto habian entrado en ella, cuanto volviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos á los que por el real camino pasaban; y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion cuál escogerian, segun eran todos buenos y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosísima mujer, y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le enseñó á Periandro: á este mismo instante dijo Croriano que todas aquellas yerbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos á todos y en deseo de buscar asi el dueño del retrato como de la sangre. No podia pensar Auristela quién, dónde ó cuándo pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del duque de Nemurs le habia dicho que el pintor que sacaba los de las tres damas francesas sacaria tambien el de Auristela, con no mas de haberla visto; que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba: el rastro que siguieron de la sangre llevó á Croriano y á Antonio que le seguian hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde vieron al pie de uno un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon y todo lleno de sangre, vista que les turbó en gran manera, y mas cuando llegándose á él Croriano, le alzó el rostro que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y limpiándosele con un lienzo, conoció sin duda alguna ser el herido el duque de Nemurs, que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenia; el duque herido, ó á lo menos el que parecia ser el duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras dijo: Bien hubiérais hecho, oh quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano y dádome en mital del corazon, que allí sí que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida y á tomarle la sangre, antes que á tener cuenta con las lastimosas palabras que decia; casi otro tanto le sucedió á Periandro y Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante á buscar el orígen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenia; y asi sin tener necesidad de limpiársele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el príncipe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida fue probarse á levantar, diciendo: No le llevarás, traidor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma; tú le has robado, y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia le impelian á que á él se llegase, no osaba por la presencia de Periandro, el cual, tan obligado como cortés, asió de las manos del príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el príncipe querria que se callase, le dijo: Volved en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos, digo, y vereis á vuestro amigo Periandro y á vuestra obligada Auristela, tan deseosos de serviros como siempre: contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo cuanto nuestra industria y fuerzas alcanzaren: decidnos si estais herido, y quién os hirió y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojó á los pies de Auristela, puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la cual puestos los ojos, dijo: No es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela, y no imágen suya, porque no tendria ningun espíritu licencia ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia.

En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demás el hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido; oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa: y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dijo que le descubriese sus heridas; á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y halló-



ARNALDO Y EL DUQUE DE NEMOURS HERIDO

sele por la parte superior atravesado de parte á parte; tomóle luego la sangre, que aun corria, y dijo á Periandro, cómo el otro herido que allí estaba era el duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al pueblo mas cercano donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oir Arnaldo el nombre del duque, se estremeció todo, y dió lugar á que los frios celos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre, y asi dijo, sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un duque á un rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo cabe el merecer á Auristela; y añadió, y dijo: No me lleven adonde llevaren al duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traia consigo Arnaldo y otros dos el duque, los cuales por órden de sus señores los habian dejado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aun no se conocian. Miren tambien, dijo Arnaldo, si en un árbol destos que están aquí á la redonda, está pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el duque hemos pasado, quítese y déseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el duque á Ruperta y á Croriano y á los demás que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro, diciendo, que él le tenia en su poder como en depósito, y que le volveria en mejor coyuntura á cuyo fuese. ¿Es posible, dijo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el cielo, que desde el punto que ví el original le trasladé en mi alma? pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los celos, las iras y las soberbias de sus pretensores, y llévenme de aquí, que me desmayo: luego acomodaron en qué pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco á poco quitando la vida, y asi los llevaron al lugar donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no habia conocido el duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPITULO III.

Entran en Roma, y alójanse en la casa de un judío llamado Manases.

Invidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opinion del duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que envió á retratarlas, como se ha dicho, les dijo que consigo los traia, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba; razones y desengaño que las lastimó las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen á las suyas, ni aun que se les comparen; porque la verdad que comunmente se dice, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita invidia, que asi puede llamarse la que encendia las com-



paradas hermosuras: dijo ansimismo, que viniendo el duque su señor desde París, buscando á la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se habia sentado al pie de un árbol con el retrato en las manos, que asi hablaba con él muerto, como con el original vivo, y que estando asi habia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oir lo que el duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mio lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados: en fin, corrimos á advertir al duque, que le escuchaban, volvió el duque la cabeza

y vió al peregrino, el cual sin hablar palabra, lo primero que hizo fue arremeter al retrato y quitársele de las manos al duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle como él quisiera, y lo que le dijo fue, á lo menos lo que yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos la que en ellas tienes: deja esa tabla donde está pintada la hermosura del cielo, ansi porque no la mereces, como por ser ella mia. Eso no, respondió el otro peregrino, y si desta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta á los filos de mi estoque, que en este bordon traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero posesor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos la compré con mis tesoros y la adoré con mi alma, y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos.

El duque entonces, volviendose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones, los dejásemos solos, y que viniésemos á este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro á mirarles: lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron, que, segun parece, tambien son sus criados; con todo esto, hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento, y la curiosidad me hizo volver los ojos, y ví que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego desenvainando del bordon que tenia un estoque ó á lo menos una arma que lo parecia, acometió á mi señor, el cual le salió á recebir con otro estoque que yo sé que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos volver á despartir la contienda; pero yo fuí de contrario parecer, diciéndoles, que pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errábamos, y en volver quizá sí: ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo, ó la cobardía nos emperezó los pies y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertábamos á ver el camino que habia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que habia al deste adonde ahora estamos: llegamos aquí, hicimos el alojamiento con priesa, y con mas animoso discurso volvíamos á ver lo que habia hecho la suerte de nuestros dueños: hallámoslos cual habeis visto, donde si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho habia sido la nuestra. Esto dijo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del duque; y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera y máquina, si alguna habia hecho ó levantado, de casarse con el duque, que ninguna cosa quita ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: á la hambre y al sueño se rinde la valentía, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas, para que con mas ligereza corra á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos, y dentro de ocho dias estuvieron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habian venido cirujanos á verlos.

En este tiempo supo el duque, cómo su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina, lo podia ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los celos, de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego; en fin, se llegó el dia de su partida, y el duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma, sin darse á conocer á nadie, y los demás peregrinos de nuestra compañía, llegando á la vista della, desde un alto montecillo la descubrieron, y hincados de rodillas, como á cosa sacra, la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino, que no conocieron, que con lágrimas en los ojos comenzó á decir desta manera:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta,
Alma ciudad de Roma! A ti me inclino
Devoto, humilde y nuevo peregrino,
A quien admira ver belleza tanta.
Tu vista, que á tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque divino,
De aquel que á verte y adorarte vino,
Con tierno afecto y con desnuda planta.
La tierra de tu suelo, que contemplo
Con la sangre de mártires mezclada,
Es la reliquia universal del suelo.
No hay parte en tí, que no sirva de ejemplo
De santidad, asi como trazada
De la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto el peregrino, se volvió á los circunstantes, diciendo: Habrá pocos años, que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de su nacion, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitadores; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran: yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido. Rogóle Periandro que le repitiese, hízolo asi, alabáronsele mucho, bajaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la cual llegaron dos judíos á uno de los criados de Croriano, y le preguntaron si toda aquella escuadra de gente tenia estancia conocida y preparada donde alojarse, si no, que ellos se la darian tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes; porque habeis de saber, señor, dijeron, que nosotros somos judíos, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud: tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, se-

gun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió: Otro compañero mio desde ayer está en Roma con intencion que tenga preparado el alojamiento conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me maten, dijo Abiud, si no es este el francés que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa real. Vamos pues adelante, dijo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guia, y cuando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendaremos á la que nos diere el señor Zabulon: con esto pasaron adelante, y á la entrada de la ciudad vieron los judíos á Manases, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los judíos habian pintado, era la rica de Manases, y asi alegres y contentos guiaron á nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal.

Apenas entraron las francesas damas en la ciudad, cuando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de Nuestra Señora del Pópulo de infinita gente; pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que vieron á la sin par Auristela y á la gallarda Constanza, que á su lado iba, bien asi como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo; tales iban, que dijo un romano que, á lo que se cree, debia de ser poeta: Yo apostaré que la diosa Vénus, como en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querida Eneas. Por Dios, que hace mal el señor gobernador de no mandar que se cubra el rostro desta movible imágen: ¿quiére por ventura que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren? Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo escuadron llegó al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso príncipe y á un mediano ejército.

CAPITULO IV.

De lo que pasó entre Arnaldo y Periandro, y entre el duque de Nemurs y Croriano.

Extendióse aquel mismo dia la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadron de los peregrinos; especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciéndola, si no como ella era, á lo menos cuanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, segun se habia publicado. Llegó esto á tanto extremo, que desde la calle pedian á voces se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas, que reposando, no querian dejar verse: especialmente clamaban por Auristela, pero no fue posible que se dejase ver ninguna dellas.

Entre la demás gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo y el duque con sus hábitos de peregrinos, y apenas se hubo visto el uno al otro, cuando á entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos: conociólos Periandro desde la ventana, díjoselo á Croriano, y los dos juntos bajaron á la calle para estorbar en cuanto pudiesen la desgracia que podian temer de dos tan celosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo, y Croriano con el duque, y lo que Arnaldo dijo á Periandro, fue: Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo consintiendo que este caballero francés, que dicen ser el duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio: mira amigo Periandro, esta enfermedad que los amantes llaman celos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran á la parte con ella la invidia y el menosprecio, y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son grandes, que por lo menos quitan el seso y por lo mas la vida; que mejor es al amante celoso el morir desesperado, que vivir con celos; y el que fuere amante verdadero no ha de tener atrevimiento para pedir celos á la cosa amada; y puesto que llegue á tanta perfeccion que no los pida, no puede dejarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro; porque las cosas de mucho precio y valor tienen en contínuo temor al que las posee, ó al que las ama, de perderlas; y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseperable. Aconséjote, oh amigo Periandro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que consideres que soy rey y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras, cuanto con palabras he prometido, de recebir á la sin par Auristela tu hermana sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna á quien tantas dió de sí misma: nunca en humildes sugetos, ó pocas veces, hacen su asiento y virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea de linaje del cielo, ora de los ínfimos de la tierra; y pues ya está en Roma, adonde ella ha libra lo mis esperanzas, sé tú, oh hermano mio, parte para que me las cumpla; que desde aquí parto mi

corona y mi reino contigo, y no permitas que yo muera escarnecido deste duque, ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro, diciendo: Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo menos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo qué responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adónde llegan las que te ha dado, no sé qué responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen; porque, con humildad sea dicho, oh valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol; y por ahora sosiégate, que ayer llegamos á Roma, y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzcan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye, en cuanto te fuere posible, de encontrarte con el duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasión del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que asi lo haria, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, y ansi el suyo como el de las damas francesas. Diferente fue la plática que tuvo Croriano con el duque, pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él: pidió tambien á Croriano fuese intercesor con Auristela, le recebiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin, él se mostró algo arrogante y algo celoso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo y quedó en darle la respuesta que dijese Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia de recebirle por esposo.

CAPITULO V.

De cómo por medio de Croriano fueron libres Bartolomé y la Talaverana, que estaban sentenciados á muerte.

Desta manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenian fundadas en el aire, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas, en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo menos hasta tanto que Auristela se declarase, de la cual cada uno esperaba que habia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del duque, bien se podia pensar que habia de titubear cualquier firmeza y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mujeres. De todo esto estaba bien descuida Auristela, pues todos sus pensamientos, por entonces, no se extendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian; que por haber nacido en partes tan remotas y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo,



llegó á él un hombre español, y le dijo: Segun traigo las señas, si es que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta; púsole una en las manos cerrada, cuyo sobrescrito decia: *Al ilustre señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro, ¿qué quién le habia dado aquella carta? respondióle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo menos condenado á ahorcar por homicida, él y otra su amiga, mujer hermosa, llamada la *Talaverana*. Conoció Periandro los nombres y casi adivinó suss culpas, y respondió: Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene; y fue asi, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos á una parte, la abrió y vió que asi decia:

«Quien en mal anda en mal para: de dos pies, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal »vez cojea; que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres: la que yo trabé con la »Talaverana, que no debiera, me tiene y á mí y á ella sentenciados de remate para la horca; el hom- »bre que la sacó de España, la halló aquí en Roma en mi compañía, recebió pesadumbre dello, »asentóle la mano en mi presencia, y yo, que no soy amigo de burlas, ni de recebir agravios, »sino de quitarlos, volví por la moza, y á puros palos maté á su agraviador. Estando en la fuga de »esta pendencia, llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á tomarme la medida de las »espaldas: dice la moza que conoció que el que me apaleaba era en su marido, de nacion polaco, »con quien se habia casado en Talavera, y temiéndose que en acabando conmigo habia de comen- »zar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo, de dos que traia »consigo siempre en la vaina, y llegándose á él bonitamente se le clavó por los riñones, haciéndole »tales heridas que no tuvieran necesidad de maestro: en efecto, el amigo á palos y el marido á pu- »ñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto y »trajéronnos á esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad: tomáronnos la confesion, »confesamos nuestro delito, porque no le podíamos negar, con esto ahorramos el tormento, que »aquí llaman tortura; sustancióse el proceso, dándose mas priesa á ello de la que quisiéramos; ya »está concluso y nosotros sentenciados á destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, »que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede »llevar en paciencia: la cual besa á vuesa merced las manos y á mi señora Constanza y al señor Pe- »riandro y á mi señora Auristela, y dice que ella se holgara de estar libre para ir á besárselas á vuesas »mercedes á sus casas: dice tambien, que si la sin par Auristela pone haldas en cinta y quiere tomar »á su cargo nuestra libertad, que le será fácil, porque ¿qué pedirá su grande hermosura que no lo »alcance, aunque la pida á la dureza misma? y añade mas, y es que si vuesas mercedes no pudie- »ren alcanzar el perdon, á lo menos procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha de »ser en Roma, sea en España, porque está informada la moza, que aquí no llevan los ahorcados »con la autoridad conveniente, porque van á pie y apenas los ve nadie, y asi apenas hay quien les »rece una Avemaría, especialmente si son españoles los que ahorcan; y ella querria, si fuese posi- »ble, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compasion le »cerrase los ojos; yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme á la razon, porque »estoy tan mohino en esta cárcel, que á trueco de excusar la pesadumbre que me dan las chinches »en ella, tomaria por buen partido que me sacasen á ahorcar mañana; y advierto á vuesa merced, »señor mio, que los jueces desta tierra no desdicen nada de los de España; todos son corteses y »amigos de dar y recebir cosas justas, y que cuando no hay parte que solicite la justicia, no dejan »de llegarse á la misericordia, la cual si reina en todos los valerosos pechos de vuesas mercedes, »que sí debe de reinar, sugeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, »presos en la cárcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son muchos por pe- »queños y enfadan como si fuesen grandes; y sobre todo nos tienen ya en cueros y en la quinta »esencia de la necesidad, solicitadores, procuradores y escribanos, de quien Dios nuestro Señor »nos libre por su bondad, amen. Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recebirla »buena, como le tienen los cigoninos en la torre, esperando el sustento de sus madres. Y firmaba:

»*El desdichado Bartolomé*

»*Manchego.*»

En extremo dió la carta gusto á los dos que la habian leido, y en extremo les fatigó su afliccion; y luego diciéndole al que la habia llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesan pudiesen, le procurarian; y al punto fabricaron las diligencias que habian de hacerse: la primera fue que Croriano hablase al embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las solicitudes; determinó tambien Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir afliccion, y podria ser que tomasen las burlas por veras y se afligiesen con ellas; lo que hicieron fue dejar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano y en los de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente, y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana; que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la fe católica, á lo menos de aquello que en su patria escuramente se practicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer y de su

su caida con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos, caida que dejó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa; declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron: discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad: contaron, cómo convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que como hombre Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito, y ansi lo fue la paga; mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre, hasta que se puso en la cruz; exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado; mostráronle asimismo á Jesucristo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia; aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y asimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno; trataron del poder del sumo pontífice, visorey de Dios en la tierra y llavero del cielo; finalmente no les quedó por decir cosa que vieron que convenia para darse á entender, y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas liciones ansi alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas, y se las llevó á que paseasen los cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo y el duque de Nemurs, sobre la compra de un retrato de Auristela.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro, á lo menos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el voto que la trajo á Roma, y que podia libre y desembarazadamente recebirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen antes, ó fuerzas ó ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada, porque pensar volver á su tierra lo tenia por temeridad y por disparate, á causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa; las damas francesas visitaron los templos y anduvieron las estaciones con pompa y magestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del embajador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo á Auristela y á Constanza, y ninguna vez salian de casa que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma; y sucedió que pasando un dia por una calle que se llamaba *Bancos*, vieron en una pared della un retrato entero, de pies á cabeza, de una mujer que tenia una corona en la cabeza, auque partida por medio la corona, y á los pies un mundo, sobre el cual estaba puesta, y apenas la hubieron visto, cuando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla.

Preguntó Auristela admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso. Respondióle el dueño (que segun despues se supo, era un famoso pintor) que él vendia aquel retrato, pero no sabia de quién fuese: solo sabia que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia, el cual le habia dicho ser de una doncella extranjera, que en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Qué significa, respondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza, y los pies sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Eso, señora, dijo el dueño, son fantasías de pintores, ó caprichos como los llaman: quizá quieren decir, que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, y que ella vá hollando aquel mundo; pero yo quiero decir, que dice que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero. ¿Qué pedís por el retrato? preguntó Constanza. A lo que respondió el dueño: Dos peregrinos están aquí, que el uno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no lo dejará por ningun dinero; yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicó Constanza, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros á toda vuestra satisfaccion.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedaron atónitos de ver la verdadera imágen del rostro de Auristela en el del retrato: cayó la gente que el retrato miraba, en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba:

Este retrato que se vende, es el mismo desta peregrina que vá en este coche: ¡para qué queremos ver al traslado, sino al original! y asi comenzaron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelante, ni volver atrás, por lo cual dijo Periandro: Auristela hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos deja ver por dónde caminamos. Hízolo asi Auristela, y pasaron adelante, pero no por esto dejó de seguirlos mucha gente que esperaba á que se quitase el velo, para verla como deseaba. Apenas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino, y dijo: Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato; si le quereis dar, traedle, y veníos conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro. A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemur, dijo: No repareis, hermano, en precio, sino veníos conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisiéredes, que yo os le daré luego de contado Señores, respondió el pintor, concertáos los dos en cuál le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me habeis de pagar con el deseo que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué habia de parar aquella compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados á dos, al parecer pobres peregrinos, parecíales cosa de burla. En esto dijo el dueño: El que le quisiere, déme señal y guie, que yo ya le descuelgo para llevársele; oyendo lo cual Arnaldo, puso la mano en el seno y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia, y dijo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dijo el duque dándole una de diamantes al dueño del retrato, y traédmele á mi casa. ¡Santo Dios! dijo uno de los circunstantes, ¿qué retrato puede ser éste, qué hombres éstos y qué joyas éstas? cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena y hagais experiencia de la fineza de las piedras, antes que deis vuestra hacienda, que podria ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojáronse los príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas.

Andaba revuelta toda la gente de *Bancos*, unos admirando el retrato, otros preguntando quién fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos esperando quién habia de quedar con el retrato, porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningun precio: diérale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por *Bancos* el gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato y vió las joyas, y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar y llevar el retrato á su casa y prender á los peregrinos: quedóse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamás entró alguna, que si saliese, fuese con aquel lustre con que habia entrado.

Acudió el pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenia no se quedase el gobernador con el retrato, el cual, de un pintor que le habia retratado en Portugal de su original, le habia él comprado en Francia, cosa que le pareció á Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa: con todo eso, le ofreció por él ciento escudos, con que quedase á su riesgo el cobrarle.

Contentóse el pintor, y aunque fue tan grande la baja de ciento á mil, le tuvo por bien vendido y mejor pagado: aquella tarde juntándose con otros españoles peregrinos, fué á andar las siete iglesias, entre los cuales peregrinos acertó á encontrarse con el poeta que dijo el soneto al descubrirse Roma: conociéronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos: el poeta peregrino le dijo, que el dia antes le habia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fue que habiendo tenido noticia de que un monseñor clérigo de la cámara, curioso y rico, tenia un museo el mas extraordinario que habia en el mundo, porque no tenia figura de personas que efectivamente hubiesen sido, ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habian de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las cuales tablas habian visto dos, que en el principio dellas estaba escrito, en la una *Torcuato Taso*, y mas abajo un poco decia *Jerusalen libertada*: en la otra estaba escrito *Zárate*, y mas abajo *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres. Respondióme que se esperaba que presto se habia de descubrir en la tierra la luz de un poeta que se habia de llamar Torcuato Taso, el cual habia de cantar á *Jerusalen recuperada*, con el mas heróico y agradable plectro que hasta entonces ningun poeta hubiese cantado, y que casi luego le habia de suceder un español llamado Francisco Lopez de Zárate, cuya voz habia de llenar las cuatro partes de la tierra, y cuya armonía habia de suspender los corazones de las gentes cantando *La invencion de la Cruz de Cristo con las guerras del emperador Constantino*, poema verdaderamente heróico y religioso, y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace de creer que de tan atrás se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir; aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras maravillas de mayor admiracion; y ¿habrá otras tablas aderezadas para mas poetas venideros? preguntó Periandro. Sí, respondió el peregrino; pero no quise detenerme á leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero asi á bulto miré tantos, que me doy á entender que en la edad, cuando estos vengan, que segun me dijo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cose-

cha de todo género de poetas: encamínelo Dios, como él fuere mas servido. Por lo menos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesía, suele serlo de hambre; porque *dámele poeta, y dártele hé pobre*, si ya la naturaleza no se adelanta á hacer milagros, y síguese la consecuencia: hay muchos poetas, luego hay muchos pobres; hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, cuando llegó á ellos Zabulon el judío, y dijo á Periandro que aquella tarde le queria llevar á Hipólita la Ferraresa, que era una de las mas hermosas mujeres de Roma, y aun de toda Italia. Respondióle Periandro que iria de muy buena gana, lo



cual no le respondiera, si como le informó de la hermosura le informara de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba ni abatia á cosas bajas, por hermosas que fuesen; que en esto la naturaleza habia hecho iguales y formado en una misma turquesa á él y á Auristela, de la cual se recató para ir á ver á Hipólita, á quien el judío le llevó mas por engaño que por voluntad; que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO VII.

De un estraño caso y notable peligro en que se vió Periandro por malicia de una dama cortesana.

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas, porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipólita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora y en cortesía con la misma buena crianza; no era posible que fuese estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesía, si asi se puede decir, se hacia adorar: cuando el amor se viste destas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro y rinde las voluntades de mármol; y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donaires. ¿Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una destas hermosas que pinto, dejando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde trato? La hermosura en parte ciega, y en parte alumbra; tras la que ciega corre el gusto, tras la que alumbra el pensar en la enmienda. Ninguna destas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, ésta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipólita; que con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya habia visto Hipólita á Periandro en la calle, y ya le habia hecho movimiento en el alma su bizarría, su gentileza, y sobre todo el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dádivas imposibles y concertados gustos; y estos pensamientos los habia comunicado con Zabulon, y rogádole se lo trajese á casa, la cual tenia tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser tálamo de bodas que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipólita, que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera, un amigo llamado Pirro, calabrés, hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin

rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus pies, que los estimaba en mas que las manos; y de lo que él mas se preciaba era de traer siempre asombrada á Hipólita en cualquier condicion que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera; que nunca falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pájaros que las despedacen: ¡miserable trato desta mundana y simple gente! Digo pues que este caballero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipólita al tiempo que entraron en ella el judío y Periandro: apartóle aparte Hipólita, y díjole: Véte con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro, de camino, que este peregrino me envió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces, Hipólita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce este peregrino es español, y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan. Llévate tú, oh Pirro, la cadena, dijo ella, déjame á mí el cargo de sustentarla y de no volverla, á pesar de todas sus españolerías.

Tomó la cadena que le dió Hipólita, Pirro, que para el efecto la habia hecho comprar aquella mañana, y sellándole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa. Luego Hipólita libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó á Periandro, y con desenfado y donaire, lo primero que hizo fue echarle los brazos al cuello, diciéndole: En verdad que tengo de ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama. Cuando Periandro vió toda aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le habia caido á cuestas, y poniéndole la mano delante el pecho á Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo: Estos hábitos que visto, señora Hipólita, no permiten ser profanados, ó á lo menos yo no lo permitiré en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no están obligados á ser valientes cuando no les importa; pero mirad, señora, en qué quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique, y sereis obedecida sin replicaros en nada. Paréceme, respondió Hipólita, señor peregrino, que ansi lo sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues segun decís, hareis lo que os dijere, como á ninguno de los dos perjudique, entráos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja y un camarin mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola que á un ejército de enemigos: haced que nos haga otro la guia y llevadme do quisiéredes. Llamó Hipólita á dos doncellas suyas y á Zabulon el judío, que á todo se halló presente, y mandólas que guiasen á la lonja; abrieron la sala, y á lo que despues Periandro dijo, estaba la mas bien aderezada que pudiese tener algun príncipe rico y curioso en el mundo; Parrasio, Polignoto, Apeles, Ceuxis y Timantes tenian allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto Rafael de Urbino, y de los del divino Micael Angelo, riquezas donde las de un gran príncipe deben y pueden mostrarse: los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magníficos y las pinturas valientes son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera como émulas suyas, que á su despecho están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. ¡Oh Hipólita, solo buena por esto! si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato y dejaras en el suyo á Periandro, que asombrado, atónito y confuso andaba mirando en qué habia de parar la abundancia



que en la lonja veia en una limpísima mesa que de cabo á cabo la tomaba la música, que de diversos géneros de pájaros en riquísimas jaulas estaban haciendo una confusa pero agradable armonía: en fin, á él le pareció que todo cuanto habia oido decir de los *huertos hespérides*, de los de la *maga Falerina, de los pensiles famoso*, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja; pero como él andaba con el corazon sobresaltado, que bien haya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran, antes cansado de ver cosas de tanto deleite, y enfedado de ver que todas ellas

se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesía, probó á salirse de la lonja, y se saliera, si Hipólita no se lo estorbara: de manera que le fue forzoso mostrar con las manos y ásperas palabras ser algo descortés: trabó de la esclavina de Periandro, y abriéndole el jubon le descubrió la cruz de diamantes que de tantos peligros hasta allí habia escapado, y asi deslumbró la vista á Hipólita como el entendimiento, la cual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento que si le supiera revalidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello á Periandro, el cual dejando la esclavina en poder de la nueva egipcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor ni esclavina, se puso en la calle; que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huir que en el esperar: púsose ella asimismo á la ventana, y á grandes voces comenzó á apellidar la gente de la calle, diciendo: Ténganme á ese ladron, que entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina, que vale una ciudad: acertaron á estar en la calle dos de la guarda del pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad y prendieron á Periandro; echáronle mano al pecho, y quitándole la cruz le santiguaron con poca decencia; paga que da la justicia á los nuevos delincuentes, aunque no se les averigüe el delito.

Viéndose pues Periandro puesto en cruz sin su cruz, dijo á los tudescos en su misma lengua, que él no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no podia ser de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad del caso: ofrecióles dineros, y con esto y con habelles hablado en su lengua, con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los tudescos no hicieron caso de Hipólita, y asi llevaron á Periandro delante del gobernador: viendo lo cual Hipólita se quitó de la ventana, y casi arañándose el rostro dijo á sus criadas: ¡Ay hermanas, y qué necia he andado! A quien pensaba regalar he lastimado, á quien pensaba servir he ofendido, preso va por ladron el que lo ha sido de mi alma: mirad qué caricias, mirad qué halagos son hacer prender al libre y disfamar al honrado; y luego les contó cómo llevaban preso al peregrino dos de la guarda del papa: mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que queria ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su



corazon verse herir en las mis mas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel, de que la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio sí, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos y hace mal á quien bien quiere.

Cuando ella llegó á casa del gobernador le halló con la cruz en las manos, examinando á Periando sobre el caso, el cual como vió á Hipólita, dijo al gobernador: Esta señora que aquí viene ha dicho que esta cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es verdad, cuan-

do ella dijere de qué es la cruz, qué valor tiene y cuántos diamantes la componen; porque si no es que se lo dicen los ángeles, ó algun otro espíritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola. ¿Qué dice la señor Hipólita á esto? dijo el gobernador. Y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas della, la cual respondió: Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor gobernador quisiere darme por mi amoroso delito; y le contó punto por punto lo que con Periandro le habia pasado, de lo que se admiró el gobernador, antes del atrevimiento que del amor de Hipólita; que á semejantes sugetos son propios los lascivos disparates: afeóle el caso, pidió á Periandro la perdonase, dióle por libre y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese letra alguna, que no fue ventura poca: quisiera saber el gobernador quién eran los peregrinos que habian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y asimismo quién era él y quién Auristela; á lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas: esta cruz es mia, y cuando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce, diré quién soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana; el retrato que vuesa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio convenible, sin que en la compra hayan intervenido pujas, que se fundan mas en rencor y fantasía que en razon. El gobernador dijo que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con él á Roma cosa que aventajase á la de los mas excelentes pintores que la hacian famosa. Yo se le doy á vuesa merced, respondió Periandro, por parecerme que en darle tal dueño le doy la honra posible: agradeciósele el gobernador, y aquel dia dió por libres á Arnaldo y al duque, y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razon que se habia de quedar con algo.

CAPITULO VIII.

Da cuenta Arnaldo de todo lo que le habia sucedido desde que se apartó de Periandro y Auristela en la isla de las Ermitas.

Mas confusa que arrepentida volvió Hipólita á su casa pensativa y además enamorada, que aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro le avivaron mas los deseos: parecíale á ella que no habia de ser tan de bronce un peregrino, que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle; pero hablando consigo se dijo á sí misma: Si este peregrino fuera pobre, no trajera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza, de modo que la fuerza desta roca no se ha de tomar por hambre, otros ardides y mañas son menester para rendirla. ¿No seria posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? ¿No seria posible que esta Auristela no fuese su hermana? ¿No seria posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo á Auristela? ¡Válame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! Alto, muera Auristela, descúbrase este encantamiento, á lo menos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace; pongamos siquiera en plática este disinio, enferme Auristela, quitemos su sol delante de los ojos de Periandro, veamos si faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor; que podria ser que dando yo lo que á este le quitaré, quitándole á Auristela, viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos: por lo menos probarlo tengo, ateniéndome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo consolada, llegó á su casa, donde halló á Zabulon, con quien comunicó todo su disinio, confiada en que tenia una mujer de la mayor fama de hechicera que habia en Roma, pidiéndole, habiendo antes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella, no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabia que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela, y con limitado término, si fuese menester, le quitase la vida. Esto, dijo Zabulon, ser cosa fácil al poder y sabiduría de su mujer; recebió no sé cuánto por primera paga, y prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo á Zabulon, sino amenazóle asimismo; y á un judío dádivas ó amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles. Periandro contó á Croriano, Ruperta, á Auristela y á las tres damas francesas, á Antonio y Constanza su prision, los amores de Hipólita y la dádiva que habia hecho del retrato de Auristela al gobernador.

No le contentó nada á Auristela los amores de la cortesana, porque ya habia oido decir que era una de las mas hermosas mujeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los celos, aunque no sea mas de una, y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo; y cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que á cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los celos que oir disculpas, y cuando éstas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces antes que formar una queja de la fe de Periandro. Aquella noche fue la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fueron á visitar á sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con mas du-

ros grillos, que eran los del matrimonio, pues se habian casado; que la muerte del polaco puso en libertad á Luisa, y á él le trajo su destino á venir peregrino á Roma: antes de llegar á su patria halló en Roma á quien no traia intencion de buscar, acordándose de los consejos que en España le habia dado Periandro; pero no pudo estorbar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad.

Aquella noche asimismo visitó Arnaldo á todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que en el volver á buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria, le habian sucedido: contó cómo llegó á la isla de las Ermitas, donde no habia hallado á Rutilio, sino á otro ermitaño en su lugar, que le dijo que Rutilio estaba en Roma: dijo asimismo, que habia tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella libres, sanas y contentas á las desposadas y á los demás que con Periandro, segun ellos dijeron, se habian embarcado: contó cómo supo de oidas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no habia querido casarse: dijo como se tornaba á poblar la isla bárbara, confirmándose sus moradores en la creencia de su falsa profecía: advirtió cómo Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habian dejado su patria, y pasádose á vivir mas pacíficamente á á Ingalaterra: dijo tambien cómo habia estado con Leopoldio, rey de los danaos, despues de acabada la guerra, el cual se habia casado por dar sucesion á su reino, y que habia perdonado á los dos traidores que llevaba presos, cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen término y cortesía que con él tuvieron; y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traia á la memoria, así grandezas como desgracias: dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos; contó asimismo la fama que dejaba en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras damas francesas: dijo cómo Croriano habia granjeado opinion de generoso y de discreto en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa: dijo asimismo cómo en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo, á quien con el demonio fingido trajo el cielo á vivir vida de ángeles: contó cómo se tenia por milagro la caida de Periandro, y cómo dejaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse con él, por venirse de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabia de memoria por un lienzo que habia visto en Portugal, donde se habian pintado, y que traia intencion firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradecióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto, que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dijo tambien que habia estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviese la señora Constanza á ser esposa del conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto: de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querian.

Desta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debian de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas ilustres y grandes: contó tambien cómo habia encontrado en Francia á Renato, el caballero francés vencido en la batalla contra derecho, y libre victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galan progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviese á traer á la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del duque y contra la suya, puesto que dijo que por no dar enojo á Periandro disimularia su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro; la ventura y su diligencia se le dieron al duque, vos se le quitastes por fuerza y así no teneis de qué quejaros: los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer por acomodarse con la razon que otra cosa les manda; pero yo haré de manera que quedando vos, señor, Arnaldo, contento, el duque quede satisfecho; y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno: satisfízole á Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas ni menos á Auristela; con esto cesó la plática, y otro dia por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y la malicia de la judía, mujer de Zabulon.

CAPITULO IX.

En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la judía, mujer de Zabulon.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro la belleza de Auristela, temerosa no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofrios al amanecer, que no la dejaron levantar aquel dia: luego luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar á los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Auristela, haciendo el mismo

efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos. No habia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecian cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmin de sus labios y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habian mudado de color, estrechádose las manos y casi mudando el asiento y encaje natural de su rostro, y no por eso le parecia menos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacia, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban á sus oidos, á lo menos llegaron de allí á dos dias sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua: asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la salud de Auristela fue de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas: llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, á lo menos los de mejor fama; la buena opinion califica la acertada medicina, y asi suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata; pero ni en plata ni en lana no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza: esto era al revés en el duque, que como el amor que tenia en el pecho se habia engendrado de la hermosura de Auristela, asi como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raices ha de haber echado en el alma, para tener fuerzas para llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada; feísima es la muerte, y quien mas á ella se llega es la dolencia; y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud á cuantos la conocian: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponia á la contraria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince dias esperó el duque de Nemurs, á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela; y ninguno se la aseguró, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual las damas francesas, no hacian del duque caso alguno, el cual viendo tambien que el ángel de luz de Auristela se habia vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpaban, un dia llegándose á Auristela, en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenia de recebirte por mi legítima esposa, antes que la desesperacion me traiga á términos de perder el alma, como me ha traido á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y asi sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y a morir desdichado y no desesperado: mi madre me llama, tiéneme prevenida esposa, obedecerla quiero y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte. Dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas: no pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo mas que hizo fue poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvérsele al duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se le tomó, y le dijo: Si dello no te disgustas, oh gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo: volvióselo el duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si mas pudiese, y desde allí se desvió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante, y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las guedejas que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerara cuán menoscabadas estaban sus esperanzas, y cuán á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi habia pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al duque, sino en su camino, á lo menos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y su generoso pecho no dieron lugar á que dejase á Periandro sin consuelo, y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos, á pesar de todas las sospechas que le sobrevenian.

CAPÍTULO X.

Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos, y propone á Periandro el intento de no casarse.

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel judía tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de la que ser solia, que ya no la conocian sino por el órgano de la voz, cosa que tenia suspensos á los médicos y admirados á cuantos la conocian. Las señoras francesas atendian á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegó á tanto el mal de Auristela, que no conteniéndose en los términos de su jurisdiccion, pasó á la de sus vecinos; y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fue con él, no porque el ve-

neno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y asi se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela; viendo lo cual Hipólita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de dónde procedia el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la cual, ya flaca y descolorida, parecia que estaba llamando su vida á las aldabas de las puertas de la muerte; y creyendo sin duda que por momentos la abririan, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica; y asi haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devocion que pudo dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habian enseñado, y resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu, y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita pues, habiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela moria tambien Periandro, acudió á la judía á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumian á Auristela, ó los quitase del todo; que no queria ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida: hízolo asi la judía, como si estuviera en su mano la salud ó la enfermedad agena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios, obligándole, si asi se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud agena ésta que llaman hechicería, con lo que hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efecto; asi que, para guarecer destos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dejar de empeorar, que fue señal de su mejoría: comenzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres de que volvia á amanecer en el cielo de su rostro, volvieron á despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos, ahuyentáronse las sombras de su melancolía, volvió á enterarse en el órgano suave de su voz, afinóse el carmin de sus labios, convirtió en marfil la blancura de sus dientes, que volvieron á ser perlas, como antes lo eran: en fin, en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda bellísima, toda agradable y toda contenta; y estos mismos efectos redundaron en Periando, y en las damas francesas y en los demás Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría ó tristeza caminaba al paso de la de Auristela, la cual dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, asi en la enfermedad como en la salud, un dia llamó á Periandro, y estando solos por cuidado y de industria, desta manera le dijo: Hermano mio, pues ha querido el cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto há dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto ó al descuido para que de otra suerte te llamase, que tan honesta y tan agradable no fuese, querria que esta felicidad pasase adelante, y que solos los términos de la vida la pusiesen término; que tanto es una ventura buena, cuanto es duradera, y tanto es duradera cuanto es honesta: nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en contínuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan y van formando una cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno: si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas; principalmente ha puesto, que en solo conocer y ver á Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad: yo á lo menos asi lo entiendo, y juntamente con entenderlo asi, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querrás lo que yo quisiere: heredera soy de un reino, y ya tú sabes la causa por qué mi querida madre me envió en casa de los reyes tus padres por asegurarme de la grande guerra de que se temia; desta venida se causó el de venirme yo contigo, tan sujeta á tu voluntad, que no he salido della un punto: tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo, y finalmente tú mi ángel de guarda, y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traido á esta ciudad, donde he llegado á ser cristiana, como debo: querria agora, si fuese posible, irme al cielo, sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser, si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa: déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza, que para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos; yo no te quiero dejar por otro: por quien te dejo es por Dios, que te dar á sí mismo, cuya recompensa infinitamente excede á que me dejes por él: una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza; con ella te podrás casar y alcanzar el reino que á mí me toca, y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos: ¿qué inclinas la cabeza, hermano? ¿á qué pones los ojos en el suelo? ¿desagrádante estas razones? ¿parécente descaminados mis deseos? Dímelo, respóndeme; por lo menos, sepa yo tu voluntad,

quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida á tu gusto, que en algo con el mio se conforme

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela, y en un breve instante formó en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron á parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida no era sino porque á él se le acabara la suya, pues bien debia saber que en dejando ella de ser su esposa, él no tenia para qué vivir en el mundo; y fué y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela, se levantó de donde estaba sentado, y con ocasion de salir á recebir á Feliz Flora y á la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió dél, y dejó á Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó arrepentida, y confusa.

CAPITULO XI.

Sale Periandro despechado por la proposicion de Auristela.

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priesa se dan á salir, mas de espacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas se detienen, y unas á otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente, y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las otras impiden, y no sabe el discurso con cuáles se dé primero á entender su imaginacion; y asi muchas veces callando dice mas de lo que querria. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro á los que entraron á ver á Auristela, el cual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le habia dicho: llegaron á ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acaba de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas y claras: Mal he hecho; pero ¿qué importa? ¿No es mejor que mi hermano sepa mi intencion? ¿No es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos están mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso que la compañía de Periando no me ha de estorbar de ir al cielo, pero tambien siento que iré mas presto sin ella; sí, que mas me debo yo á mí que no á otro, y al interese del cielo y de gloria se han de posponer los del parentesco, cuanto mas que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dijo á esta sazon Constanza, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte que desterrando nuestras sospechas, á tí te dejasen confusa: si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes; y si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía.

Acabó á esta sazon de volver en sí Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia, quiso enmendar su descuido; pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropella, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No sé, hermana, dijo Auristela, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano ó si no; lo que te sabré decir es que es mi alma, por lo menos por él vivo, por él respiro, por él me muevo y por él me sustento, conteniéndome con todo esto en los términos de la razon, sin dar lugar á ningun vario pensamiento, ni á no guardar todo honesto decoro, bien asi como le debe guardar una mujer principal á un tan principal hermano.

No te entiendo, señora Auristela, la dijo á esta sazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese; dinos ya quién es y quién eres, si es que puedes decillo; que agora sea tu hermano, ó no lo sea, por lo menos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo, en mí y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contares; que puesto que ayer salimos de la isla bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los mas árduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaracion. ¿Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima esposa? ¿Y qué mucho otra vez, que con honesto y casto decoro os hayais mostrado hasta aquí limpísimos al cielo y honestísimos á los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma; y siendo esto asi, señora mia, otra vez te suplico nos digas quién eres y quién es Periandro, el cual, segun le ví salir de aquí, él lleva un volcan en los ojos y una mordaza en la lengua. ¡Ay desdichada! replicó Auristela, y ¡cuán mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al silencio eterno, pues callando excusara la mordaza que dices que lleva en su lengua: indiscretas somos las mujeres, mal sufridas y peor calladas; mientras callé, en sosiego estuvo mi alma: hablé, y perdíle, y para acabarle de perder y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo, ni mi amante, á lo menos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas: hijo de rey es: hija y heredera de un reino soy: por la sangre somos iguales, por el estado alguna ventaja hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden, y nuestros deseos

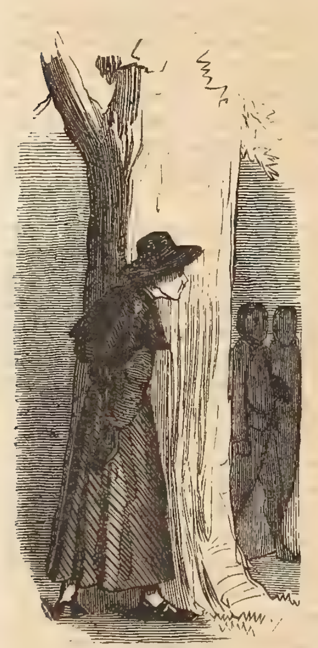
con honestísimo efecto se están mirando: sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella; y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro me aprieta la mia, no os quiero decir mas por agora, señores, sino suplicaros me ayudeis á buscalle, que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no querrá volver sin ser buscado.

Levanta pues, dijo Constanza, y vamos á buscalle, que los lazos con que amor liga á los amantes no los deja alejar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallaremos, presto le verás y mas presto llegarás á tu contento: si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa á Periandro, que igualándole contigo pondrá silencio á cualquiera murmuracion. Levantóse Auristela, y en compañía de Feliz Flora, Constanza y Antonio, salieron á buscar á Periandro, y como ya en la opinion de los tres era reina, con los ojos la miraban y con otro respeto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba: salió de Roma á pie y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos; que éstos y las varias imaginaciones no le dejaban un punto. ¡Ay! iba diciendo entre sí, hermosísima Sigismunda, reina por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable, y ¡cuán poco te costaba, oh señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamás desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelara! Si quieres que te lleven al cielo sola y señera, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de tí misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas, sin ser mi homicida: dejaras, oh señora, á cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declararas á tiempo que habias de arrancar con las raices de mi amor mi alma, la cual por ser tan tuya te dejo á toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quédate en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hacer es dejarte. Llegóse la noche en esto, y apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos árboles corria, á la márgen del cual, arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas á sus suspiros.

CAPITULO XII.

Donde se dice quién era Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía, y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas; llevábale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, cuando llegó á sus oidos una voz extranjera que, escuchándola con atencion, vió que hablaba en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraba ó si cantaba; y la curiosidad le llevó cerca, y cuando lo estuvo oyó que eran dos personas, las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró, que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados della: acomodóse detrás de un árbol, de tal forma que él y el árbol hacian una misma sombra: recogió el aliento, y la primera razon que llegó á sus oidos fue: No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año lleva la noche y la otra mitad el dia; el que sea esto asi, yo lo sé; él por qué asi, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa dese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia y la noche de veinte y cuatro horas: tambien te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dicen en el lib. 1. Georg.



Ac tua nautæ
Numina sola colant: tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en griego es lo mismo que Tile en latin. Esta isla es tan grande, ó poco menos, que Ingalaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana: mas adelante, debajo del mismo norte, como trescientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reino,

y no pequeño. De Tile es rey y señor, Maximino, hijo de la reina Eustoquia, cuyo padre no há muchos meses que pasó desta á mejor vida, el cual dejó dos hijos, que el uno es el Maximino que te he dicho, que es el heredero del reino, y el otro un generoso mozo, llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sé yo con cuál poderte encarecer las virtudes desde Persiles, y asi quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe; que puesto que el amor que le tengo por por haber sido su ayo y criádole desde niño me pudiera llevar á decir mucho, todavía será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro, y luego cayó en la cuenta que el que le alababa no podia ser otro que Seráfido, un ayo suyo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz y las palabras que de cuando en cuando respondía: si se admiró ó no, á la buena consideracion lo dejo, y mas cuando Seráfido, que era el mismo que habia imaginado Periandro, oyó que dijo: Eusebia, reina de Frislanda, tenia dos hijas de extremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamábase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifró toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, á la cual no sé yo con qué disinio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió á Tile en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra en su casa se criase, puesto que yo para mí tengo que no fue esta la ocasion principal de envialla, sino para que el príncipe Maximino se enamorase della y la recebiese por su esposa; que de las extremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol, y junten en uno los extremos que entre sí están mas apartados: á lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual á la sazon que llegó á Tile no estaba en la isla Maximino, á quien su madre la reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre; y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvió de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice: desde que la oyó no supo oir cosas de su gusto; perdió los brios de su juventud, y finalmente se encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacian memorable y bien querido de todos, y sobre todo vino á perder la salud y á entregarse en los brazos de la desesperacion della; visitáronle médicos que, como no sabian la causa de su mal, no acertaban con su remedio; que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste: la madre, viendo morir á su hijo, sin saber quién le mataba, una y muchas veces le preguntó le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentia los efectos: tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia ó la firmeza de Persiles, le vino á decir cómo él moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dejarse morir antes que ir contra el decoro que á su hermano se le debia; cuya declaracion resucitó en la reina su muerta alegría, y dió esperanzas á Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano: finalmente, Eustoquia habló á Sigismunda, encareciéndole lo que se perdia en perder la vida Persiles, sugeto donde todas las gracias del mundo tenian su asiento, bien al revés del de Maximino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible; levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto con los hipérboles que pudo las bondades de Persiles.

Sigismunda, muchacha, sola y persuadida, lo que respondió fue que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejase sino á su misma honestidad; que como ésta se guardase, dispusiesen á su voluntad de ella, abrazóla la reina, contó su respuesta á Persiles, y entre los dos concertaron que se ausentasen de la isla, antes que su hermano viniese, á quien darian por disculpa, cuando no hallase, que habia hecho voto de venir á Roma, á enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra, jurándole primero Persiles que en ninguna manera iria en dicho ni en hecho contra su honestidad; y asi colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la reina, la cual despues me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

Dos años, poco mas, tardó en venir el príncipe Maximino á su reino, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla fue hallar su desasosiego: supo su viaje, y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos que por maravilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinacion, me llamó aparte, y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me delantase á abuscarle y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves, y entrando por el estrecho hercúleo, con diferentes tiempos y diversas borrascas llegó á la isla de Tinacria, y desde allí á la gran ciudad de Parténope, y agora queda no lejos de aquí, en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles, y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte: yo desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Persiles y Sigismunda,

deben de ser ángeles humanados. Si como los nombras, respondió el que escuchaba á Seráfido, Persiles Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima dellos, porque há muchos dias que los conozco, en cuya compañía he pasado mu chos trabajos; y luego le comenzó á contar los de la isla bárbara, con otros algunos. En tanto se venia el dia, y en tanto Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos, y volvió á buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejos de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo á milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso; y asi lleno de nuevos pensamientos, volvió á los ojos de su contrita Auristela y á las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Vuelve Periandro hácia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Seráfido, su ayo, en compañía de Rutilio.

Entretiénese el dolor y el sentimiento de las recien dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera que rinde la paciencia del que la sufre: lo mismo acontece en las pasiones del alma, que en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dijo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo, y satisfecha de haberle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma, y le sucedió lo que se ha contado: conoció á Rutilio, el cual contó á su ayo Seráfido toda la historia de la isla bárbara, con las sospechas que tenia de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Persiles: díjole asimismo, que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció venian encaminados con la disimulacion y cubierta de ser hermanos: preguntó muchísimas veces á Seráfido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela.

Volvióle á repetir Seráfido, cómo la isla de Tile ó Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, puesto que un poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolás Temo, veneciano, el año de 1380, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco: hay otra isla asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve, que se



llama Groelanda, á una punta de la cual está fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomás, en el cual hay religiosos de cuatro naciones, españoles, franceses, toscanos y latinos: enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla, para que en saliendo della sean entendidos por do quiera que fueren: está, como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro dél, no solamente le desnieva, pero le calienta de modo, que se recogen en aquella parte increible infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos: esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las cuales se hace un betun pegajoso, con el cual se fabrican las casas, como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dijo Seráfido á Rutilio, destas islas, que ponen en duda su crédito; pero en efecto son verdaderas.

Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que dellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian: llegó en esto el dia, y hallóse Periandro junto á la iglesia y templo magnífico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y vió venir hácia sí alguna gente en monton á caballo y á pié, y llegando cerca, conoció que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constanza y Antonio su hermano, y asimismo Hipólita, que habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar á que otra llevase las albricias de su hallazgo, y asi siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dió la mujer de Zabulon, el judío, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie: llegó en fin Periandro al hermoso escuadron, saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos: contó luego públicamente lo que aquella noche le habia pasa-

do con Seráfido su ayo y con Rutilio; dijo cómo su hermano el príncipe Maximino quedaba en Terrachina, enfermo de la mutacion, y con propósito de venirse á curar á Roma y con autoridad disfrazada y nombre trocado á buscarlos: pidió consejo á Auristela y á los demás, de lo que haria; porque de la condicion de su hermano el príncipe no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas, desparéciéronse en un punto, asi las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demás circunstantes discurrieron en su imaginacion qué consejo darian á Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se lo pidieron, fue la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció llevarle á Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y mas ducados que su hacienda valia: oyó este ofrecimiento Pirro el calabrés, que allí estaba, que fue lo mismo que oir la sentencia irremisible de su muerte; que en los rufianes no engendra celos el desden, sino el interés; y como éste se perdia con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperacion posesion de su alma, en la cual iba atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, á él le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del celoso, parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro á Hipólita, pero no admitió su generoso ofrecimiento: los demás no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Seráfido, y entrambos á dos apenas hubieron visto á Periandro, cuando corrieron á echarse á sus pies, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la de su gentileza: teníale abrazado Rutilio por la cintura y Seráfido por el cuello: lloraba Rutilio de placer y Seráfido de alegría: todos los circunstantes estaban atentos mirando el extraño y gozoso recebimiento: solo en el corazon de Pirro andaba la melancolía, atenaceándole con tenazas mas ardiendo que si fueran de fuego, y llegó á tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirándolo muy bien, metió mano á su espada, y por entre los brazos de Seráfido se la metió á Periandro por el hombro derecho con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole, poco menos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe fue Hipólita, y la primera que gritó fue su voz, diciendo: ¡Ah traidor, enemigo mortal mio, y cómo has quitado la vida á quien no merecia perderla para siempre! Abrió los brazos Seráfido, soltólos Rutilio calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela, la cual faltándole la voz á la garganta, el aliento á los suspiros y las lágrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos á una y otra parte. Este golpe, mas mortal en la pariencia que en el efecto, suspendió los ánimos de los circunstantes, y les robó la color de los rostros, dibujándoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre á mas andar se entraba por la vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el último fin de sus dias, á lo menos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios. Seráfido y Antonio arremetieron á Pirro, y á despecho de su fiereza y fuerzas le asieron, y con gente que se llevó, le enviaron á la prision, y el gobernador de allí á cuatro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.

CAPITULO XIV.

Llega Maximino enfermo de la mutuacion: muere dejando casados á Periandro y Auristela, conocidos ya por Pérsiles y Sigismunda.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no estaba engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que antes era; pensaba reir y está llorando, pensaba vivir y ya se muere, creia gozar de la vista de Periandro, y ofrecérsele á los ojos la del príncipe Maximino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el escuadron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo y salió á recibirle Seráfido, diciéndole: ¡Oh príncipe Maximino, y qué malas albricias espero de las nuevas que pienso darte! Este herido que ves en los brazos desta hermosa doncella es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, segun vengo; y sacando la cabeza fuera del coche, conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosísima estaba despues de haber caido en ella; que tal vez los accidentes de dolor suelen acrecentar la belleza.

Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginacion, tambien reina de Tile; que estas mudanzas tan extrañas caen debajo del

poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habíase partido Maximino con intencion de llegar á Roma á curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase, le habia de saltear la muerte, en esto mas verdaderos y experimentados que en saber curarle: verdad es que e mal que causa la mutacion, pocos le saben curar: en efecto, frontero del templo de San Pablo, en



mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra y enterró á Maximino, el cual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llevó á sus ojos, y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada y aliento mortal y cansado dijo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, oh hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpétuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y gózeslos años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles, y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos, y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí, y le dió de ser su esposo á Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto, y comenzaron á ocupar los suspiros el aire, y á regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y lleváronle á San Pablo, y el medio vivo de Persiles en el coche del muerto le volvieron á curar á Roma, donde no hallaron á Belarminia ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda; muchísimo le pesó de que se hubiesen

malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en órden á gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atónito y espantado, estuvo por irse sin hablar palabra á Persiles y Sigismunda; mas considerando ser reyes, y la disculpa que tenian, y que solo esta ventura estaba guardada para él, determinó ir á verles, y ansi lo hizo: fue muy bien recebido, y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron á la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, á quien él aceptó de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia á su padre; que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dejándole sano, se fué á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio; Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron á Francia, llevando bien qué contar del suceso de la fingida Auristela: Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fueron á Nápoles, donde se dice acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó á su hermano en San Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los templos de Roma, acarició á Constanza, á quien Sigismunda dió la cruz de diamantes, y la acompañó hasta dejarla casada con el conde su cuñado; y habiendo besado los pies al pontífice, sosegóse su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que biznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

FIN DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

VIAJE DEL PARNASO.

DEDICATORIA

Á DON RODRIGO DE TAPIA, CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, HIJO DEL SEÑOR DON PEDRO DE TAPIA, OIDOR DEL CONSEJO REAL, Y CONSULTOR DEL SANTO OFICIO DE LA INQUISICION SUPREMA.

Dirijo á vuesa merced este *Viaje* que hice al *Parnaso*, que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*; si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

DON AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS.

EPIGRAMMA.

Excúte cæruleum, proles Saturnia, tergum,
  Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
  Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
  Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
  Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperiis Michaël claros conduxit ab oris
  In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
  Parnassi in litus vela secunda gere.



VIAJE DEL PARNASO.

CAPITULO PRIMERO.

Un quídam caporal italiano,
De patria perusino, á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la córte el vario estruendo.
Solo y á pie partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda y tartamudo paso:
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor, ni menos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua,
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los ijares, y en el cuero
Mas dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caia en cualquier cosa fácilmente
Así en abril, como en el mes de enero.
En fin, sobre ella el poeton valiente
Llegó al Parnaso, y fue del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.
Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.
Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo.



Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.
Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella,
Y quedar del licor süave y rico
El pancho lleno, y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al menos manifico.
Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido é ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,
Si en aquel mismo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: Si yo viniese á verme
En la difícil cumbre deste monte,
Y una guirnalda de laurel ponerme;
No envidiaria el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.
Mas como de un error siempre se empieza,
Creyendo á mi deseo, dí al camino
Los pies, porque dí al viento la cabeza.
En fin, sobre las ancas del destino,
Llevando á la eleccion puesta en la silla,
Hacer el gran viaje determino.
Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no solo en Castilla.
Ninguno tiene, ó puede dar excusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
Suele tal vez ser tan ligera, como
Va por el aire el águila ó saeta,
Y tal vez anda con los pies de plomo.
Pero para la carga de un poeta,
Siempre ligera, cualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta.
Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede,

Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú, oh gran padre Apolo, les infundes
En sus intentos el intento tuyo.
Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de agibílibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes;
Ellos, ó traten burlas, ó sean veras,
Sin aspirar á la ganancia en cosas,
Sobre el convexo van de las esferas,
Pintando en la palestra riguroso
Las acciones de Marte, ó entre las flores
Las de Vénus mas blanda y amorosa.
Llorando guerras, ó cantando amores,
La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.
Son hechos los poetas de una masa
Dulce, süave, correosa y tierna,
Y amiga del holgar de agena casa.
El poeta mas cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignoroncia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico, como á honroso estado.
Vayan pues los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco:
Y que en la cumbre de la varia rueda
Jamás me pude ver solo un momento,
Pues cuando subir quiero se está queda.
Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el viaje á paso tardo y lento.
Un candeal con ocho mis de queso
Fue en mis alforjas mi repostería,
Util al que camina, y leve peso.
—Adios, dije á la humilde choza mia,
Adios, Madrid, adios tu Prado, y fuentes
Que manan néctar, llueven ambrosía.
Adios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.
Adios, sitio agradable y mentiroso,
Do fueron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.
Adios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
Adios de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el turco galgo
Como en gaceta de Venecia leo.
Adios, hambre sotil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo.—
Con esto poco á poco llegué al puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto.
A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.
Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico Don Juan la heróica hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho
El otomano orgullo vió su brio
Hollado y reducido á pobre estrecho.
Lleno pues de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata,
Que efetúase el alto intento mio.
Cuando por la, aunque azul, liquida plata
Vi venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.
Del mas gallardo, y mas vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamás, ni mas supremo.
Cual este, nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo verse en el armada,
Que destruyó la vengativa Juno.
No fue del vellocino á la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
Ni de tantas riquezas adornada.
Cuando entraba en el puerto, la hermosa
Aurora por las puertas del oriente,
Salia en trenza blanda y amorosa;
Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la real galera,
Que despertó y alborotó la gente.
El son de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonía,
Y el de la chusma alegre y placentera.
Entrábanse las horas por el dia,
A cuya luz con distincion mas clara
Se vió del gran bajel la bizarría.
Ancoras echa, y en el puerto para,
Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
Con música, con grita y algazara.
Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.
Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquife un caballero
En hombros de otros cuatro principales.
En cuyo traje y ademan severo
Vi de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensajero.
En el gallardo talle y compostura,
En los alados pies, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura,
Digo, que al mismo paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto coliseo.
Vile, y apenas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas
Por verse de divinos pies tocadas;
Cuando yo revolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandóme el dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme:
—¡Oh Adan de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?—
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
—Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.—
Y él á mí dijo: ¡Sobrehumano, y sobre
Espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre.
Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.
Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante:
Antes que el escuadron vulgar acuda
De mas de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.
Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte,
Que aun de estar á su sombra no son dinos.
Armate de tus versos luego, y ponte
A punto de seguir este viaje
Conmigo, y á la gran obra disponte.
Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje
Y porque esta verdad que digo, apures,
Entra conmigo en mi galera, y mira
Cosas con que te asombres y asegures.—
Yo, aunque pensé que todo era mentira,
Entré con él en la galera hermosa,
Y ví lo que pensar en ello admira.
De la quilla á la gavia, ¡oh extraña cosa!
Toda de versos era fabricada,
Sin que se entremetiese alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada
De glosas, todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.
Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necesaria,
Pues á todas acciones se acomoda.
La popa de materia extraordinaria,
Bastarda, y de legítimos sonetos,
De labor peregrina en todo, y varia.
Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra,
Para dar boga larga muy perfetos.
Hecha ser la crujía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por esta entiendo yo que se diria
Lo que suele decirse á un desdichado,
Cuando lo pasa mal, pasó crujía.
El árbol hasta el cielo levantado
De una dura cancion prolija estaba
De canto de seis dedos embreado.
Él, y la entena que por él cruzaba,
De duros estrambotes, la madera

De que eran hechos claro se mostraba.
La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componian redondillas,
Con que ella se mostraba mas ligera.
Las jarcias parecian seguidillas
De disparates mil y mas compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas, fortísimas y honestas
Estancias, eran tablas poderosas,
Que llevan un poema y otro á cuestas.
Era cosa de ver las bulliciosas,
Banderillas que al aire tremolaban,
De varias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
De encadenados versos parecian,
Puesto que como libres trabajaban,
Todas las obras muertas componian
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera mas gallarda hacian.
En fin, con modos blandos y süaves,
Viendo Mercurio que yo visto habia
El bajel, que es razon, letor, que alabes,
Junto á sí me sentó, y su voz envia
A mis oidos en razones claras,
Y llenas de suavísima armonía,
Diciendo:—Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,
Verás, si en ello adviertes y reparas,
Que es una este bajel de las mas dinas
De admiracion, que llegue á ser espanto
A naciones remotas y vecinas.
No le formaron máquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, y llega y sube á tanto.
Formóle, ¡oh nuevo caso! para solo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.
De Malta el gran maestre, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas,
Teme, y envia á convocar la gente
Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente.
A cuya imitacion Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.
Yo, condolido del doliente caso,
En el ligero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.
De Italia las riberas he barrido,
He visto las de Francia y no tocado,
Por venir sólo á España dirigido.
Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino, á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.
Tu, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el paraninfo de mi asunto,
Y el solicitador de mi deseo.
Parte, y no te detengas solo un punto,
Y á los que en esta lista van escritos
Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto.—
Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que habia
Yangüeses, vizcainos y coritos
Allí famosos vi de Andalucía,
Y entre los castellanos vi unos hombres,
En quien vive de asiento la poesía.
Dijo Mercurio:—Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio, con los nombres.—
Yo respondí:—De los que son mas graves
Dire lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes.—
Él escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPITULO II.

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante, pero entonces mudo;
Que al que escucha, el guardar silencio toca.
Cuando di de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
Miré la lista, y vi que era el primero
El Licenciado Juan de Ochoa, amigo
Por poeta, y cristiano verdadero.
Deste varon en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo,
Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte;
Pues de su poësía al mundo sola
Puede esperar poner el pie en la cumbre,
De la inconstante rueda, ó varia bola.
Este que de los cómicos es lumbre,
Que el Licenciado Poyo es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre.
Pero como está siempre entretenido
En trazas, en quimeras é invenciones,
No ha de acudir á este marcial ruido.
Este, que en lista por tercero pones,
Que Hipólito se llama de Vergara,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saëta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.
Este, que tiene como mes de mayo
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
Godinez es. Y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,
Es uno, que valdrá por mil soldados,
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:
Digo que es Don Francisco, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa:
Es de Calatayud su sobrenombre:
Con esto queda dicho todo cuanto
Puedo decir con que á la invidia asombre.
Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: Miguel Cid se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.
Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;
Es Don Luis de Góngora, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado mas supremo.
Oh tú, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos,
Y á tus bien colocadas esperanzas:
Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino Herrera, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos.
Ya de tu hermosa luz clara y rica
El bello resplandor miras seguro
En la que la alma tuya beatifica:
Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad, no estimas cuanto
Mora en las sombras deste mundo escuro.
Y tú, Don Juan de Jáuregui, que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira,
Que sobre las esferas le levanto;
Aunque Lucano por tu voz respira,
Déjale un rato, y con piadosos ojos
A la necesidad de Apolo mira;
Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos, que procuran
Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
Y tú, por quien las musas aseguran
Su partido, Don Felix Arias, siente,
Que por su gentileza te conjuran,
Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.
¿Consentirás tú á dicha participe
Del licor suavísimo un poeta,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
No lo consentirás, pues tu discreta
Vena, abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.
Señor, este que aquí viene se quite,
Dije á Mercurio, que es un chacho necio,
Que juega, y es de sátiras su envite.
Este sí que podrás tener en precio,
Que es Alonso de Salas Barbadillo,
A quien me inclino y sin medida aprecio.
Este que viene aquí, si he de decillo,
No hay para qué le embarques, y así puedes
Borrarle. Dijo el dios: gusto de oillo.
Es un cierto rapaz, que á Ganimedes
Quiere imitar, vistiéndose á lo godo,
Y así aconsejo que sin él te quedes.
No lo harás con este dese modo,
Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo:
Es de la historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tácito verás, si te le enseño
Este que viene es un galan, sujeto
De la varia fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto.
Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmudables

Mas rico, á tu mandar firme le tienes!
Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos variables
Ni menos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Bóreas, cuando airado
Quiere humillar los mas fortalecidos.
Y este que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía
Don Lorenzo Ramirez es de Prado.
Deste que se le sigue aquí, diria
Que es Don Antonio de Monroy, que veo
En ello que es ingenio y cortesía.
Satisfacion al mas alto deseo
Puede dar de valor heróico y ciencia,
Pues mil descubro en él y otras mil creo.
Este es un caballero de presencia
Agradable, y que tiene de Torcato
El alma sin alguna diferencia.
De don Antonio de Paredes trato,
A quien dieron las musas sus amigas
En tierna edad anciano ingenio y trato.
Este que por llevarle te fatigas,
Es don Antonio de Mendoza, y veo
Cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.
Este que de las musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discrecion lleva el trofeo:
Es Pedro de Morales, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.
Este, aunque tiene parte de Zoílo,
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
Este, que tanto allí tira la barra,
Que las cumbres se deja atrás de Pindo,
Que jura, que vocea y que desgarra,
Tiene mas de poeta que de lindo,
Y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto
Ingenio y rara condicion deslindo.
Este, á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que mas pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,
Es el famoso Andres de Balmaseda,
De cuyo grave y dulce entendimiento
El magno Apolo satisfecho queda.
Este es Enciso, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.
Este, que es escogido entre millares
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que se puede llamar quitapesares.
Es poeta gigante, en quien alabo,
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton nos pinta, ó un Davo.
Este es Don Juan de España, que es mas dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.
Este, por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es Silveira, aquel famoso,
Que por llevarle con razon te afanas.
Este, que se le sigue, es el curioso
Gran Don Pedro de Herrera, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.
Este que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
Veráse en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad poco dichosa,
Mostrar de su valor las lozanías.
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave Don Francisco de Farías?
Este de quien yo fui siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y aun deste clima nuestro y del remoto,
Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
De altitonantes versos y sonoros
Con magestad en todo levantada.
Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los agenos sus tesoros,
Es Medinilla, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba escura,
Entre cipreses puestos en hilera.
Este, que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lacro, es Don Fernando
Bermudez, donde vive la cordura:
Este es aquel poeta memorando,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erífile cantando.
Este, que la coluna nueva empieza,
Con estos dos que con su ser convienen,
Nombrarlos, aun lo tengo por bajeza.
Miguel Cejudo, y Miguel Sanchez vienen
Juntos aquí, ¡oh par sin par! En estos
Las sacras musas fuerte amparo tienen.

Que en los pies de sus versos bien compuestos,
Llenos de erudicion rara y dotrina,
Al ir al grave caso serán prestos.
Este gran caballero, que se inclina
A la leccion de los poetas buenos,
Y al sacro monte con su luz camina,
Don Francisco de Silva es por lo menos:
¿Qué será por lo mas? ¡Oh edad madura,
En verdes años de cordura llenos!
Don Gabriel Gomez viene aquí, segura
Tiene con él Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia y dura.
Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria,
En este gran sugeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho,
Y Febo al gran Valdes atento mire.
Verá en él un gallardo y sabio pecho,
Un ingenio sutil y levantado,
Con que le deje en todo satisfecho.
Figueroa es estotro, el dotorado,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa y verso regalado.
Cuatro vienen aquí en poca distancia
Con mayúsculas letras de oro escritos,
Que son del alto asunto la importancia.
De tales cuatro, siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
Del claro Apolo la real morada
Si viniere á caer de su grandeza,
Será por estos cuatro levantada;
En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es mas que alteza.
Esta verdad, gran conde de Salinas,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.
Tú, el de Esquilache príncipe, que cobras
De dia en dia crédito tamaño,
Que te adelantas á tí mismo y sobras:
Serás escudo fuerte al grave daño,
Que teme Apolo con ventajas tantas,
Que no te espere el escuadron tacaño.
Tú, conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;
Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte, al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.
Tú, el de Villamediana, el mas famoso,
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron el lauro venturoso;
Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guian, porque mas seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.
A cuya vista destos cuatro muros
Del Parnaso caerán las arrogancias
De los mancebos sobre necios duros.
¡Oh cuántas, y cuán graves circunstancias
Dijera destos cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!
Y mas si se les llega el de Alcañices,
Marqués insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no mas) cinco fenices.
Cada cual de por sí será coluna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.
Este (puesto que acude al grave oficio
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.
En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurispericia único y raro,
Su nombre es Don Francisco de la Cueva.
Este, que con Homero le comparo,
Es el gran Don Rodrigo de Herrera,
Insigne en letras, y en virtudes claro.
Este, que se le sigue, es el de Vera
Don Juan, que por su espada y por su pluma
Le honran en la quinta y cuarta esfera.
Este, que el cuerpo y aun el alma bruma
De mil, aunque no muestra ser cristiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.
Cayóseme la lista de la mano
En este punto, y dijo el dios:—Con estos
Que has referido está el negocio llano.
Haz que con pies y pensamientos prestos
Venga aquí, donde aguardando quedo
La fuerza de tan válidos supuestos.
—Mal podrá Don Francisco de Quevedo
Venir, dije yo entonces; y él me dijo:
—Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
De Calíope musa, no podemos
Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
Es el flagelo de poetas memos,

Y echará á puntillazos del Parnaso
Los malos que esperamos y tememos.
—Oh señor, repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.
—Deso, dijo Mercurio, no hago caso.
Que el poeta que fuere caballero,
Sobre una nube entre pardilla y clara
Vendrá muy á su gusto caballero.
—Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara
Apolo? ¿qué carrozas, ó qué nubes?
¿Qué dromedario, ó alfana en paso rara?
—Mucho, me respondió, mucho te subes
En tus preguntas; calla y obedece.
—Sí haré, pues no es infando lo que jubes.—
Esto le respondí, y él me parece
Que se turbó algun tanto; y en un punto
El mar se turba, el viento sopla y crece.
Mi rostro entonces, como el de un difunto
Se debió de poner, y sí haria,
Que soy medroso á lo que yo barrunto.
Ví la noche mezclarse con el dia,
Las arenas del hondo mar alzarse
A la region del aire, entonces fria.
Todos los elementos vi turbarse,
La tierra, el agua, el aire, y aun el fuego
Ví entre rompidas nubes azorarse.
Y en medio deste gran desasosiego
Llovian nubes de poetas llenas
Sobre el bajel, que se anegara luego,
Si no acudieran mas de mil sirenas
A dar de azotes á la gran borrasca,
Que hacia el saltarel por las entenas.
Una, que ser pensé Juana la Chasca,
De dilatado vientre y luengo cuello,
Pintiparado á aquel de la tarasca,
Se llegó á mí, y me dijo:—De un cabello
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada, á no venir á socorrello.
Traemos, y no es burla, á la bonanza,
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza.—
En esto sosegóse la tormenta,
Volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,
Que al regañon el céfiro le ahuyenta.
Volví la vista, y vi en ligero vuelo
Una nube romper el aire claro
De la color del condensado hielo.
¡Oh maravilla nueva! ¡Oh caso raro!
Vílo, y he de decillo, aunque se dude
Del hecho que por brújula declaro.
Lo que yo pude ver, lo que yo pude
Notar fue, que la nube dividida
En dos mitades á llover acude.
Quien ha visto la tierra prevenida
Con tal disposicion, que cuando llueve,
Cosa ya averiguada y conocida,
De cada gota en un instante breve
Del polvo se levanta ó sapo, ó rana,
Que á saltos, ó despacio el paso mueve;
Tal se imagine ver (¡oh soberana
Virtud!) de cada gota de la nube
Saltar un bulto, aunque con forma humana.
Por no creer esta verdad estuve
Mil veces, pero vila con la vista,
Que entonces clara y sin legañas tuve,
Eran aquestos bultos de la lista
Pasada los poetas referidos,
A cuya fuerza no hay quien la resista.
Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
Poquitos bien, y muchos mal vestidos.
Entre ellos parecióme de haber visto
A Don Antonio de Galarza el bravo,
Gentílhombre de Apolo, y muy bienquisto.
El bajel se llenó de cabo á cabo,
Y su capacidad á nadie niega
Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos muy melosa.
Este muerto de sed, aquel de hambre;
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
—¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!
Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo á remedialla,
Ligero en la mitad del bajel salta.
Y con una zaranda que allí halla,
No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
Zarandó mil poetas de gramalla.
Los de capa y espada no deshecha,
Y destos zarandó dos mil y tantos;
Que fue neguilla entonces la cosecha.
Colábanse los buenos y los santos,
Y quedábanse arriba los granzones,
Mas duros en sus versos que los cantos.
Y sin que les valiesen las razones
Que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos á montones.
Entre los arrojados se oyó un ciego,
Que murmurando entre las ondas iba
De Apolo con un pésete y reniego.
Un sastre (aunque en sus pies flojos estriba,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo:—Sucio es Apolo, así yo viva.—
Otro (que al parecer iba mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.
Trabaja un tondidor, suda, y se anima
Por verse á la ribera conducido,
Que mas la vida que la honra estima.
El escuadron nadante reducido
A la marina, vuelve á la galera
El rostro con señales de ofendido.
Y uno por todos dijo:—Bien pudiera
Ese chocante embajador de Febo
Tratarnos bien, y no desta manera.
Mas oigan lo que dijo:—Yo me atrevo
A profanar del monte la grandeza
Con libros nuevos, y en estilo nuevo.
Calló Mercurio, y á poner empieza
Con gran curiosidad seis camarines,
Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.
De nuevo resonaron los clarines,
Y así Mercurio lleno de contento,
Sin darle mal agüero los delfines,
Remos al agua dió, velas al viento.

CAPITULO III.

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y dellos compelida
Se deslizaba por el mar ligera.
Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamientos,
De varios lizos por amor tejida.
Soplaban dulces y amorosos vientos,
Todos en popa, y todos se mostraban
Al gran viaje solamente atentos.
Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano,
Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
Semejaban las aguas del mar cano
Colchas encarrujadas, y hacian
Azules visos por el verde llano.
Todos los del bajel se entretenian,
Unos glosando pies de cultosos,
Otros cantaban, otros componian.
Otros de los tenidos por curiosos
Referian sonetos, muchos hechos
A diferentes casos amorosos.
Otros alfeñicados y deshechos
En puro azúcar, con la voz süave,
De su melifluidad muy satisfechos,
En tono blando, sosegado y grave,
Eglogas pastorales recitaban,
En quien la gala y la agudeza cabe.
Otros de sus señoras celebraban
En dulces versos de la amada boca
Los excrementos que por ella echaban.
Tal hubo á quien amor asi le toca,
Que alabó los riñones de su dama,
Con gusto grande, y no elegancia poca.
Uno cantó, que la amorosa llama
En mitad de las aguas le encendia,
Y como toro agarrochado brama.
Desta manera andaba la poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Este latin, aquel algarabía.
En esto sesga la galera vase
Rompiendo el mar con tanta ligereza,
Que el viento aun no consiente que la pase.
Y en esto descubrióse la grandeza
De la escombrada playa de Valencia
Por arte hermosa y por naturaleza.
Hizo luego de sí grata presencia
El gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
De honor, y el alma de divina ciencia.
Desembarcóse el dios, y fué derecho
A darle cuatro mil y mas abrazos,
De su vista y su ayuda satisfecho.
Volvió la vista, y reiteró los lazos
En Don Guillen de Castro, que venia
Deseoso de verse en tales brazos.
Cristóbal de Virues se le seguia,
Con Pedro de Aguilar, junta famosa
De las que Turia en sus riberas cria.
No le pudo llegar mas valerosa
Escuadra al gran Mercurio, ni el pudiera
Desearla mejor, ni mas honrosa.
Luego se descubrió por la ribera

Un tropel de gallardos valencianos,
Que á ver venian la sin par galera.
  Todos con instrumentos en las manos
De estilos y librillos de memoria,
Por bizarría y por ingenio ufanos,
  Codiciosos de hallarse en la vitoria,
Que ya tenian por segura y cierta,
De las heces del mundo y de la escoria.
  Pero Mercurio les cerró la puerta:
Digo, no consintió que se embarcasen,
Y el por qué no lo dijo, aunque se acierta.
  Y fue, porque temió que no se alzasen,
Siendo tantos y tales, con Parnaso,
Y nuevo imperio y mando en él fundasen.
  En esto vióse con brioso paso
Venir al magno Andrés Rey de Artieda,
No por la edad descaecido ó laso.
  Hicieron todos espaciosa rueda,
Y cogiéndole en medio, le embarcaron,
Mas rico de valor que de moneda.
  Al momento las áncoras alzaron,
Y las velas ligadas á la entena
Los grumetes apriesa desataron.
  De nuevo por el aire claro suena
El son de los clarines, y de nuevo
Vuelve á su oficio cada cual sirena.
  Miró el bajel por entre nubes Febo,
Y dijo en voz que pudo ser oida:
—Aquí mi gusto y mi esperanza llevo.—
  De remos y sirenas impelida
La galera se deja atrás el viento,
Con milagrosa y próspera corrida.
  Leiase en los rostros el contento
Que llevaban los sabios pasajeros,
Durable, por no ser nada violento.
  Unos por el calor iban en cueros,
Otros por no tener godescas galas
En traje se vistieron de romeros.
  Hendia en tanto las neptúneas salas
La galera, del modo como hiende
La grulla el aire con tendidas alas.
  En fin, llegamos donde el mar se extiende,
Y ensancha y forma el golfo de Narbona,
Que de ningunos vientos se defiende.
  Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis resmas de papel sentada
Iba con cetro y con real corona:
  Cuando una nube, al parecer preñada,
Parió cuatro poetas en crujía,
O los llovió, razon mas concertada.
  Fue el uno aquel, de quien Apolo fia
Su honra, Juan Luis de Casanate,
Poeta insigne de mayor cuantía.
  El mismo Apolo de su ingenio trate,
El le alabe, él le premie y recompense;
Que el alabarle yo seria dislate.
  Al segundo llovido, el uticense
Caton no le igualó, ni tiene Febo
Quien tanto por él mire, ni en él piense.
  Del contador Gaspar de Barrionuevo
Mal podrá el corto flaco ingenio mio
Loar el suyo así como yo debo.
  Llenó del gran bajel el gran vacío
El gran Francisco de Rioja al punto
Que saltó de la nube en el navío.
  A Cristóbal de Mesa vi allí junto
A los pies de Mercurio, dando fama
A Apolo, siendo dél propio trasunto.
  A la gavia un grumete se encarama,
Y dijo á voces:—La ciudad se muestra,
Que Génova, del dios Jano se llama.
  —Déjesele la ciudad á la siniestra
Mano, dijo Mercurio, el bajel vaya,
Y siga su derrota por la diestra.
  Hacer al Tíber vimos blanca raya
Dentro del mar, habiendo ya pasado
La ancha romana y peligrosa playa.
  De lejos vióse el aire condensado
Del humo que el estrómbalo vomita,
De azufre, y llamas, y de horror formado.
  Huyen la isla infame, y solicita
El suave Poniente, así al viaje
Que lo acorta, lo allana y facilita.
  Vímonos en un punto en el paraje
Do la nutriz de Enéas pïadoso
Hizo el forzoso y último pasaje.
  Vimos desde allí á poco el mas famoso
Monte que encierra en sí nuestro hemisferio,
Mas gallardo á la vista y mas hermoso.
  Las cenizas de Títiro y Sincero
Están en él, y puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.
  Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
  Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
A la orilla del mar, que sus pies liga,
  De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida, conocida y estimada.
  Mandóme el del alígero calzado,
Que me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los Lupercios un recado,
  En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
  —Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que mas grato á los dos hermanos fuese,
  Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.—Dijo Mercurio:—No te entiendo,
Y has de ir antes que el tiempo mas se pase.
  —Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
  Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista corta.
  Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.
  Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrara en tu galera.
  Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.
  Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pie del lodo,
Parte, y excusa de hacer mas pruebas.
  —Ninguno, dijo, me hable dese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al conde, y todo
  Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,
  Quieren con perezosa tiranía
Alzarse, como dicen, á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guia.
  Por el solio de Apolo soberano
Juro... y no digo mas; y ardiendo en ira
Se echó á las barbas una y otra mano.
  Y prosiguió diciendo: El dotor Mira,
Apostaré, si no lo manda el conde,
Que tambien en sus puntos se retira.
  Señor galan, parezca: ¿á qué se esconde?
Pues á fe por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
  ¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuantos
Tienen conciencia limitada y justa?
  ¿Carece el cielo de poetas santos?
¿Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?
  ¿No se oyen sacros himnos en el cielo?
¿La arpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?
  Fuera melindres, y cese la entena,
Que llegue al tope;—y luego obedeciendo
Fue de la chusma sobre buenas buena.
  Poco tiempo pasó, cuando un ruido
Se oyó, que los oidos atronaba,
Y era de perros áspero ladrido.
  Mercurio se turbó, la gente estaba
Suspensa al triste son, y en cada pecho
El corazon mas válido temblaba.
  En esto descubrióse el corto estrecho
Que Escila y que Caribdis espantosas
Tan temeroso con su furia han hecho.
  —Estas olas que veis presuntüosas
En visitar las nubes de contino,
Y aun de tocar el cielo codiciosas,
  Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuando
Hizo, dijo Mercurio, este camino.
  Su prudencia nosotros imitando,
Echaremos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.
  Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,
Al mísero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el paso desocupen.
  Miren si puede en la galera hállarse
Algun poeta desdichado acaso,
Que á las fieras gargantas pueda darse.—
  Buscáronle, y hallaron á Lofraso,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado á un rincon marchito y laso:
  Que á sus diez libros de Fortuna andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
Que mas desocupado se mostraba.
  Gritó la chusma toda:—Al mar se arroje,
Vaya Lofraso al mar sin resistencia.
—Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.

¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia,
Y grande, echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
Viva Lofraso, en tanto que dé al dia
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.
Tócante á tí, oh Lofraso, los renombres,
Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres.—
Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la crujía en pie se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé cómo fue, que en un momento
(O ya el cielo, ó Lofraso lo dispuso)
Salimos del estrecho á salvamento,
Sin arrojar al mar poeta alguno:
Tanto del sardo fue el merecimiento.
Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, si no gritara
Mercurio, cual jamás gritó ninguno,
Diciendo al timonero:—A orza, para,
Amáinese de golpe;—y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.
Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados
De infame nombre, como yo barrunto.
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melifluos, los godescos,
Y los de á cantimplora acostumbrados.
Los frios los asieron y los frescos,
Asiéronlos tambien los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos,
Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.
Debajo del bajel se somurmujan
Las sirenas que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
Y en un pequeño espacio la llevaron
A vista de Cerfú, y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.
Y dando la galera á la siniestra
Discurria de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.
Mostrábanse las olas lisonjeras,
Impeliendo el bajel süavemente,
Como burlando con alegres veras.
Y luego al parecer por el Oriente,
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente,
Gritó un grumete y dijo: El monte, el monte,
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.
Por el monte se arroja, y á pie viene
Apolo á recebirnos.—Yo lo creo,
Dijo Lofraso, ya llega á la Hipocrene.
Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las musas con dulcísimo recreo.
Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con ligero paso y tardo
Andan las cinco en pie, las cuatro á gatas.
—Si tú tal vez, dijo Mercurio, oh sardo
Poeta, que me corten las orejas,
O me tengan los hombres por bastardo.
Díme ¿por qué algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobreton, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?
¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
De recebir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes?—
En esto mucho mas que el viento leve
Bajó el lucido Apolo á la marina,
A pie, porque en su carro no se atreve.
Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubon vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.
Seguíale detrás un numeroso
Escuadron de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.
Supe poco despues, que estas señoras,
Sanas las mas, las menos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados, que esperaba
Para la alta ocasion que se ha propuesto.
Y no de un mismo modo acariciaba
A todos, porque alguna diferencia
Hacia con los que él mas se alegraba.
Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.
Entre ellos abrazó á Don Juan de Arguijo,
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuándo hizo
Tan áspero viaje y tan prolijo.
Con él á su deseo satisfizo
Apolo y confirmó su pensamiento,
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.
Hecho pues el sin par recebimiento,
Do se halló Don Luis de Barahona,
Llevado allí por su merecimiento,
Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
Del agua de Castalia y de Helicona.
Y luego vuelve el magestuoso paso,
Y el escuadron pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.
Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola, infinitos se arrojaron
Sedientos al cristal de su corriente.
Unos no solamente se hartaron,
Sino que pies y manos, y otras cosas
Algo mas indecentes se lavaron.
Otros mas advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
El brindez y el caraos se puso en bando,
Porque los mas de bruces, y no á sorbos,
El suave licor fueran gustando.
De ambas manos hacian vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temian de hallar cien mil estorbos.
Poco á poco la fuente se desagua,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y aun no se apaga de su sed la fragua.
Mas díjoles Apolo:—Otras dos fuentes
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes;
Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene.—
Beben, y suben por el monte arriba,
Por entre palmas, y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.
De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,
Unos á pedicoj, otros á saltos.
Al pie sentado de una antigua encina
Ví á Alonso de Ledesma, componiendo
Una cancion angélica y divina.
Conocíle, y á él me fui corriendo
Con los brazos abiertos como amigo,
Pero no se movió con el estruendo.
—¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está Ledesma ahora? ¿No ves claro
Que está fuera de sí, y está conmigo?—
A la sombra de un mirto, al verde amparo
Jerónimo de Castro sesteaba,
Varon de ingenio peregrino y raro.
Un motete imagino que cantaba
Con voz süave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.
Apolo me entendió, y dijo:—Un soldado
Como éste no era bien que se quedara
Entre el ocio y el sueño sepultado.
Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.—
En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento
Al estómago pobre, y mas si ayuna;
Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,
Satisfacer al mísero hambriento.
Primero á un jardin rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,
Y el de la industria mas campea y luce.
Tuvieron las Hespérides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.
En su comparacion se muestran viles
Los de Alcinoo, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles:
No sujeto del tiempo á las mudanzas,
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesion, no en esperanzas.
Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia, y está en duda
Cuál vence de las dos, cuál mas merece.
Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua mas experta,
De adulacion y de mentir desnuda.
Junto con ser jardin, era una huerta,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos títulos concierta,
De tanta gracia y hermosura lleno,
Que una parte del cielo parecia
En todo del bellísimo terreno.
Alto en el sitio alegre Apolo hacia,
Y allí mandó que todos se sentasen

A tres horas despues de mediodía.
Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno,
Y unos con otros no se embarazasen,
A despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo, les dió asiento
En el sitio y lugar mas oportuno.
Llegaban los laures casi á ciento,
A cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.
Otros los de las palmas ocuparon,
De los mirtos y hiedras, y los robles
Tambien varios poetas albergaron.
Puesto que humildes, eran de los nobles
Los asientos cual tronos levantados,
Porque tú, oh envidia, aquí tu rabia dobles.
En fin, primero fueron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito,
Para honrar á poetas delicados,
Antes que yo, en el número infinito,
Hallase asiento: y así en pie quedéme
Despechado, colérico y marchito.
Dije entre mí: ¿Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada,
Que ofende á muchos y á ninguno teme?
Y volviéndome á Apolo, con turbada
Lengua le dije lo que oirá el que gusta
Saber, pues la tercera es acabada,
La cuarta parte desta empresa justa.

CAPITULO IV.

Suele la indignacion componer versos;
Pero si el indignado es algun tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé mas, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije á Delio:—No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien *la Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos, y al que falta en parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poësía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guia.
Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pie, sin que se aplique
Arbol que me conceda algun arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sugetos fregoniles.
Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantinela.
Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
Nunca pongo los pies por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pie, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
Mucho.—A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo:
—Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de lejos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.
El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que el granjeallo.
Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.
Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado,
Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido, que alcanzado.
—Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.—
El dijo:—Aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.—
Incliné al gran consejo la cabeza,
Quedéme en pie; que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra, ó la riqueza.
Alguno murmuró, viéndome ageno
Del honor que pensó se me debia,
Del planeta de luz y virtud lleno.
En esto pareció que cobró el dia
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse
Herir de una dulcísima armonía.
Y en esto por un lado descubrióse
Del sitio un escuadron de ninfas bellas,
Con que infinito el rubio dios holgóse.
Venia en fin, y por remate dellas
Una resplandeciendo, como hace
El sol ante la luz de las estrellas.
La mayor hermosura se deshace
Ante ella, y ella sola resplandece
Sobre todas, y alegra y satisface.
Bien así semejaba, cual se ofrece
Entre líquidas perlas y en re rosas
La aurora que despunta y amanece.
La rica vestidura, las preciosas
Joyas que la adornaban, competian
Con las que suelen ser maravillosas.
Las ninfas que al querer suyo asistian,
En el gallardo brio y bello aspecto,
Las artes liberales parecian.
Todas con amoroso y tierno afecto,
Con las ciencias mas claras y escogidas,
Le guardaban santísimo respeto.
Mostraban que en servirla eran servidas,
Y que por su ocasion de todas gentes
En mas veneracion eran tenidas.
Su influjo y su reflujo las corrientes
Del mar y su profundo le mostraban,
Y el ser padre do rios y de fuentes.
Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban.
El santo amor, castísimos amores,
La dulce paz, su quietud sabrosa,
La guerra amarga todos sus rigores.
Mostrábasele clara la espaciosa
Via, por donde el sol hace contíno
Su natural carrera y la forzosa.
La inclinacion, ó fuerza del destino,
Y de qué estrellas consta y se compone,
Y cómo influye este planeta ó sino,
Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa hermosísima doncella,
Que admiracion como alegría pone.
Preguntéle al parlero, si en la bella
Ninfa alguna deidad se disfrazaba,
Que fuese justo el adorar en ella.
Porque en el rico adorno que mostraba
Y en el gallardo ser que descubria,
Del cielo y no del suelo semejaba.
—Descubres, respondió, tu bobería,
Que há que la tratas infinitos años,
Y no conoces que es la Poësía.
—Siempre la he visto envuelta en pobres paños,
Le repliqué; jamás la vi compuesta
Con adornos tan ricos y tamaños:
Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de primavera
En los dias de cutío y los de fiesta.
—Esta, que es la Poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,

Dijo Mercurio, la alta y la sincera,
Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando á su profesion es importante.
Nunca se inclina, ó sirve á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que mas ignora, menos calla.
Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
Amiga de sonaja y morteruelo,
Que ni tabanco, ni taberna deja.
No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
Grande amiga de bodas y bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.
Tómanla por momentos parasismos,
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
Absurdos hace, y forma solecismos.
Baco donde ella está, su gusto anuncia,
Y ella derrama en coplas el poleo,
Compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.
Pero apuesta que ves, es el aseo,
La gala de los cielos y la tierra,
Con quien tienen las musas su bureo;
Ella abre los secretos y los cierra,
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.
Mira con mas ahinco su presencia,
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.
Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo mas puro y la elegancia.
Puede pintar en la mitad del dia
La noche, y en la noche mas escura
El alba bella que las perlas cria.
El curso de los rios apresura,
Y le detiene; el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á mas blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da vitorias, y vitorias quita.
Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas,
Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tíber, Hibla su dulzura,
Galas Milan, y Lusitania amores.
En fin, ella es la cifra, do se apura
Lo provechoso, honesto y deleitable,
Partes con quien se aumenta la ventura.
Es de ingenio tan vivo y admirable,
Que á veces toca en punto que suspenden,
Por tener no sé qué de inexcrutable.
Alábanse los buenos, y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus obras heróicas inmortales,
~~Las líricas~~ süaves, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio espera.
Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio.—
En esto estaba, cuando por las bellas
Ventanas de jazmines y de rosas,
Que amor estaba á lo que entiendo en ellas,
Divisé seis personas religiosas,
Al parecer de honroso y grave aspeto,
De luengas togas, limpias y pomposas.
Preguntéle á Mercurio:—¿Por qué efeto
Aquellos no parecen y se encubren,
Y muestran ser personas de respeto?—
A lo que él respondió:—No se descubren
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, y así el rostro todos cubren.
—¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado
Decirlo?—Respondióme:—No por cierto,
Porque Apolo lo tiene así mandado.
—¿No son poetas?—Sí.—Pues yo no acierto
A pensar por qué causa se desprecian
De salir con su ingenio á campo abierto.
¿Para qué se embobecen y se anecian,
Escondiendo el talento que da el cielo
A los que mas de ser suyos se precian?
Aquí del rey: ¿qué es esto? ¿qué recelo,
O celo les impide á no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?
¿Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?
Pues siendo esto verdad, saber querria
Entre los de la carda, ¿cómo se usa
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?
Hace monseñor versos, y rehusa
Que no se sepan, y él los comunica
Con muchos, y á la lengua agena acusa.
Y mas que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, y al dueño canta
Con voz de gloria y de alabanza rica.
¿Qué mucho pues, si no se le levanta
Testimonio á un pontífice poeta,
Que digan que lo es? por Dios que espanta.
Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quién son estos
Togados de bonete y de muceta;
Que con trazas y modos descompuestos
Tengo de reducir á behetría
Estos tan sosegados y compuestos.
Por Dios, dijo Mercurio, y á fé mia,
Que no puedo decirlo, y si lo digo,
Tengo de dar la culpa á tu porfía.
Dilo, señor, que desde aquí me obligo
De no decir que tú me lo dijiste,
Le dije, por la fe de buen amigo.—
El dijo:—No nos cayan en el chiste,
Llégate á mí, dirételo al oido,
Pero creo que hay mas de los que viste.
Aquel que has visto allí del cuello erguido,
Lozano, rozagante y de buen talle,
De honestidad y de valor vestido,
Es el Dotor Francisco Sanchez: dalle
Puede cual debe Apolo la alabanza,
Que pueda sobre el cielo levantalle.
Y aun mas su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos da de santos frutos la esperanza.
Aquel que en elevadadas fantasías,
Y en éxtasis sabrosos se regala,
Y tanto imita las acciones mias,
Es el Maestro Orense, que la gala
Se lleva de la mas rara elocuencia
Que en las aulas de Atenas se señala.
Su natural ingenio con la ciencia
Y ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.
Aquel de amarillez marchita y santa,
Que le encubre de lauro aquella rama,
Y aquella hojosa y acopada planta,
Fray Juan Baptista Capataz se llama,
Descalzo y pobre, pero bien vestido
Con el adorno que le da la fama.
Aquel que del rigor fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo,
Y es de Apolo y las musas bien querido,
Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
Humanista divino, es segun pienso,
El insigne Dotor Andrés del Pozo.
Un licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, y aunque en traje mercenario,
Como á señor le dan las musas censo:
Ramon se llama, auxilio necesario
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.
El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
En su ilustre teatro vitorioso
Le nombra el cisne en canto no funesto,
Siempre el primero como á mas famoso.
A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorron debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.
Aquestas seis personas referidas,
Como están en divinos puestos puestas,
Y en sacra religion constituidas,
Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dan por poetas, y holgarian
Llevar la loa sin el nombre á cuestas.
¿Por qué, le pregunté, señor, porfían
Los tales á escribir y dar noticia
De los versos que paren y que crian?
Tambien tiene el ingenio su codicia,
Y nunca la alabanza se desprecia;
Que al bueno se le debe de justicia.
Aquel que de poeta no se precia,
¿Para qué escribe versos, y los dice?
¿Por qué desdeña lo que mas aprecia?
Jamás me contenté, ni satisfice
De hipócritas melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.
—Con todo quiere Apolo, que esta gente
Religiosa se tenga aquí secreta,
Dijo el dios que presume de elocuente.
Oyóse en esto el son de una corneta,
Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
Que viene un gallardísimo poeta.
Volví la vista y ví por la ladera
Del monte un postillon y un caballero
Correr, como se dice, á la ligera.
Servia el postillon de pregonero,
Mucho mas que de guia, á cuyas voces
En pie se puso el escuadron entero.
Preguntóme Mercurio:—¿No conoces

Quién es este gallardo, este brioso?
Imagino que ya le reconoces.
—Bien, yo le respondí; que es el famoso
Gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
Y pluma harán á Delio venturoso.
Venceráse sin duda esta jornada
Con tal socorro;—y en el mismo instante,
Cosa que parecia imaginada,
Otro favor no menos importante
Para el caso tenido se nos muestra,
De ingenio y fuerzas, y valor bastante.
Una tropa gentil por la siniestra
Parte del monte descubrióse: ¡oh cielos,
Que dais de vuestra providencia muestra!
Aquel discreto Juan de Basconcelos
Venia delante en un caballo bayo,
Dando á las musas lusitanas célos.
Tras él el Capitan Pedro Tamayo
Venia, y aunque enfermo de la gota,
Fue al enemigo asombro, fue desmayo.
Que por él se vió en fuga, y puesto en rota:
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira y su valor se nota.
Tambien llegaron á la rica tierra,
Puestos debajo de una blanca seña,
Por la parte derecha de la sierra,
Otros, de quien tomó luego reseña
Apolo: y era dellos el primero
El jóven Dom Fernando de Lodeña,
Poeta primerizo, insigne, empero
En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero.
Con magestad real, con inaudita
Pompa llegó, y al pie del monte para
Quien los bienes del monte solicita:
El Licenciado fue Juan de Vergara
El que llegó, con quien la turba ilustre
En sus vecinos medios se repara.
De Esculapio y de Apolo gloria y lustre,
Si no, dígalo el santo bien partido,
Y su fama la misma envidia ilustre.
Con él fue con aplauso recibido
El docto Juan Antonio de Herrera,
Que puso en fin el desigual partido.
¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,
Sino con puro afecto en grande exceso,
Dos que llegaron alabar pudiera!
Pero no es de mis hombros este peso.
Fueron los que llegaron los famosos,
Los dos maestros Calvo y Valdivieso.
Luego se descubrió por los undosos
Llanos del mar uno pequeña barca
Impelida de remos presurosos:
Llegó, y al punto della desembarca
El gran Don Juan de Argote y de Gamboa,
En compañía de Don Diego Abarca,
Sugetos dinos de incesable loa;
Y Don Diego Jimenez y de Enciso
Dió un salto á tierra desde la alta proa.
En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en sí contienen,
Como su ingenio y obras dan aviso.
Con Juan Lopez del Valle otros dos vienen
Juntos allí, y es Pamones el uno,
Con quien las musas ojeriza tienen,
Porque pone sus pies por do ninguno
Los puso, y con sus nuevas fantasías
Mucho mas que agradable es importuno.
De lejas tierras por incultas vias
Llegó el bravo irlandés Don Juan Bateo,
Jerjes nuevo en memoria en nuestros dias.
Vuelvo la vista, á Mantuano veo,
Que tiene al gran Velasco por Mecenas,
Y ha sido acertadísimo su empleo.
Dejarán estos dos en las agenas
Tierras, como en las propias, dilatados
Sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.
Por entre dos fructíferos collados
(¿Habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)
De palmas y laureles coronados,
El grave aspecto del Abad Maluenda
Pareció, dando al monte luz y gloria,
Y esperanzas de triunfo en la contienda.
¿Pero de qué enemigos la vitoria
No alcanzará un ingenio tan florido,
Y una bondad tan digna de memoria?
Don Antonio Gentil de Vargas, pido
Espacio para verte, que llegaste
De gala y arte y de valor vestido;
Y aunque de patria ginovés, mostraste
Ser en las musas castellanas doto,
Tanto que al escuadron todo admiraste.
Desde el indio apartado del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
Dijo Apolo á los dos:—A entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.
La cual de error armada y de arrogancia
Quiere canonizar y dar renombre
Inmortal y divino á la ignorancia;
Que tanto puede la aficion que un hombre
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,
De buen poeta quiere alcanzar nombre.—
En esto otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.
Una nave á la tierra tan vecina
Llegó, que desde el sitio donde estaba,
Se ve cuanto hay en ella y determina.
De mas de cuatro mil salmas pasaba,
Que otros suelen llamarlas toneladas,
Ancha de vientre y de estatura brava:
Así como las naves que cargadas
Llegan de la oriental India á Lisboa,
Que son por las mayores estimadas;
Esta llegó desde la popa á proa
Cubierta de poëtas, mercancía
De quien hay saca en Calicut y en Goa.
Tomóle al rojo dios alferecía
Por ver la muchedumbre impertinente,
Que en socorro del monte le venia.
Y en silencio rogó devotamente
Que el vaso naufragase en un momento
Al que gobierna el húmido tridente.
Uno de los del número hambriento
Se puso en esto al borde de la nave,
Al parecer mohino y mal contento;
Y en voz que ni de tierna ni süave
Tenia un solo adarme, gritando
(Dijo tal vez colérico, y tal grave)
Lo que impaciente estuve yo escuchando,
Porque ví sus razones ser saetas,
Que iban mi alma y corazon clavando.
—Oh tú, dijo, traidor que los poetas
Canonizaste de la larga lista,
Por causas y por vias indiretas:
¿Dónde tenias, Magances, la vista
Aguda de tu ingenio, que así ciego
Fuiste tan mentiroso coronista?
Yo te confieso, oh bárbaro, y no niego
Que algunos de los muchos que escogiste
Sin que el respeto te forzase ó el ruego,
En el debido punto los pusiste;
Pero con los demás sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.
Has alzado á los cielos la fortuna,
De muchos que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol ni de la luna,
Yacian: ni llamado, ni escogido
Fue el gran pastor de Iberia, el gran Bernardo
Que de la Vega tiene el apellido.
Fuiste envidioso, descuidado y tardo,
Y á las ninfas de Henares y pastores
Como á enemigo les tiraste un dardo.
Y tienes tú poetas tan peores
Que estos en tu rebaño, que imagino
Que han de sudar si quieren ser mejores.
Que si este agravio no me turba el tino,
Siete trovistas desde aquí diviso,
A quien suelen llamar de torbellino,
Con quien la gala, discrecion y aviso
Tienen poco que ver, y tú los pones
Dos leguas mas allá del paraiso.
Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas, te han de salir al rostro un dia,
Si mas no te mesuras y compones.—
Esta amenaza y gran descortesía
Mi blando corazon llenó de miedo
Y dió al través con la paciencia mia.
Y volviéndome á Apolo con denuedo
Mayor del que esperaba de mis años,
Con voz turbada y con semblante acedo,
Le dije:—Con bien claros desengaños
Descubro, que el servite me granjea
Presentes, miedos de futuros daños.
Haz, oh señor, que en público se lea
La lista que Cilenio llevó á España,
Porque mi culpa poca aquí se vea.
Si tu deidad en escoger se engaña,
Y yo solo aprobé lo que él me dijo,
¿Por qué este simple contra mí se ensaña?
Con justa causa y con razon me aflijo,
De ver cómo estos bárbaros se inclinan
A tenerme en temor duro y prolijo.
Unos, porque los puse, me abominan,
Otros, porque he dejado de ponel os,
De darme pesadumbre determinan.
Yo no sé cómo me avendré con ellos:
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, yo tiemblo destos y de aquellos.
Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios: llama y nombra
Los que fueren mas hábiles y prestos.

Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda,
Cúbreme con tu manto y con tu sombra.
O ponme una señal por do se entienda
Que soy hechura tuya y de tu casa:
Y así no habrá ninguno que me ofenda.
—Vuelve la vista y mira lo que pasa,—
Fue de Apolo enojado la respuesta,
Que ardiendo en ira el corazon le abrasa.
Volvila, y ví la mas alegre fiesta,
Y la mas desdichada y compasiva,
Que el mundo vió, ni aun la verá cual esta.
Mas no se espere que yo aquí la escriba,
Sino en la parte quinta, en quien espero
Cantar con voz tan entonada y viva,
Que piensen que soy cisne, y que me muero.

CAPITULO V.

Oyó el señor del húmido tridente
Las plegarias de Apolo, y escuchólas
Con alma tierna y corazon clemente.
Hizo de ojo, y dió del pie á las olas,
Y sin que lo entendiesen los poetas
En un punto hasta el cielo levantólas.
Y él por ocultas vias y secretas
Se agazapó debajo del navío,
Y usó con él de sus traidoras tretas.
Hirió con el tridente en lo vacío,
Del buco, y el estómago le llena
De un copioso corriente amargo rio.
Advertido el peligro, al aire suena
Una confusa voz, la cual resulta
De otras mil que el temor forma y la pena.
Poco á poco el bajel pobre se oculta
En las entrañas del cerúleo y cano
Vientre, que tantas ánimas sepulta.
Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miserables, que suspiran
Por ver su irreparable fin cercano.
Trepan y suben por las jarcias, miran
Cuál del navío es el lugar mas alto,
Y en él muchos se apiñan y retiran.
La confusion, el miedo, el sobresalto
Les turba los sentidos, que imaginan
Que desta á la otra vida es grande el salto.
Con ningun medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar su muerte,
Algun tanto á nadar se determinan.
Saltan muchos al mar de aquella suerte;
Que al charco de la orilla saltan ranas
Cuando el miedo ó el ruido las advierte.
Hienden las olas del rompeise canas,
Menudean las piernas y los brazos,
Aunque enfermos están, y ellas no sanas.
Y en medio de tan grandes embarazos
La vista ponen en la amada orilla,
Deseosos de darla mil abrazos.
Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el Compás famoso de Sevilla.
Que no tienen por gusto el ahogarse,
Discreta gente al parecer en esto;
Pero valióles poco el esforzarse;
Que el padre de las aguas echó el resto
De su rigor, mostrándose en su carro
Con rostro airado y ademan funesto.
Cuatro delfines, cada cual bizarro,
Con cuerdas hechas de tejidas ovas
Le tiraban con furia y con desgarro.
Las ninfas en sus húmidas alcobas
Sienten tu rabia, oh vengativo núme,
Y de sus rostros la color les robas.
El nadante poeta que presume
Llegar á la ribera defendida,
Sus ayes pierde y su teson consume;
Que su corta carrerra es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entonces fiero y áspero homicida.
Quien ha visto muchacho diligente,
Que en goloso á sí mesmo sobrepuja,
Que no hay comparacion mas conveniente,
Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,
Con punta alfileresca, ó ya de aguja;
Pues no con menor gana, ó menor prisa
Poetas ensartaba el núme airado
Con gusto infame, y con dudosa risa.
En carro de cristal venia sentado,
La barba luenga y llena de marisco,
Con dos gruesas lampreas coronado.
Hacian de sus barbas firme aprisco
La almeja, el morsillon, pulpo y cangrejo,
Cual le suelen hacer en peña ó risco.
Era de aspecto venerable y viejo:
De verde, azul y plata era el vestido,
Robusto al parecer y de buen rejo;
Aunque como enojado denegrido
Se mostraba en el rostro; que la saña
Así turba el color como el sentido.
Airado contra aquellos mas se ensaña
Que nadan mas, y sáleles al paso,
Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
En esto, ¡oh nuevo y milagroso caso,
Dino, de que se cuente poco á poco,
Y con los versos de Torcato Taso!
Hasta aquí no he invocado, ahora invoco
Vuestro favor, oh musas, necesario
Para los altos puntos en que toco.
Descerrajad vuestro mas rico almario,
Y el aliento me dad que el caso pide,
No humilde, no ratero ni ordinario.
Las nubes hiende, el aire pisa y mide
La hermosa Vénus Acidalia, y baja
Del cielo, que ninguno se lo impide.
Traia vestida de pardilla raja
Una gran saya entera, hecha al uso,
Que le dice muy bien, cuadra y encaja.
Luto que por su Adónis se le puso,
Luego que el gran colmillo del berraco
A atravesar sus ingles se dispuso.
A fe que si el mocito fuera Maco,
Que él guardara la cara al colmilludo,
Que dió á su vida y su belleza saco.
Oh valiente garzon, mas que sesudo,
¿Cómo estando avisado, tu mal tomas,
Entrando en trance tan horrendo y crudo?
En esto las mansísimas palomas
Que el carro de la diosa conducian
Por el llano del mar, y por las lomas,
Por unas y otras partes discurrian,
Hasta que con Neptuno se encontraron,
Que era lo que buscaban y querian.
Los dioses que se ven, se respetaron,
Y haciendo sus zalemas á lo moro,
De verse juntos en extremo holgaron.
Guardáronse real grave decoro,
Y procuró Ciprinia en aquel punto
Mostrar de su belleza el gran tesoro.
Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
Con ciertos puntapies que fueron coces
Para el dios que las vió y quedó difunto.
Un poeta llamado Don Quincoces
Andaba semivivo en las saladas
Ondas, dando gemidos y no voces.
Con todo dijo en mal articuladas
Palabras:—Oh señora, la de Pafo,
Y de las otras dos islas nombradas;
Muévate á compasion el verme gafo
De pies y manos, y que ya me ahogo,
En otras linfas que las del Garrafo.
Aquí será mi pira, aquí mi rogo,
Aquí será Quincoces sepultado.
Que tuvo en su crianza pedagogo.—
Esto dijo el mezquino, esto escuchado
Fue de la diosa con ternura tanta,
Que volvió á componer el verdugado.
Y luego en pie y piadosa se levanta,
Y poniendo los ojos en el viejo,
Desembudó la voz de la garganta.
Y con cierto desden y sobrecejo,
Entre enojada y grave y dulce, dijo
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.
Y aunque no fue su razonar prolijo,
Todavía le trujo á la memoria
Hermano de quién era y de quién hijo.
Representóle cuán pequeña gloria
Era llevar de aquellos miserables
El triunfo infausto y la crüel vitoria.
El dijo:—Si los hados inmudables
No hubieran dado la fatal sentencia
Destos en su ignorancia siempre estables,
Una brizna no mas de tu presencia
Que diera yo, bellísima señora,
Fuera de mi rigor la resistencia.
Mas ya no puede ser, que ya la hora,
Llegó donde mi blanda y mansa mano
Ha de mostrar que es dura y vencedora.
Que estos de proceder siempre inhumano,
En sus versos han dicho cien mil veces:
Azotando las aguas del mar cano
—Ni azotando, ni viejo me pareces,
Replicó Vénus,—y él le dijo á ella:
—Puesto que me enamoras, no enterneces;
Que de tal modo la fatal estrella
Influye destos tristes, que no puedo
Dar felice despacho á tu querella.
Del querer de los hados solo un dedo
No me puedo apartar, ya tú lo sabes,
Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.
—Primero acabarás que los acabes,
Le respondió madama, la que tiene
De tantas voluntades puerta y llaves;

Que aunque el hado feroz su muerte ordene,
El modo no ha de ser á tu contento,
Que muchas muertes el morir contiene.—
Turbóse en esto el líquido elemento,
De nuevo renovóse la tormenta,
Sopló mas vivo y mas apriesa el viento.
La hambrienta mesnada, y no sedienta,
Se rinde al huracan recien venido,
Y por mas no penar muere contenta.
¡Oh raro caso y por jamás oido,
Ni visto! ¡Oh nuevas y admirables trazas
De la gran reina obedecida en Gnido!
En un instante el mar, de calabazas
Se vió cuajado, algunas tan potentes,
Que pasaban de dos y aun de tres brazas.
Tambien hinchados odres y valientes,
Sin deshacer del mar la blanca espuma,
Nadaban de mil talles diferentes.
Esta trasmutacion fue hecha en suma
Por Vénus de los lánguidos poetas,
Porque Neptuno hundirlos no presuma.
El cual le pidió á Febo sus saetas,
Cuya arma arrojadiza desde aparte
A Vénus defraudara de sus tretas.
Negóselas Apolo, y veis do parte
Enojado el vejon con su tridente,
Pensándolos pasar de parte á parte;
Mas este se resbala, aquel no siente
La herida, y dando esguince se desliza,
Y él queda de la cólera impaciente.
En esto Bóreas su furor atiza,
Y lleva antecogida la manada,
Que con la de los cerdos simboliza.
Pidióselo la diosa aficionada
A que vivan poetas zarabandos,
De aquellos de la seta almidonada:
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
De los que por momentos se dividen
En varias setas y en contrarios bandos,
Los contrapuestos vientos se comiden
A complacer la bella rogadora,
Y con un solo aliento la mar miden:
Llevando la piara gruñidora,
En calabazas y odres convertida,
A los reinos contrarios del aurora.
Desta dulce semilla referida,
España, verdad cierta, tanto abunda,
Que es por ella estimada y conocida.
Que aunque en armas y en letras es fecunda
Mas que cuantas provincias tiene el suelo
Su gusto en parte en tal semilla funda.
Despues desta mudanza que hizo el cielo,
O Vénus, ó quien fuese, que no importa
Guardar puntualidad como yo suelo,
No veo calabaza, ó luenga ó corta,
Que no imagine que es algun poeta
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
Pues que cuando veo un cuero (¡oh mal discreta
Y vana fantasía, asi engañada,
Que á tanta liviandad estas sujeta!)
Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del poeta, transformado
En aquella figura mal hinchada.
Y cuando encuentro algun poeta honrado
Digo, poeta firme y valedero,
Hombre vestido bien y bien calzado,
Luego se me figura ver un cuero,
O alguna calabaza, y desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero;
Y no sé si le yerre, ó si lo acierte,
En que á las calabazas y á los cueros,
Y á los poetas trate de una suerte.
Cernícalos que son lagartijeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Puestas en paz ya las diferencias
De Delio, y los poetas transformados
En tan vanas y huecas apariencias,
Los mares y los vientos sosegados,
Sumergióse Neptuno mal contento
En sus palacios de cristal labrados.
Las mansísimas aves por el viento
Volaron, y á la bella Cipriana
Pusieron en su reino á salvamento.
Y en señal que del triunfo quedó ufana,
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,
Del luto se quitó la saboyana,
Quedando en cueros tan briosa y bella,
Que se supo despues que Marte anduvo
Todo aquel dia y otros dos tras ella.
Todo el cual tiempo el escuadron estuvo
Mirando atento la fatal ruina,
Que la canalla transformada tuvo.
Y viendo despejada la marina,
Apolo, del socorro mal venido,
De dar fin al gran caso determina.
Pero en aquel instante un gran ruido
Se oyó, con que la turba se alboroza,
Y pone vista alerta y presto oido.
Y era quien le formaba una carroza
Rica, sobre la cual venia sentado
El grave DON LORENZO DE MENDOZA,
De su felice ingenio acompañado,
De su mucho valor y cortesía,
Joyas inestimables, adornado.
PEDRO JUAN DE REJAULE le seguia
En otro coche, insigne valenciano
Y grande defensor de la poesía.
Sentado viene á su derecha mano
JUAN DE SOLIS, mancebo generoso,
De raro ingenio, en verdes años cano.
Y JUAN DE CARVAJAL, dotor famoso,
Les hace tercio, y no por ser pesado
Dejan de hacer su curso presuroso.
Porque el divino ingenio al levantado
Valor de aquestos tres que el coche encierra,
No hay impedirle monte ni collado.
Pasan volando la empinada sierra,
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,
Y alegres pisan la famosa tierra.
Con este mismo honroso y grave celo,
BARTOLOMÉ DE MOLA Y GABRIEL LASO
Llegaron á tocar del monte el suelo.
Honra las altas cimas de Parnaso
DON DIEGO, que de SILVA tiene el nombre,
Y por ellas alegre tiende el paso.
A cuyo ingenio y sin igual renombre,
Toda ciencia se inclina y le obedece,
Y le levanta á ser mas que de hombre.
Dilátanse las sombras, y descrece
El dia, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aperece.
Y el escuadron que habia esperado tanto
En pie, se rinde al sueño perezoso
De hambre y sed, y de mortal quebranto.
Apolo entonces poco luminoso,
Dando hasta los antípodas un brinco,
Siguió su accidental curso forzoso.
Pero primero licenció á los cinco
Poetas titulados á su ruego,
Que lo pidieron con estraño ahinco,
Por parecerles risa, burla y juego
Empresas semejantes; y así Apolo
Condescendió con sus deseos luego;
Que es el galan de Dafne único y solo
En usar cortesía sobre cuantos
Descubre el nuestro y el contrario polo.
Del lóbrego lugar de los espantos
Sacó su hisopo el lánguido Morfeo,
Con que ha rendido y embocado á tantos.
Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del Olvido,
Los párpados bañó á todos arreo.
El mas hambriento se quedó dormido:
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,
Privilegio á poetas concedido.
Yo quedé en fin dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por mas que sean en sí dificultosas.

CAPITULO VI.

De una de tres causas los ensueños
Se causan, ó los sueños, que este nombre
Les dan los que del bien hablar son dueños.
Primera, de las cosas de que el hombre
Trata mas de ordinario: la segunda
Quiere la medicina que se nombre,
Del humor que en nosotros mas abunda:
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien mas que las dos redunda.
Dormí, y soñé, y el sueño la tercera,
Causa le dió principio suficiente
A mezclar el ahito y la dentera.
Sueña el enfermo, á quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas, que en la boca
Tiene de las que ha visto alguna fuente.
Y el labio al fugitivo cristal toca,
Y el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo, y no la sed apoca.
Pelea el valentísimo soldado
Dormido, casi al modo que despierto
Se mostró en el combate fiero armado.
Acude el tierno amante á su concierto,
Y en la imaginacion dormido llega
Sin padecer borrasca á dulce puerto.
El corazon el avariento entrega
En la mitad del sueño á su tesoro,
Que el alma en todo tiempo no le niega.
Yo, que siempre guardé el comun decoro
En las cosas dormidas y despiertas,
Pues no soy troglodita ni soy moro;

De par en par del alma abrí las puertas,
Y dejé entrar al sueño por los ojos
Con premisas de gloria y gusto ciertas.
Gocé durmiendo cuatro mil despojos,
Que los conté sin que faltase alguno,
De gustos que acudieron á manojos.
El tiempo, la ocasion, el oportuno
Lugar correspondian al efeto,
Juntos y por sí solo cada uno.
Dos horas dormí, y mas á lo discreto,
Sin que imaginaciones ni pavores
El celebro tuviesen inquieto
La suelta fantasía entre mil flores
Me puso de un pradillo, que exhalaba
De Pancaya y Sabea los olores.
El agradable sitio se llevaba
Tras sí la vista, que durmiendo, viva,
Mucho mas que despierta se mostraba.
Palpable vi, mas no sé si lo escriba,
Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de süaves y de ciertas
Explican mis borrones apacibles.
Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?
Que entonces la mentira satisface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.
Digo, volviendo al cuento, que infinita
Gente ví discurrir por aquel llano,
Con algazara placentera y grita:
Con hábito decente y cortesano
Algunos, á quien dió la hipocresía
Vestido pobre, pero limpio y sano.
Otros de la color que tiene el dia
Cuando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la aurora fria.
La variada primavera ofrece
De sus varias colores la abundancia;
Con que á la vista el gusto alegre crece.
La prodigalidad, la exhorbitancia
Campean juntas por el verde prado
Con galas que descubren su ignorancia.
En un trono del suelo levantado
(Do el arte á la materia se adelanta,
Puesto que de oro y de marfil labrado)
Una doncella vi, desde la planta
Del pie hasta la cabeza asi adornada,
Que el verla admira, y el oirla encanta.
Estaba en él con magestad sentada,
Giganta al parecer en la estatura,
Pero aunque grande, bien proporcionada.
Parecia mayor su hermosura
Mirada desde lejos, y no tanto
Si de cerca se ve su compostura:
Lleno de admiracion, colmo de espanto,
Puse en ella los ojos, y vi en ella
Lo que en mis versos desmayados canto.
Yo no sabré afirmar si era doncella,
Aunque he dicho que sí, que en estos casos
La vista mas aguda se atropella.
Son por la mayor parte siempre escasos
De razon los juïcios maliciosos
En juzgar rotos los enteros vasos.
Altaneros sus ojos y amorosos
Se mostraban con cierta mansedumbre,
Que los hacia en todo extremo hermosos.
Ora fuese artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecian,
Y tal vez daban encogida lumbre.
Dos ninfas a sus lados asistian,
De tan gentil donaire y apariencia,
Que miradas, las almas suspendian.
De la del alto trono en la presencia
Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamás le igualó alguno,
Luego se puso en pie, y en un momento
Me pareció que dió con la cabeza
Mas allá de las nubes, y no miento:
Y no perdió por esto su belleza,
Antes mientras mas grande, se mostraba
Igual su perfeccion á su grandeza:
Los brazos de tal modo dilataba,
Que de do nace adonde muere el dia
Los opuestos extremos alcanzaba.
La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podia.
Al modo destas partes así crece
Toda su compostura; y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.
Yo atónito esperaba ver el resto
De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.
Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo
Al oido me habló, y me dijo:—Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.
Esta que ves, que crece de manera,
Que apenas tiene ya lugar do quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera;
Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna
(Puesto que el modo de subir no sepa),
Es la que confiada en su fortuna
Piensa tener de la inconstante rueda
El eje quedo y sin mudanza alguna.
Esta que no halla mal que le suceda
Ni le teme atrevida su arrogante,
Pródiga siempre, venturosa y leda,
Es la que con disinio estravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,
Cual ves, en estatura de gigante.
No deja de crecer por no atreverse
A emprender las hazañas mas notables,
Adonde puedan sus estremos verse.
¿No has oido decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables,
Que á pesar y despecho de los años,
Aun duran sus reliquias y entereza,
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?
Yo respondí:—Por mi ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.
Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Rodas allí junto,
Y la lanterna que sirvió de estrella.
Pero vengamos de quién es al punto
Esta, que lo deseo.—Haráse luego,—
Me respondió la voz en bajo punto.
Y prosiguió diciendo:—A no estar ciego
Hubieras visto ya quién es la dama;
Pero en fin, tienes el ingenio lego.
Esta que hasta los cielos se encarama,
Preñada, sin saber cómo, del viento,
Es hija del Deseo y de la Fama.
Esta fue la ocasion y el instrumento
En todo y parte de que el mundo viese
No siete maravillas, sino ciento.
Corto número es ciento: aunque dijese
Cien mil y mas millones, no imagines
Que en la cuenta del número excediese.
Esta condujo á memorables fines
Edificios que asientan en la tierra,
Y tocan de las nubes los confines.
Esta tal vez ha levantado guerra,
Donde la paz süave reposaba,
Que en límites estrechos no se encierra.
Cuando Mucio en las llamas abrasaba
El atrevido fuerte brazo y fiero,
Esta el incendio horrible resfriaba.
Esta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado, y de luciente acero.
Esta tal vez con maravilla nueva
(De su ambiciosa condicion llevada)
Mil imposibles atrevida prueba.
Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citia lleva la fama su memoria,
En grandiosas obras dilatada.
En fin, ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete,
Que llevan de los siglos la vitoria.
Ella misma á sí misma se promete
Triunfos y gustos, sin tener asida
A la calva Ocasion por el copete.
Su natural sustento, su bebida,
Es aire, y asi crece en un instante
Tanto, que no hay medida á su medida.
Aquellas dos del plácido semblante
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.
Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, y las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas,
Las hacen mas divinas que no humanas.
Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulacion y la Mentira hermanas.
Estas están contino en su presencia
Palabras ministrándole al oido,
Que tienen de prudentes aparencia.
Y ella cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto,

El áspid ponzoñoso está escondido.
Y así arrojada con deseo injusto,
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal, sin ningun susto.
Quien mas presume de advertido, pruebe
A dejarse adular, verá cuán presto
Pasa su gloria como el viento leve.—
Esto escuché, y en escuchando aquesto
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.
Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decian,
Enamorados della, mil amores.
Los silgueros el canto repetian,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todos componian.
Unos del escuadron priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del dia
En los forzosos actos en que estaban.
Y luego se asomó su señoría,
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fria.
En parte gorda, en parte flaca y floja,
Como quien teme el esperado trance,
Donde verse vencido se le antoja.
En propio toledano y buen romance
Les dió los buenos dias cortesmente,
Y luego se aprestó al forzoso lance.
Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadron, con voz sonora y grave
Esta oracion les hizo de repente:
—¡Oh espíritus felices, donde cabe
La gala del decir, la sutileza
De la ciencia mas docta que se sabe;
Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poësía
Entera de los pies à la cabeza!
No consintais por vida vuestra y mia
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla),
Que triunfe esta canalla que porfía.
Esta canalla, digo, que se endiabla,
Que por darles calor su muchedumbre,
Ya su ruina, ó ya la nuestra entabla.
Vosotros de mis ojos gloria y lumbre,
Faroles do mi luz de asiento mora,
Ya por naturaleza ó por costumbre.
¿Habeis de consentir que esta embaidora,
Hipócrita gentalla se me atreva,
De tantas necedades inventora?
Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.
De justa indignacion armad el pecho,
Acometed intrépidos la turba,
Ociosa, vagamunda y sin provecho.
No se os dé nada, no se os dé una burba
(Moneda berberisca, vil y baja)
De aquesta gente, que la paz os turba.
El son de mas de una templada caja,
Y el del pífaro triste y la trompeta,
Que la cólera sube, y flema abaja,
Asi os incite con virtud secreta,
Que despierte los ánimos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.
Ya retumba, ya llega á mis oidos
Del escuadron contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
Ya es menester, sin que os lo ruege ó mande,
Que cada cual como guerrero experto,
Sin que por su capricho se desmande,
La órden guarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente
Hasta quedar, ó vencedor, ó muerto.
En esto por la parte de poniente
Pareció el escuadron casi infinito
De la bárbara, ciega y pobre gente.
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre, y no medroso; y gritan, arma:
Arma resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

CAPITULO VII.

Tú, belígera musa, tú, que tienes
La voz de bronce y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano: tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua:
Tú, mano rota, y larga de mercedes,
Digo en hacellas; una aquí te pido,
Que no hará que menos rica quedes.
La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruido
Dame una voz al caso acomodada,
Una sotil y bien cortada pluma,
No de aficion ni de pasion llevada,
Para que pueda referir en suma
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara y entereza suma,
El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,
Sus banderas descoge al vago viento.
El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pie del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira;
Con paso largo y ademan compuesto,
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha hechado el resto.
Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,
En quien su gloria y su venganza ponen.
De rabia lleno y de paciencia falto
Apolo, su bellísimo estandarte
Mandó al momento levantar en alto.
Arbolóle un marqués, que el propio Marte
Su briosa presencia representa
Naturalmente, sin industria y arte.
Poeta celebérrimo y de cuenta,
Por quien y en quien Apolo soberano
Su gloria y gusto, y su valor aumenta.
Era la insinia un cisne hermoso y cano,
Tan al vivo pintado, que dijeras,
La voz despide alegre al aire vano;
Siguen al estandarte sus banderas
De gallardos alféreces llevadas,
Honrosas por no estar todas enteras;
Las cajas á lo bélico templadas
Al límite mas tardo vuelven presto,
De voces de metal acompañadas.
Jerónimo de Mora llegó en esto,
Pintor excelentísimo y poeta,
Apéles y Virgilio en un supuesto.
Y con la autoridad de una gineta
(Que de ser capitan le daba nombre)
Al caso acude y á la turba aprieta.
Y porque mas se turbe y mas se asombre
El enemigo desigual y fiero,
Llegó el gran Biedma de inmortal renombre.
Y con él Gaspar de Avila, primero
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.
Llegó Juan de Meztanza, cifra y suma
De tanta erudicion, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
Y le trujo en su ayuda para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.
Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, y acompáñale Mejía,
Poetas dinos de alabanza inmensa.
Clarísimo esplendor de Andalucía,
Y de la Mancha el sin igual Galindo
Llegó con majestad y bizarría.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.
Con prestos pies y con valientes manos
Con Fernando Correa de la Cerda,
Pisó Rodriguez Lobo monte y llanos.
Y porque Febo su razon no pierda,
El grande Don Antonio de Ataide
Llegó con furia alborotada y cuerda.
Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide.
El ronco son de mas de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oidos se avecina.
Tiembla debajo de los pies la tierra
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.
El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es Arbolanches, muso por la vida.
Puestos estaban en la baja parte,
Y en la cima del monte frente á frente
Los campos de quien tiembla el mismo Marte:
Cuando una, al parecer discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.
Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:
—¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,
Que asi me corta el brio y el aliento?
Aquel tránsfuga que partió primero,
No solo por poeta le tenia,
Pero tambien por bravo churrullero.
Aquel lijero que tras él corria,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la poesía.

Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio y por pesado
Sé que de todos fue siempre malquisto.
No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista.
—Yo fui, respondió Apolo; el engañado;
Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubrió que serian buenos
Para facilitar esta conquista.
—Señor, repliqué yo, creí que ajenos
Eran de las deidades los engaños,
Digo, engañarse en poco mas ni ménos.—
La prudencia que nace de los años,
Y tiene por maestra la experiencia,
Es la deidad que advierte destos daños.
Apolo respondió:—Por mi conciencia,
Que no te entiendo,—algo turbado y triste
Por ver de aquellos veinte la insolencia.
Tú, sardo militar, **Lofraso**, fuiste
Uno de aquellos bárbaros corrientes,
Que del contrario el número creciste.
Mas no por esta mengua los valientes
Del escuadron católico temieron,
Poetas madrigados y excelentes.
Antes tanto coraje concibieron
Contra los fugitivos corredores,
Que riza en ellos y matanza hicieron.
¡Oh falsos y malditos trovadores,
Que pasais plaza de poetas sabios,
Siendo la hez de los que son peores!
Entre la lengua paladar y labios
Anda contino vuestra poësía,
Haciendo á la virtud cien mil agravios.
Poetas de atrevida hipocresía,
Esperad, que de vuestro acabamiento
Ya se ha llegado el temeroso dia.
De las confusas voces el concento
Confuso por el aire resonaba
De espesas nubes condensando el viento.
Por la falda del monte gateaba
Una tropa poética, aspirando
A la cumbre, que bien guardada estaba.
Hacian incapie de cuando en cuando,
Y con hondas de estallo y con ballestas
Iban libros enteros disparando.
No del plomo encendido las funestas
Balas pudieran ser dañosas tanto,
Ni al disparar pudieran ser mas prestas.
Un libro mucho mas duro que un canto
A **Jusepe de Vargas** dió en las sienes,
Causándole terror, grima y espanto.
Grité, y dijo á un soneto:—Tú, que vienes
De satírica pluma disparado,
¿Por qué el infame curso no detienes?—
Y cual perro con piedras irritado,
Que deja al que las tira, y va tras ellas,
Cual si fueran la causa del pecado,
Entre los dedos de sus manos bellas
Hizo pedazos al soneto altivo,
Que amenazaba al sol y á las estrellas.
Y díjole Cilenio:—O rayo vivo
Donde la justa indignacion se muestra
En un grado y valor superlativo,
La espada toma en la temida diestra,
Y arrójate valiente y temerario
Por esta parte, que el peligro adiestra.
En esto del tamaño de un breviario
Volando un libro por el aire vino,
De prosa y verso que arrojó el contrario.
De verso y prosa el puro desatino
Nos dió á entender que de **Arbolanches** eran
Las Avidas pesadas de contiuo.
Unas rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el escuadron cristiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.
Dióle á Mercurio en la derecha mano
Una sátira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no muy sano.
De una intrincada y mal compuesta prosa,
De un asunto sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparó **Pedrosa**.
Silbando recio, y desgarrando el aire,
Otro libro llegó de rimas solas
Hechas al parecer como al desgaire.
Violas Apolo, y dijo, cuando violas:
—Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas.—
Llegó el **Pastor de Iberia**, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.
Pero dos valerosos, dos maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Unicos en hablar, y en obrar diestros;
Del monte puestos en opuestos lados
Tanto apretaron á la turba multa,
Que volvieron atrás los encumbrados.
Es **Gregorio de Angulo** el que sepulta
La canalla, y con él **Pedro de Soto**,
De prodigioso ingenio y vena culta.
Doctor aquel, estotro único y doto
Licenciado, de Apolo ambos secuaces,
Con raras obras y ánimo devoto.
Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran
Duras en su teson y pertinaces.
Con los dientes se muerden, y se aferran
Con las garras, las fieras imitando;
Que toda piedad de sí destierran.
Haldeando venia y trasudando
El autor de *La Pícara Justina*,
Capellan lego del contrario bando.
Y cual si fuera de una culebrina
Disparó de sus manos su librazo,
Que fue de nuestro campo la ruina.
Al buen **Tomás Gracian** mancó de un brazo
A **Medinilla** derribó una muela,
Y le llevó de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestra centinela
Gritó:—Todos abajen la cabeza,
Que dispara el contrario otra novela.—
Dos pelearon una larga pieza,
Y el uno al otro con instancia loca
De un envion, con arte y con destreza,
Seis seguidillas le encajó en la boca,
Con que le hizo vomitar el alma,
Que salió libre de su estrecha roca.
De la furia el ardor, del sol la calma
Tenia en duda de una y otra parte
La vencedora y pretendida palma.
Del cuervo en esto el lóbrego estandarte
Cede al del cisne, porque vino al suelo
Pasado el corazon de parte á parte.
Su alférez, que era un andaluz mozuelo,
Trovador repentista, que subia
Con la soberbia mas allá del cielo,
Helósele la sangre que tenia,
Murióse cuando vió que muerto estaba,
La turba, pertinaz en su porfía.
Puesto que ausente el gran **Lupercio** estaba
Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperaba.
Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras,
Dos criollos mató, hirió un mestizo.
De sus sabrosas burlas y sus veras
El magno cordobés, un cartapacio
Disparó, y aterró cuatro banderas.
Daba ya indicios de cansado y lacio
El brio de la bárbara canalla,
Peleando mas flojo y mas despacio.
Mas renovóse la fatal batalla
Mezclándose los unos con los otros,
Ni vale arnes, ni presta dura malla,
Cinco melífluos sobre cinco potros
Llegaron, y embistieron por un lado,
Y lleváronse cinco de nosotros.
Cada cual como moro ataviado,
Con mas letras y cifras que una carta
De príncipe enemigo y recatado,
De romances moriscos una sarta,
Cual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia y con malicia harta.
Y á no estar dos escuadras avisadas
De las nuestras del recio tiro y presto,
Era fuerza quedar desbaratadas.
Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto.
Y una sacra cancion, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
Bartolomé Leonardo de Argensola,
Cual si fuera un petrarte Apolo envia.
Adonde está el teson mas apretado,
Mas dura y mas furiosa la porfía.
Cuando me paro á contemplar mi estado,
Comienza la cancion, que Apolo pone
En el lugar mas noble y levantado.
Todo lo mira, todo lo dispone
Con ojos de Argos, manda, quita y veda,
Y del contrario á todo ardid se opone.
Tan mezclados están, que no hay quien pueda
Discernir cuál es malo, ó cuál es bueno,
Cuál es **Garcilasista** ó **Timoneda**.
Pero un mancebo de ignorancia ageno,
Grande escudriñador de toda historia,
Rayo en la pluma y en la voz un trueno,
Llegó tan rica el alma de memoria,
De sana voluntad y entendimiento,
Que fue de Febo y de las musas gloria.
Con esto aceleróse el vencimiento,
Porque supo decir: Este merece
Gloria, pero aquel no, sino tormento.
Y como ya con distincion parece
El justo y el injusto combatiente,

El gusto al paso de la pena crece.
Tú, Pedro Mantuano el excelente,
Fuiste quien distinguió de la confusa
Máquina el que es cobarde del valiente.
Julian de Almendariz no rehusa,
Puesto que llegó tarde, en dar socorro
Al rubio Delio con su ilustre musa.
Por las rucias que peino, que me corro
De ver que las comedias endiabladas,
Por divinas se pongan en el corro.
Y á pesar de las limpias y atildadas.
Del cómico mejor de nuestra Hesperia,
Quieren ser conocidas y pagadas.
Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la córte,
Aunque le toca la comun miseria.
De llano no le deis, dadle de corte,
Estancias Polifemas, al poeta
Que no os tuviere por su guia y norte.
Inimitables sois, y á la discreta
Gala que descubris en lo escondido,
Toda elegancia puede estar sujeta.
Con estas municiones el partido
Nuestro se mejoró de tal manera,
Que el contrario se tuvo por vencido.
Cayó su presuncion soberbia y fiera,
Derrúmbanse del monte abajo cuantos
Presumieron subir por la ladera.
La voz prolija de sus roncos cantos
El mal suceso con rigor la vuelve
En interrotos y funestos llantos.
Tal hubo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza, ó cabrahigo,
Y en llanto, á lo de Ovidio, se disuelve.
Cuatro se arracimaron á un quejigo
Como enjambre de abejas desmandada,
Y le estimaron por el lauro amigo.
Otra cuadrilla vírgen, por la espada,
Y adúltera de lengua, dió la cura
A sus pies de su vida almidonada.
Bartolomé llamado de Segura
El toque casi fue del vencimiento:
Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
Resonó en esto por el vago viento
La voz de la vitoria repetida
Del número escogido en claro acento.
La miserable, la fatal caida
De las musas del limpio tagarete
Fue largos siglos con dolor plañida.
A la parte del llanto (¡ay me!) se mete.
Zapardiel, famoso por su pesca,
Sin que un pequeño instante se quiete.
La voz de la vitoria se refresca,
Vitoria suena aquí, y allí vitoria,
Adquirida por nuestra soldadesca,
Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPITULO VIII.

Al caer de la máquina excesiva
Del escuadron poético arrogante
Que en su no vista muchedumbre estriba:
Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo:—Caí, paciencia; que algun dia
Será la nuestra, mi valor mediante.
De nuevo afilaré la espada mia,
Digo, mi pluma, y cortaré de suerte
Que dé nueva excelencia á la porfía.
Que ofrece la comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio, donde pueda
Librar su nombre del olvido y muerte.
Fue desto ejemplo Juan de Timoneda,
Que con solo imprimir, se hizo eterno,
Las comedias del gran Lope de Rueda.
Cinco vuelcos daré en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo
Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*
Guarda, Apolo, que baja guarde rengo
El golpe de la mano mas gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.
En esto el claro son de una bastarda,
Alas pone en los pies de la vencida
Gente del mundo perezosa y tarda.
Con la esperanza del vencer perdida,
No hay quien no atienda con lijero paso,
Sino á la honra, á conservar la vida.
Desde las altas cumbres de Parnaso
De un salto uno se puso en Guadarrama,
Nuevo, no visto y verdadero caso.
Y al mismo paso la parlera fama
Cundió del vencimiento la alta nueva,
Desde el claro Caïstro hasta Jarama.
Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
Que en vez de arena granos de oro lleva.
Del cansancio, del polvo y del trabajo
Las rubicundas hebras de Timbreo,
Del color se pararon de oro bajo.
Pero viendo cumplido su deseo,
Al son de la guitarra mercuriesca
Hizo de la gallarda un gran paseo.
Y de Castalia en la corriente fresca
El rostro se lavó, y quedó luciente
Como de acero la segur turquesca.
Pulióse luego, y adornó su frente
De magestad mezclada con dulzura,
Indicios claros del placer que siente.
Las reinas de la humana hermosura
Salieron de do estaban retiradas
Mientras duraba la contienda dura:
Del árbol siempre verde coronadas,
Y en medio la divina Poesía,
Todas de nuevas galas adornadas.
Melpómene, Tersícore y Talía,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clio,
Y Calíope, hermosa en demasía,
Muestran ufanas su destreza y brio,
Tejiendo una entricada y nueva danza
Al dulce son de un instrumento mio.
Mio, no dije bien, mentí á la usanza
De aquel que dice propios los agenos
Versos, que son mas dinos de alabanza.
Los anchos prados, y los campos llenos
Están de las escuadras vencedoras
(Que siempre van á mas, y nunca á menos):
Esperando de ver de sus mejoras
El colmo con los premios merecidos
Por el sudor y aprieto de seis horas.
Piensan ser los llamados escogidos,
Todos á premios de grandeza aspiran,
Tiénense en mas de lo que son tenidos:
Ni á calidades ni riquezas miran,
A su ingenio se atiene cada uno,
Y si hay cuatro que aciertan, mil deliran.
Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dél, mandó á la Aurora
Que vaya y coja *in tempore oportuno*
De las faldas floríferas de Flora,
Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
Y seis de perlas de las que ella llora.
Y de las nueve por extremo hermosas
Las coronas pidió, y al darlas ellas
En nada se mostraron perezosas.
Tres, á mi parecer, de las mas bellas
A Parténope se que se enviaron,
Y fue Mercurio el que partió con ellas.
Tres sugetos las otras coronaron,
Allí en el mesmo monte peregrinos,
Con que su patria y nombre eternizaron.
Tres cupieron á España, y tres divinos
Poetas se adornaron la cabeza,
De tanta gloria justamente dinos.
La envidia monstruo de naturaleza
Maldita y carcomida, ardiendo en saña
A murmurar del sacro don empieza.
Dijo:—¿Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero simple hazaña.—
Los demás de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetian
Los himnos de la envidia mal cantados.
Todos por laureados se tenian,—
En su imaginacion, antes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envian.
Pero ciertos poetas de romance,
Del generoso premio hacer esperan
A despecho de Febo presto alcance.
Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel solo una hoja,
Aunque del caso en la demanda mueran.
Véngase menos el que mas se enoja,
Y alguno se tocó sienes y frente,
Que de estar coronado se le antoja.
Pero todo deseo impertinente
Apolo repartió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escuadron valiente.
De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora de perlas otros tantos.
Estos fueron, letor dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetísimos varones.
Quedando alegre cada cual y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando este premio sobrehumano;
Y porque fuese mas maravillosa
La fiesta y regocijo, que se hacia
Por la vitoria insigne y prodigiosa,
La buena, la importante Poesía
Mandó traer la bestia, cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fria.
Cubierta de finísima escarlata,

Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
Y aun Brilladoro el del señor de Anglante.
Con no sé cuántas alas adornaba
Manos y pies, indicio manifiesto
Que en ligereza al viento aventajaba.
Y por mostrar cuán ágil y cuán presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuedo y ademan compuesto.
Tú, que me escuchas, si el oido aplicas
Al dulce cuento deste gran Viaje,
Cosas nuevas oirás de gusto ricas.
Era del bel troton todo el herraje
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.
De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta, con el suelo se avecina.
Del color del carmin ó de amapola
Eran sus clines, y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo, y ella sola.
Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
Vuela tal vez, y tal hace corbetas,
Tal quiere relinchar, y luego cesa.
¡Nueva felicidad de los poetas!
Unos sus excrementos recogian
En dos de cuero grandes barjuletas.
Pregunté para qué lo tal hacian,
Respondióme Cilenio á lo bellaco,
Con no sé qué vislumbres de ironía:
—Esto que se recoge, es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de celebro flaco.
Urania de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud y vuelve á su entereza.—
Un poco entonces arrugué la frente,
Ascos haciendo del remedio extraño,
Tan de los ordinarios diferente.
—Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño
(Leyóme el pensamiento). Este remedio
De los vaguidos cura y sana el daño.
No come este rocin lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio.
Son deste tal los piensos regalados,
Ambar y azmizcle entre algodones puesto,
Y bebe del rocío de los prados.
Tal vez le damos de almidon un cesto,
Tal de algarrobas con que el vientre llena,
Y no se estriñe, ni se va por esto.
—Sea, le respondí, muy norabuena,
Tieso estoy de celebro por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena.—
La nuestra en esto universal señora,
Digo la Poesía verdadera,
Que con Timbreo y con las musas mora,
En vestido subcinto, á la ligera
El monte discurrió y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo, y placentera.
—¡Oh sangre vencedora de los godos!
Dijo: de aquí adelante ser tratada
Con mas süaves y discretos modos
Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo, que no alcanza,
Que puesto que soy pobre, soy honrada.
Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesion, premio seguro
Que al reino aspira de la inmensa holganza.
Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al mas mínimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.
Volved á ver, oh amigos, las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas de pesar agenas.
Que esta inaudita hazaña os asegura
Eterno nombre en tanto que dé Febo
Al mundo aliento, y luz serena y pura.—
¡Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,
Digno de admiracion que cause espanto
Cuya extrañeza me admiró de nuevo!
Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos de beleño santo.
Flojísimo de brío y de persona,
De la pereza torpe acompañado,
Que no le deja á vísperas ni á nona.
Traia al Silencio á su derecho lado,
El Descuido al siniestro, y el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido,
Traia un gran caldero, y de un hisopo
Venia como aposta prevenido.
Asia á los poetas por el hopo,
Y aunque el caso los rostros les volvia
En color encendida de piropo,
El nos bañaba con el agua fria,
Causándonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un dia y otro dia.
Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
Es de las aguas la virtud, que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno,
Por ver que á toda contingencia exceden.
Al despertar del sueño así importuno,
Ni ví monte, ni monta, dios, ni diosa,
Ni de tanto poeta vide alguno.
Por cierto extraña y nunca vista cosa;
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.
Admiracion y grima el caso dióme;
Torné á mirar, porque el temor ó engaño
No de mi buen discurso el paso tome.
Y díjeme á mí mismo: No me engaño:
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas mas de un año;
De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
Pues de cuantas ciudades él encierra
Ninguna puede hablar que así le ilustre.
Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia y la nobleza,
De elíseos campos y agradable sierra.
Si vaguidos no tengo de cabeza,
Paréceme que está mudada en parte,
De sitio, aunque en aumento de belleza.
¿Qué teatro es aquel, donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura,
La gala, la grandeza, industria y arte?
Sin duda el sueño en mis pálpebras dura,
Porque este es edificio imaginado,
Que excede á toda humana compostura.
Llegóse en esto á mí disimulado
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran soldado.
Creció la admiracion viendo notorio
Y palpable que en Nápoles estaba,
Espanto á los pasados acesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
Y con tenerme entre sus brazos, dijo,
Que del estar yo allí mucho dudaba,
Llamóme padre, y yo llaméle hijo,
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.
Díjome Promontorio:—Yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan lejos ya semidifunto.
—En mis horas tan frescas y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dije,
Con fuerzas mas briosas y lozanas.
Pero la voluntad que á todos rige,
Digo, el querer del cielo, me ha traido
Aparte que me alegra mas que aflige.—
Dijera mas, sino que un gran ruido
De pífanos, clarines y tambores
Me azoró el alma, y alegró el oido;
Volví la vista al son, ví los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos y mejores.
Dijo mi amigo:—Aquel que ves que asoma
Por aquella montaña contrahecha,
Cuyo brío al de Marte oprime y doma,
Es un alto sugeto, que deshecha
Tiene á la envidia en rabia, porque pisa
De la virtud la senda mas derecha.
De gravedad y condicion tan lisa,
Que suspende y alegra á un mismo instante,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.
Mas quiero, antes que pases adelante
En ver lo que verás, si estás atento;
Darte del caso relacion bastante.
Será Don Juan de Tasis de mi cuento
Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento.
Este varon, en liberal notable,
Que una mediana villa le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirables;
Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte, ó los derrama,
Ya sepa adónde, ó ya no sepa adónde:
Este, á quien tiene tan en fil la fama,
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródigo se llama,
Quiso pródiga aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.
Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.

Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,
Que admira por lo rico y estupendo.
Arquímedes el grande se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque, y á sus trazas venzà.
Digo pues, que el mancebo generoso,
Que allí desciende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,
Es el Conde de Lemos, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata:
Y aunque sale el primero es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesía
Esta ventaja califico y fundo.
El Duque de Nocera, luz y guia
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor deste festivo dia.
El cuarto, que pudiera ser primero,
Es de Santelmo el fuerte castellano,
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Eneas el troyano,
Arrociolo, que gana en ser valiente
Al que fue verdadero por la mano.—
El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese
La comenzada relacion prudente.
Por esto le pedí que me pusiese
Adonde sin ningun impedimento
El gran progreso de las fiestas viese.
Porque luego me vino al pensamiento
De ponerlas en verso numeroso,
Favorecido del febeo aliento.
Hízolo así, y yo ví lo que no oso
Pensar, que no decir, que aquí se acorta
La lengua y el ingenio mas curioso.
Que se pase en silencio es lo que importa
Y que la admiracion supla esta falta,
El mesmo grandioso caso exhorta.
Puesto que despues supe que con alta
Magnífica elegancia milagrosa,
Donde ni sobra punto ni le falta.
El curioso Dor Juan de Oquina en prosa
La puso, y dió á la estampa para gloria
De nuestra edad, por esto venturosa.
Ni en fabulosa ó verdadera historia
Se halla que otras fiestas hayan sido
Ni pueden ser mas dignas de memoria.
Desde allí, y no sé cómo, fuí traido
Adonde ví al gran Duque de Pastrana
Mil parabienes dar de bien venido;
Y que la fama en la verdad ufana
Contaba que agradó con su presencia,
Y con su cortesía sobrehumana:
Que fue nuevo Alejandro en la excelencia
Del dar, que satisfizo á todo cuanto
Puede mostrar real magnificencia;
Colmo de admiracion, lleno de espanto,
Entré en Madrid en traje de romero,
Que es granjería el parecer ser santo.
Y desde lejos me quitó el sombrero
El famoso Acevedo, y dijo.—*A Dio,*
Voi siate il ben venuto, cavaliero;
So parlar zenoese, e tusco anch'io—
Y respondí:—*La vostra signoria*
Sia la ben trovatra, padron mio.—
Topé á Luis Velez, lustre y alegría,
Y discrecion del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á medio dia.
El pecho, el alma, el corazon, la mano
Dí á Pedro de Morales, y un abrazo,
Y alegre recibí á Justiniano.
Al volver de una esquina sentí un brazo
Que el cuello me ceñía, miré cuyo,
Y mas que gusto me causó embarazó,
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
Decirlo) que al contrario se pasaron,
Llevados del cobarde intento suyo.
Otros dos al del Layo se llegaron,
Y con la risa falsa del conejo,
Y con muchas zalemas me hablaron.
Yo socarron, yo poeton viejo
Volvíles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
No dudes, oh lector caro, no dudes,
Sino que suele el disimulo á veces
Servir de aumento á las demás virtudes.
Dínoslo tú, David, que aunque pareces
Loco en poder de Aquís, de tu cordura
Fingiendo el loco, la grandeza ofreces.
Dejélos esperando coyuntura
Y ocasion mas secreta para dalles
Vejámen de su miedo, ó su locura.
Si encontraba poetas por las calles,
Me ponia á pensar, si eran de aquellos
Huidos, y pasaba sin hablalles.
Poníanseme yertos los cabellos
De temor no encontrase algun poeta,
De tantos que no pude conocellos,
Que con puñal buido, ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero
Que fuese al corazon por via reta,
Aunque no es este el premio que yo espero
De la fama, que á tantos he adquirido
Con alma grata y corazon sincero.
Un cierto mancebito cuellierguido,
En profesion poeta, y en el traje
A mil leguas por godo conocido,
Lleno de presuncion y de coraje
Me dijo:—Bien sé yo, señor Cervantes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje
Cargastes de poetas ignorantes,
Y dejásteme á mí, que ser deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.
Que caducais sin duda alguna creo:
Creo, no digo bien: mejor diria
Que toco esta verdad, y que la veo.—
Otro, que al parecer, de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componia,
Me dijo bravo, cual corrido toro:
—No sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.
—Así el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondí, y en este hecho
De ignorancia ó malicia no me acuso.—
Fuíme con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho;
Que cansa cuando es larga una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO.

Algunos dias estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recebir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió pues que saliendo una mañana del monasterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo al parecer de veinte y cuatro años, poco mas ó menos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecia que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pie de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exhorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondia y sepultaba el rostro, y en

los puños los brazos. Digo pues que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo: ¿Es por ventura vuestra merced el señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que há pocos dias que vino del Parnaso? A esta pregunta creo sin duda que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: ¿Si es este alguno de los poetas que puse, ó dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe? Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí: Yo, señor, soy el mesmo que vuestra merced dice: ¿qué es lo que se me manda? El luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome: Vuestra merced, señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, asi por sus obras como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo cual respiré, y los espíritus que andaban alborotados, se sosegaron; y abrazándole yo tambien con recato de no ajarle el cuello, le dije: Yo no conozco á vuestra merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuestra merced es muy discreto y muy principal: calidades que obligan á tener en veneracion á la persona que las tiene. Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance, me dijo: Vuestra merced sabrá, señor Cervantes, que yo por la gracia de Apolo soy poeta, ó á lo menos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. *Miguel.* Nunca tal creyera, si vuestra merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca. *Pancracio.* ¿Pues por qué no lo creyera vuestra merced? *Mig.* Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuestra merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, antes atienden á las cosas del espíritu, que á las del cuerpo. Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad tengo brio; con la riqueza, con que mostrarle; y con el amor, con que no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vuestra merced andadas pára llegar á ser buen poeta. *Panc.* ¿Cuáles son? *Mig.* La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia y estímulos de la liberalidad, y en el poeta sobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuestra merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta mas? A lo que respondió: No entiendo eso de menestra poética. *Mig.* Quiero decir, que á qué género de poesía es vuestra merced mas inclinado, al lírico, al heróico, ó al cómico. A todos estilos me amaño, respondió él; pero en el que mas me ocupo es en el cómico. *Mig.* Desa manera habrá vuestra merced compuesto algunas comedias. *Pancracio.* Muchas pero solo una se ha representado. *Mig.* ¿Pareció bien? *Panc.* Al vulgo no. *Mig.* ¿Y á los discretos? *Panc.* Tampoco. *Mig.* ¿La causa? *Panc.* La causa fue, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion. Tachas son estas, respondí yo, que pudieran hacer parecer mal las del mesmo Plauto. Y mas, dijo él, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar segun la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro dia; pero porfiar que porfiar: cinco personas vinieron apenas. Créame vuestra merced, dije yo, que las comedias tienen dias, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura, como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia deje vuestra merced de proseguir en componerlas; que podrá ser que cuando menos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros. De los dineros no hago caso, respondió él; mas preciaria la fama, que cuanto hay; porque es cosa de grandísimo gusto, y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso á la puerta del teatro, recebiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena. Y vuestra merced, señor Cervantes, dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia? Sí, dije yo: muchas; y á no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel, La Numancia, La gran Turquesa, La Batalla Naval, La Jerusalen, La Amaranta, ó la del Mayo, el Bosque amoroso, La Unica y la Bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo mas estimo, y de la que mas me precio, fue y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Panc.* ¿Y agora tiene vuestra merced algunas? *Mig.* Seis tengo con otros seis entremeses. *Panc.* ¿Pues por qué no se representan? *Mig.* Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos. *Panc.* No deben de saber que vuestra merced las tiene. *Mig.* Sí saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares. Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano: leí el sobrescristo, y vi que decia desta manera:

«A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solia »vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid.» Al porte: medio real, digo diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije: Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte: recebióla y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagara; pero dióme por disculpa, que muchas veces me habia oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venia en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote*; y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte: asi que, si vuestra merced le quiere llevar desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome: Aunque soy poeta, no soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuestra merced, señor Cervantes, que esta carta por lo menos es del mesmo Apolo: él la escribió no há veinte dias en el Parnaso, y me la dió para que á vuestra merced la diese: vuestra merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto. Haré lo que vuestra merced me manda, respondí yo; pero quiero que antes de leerla, vuestra merced me le haga de decirme, cómo, cuándo, y á qué fué al Parnaso. Y él respondió: Cómo fuí, fue por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fuí, fue seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas; á qué fuí, fue á hallarme en ella, por obligarme á ello la profesion mia. A buen seguro, dije yo, que fueron vuestras mercedes bien recebidos del señor Apolo. *Panc.* Sí fuimos aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las señoras Piérades, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello, y respondióme, que asi como de los dientes de la serpiente de Cadmo habian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se habia llenado de serpientes toda la Libia; de la mesma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habian sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decia:

APOLO DELFICO

Á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SALUD.

El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá á vuestra merced, señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse vuestra merced deste monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecenas el gran conde de Lemos, en las fiestas famosas de Nápoles, yo lo acepto, y le perdono.

Despues que vuestra merced partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto y no acierto á escribir cosa que sea de gusto ni de provecho: asi, si vuestra merced viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los mas famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe, y no los tenga en menos, sino que disimule con ellos: que pues yo que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Envio á vuestra merced unos privilegios, ordenanzas y advertimientos, tocantes á los poetas: vuestra merced los haga guardar y cumplir al pie de la letra, que para todo ello doy á vuestra merced mi poder cumplido cuando de derecho se requiere.

Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio de Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que asi vuestra merced no los habia puesto en su *Viaje*. Yo les dije, que la culpa era mia, y no de vuestra merced; pero que el remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darian fama y claro renombre, sin andar mendigando agenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensajero, iré enviando mas privilegios, y avisando de lo que en este monte pasare. Vuestra merced haga lo mesmo, avisándome de su salud y la de todos los amigos.

Al famoso Vicente Espinel dará vuestra merced mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

Si don Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, tóquele vuestra merced la mano, y dígale que no deje de llegar á verme, pues estaremos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida no tuve lugar de hablarle.

Si vuestra merced encontrare por allá algun tránsfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusion con ellos mesmos do quiera que vayan.

Vuestra merced tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares, que aunque le soy amigo, en tales dias no va en mi mano, ni miro en obligaciones, ni en amistades.

Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale vuestra merced por amigo, y conmuníquelo: y pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta. Y con esto nuestro Señor guarde á vuestra merced como puede y yo deseo. Del Parnaso á 22 de julio, el dia que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canícula, 1614.

Servidor de vuestra merced,

Apolo Lucido.

En acabando la carta, vi que en un papel aparte venia escrito:

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS, QUE APOLO ENVIA Á LOS POETAS ESPAÑOLES.

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.

Item, que si algun poeta dijere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguacion alguna.

Ordénase, que todo poeta sea de blanda y de suave condicion, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias

Item, que si algun poeta llegare á casa de algun su amigo ó conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el mas pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama como mas le viniere á cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Fílida, ó ya Juana Tellez, ó como mas gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razon alguna.

Item, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condicion que sea, sea tenido y le tengan por hijo dalgo, en razon del generoso ejercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item, se advierte que ningun poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intencion y advertida voluntad, que la lisonja ni adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo poeta cómico, que felizmente hubiera sacado á luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere limosna de la segunda puerta, y aun ésta si pudiese ser, la excuse.

Item, se advierte que si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun monarca, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la direccion, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.

Item, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo á su beneplácito: conviene á saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo mas alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando menos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

Item, que todo poeta á quien sus versos le hubieren dado á entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refran: Ruin sea el que por ruin se tiene.

Item, se ordena que ningun poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Atenas se habian de recitar que no en las plazas.

Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: Guardaos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra, ó en el pozo Airon.

Item, que los dias de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachin, valenton y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desagüe y vaya la fama que podia alcanzar por sus buenos versos.

Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtare algun verso ageno, y

le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heróico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitan Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

Item, se da aviso que si algun poeta fuere favorecido de algun príncipe, ni le visite á menudo; ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.

En suma, estos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió, y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas desta córte. Daráse noticia del dia, para que todos sus aficionados le escriban.

FIN DEL VIAJE AL PARNASO.



POESIAS SUELTAS.(*)

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS.

(Historia y relacion del tránsito y exequias de la reina doña Isabel de Valois, por el maestro Lopez de Hoyos. Madrid 1569.)

PRIMER EPITAFIO EN SONETO,
CON UNA COPLA CASTELLANA, QUE HIZO MI AMADO DISCÍPULO. (*Habla el M. Hoyos.*)

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra:
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de occidente,
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quién es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la mas alegre vida
La muerte lleva siempre la vitoria.
Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

REDONDILLA, EN LA CUAL SE REPRESENTA LA VELOCIDAD Y PRESTEZA CON QUE LA MUERTE ARREBATÓ Á SU MAGESTAD.

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fue trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama,
El mortífero accidente
Fue tan oculta á la gente,
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

Estas cuatro REDONDILLAS *castellanas á la muerte de su Magestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con su Magestad; son con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo.*

Cuando un estado dichoso.
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladron famoso,
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo:
Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano
Por órden del alto cielo,
Que nos llevó deste suelo
El valor del ser humano.
¡Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria
Si llevaste nuestra PAZ,
Fue para dalle mas gloria.
Y aunque el dolor nos desuela,
Una cosa nos consuela,
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara ISABELA.
Una alma tal limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra
(Para nuestro desconsuelo),
Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.
Tanto de punto subiste
En el amor que mostraste,
Que ya que al cielo te fuiste,
En la tierra nos dejaste
Las prendas que mas quisiste.
¡Oh Isabela, Eugenia, Clara,
Catalina á todos cara,
Claros luceros los dos,
No quiera y permita Dios,
Se os muestre fortuna avara!

ELEGÍA *que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho compuso al ilustrísimo y reverendísimo cardenal don Diego de Espinosa, etc., en la cual con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria.*

¿A quién irá mi doloroso canto,
O en cuya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazon en llanto?
A tí, gran cardenal, yo le presento;
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado ejecutivo violento.
Aquí verás quel bien no tiene parte:
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo

(*) Siendo esta la primera coleccion que se ha hecho de semejantes composiciones de Cervantes, notamos en cada una la fuente de donde la hemos sacado, citando las auroridades de los críticos que han atribuido al autor algunas de ellas, cuya autenticidad no está comprobada de un modo absoluto.

Lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De una ánima beata al alta cumbre,
Pusiera en confusion al bajo suelo?
Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre:
El alma goza de perpetua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la vitoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.
Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraiso fresco y tierno,
El ornato añubló del ser cristiano.
Volvió la primavera en frio invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba á bajo su gobierno.
Pasóse ya aquel ser, que ser solia
A nuestra oscuridad claro lucero,
Sosiego de la antigua tiranía.
A mas andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma santa el corazon sincero.
Cuando ya nos venia la temprana
Dulce fruta del arbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.
¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase mas el alto monte,
Con prisiones de nieve aherrojado?
No pisará ya mas nuestro horizonte,
Que á los campos Elíseos es llevada,
Sin ver la oscura barca de Caronte.
A tí, fiel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Alijerarnos carga tan pesada.
Mira el dolor que el gran Filipo tiene:
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.
Bien sé que le dirás que á la bajeza
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener solo un punto de firmeza;
Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.
Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas cansadas,
Si una prenda perdió de tanta estima?
Y mas si considera las amadas
Prendas que le dejó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.
Alma bella, del cielo merecida,
Mira cuál queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida:
Verás que en árbol verde no hace vuelo
El ave mas alegre, antes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.
Contino en grave llanto se anochece
El triste dia, que te imaginamos
Con aquella virtud que no parece.
Mas deste imaginar nos consolamos
En ver que merecieron tus deseos,
Que goces ya del bien que deseamos.
Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu cristiandad, valor y gracia extraña,
De alma santa, santísimos arreos.
De hoy mas la sola y afligida España,
Cuando mas sus clamores levantare
Al sumo Hacedor y alta compaña;
Cuando mas por salud le importunare
Al término postrero que perezca,
Y en el último trance se hallare;
Solo podrá pedirle, que le ofrezca
Otra paz, otro amparo, otra ventura,
Quen obras y virtudes le parezca.
El vano confiar y la hermosura
¿De qué nos sirve, cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento
Y á la querida hermana ir adelante,
Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.
Aquí, señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Tener mas otro trance doloroso.
Aquí con nuevo ser es conducida,
Entre las almas del inmenso coro
Nuestra Isabela, reina esclarecida.
Con tal sinceridad guardó el decoro
Do al precepto divino mas se aspira,
Que merece gozar de tal tesoro.
¡Ay muerte! ¿contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar para templarme
Con profundo dolor mi triste lira?
Si no os cansais, señor, ya de escucharme,
Añudaré de nuevo el roto hilo,
Que la ocasion es tal, que á desforzarme
Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo,
Y á las mas tristes musas triste estilo.
Diré que al duro mal, al grave duelo,
Que á España en brazos de la muerte tiene,
No quiso Dios dejarle sin consuelo.
Dejóle al gran Filipo, que sostiene,
Cual firme basa al alto firmamento,
El bien ó desventura que le viene.
De aquesto vos llevais el vencimiento,
Pues deja en vvestros hombros esta carga
Del cielo, y de la tierra y pensamiento.
La vida que en la vuestra asi se encarga,
Muy bien puede vivir leda y segura,
Pues de tanto cuidado se descarga.
Gozando como goza tal ventura,
El gran señor del ancho suelo hispano,
Su mal es menos, y ésta desventura.
Si el ánimo real, si el soberano
Tesoro le robó en solo un dia
La muerte airada con esquiva mano,
Regalos son quel sumo Dios envía
A aquel que ya le tiene aparejado
Sublime asiento en la alta hierarquía.
Quien goza quïetud siempre en su estado,
Y el efecto le acude á la esperanza,
Y á lo que quiere nada le es trocado;
Argúyese que poca confianza
Puede tenerse del que goce y vea
Con claros ojos bienaventuranza.
Cuando mas favorable el mundo sea,
Cuando nos ria el bien todo delante,
Y venga al corazon lo que desea,
Tiénese de esperar que en un instante
Dará con ello la fortuna en tierra,
Que no fue ni será jamás constante.
Y aquel que no ha gustado de la guerra,
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.
Porque no se coronan en la gloria,
Sino en los capitanes valerosos,
Que llevan de sí mesmos la vitoria.
Los amargos sospiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido
Quien nos puede en su vista hacer dichosos,
El perder á su hijo tan querido,

Aquel mirarse y verse cual se halla
De todo su placer desposeido;
¿Qué se puede decir sino batalla
Adonde le hemos visto siempre armado
Con la paciencia, que es muy fina malla?
Del alto cielo ha sido consolado,
Con concederle acá vuestra persona,
Que mira por su honra y por su estado.
De aquí saldrá á gozar de una corona
Mas rica, mas preciosa y muy mas clara,
Que la que ciñe el hijo de Latona.
Con él vuestra virtud al mundo rara
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.
Resonará el valor tan excelente
Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea;
De donde sale el sol hasta Occidente.
Y allá en el alto alcázar do pasea
En mil contentos nuestra reina amada,
Si puede desear, solo desea
Que sea por mil siglos levantada
Vuestra grandeza, pues que se engrandece
El valor de su prenda deseada.
Que vuestro poderío se parece
Del católico rey la suma alteza,
Que desde un polo al otro resplandece.
De hoy mas deje del llanto la fiereza
El afligida España, levantando
Con verde lauro ornada la cabeza.
Que mientra fuera el cielo mejorando
Del soberano rey la larga vida,
No es bien que se consuma lamentando.
Y en tanto que arribare á la subida
De la inmortalidad vuestra alma pura,
No se entregue al dolor tan de corrida;
Y mas, que el grave rostro de hermosura,
Por cuya ausencia vive sin consuelo,
Goza de Dios en la celeste altura.
¡Oh trueco gloríoso, oh santo celo,
Pues con gozar la tierra has merecido
Tender tus pasos por el alto cielo!
Con esto cese el canto dolorido,
Magnánimo señor, que por mal diestro,
Queda tan temeroso y tan corrido,
Cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

AL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA.

(Romancero de Padilla, 1583.)

SONETO.

Ya que del cielo dios habeis cantado
El bien y el mal, la dulce fuerza y arte
En la primera y la segunda parte
Do está de amor el todo señalado;
Ahora con aliento descansado
Y con nueva virtud que en vos reparte
El cielo, nos contais del duro Marte
Las fieras armas y el valor sobrado.
Nuevos ricos mineros se descubren
De vuestro ingenio en la famosa mina,
Que á mas alto deseo satisfacen;
Y con dar menos de lo mas que encubren,
A este menos, lo que es mas se inclina,
Del bien que Apolo y que Minerva hacen.

AL HABITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiritual, 1584.)

REDONDILLAS.

Hoy el famoso Padilla
Con las muestras de su celo
Causa contento en el cielo,
Y en la tierra maravilla.
Porque llevado del cebo
De amor, temor y consejo,
Se despoja el hombre viejo
Para vestirse de nuevo.
Cual prudente sierpe ha sido,
Pues con nuevo corazon
En la piedra de Simon
Se deja el viejo vestido.
Y esta mudanza que hace
Lleva tan cierto compás,
Que en ella asiste lo mas
De cuanto á Dios satisface.
Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor jarciada barca
Que la que libró á Noé.
Y para hacer tal pasaje,
Há muchos años que ha hecho
Con sano y cristiano pecho
Cristiano matalotaje.
Y no teme el mal tempero,
Ni anegarse en el profundo,
Porque en el mar deste mundo
Es plático marinero.
Y ansi mirando el aguja
Divina cual se requiere,
Si el demonio á orza diere,
El dará al instante á puja.
Y llevando este concierto
Con las ondas deste mar,
A la fin vendrá á parar
A seguro y dulce puerto.
Donde sin áncoras ya
Estará la mar en calma,
Con la eternidad del alma
Que nunca se acabará.
En una verdad me fundo,
Y mi ingenio aquí no yerra:
Que en siendo sol de la tierra,
Habeis de ser luz del mundo.
Luz de gracia rodeada
Que alumbre nuestro horizonte,
Y sobre el Carmelo monte
Fuerte ciudad levantada.
Para alcanzar el trofeo
Destas santas profecías
Tendreis el carro de Elías
Con el manto de Eliseo.
Y ardiendo en amor divino,
Donde nuestro bien se fragua,
Apartando el manto al agua,
Por el fuego hareis camino.
Porque el voto de humildad
Promete segura alteza,
Y castidad y pobreza,
Bienes de divinidad.
Y ansi los cielos serenos
Verán cuando acabarás,
Un cortesano allá mas,
Y en la tierra un sabio menos.

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiritual.)

Cual vemos que renueva
El águila real la vieja y parda
Pluma, y con otra nueva
La detenida y tarda
Pereza arroja, y con subido vuelo
Rompe las nubes y se llega al cielo;
Tal, famoso Padilla,

Has sacudido tus humanas plumas,
Porque con maravilla
Intentes y presumas
Llegar con nuevo vuelo al alto asiento,
Donde aspiran las alas de tu intento.
Del sol el rayo ardiente
Alza del duro rostro de la tierra
(Con virtud excelente)
La humildad que en sí enciera,
La cual despues en lluvia convertida
Alegra al suelo y da á los hombres vida.
Y desta mesma suerte
El sol divino te regala y toca;
Y en tal humor convierte,
Que con tu pluma apoca
La ceguedad de la ignorancia nuestra,
Y á ciencia santa y á santa vida adiestra.
¡Qué santo trueco y cambio,
Por las humanas las divinas musas!
¡Qué interés y recambio!
¡Qué nuevos modos usas
De adquirir en el suelo una memoria
Que dé fama á tu nombre, al alma gloria!
Que pues es tu Parnaso
El monte del Calvario, y son tus fuentes
De Aganipe y Pegaso
Las sagradas corrientes
De las benditas llagas del Cordero,
Eterno nombre de tu nombre espero.

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

En la obra Grandezas y excelencias de la Vírgen Nuestra Señora, *que publicó dedicándola á la infanta Margarita de Austria.*

(Grandezas y excelencias, etc., 1587.)

De la Vírgen sin par santa y bendita,
Digo de sus loores, justamente
Haces el rico sin igual presente
A la sin par cristisna Margarita:
Dándalo, quedas rico; y queda escrita
Tu fama en hojas de metal luciente,
Que á despecho y pesar del diligente
Tiempo, será en sus fines infinito:
Felice en el sugeto que escogiste:
Dichoso en la ocasion que te dió el cielo
De dar á Vírgen el virgíneo canto:
Venturoso tambien porque hiciste
Que dén las musas del hispano suelo
Admiracion al griego, al turco espanto.

A LOPEZ MALDONADO.

(Cancionero de Lopez Maldonado, 1586.

SONETO.

El casto ardor de una amorosa llama,
Un sabio pecho á su rigor sujeto,
Un desden sacudido y un afeto
Blando, que al alma en dulce fuego inflama;
El bien y el mal á que convida y llama
De amor la fuerza y poderoso efeto,
Eternamente en son claro y perfeto
Con estas rimas cantará la fama;
Llevando el nombre único y famoso
Vuestro, felice Lopez Maldonado,
Del moreno etiope al cita blanco;
Y hará que en balde del laurel honroso
Espere alguno verse coronado,
Si no os imita y tiene por su blanco.

AL MISMO.

Bien donado sale al mundo
Este libro, do se encierra
La paz de amor y la guerra,
Y aquel fruto sin segundo
De la castellana tierra.
Que aunque le da Maldonado,
Va tan rico y bien donado
De ciencia y de discrecion,
Que me afirmo en la razon
De decir que es bien donado.
El sentimiento amoroso
Del pecho mas encendido
En fuego de amor, y herido
De su dardo ponzoñoso,
Y en la red suya cogido;
El temor y la esperanza
Con que el bien y el mal se alcanza.
En las empresas de amor,
Aquí muestra su valor
Su buena ó su mala andanza.
Sin flores, sin praderías,
Y sin los faunos silvanos,
Sin ninfas, sin dioses vanos,
Sin yerbas, sin aguas frias,
Y sin apacibles llanos;
En agradables concetos,
Profundos, altos, discretos,
Con verdad llana y distinta,
Aquí el sabio autor nos pinta
Del ciego dios los afetos.
Con declararnos la mengua
Y el bien de su ardiente llama,
Ha dado á su nombre fama
Y enriquecido su lengua,
Que ya la mejor se llama,
Y hanos mostrado que es solo
Favorecido de Apolo
Con dones tan infinitos,
Que su fama en sus escritos
Irá deste al otro polo.

A ALONSO DE BARROS.

(Filosofía moralizada, por Alonso de Barros, 1587.)

SONETO.

Cual vemos del rosado y rico oriente
La blanca y dura piedra señalarse,
Y en todo, aunque pequeña, aventajarse
A la mayor del Cáucaso eminente;
Tal este, humilde al parecer, presente,
Puede y debe mirarse y admirarse,
No por la cantidad, mas por mostrarse
Ser en su calidad tan excelente.
El que navega por el golfo insano
Del mar de pretensiones, verá al punto
Del cortesano laberinto el hilo.
Felice ingenio y venturosa mano
Que el deleite y provecho puso junto
En juego alegre, en dulce y claro estilo.

A LA AUSTRIADA DE JUAN RUFO GUTIERREZ.

(La Austriada, 1584.)

SONETO.

¡Oh venturosa levantada pluma,
Que en la empresa mas alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma!
Calle de hoy mas el escritor de Numa,

Que nadie llegará donde llegaste,
Pues en tan raros versos celebraste
Tan raro capitan, virtud tan suma.
Dichoso el celebrado y quien celebra,
Y no menos dichoso todo el suelo
Que de tanto bien goza en esta historia,
En quien invidia ó tiempo no harán quiebra;
Antes hará con justo celo el cielo
Eterna, mas que el tiempo, su memoria.

A LOPE DE VEGA EN SU DRAGONTEA.

(La Dragontea, 1593).

SONETO.

Ya en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega*,
A quien Apolo su favor no niega
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega:
Cilenio alegre en ella se sosiega;
Minerva eternamente la acompaña.
Las musas su Parnaso en ella han hecho,
Venus honesta en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores:
Y asi con gusto y general provecho
Nuevos frutos ofrece cada dia
De ángeles, de armas, santos y pastores,

A GABRIEL PEREZ DE BARRIO ANGULO.

(Direccion de secretarios, por Gabriel Perez de Barrio Angulo, 1613.)

Tal secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos,
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.
De la ignorancia sacais
La pluma y en presto vuelo
De lo mas bajo del suelo
Al cielo la levantais.
Desde hoy mas la discrecion
Quedará puesta en su punto,
Y al hablar y escribir junto
En su mayor perfeccion.
Que en esta nueva ocasion
Nos muestra en breve distancia,
Demóstenes su elegancia
Y su estilo Ciceron.
España os está obligada,
Y con ella el mundo todo,
Por la sutileza y modo
De pluma tan bien cortada.
La adulacion defraudada
Queda, y la lisonja en ella:
La mentira se atropella,
Y es la verdad levantada.
Vuestro libro nos informa
Que solo vos habeis dado
A la materia de estado
Hermosa y cristiana forma.
Con la razon se conforma
De tal suerte, que en él veo
Que contentando al deseo,
Al que es mas libre reforma.

A JUAN YAGUE DE SALAS.

(Los Amantes de Teruel, epopeya trágica, con la restauracion de España por la parte de Sobrarve, y conquista del reino de Valencia, Yagüe de Salas, 1616.

SONETO.

De Turia el cisne mas famoso hoy canta,
Y no para acabar la dulce vida
Que en sus divinas obras escondida
A los tiempos y edades se adelanta.
Queda por él canonizada y santa
Teruel: vivos Marcilla y su homicida;
Su pluma por heróica conocida
En quien se admira el suelo, el cielo espanta.
Su doctrina, su voz, su estilo raro,
Que por tuyos ¡oh Apolo! reconoces,
Segun el vuelo de sus bellas alas,
Grabadas por la fama en mármol paro
Y en láminas de bronce, harán que goces
Siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA.

(Poesías de Don Diego Hurtado de Mendoza, 1610.)

En la memoria vive de las gentes,
¡Varon famoso! siglos infinitos;
Premio que le merecen tus escritos
Por graves, puros, castos y excelentes.
Las ansias en honesta llama ardientes,
Los Etnas, los Estigios, los Cocitos,
Que en ellos suavemente van descritos,
Mira si es bien ¡oh fama! que los cuentes;
Y aun, que los lleves en ligero vuelo
Por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,
Y en láminas de bronce los esculpas:
Que asi el suelo sabrá que sabe el cielo
Que el renombre inmortal que se desea,
Tal vez le alcancen amorosas culpas.

A LA MUERTE DE HERNANDO DE HERRERA.

(Códice manuscrito en 1550, que poseyó Don Fernando de la Serna, donde entre varias poesías recopiladas al parecer por don Francisco Pacheco, se halla la siguiente con este epígrafe: MIGUEL DE CERVANTES, AUTOR DE DON QUIJOTE: *este soneto hice á la muerte de Don Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto advierto que él celebraba en sus versos á una señora debajo deste nombre de* LUZ. *Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.)*

SONETO.

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la mas alta cumbre;
El que á una *Luz* se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantada:
El que con culta vena las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas trasformadas;
Aquel á quien invidia tuvo Apolo
Porque á par de su *Luz* tiende su fama
De donde nace á donde muere el dia;
El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fria.

EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ.

(Comentarios de la jornada de las islas de los Azóres, por el licenciado Mosquera de Figueroa, 1596.)

SONETO.

No há menester el que tus hechos canta,
Oh gran marqués, el artificio humano
Que á la mas sutil pluma y docta mano
Ellos le ofrecen al que el orbe espanta.
Y este que sobre el cielo se levanta,
Llevado de tu nombre soberano,
A par del griego y escritor toscano,
Sus sienes ciñe con la verde planta.
Y fue muy justa prevencion del cielo,

Que á un tiempo ejercitases tú la espada
Y él su prudente y verdadera pluma;
Porque rompiendo de la invidia el velo,
Tu fama en sus escritos dilatada,
Ni olvido, ó tiempo, ó muerte la consuma.

A SAN FRANCISCO.

(Jardin espiritual de Padilla.)

SONETO.

Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al desnudo una figura,
Donde la traza, el arte y compostura
Ningun velo la cubre artificioso.
Vos, seráfico Padre, y vos hermoso
Retrato de Jesus, sois la pintura
Al desnudo pintado, en tal hechura
Que Dios nos muestra ser pintor famoso.
Las sombras, de ser mártir descubristes:
Los lejos, en que estais allá en el cielo
En soberana silla colocado:
Las colores, las llagas que tuvistes
Tanto las suben, que se admira el suelo,
Y el pintor en la obra se ha pagado.

A SAN JACINTO.

(Relacion de las justas celebradas en el convento de padres predicadores de Zaragoza, en la canonizacion de San Jacinto, por Gerónimo Martel, 1597.)

REDONDILLA *en alabanza de San Jacinto, propuesta para glosar en el segundo de los certámenes celebrados en Zaragoza.*

El cielo á la Iglesia ofrece
Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismo Dios resplandece.

GLOSA DE MIGUEL DE CERVANTES.

Tras los dones primitivos
Que en el fervor de su celo
Ofreció la Iglesia al cielo,
A sus edificios vivos
Dió nuevas piedras el suelo.
Estos dones agradece
A su esposa, y la ennoblece;
Pues de parte del esposo
Un hyacinto el mas precioso
El cielo á la tierra ofrece.
Porque el hombre de su gracia
Tantas veces se retira,
Y el hyacinto al que le mira
Es tan grande su eficacia,
Que le sosiega la ira;
Su misma piedad lo inclina
A darlo por medicina;
Que en su juïcio profundo
Ve que há menester el mundo
Hoy una piedra tan fina.
Obró tanto esta virtud
Viviendo Hyacinto en él,
Que á los vivos rayos dél
En una y otra salud
Se restituyó por él.
Crezca gloriosa la mina
Que de su luz hyacintina
Tiene el cielo y tierra llenos;
Pues no mereció estar menos
Que en la corona divina.
Allá luce ante los ojos
Del mismo autor de su gloria,
Y acá en gloriosa memoria
De los triunfos y despojos
Que sacó de la victoria:
Pues si otra vez desfallece
Cuando el sol la suya ofrece;
¿Qué mas viva y rutilante
Será aquesta, si delante
Del mismo Dios resplandece?

AL TUMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA.

(Parnaso español de Don Juan Lopez de Sedano, 1772.)

SONETO.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas de un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.—
Esto oyó un valenton y dijo: Es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.—
Y luego in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

A LA ENTRDA DEL DUQUE DE MEDINA

en Cádiz, en julio de 1596, con socorro de tropas enseñadas en Sevilla por el capitan Becerra, despues de haber evacua o aquella ciudad las tropas inglesas, y saqueádola por espacio de veinte y cuatro dias al mando del conde de Essex.

(Manuscrito del señor Arrieta.)

SONETO.

Vimos en julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta
Que en menos de catorce ó quince dias
Volaron sus pigmeos y Golías,
Y cayó su edificio por la planta.
Bramó el becerro, y púsoles en sarta,
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo
Amenazando una total ruina;
Y al cabo en Cádiz con mesura harta,
Ido ya el conde sin ningun recelo
Triunfando entró el gran duque de Medina.

A UN VALENTON METIDO A PORDIOSERO.

(Manuscrito del señor Arrieta.)

SONETO.

Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica
Mas no del jercicio picaresco;

Retorciendo el mostacho soldadesco,
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió refresco.
Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,
Les dice: donde no, por ocho santos,
Que haré lo que hacer suelo sin tardanza.
Mas uno que á sacar la espada empieza,
¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
¿Qué es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

A UN ERMITAÑO.

(Manuscrito del señor Arrieta.)

SONETO.

Maestro era de esgrima Campuzano,
De espada y daga diestro á maravilla,
Rebanaba narices en Castilla,
Y siempre le quedaba el brazo sano:
Quiso pasarse á Indias un verano,
Y vino con Montalvo el de Sevilla;
Cojo quedó de un pie de la rencilla,
Tuerto de un ojo, manco de una mano.
Vínose á recoger á aquesta ermita
Con su palo en la mano y su rosario,
Y su ballesta de matar pardales.
Y con su Madalena, que le quita
Mil canas, está hecho un San Hilario.
¡Ved cómo nacen bienes de los males!

LOS EXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS.

(Compendio de las fiestas celebradas en España con motivo de la beatificacion de la madre Teresa de Jesus, por Fray Diego de San José, 1615.)

CANCION.

Vírgen fecunda, madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce region maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo
Y un grado sin segundo;
Ahora estés ante tu Dios postrada,
En rogar por tus hijos ocupada,
O en cosas dignas de tu intento santo;
Oye mi voz cansada
Y esfuerza ¡oh madre! el desmayado canto.
Luego que de la cuna y las mantillas
Sacó Dios tu niñez, distes señales
Que Dios para ser suya te guardaba,
Mostrando los impulsos celestiales
En tí (con ordinarias maravillas),
Que á tu edad tu deseo aventajaba.
Y asi si descuidaba
De lo que hacer debia,
Tal vez luego volvia
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso
Era en volver atrás para dar salto
Con curso mas brioso,
Desde la tierra al cielo que es mas alto.
Creciste, y fue creciendo en tí la gana
De obrar en proporcion de los favores
Con que te regaló la mano eterna:
Tales, que al parecerse alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna.
Y asi tu ser gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y asi levantas
Tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,
Que ligero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.
Allí su humildad te muestra santa,
Acullá se desposa Dios contigo,
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu maestro te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan contino,
Que si algun afligido á Dios buscara,
Acortando camino
En tu pecho ó en tu celda le hallara.
Aunque naciste en Avila, se puede
Decir que en Alba fue donde naciste;
Pues allí nace, donde muere el justo.
Desde Alba ¡oh madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa, á quien sucede
El claro dia del inmenso gusto,
Que le goces es justo
En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe,
Para darle de sí cuanto ella cabe,
Y aun la ensancha, dilata y engrandece,
Y con amor süave
A sí y de sí la junta y enriquece.
Como las circunstancias convenibles,
Que acreditan los éxtasis, que suelen
Indicios ser de santidad notoria,
En los tuyos se hallaron; nos impelen
A creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia:
Y el quedar con vitoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Mas humilde, mas sabia y obediente
Al fin de tus arrobos, fue evidente
Señal que todos fueron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, continuos, sacros, inefables.
Ahora pues que al cielo te retiras
Menospreciando la mortal riqueza
En la inmortalidad que siempre dura,
Y el visorey de Dios nos da certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,
Oye devota y pia
Los balidos que envia
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste:
Que no porque dejaste nuestra vida,
La caridad dejaste,
Que en los cielos está mas extendida.
Cancion, de ser humilde has de preciarte,
Cuando quieras al cielo levantarte:
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal bajeza.

LOS CELOS (*).

ROMANCES.

(Romancero de don Eugenio Ochoa, París 1838).

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo
Quiero decir, una cueva,
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido
Como crugir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras
A la entrada tiene puesto,
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen: «Esta es la morada
»De los celos y sospechas.»
Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.
El cual hoyendo le dijo:
—Pastor, para que te crea,
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.
Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas,
Víboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.—
En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

(*) En el comun sentir de los críticos mas circunspectos, este es el romance de que habló CERVANTES en su *Viaje al Parnaso*, diciendo que era el que mas estimaba. Atribúyenle tambien el siguiente, que hemos titulado *El Desden* por la semejanza del estilo, y asimismo el de *Elicio* y el de *Galatea*, que á esta circunstancia añaden la analogía del asunto con el de la primera composicion que conocemos del autor. Dejamos á nuestros lectores el cuidado de resolver esta duda literaria.

EL DESDEN.

ROMANCE.

(El mismo romancero).

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que dellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas
Y duros naufragios puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.
Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos,
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos
(Para mí siempre es invierno):
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.
Revístense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.
Al fin es mi voluntad
Veleta para tus vientos:
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo;
Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia,
Y aforrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos,
Siempre yo las veo menguantes
Y crecer mis ansias veo.
Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
Aunque no quiero mudanzas,
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes
Será de desden á celos:
Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha ya estragado el gusto,
Y ningun gusto pretendo.
Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
Mira, crüel, qué me debes;
Pues no sufro cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo.
Al fin mis deseos vistos,
Es ver lo que tus deseos:
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

ELICIO.

ROMANCE.

(El mismo romancero).

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive, y por quien muere,
De cuyo esclavo se precia;
Sobre un cayado de pechos,
Cortado de su paciencia,
Para golpes de fortuna,
Y para servir de prueba,
Al hombro un zurron colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que mas pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á una alma triste
La escura noche de ausencia;
Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros,
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un cáos de memorias tristes,
Una confusion inmensa;
Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
Desta suerte se lamenta:
Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;
Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Amigos que le acompañen,
Antorchas, luto ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.
Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y destas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente dellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de contino las vierta:
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el orígen della.
Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas,
Y curar ingratitudes,
Donde quiera que las vea:
Y en la virtud milagrosa
De sus efetos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

GALATEA.

ROMANCE.

(El mismo romancero).

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte,
Con calentura y sin frio,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fe
Y fe de su bien perdido;
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo;
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto mas que vivo,
Que su mal el primer dia
Es tan mortal como el quinto,
Tiene fe, le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de *fuése*
La tiene en tanto peligro:
Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite y alarga
La cura como enemigo:
Que él no receta jamás
Sino infusiones de olvido,
Que en poco nobles sugetos
Obran presto y dan olvido:
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos.
Y quiere mas Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.
Desecha entretenimientos
De contento y regocijo,
Solo el eco busca y llama
Porque dobla sus gemidos.
Oye mis querellas, dice,
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, crüel, no respondes,
Cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oidos,
No lleve mi fe jurada
Ni mi esperanza conmigo;
Por copia vaya mi alma,
Y no de balde la envio,
Pues me deja en este fresno
Por juzgar su paraiso.

No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo,
Que le creerán fácilmente
En mi desdicha su dicho.
Esto te suplico solo;
Mira si al amor me humillo,
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.

AL CONDE DE SALDAÑA (*).

(Manuscrito autógrafo en poder de don Juan Cortada).

ODA.

Florida y tierna rama
Del mas antiguo y generoso tronco
Que celebró la fama
Con acento sutil en metal ronco,
Pues yo á tu sombra vivo
Laurel serás de lo que en ella escribo.
Oh genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma,
Los mas cisnes que baña
El agua deste rio en blanca espuma
Que al cortarla levantan,
Por excusar tu fin tus prendas cantan.
Cuál dellos enriquece
Con tu primer progenitor su canto,
A quien España ofrece,
Mezclado en gozo, agradecido llanto.
Tal pide un rey que huye
Y un vasallo que imperios restituye.
De Sando (jóven bello)
La prodigiosa empresa solemniza,
Y de miedo el cabello
Segunda vez el africano eriza.
Muestras nos dan tus años
Que harás en ellos mas llorados daños.
Cuál de tu padre amado
Canta el valor que en tu persona siente
Con vivo é igual traslado;
Así vemos del sol el rayo ardiente
Traer hácia la tierra
Cuanta virtud el sol entero encierra.
Celebra su privanza
Que libra el orbe en su cerviz constante,
Debida confianza
Del gran Filipo agradecido atlante:
Si en fe de tus anales
Reyes no hubiera á no haber Sandovales.
Cuál de tu grande casa
Mil honrados blasones encarece,
Aunque con voz escasa
Viva timbre en sus paños resplandece,
No de matiz bordada
Cuanto de sangre propia salpicada.
Cuál con voz victoriosa
De despojos torcido alza el trofeo,
O sangre venturosa,
Que para las banderas que en tí veo,
Con singular ejemplo
Hubo la fama de ensanchar su templo.
Yo, señor, entre todos
Admiro tu valor, tus prendas raras,
Reliquias de los godos,
Tu rostro hermoso, tus virtudes claras,
Tus dignas esperanzas,
Sujeto de mas dignas alabanzas;
Ese agradable aspecto,
Digno de cetro y vendas imperiales,
Que el amor y el respeto
Obliga á ser en tu obediencia iguales,
La gracia de la gente
Mucha colgada al ceño de tu frente;
Ese divino ingenio,
Y lo que es mas, en años tiernos grave,
Ese superior genio,
Espíritu gentil, decir suave,
Y unas secretas señas
Con que tu vida á un gran suceso empeñas.
Tal vez hirió en mis ojos
La lumbre de tu rostro, afectos tiernos
Te rendí por despojos:
Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos,
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.
Tal fue la fuerza presta
Que de Israël al príncipe heredero,
Y al que rindió en apuesta
Con el villano arnés al jayan fiero
Juntó vistas y palmas,
Prendas, vestido, inclinaciones y almas.
Ni juzgues á locura
La confianza hidalga deste trueco;
La voz de un ángel pura
Entre guijarros toscos halla el eco,
Y los dos que se amaban
Ya del cayado y ya del cetro usaban.
Sombra y amor me ofreces,
Y aunque en fe dello aquesta humilde hiedra
Al paso que tú creces
En esperanzas y verdores medra,
Antes que rama abrace
El pie besa del tronco donde nace.
Tutelar dulce mio,
A quien no sé qué fuerza me destina
Como á la mar el rio;
Si aquella es fuerza que á mi bien me inclina,
Estos versos escucha,
Donde el amor con el ingenio lucha.
Un natural forzado
Del son lírico ageno, mal podia,
Aunque de amor guiado,
Acertarte á servir: verná algun dia,
Que á tí mis pensamientos
Consagren inmortales monumentos.

(*) Personas las mas versadas en el conocimiento de los escritos de nuestro autor, al llegar á ciertos pasajes de esta composicion, han exclamado: *No es menester ver el manuscrito: esto es de Cervantes.* Sin embargo, tan preciosa joya existe en poder de nuestro distinguido amigo don Juan de Cortada, residente en Barcelona, quien ha tenido la bondad de franquearnos una copia, y ofrecernos un *fac-simile*, que hemos admitido para reproducirlo por medio de la litografía, y repartirlo á su tiempo á los suscritores constantes de nuestra BIBLIOTECA. Allí se verá la singular ortografía usada en aquellos tiempos, y se notarán las palabras *escucha* y *lucha* escritas *luxa* y *escuxa*, con otras circunstancias que, unidas á las latas observaciones y mas numerosos ejemplos, nos darán materia en su lugar oportuno á discurrir sobre curiosas vicisitudes de la pronunciacion y escritura de nuestros antiguos.

FIN DE LAS OBRAS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

INDICE.

LOS SEIS LIBROS DE LA GALATEA.

NOVELAS EJEMPLARES.

TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

VIAJE DEL PARNASO.

PÁGS.

POESIAS SUELAS.

FIN DEL ÍNDICE.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.


THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS
WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa.
Sept. — Oct. 1986
We're Quality Bound


LIBRARY OF CONGRESS
0 023 809 114 7